

UN LUGAR OLVIDADO



Por frío que sea el viento, no llegará a helar... cuanto siento

Ana Belén Ortega Mena

Contents

UN LUGAR OLVIDADO

Dedication

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

[39](#)
[40](#)
[41](#)
[42](#)
[43](#)
[44](#)
[45](#)
[46](#)
[47](#)
[48](#)
[49](#)
[50](#)
[51](#)
[52](#)
[53](#)
[54](#)
[55](#)
[56](#)
[57](#)
[58](#)
[59](#)
[60](#)
[61](#)
[62](#)
[63](#)

UN LUGAR OLVIDADO

Ana Belén Ortega Mena

Escribí gran parte de este cuento en compañía de mi hijo Alejandro, en calurosas tardes de verano, mientras él soñaba con Peter Pan y yo me estremecía ante un romanticismo desmesurado; tal vez, en buena parte su compañía me inspiró.

Un cuento dedicado al príncipe más pequeño de mi reino, Adrián: cada suspiro tuyo se torna pensamiento, el más hermoso sueño que escribir...

Agradecida a esas mentes soñadoras que leen aquello que mi corazón escribe, capaces de desmembrar cada sentimiento y hacerlos suyos.

INTRODUCCIÓN

Un lugar Olvidado en la lejana y bella Transilvania.

Una región misteriosa, cargada de leyenda a la que Alejandra decide marchar un buen día con el propósito de encontrar sus orígenes, lejanos a la España que siempre conoció.

Un viaje marcado por la casualidad y el destino a la vez, provocando el enfrentamiento con su pasado, haciéndola comprender aquello que ocurrió tiempo atrás.

Una abuela rumana y una herencia que promete desvelar muchos secretos son más que motivos para una huérfana como ella, bohemia, solitaria y romántica a la vez.

Alejandra abandona Granada para habitar la casa de su abuela Nicoleta Ivanov, en el lejano pueblo de Bram, un lugar rodeado de montañas boscosas en plenos Montes Cárpatos, habitado por gente ruda e inaccesible, temerosos de la invasión de lobos que cada noche tiene lugar en la tétrica aldea.

Pronto se desatará una trama que involucrará a las familias más nobles de Rumanía, y que de alguna manera la arrastraron hasta Bram, un pueblo maldito desde todos los tiempos, *un lugar olvidado* para muchos y que ella quiso recordar.

Manuscritos reveladores, sótanos oscuros y cancioncillas infantiles capaces de estremecer a cualquiera. Secretos que parecían relegados al olvido y que de repente cobran vida y pretenden vengar con su larga existencia.

Pero la bella región de Sinaia le proporcionará el refugio perfecto y el encuentro con el amor, el lugar idílico donde se forjaron dos historias de amor paralelas, marcadas por el pasado y el presente.

Experimentos genéticos, enfermedades casi erradicadas capaces de marcar durante años la vida de todo un pueblo y la historia de siete princesas que siempre parecieron habitar Bram, pese al transcurrir de los siglos... Un pueblo en el que se detuvo el tiempo y que con la llegada de Alejandra quiso echar a andar, aunque el precio a pagar fuera demasiado alto: su propia infancia.

“Amor como no hay ninguno, ese era él”

“Cuando se quiera a alguien, hay que saber esperar”

“Hasta mí te trajo una casualidad: ¿qué te llevó hasta él? tal vez algo más profundo, un motivo por el que merece la pena continuar juntos”

“No todas las personas son capaces de querer o no todos encuentran ese momento en la vida o a ese ser especial”

Recordaba aquel lugar olvidado como si fuese ayer; sus oscuros y largos pasillos, donde cada pisada sonaba atronadora. Sí, en aquel lugar olvidado, sólo habitado por niños olvidados, cada noche despertaban los miedos más atroces. Una gigantesca luna como testigo mudo de aquella hambrienta expansión de los lobos, salvajes, feroces, atraídos por la carne más fresca, más tierna que cada noche se les ofrecía. Sabía que muchos recuerdos permanecían guardados en el rincón más oscuro y silencioso de mi mente; el que retornaran a mi conciencia tal vez sólo era cuestión de tiempo.

Ya había pasado casi un año, pero esa noche, me fue imposible conciliar el sueño. Se imponía de repente en mi recuerdo el testamento de Nicoleta Ivanov, una anciana rumana que aseguraba ser mi abuela; pero ¿cómo podía ser esto cierto? Yo crecí en un orfanato del norte de España; fui abandonada por mi madre con apenas unas horas de vida y nunca conocí mi procedencia; ¿cómo era posible que ahora, después de veintiséis años de soledad, esta difunta mujer proclamara ser madre de mi madre? Nada parecía tener sentido, pero Nicoleta Ivanov me hacía única heredera de su fortuna y de su casa, allá, en la Europa del Este. Recordaba sentada en un taburete, frente al caballete sobre el que delineaba los primeros trazos de una nueva pintura, cuando, meses atrás, el abogado de la difunta Nicoleta viajó desde Rumania a España con el único propósito de hacerme conocedora de la última voluntad de la anciana. Se llamaba Vasilii, un hombre de unos cincuenta y pocos años, atractivo donde los haya, educado e inteligente. Incomprensiblemente, supo cómo localizarme para hablarme de Nicoleta y su testamento, sorprendente y misterioso.

Vasilii Dutu aseguraba mis raíces rumanas y mis lazos de sangre con la señora Ivanov, quien, antes de morir, quiso dejar su pequeño imperio en mis manos; su fortuna y la casa que poseía en un pequeño pueblo próximo a Sighisoara, una ciudad de la región de Transilvania, en plenos Cárpatos rumanos.

Mi cabeza no dejaba de dar vueltas a todo aquel disparate que, por momentos, intentaba a toda costa cambiar el rumbo de mi vida y tal vez el de mi destino también.

Pero Vasilii se marchó pronto, aunque antes de hacerlo me entregó un cheque para cobrar en un banco rumano, por valor de once millones de Leu, dejando en mi poder el manojito de llaves de la propiedad de mi supuesta abuela, grandes, antiguas... tal vez guardianas de mi pasado, de secretos encerrados durante muchos años.

En aquel momento, ante la inesperada visita de este hombre y toda aquella información, me sentí confusa, pero ya habían transcurrido once largos meses y nada en mi vida había cambiado.

Continuaba habitando el maravilloso ático situado en la Plaza Nueva de Granada, una ciudad que me enamoró desde el primer día, de esto hacía ya ocho años.

Mi dedicación a la fotografía no había disminuido en todo ese tiempo, aunque una gran pasión emergió en mí no hacía mucho: la pintura. Ahora, sentada en mi extensa terrada, con preciosas vistas del Generalife y de la Alhambra, rodeada de floridas macetas que con dedicación cuidaba, solía pasar largas horas pintando frente a mi caballete. Había conseguido vender algunos, pero realmente, mi verdadera fuente de ingresos era mi profesión como fotógrafa.

Esa mañana del mes de septiembre, por algún extraño motivo me sentía diferente; una considerable fortuna en Leus y una propiedad en Transilvania me pertenecían y de pronto, algo dentro de mí me llevó al cajón donde guardaba aquellas llaves, junto al cheque de Nicoleta.

Deseaba conocer aquel lugar; deseaba comprender algunas cosas sobre mi existencia; había llegado el momento de viajar a Rumania, a ese lugar perdido entre bosques y montañas, a esa Transilvania legendaria, cuna de una increíble historia sobre el “Príncipe de las Tinieblas... Drácula”. Sí, pese a todo, mi vida se había tornado más solitaria que nunca desde que Alicia, mi mejor amiga, se casó y se marchó de Granada; además, necesitaba explorar nuevos horizontes fotográficos que dieran un giro a mi estancada profesión. La ciudad morisca de Granada poco tenía ya que ofrecerme. Entonces, tomé entre mis manos aquellas llaves y pensé que era el mejor momento para ejecutar el testamento de Nicoleta Ivanov.

El avión procedente de Madrid aterrizaba en Bucarest, la capital de Rumania. El vuelo había sido corto y en un abrir y cerrar de ojos me encontraba a más de dos mil kilómetros de España.

La gente se agolpaba en las puertas de salida de pasajeros, tal vez a la espera de algún ser querido; a mí no me esperaba nadie, como siempre había sido. Una hora más tarde, tomé un avión hacia Cluj—Napona, la capital de Transilvania, realizando el último trayecto en tren, rumbo a la pequeña y medieval ciudad de Sighisoara. El paisaje era único, tan montañoso, con bosques extensos y de inigualable espesura. El cielo azul y soleado que había divisado en Bucarest, al sur del país, ahora se tornaba gris y oscuro, confiriéndole ese característico misticismo a aquella región de los Cárpatos.

El tren, ruidoso y antiguo, al fin llegaba a la estación de Sighisoara. Tomé mi maleta y mi bolso de mano y me apeé de él, recibiendo un primer aroma, tal vez a bosques, tal vez a castillos o tal vez a leyenda: la de Drácula.

Miré a mi alrededor: estaba entusiasmada por encontrarme en un lugar como aquel, tan desconocido para mí, aunque, tal vez formaba parte de mi esencia.

Casi en un paseo, salí de la estación, dispuesta a adentrarme en el corazón de la ciudad. En ella, el tiempo parecía haberse detenido siglos atrás. Sighisoara, siempre medieval; las fachadas de sus casas, sus gentes... en el asfalto de sus calles predominaba el empedrado y todo en ella olía a tradición. Aquellas personas, esos rumanos... sus rostros parecían de porcelana, tan pálidos y delicados, con ojos como cristales, los más celestes que jamás vi. Eran tan altos, tan fuertes... y sus mujeres tan bellas... no imaginé a los rumanos así.

Mi pelo era oscuro y mi piel morena, pero mis ojos... sí, no había duda, mis ojos eran celestes y cristalinos como los de ellos.

Anduve por las calles portando todo mi equipaje; debía llegar hasta Bram, el pueblo donde se encontraba la casa de Nicoleta, casi a treinta kilómetros de Sighisoara y, tras seguir las indicaciones de algunas personas, conseguí un taxi que me llevó hasta mi lugar de destino. Frente a aquella gran casa, ubicada justo en la esquina del callejón antiguo y empedrado, miré despavorida la desolación del lugar: ni un alma por los alrededores. Su puerta, de madera maciza, estaba cerrada a cal y canto, plasmada en una fachada color salmón. Sólo yo era portadora de las llaves que la abrirían después de tanto tiempo; una casa tan esplendorosa y grande, ubicada en un estrecho callejón del pueblo, bello y silencioso que, estaba segura tantos cuadros me inspiraría. Rebusqué una y otra vez en mi bolso y muy pronto me hice con las llaves. Tras introducirla y girar, tuve que empujar con fuerza la gran puerta para poder abrirla: era mucho más grande que vista desde fuera y corrí a inspeccionarla de cabo a rabo, fascinada ante aquella creación.

La casa constaba de dos plantas y una buhardilla. Su clásico salón, su acogedora salita, y cada una de sus habitaciones me hacían sospechar del inmenso poder adquisitivo de la difunta Nicoleta. Pero lo más maravilloso fue encontrar su patio interior, extenso, decorado con preciosas plantas que, pese al abandono del lugar desde que la anciana murió, se habían mantenido con vida hasta ahora. Sí, era un lugar precioso, que me inspiraba paz y, bueno, simplemente, me inspiraba.

El último rincón por inspeccionar fue la buhardilla, espaciosa, ocupando toda la extensión de la casa y con una gran ventana de madera. Era el único lugar de la vivienda que no tenía muebles por lo que decidí ubicar mi habitación allí. Abrí la gran ventana y empujé sus maderas; desde ella

se podía ver parte del pueblo de Bram con sus espesos bosques cercanos, estremeciéndome al distinguir, a lo lejos, un soberbio castillo: era el de Bram, espectacular y sentí miedo al recordar la novela de Stoker sobre “El Conde Drácula”.

Y pasaron los días, muchos días. El otoño comenzaba a apoderarse de aquel lugar, tanto, que el invierno no se haría esperar demasiado. Cobré el cheque que Nicoleta me había dejado, y traté de instalarme lo mejor posible en su casa. Todo era maravilloso durante el día; ubiqué mi caballete en el patio interior y en él pasaba largas horas pintando, dejándome llevar por los intensos aromas de aquel lugar. Sin embargo, al llegar la noche, la tenebrosidad se apoderaba de aquel sitio. El aullido de los lobos, procedente de bosques cercanos, así como el sonido de los árboles en medio de la noche, con la proyección de aquel castillo frente a mi ventana... realmente conseguían sobrecogerme.

Las temperaturas habían bajado mucho en los últimos días y ya no me resultaba tan agradable sentarme en el patio interior de la casa a pintar. Era un lugar fantástico, lleno de rincones perdidos, pero ni un solo recuerdo de Nicoleta Ivanov, ni siquiera una foto, nada. Y, tras muchos días de aislamiento, decidí salir a pasear un poco. Sus callejuelas, empedradas de principio a fin, y sus gentes, profundamente rurales, llamaban plenamente mi atención. Caminaba despacio, observando con fascinación unas fachadas adornadas con macetas de flores, rebosantes de colores y diferentes aromas. A mi paso, sus gentes murmuraban tal vez sobre mi procedencia, tal vez sobre Nicoleta y el destino de su fortuna, ahora en mis manos. Casi sin darme cuenta, iba saliendo de la pequeña población, a través de caminos que me conducirían a los frondosos bosques que, durante la noche, torturaban mis sueños con sus inquietantes sonidos. Levanté la vista y divisé aún más de cerca el magistral castillo, imperante sobre todas las cosas en aquel lugar. Era una construcción impresionante, única. Saqué mi cámara de fotos y comencé a disparar una tras otra; imágenes lejanas, pero perfectas. Increíblemente mis manos estaban frías, al igual que mi nariz; el mes de octubre no había hecho más que comenzar ¿cómo sería, entonces, diciembre?

—Hola —me saludó una voz tras de mí.

Me volví algo sobresaltada.

—Perdona: no pretendí asustarte —se disculpó.

—No, no ha sido culpa tuya —respondí ante su disculpa.

Se trataba de un chico no mayor que yo. Tenía el pelo rubio y algo largo; su barba ligeramente crecida le confería un aspecto bastante atractivo. Me hablaba en un perfecto inglés, por lo que pude entenderle sin problema.

—Mi nombre es Leonard: soy americano y sospecho que tú tampoco eres de aquí —adivinó.

—Así es —reconocí, aceptando su mano como saludo— me llamo Alejandra y hace poco que llegué a Rumania: soy española —le hice saber.

—España... qué maravilloso país —opinó.

—¿Lo conoces? —me interesé, cerrando el objetivo de mi cámara Olympus, dispuesta a no disparar más fotos.

—Bueno, sólo Barcelona, pero fue suficiente para imaginar el encanto del país y sus gentes —aseguró.

—Supongo que sí —dije, pensando, por un momento que Leonard era la primera persona con la que mantenía una conversación desde que llegué a ese pueblo.

—Impresionante ¿eh? —habló.

—Perdón, ¿cómo dices? —le pregunté algo despistada.

—Me refiero al castillo; estabas fotografiándolo ¿no es así? —acertó.

—Sí, eso hacía —afirmé— pero creo que ya es suficiente —decidí, guardando la cámara en

su correspondiente funda.

—Son muchas las historias que se han contado sobre él —me comentó, admirándolo desde la lejanía.

—Sí, aunque supongo que la paranoia de Drácula fue la mejor —me burlé.

—Bueno, hay quien se la cree —me dijo.

—En este mundo, por haber hay de todo —respondí despreocupada.

—No sé; el Castillo de Bram es una bella construcción, pero, sinceramente, a mí me desconcierta un poco —reconoció.

Yo sonreí. Debía estar de broma para decirme algo así.

—¿Estás de turismo por Transilvania? —se interesó.

—No exactamente, pero aprovecharé para hacerlo: no todos los días se visitan sitios como este —contesté sin más detalle.

Él me miró: tenía unos ojos verdes preciosos y un mechón de pelo intensamente rubio caía sobre su rostro. Leonard parecía simpático. Su perpetua sonrisa acabó provocando la mía y muy pronto, ambos sonreíamos sin saber porqué.

—Intuyo que no te gusta hablar con extraños —descubrió, tal vez certeramente.

—No, no es eso; hace algunos días que llegué a esta parte del país y aún no he conseguido hablar con nadie de por aquí: esta es mi primera conversación —le hice saber, aún risueña.

—Bueno, la gente de estas tierras, no son demasiado sociables. Transilvania es un lugar perdido, casi olvidado en medio de los Cárpatos; sus habitantes mantienen sus costumbres muy arraigadas y no les gustan las intromisiones. Si eres nueva por aquí, ellos tendrán que acostumbrarse —me explicó.

Volví a mirarle, tratando de comprender sus palabras.

—Y dime ¿qué hace un americano en Transilvania? No tienes pinta de turista, a juzgar por tus conocimientos sobre el lugar —observé.

—Vaya, eres muy lista —reconoció— soy historiador y colaboro en un prestigioso programa de documentales en EEUU. Aquí, en Transilvania, trato de asentar las bases de mi siguiente gran historia —me contó.

—¿Y de qué vas a hablar, de los extrovertidos habitantes de este pueblo? —me burlé.

—No, pero este sitio es mucho más interesante de lo que la gente cree —aseguró, ahora más serio— Ese castillo que ves allá, en lo alto de esa montaña, ejerce un dominio casi absoluto sobre el pueblo. Estas gentes se niegan a reconocerlo, pero lo saben —me explicaba, tratando de convencerme.

—Ya —objeté irónica.

—Parece un lugar normal, lleno de encanto, sus paisajes... pero al llegar la noche, créeme, nada es lo que parece —me dijo.

—¿Tratas de asustarme? —le reproché bromista e incrédula.

—No, nada de eso —respondió.

—Bueno, tengo que irme; ha sido un placer hablar contigo, Leonard —me despedí, recogiendo mis cosas y tomando el camino de regreso a casa.

—Sí y espero que se vuelva a repetir —deseó casi en un grito.

Caminé por el sendero de regreso. Sí, ciertamente el pueblo de Bram era un lugar misterioso y extraño, al igual que sus gentes. Como bien me había dicho Leonard, con la llegada de la noche todo cambiaba bruscamente en aquel lugar. El pequeño pueblo se encontraba en plenos montes Cárpatos, custodiado en todo momento por el impresionante Castillo de Bram, capaz de intimidar a cualquier visitante. Las noches eran largas, eternas en aquella buhardilla. Tumbada sobre mi

cama, mientras trataba de conciliar el sueño, pensaba en lo extraño que resultaba todo en aquel lugar. Desde que llegué a aquella casa, no había hecho otra cosa que buscar algo que me permitiera conocer a Nicoleta Ivanov; sin embargo, aún no había conseguido encontrar nada; teniendo en cuenta que esa había sido su casa, no parecía algo normal; en el gran caserón, no había ni rastro de la anciana.

Cada mañana, portando mi cámara de fotos, solía pasear por las inmediaciones del pueblo, aunque finalmente siempre terminaba en el camino que ascendía al famoso Castillo de Bram. Cada día me maravillaba más, tan poderoso sobre aquella montaña, tratando de dominar todo cuanto se movía a su alrededor. Contemplaba, otra vez su grandeza cuando, de repente, un coche avanzaba a toda velocidad por el mismo camino en el que yo me encontraba con mi cámara de fotos, rumbo al castillo. Era un deportivo, un 320 Coupé y tuve que apartarme precipitadamente si no quería ser arrollada por él. Desafortunadamente, una de sus ruedas derrapó en un charco de agua y yo terminé, en parte, embarrada.

—¡Maldito capullo! —exclamé, tratando de quitar el barro de mi cara.

El vehículo frenó bruscamente y de él bajó un hombre alto, moreno, de pelo oscuro que cubría sus ojos con unas gafas de sol negras, a pesar de no ser un día demasiado soleado. Yo estaba muy molesta y, mientras trataba de apartar cuidadosamente pequeñas partículas de barro de mis ojos, observaba como él avanzaba hacia mí. Vestía con una camiseta negra y unos pantalones vaqueros azules; tenía el pelo largo y cubría parte de su cabeza con un gorro de punto del mismo color que su camiseta.

—¿Estás bien? —me preguntó preocupado, llegando hasta donde me encontraba y quitándose las oscuras gafas de sol.

—¡¿Que si estoy bien?! ¡casi me atropellas! —le reproché, aún enfadada.

—Lo siento mucho —se disculpó.

—Lo sentirás más si has estropeado mi cámara —lo amenacé, inspeccionando mi embarrada Olympus.

Él la miró.

—Por estos caminos nunca viene nadie; es un lugar solitario —me dijo.

—Eso no te da derecho a circular a esa velocidad —continué con mi enfado.

—No he visto ninguna señal que limite la velocidad en esta zona —se burló.

—Sería suficiente con pensar que podrías atropellar a alguien si corres tanto ¿no crees? Pero ya veo que hay algunos que se sienten los dueños del lugar —opiné.

—Vaya, vaya... ¿y se puede saber quién eres tú? —se interesó, tal vez sintiéndose atacado.

—Eso no importa en estos momentos: me marcho ya; en mitad de este camino estamos en peligro: podría aparecer otro loco con su coche —ironicé.

Él sonrió, aunque sus ganas de decirme cuatro cosas se podían olfatear.

—Mira, señorita fotógrafa y mal educada: este camino, desde su inicio, es una propiedad privada; te lo digo porque no caminas por suelo público y cualquier loco podría atropellarte sin que eso importara lo más mínimo ¿has entendido? Así es que, no tengo ni idea de dónde has salido, pero será mejor que regreses por donde viniste —me aconsejó, volviéndose a poner nuevamente sus gafas de sol e iniciando la andadura hacia su coche.

Le observaba atentamente mientras caminaba, relajado, con ambas manos metidas en los grandes bolsillos de sus vaqueros.

—¡¿Eres el dueño del castillo?! —me interesé, elevando un poco la voz, ya que él no se encontraba lo suficientemente cerca.

—No —respondió sin volver la cabeza.

—Pues entonces, será mejor que regreses por donde viniste: esto es una propiedad privada —me burlé.

Entonces se volvió; su rostro mostraba una encantadora sonrisa; sin duda, mi comentario le había hecho gracia.

—Pero te aseguro que por aquí no pasará ningún otro loco con su coche —me dijo.

Y tras estas palabras, montó en su auto y continuó con el camino de ascenso hacia el castillo.

Cuando volví a casa, inspeccioné mi cámara y todo estaba bien. Recordaba una y otra vez mi encuentro con ese hombre, tan fuerte, tan moreno y apuesto... Me había hablado en inglés, por lo que sospechaba que no era rumano. Deseaba volver a ese camino y encontrarme de nuevo con él. Y si no era el dueño del castillo ¿a dónde iba?

Pasé gran parte de la tarde pintando; debido al frío, había optado por poner el caballete en la buhardilla. Desde la ventana de la misma tenía una excelente vista de la fortaleza de Bram; y con suaves y delicados trazos, comencé una nueva creación, allá, en Los Cárpatos.

Casi sin darme cuenta, se había hecho de noche. El Castillo quedaba, en parte, iluminado. Me preguntaba quién podría vivir ahí. Entonces mi mente comenzó a vagar, y pensamientos de distinta índole comenzaron a invadirla.

Había recorrido más de dos mil kilómetros para terminar, finalmente, en un lugar tan solitario y austero como era el pueblo de Bram. Llevaba más de un mes viviendo en él y aún no había conseguido hablar con nadie. La ciudad más cercana era Sighisoara, a casi treinta kilómetros; deseaba viajar a ella para encontrarme, de nuevo con la civilización. Sabía que había un autobús al día hacia la ciudad; salía muy temprano, a las siete de la mañana, pero estaba dispuesta a tomarlo.

Mis pensamientos se vieron interrumpidos por los intensos aullidos de los lobos; esa noche, parecían estar más cerca que nunca, en el pueblo tal vez. Sentí miedo. De pronto, unos ensordecedores gritos me hicieron ponerme en pie y dirigirme a la ventana de la buhardilla; con la luz apagada, traté de observar, pero en la oscuridad de la noche nada se podía distinguir. Aquellos gritos continuaban; parecían avanzar por el camino del castillo, quizás en dirección al mismo. Tomé mis prismáticos y traté de visualizar: todo estaba oscuro, pero un bulto, que podría ser una persona, era arrastrado brutalmente por los lobos a través del camino que llevaba al castillo. Aún portando los prismáticos y mirando a través de ellos, trataba de distinguir que era lo que aquellos animales arrastraban con una agilidad abismal. Los gritos ya habían cesado, aunque, en su momento me parecieron de mujer.

Pocos minutos después ya no se escuchaba nada y del camino los lobos desaparecieron. Cerré, cauta, la ventana de la buhardilla y me senté sobre mi cama; ¿qué había sucedido? No me gustaba ese pueblo, ni sus gentes, entonces ¿qué me ataba a ese lugar?

—Nada —me dije— absolutamente nada. En cuanto termine el cuadro del castillo, regresaré a España —decidí.

Dormí poco y mal, pero a la mañana siguiente, aún no había amanecido cuando salí de la casa y me encaminé hacia la única parada donde el autobús me recogería. El alba aún se resistía a hacer acto de presencia; todavía, las sombras de la noche lo invadían todo. Caminaba a paso ligero, abrigada con una cazadora de pana color camel, corta y entallada. Había niebla, muy espesa a esas horas de la mañana y entonces, en el más absoluto silencio, sentí pasos caminando a escasos metros de mí. Me volví asustada, pero no podía distinguir nada. Ahora mis pasos eran más largos y rápidos, pero seguía escuchando aquellas horribles pisadas que trataban de alcanzarme en aquel callejón oscuro. Corrí entonces temerosa, con el corazón a mil revoluciones y con un miedo que, en cualquier momento me haría desfallecer. Aún no había llegado a la parada, pero pude distinguir

unas luces circulando en dirección contraria a la mía. Por fortuna era el autobús. Presa del pánico, le hice señales para que parara; me encontraba en mitad de aquella vieja carretera y si el conductor no se daba cuenta debido a la niebla, podría arrollarme. De pronto, el autobús frenó bruscamente a escasos metros de mí; aquel hombre se resistía a abrir las puertas del mismo, por lo que las golpeé completamente descontrolada, gritando aterrorizada.

—¡Abra la maldita puerta de una vez! —le exigí.

Aquel era el único autobús que podría llevarme fuera del pueblo, concretamente a Sighisoara. Finalmente, el conductor accedió. Monté en él y, tras abonar mi billete a ese hombre rudo y serio, comprobé que sólo él y yo nos hallábamos montados en el autobús.

—¿Se ha vuelto loca?! No puedo parar el autobús, bajo ningún concepto, hasta llegar a la parada —me explicó algo molesto.

—Lo siento, señor. Creí que alguien me seguía y sentí miedo —me disculpé.

—No debería salir de su casa cuando aún no ha amanecido —me advertió.

—Pero ya está a punto de hacerlo; este parece un pueblo tranquilo ¿no? —hablé.

Pero el hombre no respondió. Hacía frío.

Me dirigí hacia el final del autobús y, tratando de tranquilizarme, tomé asiento. Miraba a través de la ventanilla; ya se podían distinguir las primeras luces del amanecer. El autobús pasó muy cerca del camino del castillo, aunque no llegó a tomarlo. Y pese a todo lo sucedido la noche anterior, ahora parecía tranquilo.

Sólo eran unos kilómetros los que separan Bram de Sighisoara, pero a través de los bosques más espesos que jamás vi. Sin duda el paisaje era único, aunque estremecedor por su grandeza, su soledad... Tras casi media hora de trayecto, el autobús llegaba a la bella ciudad medieval. Ahora todo me parecía diferente: su gente de un lado para otro, los coches, las luces... Bajé del autobús: a las cuatro y media de la tarde partía el de vuelta; no debía perderlo.

Durante toda la mañana anduve de un lado para otro, realizando algunas compras, disfrutando del ambiente de la ciudad. En mi teléfono móvil ahora había cobertura: había estado sin ella desde que llegara a Bram: allí, la desconexión con el mundo era casi total. Trataba de ajustar la hora en él cuando alguien se acercó a mí.

—Volvíamos a encontrarnos, Alejandra —se alegró una voz.

Levanté la cabeza y me encontré con Leonard, aquel chico que hacia pocas mañanas conocí en el camino del castillo.

—Vaya, esto sí que es una casualidad —aplaudí.

—¿Qué haces aquí? Aunque en Sighisoara sólo se puede hacer una cosa: turismo —me dijo.

—Supongo que sí; es una ciudad preciosa —reconocí— ¿te alojas en ella? —quise saber ahora.

—Así es, desde hace más de un año —me dijo.

—Pero eso es mucho tiempo ¿cómo has aguantado? —le pregunté.

—Bueno, no he terminado lo que vine a hacer —respondió.

—Pues yo no puedo más: en pocos días me marcharé de Rumania —le hice saber con cierto convencimiento.

—Si me permites que te invite a comer, tal vez pueda convencerte para que te quedes —me propuso.

Sonreí ante su invitación, aceptando, aunque no creí que sus argumentos me hicieran cambiar de idea. Caminamos hacia un restaurante cercano en Sighisoara. Ésta era una ciudad muy turística, debido a un pasado medieval que aún en nuestros tiempos conservaba.

Tomamos asiento en el interior del restaurante rumano; las distintas mesas ya habían sido

ocupadas por otras personas dispuestas a degustar platos exquisitos, no me cabía duda. Desde que llegara a Bram, no había hecho otra cosa que alimentarme de enlatados y algunas hortalizas que conseguí comprar en la única tienda del pueblo, por lo que me moría por un buen plato caliente. Nos decidimos por unas legumbres: estaban deliciosas.

Leonard me parecía un chico encantador. Desde mi llegada a aquel perdido lugar de Transilvania, era con la única persona que había logrado mantener una conversación normal.

—¿Aún no me vas a contar qué haces en este lugar de Rumania? —trató de averiguar nuevamente, al igual que el primer día que nos vimos en el camino de acceso al Castillo de Bram.

—Soy fotógrafa; exploro nuevos horizontes en este lugar —le dije, sin contarle toda la verdad.

—Bueno, Transilvania es bella, pero hay sitios mejores para la fotografía —opinó él.

—Sí, es posible; ahora comprendo que me equivoqué viniendo aquí —reconocí.

—O tal vez no; esta ciudad es preciosa y el Castillo de Bram... dicen que tiene unos jardines impresionantes —me informé.

—No sé qué pasa alrededor de ese castillo; sus bosques están plagados de lobos hambrientos; se pasan la noche aullando: no puedes imaginar qué pesadilla —le conté.

—Pero... ¿cómo lo sabes? —se extrañó.

—Vivo en el pueblo de Bram —le hice saber.

—No, no lo puedo creer —habló.

—¿Por qué? ¿tan raro te parece? —le pregunté.

—Nadie de esta ciudad se atrevería a pasar una noche en Bram, cerca del castillo. Son muchas las leyendas en torno a ese pequeño pueblo, aunque hay quienes piensan que esas son más que leyendas. Cuando te encontré el otro día en aquel camino, creí que sólo estabas de visita por Bram; ahora entiendo porqué quieres marcharte —reflexionó.

Yo bajé mi mirada y saqué una cucharada más de aquellas ricas legumbres.

—En ese pueblo es difícil conseguir alojamiento. ¿Cómo lo hiciste? —se interesó.

—Me dejaron una casa enorme, cuya buhardilla tiene una ventana con vistas al castillo. Fue gracias a una amiga, en España —inventé.

Me avergonzaba hablar de esa absurda herencia que ni yo misma comprendía. No hubiera viajado hasta Rumania si no hubiera sido porque la necesidad me arrastró a cobrar aquel dinero de Nicoleta Ivanov.

Leonard soltó su cuchara y alargó su brazo en la mesa hasta alcanzar con la mano la mía:

—Ten cuidado: la gente de ese pueblo es muy extraña y sus noches aterradoras —me avisó.

—Vuelves a asustarme —le dije.

—No es mi intención. Mira, Alejandra, viajé hasta aquí hace más de un año y me instalé lo más cerca que pude de ese lugar; en principio sólo se trataba de narrar una historia más sobre un castillo y sus gentes: ahora Bram se ha convertido en una obsesión para mí —me explicó.

—Es sólo un castillo —opiné.

—No, es más que todo eso. En él suceden cosas, las gentes de ese pueblo lo saben, pero callan, tal vez por miedo —me contó.

—¿Quién vive en él? —me interesé.

—Ahí no vive nadie —respondió.

—¿Cómo que no?! —exclamé incrédula.

—Pertenece a los Duques de Antonov, pero lo visitan muy poco —me informé, conector de todo lo relacionado con el castillo.

—Leonard, eso es imposible; desde la ventana de mi habitación puedo ver el castillo; cada noche, las luces de muchas de sus habitaciones están encendidas —le expliqué convencida.

—Es muy probable que las luces estén programadas para encenderse a una determinada hora todas las noches: ahí no vive nadie —insistió.

—Ayer precisamente, mientras realizaba algunas fotos desde el camino que lleva al castillo, un hombre con su coche, casi me atropella: se dirigía hacia allí —le conté.

Leonard me mostraba una vez más su cara de extrañeza.

—Ese castillo parece tener vida durante la noche, de verdad —le aseguré ahora más nerviosa, recordando la madrugada anterior.

—Hace unos meses, estuvo a la venta, pero ahora, que yo sepa no. No obstante, Bram es un lugar extraño. Sus habitantes son poblerinos de pies a cabeza, desconfiados, prejuiciosos... pero ese castillo les domina y ellos tratan de protegerse de él —me explicó— Debes tener cuidado con ellos y no fiarte; la verdad, no sé qué hace una chica como tú en ese pueblo —añadió.

—Terminaré mi trabajo y me marcharé —aseguré.

—Bueno, pero mientras tanto, voy a darte mi número de móvil: espero que me llames, no sé, tal vez para cenar —sugirió.

Tomé aquel papel donde había escrito el número de teléfono.

—En Sighisoara hay cobertura, pero si te mueves un poco, con tanta montaña... ya sabes: quedas incomunicado —me dijo.

—Dímelo a mí —ironicé, recordando que en el pueblo de Bram no existía tal cobertura.

De pronto su móvil sonó; atendía la llamada mientras yo me retiraba al servicio. Cuando regresé, Leonard ya se había puesto su cazadora.

—Me temo que debo marcharme —dijo.

—¡Oh! No te preocupes; por cierto, la melodía de tu móvil me gusta—respondí.

—Sí —contestó riendo— Ha sido un placer volver a verte, Alejandra —aseguró.

—Para mí también —afirmé.

—Y ya sabes: ten cuidado por Bram —me recordó.

—Lo tendré —aseguré.

Y tras darnos la mano, Leonard salió del restaurante a paso ligero. Yo le seguí, aunque caminando más despacio. Ya eran casi las tres de la tarde. Decidí pasear un poco; el autobús hacia Bram no saldría hasta las cuatro y media, por lo que debía hacer tiempo. En lo más profundo de mí ser, sentí temor al tener que retornar a Bram; seguramente, a mi llegada, ya casi sería de noche, y andar a oscuras por ese pueblo me atemorizaba.

Disfruté de la bella Sighisoara y antes de la hora prevista, esperaba la llegada de mi autobús, sentada en la parada. Aquel día, la temperatura había bajado con respecto a días anteriores, pero concretamente a esas horas de la tarde, el descenso había sido mucho más acusado.

A las cuatro y media, ningún autobús pasó por allí. Pronto oscureció y yo continuaba en el mismo lugar, sentada, casi helada de frío y preocupada por la tardanza de aquel autobús que me llevaría de regreso a casa. Pero la calle cada vez se fue quedando más vacía de gente, y los minutos pasaban y pasaban sin que apareciese el maldito trasto.

—¡Disculpe, señor! —exclamé, dirigiéndome a un hombre que pasaba por allí.

Él se detuvo dispuesto a atenderme.

—Estoy esperando el autobús que va a Bram, pero ha pasado más de una hora y aún no ha llegado ¿sabe usted si ha cambiado su horario? —quise saber.

—Ya, a partir de esta temporada, el que va de vuelta sólo circula por la mañana; dentro de pocos días comenzará a nevar y a esas horas de la tarde es complicado llegar hasta ese pueblo —me explicó.

—¡Pero el conductor no me dijo nada! —me enfadé.

—Lo siento señorita, pero me temo que no podrá volver en autobús a ese pueblo, al menos esta noche —me dijo.

—No lo puedo creer; si es que son catetos para todo —me decía— ¿y la parada de taxis más cercana? —le pregunté ahora.

—Al final de la avenida, aunque no creo que ninguno se atreva a llevarla hasta allí tan tarde —opinó.

Agradecí al hombre la información dada y me dirigí hacia la parada de taxis; las calles comenzaban a estar cada vez más desérticas y, al llegar, tan sólo encontré dos taxis.

—Buenas noches —saludé.

—Buenas noches —saludaron los hombres.

—Necesito llegar hasta Bram, por favor —solicité.

—¿Brammmm?! —se sorprendió uno de ellos.

—Tendrá que esperar a que amanezca; ese lugar está plagado de lobos y de noche circular por allí es peligroso —me explicó el otro taxista.

—Oigan, por favor, yo vivo allí: necesito llegar a mi casa —rogué.

—Entiéndanos, señorita: esas carreteras son inaccesibles a estas horas —volvió a repetir el mismo hombre.

No sabía qué hacer. Andaba pensativa y desorientada; una pregunta volvía siempre a mi mente: ¿qué hacía yo en Rumania? Fue una decisión equivocada abandonar Granada para viajar hasta *un lugar olvidado* como era ese.

—¡Maldita herencia! —maldecía una y otra vez, convencida de tener que buscar habitación en Sighisoara si no quería morir congelada esa noche.

Volví a la parada de autobús y me senté nuevamente. El frío era intenso, tanto que ya casi no podía mover los dedos de las manos. Estaba asustada: perdida en los confines de un país y ahora sola, más sola que nunca. Casi sin poder evitarlo, comencé a llorar; saqué un pañuelo de mi mochila y traté de secarme las lágrimas, al tiempo en que sonaba mi nariz, fría como un témpano de hielo. Mi pena, al verme en semejante estado de abandono, era máxima y no podía parar de llorar.

Un coche detenía su marcha junto a la parada de autobús en la que yo me encontraba, pero estaba tan absorta en mi llanto, que casi no me percaté de ello. Alguien abrió la puerta y se bajaba del auto; pude reconocerle cuando estuvo junto a mí.

—Vamos, no creo que sea tan grave —me habló, agachándose para poder estar a mi altura.

Yo permanecía sentada en el asiento de la parada, con el pañuelo de papel mojado entre mis manos, reconociendo a ese hombre que trataba de consolarme.

—Hola... —fue lo único que pude pronunciar al mirarle, tratando de sacar fuerzas de flaqueza para brindarle una sonrisa.

Pero él no respondió: sólo sonrió encantadoramente.

—¿Qué haces aquí sentada? Es muy tarde —observó.

—Sí, lo sé, aunque ya nada me importa —respondí.

—Tal vez yo pueda ayudarte —se ofreció amablemente.

—Déjalo —decidí.

Puso su mano en una de mis rodillas e hizo que yo volviera a mirarle. Sus ojos eran muy oscuros, pero de mirada tierna; adornaba su barbilla con una discreta y bien perfilada perilla.

—Pero no puedo dejarte aquí llorando. Son casi las siete de la tarde, hace un frío espantoso y después de casi atropellarte el otro día, no puedo permitir que te congeles ahora —bromeó— No, en serio ¿por qué lloras? —se preocupó.

—Es una tontería —reconocí mucho más calmada.

—Tal vez no lo sea —opinó— Mira, haremos una cosa: yo no he cenado y por tu aspecto deduzco que tú tampoco —supuso.

—Bueno, bueno, eres muy atrevido; ¿tan demacrada estoy? —quise saber algo molesta.

—No, por supuesto que no, pero estás helada, señal de que tu estómago está vacío, seguro —volvió a suponer.

—Por Dios, ¿cómo no voy a tener frío si está helando? —me defendí.

—Conozco un lugar donde nos pondrán de cenar algo caliente; no está muy lejos de aquí, así es que, si subimos al coche, no tardaremos nada —me propuso.

Le lancé una mirada desconfiada.

—Mira, te lo agradezco, pero no te conozco de nada —me resistí.

—Sí nos conocemos: este es nuestro segundo encuentro —recordó— Soy Andrei —se presentó acto seguido, aún agachado junto a mí y tendiéndome su mano.

—Alejandra —respondí aceptándola al tiempo en que nos poníamos en pie.

—No pienso secuestrarte ni nada parecido, tan sólo invitarte a cenar —me aclaró con cierta burla.

—En ese caso, no tengo motivos para negarme —decidí, aceptando su propuesta.

Subimos en su 320 color negro; resaltaba el contraste de su tapicería, de cuero en tono claro. La calefacción disparaba bocanadas de aire caliente y mi cuerpo comenzaba a reconfortarse poco a poco. Andrei quitó el freno de mano y tras pisar suavemente el acelerador, el deportivo echó a andar.

—Oye, por cierto ¿cómo está tu cámara? —se interesó.

—¿Mi cámara? —me sorprendí algo distraída.

—Sí, la de fotos; ya sabes, el barro y todo eso —me recordó.

—¡Aaah! bien, no te preocupes —respondí.

—Me pareció muy profesional: ¿eres fotógrafa? —preguntó

—Sí —afirmé.

—Bonita profesión —opinó, circulando despacio por las calles de Sighisoara.

—A mí me gusta —le dije.

—Aparcaremos aquí: ese es el restaurante —me indicó.

Entramos en él. Parecía sofisticado, pero acogedor. Pronto nos asignaron una mesa, cerca de una chimenea llameante y, tras pedir la cena, comenzamos a charlar. Andrei era un chico muy guapo. Sus rasgos se delineaban latinos, aunque, al parecer era rumano. Colgó la sudadera en la parte trasera de su silla; vestido con una camiseta de manga larga color blanco, dejaba entrever sus espectaculares anchuras.

—Bien Alejandra y dime ¿estás trabajando aquí, en esta parte de Rumania? —se interesó.

—Bueno... más o menos —respondí.

Le expliqué mi procedencia española, algo que él ya sospechó.

—Quiero exponer mis fotos en una galería pronto y es por eso que necesito lugares nuevos. Transilvania me ofrece muchas posibilidades paisajísticas, aunque, sinceramente, estoy comenzando a agobiarme en este lugar —le confesé.

—¿Dónde te alojas? —quiso saber.

—En Bram —respondí.

—Ese pueblo es deprimente, aunque su castillo espectacular —opinó.

—Sí, y un poco tétrico por la noche —agregué— Por cierto, el otro día te dirigías hacia él, ¿conoces a los propietarios?

—Bueno, siempre ha pertenecido a los Antonov, aunque estos se marcharon hace muchos años fuera de Rumania. Creo que uno de los hijos se hizo cargo del castillo. Recientemente escuché que estaba a la venta. Por negocios, llevo dos días en Transilvania y bueno, estando tan cerca de ese lugar, decidí ir a informarme, pero no había nadie —me contó.

—El pueblo de Bram es un lugar extraño —le hice saber.

—Es la primera vez que visito esta zona de Transilvania, pero sí, ciertamente, sus habitantes siempre destacaron por su rareza —afirmó.

—Yo... bueno, no sé qué voy a hacer esta noche en Sighisoara; ¿conoces algún hotel que no esté mal de precio? —le pregunté.

—Vaya... ahora entiendo: viniste hasta aquí en autobús, pero perdiste el de regreso ¿no es así? —acertó.

Asentí con la cabeza.

—Una vez entrada la noche, no conseguirás que nadie te lleve hasta el pueblo; esas carreteras se ponen atestadas de lobos: te aseguro que es muy peligroso —me hizo saber.

Volví a entristecerme.

—Pero no te preocupes, Alejandra; yo me estoy alojando en un hotel del centro de la ciudad; se llama Korona Hotel. Podrías quedarte esta noche allí y mañana yo te llevaré hasta Bram, ¿qué te parece? —me propuso.

—Sí, supongo que no tengo elección —entendí.

Fue una cena distendida en aquel restaurante con Andrei. A su término, nos trasladamos hasta el hotel, en pleno centro de Sighisoara y allí, yo solicité una habitación para pasar la noche. Era un magnífico lugar, tranquilo y muy bien decorado. Las habitaciones estaban perfectamente equipadas y, tras despedirme de Andrei, entré en mi cuarto y me dejé caer sobre la cama, cansada tras un agotador día en Sighisoara.

Lentamente me quité la ropa y llené la bañera; minutos después, me encontraba sumergida en un relajante baño de espuma, disfrutando del aroma de aquellas sales, inmersa en unas aguas calientes que depuraban y recomponían todo mi cuerpo. Cerré los ojos y, en lo más profundo de mi relax escuché como alguien llamaba a mi puerta. El sonido de esos golpes me hizo estremecer y a mi mente regresaron, después de tantos años, recuerdos del orfanato, de sus noches eternas, de un miedo insondable. Volvieron a sonar esos golpes una vez más y casi de un salto, salí de la bañera, cubierta de espuma, con el corazón latiendo deprisa. Muy nerviosa, tomé un albornoz blanco para cubrirme y, aun goteando agua, salí del baño dispuesta a averiguar quién golpeaba la puerta de mi habitación a las doce la noche.

—¿Quién es? —pregunté tras la puerta, con esta aún cerrada.

—No te asustes: soy Andrei —respondió la voz del muchacho.

Giré dos veces la llave, quedando la puerta abierta al fin. Efectivamente allí estaba él, con el pelo aún humedecido por la reciente ducha, vistiendo con un ancho pantalón de pijama gris, y una camiseta de tirantes del mismo color. En sus manos portaba dos copas y una botella de champagne.

—Espero no haberte despertado —deseó, simpático en todo momento.

—No. Estaba tomando un baño —le informé.

—Había pensado que, tal vez... bueno, podríamos tomar una copa de champagne antes de irnos a dormir ¿qué me dices? —propuso, mostrándome la botella y poniendo la mejor de sus caras.

No tenía elección; a fin de cuentas, era el hombre que me había salvado el pellejo aquella noche.

—Pasa —lo invité, abriendo más la puerta para que él pudiera acceder al interior de mi

habitación— Ponte cómodo; mientras sirves las copas, voy a secarme un poco el pelo —le dije.

Y desaparecí. Una vez en el servicio, pensaba en lo maravilloso que había sido encontrar a Andrei. Me sentía bien con él y, sin duda, el que tomáramos una copa a esas horas de la madrugada había sido una genial idea por su parte.

Minutos después salí del baño. Él se encontraba acomodado en uno de los sillones de la habitación; las copas ya estaban servidas: yo ocupé el otro sillón. Saboreamos aquel delicioso champagne que, seguramente, Andrei había pedido expresamente para nosotros. Intuí que la velada sería larga e interesante.

—¿A qué te dedicas? —quise saber, iniciando una conversación.

—Bueno, me dedico al loco mundo de las finanzas: tengo negocios en Londres, aunque decidí regresar a Rumania, en busca de mis orígenes —contestó.

—¿Y antes? —me interesé.

—Estudí en Inglaterra y allí comencé en este mundo; la Bolsa de Londres me abrió sus puertas y he trabajado en aquel país durante algunos años, hasta que decidí regresar a Rumania. Vivo en Sinaia, un lugar precioso de Transilvania en el que nací —me explicó.

—Si, supongo que la tierra siempre tira de uno —comenté, pensando que tal vez yo nunca debí marcharme de España y mucho menos para venir a un lugar como Bram.

—Eso sin duda —reafirmó.

—Oye ¿verdaderamente hay tantos lobos por esta zona de Transilvania? —le pregunté bastante interesada.

—Sí, hay muchos y son feroces, muy feroces, créeme. Ahora, con la llegada del invierno bajan de las montañas en busca de alimento. Se pueden encontrar las manadas de lobos en mitad de la carretera. Siempre escuché que los habitantes de Bram sufren mucho sus ataques —me contó.

—No sé... creo que pronto me marcharé de ahí —le dije pensativa.

—Tal vez imaginaste algo diferente ¿no? —supuso, volviendo a llenar las copas.

—Ese pueblo, con el castillo acechando me da miedo —le revelé.

—Yo opino que es un lugar hermoso de Transilvania y sus gentes... —trató de decirme.

—Sus gentes son raras y antipáticas, poco hospitalarias con extraños... Nunca hay nadie por la calle y desde sus ventanas me miran como a un bicho raro. Por las noches bajan los lobos y se escuchan gritos estremecedores por el oscuro camino que sube al castillo. Créeme, estar allí es una pesadilla —le expliqué, recordando mi última noche en Bram.

Andrei permaneció callado por un momento, mirándome con extrañeza ante mi inquietante relato. Traté de calmarme pues mis palabras me habían exaltado un poco. El pelo largo y rizado de Andrei caía por sus hombros y mientras se mostraba pensativo, tomó un sorbo más de champagne.

—El próximo fin de semana daré una fiesta en mi casa de Sinaia: sería un placer para mí contar con tu presencia —me invitó ante mi sorpresa.

—Pero... —traté de decir.

—Por favor, Alejandra, no me digas que no; estoy seguro de que, cuando conozcas aquella parte de Transilvania, tu percepción cambiará por completo. Sinaia es un lugar hermoso: te gustará —me garantizó.

No supe qué responder.

Fue una maravillosa velada junto a Andrei, al sabor de un buen champagne francés. Cuando nos fuimos a dormir, ya estaba muy entrada la madrugada. Me dormí con el recuerdo de sus ojos, de su voz, de su aroma...

A la mañana siguiente, tras desayunar en la cafetería del hotel, montamos en su coche y

pusimos rumbo al pueblo de Bram. El día era soleado, aunque más frío se cabe que el anterior. Andrei volvía a vestir de forma deportiva, con unos vaqueros azules y una sudadera azul—marino con algunas formas blancas.

Sólo eran treinta kilómetros los que separaban Sighisoara de Bram, pero sus carreteras, sinuosas y oscuras, rodeadas de espesos bosques no permitían que el coche avanzara demasiado rápido. Hablamos de cosas triviales durante el trayecto, hasta que llegamos. Andrei paró el coche junto a la puerta de la casa: estaba fascinado ante la grandeza de la misma.

—¿No es una casa demasiado grande para ti? —opinó, mirándola desde la ventanilla del coche.

—Bueno, quizás otro día te cuenta la historia —respondí.

—Sí, otro día tienes que contármela porque ha sido un placer conocerte, Alejandra y deseo seguir viéndote —me dijo.

—Gracias por todo, de verdad. De una noche horrible tú has hecho una velada maravillosa —hablé sincera.

—Ha sido un verdadero placer —respondió mirándome serio— no me falles el próximo fin de semana, porque te estaré esperando —me recordó.

—No sé si podré —respondí no segura de ir.

—Toma, esta es mi tarjeta; en ella están mi dirección y mi teléfono. Nos veremos en Sinaia dentro de tres días —confirmó con total seguridad.

Y tras darnos la mano despacio, muy despacio, como si deseáramos que el momento se alargara un poco más, yo abrí la puerta del coche y bajé del mismo.

Anduve hasta la puerta de la casa y poco después sentí cómo su coche abandonaba el callejón.

Una vez dentro, me dejé caer en uno de los sillones del salón, recordando una y otra vez a Andrei, ese hombre que había despertado en mí sentimientos inexplicables. Sin embargo, me mantenía contundente en mi idea: mis días estaban contados en el pueblo de Bram.

Llegada la noche, los aullidos de los lobos podían escucharse a cientos de kilómetros: eran estremecedores. Los bosques que rodeaban el pueblo y ese castillo, vigilante en todo momento desde la montaña, me intimidaban.

Los días fueron transcurriendo y deseaba asistir a la fiesta de Andrei en Sinaia. Desde la última vez que le vi, no había hecho otra cosa que pensar en él, imaginando sus ojos, sus labios, su largo y oscuro cabello... Me había comprado, en Sighisoara, un precioso vestido para la ocasión, sexy y sofisticado a la vez. Quería impresionar a Andrei, que se fijara en mí y que me diera un motivo por el que permanecer en Transilvania.

Al mediodía, tomé un taxi desde Bram que me llevaría directo a Sinaia. Sobre aquel lindo vestido color malva, de tirantes, con pedrería en la parte superior del mismo y en el entalle de la cadera, un elegante y largo abrigo color blanco me resguardaría del intenso frío que aquel día hacía en aquella parte del país. Mientras el auto avanzaba por la carretera, divisaba el bello paisaje que poco a poco y en algunas zonas ya iba tiñéndose de blanco.

El viaje fue de más de dos horas. Bordeamos la ciudad de Sinaia y el taxi continuó su camino.

—Hemos pasado la ciudad —le hice saber al taxista.

—Sí, lo sé. A donde usted va se encuentra a las afueras, pero estamos a punto de llegar al Castillo de Peles —me explicó el hombre.

—¿Un castillo?! —exclamé sorprendida.

—Sí, señorita: a ese lugar pertenece la dirección que usted me entregó —respondió.

El taxi se desvió de la carretera en dirección a un camino cercano y tras un corto trayecto, entre los árboles más frondosos y altos, cruzamos un antiguo puente construido en piedra que nos daba acceso al exterior de un magistral palacio. Bajé la ventanilla del coche y lo miré ensimismada: era espectacularmente bello.

El taxi se detuvo pues había llegado al final del trayecto. Abría mi bolso para pagar a aquel hombre.

—¿Quién vive aquí? —quise saber mientras tanto.

—¡Oh! Pertenece a los Holzhausen, una familia muy emparentada con la antigua realeza, aunque actualmente todo quedó en manos de uno de los hijos —me relató el taxista.

—Aquí tiene: quédese con el cambio y muchas gracias —le dije.

—Gracias a usted —respondió el hombre.

Entonces bajé del taxi con un discreto maletín donde recogía ropa para cambiarme y algo para el aseo. Estaba a punto de oscurecer. Contemplé una vez más aquellos parajes, llenos de encanto como no había visto otros. Sí, realmente aquella era otra parte de Transilvania completamente diferente.

—¡Estoy sorprendido! No creí que vinieras ya.

Era Andrei que, como otras veces y ante mi extrañeza, vestía de sport.

—Hola —lo saludé, tímida; mientras, él caminaba a paso ligero hacia mí y al llegar a mi lado, me dio un beso en la mejilla.

Me ruboricé ante esto, pero él se mantenía muy cerca, mirándome con sus intensos ojos oscuros y sin dejar de sonreír.

—¿Te gusta este lugar? —quiso saber.

—No había visto nada más bello en mi vida —respondí sincera.

—Es el antiguo Castillo de Peles, ahora convertido en un palacio —me explicó.

—Precioso —opiné.

—Sí —reconoció— pero entremos dentro: comienza a hacer frío —sugirió.

Y tomándome suavemente de la cintura, tanto, que casi no podía sentir sus manos, me condujo hasta el interior del palacio. Entramos en el vestíbulo, clásico y palaciego, con sus paredes revestidas por maderas, con frescos sobre bellas mujeres de épocas pasadas. En el centro, y sobre una extensa alfombra, se encontraba una mesita redonda rodeada por dos butacas y dos sillas al más puro estilo clásico. Las cristalerías de sus ventanas contenían dibujos y colores y una enorme lámpara de bronce, con velas, colgaba de su alto techo. Fascinada miré todo aquello. Aún llevaba mi abrigo abrochado hasta el cuello que, lentamente y mientras contemplaba todo aquello, iba desabotonando.

—¿Me permite el abrigo, por favor? —sugirió una voz, apareciendo de repente en el vestíbulo.

Era un elegante mayordomo, al que también miré de arriba abajo por su peculiar uniforme.

—Oh, sí, claro —respondí, quitándomelo, exhibiendo aquel impresionante vestido de fiesta que marcaba toda mi figura y mostraba buena parte de mis piernas.

Andrei no pudo disimular su atracción hacía un bello, sinuoso y femenino cuerpo de mujer.

—Estás muy bonita —se atrevió a decir.

—Gracias —respondí, dejando de mirar todo aquello para mirarlo a él.

—Sin embargo, Alejandra, la fiesta ha sido suspendida; ya sabes, un imprevisto de última hora con uno de los invitados. Lo siento —se disculpó tras aquella explicación.

No sabía qué responder. Compuesta, con aquel espectacular vestido y sin fiesta; realmente me sentía ridícula.

—No te preocupes. Me marcho y ya nos veremos en otro momento —decidí algo confusa.

—No, nada de eso. Sería un placer para mí que pasaras el fin de semana aquí, en Sinaia. Te encantará este lugar y yo... bueno, no me sentiría tan solo —me pidió.

—No sé, Andrei. Casi no nos conocemos; me siento un poco violenta —le hice saber.

—Has venido desde muy lejos: no puedes irte ahora, por favor —insistió.

No había nada de malo en que pasara el fin de semana en el Palacio de Peles, junto a Andrei. A fin de cuentas, ese era un plan mejor que el de Bram, rodeada de hambrientos lobos.

Aún ataviada con el bonito vestido, nos sentamos a cenar, tras haber paseado un poco por algunas zonas del Palacio. El salón era amplio, con grandes lámparas en sus techos y extensas alfombras en el suelo. Nos sirvieron una suculenta cena; la chimenea llameaba embravecidamente mientras conversábamos de forma distendida.

—Este es un lugar envidiable; ¿vives aquí? —me interesé, mientras saboreaba un rico manjar.

—Bueno, vivo en muchos sitios, aunque podríamos decir que esta es mi residencia ahora. Compré este castillo hace algunos años y paso largas temporadas en él. Viajo mucho; tengo negocios en Bucarest y en Londres —me contaba.

—Qué vida tan ajetreada —opiné.

—Sí, me temo que demasiado; pero quiero que eso cambie —me dijo.

—Demasiado estrés ¿no? —deduje.

—Entre otras cosas. Bueno y ¿qué me dices de ti? Una española, perdida en medio de la Transilvania más salvaje y feroz... —se burló.

—Sólo estoy aquí circunstancialmente; ahora pinto un precioso cuadro sobre el Castillo de Bram; en cuanto lo termine, me marcharé —aseguré.

—Una pena —objetó.

—No creas: en ese pueblo estoy pasando mucho miedo; los lobos, el castillo... estas noches pasadas han despertado en mí tantos temores... —le comenté.

—No tienes por qué temer; esos lobos no van a hacerte nada, si permaneces en casa durante la noche: en algunos lugares de Transilvania hay que saber vivir —me informó.

—Supongo que tienes razón —reconocí.

Pero mis miedos se debían a recuerdos profundamente encerrados en mi mente.

—Tal vez debieras trasladarte a esta parte del país; es mucho más civilizada e igualmente bella —sugirió.

—Quizás lo tenga en cuenta —contesté, sin darle más traslado al tema.

Fue una bonita velada. Al calor de la chimenea nos dieron las tres de la madrugada. A esta hora y haciendo un recorrido por los largos pasillos del palacio, llegamos hasta la habitación en la que yo dormiría esa noche.

—Bueno, ya es muy tarde —afirmó Andrei.

—Sí —reconocí.

—Espero que te encuentres cómoda en ese cuarto; mañana pasaremos por los alrededores del palacio: te encantará —aseguró.

—De acuerdo —asentí.

—Bien, pues, hasta mañana —se despidió, acariciando una de mis manos muy suave, galán y educado en todo momento.

—Que descanses —respondí, abriendo lentamente la puerta y entrando en la habitación.

Tras de mí, cerré y a los pocos segundos escuché como sus pasos se alejaban del lugar. Estaba maravillada ante una habitación tan elegante, digna de un palacio. Era una enorme cama la que se disponía en el centro de la misma, con sus preciosas mesillas a ambos lados, aguantando el peso de las delicadas lamparitas. Todo era perfecto y confortable, incluso el baño, completamente equipado, nada que ver con la antigua casa de Nicoleta que, aunque grande, los años no habían pasado en balde por ella.

Mientras trataba de relajarme, justo antes de quedarme dormida, pensaba en Andrei: ¿qué pretendía conmigo? Sólo nos habíamos visto un par de veces y esa noche me encontraba durmiendo en su castillo. Me sentía muy atraída por él.

Dormí placentera durante gran parte de la noche, pero al amanecer, me desperté. Las primeras luces del alba comenzaban a emerger desde un lejano horizonte; me levanté de la cama en dirección a la ventana y al abrirla, pude olfatear un fresco olor a pinos, a montañas, a nieve. El frío era intenso ahí fuera, pero, no obstante, permanecí unos minutos más inmersa en aquel océano de sensaciones. Con los ojos cerrados, podía imaginar mil historias desde la ventana del palacio; nunca estuve en un lugar tan bello. Hice un resumido recorrido mental por la que había sido toda mi vida, hasta llegar al Palacio de Peles; un sentimiento destacaba por encima de todos en este pensamiento: la soledad.

Al cabo de una hora, salía de la habitación: eran más de las ocho y me apetecía tomar algo caliente. Al llegar al salón, pude ver por una de las ventanas a Andrei, hablando acaloradamente a través de su teléfono móvil. Parecía muy alterado, a juzgar por sus gestos. Minutos después apareció en el salón.

—Pero ¡qué madrugadora! —se sorprendió al verme, acercándose a mí y besando una de mis mejillas delicadamente.

No sabía qué responder.

—¿Has dormido bien? —se interesó ahora.

—Muy bien, gracias —respondí— Debo partir pronto hacia Bram: no debe cogerme la noche —le dije.

—Tranquila, no es necesario que te marches hoy; ya que estás aquí, tienes que conocer todo

esto —sugirió.

—No, no quiero molestarte más, Andrei —respondí.

—¿Molestarme dices? Si así fuera, no te pediría que te quedaras, pero desayunemos ahora: tengo hambre —me anunció.

Ambos tomamos asiento. Charlamos mientras saboreábamos un café delicioso. Más tarde, abrigándonos bien, salimos a pasear por los jardines que rodeaban el palacio. Era una mañana soleada, aunque muy fría en Sinaia.

Andrei deseaba conocer cosas sobre mí y tal vez era el momento de desempolvar el libro de los recuerdos.

—...Crecí en un orfanato asturiano, al norte de España, pero de ese lugar prefiero no hablar —remarqué.

—Te entiendo —habló él.

—No, te aseguro que estás muy lejos de entender nada, pero prefiero dejarlo ahí —insistí nuevamente— Salí de ese lugar con quince años. Fue gracias a Antón, un maravilloso hombre que no sólo cuidó de mí durante algunos años, sino que me enseñó a amar la pintura —le contaba mientras en mi mente vislumbraba momentos felices.

—Y ese Antón ¿fue algún novio tuyo? —se interesó.

Noté en el tono de su pregunta cierto recelo. Reí entonces.

—No —negué rotunda— más bien fue como un padre para mí. Me marché con él a Granada y allí fue donde estudié fotografía. Antón se hacía cargo de todos los gastos; yo viví en su casa hasta que, en unas prácticas, tuve que marcharme por un tiempo. Cuando regresé él ya no estaba: había muerto —le conté.

—Vaya, es muy triste —opinó Andrei.

—Sí. Me quedé sola, como siempre había estado —recordé pensativa, perdiéndose mi mirada en la lejanía.

Había detenido la marcha y de pronto, Andrei se colocaba frente a mí, acariciando mi rostro suavemente con la yema de sus dedos.

—¿Cómo puede alguien como tú estar sola? —me preguntó con una profunda necesidad de respuesta.

Permanecí en silencio, sintiendo el roce de sus dedos en mi cara e hipnotizada por una mirada penetrante.

—Sólo te he visto tres veces en toda mi vida, pero han sido suficientes —trató de decir.

—No pretendo dar pena: soy feliz como soy —hablé, tratando de imponer mi caparazón.

—Yo también, pero ahora soy más. Por favor, quédate conmigo hasta mañana y te daré motivos para que no te alejes demasiado de mí —me propuso.

—Este lugar es maravilloso, pero... —pretendí decir.

—Sólo espera a mañana: lo maravilloso de este lugar aún no lo has visto —aseguró.

Sonreí ante su insistencia. Pronto me tomó de la mano y juntos llegamos hasta su coche. Montamos y nos alejamos del Palacio.

Sinaia es un lugar de Transilvania conocido como “la Perla de Montañas Cárpatos”. Es de una belleza casi insuperable. Circulábamos por aquellas estrechas carreteras que dejaban a un lado extensos bosques de pinos. Continuábamos ascendiendo por la montaña y al poco, tomamos un camino.

—¿A dónde vamos? —pregunté al tomar el sendero.

—Ya lo verás —respondió.

Andrei parecía muy misterioso. Y tras un par de kilómetros, divisé a lo lejos una cabaña de

madera. Nos íbamos acercando. Se encontraba en un claro del bosque, a orillas de un inmenso lago, entre altas montañas.

—¡Vaya! —objeté sorprendida.

Andrei paró el coche junto a la cabaña. Ambos descendimos del mismo; todo estaba en el más absoluto silencio; tan sólo el sonido de los pájaros y de unos lejanos truenos en las cumbres montañosas.

Respiré hondo y mientras un aire puro penetraba en mis pulmones, cerré los ojos. Hacía mucho frío, podía sentirlo, pero de pronto noté cómo los brazos de Andrei me rodeaban por completo. Se había colocado tras de mí y apoyaba su barbilla en uno de mis hombros mientras me abrazaba.

—¿No te parece el lugar más hermoso de la tierra? —opinó.

Pero no respondí; sentir su calor, su cuerpo tan cerca del mío... hacía mucho que nadie me abrazaba así.

—Vamos, daremos un paseo en barca —decidió, tomándome de la mano y dirigiéndonos a un pequeño embarcadero junto al lago.

Varada en la orilla se encontraba una antigua barca de madera; Andrei me ayudó a subir, después empujó la barca hacia el lago, saltando ágil y rápido para subir a ella sin mojarse. Una vez nos hubimos acomodado, él tomó los remos e iniciamos el bello paseo. Era un lugar fascinante, rodeado de montañas, cuna de hermosos bosques; un amplio abanico de colores se apoderaba de aquel lugar. Contemplé las nubes, muy bajas junto al lago, oscuras en lo más alto del cielo. La barca navegaba lentamente sobre aquellas cristalinas aguas, espejo de sus verdes bosques.

—Estás muy callada —apreció Andrei.

—Pensaba en que nunca había conocido un lugar como este: parece mágico —opiné.

—Lo es —afirmó convencido.

—¿Vienes mucho por aquí? —me interesé.

—Este es mi escondite —bromeó— Esa cabaña la construyó mi abuelo con sus propias manos, de eso hace ya muchos años —me contó.

—¿Tu abuelo? —me sorprendí.

—Así es. Se llamaba Dominic; quedaban pocos meses para su boda cuando conoció al amor de su vida: M^a Magdalena. Decidido a no perderla, dispuso construir esta cabaña en la que tenían lugar sus encuentros con ella. M^a Magdalena pensó que ese gran secretismo en su relación sólo duraría un tiempo, pero mi abuelo terminó casándose con Ileana, su prometida —me contó.

—No me lo puedo creer; pobre M^a Magdalena —intervine, mientras subía un poco más el cuello de mi abrigo.

—Sí; ella tuvo que marcharse a un lugar lejano y él fue muy infeliz el resto de sus días —me hizo saber.

—¿E Ileana? ¿llegó a enterarse de la infidelidad de tu abuelo? —me interesé.

—Bueno, es posible que llegara a sospechar algo, pero nunca descubrió este lugar, donde él vivió las historias de amor más apasionantes, junto a M^a Magdalena —narró.

—Estoy sorprendida ante la historia —le dije.

—Sí. Este es un lugar especial, créeme. Yo vengo mucho a él, pero nunca había traído a nadie, hasta hoy.

Aquellas palabras me enmudecieron. ¿Debía sentirme halagada? De repente, unas finas gotas de lluvia comenzaron a caer. Andrei debía remar rápido si no queríamos mojarnos; y así fue como, con sus fuertes y musculosos brazos movía los remos a toda prisa.

Pocos minutos después, alcanzábamos la orilla. Ayudé a Andrei a amarrar la barca a unos gruesos troncos clavados en la tierra y entonces, cogidos de la mano, corrimos bajo la lluvia en dirección a la cabaña de madera. Él sacó la llave del candado que la mantenía cerrada y muy pronto abrió la puerta.

—Vamos, entra o te mojarás —me dijo, tirando de mi mano para hacerme pasar.

Era pequeña, pero preciosa, tan acogedora y tan bien equipada. Un coqueto sofá de madera se disponía en uno de los rincones de la cabaña, junto a la chimenea. En el centro de la misma había una mesa cuadrada con cuatro sillas y al fondo, tras una puerta, se hallaba una estancia en la que había una cama, grande, con una bonita colcha de bordados a mano.

—¿Te gusta? —quiso saber.

—Me encanta; es preciosa, de verdad —afirmé convencida.

—Puedes venir cuando quieras; sería un placer para mí compartir contigo momentos en este lugar —me dijo.

Andrei seguía sorprendiéndome y paralizándome con cada uno de sus comentarios. Todo era demasiado perfecto y lo peor de todo es que casi no nos conocíamos. ¿Qué hacía yo en el Palacio de Peles? ¿y en esa cabaña?

—¿Te apetece picar algo? Mira, tengo de todo —me ofreció, mostrándome la despensa.

—No, no gracias —respondí— casi prefiero irme —le dije.

—¿Irte? ¿por qué? Alejandra ¿qué te pasa? —se preocupó.

—Andrei, casi no nos conocemos; me pregunto qué hago aquí —hablé algo confusa.

—Yo te invité ¿recuerdas? Pero cuando lo hice, no imaginé que pudiera llegar a encontrarme tan bien contigo —me reveló.

Continuaba junto a la despensa y yo frente a él. Me miraba con ojos de pretender decir más cosas; no estaba segura de querer oírlas.

—Has sido muy amable conmigo —le agradecí.

—¿Por qué te muestras tan esquiva? —se atrevió a preguntar.

—¿Yoooo? ¿esquiva? —me sorprendí.

—Sí, tú —afirmó ahora sonriente.

Yo también sonreí. Tomó mis manos entre las suyas y entonces volvió a hablar.

—Eres una chica misteriosa y eso me gusta.

—No, te equivocas: lo que ves es lo que hay —le dije.

—¿Sabes lo que creo? que guardas grandes secretos y que tienes muchos temores —continuó su persecución.

—Nada de eso —negué nuevamente.

—Yo creo que sí; no sé qué cosas terribles te sucedieron en el pasado, pero restos de ellas quedaron ahí —trató de descubrir.

Mi pensamiento retrocedió muchos años atrás por unos segundos, tornándose mi rostro serio y preocupado.

—¿Estás bien? —se interesó.

—Sí, sí —afirmé no muy segura de ello, y Andrei lo sabía.

Casi una hora después la lluvia seguía cayendo en aquel bello lugar de Los Cárpatos. Pero Andrei y yo nos encontrábamos acomodados en el sofá, junto al fuego de la chimenea que fue encendido momentos antes, charlando mientras picoteábamos algo de comer.

—¿Has expuesto tus fotos en muchas galerías? —quiso saber.

—Bueno, trabajé durante un tiempo para una agencia y sí, algunas de mis fotos fueron expuestas junto a las de otros fotógrafos; sin embargo, día tras día veía cómo mi trabajo se iba

estancando en aquel lugar. Comprendía que empezaba a ser una más en este competitivo mundo; entonces decidí trabajar por mi cuenta. Hice algunos reportajes en Italia y Suiza y mis fotos se vendieron bastante bien, pero yo lo que deseo es exponer lo mejor de mi labor en una exposición propia. Los paisajes de Transilvania podrían ser una alternativa: ya veremos... —le expliqué.

—Y por eso viajaste a Rumania ¿no? —dedujo.

—Sí, aunque también estoy explotando otra de mis facetas: la pintura —le dije.

—Eres sorprendente, tan polifacética —opinó.

—En ambas profesiones es difícil abrirse camino. Ahora estoy pintando el Castillo de Bram y sinceramente tengo puestas todas mis ilusiones en ese cuadro —le hice saber.

—Y cuando termines el cuadro ¿qué harás? —se interesó.

—Pues supongo que marcharme; ¿qué otra cosa podría hacer? —respondí.

—Bueno, tal vez yo no permita que lo hagas —se atrevió a decir.

Parecía muy seguro de sus palabras, mirándome desafiante mientras mordía una galleta salada. No hubo más palabras. Pronto se aproximó un poco más hacia mí y acarició mi rostro con delicadeza, de arriba abajo, penetrándome con aquellos ojos oscuros, reveladores de deseos ocultos. Comenzaba a ponerme nerviosa, algo tensa y él lo notó.

—Creo que te incomodo —me dijo, dejando de acariciarme.

—No... bueno... no sé... todo es demasiado extraño —hablé dudosa.

—Sí, tal vez, pero las cosas son como son. Alejandra, sé que es pronto, pero yo deseo seguir viéndote —me reveló.

Algo profundamente bello se removió en mi interior. Andrei me miraba como sólo un hombre atraído por una mujer puede mirar. Tomó una de mis manos entre las suyas y la aproximó a sus labios para besarla sensualmente.

—Durante estos tres últimos días temí que no aceptaras la invitación de venir al Palacio de Peles; deseaba volver a verte, lo deseaba de verdad. Cuando te vi salir de aquel taxi... —trató de explicar.

Yo lo escuchaba en silencio, perpleja ante sus revelaciones. Ciertamente me sentía muy atraída por él y al oír sus palabras, mi corazón comenzó a latir con fuerza.

—En esos tres últimos días sólo podía pensar en tu invitación, única alternativa para estar contigo otra vez —le dije ante su asombro.

Su satisfacción parecía máxima al escuchar esto y tras una leve sonrisa, se acercó un poco más, hasta que pude sentir un primer roce de sus labios. Cerré los ojos por un momento y me dejé llevar. Una de mis manos continuaba entre la suya. Por un instante nos separamos: necesitábamos volver a mirarnos otra vez para, nuevamente, volver a fundirnos en un ardiente beso, ahora con mi rostro entre sus manos, aún sentados en aquel sofá. A su término, sonreímos.

—Creo que ha dejado de llover —le dije, levantándome y acercándome a una de las ventanas.

—¿Quieres irte? —me preguntó, aún desde el sofá.

—¿Quieres que me vaya? —me atreví a interrogarle, permaneciendo de pie junto a la ventana, cruzada de brazos en espera de respuesta.

Él se levantó muy despacio; llegó hasta mí y me tomó de la cintura. Otra vez trataba de responderme con su mirada, desde una sincera seriedad.

—No, no quiero que te vayas, por favor —respondió con total seguridad— Pasemos la noche aquí, en este lugar: jamás lo olvidaremos —propuso.

Y sin esperar respuesta por mi parte, me besó. Sus carnosos labios abarcaban toda mi boca, ardientes de deseo, derrochando pasión. Su lengua buscaba el encuentro con la mía, tímida y sus brazos, musculosos y fuertes, me envolvían por completo.

Segundos más tarde, sentí como desabrochaba mi blusa, botón a botón, despacio, muy despacio. Recorría con sus labios todo mi cuello, al tiempo en que trataba de despojarme de la misma.

—Para, Andrei, por favor, para —le pedí, separándome un poco de él.

—¿Por qué? —preguntó con respiración exaltada y tratando de mantenerse lo más cerca de mí.

—Creo que vamos demasiado deprisa —opiné, alejándome definitivamente de él y abotonándome de nuevo la blusa.

Andrei me miraba confuso, tratando de asimilar mis palabras en un momento como aquel. Me volví de espaldas hacia la ventana, intentando centrarme; pronto giré de nuevo para mirarle; permanecía de pie tras de mí, echándose el cabello hacia atrás con ambas manos para despejar su cara.

—Lo siento —le dije con cierta vergüenza.

—No te preocupes —respondió, acercándose a mí y abrazándome muy fuerte.

Rodeada por sus brazos, me sentía reconfortada. Me preocupaba todo aquello; tal vez él sólo buscaba ese momento conmigo, nada más. Después de lo ocurrido, lo mejor que podía hacer era volver a Bram.

—¿Volvemos al castillo, por favor? Hace rato que dejó de llover —le propuse, escapando de entre sus brazos.

—Alejandra... lo siento: me he dejado llevar —reconoció.

—Sí, los dos nos hemos dejado llevar —respondí, poniéndome el abrigo.

Entonces abrí la puerta de la cabaña y salí fuera. Respiraba aquella húmeda brisa y trataba de relajarme mientras caminaba hacia el coche. Cuando llegué, me apoyé en él, esperando a Andrei, quien aún permanecía en el interior de la cabaña recogiendo algunas cosas. A los pocos minutos, sentí sus pisadas en la tierra mojada, acercándose hacia el vehículo, hacia mí. Pero no miré: esperarí a que abriera las puertas del coche y montaría en él. Sin embargo, Andrei no hizo esto; antes de pulsar su mando, vino hasta mí; entonces levanté mi mirada y ahí estaba.

—Alejandra, espero no ofenderte, pero en absoluto hubiera lamentado que esa pasión hubiera fluido sin prejuicios —me dijo ante mi asombro.

Al principio no entendí bien sus palabras, tan metafóricas en un momento de frustración como aquel, por tanto, no respondí.

—Me gusta estar contigo y lo ocurrido ahí dentro ha sido maravilloso —opinó.

—Sí, para mí también, pero seguir más allá supondría estropearlo todo —le hice comprender.

—No para mí, pero lo dejo a tu elección —decidió.

—Gracias. Andrei, he decidido marcharme hoy —le dije.

—No —se negó.

—Mira, también a mí me gusta estar contigo, pero somos tan diferentes que se me hace difícil imaginar cualquier tipo de relación entre tú y yo —le expliqué.

—Eso son tonterías: las relaciones son posibles sólo si las personas quieren —habló.

—No quiero que me partan el corazón, no ahora —le dije.

—Mi preciosa Alejandra: nadie va partir tu corazón, te lo prometo; más bien tú destrozarás el mío se te marchas ahora —me hizo saber.

Bajé la cabeza pensativa, mientras él había depositado ambas manos sobre mis hombros. Esperaba una respuesta y en el fondo Andrei sabía que sería afirmativa.

De regreso al castillo, no hubo demasiadas palabras, sólo algunas miradas de complicidad. Sí, nos gustábamos y deseábamos conocernos más, pero sólo el tiempo determinaría todo esto.

Tras una velada maravillosamente romántica en el Palacio de Peles, nos retiramos a dormir; el

día había sido largo y emocionante, por lo que yo personalmente me encontraba bastante cansada. Al día siguiente, a media mañana, debía partir de nuevo hacia Bram; sería una despedida dura, al menos para mí.

Bajaba hacia el vestíbulo del Palacio, cargando con el maletín rojo que guardaba todas y cada una de las pertenencias que había traído para pasar el fin de semana en tan maravilloso lugar. Eran poco más de las diez de la mañana y desde la ventana pude distinguir cómo, desde lo más alto del cielo caían unos pequeños copos de nieve. Alguien entraba por la puerta principal; era Andrei, bien abrigado y frotándose las manos.

—Buenos días —saludé.

—¡Alejandra! Hace un frío espantoso; no puedes irte tan temprano —opinó convencido.

—Me temo que sí; el día ha amanecido demasiado gris y me conviene llegar temprano a Bram —respondí al respecto.

—Pero... —trató de replicar, acercándose a mí y liberando parte de mi cabello del cuello del abrigo.

—No puedo quedarme más, aunque me encantaría —le hice saber— Bram y sus oscuros callejones me dan un miedo terrible cuando se va acercando la noche —le expliqué.

Él permaneció callado; entendía perfectamente mis argumentos: debía dejarme marchar. Tomó mi maletín: el taxi acababa de llegar y esperaba frente a la puerta del Palacio de Peles. Ambos salimos fuera; sí, realmente el frío era intenso. El taxista introdujo mi maletín en el maletero y abrió una de las puertas traseras del coche, invitándome a subir.

—Bueno, tengo que irme —le recordé a Andrei, colocado frente a mí, mirándome con profunda tristeza.

Había cogido una de mis manos y la apretaba con fuerza, resistiéndose a la despedida.

—¿Cuándo volveré a verte? —me preguntó.

—Siempre que quieras —respondí con total seguridad.

—Tú también puedes venir aquí cada vez que lo desees. Recuerda siempre nuestro lugar secreto: ahí te esperaré —me habló.

—Ha sido un fin de semana maravilloso: gracias por todo —le dije.

—Sólo deseo que esto haya sido el principio de algo bello. Sé que volverás, Alejandra, y yo te estaré esperando —aseguró, tomando mi rostro entre sus manos y besándome con dulzura y suavidad.

Nuestros labios sólo se rozaron unos segundos, pero pude sentir como todo mi cuerpo se estremecía ante ello. Mi corazón latía fuerte junto a él; tal vez me estaba enamorando de Andrei. Pero ya no había tiempo para nada más; monté en el taxi y tras cerrar la puerta, el coche se puso en marcha, reduciéndose cada vez más la silueta de él, allá, en la lejanía.

Estaba nevando. Los copos de nieve se iban estampando contra el cristal delantero del taxi, haciéndose más intensos a medida que nos acercábamos a Sighisoara.

Era casi mediodía cuando llegábamos a Bram, lindo pero desértico pueblo, frío y oscuro aquel día. Al llegar a la puerta de mi casa, la encontré entornada: alguien había entrado. La empujé muy despacio, tratando de hacer el menor ruido posible; estaba muy asustada. Solté la mochila y el maletín en el hall, tomé el palo de una fregona, poniéndome a la defensiva mientras avanzaba cauta por la casa. Y al abrir la puerta del salón...

—¡Aaaaaahhhhhh!!!! —grité, al encontrar a un hombre sentado en uno de los sillones, junto al fuego de la chimenea.

Empuñé el palo con valentía. Sin embargo, reconocí su rostro; se trataba de Vasilii Dutu, aquel misterioso abogado de Nicoleta que un año antes me visitó en Granada, haciéndome conocedora

del testamento de la difunta.

—¿Se puede saber qué hace aquí?! y ¿cómo ha entrado?! ¡eso es allanamiento de morada y usted debería saberlo! —exclamé asustada aún, sin poder controlar mis reproches, casi a gritos.

—Lo siento, Alejandra: no pretendí asustarla —se disculpó, levantándose del sillón y dirigiéndose hacia mí, tendiéndome su mano acto seguido.

Lo miré aún enfadada y muy confusa.

—No ha respondido a mi pregunta: ¿cómo ha entrado? —repetí, correspondiéndole en el saludo bastante retraída.

—Bueno... aún conservo una llave de esta casa —respondió con absoluta tranquilidad.

—Esto es el colmo —objeté molesta.

—Señorita Alejandra Expósito, esperé su llegada a Bram durante muchos meses; llegué a pensar que jamás se haría cargo de la herencia de Nicoleta Ivanov, pero comprobé que el cheque había sido cobrado y decidí venir hasta Bram para ver qué había pasado con la casa: creí que cambiaría la cerradura —me explicó.

—¿Cambiar la cerradura? para qué; en este pueblo no se ve un alma por la calle, así es que, complicado es que entren en esta casa —hablé— de todas maneras, señor Dutu, nada de eso le da derecho a entrar en una propiedad que no es suya —le advertí.

—Le repito que lo siento —volvió a disculparse.

—Y dígame ¿para qué ha venido? —quise saber, fría y distante con aquel desconocido que no me inspiraba la más mínima confianza.

—Bueno, si estaba aquí, quería comprobar cómo le iba —respondió.

—Bien, me va bien, gracias —contesté esquiva.

—He visto que está pintando un cuadro —me dijo.

—Pero ¿también ha entrado en mi habitación?! ¿le ha quedado algo por ver? Se lo digo porque, tal vez yo pueda enseñárselo —ironicé muy molesta.

—De haber sabido que usted vivía aquí, no hubiera entrado. Por favor, acepte mis disculpas y no se enfade conmigo: la sonrisa le favorece mucho —me dijo, tratando de agrandar en todo momento.

—Señor Dutu, no sé quién era esa Nicoleta y créame, no me importa; si verdaderamente fue mi abuela, debió ocuparse de mí cuando estuve encerrada en ese horrendo orfanato; ahora ya nada tiene sentido. Si le soy sincera, vine a Rumania en busca del dinero; esta casa es lo de menos: me marcharé muy pronto porque no me gusta el pueblo de Bram ni sus gentes —le expliqué con total sinceridad.

—Entiendo, entonces, que tenía ciertas carencias económicas en España —habló Vasili.

—Bueno, deseo avanzar en mi profesión como fotógrafa. Deseaba financiarme una exposición de fotografía, pero mis cuadros se dejaron de vender en Granada: tal vez ya no eran lo suficientemente originales. El dinero de Nicoleta me vendrá muy bien —le conté.

—Ya, ya... —objetó, acariciando con suavidad su barbilla— Sin embargo, ese cuadro que usted está pintando sobre el Castillo de Bram es muy bueno —opinó.

Callé por un momento. Vasili continuaría hablando.

—Cuando esté terminado, podrá venderlo a muy buen precio.

—No lo creo; me marcharé antes de terminarlo. A nadie de este pueblo le interesaría un cuadro así; bueno, realmente a esta gente no le interesa nada —critiqué.

—Señorita Alejandra, yo conozco a alguien que pagaría una fortuna por un cuadro así. Usted sólo preocúpese de terminarlo... y de permanecer en Bram: no se arrepentirá —aseguró.

—¿Se está burlando de mí? —dudé.

—Sería incapaz. Y ahora debo irme; ¡ah! Debe tener cuidado aquí, sobre todo de noche: en Bram los lobos son voraces. A esas horas, le recomiendo que se mantenga a salvo en casa —me avisó.

—Usted parece conocer muy bien este lugar —me percaté.

—Sólo vengo por aquí de visita —me dijo.

—¿Quién vive en ese castillo? Durante la noche se ven luces en sus ventanas y se escuchan gritos —le expliqué.

—Tal vez habite en él la persona que la hará rica, pero todo a su debido tiempo, mi querida Alejandra —respondió.

—Pero, señor Dutu... —pronuncié mientras caminaba tras él en dirección a la puerta.

—Ya nos veremos y recuerde lo que le dije: termine ese cuadro y no salga de noche. Adiós —se despidió, saliendo de la casa.

Entonces cerré la puerta y regresé al salón. La chimenea, que el propio Dutu había prendido, permanecía encendida. Ese hombre y sus misterios me desconcertaban. Supo que cobré el cheque de Nicoleta y entró con una llave en mi casa... todo eso me ponía muy nerviosa. Desde el primer momento en el que le conocí, siempre me resultó un abogado muy extraño, aunque tremendamente atractivo a pesar de su edad. Aseguraba que ese cuadro sobre el Castillo de Bram podría resolver mis problemas económicos: ¿cómo podía fiarme de él?

Pero los días fueron transcurriendo. Durante más de una semana, el pueblo de Bram estuvo incomunicado debido a una gran nevada, por lo que me dediqué casi por completo a pintar.

Pensaba en Andrei, en el maravilloso fin de semana que pasamos juntos en el Palacio de Peles, y decidí que, en cuanto la carretera estuviera despejada de nieve, viajaría hasta Sinaia para verle otra vez.

Las noches, largas y oscuras, continuaban siendo aterradoras para mí. Conseguían que viejos y horribles recuerdos, que ya creía olvidados, emergieran en mi memoria, haciéndome estremecer. Ese castillo, allá, en lo más alto de la montaña, encerraba oscuros misterios. Durante la noche, todo sucedía a su alrededor y era posible que también en su interior. Cada día que pasaba me convencía más de que venir a Transilvania había sido un error por mi parte, exceptuando a Andrei: por él sí mereció la pena.

Mi cuadro se iba definiendo por día; tenía que reconocer que aquella pintura sobre el Castillo de Bram era realmente bella. Pero me había quedado sin óleo y sin ello, no podría continuar con mi obra. Pensé que durante los dos últimos días no había nevado: tal vez la carretera ya estuviera despejada. Así fue como al día siguiente, tan temprano como de costumbre, tomé el autobús que me llevaría a Sighisoara; aquí tenía previsto tomar el tren hacia Brasov, una de las ciudades más grandes e importantes no sólo de Transilvania, sino de Rumania. En esta gran ciudad seguramente encontraría todo lo que buscaba.

El recorrido que hizo aquel viejo tren fue encantador, a través de los Montes Cárpatos. De forma espectacular, sus bosques se mostraban nevados, al igual que sus montañas; todo había sido cubierto por un inmenso y bello manto blanco. Pensaba en que Brasov estaba a pocos kilómetros de Sinaia; deseaba tanto volver a ver a Andrei que, si nada me lo impedía, viajaría hasta ese maravilloso lugar para encontrarme con él.

—Pero... me cogerá la noche para volver a Bram. No, seguramente Andrei no permitirá que me vaya hoy; me invitará a dormir en el Palacio de Peles —pensaba, segura de que todo sucedería así.

Fue una mañana interesante por la bonita ciudad de Brasov, de las más turísticas del país. Hice mis compras para continuar con el cuadro que muy pronto terminaría. Sentí como un cosquilleo removía todo mi estómago; la sola idea de visitar a Andrei me hacía suspirar de emoción. Sí, iría hasta esa maravillosa cabaña del lago, hasta nuestro lugar secreto. Había pasado más de una semana desde la última vez que nos vimos; me dejó patente cuánto le agradecería mi visita al Palacio de Peles. En estas palabras suyas pensaba mientras el taxi que tomé se aproximaba a Sinaia. Mi cuadro no era motivo suficiente para permanecer en Transilvania; sólo él, sí: Andrei me ataba a aquel bello pero austero lugar de Los Cárpatos.

Siguiendo mis indicaciones, el taxi continuó por la carretera que ascendía entre las montañas, dejando atrás el impresionante Palacio; nos dirigíamos a la cabaña. Junto al inicio de un camino, le hice parar; pagué el trayecto y me bajé del auto; éste se alejó segundos después, mientras que yo, con el abrigo abrochado hasta las orejas, tomé el camino que me llevaría al hermoso lugar. Había nevado mucho y tenía que andar con cuidado si no quería resbalar. Pensaba en lo maravilloso que sería encontrar a Andrei en la cabaña... pronto divisé el lago, bello y cristalino como aquella vez, aunque sus montañas y sus bosques estaban cubiertos de nieve, y un poco más

allá se erguía la pequeña cabaña. Me fui acercando, pero por allí no parecía haber nadie y no era de extrañar, con tales nevadas.

— ¡¿Hola?! ¿hay alguien? —pregunté una vez hube llegado, tratando de visualizar algo a través de los cristales.

Era inútil: allí no estaba Andrei. Dejé mi mochila y la bolsa con mis compras junto a la puerta de la cabaña, y caminé hasta el embarcadero. La vieja barca permanecía amarrada. Desaté sus cuerdas y subí a ella, tomando los remos, dispuesta a pasear por el lago. El ambiente era muy húmedo en aquel lugar, pero todo parecía mágico mientras la barca avanzaba por las tranquilas aguas. La otra orilla estaba muy cerca: iría hasta allí y entonces telefonaría a Andrei para decirle donde me encontraba; se sorprendería, de eso estaba segura. No tardé en llegar; remar no me resultó demasiado difícil, aunque un poco cansado. Amarré la barca al tronco de un árbol cercano y marqué el número de móvil de Andrei: estaba apagado.

—¡Vaya! —objeté pensativa— debí avisarle de mi visita —me dije.

Pero ya era tarde para pensar algo así. Miré el cielo: en menos de dos horas oscurecería, por lo que debía darme prisa en salir de allí, pero ¿cómo? El taxi se había marchado y Andrei tenía su teléfono apagado.

—No, no puedo creer que haya sido tan ingenua de venir aquí —me reproché.

De pronto, escuché un sonido; provenía del interior del bosque y se parecía a la melodía de un móvil. Sí, no tenía dudas: se trataba de eso, de un móvil y su melodía, ya escuchada por mí en alguna ocasión.

—Tal vez sea algún cazador o un guarda forestal... podrá ayudarme a salir de aquí antes de que se haga de noche —pensé mientras, con cautela, me internaba en el nevado bosque.

Escuché pasos que se alejaban veloces, como si huyeran. Corrí para alcanzarle, pero fue inútil: aquella persona a la que no pude ver, desapareció entre los árboles nevados.

—¡Por favor, espere! —grité.

No obtuve respuesta. Me quedé parada allí mismo, muy sofocada por la carrera; esa persona tuvo que oírme, pues grité fuerte, pero ¿por qué no se detuvo? Decidí volver a donde estaba la barca y al echar a andar, pisé algo duro que se clavó aún más en la nieve. Quitó el pie de encima y lo que encontré fue un pequeño teléfono móvil en el interior de su funda. Era muy probable que aquella persona lo hubiera perdido en su huida; decidí recogerlo y, al sacarlo de su funda lo encontré encendido. También encontré un papel doblado. No debía perder más tiempo; pronto se haría de noche y debía darme mucha prisa en cruzar el lago antes de que eso ocurriese.

Llegué a la orilla y desaté la barca, subiendo de un salto a ella. Remé con todas mis fuerzas; el húmedo frío de aquel lugar me calaba hasta los huesos. Cuando llegué a la orilla, estaba casi exhausta del esfuerzo, pero aún había luz solar. Busqué en la mochila y saqué mi móvil: estaba muy nerviosa. ¿Habría lobos en aquella parte de Transilvania? De pronto escuché algo, un enorme rugido procedente del otro lado del lago; podría tratarse de cualquier bestia salvaje. El miedo comenzó a apoderarse de mí. En mi mente se presentaban tétricas imágenes de mi niñez en aquel orfanato, como si de un fotograma se tratase.

—¡No, por favor, no! —exclamé aterrada ante aquellos recuerdos, mientras continuaba escuchando a aquel animal.

Perdiendo el control de mí misma, me senté junto a la puerta de la cabaña, tapándome con ambas manos los oídos y apoyando la cabeza sobre mis rodillas. Comencé a temblar y un sudor frío comenzaba a empapar mis ropas. Podía sentir a los lobos muy cerca ya, como cuando era pequeña: casi lo había olvidado. Pero no, esos recuerdos permanecían muy dentro de mí, en lo más profundo, dispuestos a emerger en cualquier momento y ahora comenzaban a hacerlo.

Temblaba presa del pánico, al tiempo en que apretaba con fuerza las palmas de mis manos contra mis orejas. De pronto, un resplandor me hizo levantar la cabeza; quedé deslumbrada ante aquella luz enfocada directa a mis ojos. Aquel ruido, el de un motor en marcha, me hizo entender que se trataba de un coche y muy pronto una enorme silueta corría en la dirección en la que yo me encontraba. Aún estaba muy aturdida, aunque contemplaba confusa cómo aquella persona caminaba hacia mí. Cuando llegó, se agachó: yo aún permanecía sentada en el suelo, con mi espalda apoyada contra la puerta de la cabaña, tratando de vislumbrar aquel rostro, pero seguía deslumbrada y ante mí sólo se delineaba una sombra.

—Alejandra, cariño, estás temblando —percibió aquella persona, tratando de cubrirme con sus brazos.

Su voz era inconfundible: Andrei. Casi no podía hablar. Él me ayudó a levantarme y muy pronto, despojándose de su abrigo, cubrió mis hombros al tiempo en que caminábamos en dirección a su coche. Cuando llegamos, me ayudó a subir, cerrando entonces mi puerta. Mientras esperaba a que él montara, trataba de centrarme, de analizar todo lo que había pasado en cuestión de minutos. Sin embargo, habían vuelto a mí pensamientos que creí más que olvidados: hacía tantos años que no sentía ese miedo...

Andrei subió al coche, incrementando un poco más la temperatura de la calefacción. Me miraba preocupado y yo me sentí avergonzada. Noté una de sus manos acariciando mi mejilla; quería que le mirara: no podía negarme.

—¿Te encuentras mejor? —se interesó.

Afirmé con la cabeza, sonriendo casi en un esfuerzo por hacerlo.

—Pero ¿qué ha pasado? ¿por qué te encontré así? —quiso saber.

—Escuché el sonido de un animal, tal vez un oso o un lobo... no sé y tuve miedo —le expliqué — Lo siento, Andrei; no debí venir —hablé.

—No, no... es fantástico que estés aquí. Encontré tus llamadas perdidas en mi móvil e imaginé que estarías en la cabaña —me dijo.

Tomó mis manos entre las suyas, brindándome la más hermosa de sus sonrisas.

—He soñado muchas noches contigo; deseaba verte, tocarte, besarte —me decía al tiempo en que se aproximaba más a mí— Tu móvil siempre está apagado y tú no venías. Pero ahora estás aquí, y eso es lo que importa —opinó, besándome entonces dulcemente en los labios.

Sentí como un calor adicional se apoderaba de mí; mientras me besaba, sus dedos acariciaban mi rostro y parte de mi cuello. El coche seguía con el motor en marcha, pero continuábamos parados frente a la cabaña.

—Pasa la noche conmigo, por favor, Alejandra, aquí, en la cabaña...por favor —me susurró sin cesar en sus besos.

Minutos después nos encontrábamos en el interior de la casita de madera. Andrei había puesto en marcha la chimenea, cálida e íntima como la última vez. Nos acomodamos sobre una extensa alfombra que tan bien imitaba el pelo de un oso, justo en frente de la chimenea, mientras nos acariciábamos y besábamos con absoluta pasión. Poco a poco fue despojándome de mis ropas, dejando al descubierto mis sensuales senos, todas y cada una de mis curvas femeninas. Él hizo lo mismo, dejándome gozar en cada roce de cada parte de su musculosa y varonil anatomía. Sus pectorales, tan marcados y ligeramente poblados de vello, acariciaban los míos mientras sus labios recorrían mi cuello, mis hombros. Aquellos brazos, fuertes pero delicados al abrazarme me propiciaban la seguridad que necesitaba y sus manos, grandes y suaves a la vez, eran capaces de tocarme y llevarme al éxtasis total. Sentí su virilidad entre mis muslos y lo deseé. Ardiente humedad anhelada. Hicimos el amor con una pasión desbordada, fundiéndonos en uno solo, pues

fuimos dos.

Permanecimos sobre aquella gruesa y suave alfombra semidesnudos, cubriéndonos con una manta de lana, frente al fuego, abrazados, entre apasionados besos, adormilados.

En mitad de la noche, ya bien entrada la madrugada, el aullido del lobo me despertó. Sobresaltada abrí los ojos: la chimenea permanecía encendida y Andrei dormía plácido. Los lobos parecían estar muy cerca de la cabaña y eso me ponía muy nerviosa. Logré escapar de entre sus brazos y cubriéndome con otra manta, me acerqué un poco a la ventana, tratando de visualizar algo; pero en la oscuridad de la noche nada se distinguía. Volvía a estar asustada. Regresaban a mí aquellas eternas noches en Asturias, cuando era muy pequeña, cuando a nadie le importaba.

—Aquí no podrán hacernos daño: vamos, vuelve aquí o cogerás frío —me sugirió Andrei, despertando de su sueño y esperándome allí acostado, para acurrucarme otra vez.

—Se escuchan tan cerca de la cabaña... —le dije regresando a su lado.

—No tienes nada que temer, Alejandra. En Transilvania han habitado lobos desde épocas remotas: te acostumbras a convivir con ellos —trató de tranquilizarme.

—Me aterran —le hice saber.

—¿Por qué? ¿alguna vez te hicieron algo? En España, precisamente, no quedan demasiados —intentaba averiguar.

—En algunas regiones del norte, existieron muchos y muy feroces hace algunos años —le expliqué.

Entonces se incorporó en la alfombra, sentándose frente a mí con el torso desnudo, ese mismo que horas antes me hacía perder la razón.

—Alejandra, te encontré en la puerta de esta cabaña con un escalofriante ataque de pánico. Sinceramente, al verte me asusté y aún no entiendo cómo el lejano aullido de un lobo o de cualquier otro animal pueden desencadenar algo así —trataba de entender.

Permanecí callada. Casi lo había olvidado o al menos así fue durante muchos años, pero aquello hizo que vivencias pasadas volvieran a mí tal y como eran.

—Vamos, Alejandra, puedes confiar en mí —me dijo, tomando una de mis manos.

—Mi madre me abandonó con apenas dos días de vida: crecí en un orfanato del norte de España, donde los lobos nos visitaban todas las noches de invierno y... bueno... eran tan feroces y estaban tan hambrientos... Andrei, no quiero seguir hablando de ello —decidí entristeciéndome por momentos.

—Pues en ese caso, durmamos un poco más: aún quedan varias horas para que amanezca y deseo sentir tu cuerpo junto a mí hasta el amanecer —habló, mientras me tumbaba en la alfombra y me besaba apasionadamente, envolviéndome en sus brazos e invitándome a dormir un poco más.

No, no podía contarle a Andrei todo lo que aquella tarde, en la puerta de su cabaña, llegué a recordar con respecto al orfanato. Sí, cada noche, en el frío y crudo invierno del norte peninsular, los lobos acudían a aquel orfanato rodeado de bosques, atraídos por la comida que todas las noches se les brindaba. ¡Oh, Dios mío! Los vi descuartizar a niños enteros mientras devoraban cada una de sus partes. Habían pasado tantos años desde entonces... me esforcé en olvidar todo eso y mucho más, pero hay recuerdos que sólo se encierran circunstancialmente, porque ni el paso del tiempo logran borrarlos.

Debido a todo esto, no dormí demasiado bien aquella noche, aunque me reconfortó bastante, en mi vigilia, el sentir los brazos de Andrei, su aroma, los latidos de su corazón tan cerca de mí... Al amanecer despertamos y ya sólo quedaban las brasas en la chimenea. Todo eran besos y caricias; estar con él había sido un maravilloso sueño del que no quería despertar.

—Venga, desayunaremos y después nos daremos un baño ¿qué te parece? —propuso animado,

aún semidesnudo.

—¿Un baño? Pero ¿dónde? No hay agua caliente —observé.

—Bueno, tenemos un lago maravilloso, algo frío, pero sumergirnos en sus aguas nos dejará como nuevos —explicó convencido.

—¡Pero nos congelaremos! —exclamé.

—Vamos, vamos, seguro que no —restó importancia.

—No; mejor me ducharé cuando llegue a Bram —decidí.

—¿Cuándo llegues a Bram? Y si te pidiera que te quedaras aquí, conmigo unos días ¿qué harías? —planteó.

—Pues... bueno, dejémonos de hipótesis y desayunemos —sugerí, dirigiéndome hacia el pequeño rincón donde se ubicaba todo lo relacionado con la cocina; prepararía un poco de café.

Tras el desayuno, animado en todo momento, Andrei me tomó de la mano y me llevó hasta el baño. En él había una bañera preciosa, llena de un agua espumosa. Lo miré perpleja y entonces introduje mi mano en aquella agua:

—Está caliente —dije.

—Pues claro ¿qué creías? —se burló.

—Pero... —traté de decir.

—Vamos, el agua no aguantará mucho tiempo a esa temperatura —advirtió.

Nos sumergimos en ellas, espumosas, aromáticas... jugueteamos y repetimos una y mil veces la maravillosa noche que habíamos pasado juntos.

—¿Volverás? —me preguntó serio, esperando una respuesta afirmativa por mi parte.

—Sí —respondí.

Él sonrió.

—Este lugar tiene un encanto especial —le dije.

—Ahora entiendo todo lo que mi abuelo vivió aquí —rememoró.

—Sí, pero dejó escapar al amor de su vida —le recordé.

—Eran otros tiempos; pero fue muy infeliz, hasta el último día de su vida —me hizo saber.

Entendí que Dominic Holzhausen murió tiempo atrás.

Andrei me llevó en su coche hasta la ciudad de Brasov. En la estación de tren nos despedimos nostálgicamente; tal vez nos estábamos enamorando demasiado deprisa.

—Mi tren está a punto de salir —observé mirando el gran reloj colgado en el centro de la estación, pequeña y antigua.

—¿De verdad tienes que marcharte? —preguntó.

Sonreí. Sí, debía regresar a Bram, a terminar mi cuadro y después... bueno, el permanecer o no en Rumania dependería mucho de Andrei.

—Si no vuelves pronto a Sinaia... tendré que ir a buscarte a ese pueblucho —se burló.

—Regresaré junto a ti lo antes que pueda —le dije segura.

Él me abrazó con todas sus fuerzas, pegando sus labios a una de mis orejas.

—Ha sido una noche mágica: nunca la olvidaré —me susurró.

Yo me estremecí pues para mí también lo había sido.

—Iré a Bram muy pronto: no creo que pueda soportar estar sin ti muchos días —me hizo saber aún entre sus brazos.

Debía marcharme ya o el tren partiría sin mí. Nos besamos y mientras subía al vagón, él permanecía en el mismo sitio, de pie. Me volví: era nuestro último adiós. Le lancé un beso y de sus labios leí: *“ya sabes dónde te estaré esperando”*.

Llegué a Bram pasado el mediodía; las temperaturas comenzaban a descender pues muy pronto

se haría de noche.

La casa de Nicoleta continuaba inmersa en el más absoluto silencio y tras encender un calefactor en la buhardilla, me senté frente al caballete donde descansaba mi cuadro sobre el Castillo de Bram. Había comprado todo lo necesario para terminarlo. Confiando en la palabra del abogado Vasilii, podría venderlo a buen precio y tras ello, abandonaría Bram para siempre.

Sentada junto a aquel calefactor, saboreando una deliciosa taza de chocolate caliente, pensaba en la maravillosa noche que Andrei y yo habíamos pasado en aquella cabaña perdida en medio de Los Cárpatos, junto al lago de cristalinas y sosegadas aguas que le conferían una belleza inigualable. Inmersa en mis propios pensamientos, sujetando el tazón de chocolate, mi mente vagaba y vagaba complacidamente cuando, de repente escuché el aullido de los lobos. Miré a la ventana: ya había oscurecido y aquellos perros salvajes parecían esa noche más cerca que nunca. Después de muchos, muchos años, volvía a escucharlos. No podía evitarlo: un sudor frío me caía por la espalda mientras mi corazón se sumía en una involuntaria taquicardia, provocada, sin duda, por mi propio miedo. Escuchaba sus pisadas en la nieve por los callejones del pueblo, aullando a la luna, buscando una presa que devorar. Era obvio que todas las noches la encontraban o de lo contrario no regresarían a Bram. Bajaban de los bosques cercanos al castillo y después retomaban el mismo camino; parecían vivir allí, en esa maldita fortaleza que inspiraba la mejor de mis pinturas.

De pronto escuché la melodía de un móvil: no era el mío, sin embargo, aquella melodía ya la había escuchado, aunque no podía recordar dónde. Mi corazón, de seguir tan acelerado, explotaría en el interior de mi pecho; ¿es que había alguien en casa? Caminé hasta el lugar de donde provenía aquel sonido: ese teléfono estaba en mi mochila. Tras unos segundos de confusión, recordé entonces que encontré uno al otro lado del lago, allá, en Sinaia.

—Por Dios ¡qué susto! —me dije, al tiempo en que rebuscaba en la mochila.

Pronto di con él; lo saqué de su funda y miré la pantalla, iluminada, mostrando un número y el nombre de la persona que llamaba. Las piernas comenzaron a temblarme y una presión en el pecho me hacía comprender lo atemorizaba que estaba. Había encontrado, sólo por casualidad, aquel móvil tirado en la nieve, en mitad de un bosque, lejos de Bram, lejos del lugar donde yo actualmente residía. No había logrado ver al propietario de aquel celular, aunque, seguramente, sería un desconocido para mí, alguien que por casualidad perdió su móvil al salir corriendo. Esa persona huyó al escuchar mis pasos sin, ni siquiera saber quién era yo. Sin embargo, la persona que en estos momentos llamaba al móvil que tenía en mis manos no era otra que Nicoleta Ivanov.

—Pero ¡¿qué clase de broma es esta?! —exclamé confusa y muy asustada— debe tratarse de un error: esa mujer lleva muerta más de un año. Yo soy su heredera y ésta es su casa; no, no puede tratarse de la misma persona —trataba de comprender mientras que el móvil cesaba en su melodía.

La llamada se había cortado y aún con el teléfono en mis manos, me senté abatida sobre la cama. Curioseé un poco en su agenda; no eran muchos los contactos, pero reconocí un nombre más: Vasilii Dutu. Había sido el abogado de Nicoleta. Ese hombre nunca me inspiró confianza. Sin embargo, me quedaba por averiguar lo más importante; ¿quién era el propietario de ese móvil?

En la funda también encontré un papel sumamente doblado: lo abrí. Era muy extraño: muchas cruces y un solo nombre: C. Bram. Sí, no había duda: se trataba del castillo de Bram, aunque ignoraba el significado de aquel extraño mapa. Averiguaría cosas antes de terminar mi cuadro, antes de marcharme de Bram para siempre.

Habían transcurrido más de quince días desde mi maravillosa noche con Andrei en la cabaña. Dijo que vendría a Bram para estar conmigo, pero jamás lo hizo. Esperé y esperé, viendo cómo mis ilusiones se desvanecían, enfrentando en la soledad de aquella casa todos mis miedos, sobre todo al llegar la noche, cuando los lobos bajaban al pueblo.

En todos esos días, mi cuadro sobre el Castillo de Bram había dado un giro abismal, aunque su término aún estaba por llegar.

Había comprado un coche, un precioso Land Rover Freelander color anaranjado; necesitaba un vehículo para poder moverme con un poco más de independencia. Sólo hacía veinticuatro horas que me lo habían entregado en Sighisoara y aquella mañana, aparcado en la puerta de la casa, contemplaba su espectacularidad.

Lo tenía todo previsto: partiría hacia el Palacio de Peles para visitar a Andrei; habían pasado muchos días y en las escasas ocasiones en que lo había llamado, nunca tuvo su móvil operativo. Además, debía comprar un cargador para aquel extraño teléfono que encontré; demasiadas cosas, pero en aquellos momentos, lo más importante era volver a ver a Andrei.

Conducía por las estrechas carreteras, serpenteantes, bordeando cada montaña de Los Cárpatos; sólo un par de horas me separaban de Brasov y de ahí a Sinaia apenas había un paso.

Eran poco más de las doce del mediodía cuando me adentraba con mi nuevo Land Rover en los terrenos del Palacio. Circulaba sobre el puente de piedra y entonces le vi: era Andrei; abrazaba a otra mujer y se besaron tal vez en la mejilla, tal vez en la barbilla o en la boca... no estaba muy segura pues el mundo se me vino encima. Paré el coche sobre aquel puente: mis ojos se inundaron de lágrimas. Andrei estaba con otra. Dijo que fue maravilloso lo de aquella noche, pero realmente, para él, no significó nada. Sentí cómo mi corazón se partió en mil pedazos. No podía seguir mirándolos más, por lo que di media vuelta al todoterreno y me marché. Salí de los dominios del Palacio afligida y sin entender nada. Él fue quien me recogió de una de las calles de Sighisoara una fría noche de invierno y me invitó a cenar; fue él quien quiso que viniera a Peles: Andrei me pidió, por favor, que pasáramos la noche más hermosa de todas en nuestra cabaña secreta.

—¡Todo era mentira! —me decía una y otra vez, conduciendo a toda velocidad mientras trataba de limpiar mi rostro de lágrimas.

Casi sin darme cuenta, había llegado al camino que me conduciría hasta la cabaña. Volvía a estar allí: deseaba estar en ella una vez más. Frente a la casita, paré el motor del Land Rover: todo se sumía en el silencio. Pensaba en la traición de Andrei. Comprendí entonces que sólo fui una aventura más para él, sólo eso. Bajé del coche abrigándome muy bien. Fui hasta el embarcadero y monté en la barca. Remé hasta la otra orilla. Vino a mi mente, entonces, la historia que Andrei me contó sobre su abuelo: aquella cabaña fue el refugio de su amor con M^a Magdalena y también el refugio de la traición. Comprendí como la historia se repetía dos generaciones después; yo había sido su aventura secreta en aquella cabaña, un capricho al que no importaba herir. A nadie le había importado nunca, ¿cómo iba a suponer algo diferente para un desconocido como Andrei? Llegué a la otra orilla: estaba llorando de rabia, de impotencia, de dolor. Me había enamorado de ese hombre al que sólo había visto cuatro veces contadas. Caminé despacio rumbo al bosque, pisando la nieve caída días atrás; en aquel lugar encontré el misterioso móvil. Pero ese

día avancé mucho más en mi paseo, bajo un cielo cubierto de unas nubes ennegrecidas y unas temperaturas que bajaban de los cero grados. Me estaba alejando demasiado de la orilla, pues llevaba caminando un buen rato. Me disponía a dar media vuelta cuando, entre unos espesos árboles del oscuro bosque, cubiertas cada una de sus ramas de nieve, divisé un montón de tierra marrón. Era extraño; no había cabida para eso en una zona tan nevada. Me acerqué cauta, con suma precaución; sabía que por allí habitaban osos y lobos, animales capaces de destrozar a cualquiera en cuestión de segundos. Cuando llegué al lugar, encontré tierra recién escarbada. Estaba agolpada en un buen montículo. ¿Qué habían intentado desenterrar allí? Una fosa quedaba al otro lado del montón: me sobrecogí.

—Pero ¿qué es esto? —me dije sorprendida.

Estaba en medio de un bosque, oscuro, frío, solitario. Aquello que tenía delante de mis pies era una fosa, con cavidad para una persona. Sin embargo, ¿quién iba a enterrar a nadie en ese lugar? Entonces, todo mi cuerpo tembló, porque la realidad se presentaba ante mí: alguien había removido aquella tierra, había cavado aquella fosa tal vez para enterrar algo o a alguien, o tal vez para desenterrar. Pero lo más aterrador de todo es que acababan de hacerlo, tal vez horas atrás pues la tierra se conservaba marrón, sin rastro de nieve sobre ella.

—Sólo hace un rato que ha parado de nevar: ¡Oh, Dios mío! —pensé, temiendo que, tal vez, no estaba sola en aquel lugar.

Guardé silencio y no escuché nada extraño a mi alrededor. Tenía que alejarme de allí; debía regresar a la orilla donde me esperaba la barca. Pero entonces vi como algo brillaba en el interior de la fosa. Me acerqué un poco más: ¿qué era aquello? Me arrodillé en la tierra y alargué uno de mis brazos todo lo que pude, tratando de alcanzarlo. Era pequeño y estaba profundo: tuve que esforzarme para obtenerlo y cuando lo tuve, tiré. Se trataba de una cadena de oro, larga, fina, acompañada de un pequeño pergamino. Cuando la sostuve en mis manos, me incorporé de pie, sacudiendo mis ropas. Leí entonces un nombre grabado en aquel pergamino: M^a Magdalena.

—M^a Magdalena —pronuncié en voz muy baja— así se llamaba la amante de Dominic Holzhausen, la amante del abuelo de Andrei. Pero... —trataba de comprender.

Pero la realidad era que estaba frente a una tumba, y aquella medalla la había encontrado en el interior de la misma. Corrí despavorida, llena de espanto. Llegué hasta la barca y monté a toda prisa, remando lo más rápido que pude. Debía regresar al coche lo antes posible para huir de aquel lugar antes de que alguien me descubriese.

Y así ocurrió. Me alejé de la cabaña a toda velocidad. Los bosques al otro lado del lago eran misteriosos. Días atrás encontré un móvil, recibiendo en él una extraña llamada: ¿cómo podía una difunta telefonar? Nicoleta Ivanov llevaba tiempo muerta, pero en esa llamada aparecía su nombre. Y ahora, en el mismo bosque, encontraba una fosa recién cavada, con la medalla de M^a Magdalena en su interior; ¿es que, acaso, la amante del señor Holzhausen había yacido enterrada en aquel olvidado lugar? Pero yo sólo encontré su medalla, nada más. Estaba demasiado nerviosa en aquellos momentos y cuando me quise dar cuenta, mi velocímetro superaba los 120 kilómetros por hora en aquellas sinuosas carreteras.

—Alejandra, tienes que tranquilizarte. Tú no conoces a ninguna M^a Magdalena. Todo está siendo fruto de tu imaginación —trataba de convencerme.

Pero algo me decía que mi miedo era real, porque había motivos para temer.

Llegué a Brasov. Debía parar un poco o en ese estado, no aguantaría hasta Bram. Conducía por el centro de la bella ciudad: mil sentimientos diferentes se agolpaban en mi interior. Frente a una cafetería aparqué el Land Rover y bajé. Caminaba a paso ligero por la acera cuando alguien me llamó:

—¡Alex! —escuché.

Aquella voz sonaba tras de mí, a escasos metros. Paré mi marcha, sin volverme a mirar de quién se trataba; sólo dos personas en el mundo me habían llamado así: una fue Melisa, pero ella estaba muerta. La otra persona era Nacho.

—Alex, Alex —continuó nombrándome, ahora situándose frente a mí.

Sí, era él, era Nacho. Habían pasado muchos años desde la última vez que nos vimos. Apenas éramos unos críos, pero sus ojos, su sonrisa, su forma de llamarme daban fe de que se trataba de él.

—Nacho —hablé al fin, emocionada, casi inmóvil.

—Alex, amiga, eres tú —me dijo.

Y nos fundimos en el más emotivo de los abrazos. Nacho y Melisa fueron mis mejores amigos en el orfanato de Asturias; más que eso: como hermanos. Durante toda mi infancia fueron mi única familia, hasta que nos separaron. A Nacho lo adoptaron cuando apenas tenía diez años: no volvimos a vernos más. Lo de Melisa fue más trágico: murió incomprensiblemente para nosotros, como muchos otros en aquel horrendo lugar.

—Estás... estás preciosa, Alex —exageraba.

—Nacho, qué alegría volver a verte —reconocí.

—Llevo años buscándote por toda España y te encuentro hoy, en Rumania; ¿qué haces aquí? —se sorprendió.

—Es una historia muy larga; si tienes tiempo, te la contaré —respondí— ¿Y tú? ¿has venido de turismo? —me interesé.

—No, no exactamente. Vamos, Alex, entremos a tomar un café: estoy helado —sugirió, abrazándome nuevamente mientras caminábamos hasta la cafetería.

Nos acomodamos en una de las mesas junto a la ventana. Era un sitio tranquilo; la gente tomaba café y charlaba animadamente, aunque sin demasiado alboroto. Pedimos sendas tazas de café y nos sonreímos sin poder creer aún el habernos encontrado.

—Estás muy guapo con el pelo largo: te favorece —aprecié.

—Tú estás deslumbrante —volvió a exagerar.

—Por favor, Nacho —objeté.

—No, te lo digo en serio. Alex, siempre fuiste la niña más guapa del orfanato, al menos para mí; en eso no has cambiado nada —aseguró.

—Han pasado tantos años... —comenté nostálgica.

—Sí, demasiados. Temí no encontrarte nunca; deseé que te adoptaran a ti también, era la única manera de salir de allí —recordó.

—Fueron años duros, muy duros para unos niños tan pequeños —hablé.

—¿Quién te adoptó? —se interesó.

—Bueno, no lo vas a creer —le adelanté.

Observé su cara de curiosidad.

—Intuyo que los conozco —habló.

—Antón Cruz me sacó del orfanato cuando cumplí los quince años —le desvelé.

—¿Antón Cruz?! No, no lo puedo creer —me decía.

—Sí. Ese hombre siempre se preocupó mucho por mí. Me dijo que había arreglado todos los papeles para la adopción y me llevó con él a Granada —le conté.

—Antón Cruz, el conserje del orfanato. No entiendo nada —decía.

—Nacho, no hay nada que entender; sabía lo que ocurría cada noche en aquel lugar. Por alguna extraña razón quiso sacarme de allí; después supe que nunca existieron papeles legalizados sobre

la adopción, pero él cuidaba de mí —le expliqué.

—Fuiste afortunada —reconoció.

—Si —afirmé— y a ti ¿cómo te fue? —me interesé.

—La familia que me adoptó vivía en una ciudad al sur de Francia: me trataron bien. Tenían un gran caserón en una zona de montañas: yo detestaba ese lugar; me recordaba tanto al orfanato que... bueno, en cuanto fui mayor de edad dejé de ir. Ellos se retiraron a vivir a aquel lugar, mientras que yo permanecí en Burdeos. Quería buscarte, Alex. Cada noche rezaba para que tú hubieras sobrevivido a aquel infierno. Necesitaba saber qué pasó con aquel lugar y con los niños que quedaron. Todos estos años no he hecho otra cosa que eso —narraba misterioso.

—Yo jamás quise regresar allí, ni por curiosidad —le dije.

—Pues yo sí lo hice, sólo una vez, hace un par de años. El orfanato fue abandonado hace mucho tiempo. He investigado sobre aquel lugar y acerca de lo que en él ocurría. Los lobos acudían cada noche para devorar a niños. Nosotros fuimos testigos una vez: nosotros vimos cómo descuartizaban a Melisa ¿recuerdas? —contó, haciéndome retroceder en el tiempo.

—Nacho, por favor, no quiero que sigas hablando de eso. Éramos tan sólo unos niños y... ¡por Dios! he recordado esa escena cada noche, durante casi veinte años —reconocí conmovida ante tal recuerdo.

Nacho tomó mi mano; ambas descansaban sobre la mesa, junto a los cafés.

—Alex, he investigado mucho; este país está muy relacionado con el orfanato: ¿qué estás haciendo aquí? —me preguntó de manera muy específica.

—Un abogado rumano me encontró en Granada; una clienta suya aseguraba ser mi abuela; acababa de fallecer y me hacía heredera absoluta de todos sus bienes —le conté de forma resumida.

—Después de muchos años, te encontraron —me dijo.

—No sé de qué estás hablando —traté de comprender.

—Alex, preciosa, no estás aquí por casualidad: ellos te trajeron —dedujo.

—¿Ellos? ¿¿quiénes?! —exclamé asustada y muy confusa.

—Los del orfanato, esos que cada noche preparaban el menú de los lobos —respondió de manera dura.

No supe qué responder. Lo que Nacho me contaba parecía más bien el argumento de cualquier novela de suspense, pero él estaba seguro de todo.

Comencé a ponerme nerviosa: había heredado la fortuna de una difunta Nicoleta Ivanov que ahora telefoneaba a un misterioso móvil que yo encontré en el bosque. ¿Y su casa?

—¿En qué piensas? —se interesó Nacho.

—Pues... no sé. Heredé la casa de esa anciana en un pueblo perdido en Los Cárpatos, junto al Castillo de Bram. Sin embargo, en esa enorme casa no he logrado encontrar nada de esa mujer, ni un solo recuerdo, nada —repetí.

—Tu abuela una rumana: eso es absurdo —opinó él.

—Yo tampoco lo creo mucho, pero Nicoleta me dejó once millones de Leus —le informé.

—¿Has dicho Nicoleta? ¿Nicoleta Ivanov? —se sorprendió.

—¿Cómo lo sabes? —me extrañé.

Nacho se incorporó un poco más en su silla y, acercando su cara más a mí, me habló en voz muy baja.

—Alex, esa mujer dirigía el orfanato desde Rumania —me dijo.

—¿¿Quéeee?! No, Nacho, eso no puede ser. El orfanato estaba en Asturias; ¿cómo podía estar relacionado con un país tan lejano? —planteé.

—Llevo muchos años tratando de atar cabos y créeme, Alex, no cesaré hasta atarlos todos. Terminaré lo que empecé; quiero saber porqué hacían todo eso con los niños y volveré al orfanato, porque allí es donde verdaderamente encontraré todas las respuestas —aseguró.

—Qué locura —opiné, incrédula ante todo el relato.

Debíamos marcharnos. Nacho viajó conmigo hasta Bram: se alojaría en mi casa; teníamos tanto de que hablar... Desde la última vez que le vi, dieciséis años atrás, había cambiado mucho. Se había convertido en un atractivo muchacho, moreno, de ojos claros, labios perfectamente delineados y carnosos, con un liso cabello oscuro que le caía por encima del hombro. Desde que fue adoptado por un matrimonio francés, había vivido siempre en Burdeos, una ciudad al sur de Francia. Estudió informática y había trabajado como programador en importantes empresas, pero su afán por encontrar explicaciones a lo ocurrido en aquel orfanato le hicieron abandonar todo.

Nos habíamos acomodado en el salón de la casa, junto a la chimenea. Teníamos tanto que contarnos... La tarde iba cayendo y en el horizonte, el sol comenzaba a ocultarse irremediabilmente.

—Pronto comenzará la pesadilla —le dije.

—¿Qué pesadilla? —preguntó.

—La de los lobos. En cuanto el sol se oculta, los lobos invaden el pueblo. Sus aullidos son ensordecedores y en cuanto se quedan satisfechos, corren camino arriba, en dirección al castillo —le conté.

—Alex, he viajado hasta Rumania porque sé que este lugar puede desvelarme muchos secretos que creí perdidos —habló.

—Pero han pasado muchos años; debemos olvidar todo eso —opiné.

—Nuestra amiga Melisa murió ¿recuerdas?

Al recordar esto, me entristecí.

—Escucha: fuimos testigos de muchas cosas; creímos que nadie lo sabría, pero tal vez alguien descubrió que, escondidos bajo aquella trampilla, observándolo todo, estábamos nosotros. Los niños, nuestros amigos, eran la comida de los lobos cada noche. Comenzaron ofreciendo los más difíciles de adoptar, pero después eso era lo de menos: lo importante era que los lobos regresaran cada madrugada —contó, rememorando aquellos años.

—Pero ¿por qué lo hacían? —pregunté aun desconociendo la respuesta de tan macabra acción.

—Antón Cruz, el conserje, dejaba las puertas del jardín abiertas cada noche, ya sabes, para que los lobos entrasen sin problemas. ¿Cómo pudo, entonces, ayudarte a escapar a ti, cuando facilitó la muerte de muchos niños? —planteó Nacho.

—No lo sé, pero ese hombre me sacó de allí y se ocupó de mi como un padre —le expliqué.

—¿Dónde está ahora? —quiso saber.

—Antón Cruz murió hace un par de años —respondí.

—Alex, tienes que escuchar lo que voy a decirte: aquí, en Transilvania estás en peligro. Permaneciendo al lado de Antón Cruz, siempre estuviste controlada por esa gente. Sé que ese orfanato era dirigido desde Transilvania por Nicoleta Ivanov, aunque hay alguien mucho más poderoso detrás de ella, alguien de quien aún desconozco datos. La estrategia de la herencia fue un buen gancho: debes estar alerta con ellos —me previno.

—Nacho, me estás asustando, y mucho —le reproché.

—He dedicado muchos años a estas averiguaciones; yo supe despistarles: jamás volvieron a dar con mi paradero, pero a ti te encontraron y te hicieron viajar hasta la guarida de los lobos —me explicó.

—Mañana mismo me marcharé de aquí —decidí asustada.

—No. No Alex: ahora estamos juntos; tienes que ayudarme, por favor. Si te marchas, es probable que vuelvan a encontrarte: son una secta —me dijo.

—¿Una secta?! —me sorprendí otra vez.

—Sí. Nadie debe saber quién soy yo, ni que estoy aquí. Juntos podremos encontrar las respuestas de nuestro pasado, un pasado que nos ha marcado de por vida —reconoció.

—Pero yo tengo miedo —le hice saber.

—No tienes nada que temer; ya no volverás a estar sola, te lo prometo —aseguró.

Y nos abrazamos. Pronto comenzaron a escucharse los primeros aullidos; los lobos no tardarían en recorrer los callejones del pueblo en busca de la presa más fácil. Había que cerrar bien las puertas y permanecer ocultos en casa hasta el amanecer.

Nacho y Melisa fueron mis mejores amigos en el orfanato. Crecimos juntos, hasta que el destino decidió que cada uno tomara un rumbo diferente. Melisa murió con tan solo ocho años y de la peor manera: devorada por los lobos. Recuerdo aquellos días en los que Melisa se encontraba enferma; aunque cada una tenía su cama, Melisa siempre acababa en la mía y juntas nos estremecíamos cuando escuchábamos aullar a los lobos. Sin embargo, debido a la neumonía, llevaba dos noches durmiendo en la enfermería, aislada de los demás niños. Después de tantos años, aún recordaba como aquella madrugada, Nacho y yo decidimos ir a visitarla al lugar en el que se encontraba; era peligroso pues los educadores eran bastante drásticos con este tipo de travesuras, pero aun así, fuimos hasta la enfermería. Abrimos la puerta y entramos: todo estaba oscuro. En voz muy baja, comenzamos a llamarla, pero Melisa no respondía. Cuando encendimos la luz, su cama estaba vacía y entonces, escuchamos a los lobos cercanos al orfanato. Siempre los habíamos oído desde nuestras camas, pero esa noche estábamos levantados, y decidimos curiosear desde nuestro escondite secreto. Tomamos las escaleras del sótano, un lugar poco frecuentado; en él descubrimos una pequeña puerta que conectaba con un estrecho túnel bajo tierra; teníamos que arrastrarnos para poder avanzar por él y al final del mismo estaba la trampilla que daba al jardín trasero del orfanato. Esa noche, ocultos bajo ella, vimos cómo una manada de lobos, todos ellos babeando, esperaban su comida; pensamos que alguien arrojaría un trozo de pollo putrefacto para que se marcharan, pero no fue así: un coche se acercó a ellos y abriendo una de sus puertas traseras, arrojó algo. Al momento, derrapando, el vehículo se marchó a toda velocidad y los lobos se abalanzaron sobre su presa, que no era otra que Melisa. Casi no le dio tiempo a gritar: esos animales no tardaron en descuartizarla a tirones, con sus poderosas mandíbulas. De ella sólo quedó su camisón, nada más.

Fueron muchos los niños que murieron devorados por los lobos, antes que Melisa y después de ella. Esos animales acudían al orfanato casi a diario durante el invierno, como sucede en Bram.

Esa noche, Nacho y yo permanecimos despiertos hasta bien entrada la madrugada, rememorando todos esos acontecimientos que, sin duda, marcaron para siempre nuestras vidas.

6

Nacho pasó dos días en Bram, en mi casa, aunque no podría alargar su estancia mucho más: era arriesgado y no quería ser descubierto. Viajamos en mi Land Rover Freelander hasta Sighisoara. En esta población él tomaría el tren hacia Brasov, donde tenía previsto alojarse durante una temporada; esta era una ciudad grande y turística, por lo que era menos probable levantar sospechas.

—Tu tren está llegando —observé.

—Sí, es ese —afirmó Nacho volviendo la cabeza en esa dirección.

Pero en breves segundos, me dirigía otra vez su mirada, situado frente a mí, mirándome con sus pequeños pero expresivos ojos pardos y sonriéndome con los más sensuales labios.

—Alex, recuerda lo que te dije: debes andarte con cuidado. Nadie debe saber quién soy yo. Nos pondremos en contacto sólo para cosas muy justificadas: si sospecharan algo... —me repitió.

Nacho había actuado de manera inteligente durante todos estos años, cambiándose el apellido incluso. Al parecer, los del orfanato le habían perdido la pista.

—Descuida —respondí.

—Estaremos en contacto y en cuanto pueda, volveré a Bram para que no estés sola —me decía antes de subir a ese tren.

Yo asentí con la cabeza, triste por su partida.

—Mantén los ojos bien abiertos en ese pueblo: si te trajeron hasta él, es por algo, por lo que no debes fiarte de nadie —me prevenía.

—Así lo haré y ahora sube o el tren partirá sin ti —le sugería, al tiempo en que nos fundíamos en un cálido abrazo.

Fue triste despedir a Nacho una vez más. En esos dos días que pasamos juntos en Bram, habíamos recordado tantas cosas... Sin embargo, ¿cómo era posible que un orfanato perdido entre los bosques de Asturias fuera dirigido desde un lejano país como Rumania? Pero Nacho había investigado sobre ello durante muchos años y conocía los detalles. Era posible que a mí me hubieran engañado y que lo de la herencia tan sólo fuera el gancho para atraerme hasta Transilvania, pero ¿cuál era el fin?

Regresé sola a Bram, a la gran casa de Nicoleta Ivanov. A Nacho no le mencioné nada del móvil encontrado en el bosque del lago, ni de la llamada de la misteriosa y difunta Nicoleta, tal vez porque tendría que referirle mi aventura con Andrei...

—Andrei —susurré suspirando acto seguido.

Subí hasta la buhardilla y me senté frente al caballete; mi cuadro sobre el castillo estaba casi finalizado. Sin embargo, ahora debía permanecer un poco más en Transilvania para ayudar a Nacho. Preparaba mis pinturas cuando llamaron a la puerta de la casa; aquellos golpes retumbaban en toda ella. Corrí escaleras abajo: era casi la una del mediodía. Abrí y me encontré con Vasilii Dutu, el abogado de Nicoleta.

—Buenas tardes, Alejandra —me saludó con su característico castellano.

—Hola —respondí sorprendida.

—¿No me invita a pasar? —preguntó atrevido.

—Sí, por supuesto —contesté sin más alternativa.

Entramos y nos dirigimos al salón. Este estaba frío, pues la chimenea no había sido encendida

ese día.

—¿Ha estado fuera? —quiso saber curioso.

—Pues... fui hasta Sighisoara para hacer unas compras —le expliqué, entendiendo que lo de la chimenea apagada podría haberle extrañado.

—¿Cómo está? Parece más relajada que la última vez que la vi —apreció.

—Estoy bien, muy bien, pero dígame, Vasiliu ¿qué hace por aquí? —me interesé.

—Quería saber cómo iba su cuadro. Ya le dije que tenía un amigo muy interesado en la pintura; le he hablado de su cuadro y está deseando verlo, terminado, por supuesto —me explicó.

—Ya. Pues me temo que aún tendrá que esperar un poco —le hice saber.

—No hay prisa, mi querida Alejandra. Y comprobando lo bien que se encuentra, ahora me marcharé mucho más tranquilo —aseguró aquel extraño hombre, a punto de despedirse.

—Oiga, Vasiliu: ¿dónde está enterrada mi abuela? Desearía tanto visitar su tumba —mentí.

Por la expresión de su cara deduje que la cabeza de Vasiliu ideaba la respuesta más certera.

—Alejandra, es usted muy curiosa —se burló.

—La verdad es que sí, pero compréndame... —le dije.

Él sonrió.

—Nicoleta fue enterrada aquí, en Bram, por supuesto —aseguró.

—En Bram —repetí en voz muy baja.

Sin duda, comprobaría esta información. Vasiliu se marchó de mi casa, no sin antes avisarme de que volvería muy pronto. Gracias a él, ahora sabía que la tumba de Nicoleta estaba en Bram, porque ella estaba muerta y la llamada que yo recibí en el extraño móvil sólo fue un error, o al menos eso quería pensar.

Esa misma noche, al oscurecer, los lobos se apoderaban del pueblo. Solía apagar todas las luces y, desde los cristales, observaba cuanto la oscuridad me permitía ver. Esos animales bajaban veloces desde los bosques colindantes con el castillo; se escuchaban gritos de terror y sus aullidos eran ensordecedores. Yo permanecía tras mi ventana, expectante a todo, envuelta en el pánico más absoluto. Esos lobos se agredían entre ellos, peleando por la presa que acababan de coger y huyendo de nuevo por donde habían venido, por ese camino que ascendía al Castillo de Bram.

Era consciente del miedo que pasaba cada noche, pero aún así, mi curiosidad podía más.

Las luces del castillo permanecían encendidas durante casi toda la madrugada, ¿quién lo habitaría? Los lobos parecían vivir en él y sentía una curiosidad infinita por conocer al habitante de tan espeluznante fortaleza.

A la mañana siguiente, ya bien entrada ésta, salí de casa, portando mi cámara de fotos. Deseaba visitar el cementerio de Bram; debía comprobar si, realmente, Nicoleta Ivanov descansaba en ese lugar. Con mi todoterreno, di vueltas y más vueltas alrededor del pueblo, buscando ese lugar dedicado al descanso eterno, pero no encontré nada.

—No; no puedo creer que este maldito pueblo no tenga cementerio: eso sería el colmo —me decía al tiempo en que conducía.

Pero no conseguía encontrarlo. De pronto, una posible opción se vislumbraba en mi cabeza: ¿podría estar, ese cementerio, en las inmediaciones del castillo? No se me ocurría otra alternativa, así es que, sólo podía hacer una cosa: comprobarlo. Tomé ese camino estrecho, embarrado y con bosques a ambos lados, el mismo que ascendía al impresionante Castillo de Bram; aquel que se mostraba tan apacible a plena luz del día pero que, durante la noche, parecía convertirse en la propia guarida de los lobos. Circulaba despacio, pues había comenzado a nevar. Había avanzado mucho más que nunca por aquel sendero y pronto me encontraba frente a las enormes puertas de

hierro que mostraba la privacidad más absoluta de aquella propiedad; estaban cerradas. Tiré del freno de mano y me bajé del coche; comprobé como dos grandes candados custodiaban el castillo y sus terrenos, amplios. La nieve caía, aunque no tan intensamente como días anteriores. De pronto, noté que pisaba algo; levanté el pie y...

—¡Oh, Dios! ¡qué asco! —exclamé espantada, retrocediendo de inmediato.

Se trataba de un ojo ¡humano! Me acerqué de nuevo y, efectivamente era eso: el ojo de una persona. Al otro lado de la puerta, en el suelo aún no cubierto por la nieve, se distinguían restos de sangre. Entendí entonces que los lobos pasaron por allí la noche anterior o tal vez todas las noches. Pero, entonces ¿las puertas permanecían abiertas para que esto sucediera? Tras este pensamiento, monté en mi coche y di la vuelta para regresar al pueblo. Pensaba en aquella absurda idea: ¿cómo iban a estar las puertas del castillo abiertas para que los lobos entrasen? Pero yo pisé el ojo de una persona y encontré sangre en el suelo, tras la puerta de hierro. Entraba en el pueblo cuando, caminando a paso ligero por una de las calles, iba un muchacho. Llegó hasta un coche estacionado a pocos metros y, trataba de abrir la puerta del mismo cuando le reconocí.

—¡Leonard! —le llamé, parando mi auto junto al suyo.

Él se acercó al comprobar de quién se trataba.

—Hola Alejandra —me saludó junto a la ventanilla de mi coche.

—¿Qué haces por aquí? Está nevando mucho —hablé.

—Ya me marchaba —me dijo.

—Oye, trato de encontrar el cementerio de Bram, pero ni rastro del mismo —le hice saber.

—No puedo creer que estés interesada en fotografiar un cementerio —se sorprendió, cubriendo su cabeza con la carpeta que llevaba en sus manos.

—Creo que va a nevar por un buen rato; tal vez te apetezca tomar una taza de café en mi casa —lo invité.

—Pues... sí, por qué no —accedió.

Y montando en mi Land Rover, nos dirigimos hacia allí. Llegamos y nos acomodamos en el salón: no tardé en acondicionarlo.

—Ponte cómodo mientras preparo los cafés —le sugerí.

—Gracias —respondió— oye, tienes una casa muy bonita y muy grande —escuché que decía.

—Sí, demasiado grande para mí —contesté desde la cocina.

A los pocos minutos regresé, portando las tazas con los cafés en las manos. Leonard veía las fotos que yo había colocado en aquel salón, espectaculares algunas de ellas.

—¿Son tuyas? —se interesó.

—Sí —afirmé.

—Pues son buenísimas, de verdad —aseguró.

—Gracias —respondí, ofreciéndole la taza— Esa es la Alhambra de Granada y este el Teatro Romano de Mérida —le expliqué.

—Espectacular —opinó.

—Sí; España tiene lugares muy hermosos e históricos. Han sido tantas y tan diversas las culturas que por allí pasaron... —le dije.

Y tomamos el primer sorbo de café.

—Leonard, he buscado el cementerio de Bram por todas partes ¿cómo es posible que no lo haya encontrado? —me extrañé.

—Bueno... este es un pueblo pequeño; tal vez no tenga cementerio —opinó.

—Podría estar en los terrenos del castillo —sugerí.

—¿En el Castillo de Bram? No, no lo creo. Tengo entendido que los habitantes de este pueblo

se entierran en Sighisoara. Al fin y al cabo, es la población más cercana —dedujo.

—No sé; ese castillo cada vez me desconcierta más. Parece habitado por los lobos durante la noche —le dije.

—Bueno, en esta zona, esos animales están por todas partes —habló sin más traslado.

—Pero es horrible. Cada noche bajan al pueblo y creo que matan a gente —le hice saber, confusa.

—Son peligrosos, pero no creo que lleguen hasta ese punto. De todas maneras, tú ten cuidado y por la noche no salgas fuera —me previno.

—Hoy he llegado hasta las puertas del castillo, esas que custodian su recinto y encontré sangre y el ojo de una persona —le expliqué, estremeciéndome ante esto.

—Esos animales cazan todas las noches: ese ojo podría ser de cualquier ciervo, al igual que la sangre —me dijo.

—No me pareció de un animal: estoy un poco asustada —le hice saber.

—Tranquila: Transilvania y sus leyendas desconcertarían a cualquiera —restó importancia.

—No es Transilvania: es Bram. Cuando te encontré, pensaba ir a la policía, pero esa pequeña comisaría está siempre cerrada —le conté.

—Me temo que la única policía que podría atenderte por estos lugares es la de Sighisoara —me informó.

Estaba sorprendida ante el comportamiento de Leonard. Días antes, cuando almorzamos en Sighisoara, me prevenía sobre las gentes de Bram y su castillo; sin embargo, ahora todo carecía de importancia para él.

—¿Sigues investigando sobre el Castillo de Bram? —me interesé.

—Bueno, creo que ese lugar está ya muy explotado. He conseguido ponerme en contacto con uno de los miembros de la familia Antonov, ya sabes, los propietarios; viaja a menudo desde Bucarest a Bram... creo que me equivoqué con respecto a ese castillo: imaginé un misterio donde realmente no había nada; permaneceré un poco más en Transilvania y después me marcharé: quiero realizar un documental sobre esta región de Rumania, sin centrarme en nada en concreto —me explicó.

Todo lo relatado por Leonard me parecía tan extraño... Continuaba nevando y el muchacho se levantó dispuesto a marcharse de mi casa.

—Deberás conducir con cuidado hasta Sighisoara —le aconsejé, mientras me dirigía hacia la cocina para dejar allí las tazas de café ya vacías.

Mientras tanto, él permanecía en el salón, poniéndose el abrigo y esperando mi regreso. La cocina estaba al final del pasillo, un largo y oscuro pasillo, pero aún así, escuché la melodía de su móvil, una melodía que me puso los pelos de punta. Pronto cesó: intuí que había atendido la llamada. Dejé las tazas de café sobre la mesa de la cocina y salí de la misma en dirección al salón: necesitaba saber quién le había llamado; aquella melodía sonó igual que la noche en que recibí la llamada de Nicoleta Ivanov en el móvil misterioso encontrado en el bosque. Pero había llegado tarde; oculta tras la puerta del salón, aún en el pasillo, vi cómo Leonard cerraba su móvil, dando por terminada la conversación. Sólo escuché un nombre: Sinaia.

Entré en el salón como si nada, sonriente, aunque muy nerviosa aún.

—Bueno, Alejandra, no puedo quedarme más —me dijo al verme.

—Sí, lo entiendo —respondí.

—Ha sido un placer volver a verte —aseguró.

—Para mí también; oye, por cierto, ¿conoces Sinaia? —le pregunté de forma discreta.

—Pues... sólo de paso —contestó.

—Te lo pregunto porque, tal vez te interese un lugar así para tu reportaje —hablé.

—¿Tú lo conoces? —quiso saber ahora él, muy interesado a juzgar por su mirada.

—Bueno... no exactamente —dudé— Pero hace pocos días, conocí a un hombre que me habló de aquel lugar. Aseguraba que el Palacio de Peles es espectacular y los lagos y bosques que lo rodean más aún —expliqué.

—Pues no te mintió —afirmó.

—¿Quién vive en ese palacio? —traté de indagar.

—Si no me equivoco, es un miembro de los Holzhausen, un tal Andrei Holzhausen; está a punto de contraer matrimonio —me reveló ante mi asombro.

Debía contener mi cara de sorpresa. No, Leonard estaba equivocado: yo había estado con Andrei y él no me dijo nada. Sin embargo, recordé con amargura cuando le vi junto a aquella mujer, en los alrededores del Palacio.

—Bueno, Alejandra, no puedo entretenerme más —me recordó.

—Sí, márchate o se hará tarde. Ya nos veremos —me despedí, acompañándolo hasta la puerta.

Cuando se hubo marchado, regresé al salón, aún cálido gracias a las llamas de la chimenea. Me dejé caer abatida sobre uno de los sillones, pensando en Andrei, un hombre que supo engañarme. De pronto, con la mirada fija en el sofá donde Leonard había estado sentado, distinguí algo pequeño y de color oscuro. Me levanté y fui hasta allí.

—Es la tarjeta de memoria de un móvil —me dije.

Deseaba conocer qué portaba, por lo que debía insertarla en el mío. Fue una larga tarde. Aquella memoria contenía datos importantes y sorprendentes: fotos sobre el enigmático Castillo de Bram, de los lobos, de lugares extraños... como el cementerio, ese mismo que yo había estado buscando. Esa secuencia de fotos recogía también detalles del interior del Castillo: habitaciones, algunas de ellas tétricas, sótanos espeluznantes con ataúdes cerrados y los lobos como guardianes de aquella fortaleza.

—Leonard, eres un mentiroso —me dije visualizando todo aquello.

A modo de mensaje, se hallaba guardada una dirección perteneciente a Brasov; ¿a quién podría pertenecer?

Estaba a punto de oscurecer; hubiera deseado telefonar a Nacho para contárselo todo, pero en Bram no había nada de cobertura.

Pronto comenzaron a escucharse los lobos, como era habitual; apagué todas las luces y subí a la buhardilla: deseaba observarlo todo desde aquella ventana y esa era una iluminada noche de luna llena. Los vi bajar por el camino del castillo; Dios, eran enormes y aullaban, fieros y poderosos, bajo el hechizo de aquella inmensa luna. Habían llegado al pueblo y se agrupaban frente a una casa, muy cerca de la mía.

—Pero ¿por qué no se mueven? —me pregunté, sorprendida ante tal comportamiento.

Aguzaba mis prismáticos: no quería perder detalle. Esos animales mostraban sus mandíbulas, fuertes y sanguinarias; mi cuerpo se estremecía al contemplarlos, al ver sus caras tan de cerca. Todos permanecían en el mismo lugar: ¿esperaban algo? Entonces, la puerta de aquella casa se abrió, siendo arrojada una mujer al exterior, viva, aunque los lobos no tardaron en lanzarse sobre ella. No pude soportar aquella escena y dejé caer los prismáticos al suelo; sentí el corazón salirse de mi pecho: mi miedo, aquel horror no tenía límites. Unos minutos después, volví a mirar, pero los lobos ya no estaban allí: huían hacia el castillo, aunque no todos. Escuché arañar desgarradoramente la puerta de mi casa: eran ellos. Con auténtico pavor, corrí hacia mi cama y me metí en ella, tapándome de pies a cabeza. La pesadilla del orfanato parecía querer repetirse muchos años después...

Con la llegada del alba, todo parecía calmarse y la noche, aterradora, sólo formaba parte de una infantil pesadilla.

Me levanté temprano y viajé a Sighisoara: deseaba telefonar a Nacho y, además, debía comprar el cargador correspondiente para encender el móvil misterioso. Pero antes de salir del pueblo, pasé cerca de la casa donde los lobos devoraron su presa la noche anterior. Me detuve unos segundos frente a la misma, observando minuciosamente el escenario de tan macabra escena, pero de no haber sido porque yo lo vi con mis propios ojos, ningún indicio hacía sospechar nada. Dejando el vehículo en marcha, me bajé de él, llamando a la puerta. Tras la segunda llamada, una niña de apenas seis años abrió.

—Hola —saludé, risueña.

Ella también mostraba una linda sonrisa, aunque no contestó a mi saludo, por lo que me agaché para estar a su altura:

—¿Está tu mamá? —le pregunté sin dejar de sonreír.

Ella asintió con la cabeza.

—¿No te da miedo vivir en esa casa? —preguntó la niña ahora ante mi asombro.

—¿Por qué tendría que darme miedo? —quise saber.

—Porque en ella entran los lobos —me dijo.

—¿Los lobos?! No, no... oye, yo soy Alejandra; aún no he conseguido tener amigos en Bram; tal vez tú podrías ser mi primera amiga —traté de camelarla.

—Bueno, no me importaría: tú pareces buena —opinó.

—¡Petrica, entra en casa inmediatamente! —ordenó una voz desde el interior de la vivienda.

Pronto apareció en la puerta.

—Ya me has oído —volvió a exhortar a la niña.

Ella parecía resistirse, permaneciendo un poco más frente a mí, mirándome con sus ojos azules y sonriendo con una dulzura pocas veces vista antes.

—Ha sido un placer conocerte, Petrica —le dije, dándole mi mano— y ahora debes obedecer a mamá —le sugerí.

—Sí —afirmó ella, desapareciendo en el interior del pasillo.

—¿Qué desea? —quise saber la madre en tono desagradable.

—Señora, no quisiera molestarla. Vivo en esa casa de ahí, la que era de Nicoleta Ivanov —le expliqué señalándola.

—¿Nicoleta Ivanov? ¿y quién es esa? —me preguntó extrañada.

Pero ni yo misma lo sabía.

—Era mi abuela —respondí, tratando de parecer lo más lógica posible.

—Conozco a poca gente en el pueblo, así es que, lo siento, pero no podré seguir conversando con usted —trató de despedirse, intentando cerrar la puerta.

—¡Espere señora! Anoche, los lobos estuvieron frente a la puerta de su casa, llevándose a una anciana que salió de aquí —le expliqué.

—No sé de qué me habla —trató de despistar.

—Yo lo vi —insistí segura.

Ella me miró de arriba abajo, desafiante y al tiempo temerosa.

—Mire, señora, no sé qué ha venido a buscar a este pueblo, pero le recomiendo que se vaya lo antes posible de él: no nos gustan los extraños —se atrevió a sugerir.

—De eso no me cabe duda; de todas maneras, estoy segura de lo que anoche vi y pienso dar parte a la policía —le dije.

—Haga lo que crea conveniente, aunque con un relato así, la tomarán por loca. Los lobos acuden cada noche a Bram, como a muchos pueblos de Transilvania: en esta zona residen muchos, aunque veo que usted desconoce demasiados detalles de este lugar —ironizó, sarcástica.

—Tal vez tenga razón —respondí confusa.

—Márchese, señorita, a zonas de Transilvania más seguras —volvió a sugerir.

—¿Y el cementerio del pueblo? ¿dónde se encuentra? Quisiera conocer la tumba de mi abuela —traté de averiguar.

Esa mujer me miró con un desprecio absoluto. Era alta, delgada, de pelo oscuro y ojos claros.

—Usted está loca —se atrevió a contestar.

Y acto seguido, me cerró sus puertas en las narices. Volví a mi coche, aún arrancado junto a aquella casa y salí del pueblo rumbo a Sighisoara: debía comprar el cargador de batería del móvil que encontré en el bosque de Sinaia y mientras conducía, pensaba en tantos y tantos detalles que comenzaban a no cuadrar en mi cabeza...

Cerca ya de la bella Sighisoara, mi móvil comenzaba a captar cobertura; cinco mensajes sonaron en él: uno de Nacho... *Ponte en contacto conmigo lo antes posible —leí.*

Comprobé que era del día anterior. Los cuatro restantes habían sido enviados desde el móvil de Andrei; tres de ellos me informaban de las llamadas perdidas que había realizado; pero uno había sido escrito por él: *Han pasado muchos días y no sé si podré soportar mucho más sin verte; ya sabes que te espero en nuestro lugar secreto: por favor, ven —leí ahora.*

—Pero ¿será desgraciado?! —me enfadé.

Aparqué mi Land Rover en una de las calles más céntricas y comerciales de la medieval ciudad: lo primero era telefonar a Nacho y para ello no era necesario abandonar el vehículo. Sólo fueron necesarios tres toques y muy pronto escuché la voz de mi amigo al otro lado.

—Alex, al fin —se alegró.

—Hola Nacho, ¿cómo estás? —me interesé.

—Bien, aunque tengo cosas que contarte —me anticipó.

—Yo también —le dije.

—Alex, ese Castillo, el de Bram, ¿sabes si está habitado? —me preguntó.

—No estoy segura. Pertenece a los Condes de Antonov. Conozco a un americano, un historiador, Leonard Stephenson: él asegura que ahí no vive nadie y durante el día, las puertas de acceso a los alrededores del castillo permanecen cerradas, yo misma lo comprobé ayer, pero durante la noche... —traté de decirle antes de ser interrumpida por él.

—¡No debes acercarte a ese castillo! —me ordenó con rotundidad— Alex, por favor, tienes que hacerme caso; ese sitio es habitado por alguien que también estuvo relacionado con el orfanato donde tú y yo crecimos —me informó.

Estaba sorprendida ante esta revelación.

—Nacho, Bram es un lugar olvidado en los confines del mundo, ¿qué relación podría guardar con el orfanato de España? —me extrañaba ante una idea tan descabellada.

—Tú hazme caso y no te acerques a ese castillo; recuerda que viniste hasta aquí para recoger la herencia de Nicoleta Ivanov, una de las dirigentes más importantes del orfanato; sin embargo, esa mujer permanece viva —me recordaba.

Sentí escalofríos.

—Si todo eso es cierto, ella me trajo hasta aquí, hasta su propia casa: podría hacer conmigo lo que quisiese —planteé.

—Debes saber que Nicoleta Ivanov nunca habitó en Bram. No tengo ni idea de a quién puede pertenecer esa casa, pero te aseguro que a Nicoleta no —me dijo.

—Nacho, por Dios, todo lo que me cuentas es de locos —opiné.

—Mantente alejada de ese castillo: el que lo habita podría ser el responsable de la matanza aquella, en el orfanato y sé que los Condes de Antonov no tienen nada que ver con esto —me contó.

—Entonces ¿quién?! —me alarmé.

—Lo descubriremos, pero todo a su debido tiempo —respondió.

Intuyó mi desconcierto ante toda aquella información. Si eso era cierto, yo estaba desprotegida y descubierta ante toda esa gente; en cualquier momento podría ser la víctima de sus lobos.

—Alex... tranquila, porque todo va a salir bien ¿de acuerdo? —trató de calmar.

No respondí. Estaba demasiado aturdida. Sin embargo, recordé que yo tenía una tarjeta de móvil con fotos sobre el Castillo de Bram.

—...quien hizo esas fotos buscaba algo, de eso estoy segura: en el sótano hay varios ataúdes —le conté.

—No te fíes de ese americano; seguramente las hizo él y por algún poderoso motivo, porque para entrar en ese lugar hay que tener mucho valor —aseguró.

—Leonard... ese tipo comienza a intrigarme —le dije— y también Vasiliu Dutu, el abogado de Nicoleta: tiene un amigo interesado en el cuadro que estoy pintando —le conté.

—Tal vez sea una patraña para mantenerte en ese pueblo —opinó Nacho.

—Es posible; Vasiliu es un hombre raro. Nacho, tengo muchas cosas que contarte, cosas importantes, pero por teléfono no —le hice saber.

—¿Cuándo podrías venir a Brasov? —quiso saber.

—Pues...quizás en un par de días, además, en esa tarjeta de memoria encontré una dirección perteneciente a Brasov —y tras informarle, se la indiqué.

Aseguré que indagaría sobre ella y acordando que en dos días nos veríamos, nos despedimos.

Conseguí comprar el cargador de batería y a mediodía llegaba a Bram. Aparqué el coche; no me había dado cuenta, pero en el umbral de la puerta de mi casa había una niña. Pude reconocerla: era Petrica. Bajé del auto portando mis compras y me dirigí hacia ella, con las llaves de la casa en mis manos.

—Hola Petrica —la saludé dulcemente.

—¿Dónde has estado? —quiso saber sin rodeos, algo tan típico en los niños.

—Vengo de Sighisoara —respondí.

—Estoy aquí porque tengo que decirte algo —me adelantó.

—¡Ah! Pues debe de ser muy importante, porque hace un frío espantoso para estar sentada ahí; ¿qué tal si entramos en casa? —le propuse.

—No: mi mamá no quiere, además, tu casa me da mucho miedo —aseguró.

—Pues no hay motivo para ello —respondí, sentándome junto a ella, en el frío umbral— y dime ¿qué es eso que tenías que contarme? —le recordé.

—Hace un rato se fue de aquí un hombre. Llamó varias veces a la puerta, yo lo vi desde mi ventana —me contó.

—¿Ah, sí? Y ¿cómo era? —me interesé, pensando en Leonard o tal vez en Vasiliu.

—Pues alto, moreno, con el pelo largo y guapo, muy muy guapo —lo describió.

En mi estómago se hizo un nudo; sin duda se trataba de Andrei. Pero ¿cómo era posible?

—¿Es amigo tuyo? Porque, el pobre, se fue muy triste —me contó Petrica.

—Sí, es un amigo —afirmé, acariciando con suma suavidad el delicado rostro de la niña.

—Bueno, tengo que irme o mi mamá me reñirá —decidió.

—¿Vendrás a visitarme mañana? Haremos algo que te encantará —traté de convencerla.

—Lo intentaré —respondió, alejándose entre juegos y correteos.

Entré en casa y subí directa a la buhardilla: debía cargar el móvil encontrado en el bosque para encenderlo. Mientras esto sucedía, continué con el cuadro, expuesto en el caballete. De pronto, escuché golpes. Provenían de la planta baja de la casa y eran secos pero continuos. Solté el pincel y bajé las escaleras despacio, muy despacio. Escuché uno más, bajo mis pies; pero si me encontraba en la planta más baja de la casa, ¿de dónde procedían esos golpes? De pronto cesaron; permanecí unos minutos más allí, en el pasillo que daba al salón, aunque no los volví a escuchar. Después regresé a la buhardilla, pensando en que esa casa no tenía sótano. Entonces ¿de dónde procedían los golpes que escuché?

Me había quedado dormida sobre mi cama y cuando desperté, completamente desorientada, escuché el aullido de los lobos ya en el pueblo.

Miré el reloj: eran casi las once de la noche. Todo estaba a oscuras y dadas las circunstancias, era mejor no encender las luces.

Recordé que el misterioso móvil se estaba cargando. Me acerqué al lugar en el que se encontraba: no tenía nada de cobertura, pero su carga ya podría permitirme manipularlo. En la agenda de contactos, lo más relevante para mí eran los nombres de Nicoleta Ivanov y Vasilii Dutu, con sus respectivos números de teléfono. En el móvil no encontré mensaje alguno, pero sí unas escalofrantes imágenes sobre el Castillo de Bram y el orfanato. Presa del pánico, lo dejé caer al suelo; quien quiera que fuese el propietario del móvil, había estado en ese lugar. Lo recogí del suelo y comprobé como, inexplicablemente, en la pantalla del celular se apreciaba una mínima cobertura. Entonces llegó un Sms; no estaba segura de querer leerlo, pero ¿qué podía hacer? *“Debe terminar el cuadro cuanto antes para hacerla ir al Castillo”* —decía aquel mensaje.

Su emisor era Vasilii Dutu y sin duda, la que debía terminar el cuadro era yo. Sí, ahora estaba más que convencida de la veracidad en la investigación de Nacho.

A la mañana siguiente y aún en pijama, preparaba un café bien cargado cuando llamaron a la puerta; sólo eran las nueve y con ese frío ¿quién llamaba así? Pero insistían incesantes.

—¡Ya va! —exclamé, recorriendo el pasillo que iba desde la cocina hasta la puerta de la calle.

Cuando abrí, encontré a Petrica, tal vez mi única amiga en Bram.

—Hola preciosa —la saludé— has madrugado mucho ¿no crees? —le referí.

—Sí —afirmó simpática— quiero que me enseñes ese juego tan divertido, por favor —me pidió.

—Ah, sí —recordé— Anda, entra —la invité.

Y ella así lo hizo. Me seguía, a través del pasillo, rumbo a la cocina.

—¿Has desayunado, Petrica? —me interesé.

—Sí —respondió.

—Pues yo no, así es que, con tu permiso... —hablé.

Pero entonces, volví a escuchar nuevamente aquellos golpes secos bajo el suelo de la cocina. Miré a Petrica y vi su cara de desconcierto; la niña estaba asustada. Me acerqué a ella y la abracé.

—No pasa nada —traté de calmarla.

Entonces comprobé que la pequeña estaba temblando; ¿por qué motivo?

—Ya están aquí —dijo con la mirada perdida.

—¿Quiénes están aquí? —pregunté extrañada.

—Ellos... los guardianes de los lobos —respondió.

—Cariño, sólo han sido unos golpes que ya cesaron; en la casa sólo estamos tú y yo —le aseguré, tratando de calmarla.

Pero ella permanecía rodeando mi cintura con sus pequeños brazos, tan asustada...

—Te equivocas: en esta casa entran los lobos —afirmó.

—Petrica, todas las puertas están cerradas —le hice comprender.

—Todas no, Alejandra.

Sus afirmaciones me atemorizaban. ¿Era su imaginación, desarrollada por el propio miedo o, verdaderamente sabía de lo que hablaba?

—¿Dime! ¿por dónde podrían entrar esos animales? —me alarmé, sujetando fuertemente a Petrica de los hombros y mirándola con suma seriedad.

—Por algún lugar secreto. Te contaré algo: hace tiempo, aquí vivía Yelena, mi mejor amiga; cada día, yo siempre venía a su casa para jugar y nos escondíamos en nuestro lugar secreto; su mamá nos buscaba sin podernos encontrar —me relataba.

—¿Un lugar secreto? ¿dónde? —quise saber.

—No puedo decírtelo; Yelena y yo prometimos que jamás lo revelaríamos. Desde él, también podíamos escuchar esos golpes, mucho más fuertes que ahora. Pero alguien más conocía nuestro escondite: su abuela. Ella era mala, muy mala: mataba a los gatos y los dejaba ahí abajo —contaba Petrica.

—Vaya, qué desagradable —opiné, sentándome en una de las sillas de la cocina, mientras la niña permanecía de pie, frente a mí con su relato.

—Al día siguiente, cuando volvíamos al lugar secreto, el gato ya no estaba, aunque el suelo estaba manchado de sangre —me decía.

—Petrica, cariño, es una historia extraña... no me gusta —traté de pararla.

—Pero, es que ¡eran los mismos golpes que escuchamos hace un momento! —se quejó, apesadumbrada.

Noté su temor nuevamente.

—No pasa nada y ahora mismo vamos a hacer algo divertidísimo —decidí.

Pero no logré llamar su atención. La niña deseaba terminar de contar lo que había empezado.

—Un día volví a su casa; pregunté por Yelena, pero su mamá me respondió que no la había visto. Pensé que estaría esperándome en nuestro escondite y cuando llegué, desde él vi a su abuela, a esa malvada vieja y a Yelena. Estaba tumbada en el suelo; la mujer abrió una puerta y por ella entraron tres lobos: ¡se llevaron a Yelena para comérsela entera! —exclamó rompiendo a llorar.

—¡No inventes esas historias, Petrica! —le regañé, dudando de sus palabras.

—¡Es verdad! —aseguró casi a gritos la niña.

Era un relato estremecedor, aunque tal vez sólo existente en su mente. Bram era un pueblo muy asediado por los lobos y era posible que el miedo hacia estos animales se hubiera apoderado de sus gentes, sobre todo de los más pequeños.

—¿Dónde está la mamá de Yelena ahora? —me interesé.

—No lo sé —respondió aun llorando.

—Vamos, cálmate cariño —le decía mientras la abrazaba fuerte.

—Esa vieja era muy mala: no sólo mataba a los gatos para dar de comer a los lobos, sino que también mató a Yelena para alimentarlos, ¡permitió que se la llevaran! —recordó de nuevo.

—¿Le has contado a alguien todo esto? —quise saber.

—Sólo a mamá. Ella se enfadó mucho y si se enterase de que ahora también te lo conté a ti... —insinuó.

—Bueno, tu secreto conmigo está a salvo —aseguré— Petrica, cariño, todo eso que cuentas... es tan extraño... Nadie mata a niños para dar de comer a los lobos.

Pero al decir esto, recordé hasta qué punto me estaba equivocando. En el orfanato en el que viví durante los primeros quince años de mi vida, sucedían estas cosas y sólo de pensarlo, un intenso escalofrío recorrió mi cuerpo.

—¿Y dices que tu amiga Yelena vivía en esta casa? —traté de confirmar.

—Sí, aunque, tras pasar esto, su familia se marchó de Bram y nunca más supimos de ellos; de esto hace ya más de un año —me explicó.

—Más de un año —me dije.

Esa fecha coincidía con la supuesta muerte de Nicoleta Ivanov; sin embargo, y según la niña, en esa casa vivieron Yelena y su familia, ¿por qué entonces tenía yo unas escrituras donde constaba el nombre de Nicoleta como antigua propietaria?

Cuando se hubo calmado, cogí a Petrica de la mano y la llevé hasta la buhardilla.

—¿Qué vamos a hacer? —quiso saber.

—Vamos a pintar —le dije.

—¿A pintar?! —se sorprendió.

—Eso es. Ven, acércate —le indiqué.

Y poniendo a su disposición pinturas y pinceles, dejé que su imaginación trazara dulces pinceladas de colores por todo el lienzo. La niña parecía disfrutar, mientras que la pintura goteaba al ser trasladada. Sonreía con cada trazo y yo no pude hacer otra cosa que sentarme a contemplarla. Tras un largo rato, acompañé a Petrica hasta la puerta: debía marcharse ya.

—Me ha gustado mucho pintar —me hizo saber.

—No sabes cuánto me alegro —respondí mientras tomaba sus pequeñas manos entre las mías.

—¿Puedo venir otro día? —me preguntó.

—Me encantaría que lo hicieses —contesté, acariciando ahora una de sus mejillas.

Ella sonrió, transmitiendo una dulzura especial.

—Oye ¿volvió tu amigo? —se interesó.

—¿Qué amigo? —pregunté despistada.

—El del pelo largo: es tan guapo —opinó graciosa.

—¡Aaaah! —objeté al recordar que se trataba de Andrei— pues...no, la verdad es que no volvió más —le dije.

—Ya lo hará —aseguró, saliendo de mi casa y dirigiéndose a paso ligero hacia la suya, despidiéndose una y otra vez con la mano.

Cuando la vi torcer la esquina, cerré la puerta. Fui hasta el salón y me acomodé junto al fuego. Pensaba en Andrei, un mujeriego, manipulador y traidor. Había jugado conmigo, con mis sentimientos, consiguiendo herirme. No deseaba volver a verle, nunca más.

Ya era por la tarde cuando llegaba a Brasov. Durante tres días consecutivos había estado telefoneando a Nacho sin lograr comunicarme con él, por lo que decidí viajar hasta la ciudad. Llegué hasta el edificio donde se encontraba su apartamento, a las afueras, pero allí no había nadie y su móvil permanecía apagado. Estaba tan preocupada que no sabía qué hacer; sin embargo, debía hacer noche en Brasov pues no lograría llegar a Bram antes del anochecer. Conduciendo mi Land Rover, me dirigí hacia el centro de la ciudad. Aparqué junto a una tienda de souvenirs y entré. Entre típicos detalles sobre la zona, logré encontrar un callejero de Brasov: debía averiguar a quién pertenecía la dirección que encontré en la tarjeta de móvil de Leonard. Tras pagar al dependiente mi compra, volví al coche y busqué. Pronto, en el callejero, encontré el lugar en cuestión y hacia allí me dirigí. Circulaba por la ciudad, tratando de no perderme. Las anchas avenidas, con sus edificios fueron quedando atrás y ahora se imponían las casas de dos plantas en calles mucho más tranquilas. Me iba acercando; la dirección que tenía en mi poder pertenecía a aquella zona, tranquila y periférica, poco transitada por los coches. Había llegado a la calle en cuestión y desde mi auto, trataba de encontrar la casa específica. Allí estaba la discreta morada; pero ¿a quién pertenecería? Estacioné cerca y bajé del Land Rover. Crucé la calle y llegué hasta la casa: parecía estar habitada. En el buzón situado a la derecha de la puerta constaba un nombre: Ruslana Stoika. Regresé al coche pensando que no conocía a nadie así y entonces, cuando estaba a punto de arrancar el motor, la puerta de la casa se abrió y de ella salió Leonard. Una mujer de unos cuarenta años cerraba a su salida mientras él montaba en su coche y se alejaba.

Mi móvil sonó: se traba de Nacho.

—¡Al fin! —objeté al descolgar.

—Alex ¿qué sucede? Tengo varias llamadas tuyas —se preocupó.

—Tranquilo: no pasa nada. Estoy en Brasov —le hice saber.

—Bien, en ese caso, te espero en mi casa: no tardes —me dijo.

En menos de veinte minutos llegué a su apartamento. Nacho me recibió con un fuerte abrazo. Se había convertido en un espectacular hombre, guapo y esbelto.

Juntos preparábamos una suculenta cena en su cocina.

—Me gusta tu apartamento —le dije.

—Tú me gustas más —bromeó.

Sonreí ante su atrevimiento. Sin embargo, me miraba seductor con sus pequeños ojos claros, mientras su liso cabello oscuro llenaba de exotismo unas perfectas facciones.

—Nacho, ¿te suena el nombre de Ruslana Stoika? —le pregunté.

—No —negó con seguridad.

—A ella pertenece la dirección que encontré en la tarjeta de memoria de Leonard —le expliqué.

—¿Estuviste allí? —se interesó.

—Sí —afirmé— y le vi a él saliendo de la vivienda.

—Tal vez es la casa de su chica —opinó Nacho.

—No lo creo. La tarjeta de su móvil sólo contenía esas escalofriantes fotos sobre el castillo y la dirección; extraña mezcla ¿no crees? —argumenté.

—Ese americano no es de fiar: ten cuidado con él y no te preocupes, descubriremos quién es

esa Ruslana —aseguró Nacho.

—¡Ey! Deja de echar sal a la ensalada o la tensión nos subirá por las nubes —le dije, haciéndome con el salero.

Y entre risas, dispusimos la mesa en la que cenaríamos. Nos sentamos uno frente al otro y adornamos el centro de la misma con una hermosa vela. Degustábamos lentamente, mirándonos alumbrados por la pequeña llama. Los ojos de Nacho brillaban esplendorosos y se rasgaban aún más cuando sonreía.

—Alex, ha sido maravilloso encontrarte después de tantos años —me dijo con sinceridad.

—Si, una bonita casualidad —afirmé.

—Te busqué incansable y cuando ya casi había desistido, te encuentro —volvió a recordar.

Su mirada se tornaba ahora un poco más seria. Yo había parado de comer por un momento, tal vez a la espera de su siguiente frase.

—Voy a cuidar de ti, Alex: no permitiré que nadie te haga daño, te lo prometo —aseguró.

Había tomado una de mis manos y la apretaba con suma suavidad.

—Llegaremos al fondo de todo esto —me dijo.

—Nacho, el pueblo de Bram está invadido de lobos; parecen habitar el castillo. Al caer la noche, bajan hambrientos en busca de comida y comen personas, ¡como sucedía en el orfanato! —exclamé asustada.

—Aquello era distinto —habló él.

—No, nada de eso; los habitantes de Bram entregan a esas fieras seres humanos vivos; yo misma he podido ver cómo devoraban a una anciana que sus propios familiares arrojaban a la calle —le narré estremecida de espanto.

—En ese pueblo, la gente vive atemorizada. En el Castillo de Bram se esconde alguien muy poderoso, alguien que hace muchos años movió los hilos del orfanato —me informó.

—¿Qué te hace pensar eso? —le pregunté.

—Bueno, todas las pistas apuntan a ese lugar y para colmo te encuentro a ti cerca de él —dedujo.

—Hace algunos días, en un bosque de Sinaia, encontré este teléfono móvil: échale un vistazo a las fotos —le dije, entregándoselo.

Nacho lo tomó y manipulando el celular, accedió a la información. Observaba su cara de sorpresa al encontrar fotos no sólo del castillo de Bram, sino también del orfanato donde él y yo vivimos durante muchos años.

—Alguien está investigando también —comentó.

—Pero ¿quién? —quise saber.

—No lo sé: pocos niños sobrevivieron en ese orfanato... ¿dónde dices que encontraste el móvil? —se interesó.

—En Sinaia —respondí.

—Sinaia... eso está cerca de aquí —habló.

Pero no hice comentario alguno. Tras retirar los platos de la mesa, nos acomodamos en el sofá; le conté entonces todo lo relacionado con Petrica y su macabra historia.

—Asegura que en mi casa pueden entrar los lobos —le conté.

—Si así fuera, tu no estarías ahora aquí. De todas maneras, esa niña tiene mucha imaginación —opinó, no creyendo la historia de la pequeña.

—Yo ya no sé qué pensar —dije, cruzándome de brazos.

—Pues no pienses más; tal vez llegó el momento de descansar un poco —sugirió, echando su brazo sobre mis hombros y atrayéndome hacia él.

Besó mi cabeza, apoyando ahora la suya sobre la mía. Permanecimos unos minutos en silencio, yo entre sus brazos.

—Sólo eras una niña la última vez que te vi —recordó.

—Sí, han pasado algunos años desde entonces —reconocí.

—Pero ese tiempo te ha hecho ganar en madurez y en belleza —me dijo.

—Tú también has cambiado mucho: las chicas deben morirse por tus huesos —exageré divertida.

—No creas: mi vida sentimental siempre fue un desastre —me aclaró.

—Me tomas el pelo —dudé.

—Nada de eso: nunca logré mantener una relación seria con ninguna mujer, ¿y sabes por qué? Porque nunca conseguí enamorarme —me explicó.

—Enamorarse no es fácil —dije.

—¿Tú lo has estado alguna vez? —quiso saber.

—Pues... creí que sí; ahora no estoy segura —respondí, pensando en Andrei y en todo lo que me hizo sentir junto a él— ¿y tú? —pregunté ahora.

—Sólo una vez y fue hace muchos años —contestó.

—Y ¿qué pasó? —me interesé.

—Bueno, nunca supe lo que ella sentía por mí, pero yo jamás pude olvidarla —me dijo.

—Quizás algún día ... —traté de animarlo.

—Sí, puede ser —reconocí.

Al cabo de unas horas abrí los ojos; me encontraba tumbada en un sofá, con la cabeza apoyada en el pecho de Nacho, quien dormía profundamente. Habíamos permanecido durante toda la noche en aquel lugar, abrazados y juntos. Pero había amanecido y cuando traté de escapar de sus brazos, él despertó.

—Buenos días —lo saludé.

—Buenos días, Alex; vaya, si que fue larga nuestra conversación —se burló.

—Una maravillosa conversación que no nos dio tiempo a terminar. Me hablabas de tu verdadero amor cuando nos quedamos dormidos; eso fue lo último que recuerdo —hablé.

—¿Mi verdadero amor? tonterías —restó importancia.

Debía partir pronto hacia Bram. Fue duro decirle adiós nuevamente a Nacho, pero muy pronto volveríamos a reunirnos.

Conducía despacio pues en muchos tramos la carretera estaba algo nevada. Nacho me prometió averiguar quién era esa Ruslana Stoika y su relación con Leonard. Pensaba en todo esto cuando, después de más de dos horas de viaje, llegué a Bram. Al torcer la esquina que daba acceso a mi calle, encontré un coche aparcado en la puerta de la casa. Era un 320 Coupé, el coche de Andrei. Estacioné tras él y descendí de mi vehículo; él se encontraba apoyado en la parte delantera del mismo, muy abrigado y con los brazos cruzados. Al llegar junto a él, paré mi marcha y lo miré desafiante.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté fría.

—Tú qué crees —fue su respuesta.

Le lancé una mirada fulminante.

—No, no me mires así; tienes un centenar de llamadas mías, mensajes a doquier... ¿se puede saber a qué juegas? —me reprochó, pidiendo explicaciones.

—¿Cómo? que ¿a qué juego yo? —ironicé— a qué juegas tú, Andrei: o se tiene esposa, o se tiene amante... pero ambas cosas, ni tu abuelo lo consiguió —hablé.

—¿De qué hablas? —me preguntó, incorporándose un poco más ahora, mirándome con una

fijeza absoluta.

—¡Deja de disimular! Te burlaste de mí... nada de lo que ocurrió en la cabaña tuvo significado, al menos para ti —me enfadé.

—Vamos, Alejandra, fue maravilloso —me dijo.

—¡Fue una mierda! —exclamé enojada— deja de llamarme y déjame en paz —le pedí muy alterada.

Pretendí marcharme de su lado, pero Andrei me detuvo, sujetando con firmeza uno de mis brazos.

—¿Qué está pasando? ¿piensas que vendría a buscarte a este maldito pueblo si no me importaras? ¡¿eh?! ¡¿de verdad lo piensas?! —trataba de averiguar.

Volví a mirarle con auténtico desprecio.

—Suéltame —le ordené con tono desagradable.

Permanecí por unos segundos frente a él; su expresión de extrañeza me sorprendía.

—Ya no sé qué pensar de ti, Andrei. En verdad casi no nos conocemos —hablé.

—Sí, tienes razón, pero ¿qué importa eso? —respondió seguro.

—¿Qué es lo que tú quieres? —le pregunté bastante interesada, mientras todo mi cuerpo temblaba debido al frío.

—Sólo quiero conocerte, nada más —contestó.

—Para eso no hacía falta que nos acostáramos —me atreví a reprocharle.

Pero por la expresión de su cara, Andrei parecía no entender nada.

—Mira, Alejandra, esta es la segunda vez que viajo hasta Bram sólo para verte. ¿Se te ha pasado por la cabeza que, tal vez eso sea porque me interesas? —sugirió.

—Sí, podría pensar eso si no supiera que estás a punto de casarte con otra mujer —descubrí.

Su cara perpleja, buscaba la reacción más rápida, pero lo único que pudo hacer fue pasar ambas manos por su rostro, de forma rápida, tal vez tratando de despejarse un poco ante mi inesperada reacción.

—No me gusta que jueguen con mis sentimientos, y tú lo has hecho. En verdad no puedo reprocharte nada: lo nuestro fue algo circunstancial, nada más; tú tienes tu vida y yo tengo la mía —razoné algo más tranquila.

—Te equivocas, Alejandra —se apresuró a decir, sujetándome de ambos hombros— no sé qué fue lo que te dijeron, pero yo no voy a casarme con nadie; eso terminó y en mi nueva vida sólo hay cabida para ti —me dijo.

—Vamos, Andrei; ¿cómo puedes decir eso si casi no nos conocemos? —planteé despreocupada.

—Alejandra, por favor, confía en mí —me pidió.

Pero no respondí. Yo misma pude verlo con otra mujer, besándola tal vez. Andrei... el guapo Andrei. En sus ojos podía ver su atracción hacia mí, ese ardiente deseo de poseerme otra vez, de estar conmigo una vez más.

—Sigue tu camino, Andrei y déjame en paz —me atreví a aconsejarle.

Entonces comencé mi andadura hacia la casa. Por unos segundos, él permaneció de pie, en el mismo sitio donde se encontraba, pero después, con grandes zancadas, me siguió. No tardó en alcanzarme y, sujetándome bruscamente del brazo, logró detenerme. Traté de resistirme en el duro duelo, mientras que él continuaba con su sujeción rotunda, mirándome desafiante y altanero.

—Me estás haciendo daño y si no me sueltas ahora mismo, tendré que darte una bofetada —lo amenacé enfadada.

—No lo harás —aseguró, retándome aún.

—Sí lo haré, Andrei, así es que...

Pero era demasiado tarde; su tirón me hizo chocar contra él; estábamos tan cerca el uno del otro... de su boca, entreabierta, salía un cálido vaho mientras sus brazos me acorralaban y me inmovilizaban con severa dulzura.

—No se te ocurra —le avisé.

Demasiado tarde; Andrei me besó de forma apasionada y aunque traté de resistirme, finalmente no pude. Sus brazos eran tan fuertes... ¿cómo podía escapar? Ni siquiera estaba segura de querer hacerlo. Nuestros labios se fueron despegando poco a poco, mientras nuestros ojos continuaban con aquella peculiar forma de mirarse.

—¿Qué quieres de mí? ¡¿eh?! —quise saber más confusa que nunca.

—Te quiero a ti, eso es todo. Conocerme ha sido lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo: no lo estropeemos ahora, por favor —me pidió.

—Necesito tiempo: no sé hasta qué punto puedo confiar en ti —le dije.

—Tendrás ese tiempo que me pides, lo que quieras, pero, por favor, cree en lo que te digo: lo que tú y yo vivimos en esa cabaña no fue un sueño, fue real, Alejandra, tan real como la vida misma. Yo tuve una vida pasada y de ella aún quedan restos, sólo eso. No voy a casarme con nadie: no soy tan mezquino. Es increíble cómo en tan poco tiempo ha sucedido, pero así es: creo que me he enamorado de ti, así es que, te lo ruego, no acabes con esta ilusión que acaba de empezar —continuó su relato.

—Déjame pensar un poco, por favor Andrei. Regresaré muy pronto a esa cabaña para hablar contigo, te lo prometo —le hice saber.

—Está bien —aceptó, soltando mi mano, agarrada durante toda la conversación y, caminando despacio, muy despacio, llegó hasta su coche, montando en él y tras dirigirme un adiós con melancólico gesto, se marchó.

Entré en la casa, ofuscada. Cada día que pasaba odiaba más ese lugar. Andrei... ese hombre sí podría hacerme feliz, pero debía averiguar sobre la veracidad de sus palabras. Yo también me había enamorado de él, pero no era motivo suficiente para sufrir. Ordenaba un poco el salón cuando, otra vez, escuché golpes bajo mis pies. Paré mi labor y permanecí atenta: algo estaba sucediendo, pero ¿dónde? A los pocos minutos todo terminó y en la casa de Nicoleta se hizo el silencio más absoluto. De pronto, alguien canturreaba en el exterior; reconocí aquella vocecilla y, recorriendo el largo pasillo, llegué a la puerta de la calle, la cual abrí. Era Petrica, la siempre dulce Petrica.

—Es una canción muy bonita —le dije al verla.

—Sí: Yelena y yo siempre la cantábamos —respondió.

Recordé que Yelena fue su amiga, aquella que, supuestamente habitó mi casa.

—Y dime, Petrica ¿cantábais esa canción en vuestro escondite secreto? —me interesé, tratando de obtener nuevos datos.

—No, allí sólo podíamos guardar silencio si no queríamos ser descubiertas —respondió.

—Entiendo —contesté.

—¿Me enseñarás a pintar? —quiso saber.

—Claro que sí —afirmé segura.

Y entrando en la casa, juntas recorrimos el pasillo y después la escalera que nos llevaría a la buhardilla. La niña no tardó en ocupar el taburete frente al caballete, esperando a que yo finalizase con todos los preparativos. Muy pronto se divertía con los pinceles y pinturas que había puesto a su disposición.

—Esta casa es muy grande, ideal para jugar a muchas cosas —comenté.

—Sí, pero la mamá de Yelena no nos dejaba hacerlo: las puertas de las habitaciones siempre estaban cerradas —me dijo.

—¿Y la buhardilla? ¿habías visitado alguna vez esta buhardilla? —me interesé.

—¡Nooooooo! Estaba cerrada con un enorme candado; pero sabíamos que la llave la tenía la vieja esa —me contó.

—Vaya; debía ser una anciana muy extraña —opiné.

—Sí, y muy mala. Cuando Yelena y yo bajábamos a nuestro escondite secreto, la espiábamos: era amiga de los lobos —me informó en voz más baja.

—Petrica ¿a dónde bajabais? —traté de concretar.

—Ya te lo he dicho: a nuestro escondite secreto, pero nunca te revelaré dónde está: Yelena y yo lo prometimos —me recordó, mientras delineaba un poco más su extraño dibujo.

—Pero ahora tú y yo somos amigas —le recordé.

—Sí, pero una promesa es una promesa —me hizo saber.

Entonces enmudecí por unos segundos. Petrica continuaba pintando mientras canturreaba una linda melodía.

—No te pongas triste, Alejandra: nuestro escondite era un lugar oscuro y feo, el más feo de toda esta casa; además, cerca de él había lobos; debes tener cuidado con ellos: son muy peligrosos: se comieron a Yelena —me recordó.

Su relato me sobrecogía.

—¿Qué estás pintando? —me interesé, acercándome un poco más al caballete.

—Son dos niñas jugando, ¿te gustan? —quiso saber.

—Sí, la verdad es que son preciosas. Y dime ¿a qué juegan? —le pregunté, observando unas escaleras dibujadas a un lado.

—Pues al escondite; es mi juego favorito —me dijo.

—Sí, es divertido —reconocí.

Y volví a mirar su dibujo: dos niñas escuálidas y unas escaleras descendiendo.

—Bram es un pueblo que no me gusta demasiado: hay muchos lobos. ¿No te gustaría marcharte de aquí? —le pregunté.

—Yo quiero irme, pero mamá dice que en Bram está nuestro hogar. Los lobos me dan mucho miedo: se comen a la gente, todas las noches. Hace algunos días que no veo a mi abuelita; mamá dice que se marchó a Bucarest, pero yo sé que a ella también se la comieron esos lobos malos —me contó.

Traté de disimular mi seguridad en sus sospechas. Noches atrás, vi desde la ventana de la buhardilla cómo arrojaban a una anciana a la calle, convirtiéndose en presa fácil de los lobos; era la abuela de Petrica y por algún extraño motivo, la madre de la niña fue consentidora de tan macabra acción.

—¿Tú te irás del pueblo? —se interesó, soltando el pincel definitivamente.

—Sí, pronto me marcharé —afirmé segura.

—Todos acaban marchándose, porque los que se quedan, antes o después mueren. Después de la muerte de Yelena, Ruslana también se marchó —me dijo.

—¿Ruslana?! —exclamé muy sorprendida, pues yo conocía ese nombre.

—Sí, Ruslana Stoika, la mamá de Yelena —me reveló.

No había duda: se trataba de la misma persona.

Petrica se marchó al poco rato, pero la extensa conversación con ella durante gran parte de la mañana me había desvelado muchas cosas. Por algún extraño motivo, Ruslana y Leonard estaban relacionados; pero ¿qué sucedió con la malvada vieja que, según Petrica, entregó a la pequeña

Yelena a los lobos? Pensaba en todo esto al tiempo en que preparaba un rico pastel de verduras en la cocina. Y una vez más, volví a escuchar golpes secos bajo mis pies. En esa casa no existía sótano; ¿de dónde provenían? Recordé entonces las palabras de Petrica: “*cuando bajábamos a nuestro escondite secreto*”.

—Cuando bajábamos... —susurré— esas niñas bajaban a algún oscuro y feo lugar de esta casa; bajar significa bajar, y en una casa, sólo se pude bajar a un sótano o algo parecido —trataba de razonar, mientras todo mi cuerpo se estremecía ante aquello.

Estaba paralizada ante aquel pastel de verduras, pensativa, con la mirada fija en algún lugar perdido de la cocina. En la casa que yo habitaba, había un lugar al que las niñas bajaban a esconderse y en donde podría estar ubicada una puerta por la que los lobos podían entrar. De pronto, el cuchillo que sostenía entre mis manos cayó al suelo. Todo podía estar sucediendo, día tras día, bajo mis pies, sin que yo me hubiera percatado siquiera.

Moví cada electrodoméstico de la cocina, cada mueble del salón... removí hasta el último rincón de esa maldita casa, sin encontrar nada.

Estaba asustada y subí a la buhardilla dispuesta a cambiarme de ropa: debía salir de Bram y telefonar a Nacho. Recogía mi largo cabello castaño oscuro en una apretada coleta cuando, de repente, miré el dibujo expuesto aún en el caballete. Era el que, un rato antes, la pequeña Petrica había pintado mientras susurraba una canción con su dulce voz. Me acerqué un poco más, sentándome entonces frente al caballete; dos niñas y unas escaleras: aquello era más que un simple dibujo. Comprendí el significado oculto del mismo.

—Las dos niñas dibujadas son Petrica y Yelena; a ellas les encantaba jugar al escondite —pensaba, mientras analizaba la pintura— Conocían un lugar secreto, donde nadie las descubriría nunca; a él se accedía por unas escaleras... sí, estas escaleras revelan el descenso hacia ese escondite —razonaba, comprendiendo entonces hasta qué punto, el dibujo de un niño puede lanzar mensajes tan claros.

Salí de la buhardilla, bajando veloz las escaleras; estaba segura: por algún lugar de las mismas accedería al escondite secreto de las niñas. Golpeaba cada peldaño, palpando las paredes que la recorrían, sin encontrar nada. Estaba cansada de subir y bajar.

—Todo esto es absurdo: sólo es el dibujo de una niña, nada más —me decía a mí misma, mientras entraba en el pequeño aseo ubicado en el hueco de la escalera, con la intención de lavar mis manos.

El agua estaba helada; además, ni siquiera tenía jabón en aquel baño, pues apenas lo utilizaba.

—¡Ay, Dios mío! me voy a volver loca —me dije, sentándome en el borde de la pequeña bañera allí existente.

De pronto, noté la inestabilidad de la misma. Me levanté rápidamente y la empujé con suavidad; ¿cómo podía estar la bañera despegada del suelo? Empujé un poco más: podía arrastrarla y entonces lo hice, asombrándome al encontrar un agujero, tan grande como la propia bañera y los peldaños de unas escaleras que bajaban hacia algún lugar. Estaba aterrada: el dibujo de la niña hablaba de unas escaleras que descendían, y sin duda eran estas. Bajé cauta, con sumo cuidado; las escaleras, estrechas en un principio, se iban engrandeciendo por momentos. De aquel oscuro lugar emergía un intenso olor a animal. Mi móvil, con su luz, me ayudaba a seguir avanzando sin tropezar. Cuando hube llegado al final de las escaleras me encontré frente a un largo y oscuro pasillo. Caminaba despacio, tratando de hacer el menor ruido posible; de pronto, escuché como, casi al galope, las pezuñas de unos animales se dirigían hacia mí. Estaba segura: eran los lobos. No tenía escapatoria; sin embargo, a mi izquierda vi una rejilla; parecía una alcantarilla y si conseguía quitar la tapa de encima, podría ocultarme allí. No podía perder más

tiempo: esos animales estaban a punto de sorprenderme en medio de la oscuridad. Aquella no pesaba demasiado y, con suma rapidez, quité aquella tapa y salté al interior del agujero, cubriendo nuevamente el acceso a la misma. Mi respiración era muy acelerada. En aquel lugar me faltaba el oxígeno; estaba atemorizada, sobre todo al escuchar las pisadas de aquellos animales sobre mi cabeza. Pero me encontraba a salvo; ellos no podrían quitar la tapa que cubría el acceso al agujero. Alumbé un poco más con mi móvil, encontrando el acceso a un túnel, pequeño, pero suficiente para recorrerlo si me arrastraba en él. Y así lo hice. Al cabo de unos metros, llegué a un lugar maravilloso, una auténtica casita de muñecas, pequeña, tanto que en ella no podía ponerme en pie. Comprendí entonces que aquel era el maravilloso escondite secreto de Petrica y Yelena. Había tantas cositas para jugar... Miré por un agujerito y en medio de tanta oscuridad, distinguí que fuera de aquel escondite se encontraba el largo pasillo por el que los lobos habían accedido. Vi también una vieja silla situada frente a una puerta de madera, pequeña y deteriorada. Ante mi asombro esta se abrió y, al sonido de un intenso silbido, una manada de lobos regresaba por el pasillo para salir por la vieja puerta. Los vi tan cerca que casi podía distinguir su olor. Tras ellos, la puerta volvió a cerrarse y el silencio invadió nuevamente aquel lugar. Atemorizada, me arrastré de nuevo por el túnel, salí del agujero y ascendí por las escaleras hasta llegar al baño. Coloqué en su sitio la bañera y casi en una carrera, tras coger mi mochila y el abrigo, salí de la casa y monté en mi coche; debía ponerme en contacto con Nacho.

Antes de llegar a Sighisoara, comencé a tener cobertura y, sin detener el coche, marqué el número de mi amigo. No tardó en coger el teléfono; sentí verdadero alivio al escuchar su voz.

—Nacho... ¡Oh, Nacho! —exclamé con angustiada voz.

—Alex, pero ¿qué te pasa? pareces muy nerviosa —se percató.

—Nacho, todo lo que Petrica me contó es verdad: he descubierto un sótano en mi casa ¡y en él entran los lobos! —objeté, elevando bastante la voz.

—¿En tu casa lobos?! —se extrañó el muchacho— Alex, tranquilízate —me pidió.

—No puedo tranquilizarme: he visto a esas fieras más cerca que en toda mi vida —le dije.

—¿Dónde estás ahora? —se interesó Nacho.

—En el coche, camino de Sighisoara —contesté.

—Estás muy asustada: creo que será mejor que vengas a Brasov, a mi casa; hablaremos de todo —me propuso.

Parecía la mejor de las ideas. Y, tras pasar la ciudad de Sighisoara, puse rumbo a Brasov. Sería un trayecto de más de dos horas, por lo que debía tomármelo con calma, pues comenzaba a nevar y las carreteras estaban en muy mal estado. Recibí entonces un mensaje en el móvil. Era de Andrei: *“Pasaré tres días en la cabaña; por favor, intenta reunirte conmigo allí”* —me decía.

—Está bien, Andrei: tal vez mañana nos veamos —me dije mientras conducía.

Deseaba verle, deseaba estar con él. Sus palabras parecían convincentes, pero lo que yo vi o lo que la gente decía... Tal vez Andrei se estaba burlando de mi; sin embargo, yo me estaba enamorando de él y este sentimiento me aterraba pues, quizás pertenecía a otra y yo sólo era su entretenimiento y él mi ilusión. Pero pasaría por la cabaña del lago al día siguiente.

En su apartamento, Nacho me esperaba. Vestía con un informal pantalón de chándal gris y una sudadera blanca. Tenía el cabello suelto, como de costumbre y al vernos, ambos nos abrazamos con fuerza.

—Ya estás aquí: menos mal —me susurró, besando entonces con suavidad mi pelo.

Él, con su brazo sobre mis hombros, me condujo hasta el interior del apartamento, ocupando, entonces, los lugares más cómodos para sentarnos.

—Cuando me llamaste parecías muy nerviosa —recordó.

Pero no respondí; mi mente era ocupada por la experiencia vivida hacía unas horas.

—¿Alex? —me llamó, haciéndome volver.

—Sí —respondí aturdida.

—¿Por qué no me lo cuentas todo? —propuso.

—No: mejor será que tú me cuentes a mí ¿no crees? —decidí exigente.

—Contarte ¿el qué? —planteó.

—Todo Nacho, absolutamente todo. Tú sabes muchas cosas: yo sólo algunas y si estamos juntos en esto, yo debo estar informada —opiné.

Él continuaba sentado en un sillón frente al mío, y en un gesto pensativo, rascó su cabeza.

—¿Qué quieres saber? —me preguntó preciso.

—Han pasado muchos años desde lo del orfanato; ¿qué pretendes encontrar después de tanto tiempo? —quise saber.

—Una explicación lógica a todas aquellas atrocidades —respondió tranquilo, recostado en el respaldo del sillón, acomodado en él plenamente.

—Dices que llevas investigando muchos años, que incluso volviste a visitar el orfanato. Por favor, Nacho, cuéntame todo lo que sepas —le pedí de nuevo.

—Ya sabes que fui adoptado por un matrimonio francés. Vivíamos en Burdeos, al sur de Francia, aunque mis padres tenían una hermosa casa en la montaña, lugar que siempre odié. Cuando cumplí los dieciocho años, comencé mis estudios en la universidad: informática. Pero, pese a lo feliz que fui con ellos, las sombras de mi pasado no dejaban de perseguirme, un recuerdo siempre aferrado a ese maldito orfanato. Desgraciadamente, mis padres murieron en un trágico accidente de coche y entonces fue cuando me marché de Burdeos, cambiando mi apellido y comenzando esta investigación. Regresé a Asturias, al orfanato; allí sólo encontré el enorme caserón, abandonado, con sus terrenos puestos a la venta. Entré en él: su inmobiliario se mantenía, deteriorado, pero en el mismo lugar. No encontraba pistas por ningún sitio y cuando comenzaba a perder las esperanzas en mi investigación, bajé al sótano, un lugar enmohecido y plagado de telarañas. En él habían quemado muchas cosas, sobre todo papeles; se habían asegurado bien de destruir todas las pruebas, pero entonces encontré un libro, escrito a mano y en un extraño idioma; estaba liado en un trapo, oculto tras un montón de cenizas y objetos destruidos. Podía pasar desapercibido, pero yo lo descubrí y me lo llevé a Francia. Ese extraño idioma no era otro que el rumano; fueron muchos días, y largas noches trabajando sobre él, traduciendo, tratando de entender. Eran una secta, Alex —me informó tras su extenso relato.

—Una secta —repetí sorprendida.

—Sí —afirmó— todos ellos se alimentan de sangre, como en aquella novela hacía Drácula; sus cazadores son los lobos, feroces y sanguinarios donde los haya —me contaba ante mi asombro.

—Pero ¿por qué nuestro orfanato? —planteé.

—Bueno, sólo en España tuvo algunos seguidores esa secta y ¿qué mejor lugar que un orfanato lleno de niños para llevar a cabo todas esas salvajadas? Ese libro que encontré era de Nicoleta Ivanov y hablaba, sobre todo, de la filosofía mantenida por la secta, maléfica y destructiva sin lugar a dudas —me explicó.

—Nacho, todo eso parece un disparate —hablé.

—Pues nada de eso: es real, Alex. Hay alguien que siempre habitó el Castillo de Bram: es el alma de la secta, al que todos alimentan; si él desapareciera, todo terminaría irremediabilmente —me contaba.

—Pero, entonces, es muy sencillo ¿no? —opiné.

—No creas; ese viejo rey de las tinieblas tiene preparado ya a su príncipe de las tinieblas para que continúe su reinado, pero necesitan a alguien muy importante —me dijo.

—¿A quién? —me interesé.

—Necesitan a la mujer capaz de dar a luz el hijo idóneo para que el legado prosiga —respondió.

—Pero mujeres hay muchas; cualquier mujer de esa secta podría valer —hablé.

—Cualquiera no: desde su nacimiento, debió ser alimentada de sangre —especificó Nacho.

Callé entonces. Eran muchas las dudas que me asaltaban, pero al mismo tiempo, no entendía nada. Me levanté de mi asiento y anduve pensativa de un lado para otro de la estancia.

—Alex, debemos averiguar quién habita ese castillo —me dijo.

—Para ello, hay que entrar en él y te aseguro que no es fácil: sus puertas permanecen cerradas durante todo el día y por la noche... bueno, los lobos no dan muchas opciones —le expliqué.

—Tiene que haber alguna manera: ya se nos ocurrirá algo. Creo que la mujer capaz de dar a luz a ese niño aún no ha sido encontrada —dudó.

—Pero hay algo que no entiendo: ¿qué hago yo aquí? Si realmente son tan destructivos, podrían haber terminado conmigo hace mucho tiempo —supuse.

—Menos los que fueron adoptados, todos los niños de ese orfanato murieron; tú no fuiste adoptada legalmente por nadie y escapaste. Tal vez alguien descubrió que nosotros, desde aquella trampilla, pudimos ver las atrocidades de los lobos. Realmente no entiendo qué pretenden contigo, pero está claro que te quieren viva o de lo contrario, como tú bien dices, te hubieran matado ya —opinó.

Sí, eso era obvio. Le conté, entonces, todo lo que había descubierto en el sótano de mi casa; él no daba crédito a mi relato.

—No quiero volver a Bram, Nacho —le hice saber muy asustada.

Pero él se levantó y me abrazó muy fuerte.

—Alex, si te quedas aquí, nos descubrirán a los dos y entonces nos matarán. ¿Te das cuenta de que estamos muy cerca de descubrir la verdad? —trató de hacerme entender.

—¡No! —exclamé enfadada, separándome bruscamente de él— no me doy cuenta de nada. Yo vivía tranquila en Granada; había logrado olvidar el horror del orfanato, hasta que apareciste tú —hablé, culpándolo de todo.

Nacho me miraba confuso.

—Estoy harta, Nacho, ¡harta de todo! —exclamé nuevamente— once millones de Leus y una casa en ese maldito pueblo no valen todo el calvario que estoy pasando —opiné sincera.

—Entonces ¿qué quieres? Vamos, responde —me exigió.

—Venderé mi cuadro sobre ese castillo y después me marcharé —decidí.

—Te encontrarán —aseguró.

—Si tú fuiste capaz de borrar tus huellas, yo lograré hacer lo mismo —le dije.

Y entonces, tomé mi mochila y me encaminé hacia la puerta del apartamento.

—¿Se puede saber a dónde vas? —trató de averiguar Nacho, andando tras de mí.

—Me marchó —decidí rotunda.

—Nada de eso; son más de las cuatro: está a punto de oscurecer y sabes que de noche Bram es intransitable —quiso detenerme.

—No iré a Bram: quiero visitar a alguien —le dije.

—¿Visitar a alguien? ¿a quién? —me preguntó curioso.

—Eso es otra historia que otro día te contaré —respondí contundente.

—Vamos Alex, por favor; estaba deseando verte: no te marches ahora —me pidió.

Al mirarle, encontré un rostro suplicante, deseoso de mi compañía. Accedí, aunque bajo una condición: no hablaríamos más sobre el orfanato. La velada fue corta pues, tras una ligera cena a base de sándwiches, nos fuimos a la cama. A penas pude dormir. A las cuatro de la madrugada, me levanté dirigiéndome al salón, donde dormía Nacho. Lo hacía tranquilo sobre el sofá, con una manta por encima, dejando al descubierto sus pies. Observé su perfil, su largo cabello oscuro y liso y pensé en lo guapo que era. Su respiración sosegada, hacía imaginar el estado de relajación en el que se encontraba en ese momento.

—Eres tan bueno —me dije.

Él, perseguido por las monstruosas sombras de aquel orfanato, sólo pretendía descubrir el porqué de todo: ¿cómo iba a abandonarle ahora? Si su investigación era veraz, yo estaba en peligro, al descubierto y cerca del foco de semejante secta. Pensaba en todo esto mientras me acomodaba en uno de los sillones del salón, protegida en todo momento por la presencia de Nacho.

Debí quedarme dormida en aquel lugar porque, a la mañana siguiente sentí unas tiernas caricias a lo largo de mi brazo. Abrí los ojos y encontré la sonrisa de Nacho; sus sensuales labios besaban una de mis mejillas y después, casi en un susurro me dijo:

—Buenos días.

—Buenos días —respondí perezosa, mientras trataba de estirar un poco mis brazos.

Me dolía todo el cuerpo: había permanecido varias horas adormecida en aquel sillón.

—Mi cama es más cómoda ¿no crees? —se burló.

—No podía dormir y tampoco quería estar sola —le dije.

—Entiendo —contestó.

—Nacho, siento lo de anoche: llegaremos al fondo de todo esto, tú y yo juntos —aseguré.

Él me miró extrañado.

—Alex, te necesito tanto; sólo tú y yo logramos salir vivos de allí; ¿entiendes lo importante y lo peligroso que puede llegar a ser esto? —me avisó.

—Sí, y te aseguro que no volveré a echarme atrás —le transmití.

Desayunamos juntos; después, yo me marcharía. En pocos días, Nacho me visitaría en Bram y juntos investigaríamos ese extraño sótano de mi casa.

—Pero mientras tanto, ya sabes lo que te he dicho: nada de jugar a detectives tú sola. Si los lobos entran en ese lugar, podrías correr peligro en él, así es que, intenta entretenerte con tus pinturas mientras yo voy —me sugirió.

—No te preocupes; trataré de terminar mi cuadro lo antes posible: tengo un posible comprador interesado en él —le hice saber.

Entonces, recordé algo de suma importancia relacionado con esto.

—¿Qué pasa? —se percató Nacho.

—Pues... se trata de ese comprador: según me dijo Vasilií Dutu, podría ser quien vive en el Castillo de Bram —revelé algo asustada.

—No me dijiste nada —reprochó.

—En verdad no estoy segura; en una ocasión, Vasilií me dijo que tal vez en el castillo vivía el hombre que me haría rica —recordaba.

—Alex, debes ganar tiempo con ese cuadro: tienes que retrasar su término un poco más ¿entendido? —me dijo enérgico.

—Así lo haré —respondí.

Y a continuación nos abrazamos: había llegado el momento de decir adiós, aunque Nacho no tardaría en viajar a Bram: aquel sótano podría esconder oscuros misterios.

Después de recorrer poco más de cuarenta kilómetros, me acercaba a la encantadora cabaña situada a orillas de un lago. Muy cerca de ella, paré el coche, descendiendo entonces del mismo y escuchando el golpe de la puerta al ser cerrada. Observé cómo, de la chimenea de la cabaña salía humo, señal de que alguien estaba dentro. El descenso de temperaturas en aquel lugar se hacía evidente y al momento la puerta de la cabaña se abría, apareciendo entonces Andrei. Sentí un intenso cosquilleo en el estómago al verlo y mi corazón también se revolucionaba sin motivo aparente; bueno, sí; se trataba de él. Permanecía junto a la puerta aún, sin intenciones de moverse al parecer, mirándome desde la escasa lejanía, vistiendo unos anchos pantalones oscuros, con enormes bolsillos y una gruesa sudadera marrón con capucha. Entonces me encaminé hacia él, con pasos lentos, subiéndome un poco más la cremallera de mi rebeca de lana. Estaba muy nerviosa, pero, al mismo tiempo, deseaba llegar a su lado. Sólo hacía unos días que lo había visto, y entonces me aseguró que había roto con su pasado sentimental: sólo yo habitaba su corazón, pero esto sólo fueron palabras, tal vez sinceras o tal vez de esas que el viento se acaba llevando. Lo cierto era que ahí estaba, aguardando mi llegada pacientemente, con la más bella sonrisa dibujada en su rostro, con sus manos refugiadas en los bolsillos superiores de su pantalón, estático, con el pelo suelto y rizado, pretendiendo abarcar parte de su rostro, sin conseguirlo.

Había llegado y aún tímida, me había situado frente a él, resguardadas aún mis manos en los pequeños bolsillos de mi rebeca color camel.

—Hola Andrei —le saludé.

—Pensé que no vendrías —me dijo con total convencimiento.

—Pues aquí estoy —respondí, seria y aún distante.

Dio un paso a delante, extendiendo uno de sus brazos y rozando, con una caricia, una de mis mejillas. Me miraba con la fijeza más absoluta y rodeando todo mi cuerpo con sus brazos, me dijo:

—Soy feliz.

Me sentí complacida, aunque no respondí. Sin duda, Andrei era todo lo que yo quería y después de mi descubrimiento, fui capaz de volver a esa cabaña, sólo por estar una vez más con él.

Pronto me invitó a entrar. El ambiente era aún más cálido que la última vez: Andrei llevaba casi dos días en la cabaña, por lo que todo estaba perfectamente acondicionado. Preparó para mí una deliciosa carne a la brasa y tras la succulenta comida, nos sentamos a conversar. Aunque nuestras conversaciones anteriores habían sido divertidas, había llegado el momento de profundizar un poco más en todo. Andrei hizo café; toda la cabaña olía a él. Seguíamos ocupando las sillas de madera alrededor de la mesa.

—Alejandra, ¿qué piensas de mí? —me preguntó.

La interrogante me sorprendió. Trataba de buscar la respuesta más correcta y sincera. Mientras pensaba, soplabla insistentemente mi café, hirviendo.

—No sé, Andrei: casi no te conozco —respondí.

—Bueno, ya sabes que sólo soy rumano de nacimiento. Gran parte de mi vida la pasé en Inglaterra, estudiando y trabajando, lejos de mi familia, lejos de todo —me contaba.

—Entonces ¿qué te ha hecho volver? —me interesé.

—Tenía asuntos que resolver —contestó inespecífico.

Lo miré dispuesta a no aceptar semejante respuesta.

—Mi familia siempre vivió aquí, en Rumania, aunque mi madre era rusa. Ellos desaparecieron hace ya quince años; desde entonces, viví mucho tiempo en Inglaterra, en prestigiosos colegios y sólo venía a Transilvania durante el verano. Mi abuelo Dominic tenía mi tutela —contó.

—Dominic Holzhausen; fue quien construyó esta cabaña ¿no es así? —recordé.

—Así es —afirmó.

—¿Vive aún? —quise saber.

—No; murió hace algunos años. El Palacio de Peles era suyo, aunque pasaba largas temporadas lejos de él. Mi abuela Ileana murió joven y grandes historias se inventaron sobre ella —me explicaba.

—¿Qué historias? —traté de averiguar.

—Bueno, hay quienes afirman haberla visto en Alemania o escucharon que mi padre no fue su único hijo con Dominic —me contaba ante mi asombro.

—¿Y qué hay de cierto en todo eso? —pregunté curiosa.

—Posiblemente nada. Mira, yo viví lejos de ellos prácticamente toda mi vida. Acabé siendo incluso desheredado... desconozco los detalles de sus vidas —me dijo.

—¿Y M^a Magdalena? —me interesé.

—¡Oh! —objetó riendo— M^a Magdalena... —repitió ahora— ella sólo ocupó una pequeña parte de la vida de mi abuelo —me dijo.

—¿Una pequeña parte? Me dijiste que construyó esta cabaña para estar con ella, que era el amor de su vida —le recordé.

—Veo que te quedaste bien con la historia —observó— Todo eso es cierto, pero cuando mi abuelo finalmente se casó con Ileana, mi abuela, M^a Magdalena se marchó lejos, muy lejos; no se volvió a saber de ella —me contó.

—¿No has pensado que, tal vez tu abuelo sí mantuvo el contacto con esa mujer pese a estar casado? —sugerí.

Él parecía extrañado ante tanto interés por mi parte, sobre esta historia.

—Sinceramente, Alejandra, no lo sé. Yo no conocí nunca a M^a Magdalena; además, ni siquiera había nacido cuando todo ocurrió entre mi abuelo y ella —me aclaró.

—Bueno, si han pasado tantos años, esa mujer debe ser muy mayor ya —opiné.

Pero Andrei no respondió; degustaba su café, aún caliente y humeante. Mientras tanto, yo pensaba en aquella extraña fosa en mitad del bosque, al otro lado del lago, en la misma que encontré un pergamino con el nombre, siempre casual de M^a Magdalena, ¿o tal vez era algo más que casualidad?

Durante unos segundos, el silencio reinó entre nosotros. Yo continuaba muy pensativa; M^a Magdalena y Dominic habían desaparecido de mi mente; ahora recordaba a Andrei junto a aquella desconocida mujer y esos rumores de boda.

—¿Por qué no me hablas de ti? ¿era cierto que te ibas a casar? —me atreví a preguntarle.

Andrei depositó rápidamente su taza de café sobre la mesa; tosía atragantado, tal vez ante mi pregunta. Después se limpió la boca y parte de la barbilla de restos de café y una vez hubo terminado, me miró dispuesto a responder sin tapujos.

—Alejandra, debes saber que Rumania es un país cargado de tradiciones casi ancestrales. Yo las odio, créeme, y lo peor de todo: no las entiendo pese a ser rumano de nacimiento —me explicó.

—Eso no responde a mi pregunta —hablé con seguridad y decisión en cada una de mis

palabras.

Andrei arrastró su silla y se puso en pie, apoyando, posteriormente, ambas manos en el respaldo de la misma, muy estirados sus brazos. Largos mechones de pelo caían a lo largo de su rostro, sin llegar a ocultarlo. Levantó su mirada hacia mí: tenía una historia que contarme y era el momento de hacerlo para que yo pudiera entender muchas cosas.

—Mis padres vivieron siempre en el Palacio de Peles, junto a mis abuelos y a mi tío Vladimir, hermano de mi padre. Intentaron que mi abuelo Dominic influyera con sus ideas lo menos posible sobre mí, por eso, a los seis años me enviaron a Londres a estudiar. Trataron de que mi educación fuera lo menos rumana posible, una educación que, entre otras cosas, suponía casarte con quien la familia decidiera. Yo tenía diecisiete años cuando mis padres desaparecieron: murieron misteriosamente en uno de sus viajes a Rusia; mi abuelo siempre me contó que durante su regreso, fueron sorprendidos por los lobos; en verdad, nadie supo nunca qué fue lo que sucedió realmente, pues los cuerpos de mis padres jamás fueron encontrados —me narraba.

Podía imaginarme la escena, esos animales devorando a Carol y Giorgiana, pues así se llamaban.

—Yo era menor de edad y mi abuelo se hizo cargo de mi custodia. Al poco tiempo, cuando regresé de Inglaterra para pasar el verano en el Palacio de Peles, él ya me había comprometido con Ekaterina, una muchacha procedente de la importante familia Ivanov...

—¿Ivanov?! —irrupí exaltada.

—¿Conoces a esa familia? —me preguntó él.

Estaba desconcertada; Ivanov: ese era el apellido de Nicoleta, la supuesta difunta que me había arrastrado hasta Transilvania; esa misma que aseguraba ser mi abuela y que al mismo tiempo, fue una de las más poderosas dirigentes del orfanato en el que yo crecí. Sin embargo, Ivanov era un apellido rumano bastante usual en el país; sólo había sido una coincidencia, nada más.

—Alejandra, ¿me estás escuchando? —trató de llamar mi atención.

—Perdona —me disculpé— no, no conozco a esa familia; pensaba en otra cosa: lo siento —insistí.

—Parecías bastante distraída —opinó.

—¿Qué sucedió con Ekaterina? —le pregunté, tratando de encauzar nuevamente la conversación.

—Bueno, ella y yo comenzamos una relación que no duró demasiado. Ekaterina es una mujer bella, inteligente...cualquier hombre la desearía, pero no yo. Le dije a mi abuelo que no me casaría con ella y él, entonces, me desheredó —contó.

—Qué injusto —opiné.

—Dejé de ser un Holzhausen, para Dominic al menos. Durante mucho tiempo, Ekaterina vivió en una nube y estaba convencida de que, finalmente nos casaríamos. Cuando estuve viviendo en Inglaterra, no dejó de visitarme: una extraña relación entre nosotros continuaba —me decía.

—¿Extraña? —traté de concretar.

—Sí, extraña. Estábamos juntos, sabiendo que lo nuestro no llegaría a nada. Hace poco más de un año que regresé a Rumania; supe que mi tío Vladimir no daba señales de vida; realmente tengo vagos recuerdos de él, pero lo cierto era que el Palacio estaba a la venta por falta de herederos: yo lo compré —me hizo saber.

—¡Vaya! Compraste tu propio castillo —me sorprendí.

—Así fue. Una vez en Rumania, Ekaterina y yo nos veíamos más. Pretendía que nos casáramos, pero yo no la amaba lo suficiente como para ello. Todo sucedía muy deprisa; su

familia presionaba, pero entonces apareciste tú —dijo con auténtico alivio, caminando hacia mi silla.

Yo aún permanecía sentada en la misma, muy atenta a cada una de sus palabras. Él se colocó tras de mí y rodeó con sus musculosos brazos mi cuello.

—Nuestro encuentro fue pura casualidad. Además, me caíste fatal en un principio —recordé.

—Sí, supongo —reconoció— Te puse perdida de barro —recordó sonriendo.

—Ibas al castillo de Bram: ¿para qué? En ese castillo no vive nadie, aunque algunos afirman que sí —traté de averiguar.

—Pertenece a los Duques de Antonov, pero creo que estos se marcharon a Austria a vivir y el castillo lo heredó una de sus hijas, pero realmente, no sé si vive en él o no —me contó.

—Y ahora ¿dónde está Ekaterina? —me interesé.

—Supongo que en Bucarest; no he vuelto a verla, pero a ti no quiero dejar de verte: por favor, no me lo impidas —me pidió.

—Alguien me dijo que estabas a punto de casarte y para colmo yo te vi con ella, en el Palacio de Peles. No imaginas cómo me sentí —le revelé.

—Te comprendo, pero sólo fue un mal entendido. Ekaterina nunca me interesó; prueba de ello fue que perdí toda la herencia de mi abuelo. Tienes que creerme —me dijo.

—Yo sólo quiero que estés seguro. Podría asumir que lo de aquella maravillosa noche sólo fuera una aventura, pero si así fue, por favor, no juegues conmigo más —le pedí.

—No fue ninguna aventura, ¿cómo puedes pensar algo así?! No soy tan mezquino, Alejandra ¡con nadie! y mucho menos contigo. Desde aquella noche, me he vuelto loco pensando en ti, imaginándote desnuda sobre la alfombra, frente al fuego, con tu largo cabello suelto, mirándome con esos bellos ojos, tan celestes...Tú en Bram y yo aquí... te llamé innumerables veces: no entendía por qué no respondías —me explicaba.

—En Bram no hay cobertura —le informé.

—Ese pueblo es deprimente; deberías cambiarte a Sinaia: hay lugares más bellos que pintar y podríamos estar juntos —sugirió, pegando su boca a mi oreja, aún tras de mí.

Yo acariciaba sus manos, aún junto a mi cuello y el vello de mi piel se erizaba sólo de pensarlo.

—Dime que, al menos lo pensarás; vamos, Alejandra, por favor —me pidió.

Me levanté entonces de mi silla y, situándome frente a él, lo miré sonriente:

—Debo terminar el trabajo que comencé, pero después... Andrei, nunca había conocido a nadie como tú —le hice saber.

—No te fallaría: estoy enamorado de ti, enamorado de verdad —me reveló— ¿y tú? ¿me fallarías a mí? —quiso saber ahora él.

—No —aseguré.

Le hablaba con sinceridad, y él lo sabía. Sus brazos abarcaban toda mi cintura y yo alcancé con los míos su cuello. Nos besamos apasionadamente, ardientes de deseo. Aquel hombre me reconfortaba y me daba una seguridad necesaria para mí en aquellos momentos. Ocupamos la pequeña habitación de la cabaña, cálida y segura y sobre una inmensa cama ubicada en la misma, hicimos el amor otra vez. Cada caricia, cada beso... sentía sus manos en cada parte de mi cuerpo y él tan cerca de mí... Sí, nunca había estado tan cerca de nadie.

A la mañana siguiente, debía partir: Bram y sus terroríficas noches me esperaban. Andrei y yo volveríamos a estar juntos muy pronto, pues era demasiado fuerte lo que sentíamos. Se acabaron los malos entendidos: Ekaterina formaba parte de su pasado y su presente sólo era yo. Había decidido que, en cuanto terminara mi cuadro y éste fuese vendido, me mudaría a Sinaia: deseaba

estar lo más cerca posible de Andrei Holzhausen, y de su corazón, noble y sereno, sincero en sus sentimientos. Abrazados junto a mi Land Rover, minutos antes de partir, sentía ese eterno corazón, sólo preocupado por seguir latiendo, por transmitirme sus inmensas ganas de tenerme para siempre, de no dejarme partir nunca. Me sentía protegida junto a él, una sensación desconocida para mí porque, realmente, nunca estuve tan a salvo con nadie, ni siquiera con Antón Cruz, el viejo conserje del orfanato que un día me ayudó a escapar.

Me alejé poco a poco con mi vehículo, de Andrei y de la cabaña, testigo mudo de los encuentros más apasionados entre él y yo. Me dirigía hacia la pesadilla de Bram; muy pronto, sus criaturas me visitarían en el sótano de mi propia casa. Pero por Nacho y por todo lo que vivimos en el pasado, debía aguantar un poco más.

Al llegar a Bram, ya casi mediodía, encontré un coche aparcado en mi puerta. Ignoraba de quién podría tratarse, pero al descender de mi vehículo y acercarme, encontré a Vasilií Dutu acomodado en el asiento del conductor. Al verme, abrió la puerta y bajó del auto, dirigiéndome una de sus inquietantes miradas.

—Vasilií Dutu... no esperaba verle por aquí —me burlé, incómoda con su inesperada visita.

—¿Cómo está, Alejandra? —me saludó, dándome su mano.

—Bien, gracias —respondí seca.

—¿Ha estado de viaje? —quiso saber.

—Así es —contesté sin entrar en detalle.

Él sabía que era absurdo preguntar dónde: no se lo diría. Desistió entonces.

—¿Entramos para hablar? —sugirió, señalando mi casa.

—Llevo dos días fuera y la casa debe de estar muy fría; mejor será que hablemos aquí —propuse.

Aquella sonrisa, irónica y despreocupada me daba miedo.

—¿Cómo va su cuadro? El cliente del que le hablé comienza a impacientarse —me informó.

—Pues... aún no está terminado —le hice saber.

—Alejandra, su cuadro será una bella obra; mi cliente está dispuesto a pagar mucho dinero por él, si acaba gustándole todo lo que imagina, por supuesto. Pero no tiene usted toda la vida para cerrar esta compra. Si no se da prisa, perderá a su comprador —me explicó.

Me preocupé. Realmente, si Vasilií Dutu decía la verdad, ese dinero me vendría muy bien. Aún no sabía exactamente de qué cantidad estábamos hablando, pero fuera lo que fuese, sería perfecto para comenzar una nueva vida lejos de Bram.

—Señor Vasilií, sólo faltan unos simples retoques, nada importante. Usted concierte una cita con ese hombre y allí estaré con mi cuadro —propuse dispuesta.

—Perfecto; en ese caso, hablaré con él y se lo haré saber —decidió.

—¿Dónde vive ese hombre? —me interesé curiosa.

—Más cerca de lo que usted cree; justo ahí arriba, en lo alto de la montaña —respondió señalando la impresionante fortaleza.

—¿En el Castillo de Bram?! —me sorprendí.

—Efectivamente —reafirmó.

—Pero... —traté de hablar.

—¿Por qué se sorprende? —me preguntó.

—Bueno, creí que en ese lugar no vivía nadie —le dije.

—Pues se equivocaba, aunque es un hombre que viaja mucho; tal vez por eso las puertas de ese castillo permanecen tanto tiempo cerradas. Bueno, señorita Alejandra, nos veremos pronto —aseguró.

—Eso espero —respondí temerosa.

Entonces Vasilií Dutu montó en su coche, un Peugeot 407 ranchera, alejándose del lugar. Todo comenzaba a definirse: muy pronto conocería al misterioso propietario del Castillo de Bram, ese mismo que Nacho aseguraba fue pieza importante en los sucesos del orfanato. Si esto era así, en breve visitaría la guarida de los lobos, corriendo el riesgo de ser devorada por ellos. Sin

embargo, era necesario desenmascarar a esa persona, aunque, lo más probable era que nada tuviera que ver con mi pasado. Era posible que Nacho estuviera equivocado.

Entré en casa y subí a la buhardilla; todo permanecía tal y como lo había dejado. Deseaba despojarme de mis ropas y ponerme lo más cómoda posible; caminaba en dirección al armario cuando el tacón de mi bota se quedó enganchado entre una de las tablas del suelo. Si seguía forzándolo, seguramente lo rompería, por lo que decidí descalzarme y entonces, liberada, me senté en el suelo, dispuesta a sacar el tacón de allí.

—¡Pero bueno! —exclamé, al tiempo en que tiraba con todas mis fuerzas de la bota.

Un trozo de tabla se despegó, levantándose por completo del suelo y dejando al descubierto una gran llave negra, de hierro, tan antigua... La tomé entre mis manos y la observé: ¿qué hacía esa llave ahí? Era demasiado vieja y en desuso para poder abrir cualquier puerta de la casa; no obstante, decidí guardarla, dejando aquella pequeña parte de suelo despegado.

Dos días después, terminé mi cuadro; estaba maravillada y orgullosa del mismo, porque era una auténtica obra de arte, el mejor que había pintado nunca. Bajé entonces de la buhardilla: era casi mediodía y debía preparar algo para comer. Escuché unos golpes en la puerta: alguien llamaba. Tal vez se trataba de la pequeña Petrica o de Vasilii Dutu, pero no fue así. Cuando abrí, encontré a Nacho, atractivo como de costumbre, con una abrigada cazadora de pana color marrón oscuro, perfecta para un frío día de principios de diciembre.

—¡Nachó, qué sorpresa! —exclamé, al tiempo en que nos abrazábamos.

—Dime que tienes la chimenea encendida, por favor: vengo helado —me hizo saber, simpático.

—Por supuesto; vamos, entra —lo invité.

Juntos fuimos hasta el salón y, en efecto, todo él estaba cálidamente ambientado.

—Estaba preparando algo para comer —lo informé.

—¿Cómo estás? —se preocupó.

—Bien, muy bien. En estos últimos días he logrado olvidarme de ese maldito sótano para centrar toda mi atención en mi cuadro: al fin lo terminé —aplaudí.

—¡Qué bien! —objetó.

—Sí —afirmé— Hay un posible comprador interesado en él; si le gusta, es posible que pague una fortuna —le expliqué.

—Pues no se hable más: vamos a ver esa pintura —decidió.

Subimos entonces a la buhardilla, y el cuadro continuaba expuesto sobre el caballete, de espaldas a la ventana.

—Vaya... es formidable —opinó.

—Es el mejor que jamás pinté —le dije.

—Te ha quedado muy bien; parece tan real... ese comprador no podrá negarse a adquirirlo cuando lo vea. Es perfecto, Alejandra y así sólo podría ser pintado por unas manos perfectas... por alguien como tú —me halagó.

Estaba ruborizada ante sus palabras. Había notado cómo Nacho me miraba diferente a una amiga; empecé a sospechar que le gustaba, que se sentía atraído por mí; sin embargo, en ningún momento me lo hizo saber.

—Y ¿cuándo quedarás con ese hombre? —se interesó.

—Pronto, muy pronto; estoy esperando su cita —respondí— Nacho, todo lo está concertando Vasilii Dutu, el abogado de Nicoleta Ivanov, el mismo que me hizo venir hasta aquí —le informé.

—Sí, ya me lo dijiste. Debes tener cuidado —me previno.

—Ese posible comprador vive en el Castillo de Bram —le dije ahora.

—¿Cómo?! —se sorprendió— Alex, según mis investigaciones, el habitante de ese castillo podría ser el dirigente absoluto de la secta, esa misma que actuaba en nuestro orfanato —me explicaba alarmado.

—Tal vez estés equivocado —hablé.

—No lo creo —defendió.

—Bueno, pronto saldremos de dudas. Ese hombre me citará para ver mi cuadro; él no sabe nada de tu investigación, así es que, descubriré de quién se trata —decidí.

—Ir a ese castillo podría ser muy peligroso para ti; piénsalo bien —sugirió.

—No tengo alternativa: dar marcha a tras podría ser sospechoso —le dije.

Tras esta conversación, juntos salimos de la buhardilla, bajando las escaleras.

—Quiero ver ese sótano —me dijo antes de que llegáramos a la cocina.

—¿Ahora?! —me sorprendí.

—Sí Alex, ahora. Debemos averiguar por dónde entran esos lobos: si siguen haciéndolo, cualquier día te comerán viva —trató de asustarme.

Lo miré molesta: esa afirmación había sido un golpe bajo por su parte. Después, lo llevé hasta el pequeño aseo, justo debajo de las escaleras, y empujé con fuerza la bañera, dejando al descubierto la puerta de acceso al sótano, un agujero pequeño y oscuro.

—Ocultaron demasiado ese sótano: debe esconder secretos muy importantes —opinó Nacho.

—Petrica y su amiga Yelena lo descubrieron —recordé, mientras comenzábamos el descenso hacia los abismos de la oscuridad.

Portábamos una pequeña lámpara de aceite: nos serviría para alumbrar todo aquello. Habíamos llegado y ahora, el largo pasillo se imponía. Le mostré la alcantarilla por la que las niñas se deslizaban para llegar hasta el escondite secreto, pero Nacho deseaba avanzar a través del pasillo. Portaba la lámpara, alumbrando a cada lado, mientras que yo trataba de mantenerme lo más cerca de él. Pronto, a la derecha, prácticamente desapercibido, estaba el pequeño agujero por el que se podía ver todo desde el escondite secreto. La vieja silla, con el asiento de esparto, continuaba en el mismo sitio, repleta de telarañas en sus bajos.

—Aquí debía sentarse la abuela de Yelena para echar de comer a los lobos —le comenté, casi en un susurro.

—¿Y esa puerta? —preguntó él, señalando la misma que días atrás me salvó la vida.

—La desconozco. Alguien la abrió y los lobos se marcharon por ella —le conté.

—Tenemos que ver a dónde da —decidí.

Y después de forcejear mucho, entendimos que la puerta estaba cerrada desde el otro lado. Pero Nacho no estaba dispuesto a rendirse; rebuscamos en casa algún utensilio que nos permitiera forzarla un poco más, pero eso podría significar destrozarla y alguien podría darse cuenta.

—¡Nacho! ¡Oh, Dios mío! casi lo había olvidado: hace unos días, encontré por casualidad una antigua llave en la buhardilla —recordé.

—¿Una llave? —repitió.

—Sí, la tengo guardada: ¡vamos! —exhorté.

Y subimos a ese desván. De manera resumida, le conté cómo la había encontrado, y muy pronto se la mostré. La observaba una y otra vez.

—Es muy antigua —opinó.

—La puerta de ahí abajo también lo es —le recordé— Nacho, lo he comprobado: esta llave no abre ninguna de las puertas de esta casa, pero si estaba aquí escondida será por algo ¿no? —razoné.

—¿Quién escondería una llave así bajo las tablas del suelo? —planteó el muchacho

extrañado.

—Petrica me dijo en una ocasión que la abuela de Yelena solía subir a la buhardilla con frecuencia: sólo ella tenía acceso a este lugar y sólo ella conocía el terrorífico secreto del sótano —le conté.

No podíamos perder más tiempo; muy pronto oscurecería y debíamos probar esa llave sin más vacilación. Entonces bajamos nuevamente al sótano, situándonos justo delante de aquella inquietante puerta. La llave era perfecta para su cerradura; sin duda, era la que utilizaba la malvada vieja para dejar entrar a los lobos. La cerradura había cedido y ahora sólo debíamos empujar un poco la puerta. Nos miramos asustados, pero no podíamos dar marcha atrás ahora. Nacho empujó con fuerza la puerta que abría para fuera.

—Vamos —me dijo, tomándome de la mano y sin soltar la lámpara de aceite que seguiría alumbrando el camino.

Todo aquello parecía un túnel, con una altura no superior a dos metros, estrecho, húmedo y oscuro, más oscuro que cualquier otro lugar. Todo estaba en silencio; ni un ruido: nada. Habíamos avanzado bastante a lo largo de él.

—Nacho, nada de esto pertenece a mi casa —le hice saber.

—Lo sé, pero es importante averiguar a dónde conduce —respondió.

Caminamos durante más de diez minutos, siempre por un túnel ascendente, tan empinado... Todo aquello era muy extraño. Fue entonces cuando divisamos una nítida luz a lo lejos.

—Estamos llegando al final —informó Nacho.

Y no se equivocaba. Pronto nos encontrábamos a gran profundidad, bajo una luz procedente del exterior. Las estrechas y empinadas escaleras nos obligaban a subir, y así lo hicimos.

—Estamos saliendo del túnel —me percaté.

Cuando hubimos ascendido, nos encontrábamos en el exterior; pero ¿de dónde? El viento soplaba con fuerza en aquel lugar. Pretendíamos salir por el brocal de un pozo.

—¡Hemos salido por un pozo, Nacho! —exclamé sorprendida, mirando abajo una y otra vez.

—Sí, un pozo en las proximidades del Castillo de Bram: ¡mira! —me indicó, señalándolo, justo detrás de mí.

Me quedé paralizada ante tal fortaleza; nunca la había visto tan de cerca. Entonces miré al cielo: el crepúsculo estaba a punto de apoderarse de él y casi sin darme tiempo a pensar, escuché el aullido de un lobo.

—¡Nacho, está a punto de oscurecer! ¡los lobos aparecerán en cualquier momento! —lo informé exaltada.

—Tenemos que marcharnos —respondió.

Y a toda prisa, bajamos las escalinatas y corrimos raudos y veloces a lo largo del oscuro y siniestro túnel, mientras escuchábamos como unos galopantes pasos nos pisaban los talones.

—¡Vamos, Alex! ¡son los lobos! —me decía, tomándome de la mano en nuestro recorrido para hacerme avanzar.

—¡Nos cogerán! —exclamaba asustada y presa del pánico.

Pero logramos llegar hasta la vieja puerta, cerrándola con la llave que encontré en la buhardilla. Sin embargo, esos animales estaban ya al otro lado. No había tiempo de subir hasta la casa; lo más rápido era acceder al escondite secreto de las niñas, si lográbamos bajar por la alcantarilla a tiempo. Segundos más tarde, la vieja puerta fue abierta y a través de ella entraron los lobos. Pero nosotros ya nos encontrábamos en el escondite donde, hacía tiempo, Petrica y Yelena jugaban. Observábamos todo a través del pequeño agujero. Manteníamos un silencio absoluto; incluso respirar podría ser peligroso. Nacho y yo conocíamos el alcance de esos

animales: su olfato y su oído no dejarían escapar una presa cercana. Estaban tan cerca... olfateaban al otro lado de la pared; tal vez sabían que estábamos ahí, pero no podían entrar por ningún sitio: el escondite secreto no era accesible para los lobos.

Se escuchó un silbido, corto pero lo suficientemente intenso como para que las fieras se marcharan por donde habían venido. Y la vieja puerta volvió a cerrarse nuevamente, quedando todo sumido en el más absoluto de los silencios.

Era el momento de regresar a la casa; la pesadilla de aquel día había terminado, aunque podíamos escuchar cómo los lobos se apoderaban del pueblo de Bram a aquellas horas.

Al llegar al salón, ocupamos los sillones: estábamos exhaustos. Nos mirábamos desconcertados, pues lo que habíamos descubierto era lo más escalofriante de todo: mi casa estaba conectada con el castillo por un túnel.

—¿Te das cuenta de lo que eso significa?! —trataba de hacerme entender Nacho— Te tienen controlada, Alex; ¡vivís juntos! —se alarmó.

—¡Cállate ya, por favor! —exclamé también nerviosa.

—Ya no sé hasta qué punto te conviene seguir aquí —opinó él.

—Conocer al propietario de ese castillo será cuestión de pocos días: no puedo marcharme ahora —le expliqué.

—Claro que puedes y debes hacerlo —me sugirió.

—No —negué rotunda— Quizás sólo es un antiguo túnel que conectaba esta casa con el castillo por algún motivo —hablé.

—Pero por ahí dejan entrar a los lobos —me recordó.

—Nachó, si alguien hubiera tenido interés en matarme, ya lo habría hecho: ¿es que no lo entiendes? —traté de tranquilizarlo.

—Sigo pensando que es de locos que aceptes una cita con el propietario de ese castillo —opinó.

—No te preocupes —le dije, levantándome y sentándome en uno de los brazos del sillón en el que Nacho se encontraba.

Él tomó una de mis manos, besándola con ternura; tiró un poco más de mí, haciéndome sentar sobre sus rodillas: estábamos tan cerca...

—Alex, no soportaría que te pasara algo —habló.

—Todo va a salir bien, ya lo verás —respondí— Conoceré a ese hombre, comprobaré que nada tuvo que ver con el orfanato, le venderé mi cuadro y me haré rica: ese es mi plan —bromeé ahora.

Nacho sonreía, sin apartar sus ojos de los míos. Ahora acariciaba mi rostro con suma delicadeza.

—Eres tan hermosa —me decía, completamente encandilado.

Comencé a incomodarme y él lo notó.

—Alguien ocupa tu corazón ¿no es cierto? —averiguó.

Pero no respondí. Comprendía que Nacho estaba enamorado de mí.

—Escucha: siempre fuimos amigos y no quiero que eso cambie nunca —le pedí.

—Sabes que jamás te daría la espalda. En todo este tiempo, no he hecho otra cosa que buscarte y hubiera removido cielo y tierra de no haberte encontrado —aseguró.

Entonces nos abrazamos. De mis ojos emergieron unas lágrimas mientras sentía su corazón latir muy cerca del mío. Cuando nos hubimos separado, yo aún continuaba sobre sus rodillas, mirando su bello rostro.

—Nachó, estoy locamente enamorada de un hombre —le revelé, secando mis lágrimas con las

manos.

Pero él no respondió. Sus labios, gruesos y bien delineados, parecían sonreírme, aunque no era así. Sus ojos denotaban curiosidad, tan pequeños, rasgados y de un inespecífico tono claro.

—Se llama Andrei... Andrei Holzhausen —le informé.

—Holzhausen... su apellido me suena —habló.

—Sí, es posible. Pertenece a una de las familias más conocidas de Rumania. Siempre habitaron el famoso Palacio de Peles, allá en Sinaia —le expliqué.

—Bueno, sólo puedo decir que es un tipo con suerte —opinó.

—Nunca había conocido a nadie como él... tampoco a nadie como tú. Sabes cuánto te aprecio, Nacho, cuánto te quiero; por nada del mundo quisiera hacerte daño. Dime que nada de esto cambiará las cosas entre nosotros, por favor —le pedí.

—Nada va a cambiar, Alex, te lo prometo —me reafirmó.

Y volvimos a abrazarnos. Aquella noche, mientras trataba de conciliar el sueño, pensaba en lo fácil que hubiera sido enamorarme de Nacho, si Andrei no hubiera aparecido en mi vida, acaparándola de aquella manera. Los sentimientos no tienen hilos para ser manejados como meras marionetas, porque si así fuera, los movería de manera que Nacho no tuviera que sufrir de amor por mí.

Nacho se marchó al amanecer y ese mismo día, llegó a mi casa un telegrama para mí. Lo trajo el cartero y era muy escueto:

“Señorita Alejandra Expósito, la espero en el Castillo de Bram esta misma tarde, a las cuatro; no olvide el cuadro. Enviaré un coche a recogerla. Atentamente Bret Antonov”.

Aquella cita con el posible comprador de mi pintura me había pillado por sorpresa y al mismo tiempo, me atemorizaba el pensar que visitaría ese tétrico castillo casi al finalizar la tarde. No había tiempo, ni siquiera para avisar a Nacho. Tenía que prepararme y tenía que preparar el cuadro. Subí a la buhardilla y con sumo cuidado, lo quité del caballete, introduciéndolo en una funda especial para el transporte de obras de arte. Eran las dos y media: tenía el tiempo justo para acicalarme. Rebuscando en mi armario, me decidí por un pantalón negro, de talle bajo, ajustado a la cadera, pero ancho en las piernas y género de invierno, y un precioso y sofisticado jersey de cuello vuelto en color blanco. Complementaría el modelo con unas altas botas de charol negro y tacón de aguja; debía aparecer elegante para una ocasión tan importante como esta: conocer al adinerado propietario del Castillo de Bram y vender mi cuadro.

Todo estaba preparado. Sentí el motor de un coche parar en la puerta de mi casa: eran las cuatro en punto. Tomé mi abrigo de paño negro y salí fuera. El cielo estaba muy gris, como se había mostrado durante todo el día, aunque no había nevado demasiado. Hacía un frío desgarrador y muy pronto oscurecería, algo que me preocupaba bastante. Era un imponente coche el que se hallaba parado ante mí, con su potente motor en marcha; se trataba de un sofisticado Rolls Royce Phantom, descomunal por su tamaño, pero elegante como jamás había visto uno. En una de las puertas traseras aguardaba un hombre uniformado; sólo respondió a mi saludo, abriéndome la puerta del Rolls Royce e invitándome a entrar. Un vehículo espacioso por fuera y por dentro; ante tanto lujo, me sentí impresionada. El chofer había colocado, con mucho cuidado, el cuadro en el maletero. Muy pronto nos pusimos en marcha. Recorriamos los últimos tramos del pueblo para, posteriormente, tomar el camino que ascendía hasta el castillo, dejando a ambos lados del mismo, grandes extensiones de bosques. Pude observar cómo, ante nosotros se imponía la enorme puerta de hierro que daba acceso a los alrededores del castillo; esa misma que días atrás me impedía el paso, ahora se mostraba abierta, invitándonos a entrar. Continuamos con el ascenso, teniendo en cuenta que el bello Castillo de Bram se encontraba en lo alto de una montaña. Miraba todo aquello fascinada, aunque con cierto temor: tal vez y sin darme cuenta, me estaba metiendo de lleno en la boca del lobo. El chofer no había pronunciado palabra durante todo el trayecto; de vez en cuando accionaba los limpiaparabrisas, tratando de eliminar los escasos copos de nieve que aquella tarde caían. Y el impresionante Rolls Royce paró frente a la puerta principal de aquella imponente estructura de piedra blanquecina, con sus torres bien diferenciadas en un color rojizo, conservando una tendencia medieval que por sí misma hablaba de lo que fue.

El chofer bajó del coche. Sin parar el motor y situado junto a mi puerta, la abrió, tendiéndome galantemente su mano para ayudarme a descender.

—Gracias —respondí.

Sentí miedo, mucho miedo. Pero ¿cómo había sido capaz de aceptar la invitación de un desconocido? Me hubiera marchado, de haber podido.

Alguien abrió la puerta principal del castillo; era un mayordomo el cual, muy erguido,

aguardaba mi llegada pacientemente. Tomé entonces mi cuadro aún enfundado, y me dirigí hacia allí: era tarde para dar marcha atrás.

—Buenas tardes, señorita: ¿me permite su abrigo? —solicitó educadamente el mayordomo, una vez hubimos entrado en el hall del castillo, cerrando tras de sí la puerta.

—Sí, claro —afirmé tímida, despojándome de él, mostrando el delicado jersey de lana.

Escuché como se alejaba el Rolls Royce que me había traído hasta allí.

—Sígame, por favor —me indicó el mayordomo, portando en uno de sus brazos mi abrigo negro.

Tras una enorme puerta con cristaleras de colores, se disponían unas espaciosas escaleras las cuales, en su máxima altura, se bifurcaban en dos direcciones: izquierda y derecha. Todo el castillo, en su interior, parecía estar iluminado mediante grandes velas encajadas en los más pesados candelabros. No obstante, acompañé a aquel hombre hasta un gran despacho. Sus paredes eran cubiertas por innumerables libros dispuestos en oscuras estanterías de madera.

—Si es tan amable, aguarde aquí unos minutos: el señor no tardará en atenderla —me informó.

—Por supuesto —respondí, tomando el asiento que el elegante mayordomo me indicó.

Entonces se retiró, cerrando. Me quedé allí sola. Observaba el lugar, ensimismada ante tantos libros, ante tanta antigüedad en el inmobiliario.

—Una decoración muy típica de los castillos —pensé maravillada.

No recordaba haber visto la foto de ese despacho en la tarjeta de memoria de Leonard. En ella, muchas zonas del castillo habían sido fotografiadas, pero esa no. Sobre la mesa, en uno de los extremos, descansaba un enorme candelabro con cinco velas. Al otro lado, una preciosa pluma y un bote de tinta ocupaban parte de ella.

Habían transcurrido más de diez minutos y allí no había aparecido nadie. Impaciente, me levanté de aquella cómoda silla frente a la mesa y anduve por el despacho; era tan grande y espacioso. Me dirigí hacia una de las cuatro ventanas existentes en el lugar, y comprobé que estaba a punto de oscurecer. Casi sin querer, me estremecí. La llegada de la noche era algo inminente ya: ¿qué iba a hacer? Los lobos bajarían al pueblo y yo...

—Soy una estúpida —me dije, mientras pensaba en todo esto— pero ¿cómo se me ha ocurrido venir a este castillo a estas horas? —continué reprochándome.

Ocupando una de las paredes principales, se hallaba colgado el retrato de un hombre, pintado a mano. El cuadro tenía dimensiones desmesuradas y representaba a un anciano fuerte y con gesto muy autoritario. Imaginé que se trataría del comprador de mi cuadro, pero los minutos seguían pasando y pasando. Comenzaba a plantearme la idea de marcharme lo antes posible: tal vez si corría montaña abajo, me diera tiempo a llegar al pueblo antes que los lobos. Entonces la puerta del despacho se abrió y esperé con absoluta curiosidad la aparición del anciano. Sin embargo, no fue él quien entró, sino un hombre de no más de treinta y cinco años, rubio, con el pelo largo, vistiendo con una camisa beige de manga larga de las cuales colgaban chorreras y unos elegantes pantalones negros, como de otro tiempo.

—Le ruego que me disculpe, Alejandra: no era mi intención hacerla esperar tanto —se disculpó, dirigiéndose a mí y tendiéndome su mano para saludarme— Me llamo Bret Antonov —me comunicó.

Ese hombre tenía los ojos más verdes que jamás había visto. Sus facciones eran extremadamente perfectas... ¿cómo iba a tener él algo que ver con el orfanato? Al tomar mi mano, la besó delicadamente. Después me invitó a sentarme de nuevo en la silla y él ocupó el sillón principal, frente a la mesa de su despacho, frente a mí.

—Estoy deseando ver su cuadro —apremió.

Lo tenía junto a mí, apoyado en el suelo por uno de sus filos. Desabroché cuidadosamente la cremallera de la funda que lo protegía y tras sacarlo con absoluta delicadeza, se lo mostré. Él se levantó de su sillón y, a pesar de su grandeza, lo alzó con sus manos, observándolo detalladamente.

—Vasilii Dutu no me engañaba: es una auténtica obra de arte, valiosísima. La felicito, Alejandra —me dijo.

—Gracias —respondí muy nerviosa, sonriendo mientras observaba cómo Bret depositaba el cuadro sobre un caballete a un lado del despacho y retornaba a su sillón.

—Bueno, supongo que es el momento de ponerle un precio al cuadro —sugirió, apoyando ambas manos sobre su mesa y atravesándome con su mirada, hipnotizadora y envolvente.

Asentí con la cabeza: ese hombre me intimidaba, tal vez por su atractivo o quizás por su galantería; lo cierto era que al mirarlo sólo podía sentir confusión.

—¿Cuánto quiere por él? —me preguntó directo, con la misma intensidad en su mirada.

—Pues ... —dudé.

Ni siquiera lo había pensado, pero no era momento de titubeos; debía mostrarme segura, porque aquel podría suponer el mejor trato de mi vida. Bret era un Antonov, un noble en Rumania: pagaría por el cuadro lo que yo le pidiera, aunque deseaba conocer su opinión.

—¿Cuánto estaría dispuesto a darme? —quise saber.

—Bueno, su cuadro es muy bueno... podría darle hasta seis mil euros, no más —decidió.

Seis mil euros era una importante suma de dinero; sin embargo, no podía cerrar un trato tan fácilmente; debía aparentar saber de estas cosas, de negocios ...

—Señor Antonov ...

—Llámemme Bret, por favor —me interrumpió.

—Está bien, Bret: después de tanto trabajo, había pensado sacar por él, al menos diez mil —le hice saber.

—Diez mil euros... es demasiado por este cuadro —opinó.

Volvió a levantarse de su sillón, y anduvo de un lado para otro, meditando un poco.

—Nunca nadie pintó sobre este castillo; cuando Vasilii Dutu me habló de su cuadro... ¿aceptaría siete mil quinientos? Y es mi última oferta —me ofreció.

Era más de lo que jamás soñé ganar con un cuadro. Le ofrecí mi mano y ambos la chocamos con fuerza, cerrando el trato. Escuché entonces el aullido de un lobo.

—¡Oh, Dios mío! Se ha hecho de noche —me horroricé.

—No se preocupe: esos lobos no le harán daño si permanece en el castillo —me dijo.

—¿En el castillo?! Pero, yo tengo que regresar a mi casa —le dije.

—Me temo que es tarde; usted ya conoce cómo son las cosas por aquí —me recordó.

—No debimos quedar tan tarde —hablé.

—Yo no tenía opción: mañana, muy temprano, me marché de viaje y quería ese cuadro antes de irme; siento haberle causado tantas incomodidades, Alejandra —me explicó.

Pero yo permanecía cabizbaja.

—Puede pasar la noche en el castillo; mañana por la mañana, el chofer la llevará nuevamente a su casa —me propuso, regresando a su mesa y sacando de un cajón un talonario de cheques, dispuesto a rellenarlo.

El silencio se hizo en el lugar, escuchándose sólo el deslizarse de su pluma, impregnada de tinta. Muy callada, me planteaba una y otra vez la única alternativa que tenía en aquellos momentos: pasar la noche en el terrorífico Castillo de Bram.

—Pues bien: aquí tiene —me dijo, extendiéndome el cheque.

¡Siete mil quinientos euros por un cuadro que pinté por puro entretenimiento! Lo cogí, ojeándolo una vez más; era perfecto.

—Y ahora, si me acompaña al salón, nos tomaremos una copa mientras sirven la cena — sugirió.

Entonces salimos del despacho; sólo fue necesario cruzar el gran hall que albergaba la escalera, y allí estaba el lugar indicado. Era grande, muy bien decorado y seguramente restaurado no hacía mucho.

—Sentémonos junto al fuego —señaló, ofreciéndome uno de los sillones, ocupando él otro.

Un lugar tan grande sólo alumbrado por enormes velas en sus imponentes candelabros de bronce. Bret no dejaba de mirarme, tan ensimismado. Se había acomodado plenamente en aquel sillón y con el dedo índice de su mano derecha apresado suavemente entre sus dientes, conseguía intimidarme con sus intensas y persistentes miradas.

—¿Está cómoda, Alejandra? —quiso saber, mientras yo permanecía tensa ante aquella situación.

—Sí, por supuesto: gracias —respondí.

—Siento haberla hecho perder tanto tiempo: de veras que no era mi intención —continuó su disculpa.

—No tiene importancia. Por cierto ¿de qué conoce a Vasillii Dutu? —me interesé, cruzando sensualmente mis piernas.

—Es un viejo conocido de mi familia y un prestigioso abogado en Rumania. Hace algunas semanas que volví de Berlín y vino hasta el castillo para visitarme; me comentó entonces que una preciosa chica se había instalado en el pueblo y que además pintaba un cuadro sobre el castillo; él conoce mi devoción por la pintura, por las obras de arte. Le dije que, si era bueno, yo lo compraría y me respondió que las manos que movían esos pinceles eran las de una artista: no se equivocó —me halagó.

—Yo no conozco mucho a ese abogado —le dije, mientras que una muchacha joven nos servía una copa de vino.

—Pues ya lo conocerá, a menos que tenga pensamiento de abandonar Bram pronto —trató de averiguar.

¿Hasta qué punto podía confiar en el atractivo anfitrión? Pese a nuestra cálida charla, aún no había abandonado las formalidades. Debía ser precavida con él; ese castillo era un lugar extraño y si él lo habitaba, también podría serlo.

—¿No le da miedo vivir en un lugar tan grande, rodeado de tantos lobos? Cada noche parecen salir de aquí —le revelé.

—Este castillo perteneció a mi familia desde siempre. Mi madre lo heredó, de eso hace ya muchos años: ahora me pertenece —me dijo, evocando un poder absoluto— pero debe tener hambre —intuyó, levantándose de su sillón inesperadamente y dirigiéndose hacia mí, me tendió sus manos para ayudarme a levantar.

Yo las acepté y de un suave tirón, me puse en pie. Estábamos frente a frente, muy cerca el uno del otro. Su rubio cabello ondulado caía sobre sus hombros y sus verdes ojos continuaban penetrando los míos una y otra vez con su intensidad. Si no dejaba de mirarme, perdería la razón; entonces rio, soltando mis manos.

—Cenaremos en la sala contigua: la mesa ya debe estar dispuesta —intuyó, mientras, a paso lento, atravesábamos una gran puerta, encontrándonos ahora en el comedor.

Una larga mesa, de considerable anchura, delicadamente decorada como si de una ocasión especial se tratase. Un candelabro con velas en cada extremo de la mesa, proporcionaban la

iluminación idónea. No faltaron aromáticas flores en el centro y una sofisticada vajilla de porcelana que daría cabida a la deliciosa cena. Bret retiró una de las sillas, invitándome a ocuparla, sentándose él en el extremo más cercano a mí. Olía de maravilla; aquella muchacha servía cada uno de los platos con la mayor delicadeza. Parecía un guiso de carne, aunque no estaba segura pues se hallaba impregnado de una fina crema.

—¿Qué es? —quise saber, removiendo suavemente sus ingredientes.

Él sonrió.

—Se llama Páprikas; en este caso es carne de pollo guisada con cebollas fritas y crema... delicioso y muy típico de Transilvania —me explicó con total amabilidad— Vamos, pruébalo —sugirió.

Y así lo hice. Estaba rico, rico de verdad. Una botella de vino tinto se depositó en la mesa, y Bret sirvió ambas copas. Me fijé entonces en un precioso anillo que llevaba en el dedo anular de la mano derecha; parecía de oro, con una llamativa y gran piedra verde, tan semejante a sus ojos. Llamó mi atención, en especial, su tamaño, grande y seguramente de un valor incalculable. Todo transcurría apacible. Él parecía disfrutar de mi compañía; yo... bueno, encontré al misterioso habitante del Castillo de Bram más atractivo de lo esperado. En el transcurso de la cena, llenó tres veces mi copa: nunca había probado un vino igual, aunque comenzaba a subirse a la cabeza.

Hablamos de muchas cosas; su vida, mi vida... todo iba sucediendo de la forma más encantadora. Él, en todo momento, se mantenía atento a mis palabras, como si todo lo que le contaba le interesara de sobremanera. El vino surtía efecto y mis mejillas debían estar rojas, a juzgar por lo calientes que las notaba. Ya eran más de las diez de la noche; un sonoro reloj de pared, ubicado en uno de los rincones de la sala me lo hizo saber. Ante aquellas campanadas me quedé pensativa. La conversación y las risas se habían cortado bruscamente, tornándose mi rostro preocupado.

—¿Sucede algo? —preguntó con extrañeza.

—Pues... son más de las diez y pensaba que Bram debe estar, a estas horas, invadido de lobos —le dije.

—Pero tú no te preocupes: aquí estás a salvo —aseguró, tomando con decisión una de mis manos sobre la mesa.

Sin embargo y con la máxima discreción, liberé mi mano de la suya. Había comenzado a titubearme y eso podría ser el preludio de algo más profundo.

—Esos animales parecen provenir de este castillo —hablé.

—¡Jajaja!!! —rió incrédulo— si así fuera, no creo que yo estuviera esta noche aquí —contestó.

—¿Pasas mucho tiempo en este lugar? —quise saber.

—No, nada de eso. Vivo en Berlín: en la capital alemana tengo mi trabajo. Viajo hasta Bram buscando tranquilidad y sólo cuando los negocios me lo permiten, que es bien poco, por cierto —me explicó— llegué hace un par de días y mañana me marchó; como entenderás mis estancias en este castillo son bastante cortas —continuaba.

—Sin embargo, sus ventanas aparecen iluminadas durante toda la noche y los lobos, tras cazar en el pueblo, corren camino arriba, en dirección a este lugar —le relataba.

—El servicio que trabaja en el castillo vive aquí; todo en Bram se mantiene iluminado, día y noche. Los lobos habitan los bosques colindantes a este castillo: toda la vida ha sido así. Estas montañas están invadidas de esos animales y durante el invierno, más hambrientos que nunca, bajan al pueblo en busca de comida —me contó.

Mientras hablábamos, la cena había concluido y nos habíamos trasladado nuevamente al salón.

Yo continuaba portando mi copa de vino. Habíamos vuelto a ocupar los anteriores sillones, junto al fuego. Pensaba en lo equivocado que estaba Nacho al pensar que el miembro más importante de la supuesta secta vivía en ese castillo; ¿de dónde podría haber sacado tan errónea información? De pronto comenzó a sonar una música; era una preciosa melodía a piano, inespecífica para mí, pero que estimulaba mis oídos y enternecía mi alma por su dulzura. Entonces, ante mí, apareció Bret; apoyó ambas manos en mis rodillas e inclinándose un poco, mantuvo sus ojos frente a los míos.

—Es un momento idóneo para bailar, ¿qué te parece? —me propuso.

—Pues... —traté de responder.

Pero él ya había cogido mi mano y haciéndome levantar, rodeó mi cintura con su otro brazo, marcando un paso lento, mientras una de mis manos continuaba siempre presa de la suya.

El piano de dicha melodía sonaba con un romanticismo embriagador. Estábamos muy cerca el uno del otro, aunque nuestros cuerpos ni llegaban a pegarse. Continuaba bajo el embrujo del vino. Bret me poseía una y otra vez con su cristalina mirada, mientras que sus gruesos labios se mantenían muy juntos. Había desabotonado un poco más su camisa, dejando entrever parte de sus marcados pectorales. Yo seguía prendida de su fuerte brazo, del mismo que descansaba en mi cintura: tenía tanto calor... Él se aproximó un poco más; ahora su pelo rozaba mi rostro y mis senos presionaban su pecho, duro y musculoso. Estábamos demasiado cerca el uno del otro, moviéndonos lentos, al compás de la música. Sentí sus labios acariciar uno de mis hombros, con una sensualidad abismal y ante esto, todo mi cuerpo se estremeció. Ascendían por mi cuello, rozándose con delicadeza, mojando con su saliva todo a su paso y permitiéndome percibir el aroma de su cuerpo. Cerré momentáneamente los ojos al tiempo que esos seductores labios alcanzaban el lóbulo de mi oreja, percibiendo su respiración, caliente y deseosa de un final satisfactorio. Su boca, imparable, ahora embrujaba mis mejillas y muy pronto, sintiendo su mano bajo mi barbilla, colocó el ángulo perfecto para provocar el primer roce con mis labios, deseosos de los suyos, impacientes por sentir un poco más de ese desconocido hombre que estaba a punto de hacerme perder la cabeza. Me besaba despacio, muy despacio. Nuestras bocas se habían pegado con gran rotundidad y una de sus manos continuaba acariciando mi mejilla, aún ardiente por efecto del vino. Sentí una suavidad especial en su lengua, unos labios esponjosos, un desbordante deseo de entregarme a él. Entonces reaccioné. Rompí por completo la magia del momento cuando me aparté bruscamente de su lado, mientras la música seguía sonando a nuestro alrededor, mientras sus ojos aún denotaban un brillo fugaz.

Sin pronunciar palabra y a paso ligero, me alejé en dirección a la chimenea, situándome de frente a ella. Sentí sus pasos dirigirse a mí y muy pronto, con una de sus manos acarició mi espalda.

—Estoy un poco mareada —le hice saber, volviéndome hacia él.

Su gesto se mantenía interesante: ¿es que no había entendido mi reacción?

—Creo que ha sido el vino: bebí demasiado durante la cena —opiné, tratando de no mirarle a los ojos.

Pero él permanecía frente a mí, con su cara imperturbable. Me estaba intimidando con aquella mirada y yo no sabía qué hacer.

—Necesito dormir —le dije, subiendo las mangas de mi jersey.

—Sí, tienes razón: ya es tarde —afirmó.

Y, casi sin darme tiempo a reaccionar, me tomó en brazos, sacándome del salón, rumbo a algún lugar desconocido para mí.

—Por favor, Bret, suéltame —le pedí una y otra vez, con mis brazos alrededor de su cuello,

tratando de no caer.

Pero él ni siquiera respondía. Subíamos las escaleras; en todo el ascenso no había otra cosa que velas y más velas: ¿es que no existía la luz eléctrica allí?

Pronto nos situamos frente a una puerta y él la abrió, aún conmigo en sus brazos. Había tomado uno de los candelabros del pasillo y con la vela del mismo, alumbraría la alcoba, a oscuras hasta el momento. Al entrar, me depositó cuidadosamente en la cama, grande como jamás había visto una. Entonces él se agachó un poco y, extendiendo su brazo, acarició nuevamente mi rostro con especial dulzura.

—Alejandra, ha sido una maravillosa noche. Lo mejor de todo no ha sido el cuadro, sino el haberte conocido: espero verte muy pronto de nuevo por Bram —deseó mientras yo permanecía atenta a cada una de sus palabras— Y ahora trata de descansar: aquí estás a salvo.

Y tras estas palabras, se puso en pie y anduvo lento hasta la puerta de la habitación, cerrándola. Mientras tanto, yo continuaba sentada en el borde de aquella cama, con la única luz de una vela y con la cabeza dándome mil vueltas debido al vino. Sólo quería dormir; y abrí la cama, sumergiéndome en las profundidades de la misma, vestida aún.

En varias ocasiones, durante la noche, desperté. El castillo, a juzgar por el ruido, parecía adquirir vida en plena madrugada. Deseaba levantarme, pero me encontraba tremendamente mareada, demasiado para tratarse de unas simples copas de vino. A cada intento por incorporarme, podía mi agotamiento y mi falta de fuerza.

—Pero ¿qué me pasa? —me preguntaba una y otra vez, mientras que a mi alrededor se escuchaba ajeteo.

Entre delirios y extraños sueños, aconteció mi noche en el Castillo de Bram.

Escuché pasos en la habitación; me incorporé sentada en la cama y observé como, a través de las gruesas cortinas, se filtraba la luz del día. Traté de levantarme: tenía un fuerte dolor de cabeza y todo el cuerpo me dolía.

—Hola —saludé, escuchando a alguien en mi baño.

Una mujer salió de él; estaba remangada y tenía las manos mojadas.

—Buenos días, señorita: siento haberla despertado —se disculpó.

—¿Qué hora es? —le pregunté, saliendo al fin de la cama y poniéndome en pie, débil y cansada.

—Las nueve y media. Preparaba su baño; está caliente y seguro que la ayudará a encontrarse mejor —me dijo.

—Gracias —respondí, encaminándome hacia él, descalza, casi arrastrando los pies.

—Si lo desea, puedo ayudarla a desvestirse —se ofreció.

—No es necesario —contesté negándome a ello.

—En ese caso me retiro; el desayuno será servido en el comedor —me informó.

—De acuerdo: no tardaré en bajar; ¡ah! y gracias otra vez —le dije.

Entonces la mujer salió por la puerta de la habitación, cerrando tras de sí. El baño, rustico y muy acondicionado, constaba de una gran bañera clásica, apoyada en el suelo por unas cortas patas. Toqué el agua espumosa: estaba en su punto. Me despojé de mis ropas, dispuesta a bañarme. Podía tumbarme y cómodamente mi cabeza se apoyaba en uno de los extremos. Cerré los ojos y recordé el maravilloso baño de espuma que Andrei preparó para mí una vez, en aquella cabaña donde nos amamos repetidas veces.

—Dios mío, ¿qué he hecho! —me dije, recordando lo sucedido la noche anterior con Bret.

Nos habíamos besado. Ese hombre llegó a engatusarme con sus hipnóticos ojos, con sus labios provocadores, con todo su cuerpo. Pero ¿cómo había sucedido algo así? Sin embargo, el señor

Antonov me hizo sentir cosas extrañas la noche pasada.

Tras un buen rato en el agua, disfrutando de su calidez y de sus variados aromas, ésta comenzó a templarse y decidí salir, pues tenía frío. Todo el baño estaba lleno de vaho. Utilicé una suave toalla color salmón y al rozar mi cuello para secarme, sentí escozor en uno de sus lados. Con una de mis manos, limpié el espejo frente al que me hallaba, tratando de visualizar qué era lo que me molestaba.

—Pero ¡¿qué es esto?! —me pregunté, observando dos pequeños puntos ya cicatrizados por la sangre.

Sin duda, algo me había picado durante la noche y la zona más cercana a la picadura comenzaba a enrojecerse.

—Si es que... mucha restauración y mucho rollo, pero estos castillos son más viejos que ... — me quejaba, liándome en la toalla y saliendo del baño.

Comencé a vestirme: deseaba salir de ese lugar lo antes posible. Todas mis ropas olían a Bret, a la aromática fragancia que nos había envuelto gran parte de la velada. Tomé mi jersey de lana: en él parecía encontrarse la mayor proporción de perfume del misterioso dueño del castillo y aspiré profundo, tratando de impregnarme de todo él. Sentí un cosquilleo profundo ante esto: Bret me había besado de la manera más erótica, más sensual y lo peor de todo es que me había gustado.

Cuando hube terminado, abandoné la habitación. Caminaba por el largo pasillo que me llevaría hasta la escalera: en él se exponían numerosos cuadros, obras de arte valiosísimas, de incalculable precio. Todo estaba en el más absoluto silencio. Sin embargo, yo recordaba cierto alboroto durante la noche.

Ya en el comedor, una gentil mujer me sirvió el desayuno.

—Hoy tampoco saldrá el sol —le dije, mientras ella me servía el café en una taza.

—Me temo que no —contestó.

—¿Ya se ha marchado el señor Antonov? —quise saber.

—Así es; lo hizo esta mañana bien temprano. Dejó este sobre para usted —me informó, entregándomelo y saliendo del comedor.

Éste contenía una carta no demasiado extensa, escrita por él, con la misma pluma que utilizó para rellenar el cheque:

“Me ha maravillado, señorita Alejandra y desearía volver a verla nuevamente en mi castillo, gozando de su compañía, sólo como amigos. Estaré de vuelta el viernes; me encantaría que degustáramos juntos un rico plato rumano: ¿qué le parece a la una? Enviaré un coche a buscarla. Hasta entonces: Bret Antonov”.

Mi corazón se revolucionó en pocos segundos. Ese hombre me comprometía a una cita, una cita a la que deseaba asistir inexplicablemente. Mientras todo mi cuerpo temblaba, doblé nuevamente la carta y la introduje en el sobre. Sin terminar mi desayuno, me levanté de la silla: era momento de marcharse. El mismo Rolls Royce que la tarde anterior me trajo hasta el castillo, esperaba ahora en la puerta principal para llevarme de regreso a casa.

Al día siguiente, bien temprano, viajé a Sighisoara. Debía hacer algunas compras y al mismo tiempo, necesitaba que mi móvil tuviera cobertura suficiente para telefonar a Nacho. Cuando aparqué mi Land Rover en la ciudad, marqué su teléfono:

—Hola Nacho, soy Alex —lo saludé.

—Hola preciosa; ahora mismo pensaba en ti —me hizo saber.

—¡Ah! ¿siiii? —me burlé.

—Como lo oyes, nena. Había pensado que, tal vez podías dejar aparcado tu cuadro unos días y viajar conmigo fuera del país; ya sabes, unas pequeñas vacaciones en medio de tanto ajetreo —planificó.

Al escuchar su propuesta, reí.

—¿Qué te resulta tan gracioso? —me preguntó extrañado— querías marcharte de ese pueblo ¿no? pues es el momento —me dijo.

—Ya. Nacho, he vendido mi cuadro —le informé.

—¿Yaaa? Pero ¿a quién? —quiso averiguar.

—Al dueño del Castillo de Bram —le revelé.

—Estás de broma, Alex; quien habitara ese lugar, no te abriría las puertas, y menos a ti —aseguró.

—Te digo que estuve en ese castillo, incluso pasé una noche en él —le conté.

Nacho guardó silencio. Realmente parecía algo difícil de creer.

—Pagó siete mil quinientos euros por mi cuadro —hablé nuevamente.

—No es verdad que te los diera el habitante de Bram; Alex, no me mientas, por favor —me pidió.

—No te miento —le aseguré bastante más seria— se llama Bret Antonov y vive en Berlín, aunque pasa algunas temporadas en el castillo siempre que puede. Es un hombre de unos treinta y cinco años, amante de las obras de arte... Nacho, tienes que creerlo: es verdad, estuve allí —le repetí.

—Es absurdo: tú y yo descubrimos el sótano de tu casa y su conexión con el castillo; los lobos están en él y alguien los lleva hasta tu casa todos los días —me recordó con espanto.

—¿¿Tenías que recordármelo?! —me enfadé.

—Es que, algunas veces pienso que pierdes el horizonte de las cosas. Ese tío no es el verdadero habitante del Castillo y si de verdad fuiste a él tú sola, debes estar completamente loca —opinó.

—¿No te has parado a pensar que, tal vez, tu investigación es errónea? ¿te has creído don perfecto o qué? —le reproché, en desacuerdo con su opinión.

—Desde luego que no soy perfecto, pero llevo años detrás de ellos y sé cosas que tú, pese a haber entrado en ese castillo, ignoras —me dijo.

—Y ¿por qué no me las dices? Vamos Nacho, ya que hablas, termina de decir las cosas —le presioné.

—Por teléfono no, Alex: iré a tu casa cualquier día de estos. ¡Ah! y ya que has terminado el cuadro, deberías pensar en abandonar ese pueblo lo antes posible —me sugirió.

—No hace falta correr tanto —respondí.

—Haz lo que quieras, al fin y al cabo, siempre lo haces —se molestó.

Y tras una fría despedida, la comunicación entre nosotros se cortó.

Aún no había descendido del coche cuando, a través del cristal delantero, reconocí a Leonard Stephenson, el periodista americano vinculado a Ruslana Stoika, la mujer que habitó mi casa justo antes que yo. Abrí la puerta del vehículo y descendí rápida.

—¡Leonard, Leonard! —lo llamé desde la lejanía, una y otra vez.

Él se volvió: había reconocido mi voz y por su expresión, no le fue grato verme.

—Vaya, Alejandra, eres tú —me dijo.

—Sí —afirmé ante la evidencia— ¿qué haces por aquí? —le pregunté.

—Vivo en Sighisoara ¿lo recuerdas? —respondió algo cortante.

No supe qué responder.

—¿Cómo va tu reportaje? —me interesé, tratando de agradar.

—Bien, bien... ahora tengo mucha prisa —me avisó.

No podía dejarle marchar así como así; necesitaba que me contara cosas y debía retenerle un poco más.

—Pues... yo sigo viviendo en Bram, ya sabes, ese siniestro y olvidado pueblo en los confines de Transilvania —hablé.

Él me miró extrañado; a Leonard no le importaba donde yo viviera y me sentí tan ridícula...

—Ya nos veremos, Alejandra —trató de despedirse.

—Tenemos que hablar —insistí, tomándole del brazo y mirándole con mucha seriedad.

—Te prometo que te visitaré en Bram antes de regresar a EEUU, pero ahora no puedo —respondió.

—Pues tendrás que hacer un esfuerzo —me atreví a decirle.

Leonard no daba crédito a mi exigencia.

—¿Sabes la pesadilla que vivo día tras día? Sin mencionar las noches, por supuesto —le comenté.

—Hay mejores lugares en Transilvania para vivir; si no te gusta Bram, no entiendo por qué continúas ahí. Tampoco creo que sea una pesadilla tan atroz el hecho de que los lobos bajen al pueblo durante las noches de invierno —opinó sin dar demasiada importancia a mis preocupaciones.

—¿Que no es una pesadilla tan atroz? ¿es que no te ha contado Ruslana Stoika lo que sucedía en su casa? Porque conoces a Ruslana ¿no es así? —revelé ante su asombro.

Mi revelación le pillaba por sorpresa.

—¿Se puede saber qué quieres de mí?! —exigió saber casi en un rechinar de dientes, zarandeando uno de mis brazos.

—Quiero saber cosas, todas esas que tú sabes y que yo ignoro, pese a ser la dueña de esa maldita casa —contesté, liberando mi brazo de la presión de su mano.

Por unos segundos guardó silencio; después habló.

—Ruslana y yo somos amigos; y sí, habitó tu casa hace más de un año ¿qué tiene de extraño eso? —trató de despistar.

—Si yo he visto cosas extrañas en ese lugar, ella debió ver lo mismo ¿no crees? —sugerí.

—Pues no sé: pregúntaselo a ella —respondió resuelto.

—No Leonard, quiero que me respondas tú: ¿de verdad estuviste en el Castillo de Bram y fotografiaste todos esos lugares que aparecen en la tarjeta de memoria de un móvil? —le sorprendí; mi interrogante lo inquietaba.

—Pero... ¡por Dios, Alejandra! Aquí no podemos hablar de eso: vamos a tu coche —sugirió,

mientras ambos nos encaminábamos hacia él, aparcado a escasos metros.

Desde el mando a distancia, abrí el cierre centralizado y subimos al todoterreno; ninguno se despojó de su correspondiente abrigo, pues el interior del vehículo ya se había quedado frío. Leonard portaba un bolso de tela tipo cartera, grande y algo sucia, la cual colocó sobre sus rodillas. Miraba al frente, mientras que yo lo miraba a él.

—Me engañaste, Leonard —le dije.

—¿Por qué dices eso? — me preguntó, volviéndose ahora hacia mí.

—Porque me dijiste que no conocías el cementerio de Bram, ni el castillo... habías estado en todos esos sitios... —le reproché.

—No te mentí, Alejandra: jamás visité esos lugares; esas fotos no son mías —me aseguré.

Estaba confusa.

—¿Entonces? —quise saber.

—Eso no importa; no te conviene conocer datos de ese lugar; hasta yo mismo decidí desistir en mi reportaje sobre él —me explicó.

—Eso no me dice nada; ¿cuánto hace que conoces a Ruslana Stoika? —le pregunté.

—Sólo unos meses y fue por casualidad. Nos conocimos en un parque de Brasov; ella paseaba a su madre en una silla de ruedas y yo pasaría algunas semanas instalado en aquella ciudad. Pretendía hacer un reportaje sobre castillos rumanos. Aquel era un parque tranquilo, no demasiado transitado, pero siempre coincidíamos ella con su madre y yo. Hablamos en un par de ocasiones, nada importante; le dije que era periodista y que elaboraba un artículo sobre los castillos. Siempre, absolutamente siempre Ruslana paseaba por ese parque empujando la silla de su madre, pero un día la encontré sola. Se hallaba sentada en un banco; hacía un frío tremendo, más o menos como ahora, y me sorprendió verla así. Al verme, se levantó de su asiento y vino a mi encuentro: estaba muy nerviosa. Me dijo que, en mi investigación, no debía acercarme al Castillo de Bram: en él habitaban las fieras de la noche —me contaba.

—Las fieras de la noche —repetí en un tono de voz bajo.

—Sí, eso me dijo —reafirmó.

—Se referiría a los lobos —supuse.

—No, ella aseguraba que eran humanos, habitando las zonas más oscuras de ese castillo. Los lobos son sus guardianes, sus cazadores. No creí ni una sola palabra. Al parecer, su hija fue víctima de ellos y su casa, inexplicablemente estaba vinculada a ese lugar —relataba Leonard.

Sin duda, ese inexplicable vínculo era el sótano; sólo su anciana madre y las niñas lo descubrieron.

—¿Y la anciana? era su madre ¿no? —me interesé.

—Sí. Ella no debía enterarse de nada, aunque tiene demencia senil. Cuesta creer todo eso ¿no es cierto? —habló.

—Bueno... —dije.

—Ruslana me entregó esa tarjeta de memoria con todas esas fotos sobre el castillo, y su dirección —continuaba relatando.

—El día que estuviste en mi casa, se te cayó sobre el sofá —lo informé.

—Sí. He estado muy preocupado por ellas. ¿Me las devolverás? —quiso saber con preocupación.

—Tal vez, si me cuentas tus averiguaciones, podríamos llegar a un acuerdo —le propuse.

—Aquí no hay acuerdos que valgan, Alejandra. Ese castillo tiene una apariencia de día, pero por las noches es siniestro y peligroso —me reveló.

—Tengo entendido que lo habita, en determinadas temporadas, un miembro de la familia

Antonov —insinué.

—En determinadas temporadas no: ese tipo siempre está ahí —aseguró Leonard.

Era imposible; yo misma había salido del castillo hacia poco más de veinticuatro horas, y él ya no estaba ¿por qué iba a mentir?

—En ese castillo viven muchas personas; se hacen llamar “*los ángeles olvidados*”. Duermen durante todo el día para estar preparados por la noche...

—¿Me estás contando una película de vampiros? —lo interrumpí incrédula ante su relato.

—Te estoy hablando de una de las sectas más peligrosas de Rumanía —me corrigió— son “Ángeles olvidados” que matan a gente, realizando extraños sacrificios, bebiendo sangre humana y alimentando a los lobos con personas. Ten cuidado, Alejandra, porque vives muy cerca de todo eso —me previno.

—Eso que me cuentas es tremendo —opiné.

—Pero real. Los habitantes de Bram conocen eso y mucho más. Saben que los lobos vienen a por víctimas. A veces las ofrecen ellos mismos para proteger a sus seres más queridos, sobre todo a los niños. Ruslana tuvo que marcharse del pueblo: había perdido a su pequeña Yelena y ya sólo podía salvar su vida y la de su madre —me contaba.

—¿La de su madre?! ¡esa vieja... —traté de decirle antes de que me interrumpiera.

—Esa vieja, como tú dices, es lo único que le queda; además, está enferma —me recordó.

Tal vez debía callar de momento la verdad sobre aquella anciana, una verdad que muy pocos conocían.

—Tú pareces una chica inteligente; piensa un poco: si eres lista, deberías alejarte de ese lugar para siempre; nada se te ha perdido allí. Ni siquiera un cuadro tan bueno como el tuyo puede valer más que tu vida —opinó convencido.

—Ya está vendido —le hice saber.

—Me alegro por ti. Entonces, nada te ata ya a ese lugar; si él pusiera sus ojos en ti... —trató de avisar.

—¿A quién te refieres? —quise conocer.

—A Bret Antonov, por supuesto. Es el propietario del castillo: su madre se lo dejó en herencia hace ya algunos años —me informaba.

—Vaya —objeté.

—Según mis investigaciones, hace años que nadie lo ve; sin embargo, cuentan que es un peligroso seductor. Por suerte, las puertas de ese castillo permanecen siempre cerradas, pero tú, por si acaso, no te acerques mucho —volvió a prevenirme.

Leonard y yo nos despedimos en el interior del coche. Entonces se bajó y, cerrando de un fuerte portazo la puerta, se alejó calle abajo. Pensaba en cada una de sus palabras, en cómo conocía a Bret Antonov, calificándolo de “peligroso seductor”. Si todas esas personas que habitaban el Castillo de Bram sólo vivían de noche, ¿por qué Bret me había recibido a plena luz del día? Se atrevió a proponerme una comida a la una del mediodía, cita a la que no estaba segura de asistir.

—No —pensaba mientras arrancaba el coche— Leonard está equivocado; tal vez exista una secta de ese tipo en Rumania, pero Bret Antonov nada tiene que ver con ella —me convencía a mí misma.

Aún no había terminado de salir del aparcamiento cuando llegó a mi móvil un mensaje. Era de Andrei, mi amado Andrei.

“*Mañana debo viajar a Londres, pero hasta entonces, te estaré esperando en la cabaña. Te echo de menos*” —me decía aquel mensaje.

Deseaba tanto verle. Sólo nos separaban dos horas de camino y merecía la pena el viaje, así es que, salí de Sighisoara, poniendo rumbo a Sinaia. En otro momento cobraría el cheque que Bret Antonov me dio por mi cuadro; ahora, lo más importante era estar con Andrei. Debía olvidar todo lo sucedido aquella noche en el Castillo de Bram. Fue el efecto del vino lo que me hizo obrar así; no debía pensarlo más porque, seguramente, no volvería a ver jamás a ese “peligroso seductor”, como Leonard lo había catalogado.

Eran casi las tres del mediodía cuando aparcaba el coche frente a la cabaña, junto al BMW de Andrei. Él no tardó en salir a recibirme, abrazándome con todas sus fuerzas y besándome después.

—Dudé en que hubieras recibido mi mensaje —me decía mientras caminábamos juntos hacia el interior de la cabaña, cálida como siempre.

—Casualmente me encontraba en Sighisoara. ¡Oh! Andrei, es maravilloso volver a estar contigo —le dije.

—¿Terminaste tu cuadro? —se interesó.

—Sí —afirmé sin más referencias.

—Entonces, deberías abandonar ya ese pueblo: vivimos demasiado lejos y en el Palacio de Peles hay sitio de sobra para los dos —me propuso.

—Contigo sería mucho más feliz en esta humilde cabaña —hablé, sentándome sobre sus rodillas y rodeando su grueso cuello con mis brazos, mientras nuestras miradas se ensimismaban.

—Será como tú quieras, Alejandra: aquí, allí... donde sea, pero juntos de una vez. No quiero volver a echarte de menos; quiero desearte y tenerte —me decía con una pasión inquietante.

Yo deseaba lo mismo: estar con él era lo más importante.

—Mañana viernes me marcho y pasaré todo el fin de semana en Londres; dime que prepararás todas tus cosas para venirme conmigo a Sinaia —propuso.

—Te prometo que lo haré —juré.

Entonces nos besamos. Sujetaba con una de sus manos mi cuello, y muy pronto, con un intenso escozor, aparté mis labios de los suyos.

—¡Ay! —exclamé, víctima del dolor.

—Pero ¿qué tienes aquí? —apreciaba, retirándome un poco el pelo, y observando mi moratón.

—No es nada —traté de restarle importancia, poniéndome en pie y cubriendo la herida con la palma de una de mis manos.

—¿Cómo que no es nada? Menudo picotazo tienes ahí —opinó siguiéndome, también en pie y retirando mi mano para volver a mirarla.

—Algo me picó la otra noche cuando dormía —le expliqué.

—Pues lo que quiera que fuera, tenía dientes. ¡Qué barbaridad! —objetaba— voy a curártelo un poco —decidió, dirigiéndose al baño donde se hallaba el botiquín.

—No es necesario —me apresuré a decir.

Pero él ya había entrado en el aseo.

Segundos más tarde, con sumo cuidado, curaba la herida con un algodón empapado.

—¿Te duele? —se preocupó, sujetando con su otra mano mi cuello.

—Un poco —respondí.

—Es profunda: debería verla un médico —sugirió.

—Ya cicatrizará —opiné.

—Sí, claro, qué remedio ... —habló.

Fue una hermosa noche junto a Andrei. Cada día comprendía más mis sentimientos: lo amaba y estaba segura de que, él sentía algo muy especial por mí. Deseábamos estar juntos lo antes posible; sin duda, era buena idea instalarme en Sinaia, cerca de él, lejos de los sanguinarios lobos

de Bram. Pero ¿qué sucedería con la investigación de Nacho si yo no permanecía en el pueblo? Sin embargo, cada día estaba más convencida de que ahí no había nada que investigar; yo misma había pasado una noche en el misterioso castillo de Bram y pese a los rumores de secta, no percibí nada raro. Al pensar en esto, Bret volvió a mi mente: Bret Antonov pudo haberme sacado la sangre aquella apasionada noche en su castillo.

Después de pasar la noche en la cabaña del lago, junto a Andrei Holzhausen, regresaba con mi Land Rover a Bram. Estaba decidida a marcharme de este pueblo lo antes posible. Andrei pasaría el fin de semana en Londres, por negocios y yo aprovecharía para preparar mis cosas.

Durante el trayecto, recibí una llamada de Nacho: nuestra despedida fue fría la última vez que hablamos.

—Hola —saludé seria al descolgar.

—Hola Alex; ¿sigues enfadada? —me preguntó.

—¿Enfadada yoooo? —disimulé.

—Ayer, cuando colgaste me dio esa impresión —apreció.

—Nacho, creo que cuando fuimos unos niños vivimos experiencias muy duras en ese orfanato, pero es hora de olvidar. Pienso que tu investigación se está convirtiendo en una auténtica paranoia —opiné convencida.

—¿Eso es lo que crees? —preguntó molesto.

—No te ofendas, pero es la verdad. Estuve en ese castillo y ahí no ocurre nada raro. Es un lugar antiguo, aunque restaurado, lujoso, con un inmobiliario envidiable y unas obras de arte que no imaginarias —le conté.

—Eso no me convence de nada —respondió.

—Si algo ocurriera ahí, yo lo hubiera visto: no es fácil entrar en un lugar donde se asienta una secta ¿no crees? —le dije.

—A menos que ellos quieran que entres —habló.

Callé por un momento; en eso tenía razón, aunque sólo fui a ese castillo a vender mi cuadro, nada más.

—De todas maneras, no quiero que te preocupes más: me marcharé de Bram muy pronto —le hice saber.

—¿Regresas a España? —se interesó.

—No, nada de eso; no quiero alejarme demasiado de ti —respondí.

—No es un motivo suficiente como para permanecer en Transilvania —se menospreció.

—¿Por qué no? Eres mi mejor amigo: jamás te abandonaré y mucho menos, en medio de toda esta locura que te has montado —le expliqué.

—Entonces, ¿eso significa que te cambias a Brasov, junto a mí? —quiso saber.

—Bueno, estaré cerca de esa ciudad, concretamente en Sinaia: he conocido a alguien allí —le revelé.

—Vaya, me sorprende que no me hayas contado nada —se molestó.

—¿Tenía que hacerlo? —vacilé.

No respondió ante esto.

—Ocurrió antes de que tú llegaras. Se llama Andrei Holzhausen y es un hombre fantástico —le conté.

—Pues... no sé qué decir —comentó.

—Puedes empezar diciendo que te alegras por mí; al fin voy a tomar una decisión normal en la vida —le dije.

—Su apellido me suena —habló.

—Es posible; su familia habitó siempre el Palacio de Peles —le hice saber.
—Interesante —opinó despreocupado y algo celoso.
—Estoy decidida, Nacho: quiero estar con él —le confirmé.
—Pues adelante, pero yo seguiré protegiéndote —aseguró.
Reí ante esto: era tan protector conmigo. Entonces comencé a escuchar su voz entrecortada.
—Nacho, estoy llegando a Bram, a punto de quedarme sin cobertura —le informé.
—Vale: ten cuidado y no te acerques a ese castillo —me dijo.
—De acuerdo. Adiós Nacho.

Pero su despedida ya no la escuché. Todo lo relacionado con la civilización se perdía al llegar a Bram. Entraba en sus calles conduciendo mi todoterreno: ni un alma por ellas. Era más de mediodía y al torcer la esquina que daba acceso al callejón donde se ubicaba mi casa, encontré el Rolls Royce que noches atrás me llevó al Castillo de Bram.

—Pero... ¿qué hace ahí? —me pregunté— la comida con Bret Antonov —recordé entonces, consultando el reloj digital del coche y comprobando que era la una del mediodía.

Aparqué tras él y bajándome del auto, me dirigí hacia el chofer, en pie junto a la puerta del conductor del Rolls Royce.

—Buenas tardes, señor —lo saludé.
—Buenas tardes. Estaba a punto de marcharme ya —me dijo.
—Sí, lo entiendo. Verá, es que he estado de viaje y... —traté de explicar.
—Señorita Alejandra, el señor Antonov la está esperando en el castillo para almorzar —me recordó.

—Pero no confirmé mi cita con él —respondí.

—No confirmó que faltaría; todo está preparado y él la está esperando. ¿Me permite, por favor? —dijo, abriéndome una de las puertas del coche, invitándome a subir.

Titubeé un poco; era un almuerzo comprometido: no deseaba acudir. Sin embargo y después de los preparativos ¿qué otra opción tenía? Monté en el Rolls Royce y el chofer cerró la puerta. Mi estómago se revolvía sólo de pensar que regresaba, por segunda vez a aquel castillo del que tanto me habían prevenido.

El vehículo circulaba a toda velocidad, aunque, la comodidad del mismo no dejaba sentir, en exceso, la sinuosidad del trayecto. Los límites del castillo estaban bien marcados, aunque sus puertas volvían a estar abiertas una vez más. El coche se aproximaba a la principal y muy pronto paró, bajándose el chofer e invitándome a descender.

Le di la mano y así lo hice. Poco después se alejó, quedando sola frente a la fortaleza, sin que nadie apareciera para invitarme a entrar. Al subir las escaleras, empujé un poco la gran puerta y esta se abrió; me asomé y eché un fugaz vistazo.

—¡Hola! ¿¡hay alguien?! —pregunté desde el hall.

Todo estaba a oscuras, con la única luz de las velas en los candelabros, como si fuera de noche. Una puerta se cerró de golpe, asustándome con su ruido. No escuchaba absolutamente nada y comenzaba a inquietarme.

—Alejandra, mi bella Alejandra —me nombró una voz, apareciendo por una pequeña puerta.

Me volví sobresaltada, encontrándome con Bret. Vestía de manera informal, con una fina camisa blanca, unos pantalones vaqueros algo deteriorados y un pañuelo azul con figuras blancas adornando su frente. Caminaba hacia mí, despacio pero decidido, con una seguridad que me desbordaba.

—¿Cómo estás, preciosa? —preguntó al llegar a mi lado, tomándome de la cintura y besando una de mis mejillas.

—Bien, muy bien —respondí algo cortada— acabo de llegar de viaje; encontré el coche esperándome en la puerta de mi casa —le conté.

—¿No te acordaste de mi invitación? —quiso saber, sin andarse por las ramas.

—Bueno, en realidad, no me venía demasiado bien —contesté.

Me miró, con una intensidad desmesurada en sus ojos verdes, muy verdes. Su rostro era casi perfecto, al igual que su cuerpo.

—Estás aquí, y eso es lo que importa —aseguró— Y dime, ¿has vuelto a pintar? —se interesó mientras me invitaba, cogida de la cintura, a caminar por el castillo.

—La verdad es que no —respondí, mirando al frente en todo momento.

Reconocí que aquel era el camino del comedor.

—Después te mostraré donde coloqué el cuadro que pintaste sobre el castillo; ahora será mejor que comamos: tengo hambre —me dijo, posicionándome la silla que ocuparía, la misma de aquella inolvidable noche.

Cuando él se acomodó en su asiento, sirvió las copas de vino.

—No, por favor —me negué, cubriendo la mía— ya tuve bastante con lo de la otra noche —recordé.

—Vamos, Alejandra: sólo será un poco para acompañar la comida —trataba de convencerme, tomando la botella con la mano derecha y sujetando la copa con la izquierda, dejando vislumbrar su impresionante anillo con la piedra verde.

—Es precioso... el anillo —opiné.

—¿Te gusta? —preguntó.

—Me encanta —respondí.

—Me lo regaló alguien muy especial —me dijo— y cambiando de tema: eres muy buena pintando: no deberías demorarte mucho en empezar la siguiente —me recomendó.

Asentí con la cabeza.

—Bram puede ofrecerte lugares magníficos —aseguró.

—No lo dudo, pero no permaneceré mucho tiempo en este pueblo —le hice saber.

Se inclinó un poco sobre la mesa, para aproximarse más a mí. Me intimidaba su mirada casi felina.

—¿Deseas marcharte? —me preguntó seductor.

No podía dejar de mirarle ¿por qué? Reaccioné entonces.

—Tengo planes, en otro lugar lejos de aquí —le referí.

—Vaya, pues, es una pena, ahora que nos estábamos conociendo —insinuó.

Bajo un juego de miradas transcurrió el almuerzo. El vino no faltó en la mesa, aunque lo tomé con mucha más prudencia que la última vez. Habíamos terminado y nos servían un café. Todo acontecía distendido y plácido, aunque Bret, insinuante en todo momento, conseguía incomodarme. No obstante, me sentía tremendamente atraída por él. Su sensualidad despertaba en mí deseo, aunque al mismo tiempo debía ser cauta: ese desconocido se mostraba misterioso en todo momento.

Entró entonces una mujer, la misma que nos sirvió la comida momentos antes. Se acercó a Bret y le susurró algo en el oído. No respondió. La mujer salió por donde había entrado y entonces él tomó mi mano, aquella que no sustentaba la taza de café.

—Tendrás que disculparme: tengo que resolver algo —me dijo.

—No te preocupes. De todas maneras, son ya las tres: no demoraré demasiado mi partida —le hice saber.

—No tardaré, así es que, por favor, espera un poco —me pidió.

Asentí con la cabeza. Bret salió del comedor y yo me quedé allí sola, saboreando mi café.

Habían pasado más de veinte minutos y el señor Antonov aún no había vuelto. Mis ojos habían recorrido aquella sala un centenar de veces; comenzaba a aburrirme. Me levanté de la silla, dirigiéndome entonces al gran ventanal; me asomé a él: nevaba débilmente y el cielo estaba muy gris. Contemplaba el jardín expuesto ante mis ojos y de pronto, vi correr a una mujer a través de él. Parecía muy asustada, con sus ropas rasgadas y llenas de sangre. Inesperadamente para mí, tres lobos la rodearon, abalanzándose sobre ella. Me volví aterrada: había lobos en el castillo. Aún permanecía junto a la ventana, nerviosa, presa absoluta del pánico, presionando mis labios con las palmas de las manos; y oí un silbido, potente, intenso, ya escuchado por mí. Volví a mirar a través de la ventana: los lobos corrían, arrastrando el cuerpo de aquella mujer y yo pensé que esa misma persona que silbaba, también lo había hecho en el oscuro sótano de mi casa.

Horrorizada ante todo esto, salí de aquella sala; deseaba marcharme lo antes posible; conocía la salida y el camino de regreso al pueblo. Aún era de día: podía conseguirlo. Entonces escuché nuevamente el aullido de los lobos, justo en la puerta de acceso al castillo. No podría salir ahora o correría la misma suerte que esa mujer. Estaba desconcertada, buscando el lugar idóneo para ocultarme. Me encontraba en el hall y justo a mi derecha tenía la puerta del despacho de Bret. Corrí para entrar: él tendría que estar ahí, resolviendo ese asunto tan importante. Sin embargo, cuando lo hice, ese lugar estaba solo. No sabía qué hacer, pero decidí quedarme ahí, a esperar. El silencio era absoluto: sólo mi respiración sofocada. Estaba tan asustada... Entonces escuché algo; presté la máxima atención, paralizándome por completo para ello. Era un ruido extraño, como si alguien estuviera arañando algo con sus uñas. En el despacho debería estar a salvo: ¿cómo iban los lobos a entrar ahí? Me fui acercando muy despacio, en la dirección de aquel ruido; en aquel enorme estudio, había una zona más apartada y menos utilizada. Divisé una puerta de madera, de un tono semejante a las estanterías donde se colocaban libros; ese ruido provenía del otro lado de la misma. Me agaché un poco y pegué mi oreja; trataba de distinguir el sonido. No tenía la menor duda: alguien arañaba la puerta.

—¡Grrrrraaaa!

Al escuchar esto, me puse en pie agitadamente, retrocediendo sobre mis pasos; allí había alguien, y no parecía ser un animal. Los arañazos continuaban y decidí acercarme una vez más, bastante atemorizada, pero decidida.

—¿Hay alguien ahí? —pregunté con voz clara y concisa.

—¡Ayúdame, por favor! —me pidió casi en un susurro.

Su voz era débil, desgastada, pero reconocí que se trataba de una mujer. Intentaba forzar el pomo de la puerta, pero era inútil, porque estaba cerrado con llave. Mientras tanto, al otro lado, la mujer seguía arañando la madera, emitiendo unos sonidos extraños.

—¡Maldita puerta! ¡no puedo abrirla! —exclamé en un elevado tono de voz.

—¡Ya vienen, ya vienen! —repetía una y otra vez.

—¡¿Quién?! —pregunté asustada.

—Ellos: tienen hambre —susurró— ¡grrrrraaaa! —la escuché nuevamente.

Intuí que trataba de defenderse de algo. Golpeé la puerta enfurecida, ante la impotencia de no poder abrirla. Al cabo de unos segundos no se escuchaba absolutamente nada. ¿Qué es lo que había sucedido al otro lado? Estaba muy alterada y cansada. Comencé a marearme y decidí sentarme en el suelo, apoyando la espalda en aquella escalofriante puerta que tanta curiosidad había despertado en mí. Cada vez estaba más aturdida, como aquella noche en el Castillo de Bram. Coloqué la cabeza sobre las rodillas: me encontraba francamente mal. Intentaba pensar: debía regresar a mi casa antes del anochecer, pero ¿cómo? Escuché pasos y la puerta del despacho

se abrió. Levanté la cabeza: alguien se aproximaba y aunque trataba de visualizar la imagen, todo se presentaba ante mí borroso. Parecía Bret. Agudicé más mi vista: era Bret. Se agachaba a mi lado, mirándome y acariciando mi cabello:

—¿Te encuentras bien, Alejandra? —me preguntó con dulzura.

—No Bret: me encuentro fatal. No sé qué es lo que me pasa; estoy tan mareada que casi no puedo ni caminar —le referí.

—Vamos, debes descansar un poco —decidió, tomándome en sus brazos y elevándome entonces.

Caminaba a paso ligero, saliendo del gran despacho y atravesando después el hall para tomar las escaleras. Mi cabeza daba tumbos de un lado para otro, danzando al compás de los pasos de Bret, aún sin poder visualizar nada con claridad. Al término de las escaleras, avanzamos por el pasillo para finalmente llegar. Él me depositó sobre una cama; era la misma en la que noches atrás dormí. Me miraba con absoluto deleite, acariciando una y otra vez mi pelo y después mi rostro.

—Ahora trata de dormir un poco; más tarde regresaré para ver cómo te encuentras —me dijo.

—Pero... quiero irme a mi casa —le comuniqué.

—Por supuesto, Alejandra. En cuanto se te pase ese extraño mareo, yo mismo te llevaré, te lo prometo —aseguró.

Y levantándose de la cama en la que se había sentado, se alejó de mí, saliendo por la puerta y cerrando tras de sí. Los ventanales eran cubiertos por unas gruesas cortinas; sin embargo, aún se vislumbraban los últimos amagos de luz. Sólo dos velas iluminaban parte de la habitación y muy pronto, pese a los esfuerzos para no hacerlo, me quedé dormida.

Sentí como una vibración en el bolsillo de mi rebeca. Abrí los ojos... en un principio me costó ubicarme. Más tardé recordé que aquella era una de las habitaciones del Castillo de Bram, y que lo que vibraba en mi rebeca era la alarma del móvil, conectada a las siete, como cada día.

A pesar del intenso malestar, podía levantarme sin estar mareada; pero ¿qué me había pasado? Anduve algo aturdida por la habitación, hasta llegar al baño; aún no había amanecido, por lo que tuve que prescindir de la vela para alumbrar todo aquello. Debía salir de allí, pero ¿y Bret? Prometió que él mismo me llevaría de regreso a casa.

Tras lavarme un poco la cara, abrí muy despacio la puerta de la habitación, decidida a salir. El pasillo permanecía iluminado por las velas; caminaba tratando de hacer el menor ruido posible. Bajé las escaleras: ni un alma por el castillo y al llegar al hall, la puerta de salida estaba frente a mí. La abrí con sumo cuidado: comenzaba a amanecer y los alrededores dejaban de estar inmersos en las sombras de la noche. Estaba a punto de salir cuando una mano por detrás me alcanzó.

—¡Aaaaaaaaahhh! —grité muy asustada.

—Vamos, tranquila Alejandra: soy yo, Bret.

—Bret —lo nombré abrazándolo.

Él también lo hacía, recorriendo mi espalda con la palma de su mano una y otra vez.

—¿Te encuentras mejor? —se interesó cuando nos hubimos separado, aunque sostenía delicadamente mi barbilla con su dedo índice.

—Sí, pero quiero irme ya —le dije.

—No pretenderías hacerlo andando, ¿verdad? —se sorprendió.

Yo asentí con la cabeza porque, efectivamente, es lo que había estado a punto de hacer.

—Alejandra, sabes de sobra que este lugar está invadido de lobos, y aunque salen de noche, a estas horas aún puede quedar alguno; si te cruzaras con él, te aseguro que terminaría contigo —me explicó.

Me quedé cabizbaja, consciente entonces de la barbaridad que había estado a punto de cometer. El chofer estacionaba el Rolls Royce frente a nosotros. Bret le agradeció el servicio y después le pidió que se retirase: él mismo conduciría el coche hasta el pueblo. Ocupó el asiento del conductor y yo me coloqué al lado; me aferraba a mi abrigo más que nunca: el frío era estremecedor. El coche inició su marcha, alejándose poco a poco de la parte principal del castillo; y en nuestro avance, divisé el pozo, aquel mismo por el que días atrás salimos Nacho y yo; ese que conecta con mi propia casa. Temblé ante esto. Fue un trayecto corto, donde no fluyeron demasiado las palabras. Al llegar a la puerta, Bret paró el imponente auto.

—Bueno, ya estás aquí, como querías —me recordó.

Miré entonces la fachada de la casa y después lo miré a él.

—No sé a qué son debidos esos mareos: tal vez debas visitar a un médico próximamente —me recomendó.

—Es posible, aunque ahora lo que quiero es dormir —le dije.

—Si, tienes razón —afirmó.

De repente recordé lo de aquella mujer, devorada por los lobos ante mis ojos, en el jardín del castillo o aquella otra, tras la puerta de su despacho, pidiéndome ayuda.

—Bret, hay algo que quiero contarte —hablé, mientras él me prestaba toda su atención, parando incluso el motor del coche— Ayer, cuando te marchaste a resolver esos asuntos, vi desde la ventana del comedor cómo unos lobos atacaban a una mujer; prácticamente la destrozaron, frente a mis ojos —le conté.

—Alejandra, en el Castillo de Bram no hay lobos: no pudiste ver eso —aseguró.

—Te digo que sí —insistí.

—Estuviste muy mareada durante gran parte del día: tal vez eso te hiciera ver ciertas alucinaciones —se atrevió a insinuar.

Me sentí ofendida; yo no estaba loca, ni tenía alucinaciones: sabía muy bien lo que había visto.

—Vamos, no te enfades —trató de aliviarme, tomando una de mis manos entre las suyas.

—Escucha, en tu castillo suceden cosas extrañas: he pasado miedo —le confesé.

—No tienes nada que temer: jamás permitiría que nada te sucediera: en el Castillo de Bram estás a salvo de esos animales, a salvo de todo —aseguró.

Pero me mostraba reacia a creerle.

—Alejandra, Alejandra, la mujer que pintó el primer cuadro sobre mi castillo, la mujer más bella que conozco y que ha conseguido hacer latir mi apagado corazón otra vez... eres especial para mí, creo que tú ya empiezas a saberlo y por ello, deseo dar una fiesta en tu honor ¿qué te parece? —propuso.

—Pues... —no sabía que responder ante esto.

—Sí; hace años que en el castillo no se celebra evento alguno... quiero que mis amigos sepan de la mujer tan maravillosa que he conocido —me idolatraba.

—Bret, yo... bueno —trataba de explicarle.

—No te sientas comprometida; sólo pintaste un cuadro maravilloso y yo te lo compré, nada más... nada más, preciosa —me explicó.

Aunque su tono de voz y su mirada ante estas palabras denotaban que, tras ellas, se escondía un verdadero sentimiento hacia mí.

—Sólo será una fiesta, una elegante fiesta como no se recuerda otra en Bram; ya es hora de hacer frente a esos lobos y ya es hora de que todos conozcan a la mejor de las pintoras. Por favor, di que asistirás —me pidió, besando con delicadeza mi mano.

Lo miré desconfiada.

—Sólo para darme a conocer, por haber pintado el mejor de mis cuadros y habértelo vendido, nada más —traté de hacerle entender.

—Por supuesto —aseguró.

—¿Y cuándo dices que será? —me interesé.

Él sonrió.

—El sábado; a las seis, antes de que oscurezca, enviaré un coche a por ti. Serás mi invitada de honor y comprenderás que en el castillo no sucede nada anormal: no te arrepentirás —me dijo.

Me despedí de Bret y entré en mi casa; estaba muy cansada y algo aturdida aún. Algo extraño me sucedía cada vez que visitaba su castillo: tal vez el vino... Me desnudaba, dispuesta a darme una ducha; entonces descubrí que la herida de mi cuello se había hecho más profunda y sangraba. Había empeorado considerablemente, por lo que visitaría un médico lo antes posible, aunque en aquellos momentos, lo más importante era dormir un poco.

Alguien aporreaba mi puerta. Cuando abrí los ojos, reconocí que me encontraba en la buhardilla de mi casa, echada sobre mi cama, durmiendo plácidamente hasta hacía unos segundos en que escuché esos golpes. Me incorporé en la cama, y al tiempo en que me ponía unas zapatillas de franela, consultaba el reloj: las quince horas y veintisiete minutos. Fuera de la cama, sentí un inmenso frío y casi dando tiritones, bajé las escaleras dispuesta a abrir la puerta de la calle.

—Esta niña... vaya forma de llamar y mira qué horas —me quejé, caminando a paso ligero por el pasillo, muy cercana a la puerta.

Y abrí, encontrándome con Nacho, mi buen amigo Nacho.

—¡Menos mal! —suspiró— creí que tendría que volverme después de haber llegado hasta aquí —habló.

—Hola Nacho —saludé, besándolo en una de las mejillas— lo siento: estaba durmiendo —le informé.

—¿Durmiendo?! ¡¿a las tres y media de la tarde?! —se sorprendió.

—Anda, entra y te cuento —lo invité, cerrando entonces la puerta.

Las ventanas estaban cerradas con sus persianas echadas, así como la chimenea apagada. Toda la casa había estado descansando conmigo.

—¿Estuviste de marcha anoche o qué? —se burló, mientras ambos nos encaminábamos hacia la cocina, único sitio iluminado, pues yo necesitaba un café.

—Más o menos —respondí.

—Pues en Bram, como no te vayas de marcha con los lobos, lo tienes complicado... —continuó su burla.

—Nacho, volví esta mañana del castillo: Bret Antonov me trajo hasta mi casa —le hice saber.

Él se limitó a mirarme: no daba crédito a lo que escuchaba.

—Cuando llegué ayer a Bram, el Rolls Royce del castillo me esperaba en la puerta. Había olvidado que Bret me había invitado a comer y me estaba esperando —le expliqué.

—Pero ¿qué te pasa, Alex? No conoces de nada a ese tipo: sólo te compró un cuadro, nada más y todo lo preparó Vasili Dutu; ese tío te hizo venir hasta aquí ¿o es que ya no te acuerdas?! —me regañó.

No supe qué responder.

—No quería ir, Nacho, te lo juro, pero no tuve elección —me defendí.

—Haz lo que quieras, Alex, de verdad. Descubrimos un pozo en ese castillo, el cual comunica con el sótano de tu casa. Alguien guía a los lobos hasta aquí, alguien de ese castillo, obviamente: ¿te has parado a pensar que podría ser ese tal Bret? —sugirió.

—No lo sé —dudé— Estoy muy confusa, Nacho.

—Confusa por qué —se interesó.

—Porque sólo he visitado dos veces ese castillo y en ambas ocasiones he tenido que quedarme a dormir por sufrir de extraños mareos —le conté.

—¿Extraños mareos? —se sorprendió.

—Sí. La primera vez creí que se debía al vino: bebí bastante, pero ayer... sólo acompañé con él la comida y no te puedes imaginar lo mala que me puse —explicaba.

—Ese tío podría haberte drogado sin que tú te hubieras dado cuenta —opinó.

Pensativa, callé. Casi no pude andar, mi visión fue defectuosa... demasiado para ser un simple mareo.

—Nacho, quizás tu investigación no es tan equivocada como yo creía —le dije.

—¿A qué te refieres? ¿es que has visto algo? —me preguntó muy interesado.

—Los lobos atacaron a una mujer en el jardín del castillo, delante de mis narices y tras una pequeña puerta existente en el despacho de Bret, alguien pedía ayuda —le conté.

—¿De qué me estás hablando? —quiso saber.

—No lo sé... Bret dice que estuve muy mareada y que tal vez sufrí de alucinaciones; me sugirió acudir a un médico —expliqué.

—¡Tonterías! Él te drogó, seguro, de manera inteligente, tanto que utilizaría una droga capaz de no dejar rastro en la sangre —se atrevió a acusar.

—Sin embargo, dormí en ese castillo y no sucedió nada —me alegré.

—Alex, eres una irresponsable; debería obligarte a salir de Rumania —volvió a reñirme.

Yo, mientras tanto, me servía el café, dejando toda la cocina impregnada de su intenso aroma.

—La que pedía ayuda, tras aquella pequeña puerta, era una mujer. Emitía sonidos muy extraños y me dijo que ya venían y que tenían hambre: espeluznante ¿verdad? —le referí.

—No vuelvas más allí, por favor —me pidió.

—El próximo sábado dará una fiesta en mi honor; asistirán muchos amigos suyos, grandes personalidades del país: me presentará como una importante pintora... —le expliqué.

—¡Patrañas! —opinó él— No asistirás, Alex: no lo permitiré.

—Debo hacerlo, Nacho; yo escuché a una mujer y vi cosas: debo averiguar si todo fueron alucinaciones o realidad. En tu investigación, sólo faltaba entrar en ese castillo para contrastar tus descubrimientos; pues bien, esta es nuestra oportunidad —le hice entender.

—Corres serio peligro: no merece la pena —opinó.

—Bret no me hará daño: creo que está enamorado de mí —le dije.

Él me miró seguro de lo que a continuación me diría.

—Por ese mismo motivo, no puedo permitir que vayas.

Al final mis sospechas salieron a la luz. Nacho estaba enamorado de mí, algo que me apenaba bastante porque mi corazón pertenecía plenamente a Andrei. No supe qué responder, pero él se acercó y me abrazó muy fuerte, dispuesto a que esta revelación no cambiara nada entre nosotros. Después volvimos a separarnos; sus ojos, siempre tiernos, siempre con ese brillo tan especial al mirarme; sí, realmente estaba enamorado, podía apreciarlo.

—Nacho, esta será la última vez que visite el Castillo de Bram; tras esa noche, me marcharé definitivamente de este pueblo, te lo prometo —le dije.

—En ese caso, si tienes tan decidido asistir a esa fiesta, habrá que trazar un plan —sugirió.

—¿Un plan? —me sorprendí.

—Sí señorita, un plan. Como quizás sea la última vez que el castillo te abra sus puertas, debemos sacarle el máximo provecho; además, no estarás sola —planeó.

—Nacho, no podrás acompañarme: sería demasiado sospechoso —opiné.

—Por supuesto que no te acompañaré; tú entrarás solita por la puerta principal: yo tendré que conformarme con salir por el pozo —sugirió.

—¡¿Quéeeee?! Estás loco de remate —me alarmé.

Pero Nacho parecía muy seguro de todo. Era un tipo inteligente, valiente, sagaz. Su plan, de salir bien, podría desvelarnos muchas cosas o tal vez entender que su investigación nada tenía que ver con ese lugar. Sí, había que planificarlo todo muy bien y ahora sacaríamos partido a ese siniestro túnel que, en su largo recorrido, conectaba mi casa con el castillo.

Habían pasado cuatro días desde la última vez que estuve en el Castillo de Bram y en todo ese tiempo no había hecho otra cosa que pensar en Bret Antonov, ese enigmático hombre que, en cierto modo, había despertado mi interés. Deseaba asistir a esa fiesta más que nada en el mundo; quería demostrarle a Nacho y demostrarme a mí misma que en su castillo nada anormal sucedía, que Bret era un hombre normal, muy atraído por mí, pero sólo eso.

Eran las once de la mañana. Me encontraba en Sighisoara, en una sofisticada tienda de vestidos de noche: debía aparecer en esa fiesta radiante; al fin y al cabo, se celebraba en mi nombre. Después de todos esos días, no había logrado contactar con Andrei: su móvil había permanecido desconectado desde la última vez. Precisamente me probaba uno de los modelos de la boutique cuando, aún en el probador, recibí una llamada al móvil; era Andrei y deseaba escuchar su voz después de tantos días.

—Hola preciosa, ¿cómo estás? —se interesó.

—Bien, muy bien. Te he llamado en los últimos días —le informé.

—Ya lo sé. Al final tuve que quedarme más tiempo en Londres, pero ya estoy aquí, esperándote... ¿recuerdas tu promesa? —me preguntó.

Le dije que recogería mis cosas y me marcharía a Sinaia con él, pero debía asistir a la fiesta de Bret: era hora de poner fin a esa maldita investigación de Nacho o todos nos volveríamos locos.

—Por supuesto que no la he olvidado, pero... —traté de decir.

—En estas cosas, siempre hay un “pero” —interrumpió.

—Andrei, mi amor, debo viajar estos días: una agencia se ha interesado por mis fotos —mentí.

—¡Ah, vaya! —objetó decepcionado.

—Tendremos que esperar hasta la próxima semana, pero después, te lo prometo, me iré a Sinaia contigo: es lo que más deseo —aseguré enamorada.

—¿A dónde viajas? —se interesó.

—A...a... a Bucarest. Estoy en Sighisoara, comprando algunas cosas para el viaje: me marcho mañana. Sólo serán cuatro días; el domingo por la tarde estaré de regreso y el lunes, si te parece bien, viajaré hasta Sinaia para estar junto a ti —planeé.

—Me parece perfecto, preciosa —respondió— tenía planes para ti y para mí el próximo fin de semana; era una sorpresa, pero bueno, habrá más —me dijo.

—¿Una cena romántica en nuestra cabaña del lago? —curioseé.

—Mucho más sofisticado que eso, pero sí, se trataba de una cena —contestó.

Pero tendría que esperar.

—Andrei, ya estoy contando los días para reunirme contigo —le confesé.

—Estoy deseando verte; mientras tanto, mucha suerte en ese viaje: te quiero —me dijo.

Todo mi cuerpo tembló ante esta frase. Nadie, nunca me había dicho algo así; ¿lo sentiría de verdad?

—¿No vas a decir nada? —quiso saber, ante mi silencio.

—Pues... tengo ganas de llorar —le revelé.

—¿Por qué, cariño? —trató de averiguar, siempre dulce y consciente de que aquellas palabras habían llegado hasta lo más profundo de mi corazón— Es cierto que siento algo profundo por ti: te

quiero, esa es la verdad —repitió.

—Yo... no conozco a nadie que sienta algo así por mí —le dije.

—*No todas las personas son capaces de querer o no todos encuentran ese momento en la vida o a ese ser especial*; a mí me ha ocurrido y estoy loco por que regreses de Bucarest ya —explicó.

—En cuanto llegue, partiré corriendo a buscarte —le aseguré.

—Date prisa, Alejandra, porque te estaré esperando —me sugirió.

—Chao amor —me despedí.

—Chao —respondió.

—¡Andrei! —lo llamé antes de colgar.

Él seguía ahí, con su móvil en la oreja.

—Si —respondió.

—Yo... te amo profundamente; eres el hombre de mi vida, el ser más maravilloso que se cruzó en mi camino —me atreví a revelarle con total sinceridad— por favor, mi amor, espera mi regreso —le pedí.

—Ya sabes donde estaré; sólo tú y yo conocemos ese lugar, misterioso y mágico a la vez —me recordó.

—Si —afirmé.

Y volvimos a despedirnos con ternura, esta vez definitivamente. Era consciente de que nunca había sentido por nadie lo que sentía por Andrei y de algo estaba segura: tras esa celebración en el Castillo de Bram, me marcharía definitivamente del pueblo para pasar el resto de mis días junto a Andrei Holzhausen, mi verdadero amor.

Era sábado. Nacho había llegado a mi casa bastante temprano: estaba decidido a visitar el castillo esa misma noche, mientras yo asistía a la fiesta.

Nos hallábamos sentados en el salón, junto al fuego: era una mañana muy fría.

—Nacho, tienes que pensarlo mejor: es muy peligroso que accedas al castillo a través del sótano; sabes que los lobos podrían sorprenderte en mitad del túnel —trataba de hacerle recapacitar en su idea.

—Habrá que correr el riesgo —respondió.

—Pero ¡por Dios! ¡tú no estás bien de la cabeza! —exclamé horrorizada ante el inminente peligro que podría suponer todo eso.

—Alex, escúchame: tú no estás muy convencida, pero yo estoy prácticamente seguro de que ahí se forja la cúpula de una secta...

—“Los Ángeles olvidados” —interrumpí ante su asombro.

—¿Cómo lo sabes? —se sorprendió.

—Leonard Stephenson me lo contó; ¿por qué tú no lo hiciste? Me ocultas detalles que, posiblemente descubrieras en el libro de Nicoleta Ivanov. Yo debo saberlo todo, Nacho. Si es verdad eso que cuentas, esta noche podría poner mi vida en peligro —le dije.

—Alex, yo no quiero que vayas a esa fiesta, y lo sabes —me recordó.

—Después de esto, me alejaré de este lugar y de todo lo que le rodea. Estoy enamorada de Andrei Holzhausen y viajaré hasta Sinaia para estar junto a él —le comenté.

Por unos segundos Nacho guardó silencio; miraba ensimismado el fuego de la chimenea, tal vez tratando de asimilar mi decisión. Después respondió.

—Es una idea maravillosa, Alex. Seguramente, si nada es como yo creo, también me marcharé lejos de aquí, pero para ello hemos de superar la gran prueba de esta noche —me recordó.

—Sí, tienes razón. Le dije a Andrei que viajaría a Bucarest; le menté, Nacho. A donde realmente voy es a la fiesta de un hombre que intenta engatusarme por todos los medios —hablé.

—No te preocupes: Andrei no se enterará de nada; sólo es una mentira piadosa, nada más —trató de tranquilizarme.

Entonces llamaron a la puerta. Los dos nos miramos: ¿quién podría ser?

—¿Qué hago? ¿me escondo? —se precipitó Nacho.

—Tranquilo: seguramente será Petrica; hace días que no la veo —intuí.

Y, efectivamente se trataba de ella. La niña entró en mi casa saltando a la pata coja, tarareando su cantinela de siempre.

—¡Oh! Vaya, tienes visita —se percató, al entrar en el salón y encontrar a Nacho sentado en el sofá.

—Es un amigo y se llama Nacho —la informé.

—Hola; tú debes de ser Petrica: Alex me ha hablado mucho sobre ti —mencionó él.

Ella sonrió tímida, mostrando su aparato corrector en los dientes.

—¿Te quedarás muchos días en Bram? —quiso saber, refiriéndose a Nacho.

—No, sólo estoy de visita: hoy mismo me iré —mintió el muchacho.

—Pues debes hacerlo antes del anochecer —le avisó.

—Sí, ya me han contado lo de los lobos —habló.

—Petrica ¿te apetece un zumo? —le ofrecí.

—No, gracias; debo marcharme ya: hoy tengo muchas cosas que hacer. Adiós Nacho, encantada de conocerte —se despidió.

La acompañé hasta la puerta, mientras ella iniciaba de nuevo el tarareo de su extraña canción.

—Vuelve otro día y pintaremos —le propuse.

—Quizás ya no estés aquí —respondió ante mi asombro.

—¿Por qué no iba a estar? —le pregunté.

—Bueno, a ti Bram no te gusta: yo sé que te marcharás muy pronto de esta casa y harías bien —me dijo.

Entonces se alejó corriendo calle abajo. Cerré la puerta y regresé al salón junto a Nacho.

—Que niña tan extraña; sus comentarios, a veces me asustan —le dije.

—Y esa musiquilla que tararea... la verdad es que parece una niña de películas de miedo —se burló Nacho.

—Déjate de tonterías; pobrecita, todo lo que vieron sus ojos —la compadecí.

—Tú pasaste por lo mismo —me recordó.

Callé pensativa.

A las cinco y cuarto bajé de la buhardilla completamente vestida para la fiesta; Nacho seguía en el salón, adormilado junto al fuego. Al oír mi taconeo, abrió los ojos, incorporándose.

—Alex... estás...vamos, irreconocible —me dijo.

—Pero... —traté de averiguar.

—Pero preciosa, como siempre; bueno, un poco más —bromeó.

—Gracias —respondí, haciendo un simulacro de pasarela con aquel espectacular y elegante vestido negro, de una lycra muy ceñida al cuerpo, con toda la espalda al descubierto y una larga caída hasta el suelo.

Sí, realmente era el vestido perfecto para un acontecimiento en el que, supuestamente, yo era la protagonista.

Nacho también se preparaba, guardando en una mochila linternas, cuchillos y...

—¿¿Qué es eso?! —me alarmé al verle cargar una pistola.

—Está muy claro ¿no? —respondió con total normalidad.

—Nada de armas, Nacho, por favor —le pedí.

—¿Crees, de verdad, que podría atravesar ese túnel sin una pistola? Es lo único que tengo para defenderme de los lobos, en caso de que me sorprendan —me explicó.

—Esto no me gusta nada —le dije, comenzando a dudar y un poco asustada.

—Vamos, Alex ¿no te irás a echar atrás ahora? En menos de veinte minutos ese Rolls Royce aparcará frente a tu puerta y debes estar preparada, psicológicamente, por supuesto —me avisó.

—¿Por qué? —pregunté con desconcierto.

—Porque tú ya has estado dos veces en ese castillo y en el fondo sabes que ahí ocurren cosas extrañas; a eso se debe tu miedo ahora, pero no te preocupes: todo va a salir bien, ya lo verás —opinó.

—¿De verdad lo crees? —dudé.

—Sí, lo creo; ese Bret Antonov está coladito por tus huesos: te protegerá, como lo ha hecho hasta ahora —me explicó.

—¿Que me ha protegido!?! —me sorprendí.

—Alex, llevo muchos, muchos años dedicado a esta investigación, pero quizás todos los hallazgos fueron erróneos...quizás, o tal vez no; en ese castillo podrían haber acabado contigo, igual que lo hicieron con esa mujer que tú misma viste desde una ventana, presa fácil de los lobos

—rememoró.

Y tenía razón. No, no pudo ser una alucinación; yo lo vi: fue real.

—En cuanto tú salgas por esa puerta, yo bajaré al sótano y caminaré a través del túnel hasta llegar al pozo. Saldré con cautela y entraré por cualquier puerta al castillo; piensa que, de cualquier manera, estaré cerca de ti, observándote desde algún lugar. Si la fiesta es muy bulliciosa, todo será mucho más fácil —planeaba.

—Es muy peligroso, Nacho —le recordé una vez más.

—Lo sé, pero todo va a salir bien, ya lo verás. Seguramente ese tipo volverá a drogarte —opinó.

—No digas tonterías: nunca me drogó —me defendí.

—Piensa lo que quieras; de cualquier modo, vigila un enorme anillo con una piedra verde que debe tener en uno de sus dedos —me dijo.

—¿Cómo lo sabes? —me sorprendí.

—Bueno, según decía el libro de Nicoleta Ivanov, si el Rey no lo lleva, el Príncipe de los ángeles olvidados se valdrá de él: en el interior de la piedra guardan una poderosa droga la cual, en dosis altas, podría matar. Contigo sólo utilizó una pequeña cantidad, aunque suficiente para dejarte casi sin movilidad en las piernas —relataba.

Estaba más que sorprendida ante toda la información revelada por Nacho.

—Ese vino que él te da... está mezclado con sangre humana —me dijo.

—Pero... ¿cómo es posible? Sabe a vino y del bueno —aseguré.

—Porque lo es, pero lleva esa extraña mezcla: forma parte de su ritual. Intenta no beberlo, aunque tendrás que hacerlo con mucho disimulo; a través de él, Bret utiliza su droga —afirmó.

Tras unos breves segundos de silencio, de reflexión sobre todo lo que me esperaba en ese castillo, volví a mirarle, asustada.

—Seré cauta. Tú revisa todo lo que puedas de cabo a rabo; si encuentras algo, no olvides utilizar la cámara: debes grabarlo todo, Nacho, pues será nuestra única prueba ante la policía. De todas formas, no entraremos en ese lugar nunca más; se acabó, pase lo que pase —decidí.

Y dicho esto, nos abrazamos fuerte. Le entregué la enorme llave de hierro, con la que abriría la puerta misma del infierno.

Un potente coche estacionaba en la puerta de la casa: había llegado el momento de partir hacia el Castillo de Bram. Me puse el largo abrigo negro y portando un elegante bolso de mano, salí del salón, no sin antes mirar a Nacho una vez más.

—Suerte —le deseé.

—Ten cuidado —me avisó.

Y desaparecí por el pasillo. Mis tacones hacían retumbar cada rincón de aquella casa y al abrir la puerta, allí estaba el despampanante Rolls Royce Phantom, dispuesto a llevarme a los abismos de las tinieblas.

El chofer, siempre elegante y educado, me ayudó a subir, cerrando después la puerta. Y aquel olor, como dulce, el mismo de siempre en ese coche. Eran las seis en punto, ni un minuto más, ni un minuto menos. El chofer, bien uniformado, conducía a gran velocidad y yo admiraba el paisaje, tan bello pero al tiempo, siniestro y predecesor de las más horrendas oscuridades.

Al llegar, sorprendentemente había muchos coches aparcados en la parte delantera del castillo, elegantes vehículos, tal vez procedentes de todos los lugares del país, invitados por Bret Antonov a la fiesta. Sentí cierto alivio pues no estaríamos solos. Además, Nacho tendría menos posibilidades de ser descubierto si en el interior del castillo había gran número de personas.

Aún no había oscurecido. El Rolls Royce paró en zona preferente y aún con el chofer en su

asiento, alguien abría la puerta e introducía una mano en el interior del vehículo, invitándome a bajar. Por el atípico anillo, el de la gran piedra verde, pude entender que se trataba de Bret Antonov. Tomé su mano y descendí despacio, recogiendo un poco mi largo vestido y sonriendo al verle. Él, siempre encantador, besó lentamente mi mano, sin apartar sus ojos de los míos, sin borrar de sus sensuales labios aquella seductora sonrisa.

—Alejandra, estás más linda que nunca —me dijo.

—Gracias —respondí.

Me tomó de la mano y juntos subimos las escaleras que conducen a la entrada principal del castillo.

—Todos aguardan tu llegada con impaciencia —me informó.

—¿Hay muchos invitados? —me interesé.

—Casi cien —respondió.

—¡¡Cien?! —me sorprendí.

—Es una fiesta muy especial, en tu honor, por supuesto —me recordó, parando la marcha antes de entrar— no quiero que temas mi castillo, ni que me temas a mí; quiero demostrarte que este podría ser un lugar maravilloso para vivir —me decía.

—No entiendo nada, Bret —hablé— te estoy muy agradecida por todo esto, pero ¿qué intentas decirme? —quise averiguar.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó, con su rostro muy cercano al mío.

—Bueno... tú me invitaste a esta fiesta —respondí.

—¿Vas a todas las que te invitan? —me interrogó nuevamente.

—Pues... no —contesté sin entender a donde quería llegar.

Entonces sonrió, atractivo, con su rubio cabello suelto y sus manos acariciando mis brazos sin parar. Pero ¿qué me pasaba cuando estaba junto a él? No podía parar de mirarle.

—Podría invitarte a una fiesta eterna, tú y yo para siempre juntos... —se atrevió a insinuar.

—Bret, yo... —traté de decir.

Sin embargo, las palabras no emergían con facilidad. Sólo deseaba que me conocieran como la pintora que pintó el precioso cuadro sobre el Castillo de Bram, nada más. Quería ganar dinero gracias a mi trabajo y creí que esta podría ser mi gran oportunidad. Pero todo aquello que me decía Bret... era un hombre muy atractivo, de ojos casi hipnóticos y una sonrisa seductora como pocas. Su deseo hacia mí se hacía patente en cada una de sus palabras, en su rostro. Yo trataba de luchar contra toda esta revelación que, al mismo tiempo me fascinaba y me atraía sin lógica aparente. Bret parecía muy seguro, pero yo estaba enamorada de Andrei Holzhausen. Mientras sus intensos ojos verdes me paralizaban con su mirar, pensaba en que esta sería la última vez que nos veríamos; tras la fiesta de esa noche, me marcharía para siempre de Bram, y ese misterioso castillo sólo seguiría existiendo en mis sueños, en el lugar más olvidado de los mismos.

—¿Entramos? —me propuso, haciéndome volver de mis pensamientos, tomándome delicadamente de la cintura.

—Sí, claro —respondí, desabotonando despacio mi abrigo.

Una vez en el hall, el mayordomo se hizo cargo de él y juntos caminamos en dirección al salón. Podía escuchar a la gente; sus voces, al conversar, se entremezclaban y sus risas... debía relajarme porque el Castillo de Bram daba una maravillosa fiesta en mi honor: no había nada que temer. Al abrir la gran puerta de madera, algunos irrumpieron sus conversaciones para mirar, curiosos, a la protagonista de todo aquel evento. Yo no podía hacer otra cosa que sonreír mientras andábamos entre la gente, elegantemente ataviadas, abriendo paso para que Bret y yo pudiéramos avanzar. Todos portaban copas con bebida en sus manos y se servía un cóctel mientras llegaba el

momento de la cena. Entre sonrisas y elegantes reverencias con la cabeza, llegamos al fondo del salón: mi cuadro sobre el Castillo de Bram se exponía colgado en la pared preferente del lugar; Bret continuaba guiándome, rodeando aún mi cintura. Las mesas estaban dispuestas, redondas, con ocho comensales cada una de ellas, dispersas por todo el salón, bien ubicadas, perfectamente decoradas, situada la nuestra en un sitio preferente, sólo compartida por Bret y por mí. Cuando hubimos llegado a nuestro sitio, todos guardaron silencio, pues el anfitrión se disponía a hablar.

—Buenas noches, señoras y señores; quiero presentarles a Alejandra, una gran pintora, la protagonista de la noche y desde luego, la mujer que me ha robado el corazón —se atrevió a reconocer. Miré a Bret algo molesta, mientras él tomaba una de mis manos y la besaba con absoluta pasión. Todos murmuraban, reían encantados, mientras yo me sentía comprometida en algo que no deseaba— Esta bella mujer fue capaz de pintar el más impresionante cuadro sobre el Castillo de Bram —afirmó, señalándolo entonces— una auténtica obra de arte cargada de sentimiento, de encanto, de misterio... —relataba, dirigiéndome la más emotiva de sus miradas.

Mientras tanto, mis manos se removían entre las suyas. Sólo por un cuadro, pintado a través de una ventana, era demasiado reconocimiento. Me sentía abrumada y sólo deseaba que la noche terminara pronto para irme de allí lo antes posible. Sin embargo, Bret parecía dispuesto a seguir hablando, más revelador que nunca a juzgar por su expresión.

—Sería capaz de abrir las puertas de este castillo y establecerme en él para siempre si ella permaneciera junto a mí —insinuó.

Lo miré completamente confusa y alarmada ante sus palabras, aunque todos los allí presentes parecían felices ante aquellas afirmaciones.

—Deseo que estén disfrutando del cóctel: la cena está a punto de servirse. Muchas gracias a todos por venir —concluyó.

Entonces, los invitados tomaron asiento en sus correspondientes sillas, ocupando nosotros las nuestras. Comenzó a sonar una melodía de violines y elegantes camareros entraban para servir la cena.

—Bret, no debiste... —trataba de decirle.

—Alejandra, trata de relajarte: eres la protagonista de la noche —me decía, con una de mis manos muy cerca de su boca.

—Bret, la gente puede pensar que entre tú y yo hay algo más, ¡y no es así! —le recordé, tirando de mi mano bruscamente.

—No importa lo que piensen —respondió.

—Para mí sí es importante; sólo pinté un cuadro sobre tu castillo y tú me pagaste por ello, nada más, señor Antonov —le aclaré.

—Lo sé, sin embargo, mi querida Alejandra, yo me estoy enamorando de ti —me reveló.

Permanecí callada, tomando un sorbo del vino blanco que acababan de servir en mi copa. Alguien se había aproximado hasta nuestra mesa, pero yo continuaba distraída, con la copa entre mis manos, pensando en las palabras de Bret, en su inesperada revelación. Él se levantó; se disponía a saludar a aquella persona que se había acercado hasta la mesa y que se situaba tras de mí. Yo permanecía sentada.

—Venía a felicitarle: es una fiesta magnífica; ¡Oh! Disculpe: soy Andrei Holzhausen —le escuché presentarse.

—Es un honor tener a un miembro de tan distinguida casa —respondió Bret.

Entonces ambos se situaron frente a mi, aún en pie. Yo levanté la mirada, despacio, muy despacio.

—Alejandra, quiero que conozcas a Andrei Holzhausen —me presentó Bret, dejándome

atónita ante el amor de mi vida.

Me incorporé, abandonando mi silla, mirándole con vergüenza, sin saber cómo reaccionar. Él sonreía, sin más, con su oscuro cabello suelto y con mil interrogantes en su mirada.

—¿Qué tal está, Alejandra? —me preguntó, tendiéndome su mano.

—Pues... bien, gracias —respondí aturdida aún, incapaz de mirarle a los ojos.

—Es una magnífica pintora y muy bella —opinó Bret, ajeno a todo.

—Sí, lo es —afirmó tranquilo Andrei— entonces ¿se quedará mucho tiempo en Bram? —se interesó a continuación, dirigiéndose a Bret.

—Aún no lo sé: Alejandra podría cambiar muchas cosas, y ella lo sabe —respondió.

—Yo... me marcharé muy pronto de este lugar: tengo planes en otro sitio —me defendí.

—¿Planes? ¿en otro sitio mejor que Bram? —se burló Andrei, irónico ya— permítame el atrevimiento, pero Bret Antonov podría ser su mejor plan —opinó a continuación.

Me sentía mal, muy mal.

—Y usted, señor Holzhausen, ¿ha venido solo? —se interesó Bret.

—Sí —afirmó— mi chica se hizo otros planes, pero bueno, supongo que no hay mal que por bien no venga —habló sin quitarme los ojos de encima.

—Supongo que sí; de todos modos, espero que disfrute de la cena y... —trató de reconfortarlo Bret.

—Me temo que no podré quedarme; acabo de recibir una llamada inesperada y debo marcharme lo antes posible —decidió.

Mi corazón se hacía pedazos por momentos.

—Vaya, es una pena —opinó Bret.

—Sí, lo es; mañana, a mediodía salgo para Londres y antes de partir debo solucionar algunos asuntos —habló, mirándome con auténtico desprecio.

—¿Cuándo regresa? —quiso saber el señor Antonov.

—No lo sé; tal vez nunca —dudó pensativo— bueno, les deseo una feliz velada y recuerde, Alejandra: El Castillo de Bram es un buen plan, el mejor de todos —me recordó sarcástico.

Y dicho esto, inició su marcha por entre las mesas. Lo veía alejarse con paso tranquilo pero decidido, sin mirar atrás. Bret me invitó a sentarme nuevamente, retirando galantemente mi silla, pero sin haber llegado a hacerlo, volví a incorporarme.

—Bret, perdona, voy un momento al baño —le dije.

—Por supuesto: está al fondo del pasillo —me indicó.

Y sin responder, anduve a través del salón dispuesta a no dejar escapar a Andrei. Salí del lugar y tomé el pasillo en dirección a la salida; cuando llegué a la puerta principal, la abrí, sintiendo una intensa bofetada de aire frío procedente de las heladas montañas. Distinguí la silueta de Andrei caminando entre los coches y bajé los escalones recogíendome un poco el vestido, corriendo después tras él.

—¡Andrei! ¡Andrei, por favor! —lo llamé una y otra vez, escuchándose sólo mi voz y los tacones de mis elegantes zapatos.

Pero él continuaba caminando con si tal cosa, preparando el mando de su coche para abrir las puertas. Corrí sin pensar en las consecuencias, por el empedrado suelo; mi pelo se revolvía, tapando parte de mi cara, perdiendo, durante la carrera, parte de los adornos.

—¡Andrei, párate, por favor! —volví a pedirle, ahora más cerca.

—Déjame en paz —le escuché decir, aún de espaldas al lado de su coche.

Pero conseguí alcanzarle y cuando lo hice, me puse tras él, sofocada, con la respiración entrecortada, dejando caer el vestido que momentos antes había recogido un poco para no pisarlo

y caer.

—Por favor, Andrei, tienes que escucharme —le pedí.

No respondía y, aunque continuaba con las llaves del coche en sus manos, no lo abrió, permaneciendo parado frente a él.

—Todo es un mal entendido, tienes que creerme. Yo... estoy enamorada de ti, sólo quiero estar contigo, con nadie más en el mundo ... —intentaba hacerle entender.

—Y con Bret —le escuché decir, aún de espaldas hacia mí.

—No, te equivocas; ese hombre sólo me compró un cuadro, nada más —le expliqué.

Entonces se volvió hacia mí, envuelto en ira, en frustración...

—¿De verdad piensas que voy a creerte? —me preguntó convencido— eres una maldita zorra mentirosa. No te acerques jamás a mí, ¿me has oído? ¡nunca! Y espero que seas muy feliz con Bret Antonov, al fin y al cabo, sois tal para cual —aseguró.

Mis ojos se inundaron de lágrimas y una intensa angustia aprisionaba toda mi garganta, mientras era incapaz de pronunciar palabra alguna.

—Me dijiste que irías a Bucarest y que tras tu viaje estaríamos juntos. Has jugado a dos bandas, mi querida Alejandra; reconozco que eres más lista de lo que creía, aunque al final resultaste estúpida ¿no crees? —se burló.

Pero entonces rompí a llorar con gran amargura.

—No volveremos a vernos, nunca; siempre te recordaré como una falsa ilusión, aunque espero que este recuerdo no prevalezca demasiado tiempo en mi mente. Adiós, Alejandra.

Y tras estas palabras, abrió las puertas de su coche y subió a él. Yo permanecía en el mismo lugar, llorando por aquella desgraciada situación que había arruinado un bello futuro junto a Andrei. Quedé plenamente deslumbrada por las luces de su potente BMW y muy pronto, tras un brusco acelerón, el coche se alejó de allí a gran velocidad. Lloré desconsolada, con gran impotencia; acababa de perder al amor de mi vida ¿qué iba a hacer ahora? Entonces me pareció escuchar cómo alguien cantaba. Paré mi llanto y guardé silencio; estaba sola, alejada de la puerta de entrada al castillo, rodeada de coches aparcados y entonces volví a escuchar aquello. Sí, efectivamente era una melodía cantada por alguien; una mujer tal vez, tarareando algo que yo conocía.

—¡Chsss! ¡chsss!

Al escuchar esto, me volví, buscando por entre los coches.

—¡Alex, estoy aquí! —me indicaba una voz, procedente del jardín del castillo.

Reconocí a Nacho agazapado entre unos arbustos y muy cauta me dirigí hacia allí.

—Nacho, no quiero seguir ni un minuto más en este lugar —le hice saber bastante afectada.

Entonces él se incorporó.

—Alex ¿se puede saber qué te pasa? Estás llorando —apreció, abrazándome entonces.

—He cometido el mayor de los errores viniendo a esta cena —le expliqué entre sollozos.

—Pero ¿por qué? —trató de averiguar.

—¡He perdido a Andrei, para siempre! —exclamé conmovida.

—Bueno, ya está bien; tienes que calmarte. Los lobos han bajado al pueblo y también al sótano de tu casa; quien abrió la puerta no la cerró y los lobos han estado entrando y saliendo todo el tiempo —me explicaba.

—Pero ¿quién? —quise saber.

—No lo sé: no logré ver a nadie, sin embargo, encontré esto en el túnel, cuando venía hacia aquí —me dijo, mostrándome un lazo color fucsia.

—¡Oh, Dios mío! ¡es de Petrica! —reconocí.

—En ese caso, es posible que los lobos la hayan atacado esta noche —opinó trágicamente Nacho.

—¡Pero eso sería algo monstruoso! ¡Petrica, pobre niña! —me lamenté consternada, aún con mi rostro bañado en lágrimas.

—Alex, debes regresar al interior del castillo: sus exteriores no son seguros —me sugirió.

—Nacho, ahora que recuerdo: hace sólo un momento escuché a alguien tararear esa cancioncilla que Petrica suele cantar. Debía estar cerca de aquí y era la misma canción de la niña. ¿Por qué la cantaba? —planteé misteriosa.

—No tengo ni idea. Puede tratarse de cualquier canción infantil que todos por aquí conocen —opinó Nacho.

De pronto se escucharon pasos.

—Alguien se acerca —intuyó Nacho, dirigiéndose a mí casi en un susurro.

Entonces me volví, pero en medio de tanta oscuridad no lograba distinguir nada.

—Tienes que regresar al castillo o ese Bret podría sospechar —me dijo.

—Pero ... —traté de hablar.

—Intentaré tenerte localizada en todo momento. En un par de horas nos reuniremos en el despacho de Bret Antonov: investigaremos esa misteriosa puerta de la que me hablaste ¿has entendido bien? —me preguntó exigente.

—Si —afirmé algo afligida aún.

Los pasos que minutos antes escuchamos, ahora se encontraban más cerca que nunca de nosotros. Nacho se ocultó nuevamente en el oscuro jardín. Pronto distinguí una silueta caminando hacia mí. Era Bret Antonov; lo observé atentamente: la esbeltez de su físico; cada parte de su cuerpo se mostraba perfecta.

—Alejandra, pero... ¿qué haces aquí? —me preguntó extrañado, llegando hasta mí y tomando cálidamente mis hombros con sus manos.

—Quería tomar algo de aire —me justifiqué.

—Si permaneces fuera, enfermarás: hace mucho frío —aseguró, mirándome incrédulo y al tiempo preocupado— Vamos, la cena hace tiempo que comenzó —me hizo saber.

Y tomándome de la cintura, como solía hacer, caminamos rumbo al castillo; mientras, en la oscuridad del jardín tal vez Nacho aún acechaba, esperando el momento perfecto para entrar.

Frente a la puerta del gran salón, en el cual acontecía una magnífica cena, Bret se detuvo, frenando mi caminar también.

—Alejandra ¿te incomoda todo esto? —me preguntó ante mi sorpresa.

—¡Nooo! —negué.

—Pues entonces ¿qué sucede? —trató de averiguar.

—No sucede nada... —respondí poco convincente— bueno... no estoy acostumbrada a este tipo de fiestas. Bret, no quiero que te equivoques conmigo, no pretendo confundirte; como hombre me atraes mucho, pero supongo que cualquier mujer podría sentirse así.

Mientras trataba de explicarle todo esto, su mirada se tornaba hipnótica, como otras tantas veces y sus labios, tan gruesos y muy juntos, mostraban esa atractiva sonrisa que provocaba mi nerviosismo.

—No me mires así, por favor —le pedí incómoda.

Pero se mostraba ajeno a mis palabras, pues su actitud seguía siendo la misma.

—Dime que esta cena es en honor a ese cuadro que tanto te gusta y que yo pinté —le pedí.

—No, me temo que no —contestó con total seguridad.

Lo miré confusa.

—Yo sólo quiero conocerte un poco más y deseo abrir las puertas de mi casa para ti. Necesitaba un motivo por el que permanecer en Bram y ahora lo he encontrado —me explicó.

—Pero Bret, yo...

—Vamos, Alejandra: la cena espera —me interrumpió, abriendo la puerta del salón e invitándome a entrar.

Todo transcurría de forma apacible. Nuestras conversaciones no volvieron a ser demasiado íntimas. Bret no tardó en servir ese vino tinto que según Nacho contenía sangre humana. No podía ser cierto: todos en aquel salón lo estaban tomando. No obstante, y dadas las advertencias de Nacho, sería prudente y controlaría el enorme anillo de Bret, por si era precisamente droga lo que contenía su piedra.

Tras la cena dio lugar el baile. Bret y yo bailamos largo rato. Se mostraba atento en todo momento conmigo y preocupado a la vez. Estábamos tan pegados que sentía su respiración en mi oreja, el abrir y cerrar de sus labios, cada suspiro, cada latido de su corazón. Parecía muy seguro de todo; quizás pensaba que me quedaría para siempre con él en su castillo, pero la realidad era otra muy distinta; en cuanto saliera de esa fiesta, viajaría hasta Sinaia en busca de Andrei; debía hablar con él, tenía que explicarle hasta qué punto todo había sido un error, un inoportuno mal entendido.

El tiempo iba pasando y debía buscar la excusa perfecta para ausentarme durante un rato; Nacho me esperaría en el despacho de Bret, suponiendo que hubiera logrado entrar en el castillo.

Todos parecían más entretenidos que nunca y Bret Antonov había desaparecido momentáneamente del salón: ¿dónde se habría metido? Tenía que aprovechar la oportunidad y fue entonces cuando, con gran disimulo y aprovechando el bullicioso baile, salí de allí, cerrando tras de mí la puerta. Me encontraba en el pasillo, sólo alumbrado por las velas en candelabros colgados de las paredes. No se escuchaba nada; el silencio era estremecedor. Anduve hasta llegar al hall, tratando de hacer el menor ruido en mi caminar, recogiendo un poco mi vestido para no tropezar. Debía llegar hasta el despacho de Bret sin ser descubierta: Nacho me estaría esperando. Frente a la puerta del mismo, giré cuidadosamente el pomo; con suma rapidez entré y cerré entonces despacio, muy despacio. La estancia no estaba demasiado alumbrada, pero sí lo suficiente como para visualizar todo cuanto allí había. Avancé un poco hacia el interior; estaba asustada. De pronto, alguien tras de mí tapó con sus manos mi boca, inmovilizándome momentáneamente. Traté de luchar contra aquello presa del pánico, pero un susurro en mi oído me tranquilizó.

—No grites, por favor Alex.

Era Nacho. Lentamente, fue retirando su mano de mi boca y yo me giré un poco para mirarle.

—¡Maldito seas, Nacho! ¡me has asustado! —le reproché en voz baja.

—Lo siento, lo siento mucho. Este lugar es peligroso; temí que no vinieras —me dijo.

—Debemos darnos prisa: Bret no tardará en echarme de menos —hablé.

—No, Alex, no volverás más al lado de ese tío. Este castillo... —trataba de explicar.

—¿Has descubierto algo? —interrumpí curiosa.

—He recorrido parte de él y cada acceso al sótano es infranqueable —me contó.

—Nacho, tal vez esperamos encontrar algo que no existe —le dije.

—Estoy seguro, Alex: aquí se forja la cúpula de Los Ángeles Olvidados, en el sótano —afirmó conciso.

—Pero ¿cómo puedes saberlo? Bret parece un tipo normal —reconocí.

—No lo es; forma parte de ellos. Esta noche se harán realidad cada una de mis hipótesis, aunque tengo algunas dudas —comentó.

Lo miré extrañada, pero entonces escuchamos pasos cercanos al despacho, concretamente en el hall. Con grandes zancadas, llegamos al fondo de la estancia, más oscura aún. La misteriosa puerta tras la cual una mujer pedía ayuda días atrás se hallaba frente a nosotros. Nacho y yo nos miramos: al momento él comprendió. Se acercó a ella y se agachó un poco: tenía la intención de abrirla.

—Estará cerrada —le susurré.

Pero me equivoqué; la pequeña puerta estaba cerrada, pero sin llave. Escuchamos un leve chasquido y comprendimos que el acceso había quedado desbloqueado. Empujamos hacia dentro y lo que al otro lado descubrimos fue la oscuridad más absoluta. Nacho parecía decidido a llegar hasta el final; me tomó de la mano y juntos atravesamos el límite de la realidad para adentrarnos en los confines de la locura más absurda e ilógica. Avanzábamos despacio, tal vez temiendo encontrar aquella esencia tan verídica para Nacho. Portaba una vela en un pequeño candelabro; era luz suficiente para no chocar con nada. Sólo fueron necesarios algunos pasos antes de comenzar el descenso por unas empinadas escaleras. Mi mano sudaba entre la suya; estaba asustada de verdad. A cada paso, el olor a humedad se hacía más elocuente.

—Nacho, esto es una imprudencia —le referí en voz muy baja.

—En el sótano podremos encontrar todas las respuestas —aseguró.

—¿Y si no las hay? tal vez ahí abajo no encontremos nada —le dije, deseando que así fuera.

Pero él no respondió. Habíamos descendido mucho y al llegar abajo del todo, podía oírse un goteo procedente de las zonas más altas y húmedas del techo, abovedado todo él, de piedra gris, ofreciendo el aspecto más siniestro del lugar. Entrábamos en la zona más abrupta del castillo, sobrecogiéndonos ante lo allí expuesto. Varios ataúdes se disponían sobre gruesa piedra. Miré a Nacho: no entendía nada, pero me sentía como inmersa en una película de terror. Él, seguro en cada uno de sus pasos, seguía en su decidido avance, aun tomándome de la mano. Llegamos junto al primero de ellos: estaba abierto y vacío, como el resto.

—Salgamos de aquí, por favor —le pedí en un susurro desesperado.

—Tranquila —respondió.

—¿Cómo quieres que esté tranquila, Nacho?! ¡Tengo miedo! —exclamé asustada— ¿Qué hacen aquí estos ataúdes? ¿Y por qué están vacíos? —quise saber.

—Los Ángeles Olvidados viven como vampiros; duermen durante todo el día para estar preparados por la noche —me informó.

—Sólo dices disparates; el único cementerio de Bram está aquí, en este castillo: sólo a eso se debe todo esto —razoné muy nerviosa.

—No, Alex: estás muy equivocada —aseguró.

Pero entonces escuchamos el tarareo de una canción, esa misma que horas antes había escuchado fuera del castillo, aquella que en tantas ocasiones había entonado Petrica. Alguien accedía al sótano y era necesario que Nacho y yo nos ocultásemos. Muy encorvados, correteando por entre los tétricos ataúdes allí expuestos, buscamos un escondite; nos mirábamos desconcertados pues, a pesar de la oscuridad existente, no lográbamos encontrar el lugar más seguro para no ser descubiertos.

—¡Vamos, arriba! —decidió Nacho, tomándome bruscamente de la cintura y elevándome lo suficiente como para que pudiera acceder a uno de los ataúdes abiertos.

No había tiempo para reclamos: debía obedecer. Me tumbé en aquella caja, bien acolchada en su interior y con los ojos muy abiertos, esperé acontecimientos. No se escuchaba nada, sólo esa canción y unos pasos acercándose cada vez más al lugar en el que yo me encontraba. Pronto se detuvo, al igual que mi respiración; de seguir en aquel estado, me asfixiaría, pues aquella era una

situación terrorífica para mí. Manipulaba un cerrojo o algo parecido y entonces sonó el chirriar de unas bisagras. Tras unos movimientos, volvió a imperar el silencio, hasta que segundos después, unos extraños sonidos hacían presagiar la peor de las pesadillas; alguien parecía succionar con la fuerza de un animal. Levanté un poco la cabeza, tratando de visualizar algo y sí, algo parecía estar sucediendo en el interior de uno de los ataúdes, a poco más de dos metros de distancia de donde me encontraba. Pensé que, tal vez, alguien se había metido en él bebiendo algo, pero entonces me tumbé nuevamente porque el festín había terminado y esa persona trataba de salir del enorme ataúd. Comenzaba esa cantinela otra vez; ahora estaba segura: su voz era inconfundible para mí.

—Petrica, ¡es Petrica! —pensé enloquecida de espanto.

Tenía que incorporarme nuevamente; quería verla. No podía ser imprudente; con una leve inclinación de cabeza, logré distinguirla. Estaba de espaldas a mí; en su intento de bajar del ataúd, había caído. Parecía muy debilitada, pues apenas podía andar. De su cuello emanaban dos finos regueros de sangre y aunque continuaba con su incansable canto, parecía incapaz de dar un paso adelante. Al girarse un poco, reconocí su perfil; dos coletas formaban parte de su peinado, adornadas por un precioso lazo fucsia. Comenzaba a caminar en dirección a la salida del sótano y entonces me fijé mejor: sólo llevaba lazo en una de sus coletas; el otro lo tenía Nacho, él mismo me lo enseñó. Pero ¿Qué hacía Petrica en el sótano de mi casa? En él fue encontrado el lazo fucsia que ahora le faltaba.

Después de subir unas escaleras con bastante dificultad, desapareció en medio de la penumbra y yo me senté entonces en el ataúd, asegurándome de la soledad del lugar para poder salir. Sin embargo, en su reconocimiento visual mis ojos se detuvieron en el ataúd del que Petrica había salido; no estuvo sola en él, de eso no cabía la menor duda; esa sangre en el cuello debió hacérsela alguien. Salí de la maldita caja y anduve hasta allí, silenciosa y atemorizada como jamás lo había estado. Me aproximé con sigilo; ahora estaba junto a la caja; tuve que elevarme sobre mis pies para poder visualizar lo que en su interior había. Encontré a una niña dormida, con sus labios emanando sangre, pálida, ojerosa. Vestía con un fino camisón color crema y su rostro, muy lejos de parecer angelical, podría sobrecoger a cualquiera. Me quedé estupefacta frente a ella, observándola con horror; sólo era una niña y tal vez estaba muerta. Debía tocarla para confirmar esto. Sólo rocé suavemente una de sus manos y ella, ante mi espanto, abrió sus grandes ojos celestes, sentándose espontáneamente en el ataúd, asustándome tremendamente con su aterradora mirada y su boca derramando sangre. Emitió un sonido extraño y fue cuando, ante un miedo inconmensurable, la empujé bruscamente, haciendo que se tumbara y cerrando el ataúd de un golpe; entonces, hui despavorida. Aquella niña arañaba la tapadera de la caja y pataleaba desde el interior, emitiendo sonidos semejantes a fieras hambrientas a punto de devorar. Yo corría desorientada por el siniestro sótano, buscando una salida, llamando entre susurros de horror a Nacho, tratando de escapar. En mi desesperada huida, tropecé y caí, rodando bruscamente escaleras abajo. A los pocos segundos me encontraba tirada en el frío suelo de otro lugar del sótano, dolorida, con parte de mi vestido rasgado y sangrando levemente por el labio. Mi propia respiración hacía eco en aquel lugar, tan húmedo y oscuro. Con grandes esfuerzos logré levantarme. Ante mí se erguía un exuberante ataúd. Cuando estuve lo suficientemente cerca comprobé que estaba cerrado a cal y canto. De la cerradura del mismo pendía una pequeña llave, extraña y formando parte de ella una enorme piedra verde: ¡era la misma que Bret llevaba en su anillo! Giré cuidadosamente la llave y el chasquido de la cerradura me indicaba que el ataúd había sido abierto. Mi corazón se aceleraba al tiempo en que, con mis propias manos, levantaba la tapadera para descubrir el cuerpo que yacía en él. Sólo fueron décimas de segundo lo que mis fuerzas aguantaron el peso de aquella enorme tapa, de una madera maciza y labrada con esmero,

pero fue un tiempo suficiente para ver al anciano que descansaba allí, dormido o muerto quizás, viejo, muy viejo, con un elegante traje negro y un pelo cano y muy peinado para atrás. La tapa cayó bruscamente y yo me aseguré de cerrar la caja tal y como estaba, sacando después la llave y comprobando que podía transformarse en un sofisticado anillo de incalculable valor. Decidí ocultarlo, valiéndome para ello de mi ropa interior y entonces, con mucha más agilidad que minutos antes, corrí escaleras arriba, dispuesta a salir de aquel lugar. Debía pasar nuevamente por la zona del sótano donde había descubierto a aquella endemoniada niña; sin embargo, ahora todo estaba en calma, como Nacho y yo lo encontramos al llegar.

—¡Nacho! —recordé.

Eché un vistazo rápido: por allí sólo quedaban los ataúdes vacíos y el ocupado con la niña.

—¡Nacho, Nacho! —lo llamé entre susurros una y otra vez.

Nadie respondió. No podía continuar en aquel lugar. Subí aquellas escaleras que sabía me llevarían de regreso al despacho de Bret: allí estaría a salvo. Cuando llegué, todo continuaba de igual modo: alumbrado por las tenues velas y en silencio. Pero Nacho tampoco estaba allí. Sentí escalofríos al pensar que, quizás no subió aún. Ese sótano era un cementerio viviente o mucho peor. Escuché entonces una música y recordé que en el Castillo de Bram se estaba ofreciendo una fiesta en mi honor. Bret debía estar buscándome enloquecidamente. Tenía que aparecer ya o...

—¡Dios mío, mi vestido! —me alarmé al comprobar el destrozo.

¿Cómo iba a justificar aquello? Lo más lógico era fingir un desafortunado accidente.

Salí del despacho y avancé por el largo pasillo rumbo al salón donde aún sonaban los últimos resquicios de la fiesta. Encontré al mayordomo en la puerta y le pedí, por favor, que avisara al Señor Antonov.

—Señorita Alejandra, por Dios, ¿se encuentra usted bien? —se preocupó el hombre.

—No muy bien, la verdad —respondí más sincera que nunca.

—Siéntese aquí y tome un poco de agua: ahora mismo avisaré al señor —dijo el mayordomo, entrando en el salón y cerrando tras de sí la puerta.

Yo esperé en una cómoda silla ubicada en el pasillo, saboreando un poco de agua, tratando de recuperar el aliento que al bajar a ese sótano perdí. Sólo transcurrieron tres minutos desde que el mayordomo se marchó; entonces la puerta del salón volvió a abrirse y por ella salió Bret. Su rostro mostraba una gran preocupación. Caminaba con grandes zancadas hacia donde yo me encontraba sentada, serio, con las mangas de su camisa remangadas y su pelo rubio suelto, cayendo hombros abajo. Al llegar a mi lado, se agachó, tomando mis manos entre las suyas.

—Alejandra, ¿dónde te habías metido? Te he buscado por todos lados —me dijo.

—Bret, yo ... lo siento —me disculpé, rompiendo entonces a llorar.

—Vamos, no llores, por favor —me pidió, abrazándome entonces.

Pero el miedo a todo lo descubierto aquella noche invadía mi cuerpo.

—Estás temblando —apreció mientras yo aún permanecía entre sus brazos.

—Quiero irme a casa —le hice saber.

—¿A casa? Ya sabes que no es prudente conducir hasta el pueblo a estas horas —me recordó, mientras ambos nos incorporábamos de pie.

—Me encuentro mal —hablé.

—Pero ¿qué le ha pasado a tu ropa? —se sorprendió al ver partes de mi elegante vestido completamente desgarradas.

Yo me separé un poco más de él y observé el desastre.

—Estuve en el jardín todo este tiempo; me perdí en él y al no encontrar el camino de regreso, comencé a ponerme nerviosa; tropecé varias veces y éste fue el resultado —le conté, sutil y

mentirosa.

—A estas horas, ese jardín también podría ser peligroso. Alejandra, el Castillo de Bram está rodeado de bosques y en esos bosques habitan lobos hambrientos; deberías tener más cuidado —me regañó.

No objeté nada.

—Volvamos con los invitados al salón —propuso.

Y así lo hicimos. Allí estaban todos aún y al parecer, cada uno de ellos sería gentilmente hospedado en el castillo hasta el amanecer.

Al poco rato, Bret me acompañó hasta la habitación que en ocasiones anteriores habían habilitado para mí. Esa noche no sería menos.

—Me temo que no guardarás un buen recuerdo de esta fiesta —sospechó una vez hubimos llegado junto a la puerta de la habitación.

—No, nada de eso —traté de negar, incierto.

—Siento tanto todo lo que te ha pasado —se disculpó.

—No ha sido culpa tuya, Bret. Esta fiesta ha sido un bonito detalle por tu parte: no lo olvidaré jamás —aseguré.

Entonces acarició mi rostro con una de sus manos; era la derecha y ¡no llevaba el anillo!

—Eres tan hermosa y estoy tan enamorado de ti —se atrevió a confesarme una vez más.

Ante eso no había nada que responder. Sus ojos me miraban ensimismados, con tanto brillo; se aproximaba sin pretender detener todo aquello. Sus labios ansiaban un roce con los míos y yo, sentía sus cálidas manos en mi rostro, suaves y pausadas. Cerré los ojos y entonces sus labios acariciaron los míos, despacio. Ahora sus dos manos sujetaban con fuerza mi cuello; no, no se escaparía nada en ese beso.

—Bret, Bret... —susurré, girando un poco mi cara y sonriendo entonces, persiguiéndome él con sus labios.

No, ese era un juego peligroso; debíamos abandonarlo ya.

—Bret, estoy muy cansada, por favor... —le pedí.

Tras mis palabras, dejó de insistir. No se mostraba frustrado; para él, con ese beso, se había abierto una puerta, aunque la realidad era otra muy distinta.

Una vez sola en mi habitación, traté de meditar sobre todo lo acontecido aquella noche, la más intensa de todas cuantas había vivido en Transilvania. Pero lo más preocupante de todo para mí era el paradero de Nacho: debió escapar por cualquier otra salida del sótano y era posible que al día siguiente aguardara mi llegada en casa.

Extraje el anillo del íntimo escondite y lo observé detenidamente, indagando en cada uno de sus misterios; un anillo que podía convertirse en llave y una bella piedra que albergaba extraños polvos blancos. Era de Bret Antonov, no me cabía duda, pero, si lo encontré en la cerradura de ese ataúd ¿era porque Bret había estado ahí abajo? ¿es que él conocía la pesadilla existente en ese *lugar olvidado*?

El maldito reloj del castillo dio fe de mis horas de vigilia. Aquel sótano, en lo más profundo y oscuro del lugar, había conseguido despertar en mí ansiedades difíciles de controlar y cuando, a la mañana siguiente vi el primer rayo de luz entrar por la ventana, me levanté y salí de la habitación. Se escuchaba revuelo, tanto en el interior del castillo como fuera: los invitados que habían pasado la noche en él, comenzaban a marcharse. Al bajar al hall, encontré a Bret, como buen anfitrión, despidiendo a cada uno de ellos, educado y galante como de costumbre.

En cuanto me vio, todas y cada una de sus atenciones restantes fueron dirigidas a mí.

—Alejandra, preciosa, espero que hayas descansado —deseó, besando mis manos.

—Con la luz del día, las cosas parecen diferentes —hablé.

—Son diferentes —puntualizó.

Yo sonreí.

—¿Tomamos un café? —me propuso.

—No: debo marcharme ya —respondí, negándome a ello, encontrando su rostro decepcionado.

—Pero aún es muy temprano; un café te repondrá de tan larga noche y... —trató de convencerme.

—No Bret: lo siento, pero debo irme ya —respondí tajante.

—En ese caso te acompañaré —se ofreció dispuesto.

—No es necesario, de verdad... —le dije.

—Insisto —objetó.

Y cuando todos los invitados hubieron partido hacia sus destinos, apareció ante la puerta del castillo el Rolls Royce Phantoms conducido por el chofer. Ambos ocupamos los asientos traseros, espaciosos y cómodos. El elegante coche comenzó su marcha, atravesando los jardines del castillo, dispuesto a salir de sus confines, rumbo al pueblo de Bram. Me mostraba seria y pensativa, con la vista perdida en la ventanilla del auto, apoyada la barbilla en mi puño cerrado y con el abrigo bien abotonado.

—No te agradó la fiesta —escuché hablar a Bret.

Volví la cara y encontré su mirada, triste en cierto modo.

—Claro que me gustó —mentí.

Él sólo sonrió con amargura.

—Dime, Alejandra ¿qué puedo hacer para que seas feliz a mi lado? —planteó, acariciando mi rostro con su dedo índice.

Parecía tan abatido...

—Bret, por favor, tú no tienes que hacer nada; ha sido una fiesta maravillosa; nadie, nunca había hecho algo así por mí: te estoy muy agradecida —le dije.

—¿Eso significa que volverás? —quiso saber.

—Tú y yo volveremos a encontrarnos, de eso estoy segura —contesté rotunda.

Bret se aproximó un poco más a mí y besó una de mis mejillas con una sensualidad máxima. Me ruboricé y dirigí nuevamente mi mirada hacia la ventana.

Minutos después, llegábamos. El Rolls Royce se detuvo y el chófer bajó de él. Me giré hacia Bret: había llegado el momento de despedirnos. Él parecía tratar de ensimismarme con su mirada,

profunda e hipnótica.

—Nos veremos pronto, mi preciosa Alejandra —aseguró seductor.

—Es posible —respondí, mientras él tomaba mis manos y las besaba.

Entonces la puerta se abrió y descendí del coche remangando un poco mi vestido. Me alejé a paso ligero del vehículo y cuando llegué junto a la puerta de la casa, rebuscaba las llaves cuando dirigí una última mirada al exuberante coche; y ahí permanecía él, serio, con un intenso destello de luz en sus ojos y en su rostro la frustración de no poderme tener para siempre todavía.

Entré y cerré bruscamente. Apoyada en la puerta, comencé a llorar, resbalando poco a poco hasta quedar sentada en el frío suelo. Cubrí mi rostro con las manos, desesperada ante unos acontecimientos que escapaban a mi entendimiento. Andrei me había dejado y eso me destruía por dentro, pero si había alguien que me preocupaba de sobre manera era Nacho. Entonces me levanté del suelo y anduve por el pasillo llamándolo incesante.

—¡Nacho! ¡he vuelto! ¡¿dónde estás?! —exclamaba una y otra vez, entrando entonces en el salón y comprobando que todo continuaba como la última vez.

Bueno, todo no; sobre la mesa se hallaba una carta y junto a ella unas llaves. La tomé en mis manos y tras abrirla, comencé a leer.

“Alex, es importante que regreses sana y salva o de lo contrario nada habrá merecido la pena. Te he ocultado algunas cosas por precaución, por tu propia seguridad, información que descubrí durante mis investigaciones y que si, ahora no vuelvo, debes conocer. Esas son las llaves de mi casa, en Brasov: debes viajar hasta allí y hacerte cargo del misterioso Libro de Nicoleta Ivanov. Si pretendes llegar hasta el final en todo esto, léelo; si decides lo contrario, destrúyelo y ocúltate muy bien: Los Ángeles Olvidados no deben encontrarte nunca más o tu suerte estará echada. Tu amigo, para siempre: Nacho”.

Levanté mis ojos de aquella carta y traté de pensar. Nacho permanecía en el castillo o de lo contrario habría regresado a mi casa. Estaba tan confusa... cogí las llaves y lentamente salí del salón, tomando las escaleras que llevaban a la buhardilla: debía prepararlo todo para partir lo antes posible hacia Brasov. Después volvería a Bram, a su castillo.

Poco después de una hora todo estaba preparado; tras ducharme y vestirme con ropa cómoda, dispuse todo en mi mochila y tomando mi entallada cazadora de piel color blanca, bajé las escaleras de la casa rumbo a la salida; recorría el largo pasillo dispuesta a no detenerme por nada, pero al abrir la puerta mi sorpresa fue mayúscula al encontrarme con ...

—¡Petrica! —exclamé al verla.

Sentí un incomprensible terror en mi interior al mirarla a los ojos; ella sonreía inocente, como de costumbre, pero ahora sabía que se trataba de una niña extraña y peligrosa, muy peligrosa.

—Hola Alejandra: ¿te marchas? —quiso saber, mirando la mochila colgada en mis hombros.

—Pues... así es. Es muy temprano para estar en la calle ¿no crees? —le dije.

—Venía a visitarte y a pintar un poco —respondió sencillamente.

—Me temo que hoy no podrá ser: tengo mucha prisa, Petrica; en otro momento ¿de acuerdo? —decidí.

—Claro —aceptó— ¿Regresarás pronto? te estaré esperando —aseguró.

—Bueno, aún no lo sé —dudé, tratando de darle la menor información posible.

Todo su rostro se teñía de un color amarillento y esas ojeras, exageradamente marcadas... sin embargo, derrochaba vitalidad. Dirigí mi mirada a su cuello, pero estaba bien oculto bajo la lana de su bufanda. Pensé en el pasadizo que había en el sótano de mi casa y que tal vez era la propia Petrica quien abría la puerta a los lobos, esa puerta subterránea, la misma por la que estos animales se llevaron a su amiga Yelena.

—¿Cómo está tu amigo Nacho? —me preguntó ante mi sorpresa.

—¿Nachó? Pues... hace días que no le veo —mentí.

—Pues estuvo en tu casa ayer: creo que trataba de encontrar el escondite secreto —me dijo, esto último en voz baja.

Impresionada y asustada ante su revelación, no supe qué responder. Nacho estuvo en mi casa en secreto: ¿cómo podía saberlo Petrica? Sí, no había duda: ella guiaba a los lobos hasta el sótano de mi casa y tal vez ahí fue donde descubrió a Nacho. En el Castillo de Bram le perdí el rastro a mi amigo: ella pudo tenderle una trampa. Todas estas conjeturas pasaron por mi cabeza en cuestión de segundos, mientras ella me observaba con sus inquietantes ojos claros.

—No puedo entretenerme más: nos veremos pronto, Petrica; cuídate —le sugerí, saliendo al fin de la casa y cerrando con llave la puerta. Crucé el asfalto y llegué hasta mi coche, abriendo el cierre centralizado desde el mando y montando entonces. Introduje la llave y tras dar al contacto, el Land Rover arrancó a la primera, expulsando una espesa capa de humo blanco mientras que, casi sin tiempo de haber calentado, echó a andar. Circulaba despacio y antes de salir del callejón miré por el espejo retrovisor; allí permanecía Petrica, de pie sobre el umbral, sin perder detalle de mi partida.

—¡Maldita niña! —me dije, descargando manotazos contra el volante.

Circulaba a más de noventa; los bosques colindantes con la carretera estaban nevados, ofreciendo el más bello paisaje de Transilvania. Tenía que llegar hasta Brasov; en el apartamento de Nacho me esperaba el Libro de Nicoleta Ivanov, pero antes me desviaría rumbo a Sinaia: Andrei partiría a Londres en cuestión de horas y antes de que esto ocurriese debía hablar con él. No, no me resignaba a perderle sin más; tenía que escucharme pues todo tenía una explicación y yo estaba dispuesta a dársela.

Eran casi las doce del mediodía cuando tomé el desvío que me conduciría al Palacio de Peles. Recorría la estrecha carretera entre bellos bosques de pinos cubiertos de nieve. Me aproximaba al lugar, pues muy pronto pude divisar las torres del castillo. Aminoré un poco más la velocidad y recorrí despacio el puente de piedra sobre un riachuelo de agua corriente. En pocos segundos había llegado a mi destino y estacioné mi todoterreno junto al BMW de Andrei, frente a la entrada principal. Me puse la abrigada cazadora de piel y bajé del coche. Al subir las escaleras y llegar a la puerta, llamé al timbre, ubicado en el lado derecho de la misma; su sonido era estruendoso, parecido al de una enorme campana. Esperé un poco y entonces escuché unos pasos aproximarse al otro lado. Una mujer, vestida con un traje de chaqueta color gris marengo abrió. Sonrió al verme; tenía el pelo oscuro y liso, recogido en una coleta; aquella señora no superaba los cincuenta años.

—Buenos días ¿en qué puedo ayudarla? —se interesó tras saludarme.

—Hola; pues... buscaba al señor Andrei Holzhausen ¿está? —quise saber.

—Sí, aunque se encuentra atendiendo una importante llamada de teléfono: ¿desea esperarle en el salón? —me invitó aquella mujer.

—Sí, gracias —afirmé.

—Sígame, por favor —me pidió, conduciéndome hasta el lugar.

A lo largo del pasillo sólo se escuchaba el taconeo de sus zapatos y el de mis sofisticadas botas de charol blanco, altas, justo por debajo de la rodilla, casi acariciando el largo de la entallada falda negra que con elegancia esa mañana exhibía.

—Puede esperar aquí —me indicó, señalándome un sillón cercano a la chimenea ya encendida

— ¿Cuál es su nombre, por favor? —me preguntó entonces.

—Alejandra —respondí sin más— él sabrá quién soy.

—Muy bien, señorita Alejandra: avisaré al Señor Holzhausen de su presencia.

Y tras estas palabras, se marchó del salón. Mientras miraba el fuego, pensaba en la desafortunada noche anterior y en Nacho, mi buen amigo Nacho. ¿Es que no logró escapar del siniestro sótano del castillo? Inmersa en estos pensamientos estaba cuando alguien entró en el salón; se trataba de la misma mujer con cara de no traer una buena respuesta. Me puse en pie entonces.

—Lo siento, señorita, pero el señor Holzhausen no podrá atenderla hoy —me informó.

—¿Cómo que no podrá atenderme hoy?! He viajado desde Bram sólo para hablar con él —le hice saber.

—El señor está a punto de salir de viaje: tendrá que volver en otro momento —insistió la mujer, con sus manos entrelazadas a la altura de su pelvis.

La miré enojada, dispuesta a no darme por vencida; eché a andar, decidida a salir del salón; si estaba atendiendo una llamada sólo podía estar en un sitio: su despacho.

—¡Señorita! ¿a dónde cree que va?! —se preocupaba la mujer, andando a paso ligero tras de mi.

—Andrei tendrá que verme, quiera o no —aseguré, recorriendo el pasillo hacia el lugar indicado.

—¡No puede hacer eso! ¡el señor está muy ocupado! ¡por favor! —me pidió ella.

Pero ya había llegado. Me encontraba frente a la puerta del despacho; no tuve tiempo de hacer nada más, pues alguien, desde el interior, abrió las grandes puertas corredizas, apareciendo entonces. Era Andrei, quien me miraba desafiante y con ira.

—¿Qué sucede aquí?! —preguntó en tono elevado y muy molesto.

Tenía el pelo suelto y largo, muy largo. Vestía completamente de blanco, con una blusa de lino, con cuello de pico, marcando sugerentemente parte de su esbelta anatomía; los pantalones eran del mismo color, anchos y cómodos, sujetos a la cintura por un cordón que colgaba, una ropa no demasiado adecuada para viajar.

—Señor, lo siento, pero no he podido detenerla —respondió anticipadamente la mujer, tal vez su secretaria.

Yo continuaba callada; enmudecí ante aquel metro noventa de hombre, de anchas espaldas, de generosa musculatura, de perfección corporal. Él seguía con sus manos apoyadas en ambas puertas, como si estas fueran a cerrarse automáticamente y sólo él pudiera impedirlo. Pese a las palabras de la elegante secretaria, en ningún momento apartó sus ojos de mí. Parecía pensativo y enfadado, muy enfadado.

—Márchate Alejandra —me dijo, permaneciendo en la misma posición.

—Tenemos que hablar —respondí entonces.

—No hay nada de qué hablar: María te acompañará hasta la puerta —decidió, dirigiendo una mirada exhortativa a su secretaria y tratando de cerrar ambas puertas.

—¡No me marcharé de aquí sin que antes me escuches! —le aseguré ahora en un tono mucho más rotundo e impidiendo que las puertas se juntasen.

Sonrió entonces irónico:

—Aquí mando yo, Alejandra y quiero que te largues ¡ya! —ordenó con dureza.

—Tendrás que sacarme tú mismo arrastras o llamar a la policía, claro está —lo amenacé.

—Estás loca —opinó, ahora menos alterado.

—Ni estoy loca, ni soy una zorra, maldito imbécil engreído —me atreví a decirle.

Parecía muy sorprendido de mis ofensivas palabras, por lo que pidió a su secretaria que se retirara y ambos accedimos al despacho; tras de sí cerró las puertas y aún junto a ellas, en pie,

parecía dispuesto a escucharme.

—¿Qué pretendes, Alejandra? —quiso saber, mientras yo aún permanecía de espaldas a él.

Entonces me volví; se mostraba muy afectado por todo lo sucedido la noche anterior.

—Entre yo y Bret sólo existe una relación profesional por mi parte —le aclaré.

—Jaja jaja... si has venido desde tan lejos para contarme eso, te has molestado en vano. Eres muy atrevida y... —trató de decir.

—No dudaré en escupirte a la cara si me insultas —lo amenacé más seria que nunca.

—Mira, tengo que prepararme para viajar, así es que te pediría por favor que no me hicieras perder más tiempo. He sido muy benevolente contigo no sacándote arrastras de mi casa, como bien sugeriste. Ahora te pido que te marches de una vez y que no vuelvas más —decidió.

—¡No he terminado! —me exalté.

Entonces se colocó frente a mí, cruzado de brazos y con una irónica sonrisa en sus labios. Se mostraba desinteresado, rechazando todo acercamiento por mi parte; parecía muy seguro: todo había terminado para él y se marcharía de Rumania en cuestión de horas.

—Andrei, por Dios, Bret no significa nada para mí; sólo me compró un cuadro y me invitó a esa cena, nada más —le expliqué afectada.

—Estás mintiendo —aseguró sosegadamente Andrei.

—No, te equivocas; digo la verdad: sólo me importas tú, nadie más —le revelé afligida.

—Inténtalo con otra cosa porque sigues mintiendo, Alejandra —volvió a burlarse.

—Hizo esa cena para darme a conocer como pintora; tras ella, me iría definitivamente de Bram: estaba decidida a instalarme en Sinaia, lo más cerca de ti —continué confesándole.

—Tu tiempo se acaba y lo estás malgastando con mentiras, una detrás de otra —insistió aún con los brazos cruzados.

—¡Sólo te quiero a ti! ¡te lo juro por Dios que es verdad, Andrei! —le dije llorando, descontroladas cada una de mis palabras, cada tono de mis frases.

Continuaba mirándome tranquilo, convencido tal vez de que todo era mentira, sin el más mínimo gesto de consolación. Observaba, desde su más absoluta frialdad e incomprensión, como yo secaba mis lágrimas con un pañuelo, calmándome poco a poco, sola, abatida. Soné mi nariz y entonces él habló:

—¿Has terminado ya? —se atrevió a preguntarme ante mi dolor.

—¿Qué? —objeté— ¿Cómo puedes ser tan injusto, Andrei? ¿de verdad te importé alguna vez? —le pregunté con una inconmensurable pena.

—¿Y tú hablas de justicia? ¿tú precisamente? Dime ¿merecía yo que me engañaras? —planteó enfadado y transmitiendo ahora cierto dolor.

—Claro que no y no lo hice —aseguré.

—Sí lo hiciste, Alejandra; inventaste un viaje a Bucarest para poder asistir a la fiesta de Bret Antonov. Él parecía muy seguro de todo, convencido de que entre vosotros hay más que una ¿relación profesional dijiste? —me recordó mientras descargaba contra mí toda su furia.

—No sé qué pensará él ni lo que sentirá; yo sólo quise sacar un dinero por mi cuadro, nada más. Siento mucho haberte mentado diciéndote que estaría en Bucarest, pero no es un motivo suficiente para que me trates así y tampoco es una poderosa causa capaz de terminar con nuestra relación —le hacía entender.

—Tal vez sí —respondió él convencido.

—Andrei, por favor, piénsalo bien. Yo te quiero; las experiencias que viví junto a ti fueron las más bellas de mi vida. Todos nos equivocamos alguna vez: quizás a mí me pasó eso —le expliqué.

—Tu equivocación no tiene remedio, Alejandra: ya no confío en ti —decidió.

Andrei rebasaba el límite de mi paciencia y de mi dignidad por momentos. Miré en el interior de sus ojos: no era verdad que estuviera tan seguro de arrojarlo todo por la borda. Sin embargo, se mostraba tozudo ante mí, pero no le rebatiría más.

—Vuelve a tu casa de Bram: regresa junto a Bret Antonov. Ese tipo es extraño, pero con todo el dinero que tiene es posible que te haga muy feliz. Yo me iré lejos de aquí, a Londres; pronto me olvidaré de todo esto, me olvidaré para siempre de ti y tú también lo harás —aseguró.

Me acerqué entonces a él, caminando muy despacio, haciendo sonar el fino y elevado tacón de mis botas en aquella parte del salón sin moqueta. Me aproximé tanto, tanto que logré percibir su miedo, su incertidumbre, su dolor y su arrepentimiento. Pero él lo había decidido así y yo no podía hacer menos que respetarlo. Me armé de valor y le respondí:

—Tienes razón, Andrei; todo esto, muy pronto, sólo formará parte del pasado, un bonito pasado que recordaremos siempre o tal vez caerá irremediamente en el olvido —él me miraba más interesado que nunca— Regresaré a Bram —continué— pero sólo permaneceré allí el tiempo justo, después abandonaré definitivamente Transilvania y me olvidaré de toda esta aventura que me ha provocado más quebraderos de cabeza que cualquier otra cosa —le dije.

—¿Una aventura? ¿es que has considerado lo nuestro una aventura? —se preocupó ahora.

—Lo nuestro —repetí pensativa y mucho más calmada— ¿es que hay que considerarlo algo? No volveré a molestarte jamás: espero que tú tampoco lo hagas; ya nos hemos hecho suficiente daño los dos. Adiós Andrei —me despedí, abriendo las puertas con fuerza y saliendo del despacho a paso ligero.

Él se quedó allí dentro, tal vez pensativo, reflexionando sobre la gran injusticia que había cometido contra nuestra relación. En mi caminar hacia el hall, lágrimas incesantes se deslizaban a lo largo de mis mejillas, tan espesas que dificultaban mi visibilidad.

Encontré en mitad del hall a María, la amable y servicial secretaria de Andrei. Estaba de pie, sonriente. Al verla, me sequé un poco más lágrimas de los ojos. Portaba en sus manos mi cazadora de piel color blanco, por lo que me acerqué a ella, tratando de sonreír ahora.

—Si pensaba marcharse, tendrá que esperar un poco: se ha desencadenado una tormenta de nieve y la visibilidad ahí fuera es nula —me informó con gentileza.

—Después de lo que acabo de escuchar en ese despacho, ¿qué puede significar una tormenta de nieve? Ese hombre parecía un huracán con sus palabras —me burlé, aun persistiendo algunas lágrimas.

Ambas reímos.

—No, en serio, señorita Alejandra: es peligroso conducir con este temporal. Debe esperar a que pase —me aconsejó.

—A Andrei podría darle un infarto si permanezco en su casa un minuto más; no, no... no quiero que por mi culpa muera nadie, y menos él: seguro que acudiría de entre los muertos para vengarse de mí por no haberme ido en plena tormenta —continué con la ironía, tomando mi cazadora, dispuesta a marcharme pese a las bromas.

—No me dará ningún infarto, y en caso de que así fuera, no creo que me tomara la molestia de volver a por ti —dijo una voz apareciendo en el hall.

Era Andrei, avanzando lentamente hacia donde yo y María nos encontrábamos. No respondí ante su comentario; tan sólo lo miré acercarse, hasta que llegó: estábamos frente a frente.

—No debes viajar mientras el tiempo esté así; ninguno podremos hacerlo: es peligroso —me explicó.

—¿Tengo alguna otra opción? —vacilé molesta aún.

Andrei sonrió: sólo él tenía la última palabra.

—Tienes una única opción, Alejandra: quedarte aquí, en Peles —sugirió seguro.

—No quiero causar molestias —respondí poniéndome la cazadora, dispuesta a marcharme.

—No se trata de causar molestias; se trata de que no se puede conducir en esas condiciones —me hizo comprender, muy tranquilo en su explicación.

—Yo lo haré, ya lo verás —insistí, volviéndome de espaldas y caminando entonces hacia la puerta de salida.

María permanecía inmóvil, pendiente de cada uno de mis movimientos y preguntándose una y otra vez si Andrei me detendría en mi propósito. Y reaccionó, caminando tras de mi y llegando antes a la puerta, obstaculizándola entonces con su enorme mano.

—¡Ya basta, Alejandra! Esto no es un juego: la tormenta es muy fuerte; el viento podría hacerte volcar —trataba de convencerme.

—¿Y eso a ti qué te importa? ¡¿eh?! —le pregunté con auténtica furia— aparta tu maldita mano de la puerta, por favor y déjame salir —le pedí tajante.

—No —respondió sin más.

—¡¿Qué no?! —quise entender, agobiándome su soberanía.

—No, Alejandra, no te permitiré marchar de Peles hasta que la tormenta no acabe —decidió con absoluta resolución.

—Pero ¡¿tú qué te has creído?! ¡no quiero permanecer un minuto más aquí, junto a ti! ¡no quiero tenerte cerca! Antes prefiero morir en mitad de esa tormenta ¡¿lo entiendes?! —grité.

Y entonces rompí a llorar, cubriéndome el rostro con ambas manos, destrozada mi alma, hecho pedazos mi corazón. Andrei retiró la mano de la puerta. Creí que me invitaría a abandonar su casa, pero no fue así; me abrazó muy fuerte, envolviéndome con sus fuertes brazos y besando mi cabeza una y otra vez. Estaba tan confusa...

—Lo siento, lo siento mucho —escuché de sus labios.

Pero aquella angustia me imposibilitaba a emitir cualquier palabra. Después de unos segundos, reconfortada un poco más, nos separamos, aunque él seguía sujetando mis brazos con sus manos. Nos miramos: todo sucedía demasiado deprisa, tanto que era difícil de asimilar. María había desaparecido del hall; sólo Andrei y yo permanecíamos en aquel lugar.

—Alejandra... —trató de hablar.

—No, no digas nada —le pedí, sellando sus labios con mi dedo índice— la tormenta ya terminó: tengo que irme —recordé.

—Tal vez debiéramos hablar —opinó.

—Andrei, entre nosotros ya está todo dicho; nos hemos ofendido demasiado: no más, por favor —dije abatida por todo lo acontecido.

Su mirada resignada, pretendía decir cosas una vez más, pero ya era tarde.

—Adiós Andrei —me despedí, abriendo al fin la puerta.

—¡Alejandra, espera por favor! —exclamó saliendo al exterior del palacio detrás de mí.

Pero, decidida, anduve hasta mi coche con paso firme, tratando de no resbalar en la nieve. Monté en él y arranqué; Andrei acababa de llegar y golpeaba el cristal de la ventanilla con exigencia. Lo bajé entonces: hacía mucho frío.

—Alejandra, esto no puede quedar así —opinó impotente ante mi implacable decisión de marcharme.

—Nos hemos hecho mucho daño, demasiado; no quiero sufrir más —le dije.

—Tal vez me equivoqué —trató de aplacar.

—O quizás no —planteé.

—De cualquier manera, yo... yo esperaré en la cabaña del lago tu regreso, porque sé que lo

harás. Sólo necesitamos tiempo para pensar un poco, sólo eso —se convencía, apoyado con sus codos en la ventanilla abierta de mi coche.

Pero me limité a sonreír.

—Si regresas pronto a la cabaña del lago, reconoceré mi equivocación y comprenderé que siempre significó mucho para ti; pero si no lo haces, entonces sabré que todo terminó definitivamente. Ahora tú tienes la última palabra, Alejandra; pon en orden tus sentimientos y toma la decisión correcta; sólo deseo que sea aquella que nos haga feliz a los dos —me habló, filosófico y sentimental en su discurso.

—Difícil resolución dejas en mis manos —opiné— pero lo intentaré —respondí.

Al momento Andrei se retiró un poco y tras meter la marcha correspondiente, el Land Rover Freelander echó andar, con las cadenas en sus ruedas, aquellas que fueron colocadas con anterioridad. Abandonaba los terrenos del Palacio de Peles a velocidad reducida; había nevado mucho y debía circular con suma precaución.

Me dirigía a Brasov, al apartamento de Nacho. El Libro de Nicoleta Ivanov me desvelaría muchas dudas y tal vez me ayudara a encontrar a mi amigo en ese castillo de locos.

Pasaban ya de las cuatro de la tarde; introduje la llave en la cerradura y la puerta se abrió. Entonces entré en el apartamento de Nacho: olía a cerrado. Tras cerrar la puerta, comencé la búsqueda; al entrar en la habitación, la encontré un poco desordenada, con la cama sin hacer y ropa por todas partes. No hizo falta rebuscar mucho para encontrar el misterioso libro; al abrir el cajón superior de la mesita de noche, ahí estaba. Lo cogí cuidadosamente; no era demasiado grande, pero sí grueso; un pequeño lazo rojo sobresalía de alguna de sus páginas; me senté sobre la cama y lo abrí por esa hoja en concreto; un libro escrito a mano, con una letra clara, en rumano; pero, a pesar del idioma, podía entender algo. Y decía así:

“Alejandra Ivanov. Nacida el 15 de agosto de 1982 en Oviedo (Asturias). Hija de Ion Ivanov y Sonia González. Fue separada de su madre momentos después de dar a luz ésta, y trasladada al Orfanato de “Los Ángeles Olvidados” para ser alimentada con sangre desde el primer momento”.

No podía creer lo que el texto decía: no podía estar hablando de mí; nombraba a mis padres: ¿cómo pudieron permitirlo entonces? Pasé páginas y leí un poco más; era un pasaje donde se especificaba el fin último de la secta:

“Ángeles Olvidados; sólo buscamos la vida eterna a través de la sangre, el mágico fluido rojo, transporte de los elementos básicos para que el organismo realice sus funciones vitales.

Generaciones y generaciones de personas pasarán frente a nuestros ojos, condenados a la desaparición total, a la muerte. ¡Pero nosotros no! El Rey será alimentado en su largo dormir, mientras tanto, el Príncipe de las Tinieblas se preparará para recibir a la Princesa de Los Ángeles Olvidados, para convertirse, entonces en el nuevo Rey”.

—Pero ¡esta gente está loca! —me dije convencida.

Eran muchos los pasajes narrados en aquel libro, pero no podía leerlos todos ahora; debía volver a Bram, a mi casa. Sólo allí estaría cerca del castillo, cerca de Nacho y podría recuperarle sano y salvo, o al menos eso creía.

Si partía pronto, llegaría justo antes de la puesta de sol: no debía perder más tiempo.

Una vez fuera del apartamento de Nacho y ya en la calle, accioné el mando del coche, provocando un rápido encendido de intermitentes y por consiguiente la abertura de las puertas del vehículo. Accedí a él, arrancando el motor y abrochándome el cinturón de forma precipitada. Había depositado el libro en el asiento del copiloto, junto a mí: deseaba leer cada una de sus páginas lo antes posible, aunque con ello consiguiera estremecer de miedo toda mi alma.

Conducía manipulando el GPS del coche. Brasov no era una ciudad demasiado grande, pero si lo suficiente para perderme en caso de despiste.

—¡No me vayas a fallar ahora, por favor! —exclamé, pulsando los botones del navegador.

Comprendí entonces que el aparato se había estropeado fatídicamente. Eché un vistazo a mi alrededor: saldría de la ciudad reconociendo los lugares por los que había entrado; sin embargo, por allí no había pasado recientemente, pero sí en alguna otra ocasión. Estaba segura: esas calles, esas casas... y un parque solitario a mi izquierda. Una mujer empujando una silla de ruedas con una anciana paseaban por él, sin parecer afectadas por las bajas temperaturas de aquellas horas de la tarde. La reconocí desde el primer momento: era Ruslana Stoika, la mamá de la difunta Yelena, o quizás no tan difunta...

Detuve el coche bruscamente y tras maniobrar un poco, lo dejé aparcado sobre la acera. Bajé y anduve en dirección a Ruslana y su madre; debía hablar con ellas.

—¡Perdone señora! —la llamé, tratando de alcanzarlas de una carrera.

Ella se detuvo, girando la cabeza, sujetas sus manos aún en la silla.

—Discúlpeme —le dije una vez hube llegado a su lado— me llamo Alejandra, aunque usted no me conoce —me presenté sofocada todavía.

Ruslana me miraba extrañada, pensando que quizás se tratase de un error: yo podría estar confundiéndola con otra persona, pero no era así.

—Soy amiga de Leonard Stephenson y tengo que hablar con usted —le hice saber.

—Pues... —pronunció indecisa, mirando a la anciana, la cual permanecía inmóvil y ajena a todo debido a su demencia.

Aguardé impaciente su respuesta; no sería fácil: ella no me conocía de nada.

—Mire, yo no sé quién es usted; hace mucho frío y debo llevar a mi madre a casa; lo siento —decidió, empujando nuevamente la silla, dispuesta a continuar con su camino.

—¡Espere, Ruslana, por favor! Créame: es muy importante —insistí.

Ella volvió a parar; pacientemente me miró de nuevo.

—¿Y qué podría ser tan importante para mí? ¿eh? —quiso saber.

—Yelena, su hija —respondí contundente.

Ruslana abrió un poco más sus ojos, sorprendida ante esto. La anciana, de forma casi impulsiva y automática, como si de un reflejo se tratara, giró su cara y me miró: su rostro era similar al de una bruja de los cuentos infantiles más perversos, con los ojos pequeños y muy hundidos, nariz larga y encorvada, y una boca sin dientes, oculta por una prominente barbilla y vello en la punta de la misma. Comenzó a respirar de una forma extraña; parecía enfadada, como si le faltase el aire debido a su ira.

—Tranquila mamá —objetó Ruslana, acariciando con suavidad sus hombros cubiertos por una toca oscura de lana— ¿Cómo se atreve a hablar de mi hija? Ella murió hace más de un año; es usted una mujer sin escrúpulos —trató de ofenderme.

—Lo siento, lo siento mucho, Ruslana y créame, comprendo su dolor. En ningún momento pretendí faltar a la memoria de su hija, pero es preciso que hablemos, se lo ruego —le pedí.

Ruslana parecía muy afectada por el recuerdo de su pequeña y tras una breve reflexión, me invitó a su casa. Era preciso que su madre entrase en calor y allí podríamos hablar tranquilas.

Caminábamos a paso ligero, sin hablar, sin mirarnos, con el rodar de la silla como único sonido. Llegamos y Ruslana abrió la puerta; mientras ella la sujetaba desde el interior, yo empujé la silla de su madre, adentrándola en el hall de la casa.

—Espera aquí, por favor: yo voy a acomodar a mi madre —me dijo, abriendo otra puerta y desapareciendo ambas tras ella.

Me quedé allí, con los brazos cruzados, mirando la escasa decoración del lugar; di un par de pasos hasta llegar a la puerta de entrada; miré a través de los cristales de la misma, retirando sólo un poco aquellos sencillos visillos color blanco: nevaba nuevamente y el sol comenzaba a ocultarse. No, no podría regresar a Bram esa noche.

Ví un portarretratos sobre una rectangular y estrecha mesita; me acerqué y descubrí el rostro de una niña que ya había visto antes. Mi corazón se aceleró y sentí calor sofocante en mis mejillas; recurrentes recuerdos de aquella terrorífica noche en el sótano del castillo volvían a mi mente. La del retrato era Yelena, la misma niña que vi metida en un ataúd y que sació su sed con la sangre de Petrica. Pero entonces ¿no estaba muerta?

Sentí la puerta nuevamente, aquella al fondo del vestíbulo y entonces apareció Ruslana, frotándose las manos, tal vez aún frías.

—Bueno, ya estoy aquí. Alejandra, me tienes bastante intrigada. Jamás te he visto y mi hija lleva muerta más de un año: ¿qué podrías tú contarme de ella? —trató de averiguar.

—¿Cómo murió? —le pregunté atrevida.

Ruslana me miró confusa.

—¿Quién eres tú? O mejor aún ¿a qué has venido a mi casa? —se molestó.

—Vivo en Bram en la misma casa que tú habitaste hace un año, junto a tu madre y Yelena —le expliqué.

—¿Cómo lo sabes? —se sorprendió.

—Petrica es mi amiga, como también lo fue de tu hija ¿la recuerdas? —le pregunté.

Ella asintió con la cabeza, apoyando la barbilla en uno de sus puños y mostrando una mirada mucho más pensativa.

—Esa niña me ha contado muchas cosas, sobre tu madre, sobre tu hija ... el escondite secreto... —le mencioné.

—¿Qué sabes tú de todo eso? —me interrogó.

—Ruslana ¿cómo crees que murió tu hija? —pregunté.

—Fue un accidente; Bram es un pueblo muy castigado por los lobos y... bueno, mi pequeña fue víctima de ellos. Esos animales entraron en mi casa, ¡no sé cómo lo hicieron! Ese día Yelena se encontraba sola con mi madre; todo sucedió muy deprisa —trataba de resumir.

—Tal vez el Castillo de Bram tuvo algo que ver con la muerte de tu hija —sugerí.

—No sé de qué me hablas —negó.

—Ruslana, ese tétrico castillo allá, en lo alto de la montaña, ejerce una influencia trágica y diabólica sobre los habitantes de Bram. Desde la ventana de la buhardilla tenías unas vistas excepcionales de él —le recordé.

—Quizás, aunque yo no solía subir a la buhardilla con demasiada frecuencia —respondió.

—La que lo hacía era tu madre —la informé— bajo una de las tablas del suelo, escondía la llave de los horrores —traté de contarle.

—Pero ¿de qué horrores hablas? Mi madre está enferma y empeoró mucho tras la muerte de Yelena: la quería más que a nadie en este mundo —dijo convencida.

—Sé muchas cosas, Ruslana, cosas que tú también conoces y otras que desconoces. Tengo en mi poder la tarjeta de memoria con todas las fotos sobre el castillo; he de reconocer que fuiste

muy valiente al entrar allí, y si lo hiciste, no me cabe duda de que fue por un buen motivo, importante, más que tu propia vida; y ¿sabes qué podría ser más importante que tu propia vida? La vida de Yelena y la certeza de que ella se encuentra en ese castillo ¿no es así? —descubrí ante su asombro.

Ruslana no daba crédito a todo lo escuchado; y se echó a llorar, descubierta y desconcertada. Me acerqué a ella e intenté reconfortarla acariciando enérgicamente uno de sus brazos. Ella limpiaba cada gota de lágrima con sus manos, sin apartar sus ojos de los míos.

—Ruslana, he visto a Yelena en el sótano de ese castillo ¡viva! aunque muy deteriorada, pero eso ya lo sabías tú ¿verdad? —quise confirmar.

Ella sonó su nariz, aún bastante afectada por todo.

—¿Qué está pasando en ese lugar? —le pregunté.

—No lo sé, te lo juro; son como vampiros. Se alimentan de sangre humana y para ello matan a otros. Los lobos cazan para esa gente. Nunca he tenido la certeza de que Yelena estuviera viva y en ese lugar; investigué un poco, pero lo más que pude conseguir fueron algunas fotos de lugares extraños del castillo, nada más —me contaba mucho más calmada.

—Son una secta —hablé.

—Sí, Los Ángeles Olvidados se hacen llamar. Persiguen la inmortalidad y se comportan como vampiros, durmiendo en ataúdes, bebiendo sangre y mordiendo el cuello de las personas; cuando estas mueren, sirven de comida a los lobos —me explicaba.

—La casa que tú habitaste en Bram tiene un acceso directo al castillo —le revelé.

—¿Quieres decir un camino secreto que comunica con la fortaleza? —trataba de entender.

—Sí; comienza en el sótano —le dije.

—¿El sótano? No, no, mi casa no tenía sótano; tal vez te estás equivocando —negaba segura.

—Ruslana, sí lo tiene: yo lo descubrí hace muy poco. Tu madre lo conocía y lo utilizaba para dar de comer a los lobos que venían del castillo; un día entregó a tu propia hija —le hice saber, dura y contundente.

—¿Quéeee?! ¡¿cómo te atreves a hablar así de mi madre?! —se ofendió.

—Petrica vio todo eso con sus propios ojos y ella me lo contó. Algún extraño vínculo unía a tu madre con ese castillo —intuí.

Pero Ruslana se mostraba más confusa que nunca. Entonces se acercó a mí y cogiendo ambas manos entre las suyas, las apretó fuerte y me dijo casi en un susurro:

—Quiero recuperar a mi hija: ¿me ayudarás? —se precipitó.

—Claro, pero tienes que contarme todo lo que sepas de ese lugar, absolutamente todo —le dije.

Ella se volvió de espaldas, quizás pensando en mi propuesta; sería una ayuda recíproca entre ambas. Ruslana conocía la relación existente entre su madre y el castillo de Bram, aunque no parecía muy dispuesta a contármela, al menos no todavía.

—Mira, Ruslana, un amigo mío quedó atrapado en ese lugar, al igual que tu hija, aunque quizás él aún no bebe sangre humana —le conté.

—Lo siento —respondió.

—Un líder sustenta todo ese horror en Bram y si logramos acabar con él, tal vez la pesadilla terminara y tú podrías recuperar a tu hija —le expliqué.

—No puede ser tan fácil; Los Ángeles Olvidados llevan existiendo casi un siglo; nadie ha logrado exterminarlos. Siempre han vivido en ese lugar —hablaba.

—Es preciso desenmascarar al líder, desconocido para todos, pero yo lo descubrí en su ataúd. Todos le alimentan mientras él duerme en la oscuridad del sótano. Él creó la secta y con él todo

terminaría —aseguré.

—¿Qué podemos hacer? —se apresuró a preguntar Ruslana.

—Lo más importante es que tú intentes descubrir la relación de tu madre con todo eso —respondí.

—Pero... mi madre no habla, no camina; su mirada permanece perdida hasta que cierra los ojos para dormir; me temo que es incapaz de escuchar cuando le hablan y de entender lo que le dicen: ¿cómo voy a lograrlo? —planteó incapaz.

—Hurta en sus papeles; investiga sobre su pasado, antes de que tú nacieras. Si tu madre fue capaz de entregar a su nieta a los lobos, sería por algo ¿no crees? —le hice entender.

—Está bien: averiguaré todo lo que pueda. Leonard nos ayudará —aseguró.

—¿Leonard? —hablé.

—Sí, él siempre fue muy comprensivo conmigo y me ha ayudado bastante —me explicó.

—Ya, pero en este caso es preferible mantenerlo al margen. Toma Ruslana, aquí he anotado mi número de móvil: telefonéame, por favor, en cuanto sepas algo. Y recuerda: la vida pasada de tu madre podría aportarnos muchos datos —dije.

Y tras despedirnos, salí de la casa en dirección al coche. Se había hecho de noche, por lo que la imposibilidad de volver a Bram me hizo regresar al apartamento de Nacho, donde aguardaría la llegada del alba.

Tras darme una reconfortante ducha, utilicé su albornoz, colgado tras la puerta del servicio. Tomé asiento en el cómodo sillón, con el libro sobre Los Ángeles Olvidados en mis manos y alumbrada por la intensa luz de una lámpara de pie a mi derecha. Era momento de comenzar la lectura desde el principio pues cada página podría ser reveladora de grandes secretos.

Los Ángeles Olvidados, secta destructiva donde las haya. Se proclamaban buscadores de la inmortalidad: sólo unos cuantos la habían conseguido utilizando, como base de su doctrina, la sangre. Se alimentaban de ella, adiestrando eficazmente a los lobos para que cada noche, consiguieran las víctimas necesarias para tal fin.

Todo comenzó en el Castillo de Bram, en 1912. El líder, poderoso, promulgaba su doctrina: vida eterna para él y para todo aquel que se le uniera. Y fueron muchos los que así lo quisieron. Fue una época esplendorosa para el castillo, envuelto en lujosas fiestas que, años después se convertirían en ceremonias sangrientas.

De pronto mi móvil sonó. En el silencio de aquel apartamento y ante aquella lectura, la musiquilla me sobrecogió. Rápidamente solté el libro y me dirigí hacia mi mochila; saqué el móvil y en la pantalla se escribía el nombre de Leonard Stephenson. Titubeé un poco antes de aceptar la llamada, pero finalmente así lo hice.

—¿Sí, dígame? —respondí.

—Alejandra, soy Leonard Stephenson. Ruslana me ha llamado ¿se puede saber qué te propones? —me reprochó.

—No sé de qué me hablas —traté de disimular,

—Eres una inconsciente. Esa pobre mujer perdió a su única hija hace tan sólo un año y fue enterrada en el cementerio, como todos cuando mueren; ¿cómo se te ocurre decirle que viste a Yelena en el Castillo de Bram? —continuó con su censura.

—Oye, Leonard, nada de eso es de tu incumbencia —me defendí.

—Te equivocas: Ruslana y yo somos buenos amigos; no permitiré que la hagas sufrir —me dijo muy serio y enfadado.

—No lo pretendo —aseguré.

—Entonces ¿qué? ¿eh? —trató de averiguar.

—No te metas en mis asuntos, por favor —respondí.

—Estás obsesionada con ese lugar: acabarás mal y como será así, no permitiré que arrastres en tu desgracia a Ruslana y a su madre —concluyó.

La conversación había terminado. Volví a dejar el móvil en la mochila y caminé pensativa hacia la habitación de Nacho; no deseaba leer más: sólo dormir un poco. Ruslana no iba a ayudarme; tenía demasiado miedo para hacerlo y Leonard quizás sabía mucho más de lo que parecía.

Meditaba sobre todo esto mientras abría la cama. Con aquella manta tan fina pasaría frío, por lo que me dirigí al armario: buscaría una más y debían estar ahí. No me equivoqué. La cogí y al intentar sacarla del armario, comprobé que estaba enganchada. Introduje entonces la cabeza en él, tratando de hallar el enganche. La parte más baja del armario, en la cual se encontraba la manta, estaba aislada del frío suelo por una gruesa madera clavada con puntas. Pero lo más extraño de eso era que la manta no estaba enganchada al clavo, sino atrapada en la madera. Tiré y tiré, pero no conseguí liberarla. Abrí la otra puerta del armario; era un perchero y en este lado no había madera ocultando el suelo.

—Qué raro —me dije, dirigiéndome entonces hacia la cocina.

Debía utilizar un cuchillo para desatornillar aquellas puntas y poder coger la manta. Fue un trabajo duro, incluso deterioré la punta del cuchillo, pero finalmente lo conseguí, tirando de la madera, haciéndome con la manta y descubriendo un maletín de cuero negro.

—Pero ¿qué tenemos aquí? —me pregunté, tomándolo y observándolo más de cerca.

Pesaba. Debía tener documentos dentro. ¿De quién sería ese maletín? Quizás del dueño de ese apartamento o tal vez de Nacho. Si era de este último, debía portar papeles importantes para haber sido escondido de esa manera. Pero estaba cerrado.

—¡Vaya, menuda sorpresa! —exclamé, soltándolo sobre la cama y pensando en mi siguiente actuación.

Si realmente era Nacho el propietario de ese maletín, la llave debía estar escondida en algún lugar de ese apartamento. Rebusqué en uno de los cajones de su mesita de noche, ese mismo en el que guardaba sus slips. No hizo falta revolver demasiado: ahí estaba, pequeña y de gran brillo en su tono dorado. Con cierto nerviosismo, me senté sobre la cama y entonces la introduje, abriéndose el maletín de inmediato. Saqué los papeles, folios sueltos, todos ellos escritos unos a mano, otros con tinta de impresión, pero sin duda, pertenecientes a Nacho. También encontré algunas cintas de grabadora, pequeñas, tal vez con la voz de Nacho, tal vez sin nada... Comencé a ojear los documentos, curiosa e impaciente ante tanta información oculta hasta ahora; pero ¿por qué? ¿por qué Nacho me había ocultado la existencia de aquel maletín?

A medida que avanzaba en mi lectura, comprendía que todo eran datos fruto de una investigación profunda sobre Los Ángeles Olvidados; información de tipo científica, hipótesis, datos secretos ... Nacho había descubierto cosas que jamás me contó. Yo era su amiga, me había jugado el cuello en todo esto... pero para él no fue suficiente prueba de confianza.

“Los sujetos presentan palidez en su piel, intensa fatiga y una respiración entrecortada cuando te acercas a ellos. Manifestación de inquietud y una extrema agitación acompañada de agresividad” —leía en uno de esos folios escritos por el propio Nacho.

“El sujeto experimental, una mujer de veinticuatro años estudiada en este caso, aportaba datos importantes en su analítica: se apreciaba un déficit acusado en la calidad y la cantidad de los glóbulos rojos de la sangre, encargados estos de transportar el oxígeno a todo el cuerpo. DIAGNÓSTICO: Anemia Severa” —decía otro de los informes.

No salía de mi asombro. Nacho estaba muy lejos de ser un simple programador de

ordenadores; parecía poseer amplios conocimientos en medicina. Lo más escalofriante para mí, sin embargo, era intuir que alguien tan monstruoso como Yelena o Petrica habían sido individuos estudiados por él; pero ¿cómo lo había logrado? ¿los habría analizado vivos o muertos?

Continué avanzando en aquellos estudios, casi temblando al pensar que en la única persona que había confiado me había engañado, o mejor aún, utilizado. Ahora estaba sola, otra vez.

“La enfermedad, producida por un virus, es probablemente transmitido de animales a humanos, desarrollando estos un cuadro de Encefalitis, quedando afectado el Sistema Límbico tan relacionado con el control de emociones y conducta” —seguí leyendo.

Entendía que, según esos datos, los lobos podrían ser portadores de ese virus que habían conseguido transmitir a algunos humanos.

“Una vez infectados, sus conductas están basadas en morder para obtener sangre y de esta manera sacian su sed e infectan a otros”.

—¡Dios mío! —me dije horrorizada.

Encontré la grabadora sin mayor esfuerzo y puse una de las cinco cintas que portaba el maletín. Entonces escuché la narración:

“4 de octubre de 2006. Regreso a Transilvania pues el localizador que instalé en el cuerpo de mi sujeto experimental hacia allí me lleva. Abandono de momento mi laboratorio secreto y clandestino en Burdeos para instalarme nuevamente en Brasov: allí encontraré todas las pruebas que validen mis hipótesis y me lleven al control de Los Ángeles Olvidados”.

Comprendí que esta no era la primera vez que Nacho visitaba Rumania; entendí que, desde mi primer encuentro con él, todo había sido una mentira. Estábamos en 2008 y la grabación era de 2006: ¿desde cuándo llevaba viniendo Nacho a este país? Tantos años de investigación habían dado sus frutos para él; yo sólo había sido una marioneta en sus manos, nada más.

Escuché las partes más importantes de esa cinta, avanzando hacia delante y rebobinando atrás dependiendo del interés de la misma. Mediante el localizador que instaló en esa mujer, la descubrió en el Castillo de Bram, aunque la cinta llegó a su fin y Nacho no logró entrar en él.

Cogí otra de las cintas y la introduje en la grabadora. Mantuve el volumen y presté mucha atención:

“18 de febrero de 2007. Se confirman mis sospechas sobre el enigmático Castillo de Bram: en él se forja la cúpula de la secta; todos y cada uno de sus miembros protegen al líder, tanto su identidad como su integridad física, tal vez proporcionándole el alimento con la propia sangre... Han sido cuatro meses de investigación en Transilvania, fracasada al final; el Castillo de Bram es una imponente fortaleza, infranqueable pese a todos mis esfuerzos por entrar en ella. Sin embargo, no desistiré en la idea de volver a ese lugar para hacerme con el control, como debió ser años atrás. Mientras tanto y ya en Burdeos, continuo con la investigación”.

Pulsé el botón adecuado para hacer avanzar un poco más rápido la cinta. Después accioné de nuevo el Play.

“25 de febrero de 2007. Regresé al orfanato en Asturias, después de tantos y tantos años; creí que jamás lo haría. Todo se mantenía igual que entonces, abandonado, pero exactamente igual que cuando viví en él. Al parecer y según me contaron las gentes de aquellos lugares, hace algún tiempo hubo un incendio en el sótano del mismo; todo cuanto allí había quedó muy chamuscado, prácticamente reducido a cenizas; pero yo logré encontrar una cosa muy importante: el Libro de la Secta, escrito por Nicoleta Ivanov, una extraña mujer que no consigo ubicar. Quizás fuera realmente abuela de Alejandra; Alejandra...llevo buscándola tanto tiempo... y si ellos la encontraran antes que yo, podría ser el fin de toda la investigación”.

Me preocupé ante sus palabras ¿por qué era yo tan importante para la secta? y ¿por qué estaba

tan seguro de que Nicoleta Ivanov era mi abuela?

Cambié otra vez la cinta, al haber llegado al final de la misma. Temía seguir escuchando, aunque debía hacerlo.

“29 de mayo de 2007. Encontré a Sonia González; ella conoció a alguien próximo a la secta. Ahora vive en un pueblecito de Soria, sola, huyendo de cualquier realidad que no sea su propia soledad. Supo ocultarse en un lugar idóneo para no ser encontrada, aunque yo lo logré y tal vez ellos también lo consigan. Permaneció en el Castillo de Bram durante meses, siendo mordida repetidas veces por algunos de sus miembros, distinguiéndose aún las cicatrices de tales mordeduras en su cuello. Recuerda a un niño rubio como el adiestrador de los lobos, junto a su padre; sin embargo, Sonia se ha convertido en una mujer paranoica, enferma psicológicamente, con frecuentes delirios persecutorios, acosada por todo tipo de alucinaciones, siendo recluida en sus crisis más severas en hospitales psiquiátricos de la zona. Sonia González, la madre de Alejandra, vive aún inmersa en aquella pesadilla”.

—¡Mi madre?! —exclamé desconcertada.

Aquella afirmación era una barbaridad, tanto que, muy enojada, tiré la grabadora al suelo, saliendo disparadas las pilas y terminando con todo aquello. Me tumbé sobre la cama, abatida, rodeada aún de papeles; todo se complicaba por momentos y el miedo comenzaba a invadirme. No, no podía venirme abajo ahora; estaba descubriendo cosas importantes y... De pronto vi como una pequeña tarjeta asomaba de uno de los bolsillos del maletín; introduje la mano para intentar obtenerla y descubrí una llave; estaba suelta y era de un tamaño normal; tomé ambas cosas y leí lo que en la tarjeta ponía. Se trataba de una dirección en Burdeos, Francia, sólo eso. No era demasiado grande, por lo que la guardé en mi monedero, junto a las monedas sueltas.

Una alarma sonó; abrí los ojos y me encontré desorientada en una habitación. Pronto recordé que estaba en el apartamento de Nacho, en Brasov. Me había quedado dormida sobre una cama donde muchos folios la ocupaban. Sí, el cansancio me venció y ahora debía prepararme para salir de allí con toda aquella información en mis manos.

Cuando, una hora más tarde, montaba en mi Land Rover con el libro de Nicoleta Ivanov y el maletín negro de Nacho, estaba más aterrada que nunca. No sabía a donde ir, en quien confiar, qué hacer. Todos a cuantos conocí en Transilvania me habían traicionado, todos menos uno: Andrei. Sí, Brasov estaba cerca de Sinaia: volvería al Palacio de Peles y le contaría a Andrei todo lo sucedido. Y así lo hice.

Ya no nevaba, aunque en carretera debía ser precavida. Cuando, tras recorrer los cuarenta kilómetros que separaban ambos lugares llegué, me sentí aliviada. Paré el motor y permanecí unos segundos observando el Palacio; todo parecía estar en calma a aquellas horas de la mañana. Bajé del coche y me encaminé hacia la puerta de entrada; llamé un par de veces, pero nadie salía a recibirme; sin embargo y al intentarlo, encontré que la puerta no estaba cerrada con llave.

—¡Hola! —saludé, entrando en el hall envuelto en un silencio absoluto.

Tras unos segundos de espera, decidí avanzar por el pasillo que conducía al salón; mis tacones emitían un sonido que cualquier persona que estuviera por allí, podría escuchar y, por tanto, percatarse de mi presencia; pero no fue así. En el salón el fuego estaba apagado y después de seguir mi recorrido por el pasillo, llegué al despacho de Andrei; las puertas corredizas estaban abiertas y el lugar oscuro y solitario.

—Pero ¿dónde se ha metido toda la gente? —me pregunté sorprendida, continuando mi caminata por zonas no conocidas para mí.

El pasillo era largo, muy largo; tal vez recorría todo el Palacio o quizás describiría un cuadrado, llevándome de nuevo al vestíbulo; lo cierto es que lo seguí, descubriendo, al final del todo, una habitación completamente iluminada por la luz de lámparas y ventanas. Era otro despacho, mucho más clásico que el de Andrei, con libros, multitud de libros y cuadros; pero uno predominaba sobre todos los demás, colocado en un lugar preferente de la pared, mostrando a un hombre, de unos setenta años, cano y peinado hacia atrás, elegantemente vestido, o al menos así era como la pintura lo mostraba; estaba sentado, con las manos entrelazadas sobre sus rodillas, portando un extraño anillo en uno de sus dedos, el mismo que Bret Antonov solía llevar, ese que yo logré arrebatar de aquel ataúd y que ahora tenía en mi poder.

Me asusté y recordé que ese anciano, que no era otro que Dominic Holzhausen, se parecía mucho al viejo que dormía encerrado en el ataúd más aislado del sótano del Castillo de Bram. Tragué repetidas veces saliva y mis manos comenzaron a quedarse heladas.

—Señorita Alejandra —habló una voz entrando en el despacho.

—¡AAAAAaaahhhhh! —grité sobresaltada, girándome hacia aquella voz.

—No se asuste, por favor: soy yo, María —me hizo entender, acercándose a mí y poniendo su mano en mi hombro.

—María, qué susto me has dado —le dije.

—Usted también me ha asustado a mí; el Palacio está tan solitario hoy que hasta la respiración de cualquiera asusta —habló.

—Pero ¿es que Andrei no está? —me interesé.

—No, el señor salió de viaje anoche finalmente: asuntos urgentes en Londres, aunque en pocos días estará de vuelta —me informé.

—Vaya; yo venía a hablar con él —dije decepcionada.

—Lo siento —respondió María.

—Bueno, en ese caso me marcharé —decidí— por cierto, María ¿es ese el abuelo de Andrei? —quise saber, señalando el cuadro.

—Así es: era el Señor Dominic Holzhausen. Murió hace algunos años —me contó.

—¿Estaba enfermo? —pregunté.

—Creo que sí: padecía una extraña enfermedad. Ese es un retrato muy logrado sobre él —opinó.

—Llama la atención su anillo: nunca había visto uno así; es enorme —hablé.

—Quizás el pintor exageró un poco —respondió resuelta María, riendo entonces.

Pero yo sabía que se equivocaba pues ese anillo estaba en mi poder y conocía de él su verdadero tamaño, mucho más grande que en el cuadro. Salimos del despacho y caminábamos por el pasillo en dirección al hall. Hablábamos mientras tanto.

—¿Tú le conociste? —me interesé.

—¿Se refiere al señor Dominic Holzhausen? —ante su interrogante, asentí con la cabeza— no mucho pues nunca trabajé para él. Sin embargo, cuentan que fue un hombre extraño, maniático, muy maniático y de hábitos poco comunes, pero lo cierto es que, cuando él vivía aquí, yo no trabajaba en este Palacio —me contó María.

—Entiendo —respondí.

Habíamos llegado al hall y colocadas frente a la puerta de salida, nos despedíamos.

—Ha sido un placer volver a verla —me dijo.

—Gracias María —contesté.

—Informaré al señor Holzhausen de su visita; supongo que él se pondrá en contacto con usted —opinó.

—Sí, supongo —reafirmé— Bien, hasta pronto —me despedí finalmente.

—Adiós señorita Alejandra y conduzca con cuidado: podría comenzar a nevar con fuerza en cualquier momento —me avisó previsora.

—Lo haré —respondí, caminando ahora hacia el coche.

Y una vez en él, arranqué el motor y di la vuelta para regresar por donde había venido.

¿Cómo podía ser Dominic Holzhausen el mismo anciano que yo vi en aquel ataúd? Sin embargo, el anillo de su cuadro era el mismo que yo tenía. Entonces ¿no estaba muerto? Dominic Holzhausen, Dominic Holzhausen... su nombre retumbaba en mis oídos una y mil veces. Quizás no eran la misma persona y el anillo sólo era una casualidad, pero ¿cuántas sortijas de ese tipo, de incalculable valor podrían existir en el mundo?

—Ninguna, posiblemente ninguna —me respondí mientras guiaba el volante.

Todo eso no podía ser una casualidad; todos pensaban que Dominic Holzhausen murió hacía años, pero tal vez no fue así; si era el mismo viejo que yo encontré en aquel ataúd del sótano del castillo, se había convertido en uno de ellos, en miembro de Los Ángeles Olvidados...

—¡El líder! —pensé alarmada— ese viejo podría ser el líder de la secta; estaba apartado, solo, en el lugar más oculto de todos y cerrado su ataúd con llave...la del anillo: la de su propio anillo —conjeturé— ¡Oh! ¡Dios mío! —exclamé asustada.

Lo estaba tanto que ya no estaba segura de querer investigar más; todas esas casualidades me aterraban de sobremanera.

—Debo escapar —me dije— sí, eso haré: regresaré a España e intentaré localizar a Sonia González; si verdaderamente es mi madre ...

Pero la realidad no era esa, sino otra muy diferente: Los Ángeles Olvidados. Ellos consiguieron localizarme, trayéndome a Transilvania con algún propósito. Era prioritario encontrar a Nacho y confirmar mis sospechas sobre el abuelo de Andrei. Sí, eso haría porque si mi amigo aún estaba vivo, podría responder a todas y cada una de mis preguntas.

Casi era mediodía cuando entraba en mi casa de Bram, cargaba con el libro y el maletín negro; estaba muy cansada y lo primero que debía hacer era asegurarme de que el acceso al sótano continuaba bien tapado. Y recorriendo el pasillo de la casa, escuché algo. Paré mi marcha y permanecí expectante durante unos segundos, asustada y convencida de que cualquier cosa podría encontrar allí. De pronto unos pasos se escucharon en el salón; un atroz miedo me invadió de pies a cabeza; continuaba paralizada, tratando de idear un plan de huida rápida.

—Alex ¿eres tú? —preguntó una voz desde la estancia.

Reconocí de inmediato la voz de Nacho, y corrí hacia el salón, aún temblorosa.

—¡Nacho, soy yo! —le hice saber, entrando entonces.

Y ahí estaba él, desmejorado, herido, con una crecida barba, pero sonriente.

—¡Oh Alex, has vuelto! —se alegró, caminando hacia mí y abrazándome efusivamente.

—Si —afirmé entre sus brazos.

Conseguimos separarnos un poco y entonces lo miré de arriba abajo. Cojeaba de su pierna izquierda y uno de los hombros le sangraba.

—Estás herido —observé.

—No es nada grave —restó importancia.

—¿Qué no es nada grave?! —exclamé recordando entonces cuántas cosas me había ocultado.

En el suelo, junto a mí, descansaban mi mochila, el libro de Nicoleta Ivanov y el maletín negro de Nacho. Lo cogí entonces y se lo mostré; su cara, confusa, sorprendida, miraba con incredulidad el maletín y a mí.

—No puedo creer que lo hayas encontrado —dijo.

—¿Eso es todo lo que vas a decir?! —le reproché enfadada— ¡Eres un maldito cerdo, manipulador y mentiroso! Me has utilizado en todo esto poniendo mi vida en peligro —le grité muy afectada.

—No es así —negó.

—¿Que no es así?! —objeté— ¿cómo te atreves a mirarme siquiera a la cara? Creí que eras mi amigo —le dije con lágrimas de rabia y dolor en mis ojos.

—Y lo soy, Alex; sólo he tratado de protegerte. Eres lo más importante que tengo en la vida —justificó.

—¡Y una mierda! —exclamé nuevamente enfurecida— en ese maletín guardabas una amplia información sobre todo esto, sobre mi procedencia, sobre mi madre...Has hecho que me juegue la vida en el sótano de ese castillo; ¿era yo otro sujeto experimental para ti? —quise saber irónica.

—Desde luego que no, Alex. Tú eres mucho más que mi amiga... —trató de decir.

—¡Basta! —ordené rotunda e implacable— has llegado muy lejos, Nacho —opiné.

—Voy a contártelo todo, te lo prometo, pero ahora tienes que escuchar todo lo que descubrí en ese lugar —me dijo.

—¡Ssssusssss! —exclamé— alguien está llamando a la puerta —susurré.

—Es la segunda vez que lo hacen: debe ser esa niña, Petrica —opinó.

—Petrica —repetí— si la dejamos entrar, si la retenemos aquí durante toda la noche, los lobos no entraran hoy en mi sótano —planeé.

—¿De qué estás hablando? —preguntó perdido Nacho.

—Es Petrica la persona que seguramente guía a los lobos hasta aquí —le hice saber.

—¿Estás loca?! Sólo es una niña —opinó él incrédulo.

—¿Una niña? —repetí— escóndete, anda, que voy a abrir la puerta.

Y caminé hacia ella mientras Nacho se ocultaba en el aseo. Abrí y encontré a Leonard Stephenson. Venía muy abrigado, cubierta su cabeza por un lanoso gorro. Su pequeña nariz se mostraba roja, seguramente debido a la gran bajada de temperaturas; su rostro mostraba un reproche inminente.

—Leonard, no te esperaba —me sorprendí.

—Pues ya ves; ¿puedo pasar? —sugirió.

—Sí, claro —respondí, abriendo más la puerta e invitándolo.

Pasamos al salón, donde segundos antes había estado con Nacho.

—Siéntate, por favor —le pedí.

—No estaré demasiado tiempo; Alejandra, tienes que escucharme bien: vete de Bram, aléjate del castillo y deja de investigar; todo eso sólo te traerá problemas —me sugirió.

—¿Por qué me dices eso? Tú mismo levantaste mi curiosidad con respecto a ese castillo ¿y ahora me pides que me aleje? —me extrañé.

—Estás acosando a personas que están enfermas —me acusó.

—Pero ¿qué dices?! No estoy acosando a nadie; en ese castillo pasan cosas extrañas; ¡yo estoy aquí por circunstancias extrañas! —le dije.

—Deja en paz a Ruslana y a la anciana: están enfermas y no tienes derecho a recordarles una y mil veces el trágico accidente de Yelena —me explicó.

—¡Ah, vaya! Ahora se llama accidente a los asesinatos —objeté.

Él me miró.

—No sé de dónde sacas eso, pero te equivocas. Hazme caso y lárgate cuanto antes —concluyó, levantándose definitivamente del asiento.

Anduvo hasta la puerta y yo tras él; al llegar, le abrí.

—Tú sabrás lo que haces, pero, por favor, no vuelvas a acercarte a Ruslana —me amenazó.

Entonces bajó un poco su cabeza para ponerse nuevamente el gorro y fue cuando vi unas antiguas cicatrices en su cuello; eran como las mías: dos pequeños picotazos que jamás desaparecen.

—Adiós —se despidió, bajando el escalón y caminando callejón abajo.

Cerré la puerta de un portazo y llamé desesperada a Nacho. Cuando retorné al salón, él ya estaba allí.

—Leonard es uno de ellos —informé.

—¿Qué? —se extrañó.

—Leonard ha sido mordido en el cuello, aunque sus cicatrices se remontan tiempo atrás: estuvo en el castillo y seguramente formó parte de Los Ángeles Olvidados —deduje.

Nacho se quedó pensativo, mirando hacia la ventana, con una de sus manos sujetando su barbilla. Algo se encendía en su cabeza.

—Vamos, dime algo —me impacienté.

—Ese Leonard no es quien dice ser, pero bueno, todo a su debido tiempo. Lo más importante es que entiendas porqué estás aquí y el peligro que corres —me adelantó.

Debíamos hablar: yo tenía que ser informada y para ello hicimos café y encendimos la chimenea; la charla sería larga.

Ocupé el extenso sofá del salón, mientras Nacho se sentaba en el sillón principal, junto a una pequeña mesa que se erguía, con finas pero largas patas a su izquierda, portando una lámpara

encendida a esas horas.

—No hace mucho descubrí que, a diferencia del resto de huérfanos, tú no lo eras; tenías familia, padres y abuelos, aunque desde el primer momento de tu existencia, tu destino había sido decidido por unos pocos —habló Nacho, realizando una breve introducción sobre el tema que después abarcaría— Mi investigación me llevó hasta un perdido lugar en Soria. Allí vivía una mujer que, tiempo atrás, estuvo muy relacionada con el orfanato y con Los Ángeles Olvidados; se llama Sonia González y siendo muy joven, conoció a un rumano llamado Ion Ivanov: lleva muerto muchos años, aunque él y su familia estuvo muy relacionada con Los Ángeles Olvidados. Pero enamorada, se casó con él y tuvieron un bebé; su familia política se lo quitó, enviándolo a Transilvania... creo que nunca más supo su paradero.

—¿Por qué me cuentas todo esto? —quise saber con extrañeza.

—Bueno... creo que esa mujer era tu madre —dedujo.

—¿Mi madre? Nacho, yo viví siempre en el orfanato —le recordé.

—Tal vez estuviste en Transilvania cuando sólo eras un bebé... no sé, Alejandra. Esa mujer está enferma, sola, esperando la muerte. Creo que tiene más hijos... no podría asegurarlo, pero es posible —me dijo.

—Sonia González; no creo que estuviera relacionada con el orfanato —opiné.

—Había una mujer: se llamaba Nicoleta y dirigía el hospicio de Asturias en el que tú y yo crecimos, pero también pertenecía a La Orden de Los Ángeles Olvidados, asentados en un lugar perdido de Transilvania.

—Los Ángeles Olvidados: qué nombre tan raro ¿no crees? —hablé.

—Bueno, proviene de una antigua leyenda del s.XVIII, allá, en el Castillo de Bram. Fueron una secta de personas malditas y ahora, hace unos años, volvieron a consolidarse como tal. Son enfermos de rabia, porfiria... que disfrutaban con la sangre. No creo que haya muchos, pero sí los suficientes como para mantener aislado ese castillo —me contaba.

—Nacho ¿cómo es posible? ¿qué pretenden? No estamos en la época medieval ¡por Dios! —objeté incrédula.

—Es tremendo, lo sé, pero te cuento la verdad, sólo la verdad. Es todo muy confuso, porque algo parecido sucedió hace algunos siglos —reveló— Alex, esas personas esperan la llegada de alguien al castillo, pero mientras tanto, son manipuladas por un líder que busca sucesor por todos los medios y el cual será reconocido por el anillo —me informó.

—¿El anillo?! —me apresuré a nombrar— ese anillo lo tengo yo —le revelé ante su incredulidad.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó incrédulo.

—Nacho, yo tengo el anillo; lo encontré en aquel sótano. Esa sortija porta una llave que abre el ataúd de un anciano, posiblemente el Rey —le expliqué.

—Enséñamelo, por favor o no te creeré —me dijo.

Y bien guardado en uno de los bolsillos de mi mochila, lo obtuve y se lo mostré. Lo tomó en sus manos y lo miró fascinado.

—¡Vaya, es asombroso! Alex ¿cómo... cómo lo encontraste? —quiso volver a escuchar.

—Ya te lo dije; cuando salí del ataúd en el que tú me habías metido, corrí despavorida y rodé escaleras abajo, llegando a una zona mucho más profunda del sótano; allí había un ataúd, cerrado con la llave del anillo, pero ¡ten cuidado! Dentro de la piedra hay unos polvos; si los tiras, nunca sabremos de qué droga se trata —le advertí.

—Suelen utilizar benzodiazepinas —me dijo mientras abría la piedra— es un ansiolítico que en pequeñas dosis produce relajación, adormecimiento, reducción de la ansiedad... pero en altas

dosis podría provocar inconsciencia y la muerte —me explicó.

—Pero ¿cómo has sabido que se trataba de benzodicepinas? —quise saber.

—Bueno, ya sabes que Los Ángeles Olvidados tienen casi un siglo de vida; con sus víctimas, sobre todo mujeres, comenzaron utilizando el Etanol, un líquido incoloro del grupo de los alcoholes que puede afectar al SNC, provocando estados de euforia, somnolencia, mareos, confusión, alucinaciones... —enumeraba.

—Todo eso me sucedió a mi —interrumpí.

—Tal vez, pero las benzodicepinas son más actuales y en medianas dosis pueden provocar todo eso y más. Esa secta las utiliza y obtienen la sumisión de su víctima mientras dura el efecto sedante —me contó.

—Nacho, Petrica y su amiga Yelena pertenecen a la secta también: yo las vi con mis propios ojos; Petrica alimenta con su sangre a su amiga: es horroroso —opiné.

—Cada vez vamos obteniendo más datos para acabar con ellos —habló— Este anillo es lo máspreciado para la secta, todo un símbolo de grandeza. Esta llave la encontraste en la cerradura de un ataúd: ¿pudiste ver quién lo ocupaba? —me preguntó.

—Sí, lo abrí y encontré a un anciano, dormido profundamente, pálido como cada uno de ellos —le conté, aunque no referí nada relacionado con Dominic Holzhausen.

—Interesante —objetó, aún fascinado por el anillo.

Durante unos segundos reinó el silencio: Nacho parecía diferente.

—¿Cómo conseguiste escapar? —le pregunté.

—Bueno, esperé el momento oportuno hasta poder hacerlo; después volví por el mismo sitio por el que había venido —me dijo.

—¿Por el túnel?! —me alarmé.

—¿Qué otra opción tenía? —planteó.

Las horas iban transcurriendo y muy pronto se escuchaban los lobos cerca del pueblo; hacía rato que habíamos cenado y antes de irnos a dormir, Nacho sugirió tomar una infusión: al parecer, se encontraba algo indigesto. Fui a la cocina y puse a hervir un poco de agua. Nacho continuaba en el salón, acomodado en el sofá, observando minuciosamente el anillo.

—Aquí están las infusiones —dije, llegando al lugar, portando sendas tazas.

Él se incorporó un poco. Yo me dirigí al mueble más cercano y cogí el azucarero, depositándolo entonces sobre la mesa.

—¿Tienes sacarina? —solicitó Nacho.

—Pues...no; tendrás que conformarte con el azúcar —le dije.

—¿Y miel? —preguntó ahora.

—Miel sí —afirmé, levantándome hacia la cocina y cogiendo el tarro.

De regreso al salón, tomé asiento y removí despacio la infusión, supervisada en todo momento por Nacho.

—¿Por qué me miras así? —quise saber.

—Bueno, este es un momento especial: tú y yo tomándonos una infusión; nunca lo habíamos hecho —habló.

—Sí, es cierto, pero ¿qué tiene de especial? —pregunté extrañada.

—Que tú y yo estamos juntos y todo ha salido bien. ¿Sabes? Cuando estuve en el sótano de ese castillo, tuve miedo de no volver a verte. Siempre soñé con entrar ahí, sin embargo, ese sentimiento me invadió —contaba, mirándome y sonriendo seductoramente.

—Yo también tuve miedo de no encontrarte. Nacho, esta no era la primera vez que visitabas Transilvania ¿no es cierto? —lo interrogué.

—¿Leíste y escuchaste todo lo que el maletín porta? —se interesó.

—No, por supuesto que no, pero... —traté de responder.

—La investigación me llevó hasta aquí en un par de ocasiones, nada más —habló.

Había terminado mi infusión; ya era tarde y comencé a tener sueño, aunque no parecía sucederle lo mismo a Nacho. Deseaba decirme cosas y yo comenzaba a bloquearme por momentos.

—Pase lo que pase de ahora en adelante, siempre serás la mujer de mi vida —me decía.

—Por favor Nacho, ya hemos hablado de esto y sabes lo que siento. Además, estoy muy cansada: me voy a la cama —decidí, cogiendo el anillo y levantándome del sillón.

—¿Nunca me darás una oportunidad? —se preocupó.

Pero me encontraba muy mareada y Nacho se percató de ello.

—¿Estás bien, Alex? —se preocupó.

—Sí, sólo algo cansada —respondí.

—Será mejor que duermas un poco —sugirió, tomándome de la cintura y acompañándome a la buhardilla.

Los últimos peldaños de las escaleras no pude subirlos sin ayuda y mi vista comenzó a nublarse de forma considerable. Nacho, casi arrastras, me llevó hasta la cama, tumbándome en ella y arropándome después.

—Pero ¿qué me pasa? —me lamenté, con una respiración profundamente costosa y el habla entrecortada.

—Sólo cansancio: mañana estarás mejor; ahora duerme —me sugirió, obteniendo el anillo de entre mis manos y depositándolo sobre la mesita de noche— y mientras lo haces, yo velaré por tu largo sueño, mi princesa.

Todo se tornó oscuro en aquella habitación cuando Nacho se fue. Estaba segura: en cualquier momento entraría en coma pues me costaba respirar y muy pronto mis oídos dejaron de percibir sonido alguno. Ya no podía moverme, ni pestañear; mis músculos se habían paralizado y aunque deseaba gritar y llamar a Nacho para que estuviera conmigo y me ayudase, fue inútil. Todo se apagó para mí, absolutamente todo, quizás hasta la vida...

Abrí los ojos. Todo permanecía en silencio a mi alrededor. Reconocía la buhardilla, aquella que yo misma había convertido en mi propia habitación. Miraba de un lado para otro sin mover la cabeza, sólo los ojos, nada más. Tenía la boca reseca, tanto que casi no podía tragar.

—¡Ay! —exclamé al intentar incorporarme un poco sobre la cama.

Me encontraba débil y sobre todo dolorida. Haciendo un gran esfuerzo, conseguí sentarme sobre la cama: estaba muy confusa. Sin embargo, comenzaba a recordar algunas cosas y tal vez fue eso lo que me llevó a llamar a Nacho.

—¡Nacho! ¡Nacho!

En aquella casa sólo retumbaba el eco de mi voz, sin obtener respuesta alguna. Me percaté de que uno de mis brazos sangraba; las sábanas, en parte, se teñían de rojo: alguien había perforado con una gruesa aguja una de mis venas. Grité de espanto al verme así y tal vez esto fue lo que me obligó a levantarme bruscamente de la cama. Estaba asustada y temía que a Nacho le hubiera sucedido algo malo.

Torpemente, anduve por la buhardilla hasta conseguir salir de ella. Para bajar las escaleras, tuve que sujetarme muy bien al pasamanos si no quería caer. Debía encontrar a Nacho: tal vez durmió en el salón, sin más misterio. Pero no fue así; ese lugar estaba vacío, todo en él apagado, hasta la chimenea ante la cual nos calentábamos la noche anterior.

—¡Nacho! —continué llamándolo— ¡¡¡¡Nacho!!!! —grité fuera de mí.

Pero todo se mantenía en el más absoluto silencio. Caí abatida sobre el sofá y lloré presa del pánico, de la confusión, de una tristeza abismal que invadía toda mi alma sin explicación lógica en aquellos momentos.

Al cabo de unos minutos levanté la cabeza y secando mis lágrimas con las manos, me di cuenta de que el maletín no estaba allí. Con mucha más agilidad, me puse en pie y caminé hacia el lugar del salón donde lo dejé la noche anterior, pero había desaparecido. Di mil vueltas, buscándolo desesperada. Ni Nacho ni el maletín, pero ¿por qué? ¿es que, en la oscuridad de la noche alguien se los había llevado? ¿a dónde? ¿al Castillo de Bram?! Sólo de pensarlo, temblé.

Si a Nacho le ocurriera algo o si alguien descubriera toda esa información... podría ser el fin. Mi amigo había trabajado durante muchos años en una arriesgada investigación...

—¡El anillo! —pensé, al tiempo en que salía del salón y volvía al subir las escaleras rumbo a la buhardilla.

Entré en ella, dirigiéndome hacia la mesita de noche, ubicada a uno de los lados de mi cama; en ella sólo se encontraba un despertador y mi última lectura, pero ni rastro del anillo.

—¡Ha desaparecido! —exclamé preocupada.

La joya más preciada para Los Ángeles Olvidados y que yo tenía en mi poder, había desaparecido. Me la habían quitado, pero ¿cómo? ¿quién podría haber entrado en mi casa para llevárselo?

—Nadie —me dije convencida— absolutamente nadie habría entrado en mi casa en mitad de la noche. Sólo Nacho estaba aquí... sólo Nacho —repetí.

Preparé la gran bañera de la casa, eché distintas sales y me metí en ella. Utilizaba la esponja para mojar delicadamente cada parte de mi cuerpo, mientras pensaba y pensaba. ¿Qué había ocurrido la noche anterior? Poco a poco, los recuerdos llegaban a mi mente; aquel extraño mareo

que finalmente se convirtió en una parálisis casi total de los músculos de mi cuerpo, se parecía tanto a lo que me sucedió noches atrás en el Castillo de Bram... Cada dato, cada pista había desaparecido. Todos mis esfuerzos habían sido en vano y eso me enfadaba.

—Nacho... tuvo que ser él —pensaba, sumergida en las cálidas aguas de la bañera, espumosas y relajantes.

Debía tomar una decisión rápida y por supuesto, abandonaría Bram ese mismo día. Cada vez estaba más convencida de la traición de Nacho, pero ¿por qué? El hallazgo del anillo había significado mucho para él. Esa investigación era importante en su vida, pues gran parte de ella la había dedicado a tal propósito, pero no era motivo suficiente para...

—¡Eso es! —me dije, fuera ya de la bañera, mientras me secaba— Nacho utilizó los polvos que contenía el anillo: ¡él me drogó! Utilizó demasiada dosis, tal vez pretendía deshacerse de mí: conozco demasiados detalles sobre su investigación, pero ¡es que yo soy parte de ella! ¡oh, Dios! ¿por qué? —me lamenté confusa.

Preparé todo mi equipaje, recogiendo cada una de mis cosas, incluidas mis pinturas: abandonaba la casa de Nicoleta Ivanov para siempre. Estaba muy frustrada, ¿a dónde iría? España sería mi destino: debía localizar a esa Sonia González que decía ser mi madre. Ella me proporcionaría datos importantes sobre mí, sobre el orfanato, sobre Los Ángeles Olvidados.

Pero ¿y Andrei? Debía verle antes de marcharme; tenía que pedirle que esperara un poco más; el fin de todo se acercaba y muy pronto podríamos estar juntos.

Abrí la puerta de la calle; cargaba el Land Rover con todas mis cosas cuando alguien entraba en el callejón cantando una típica canción infantil. Sentí escalofríos al reconocer que era la preferida de Petrica y, desde luego no me equivocaba. Me mantuve inmóvil, junto al maletero del automóvil, aguardando su llegada y pronto ella así lo hizo. Recogía su cabello en una hermosa trenza y vestía un lindo vestido a cuadros rosa y blanco, de franela, con leotardos blancos y botas forradas con piel de borreguito. Se cubría con un abrigo claro, desabotonado y un gorro en su cabeza.

—Hola Alejandra —me saludó al llegar.

—Hola —respondí nerviosa, mirando cada detalle de su rostro, sus ojeras, su tez pálida, sus rosados labios...

—¿Te marchas? —quiso saber.

—Sí, me voy por un tiempo —respondí ante la evidencia.

—Pero ¡no puedes irte! Eres mi amiga, la única que tengo —trató de convencerme.

—Petrica, yo... —traté de explicar.

—Tienes miedo a esta casa ¿verdad? —acertó.

—En parte sí —afirmé.

Realmente no me apetecía seguir hablando de ese tema; deseaba que se marchara; su sola presencia me daba miedo.

—Esos lobos no dejan vivir a nadie tranquilo. Pero ya verás como a ti no te harán daño —me dijo.

—¿Y eso por qué? —pregunté.

—Porque eres buena —respondió resuelta.

—No es motivo suficiente; son animales salvajes: atacarían a cualquiera —aseguré, volviéndome para organizar el maletero.

—A ti no. No puedes irte, por favor —me pidió dulce.

Entonces la miré de nuevo.

—Petrica, debo viajar a otro sitio; debo trabajar —le dije.

—Pero somos amigas, no puedes abandonarme —me reprochó.

—¿Amigas? Las amigas se cuentan todo y tú nunca me contaste dónde estaba el escondite secreto —le recordé.

—Pero... Yelena se enfadaría —respondió.

—¡Yelena está muerta! —exclamé estremeciéndome ante esto.

—¡No! Ella solo está dormida; sólo duerme —aseguró.

—Y tú, Petrica, qué haces: ¡¿la alimentas con tu sangre mientras ella duerme moribunda, en el sótano de ese castillo?! —le grité, tomándola por los hombros y zarandeándola.

—¡Me haces daño! —se quejó asustada.

—Enséñame tu cuello, ¡vamos! —le ordené, aún sujetándola y forzándola para ello.

—¡No! ¡déjame! ¡me haces daño! —exclamaba tratando de liberarse.

—¡Vamos, Petrica! ¡enséñame de una maldita vez tu cuello! ¡sé que eres tú quien abre las puertas del sótano para que los lobos entren! ¡para que esos monstruos entren en mi casa! —continué gritándole, zarandeándola con más fuerza ahora.

—¡No, yo no hago eso! —aseguró, tirando fuertemente y soltándose— ¡eres mala, Alejandra, muy mala! —me dijo, rompiendo a llorar, más asustada que nunca.

Yo volví la cabeza; pero ¡¿qué estaba haciendo?! ¡sólo era una niña! Entonces la abracé muy fuerte, aunque ella se mostraba esquiva.

—Lo siento, Petrica. Siento haberte gritado —me disculpé mientras acariciaba su cabello.

—Yo no quiero que Yelena se muera —me dijo convencida.

—Pero tú me dijiste que a ella se la comieron los lobos —le recordé, mirándola ahora a los ojos.

—No: ellos se la llevaron a nuestro nuevo escondite secreto. Ahí su abuela nunca la descubrirá —aseguró.

—Pero... Oh, Dios, todo esto es una locura —opiné dejando de abrazarla, aunque tomando una de sus manos.

Estaban frías, muy frías.

—Petrica ¡estás helada! —me sorprendí.

—Hace mucho frío —se justificó sin darle mayor importancia al asunto— Por favor, Alejandra, no te vayas —insistió con cierto agobio ante un hecho inminente.

—Petrica, las amigas se lo cuentan todo y tú nunca me dijiste que guiabas a los lobos hasta el sótano de mi casa —le dije.

—¡Es que no lo hago! —exclamó— los lobos son peligrosos; si me acercara a ellos, me comerían, se comerían a cualquiera, menos a un chico que hay, amigo de ellos —me informó inocente.

—¿Un chico? ¿quién? —quise saber, arrodillándome junto a ella y sujetándola suavemente de los brazos.

—Pues un chico. Es mayor, así como tú, y muy guapo. Es amigo de los lobos: los cuida y juega con ellos —me relató.

—Pero qué estás diciendo —objeté incrédula.

—¡Es verdad! —exclamó.

—Eso... eso es una barbaridad —opiné, poniéndome en pie, frotando enérgicamente mi frente.

—Sí, te digo la verdad. Lo he visto cerca del castillo. Cuando Yelena y yo jugábamos en nuestro escondite secreto, un día lo vimos; hablaba con la vieja bruja de su abuela —me contaba.

—En el sótano de mi casa ¿no es así? —acerté.

—¿Cómo lo sabes? —se sorprendió.

—Petrica, descubrí vuestro escondite secreto: lo sé todo y sinceramente me das miedo, mucho miedo —le revelé— En tu cuello debes tener dos cicatrices: Yelena te muerde y eso te hace perder sangre, te debilita y podrías enfermarse y morir —le expliqué convencida, llenas de pena mis palabras.

—Tú no sabes nada —trató de despistar.

—Tal vez, por eso me voy —le recordé.

—¡No! —exclamó con desesperación, aferrándose con fuerza a mi abrigo— Quédate conmigo, por favor —rogó.

Me agaché y la abracé, rozando mi mejilla la suya: estaba tan fría...

—Te prometo que volveré a por ti, pronto, pero tú has de jurarme algo —le propuse; Petrica me miraba atenta— No irás más a ese castillo; no volverás a visitar a Yelena, ¿me lo prometes? —le pregunté.

Permaneció pensativa; quizás dudaba.

—Yelena es mi mejor amiga: prometimos estar juntas siempre, en nuestro escondite secreto —me dijo nostálgica.

—Pero yo descubrí ese lugar, por tanto, vuestro secreto se acabó —le recordé.

—Tendremos otro —aseguró bajando la voz.

Me estremecí. Yelena estaba casi muerta y ella, si esto no terminaba pronto, moriría también.

—Petrica, sólo si me das tu palabra, regresaré a por ti para llevarte conmigo; tú y yo amigas para siempre, pero solas tú y yo ¿de acuerdo? —insistí.

—¿Y me enseñarás a pintar lejos de aquí? —se preocupó.

—Desde luego, pero recuerda tu promesa y piensa que, si la rompes, no volveremos a vernos nunca más —aseguré.

Ella me miró no demasiado convencida: Yelena era su mejor amiga, ¿cómo iba a abandonarla?

—Te estaré esperando, Alejandra, pero si no regresas a por mí, mi única amiga ya será siempre Yelena —me hizo saber, convencida.

Sonreí ante su desparpajo. Me agaché junto a ella y le hablé:

—Es importante solucionar unas cosas; después volveré y siempre cuidaré de ti: te protegeré, Petrica; me encargaré de que en tus noches duermas plácidamente, segura, bien escondida, sin ser molestada jamás; te lo prometo, amiga.

Entonces la abracé nuevamente con todas mis fuerzas, cerrando el maletero y montando en el coche. Arranqué el motor y me puse el cinturón: me marchaba de Bram para siempre, aunque algún día, no muy lejano, regresaría a por Petrica.

El coche comenzó su marcha, recorriendo lentamente el callejón. La pequeña niña quedaba atrás, mirando entristecida sobre el asfalto de piedra, cómo el vehículo se alejaba calle abajo. Sentí lástima y por un momento sentí deseos de parar el coche para hacerla subir y llevarla conmigo, pero era peligroso, muy peligro. Sin embargo, me apenaba bastante el pensar que en ese estado Petrica duraría muy poco; el brillo de sus ojos, el color de su piel, su sonrisa... todo se desvanecería si Yelena continuaba alimentándose de ella.

Habían transcurrido casi dos horas. El trayecto de Bram a Sinaia era largo, pero merecía la pena si significaba encontrarme con Andrei. Era el único ser en el mundo que aún no me había fallado. La última vez que nos vimos me dijo que estaría en la cabaña, esperándome: debía darme prisa. Deseaba con todas mis fuerzas abrazarle, besarle y decirle que lo amaba y que sería maravilloso pasar el resto de mi vida en esa cabaña, junto al lago, junto a él. Mi corazón se alborotaba al pensar en todo esto. Quería contarle a Andrei el verdadero motivo de mi estancia en Transilvania, mi pasado en el orfanato y todo lo relacionado con el Castillo de Bram. Junto a él

estaría a salvo y sería feliz el resto de mi vida; era todo lo que quería.

En la carretera, me aparté hacia el camino que conducía hasta la cabaña y cuando llegué a ella, la encontré vacía. Todo estaba en silencio, todo estaba en paz, como solía suceder en aquel lugar. Sola en aquel sitio, percibiendo el intenso frío y la humedad procedente del lago, frustrada ante el desencanto de mi sueño, pensando en que Andrei no me esperaba en nuestra cabaña, como me había prometido.

Volví al coche y arranqué; el aire caliente de la calefacción me reconfortaba y casi de forma inconsciente ponía rumbo al Palacio de Peles; seguramente sí lo encontraría allí, pero me equivoqué nuevamente: nadie abrió las puertas del Palacio, porque nadie parecía permanecer en él.

La decisión estaba tomada: regresaba a España a indagar sobre mis raíces, sobre mis orígenes, sobre mi procedencia real. Todo en mi vida fueron siempre conjeturas: era momento de buscar mi propia esencia, pues sólo así me encontraría realmente como persona, entendiendo mi pasado, un pasado que marcaba mi presente y podría frustrar mi futuro de no impedirlo.

Ruslana no iba a ayudarme. Petrica sólo era una niña desvalida la cual parecía esperar pacientemente la hora de su muerte. Leonard, el periodista frustrado, temeroso e interesado. Pero si verdaderamente hubo uno que me traicionó, sin importarle lo más mínimo mi vida, mis sentimientos, el horror de mi pasado, ese fue Nacho. Todos cuántos conocí no merecieron la pena, arrastrándome cada uno de ellos al más profundo de los abismos con sus macabros relatos, haciendo de esta pesadilla un juego tétrico, el horror de los horrores, la más oscura de las realidades.

Nacho hablaba de Sonia González en sus cintas, de dónde encontrarla; ella podría dar respuestas a muchas de mis preguntas. Yo sólo deseaba comprender, nada más. Estaba convencida de que ésta era la única manera de acabar con Los Ángeles Olvidados, una secta destructiva como otras muchas en el mundo, formando yo parte de ella de una manera inconsciente e indirecta. Pronto sabría la verdad.

Conduje hasta Bucarest, la capital de Rumania; el camino fue largo. Recorrían mi mente, una y otra vez, la imagen de Petrica, esa niña perdida en medio del infierno. Protegía a su amiga Yelena, fiel a la promesa que ambas se hicieron en un tiempo pasado: “*amigas para siempre*”. Petrica no quebrantaría su palabra, no abandonaría a Yelena y ésta, muy pronto, la llevaría a la muerte.

Había aparcado el coche en un lugar seguro y cercano al aeropuerto y una vez en él, con el billete de regreso a Madrid en mis manos, me disponía a ojear una revista cuando alguien se acercó a mí. Levanté la cabeza, resurgiendo una sonrisa de mis labios: era Andrei. Poniéndome en pie, me disponía a abrazarlo, eufórica, pero él me detuvo, serio, incuestionable.

—No Alejandra, no más juegos —decidió, apartando mis manos de sus hombros— ¿Qué haces aquí? —se interesó.

—Me marchó: regreso a España —respondí sin tapujos.

—Como siempre: te marchas —ironizó.

—Pero Andrei; he estado en Sinaia, en la cabaña y también en el Palacio: no te encontré —le expliqué.

—No puedo esperarte toda la vida; ¿es que no lo entiendes? Contigo es difícil tener estabilidad, pensar en el futuro, hasta el propio presente es inseguro. Hoy te vas, mañana vuelves... —me reprochaba.

—Son muchas las cosas que debes saber —traté de decirle.

—Ya no me importan. Te esperé en la cabaña; creí que vendrías, creía que significaba algo para ti. Bueno, los dos nos equivocamos en todo esto. Lo mejor será dejarlo así, como una experiencia más que puede habernos enseñado muchas cosas —decidió seguro.

—¿Eso es lo que crees? Mírame a los ojos y dime que en tu corazón sientes lo que dices —le pedí.

Observé la profundidad de los mismos, su agonía, las lágrimas derramadas durante días enteros en la soledad de la cabaña. Le devolví la ilusión y en un abrir y cerrar de ojos se la quitó. Muchas cosas se interpusieron entre nosotros y aunque jamás pudieron mermar nuestro amor, sí propiciaron el destierro de sentimientos importantes.

—Alejandra, mira, mi vuelo a Londres está a punto de salir y... —trataba de despedirse.

—¡Tienes que escucharme! por favor —le pedí elevando la voz— Andrei, mi amor, la única persona en el mundo que no me falló, ni me lastimó; no, tú sólo me has querido como nadie jamás lo hizo, un ser especial ocupando todo mi corazón, ahora y siempre... pase lo que pase —aseguré, acariciando con suavidad todo el largo de su rostro.

Parecía conmovido por mis palabras y por un momento calló durante unos segundos, asimilando el contenido de las mismas, sinceras, románticas, entrañablemente bellas.

—Si de verdad sientes todo eso ¿por qué no me lo has demostrado? —planteó.

—Siempre lo supiste —respondí convencida.

—¡No! Te equivocas: pocas veces lo he sabido. Apareces y desapareces en mi vida cuando te place, haciendo promesas que jamás cumples, destrozándome por ello como nadie nunca lo hizo ¿y ahora pretendes que te crea otra vez? He cerrado el Palacio de Peles porque me instalo definitivamente en Londres, como debió ser desde el principio —decidió.

—Estuve en Peles: María, tu secretaria me atendió; tú estabas en... —quería explicarle.

—Yo estaba en la cabaña: María no lo sabía, porque, recuerda: esa es nuestra cabaña secreta. Te esperé, Alejandra, días eternos, noches interminables, pero no llegaste —recordó con gran tristeza.

—¡Dios mío, no lo sabía! —me lamenté, deslizándose por mis mejillas unas lágrimas.

—Los sentimientos no se pueden adivinar; son tan abstractos que es necesario dar muestras de ellos. El verbo amar no significa nada si no se ama; cada momento es importante para demostrarlo, para mantener encendida la llama del amor eternamente. Si no es así, ésta se apaga poco a poco y todo desaparece, todo lo que hubo y lo que pudo haber —habló.

Entonces lloré desconsolada. Andrei me abrazó, envolviéndome con uno de sus brazos, tratando de consolarme. No hubo intensidad, no hubo compromiso: sólo deseaba que dejara de llorar.

—Ahora tengo que irme —me recordó.

—Sí —afirmé, separándonos entonces y secándome las lágrimas con los dedos de mis manos.

—Espero que todo te vaya bien, Alejandra —deseó, tomando del asa su pequeña maleta con ruedas.

—¡Espera! —exclamé, tratando de detenerlo una vez más— Andrei, yo...siento mucho haberte hecho tanto daño. Lo que sentí y lo que siento, lo creas o no es verdadero; circunstancias se interpusieron entre nosotros porque de no haber sido así, ahora yo no estaría llorando —le dije.

—Tal vez tengas razón y en ese caso, yo tampoco hubiera derramado tantas lágrimas —habló ahora más sonriente y relajado— Escucha, lo que yo sentí también fue de verdad; mi corazón ha sido plenamente tuyo, incluso todavía sigue siéndolo, aunque intentaré recuperarlo. Anhelé en mi vida a un alma libre y antes o después, huyó, haciéndome ver la realidad —poetizó.

—No, esa no era un alma libre, sino solitaria, vagando de un lado para otro, buscando a alguien que la quiera y cuando encuentra al ser más maravilloso de todos, él la abandona y vuelve a herrar por el mundo, sola —argumenté.

Su cara mostraba las facciones más perfectas y masculinas que jamás vi. No apartaba sus ojos de los míos.

—¿Qué pretendes? Estoy cansado de esperarte —respondió ante esto.

— No pretendo causar pena, te aseguro que no —hablé.

—No pensaba en eso —respondió.

—Sí lo has pensado. Tienes razón: sólo uno mismo puede conocer sus propios sentimientos y tal vez a mí me faltaron demostraciones para que tú comprendieras los míos; es una lección que jamás olvidaré, te lo aseguro —le dije.

Observando sus gestos de confusión, me despedí definitivamente.

—En fin, Andrei, espero que todo te vaya muy bien y que sigas luchando por todo lo que quieres: yo, de ahora en adelante así lo haré —le deseé.

—Quizás algún día, las cosas sean diferentes para nosotros —habló.

—No, en mi corazón reinará un solo sentimiento por siempre hacia ti: te he amado y te seguiré amando el resto de mis días —me atreví a confesarle.

Parecía conmovido.

—Adiós Andrei: mi vuelo también está a punto de salir y si no me doy prisa, lo perderé —me despedí.

—Alejandra, yo... —trató de decirme— yo voy a tratar de ponerme en contacto contigo: esta conversación no ha terminado —sugirió.

—Esperaré impaciente esa llamada: te esperaré siempre, Andrei, en nuestro lugar secreto y mágico allá, en Los Cárpatos —respondí.

—Nunca te voy a olvidar, te lo prometo —se atrevió a pronunciar.

—Eso tendrás que demostrármelo; ese sentimiento sólo es tuyo y sólo con demostraciones podré saber que eso que dices que sientes es verdad —le dije.

Y tras estas palabras, tomé mi bolso de mano y me dirigí hacia la zona de embarque. Antes de llegar, volví la vista atrás: Andrei continuaba en el mismo sitio, mirándome, pensativo y nostálgico, enamorado aún. Sólo sonreí y él así lo hizo también. Unas lágrimas emergieron de nuevo de mis ojos y entonces, entré en la zona de embarque. Cada vez estaba más cerca de mi país, aunque no sería fácil olvidar la pesadilla transilvana.

Dormí durante todo el vuelo: tal vez el efecto de aquella droga aún prevalecía en mí. Al bajar del avión, percibí el aire español, diferente al de Transilvania, más cálido y me encantó mezclarme con todas aquellas gentes que hablaban sin parar en un idioma que yo siempre había dominado a la perfección: el castellano. Volver a España era lo que realmente había deseado tiempo atrás y ahora, montada en un autobús, el regreso a mi casa de Granada era todo un hecho.

La noche se había hecho cuando abrí la puerta del portal y cogía el ascensor. En medio de la oscuridad granadina, a diferencia de Bram, no había nada que temer. Hacía frío, teniendo en cuenta que nos encontrábamos en pleno mes de enero, pero los termómetros se mantenían mucho más elevados que en Transilvania.

Introduje la llave en la cerradura y empujé la puerta; pronto accedí al interior del piso. Encendí las luces y comprobé que después de algunos meses fuera, todo se mantenía en orden, tal y como yo lo había dejado.

—Dios mío, mi casa —me dije al tiempo en que me dejaba caer en el sofá.

Era maravilloso estar ahí de nuevo. Buscaría trabajo, pintaría lugares maravillosos de la ciudad y me olvidaría de todo lo vivido en Transilvania, de todo y de todos menos de Andrei. Mi corazón se partía en mil pedazos al pensar en él; aquellas noches en la cabaña serían inolvidables para mí.

Y pasaron días, muchos días, casi un mes. Me propuse olvidar y lo había intentado, pero una y otra vez recuerdos recurrentes aparecían en mi mente atosigándome, agobiándome sin parar. Petrica: esa niña aparecía siempre en medio de mis pesadillas, sola, abandonada y víctima de los desaprensivos Ángeles Olvidados. La dejé en Bram sin importarme lo más mínimo lo que pudiera sucederle; tan sólo era una niña y yo me convertí en una de sus mejores amigas.

Nacho seguía sin dar señales de vida, con el móvil apagado y desaparecido, como si la tierra se lo hubiera tragado. Tal vez lo juzgué mal; quizás no fue él quien me drogó para apoderarse del anillo. Miembros de Los Ángeles Olvidados pudieron entrar en mi casa y hacer todo eso, llevándose a Nacho o quizás matándolo.

—¡Qué horror! —pensé, mientras rebuscaba en mi monedero algunas monedas para ir a comprar algo de pan.

Aparté un papel que obstaculizaba mi acceso a algunos céntimos sueltos. Fue entonces cuando reparé en él: se trataba de una tarjeta. La cogí del maletín de Nacho, la noche en que dormí en su apartamento de Brasov. La información que contenía era una dirección en Burdeos, Francia. Me quedé pensativa: no, mi vida no podía transcurrir como si nada después de haber vivido aquellos horrores en Transilvania y de conocer escalofriantes detalles sobre una de las peores sectas del mundo.

Las cintas de Nacho hablaban de una tal Sonia Gonzáles; ¿y si verdaderamente era ella mi madre? pero ¿qué estaba haciendo yo, recluida todo el día en aquel apartamento de Granada? Era preciso encontrar a Sonia, descubrir qué pasó con Nacho y acabar con Los Ángeles Olvidados. Después buscaría desesperadamente a Andrei, para demostrarle mil veces cuánto le quería, cuánto le necesitaba; pasaría con él el resto de mis días, perdidos de todo en nuestra cabaña... todo podía ser real, si luchaba por ello.

Aquella era una fría mañana de últimos de febrero en Granada. Me encontraba en la estación

de autobuses, esperando pacientemente la salida del que me llevaría a Soria. Nacho me habló de este lugar como el refugio de Sonia; yo la encontraría en uno de los rincones más pequeños y bellos de la España Castellana.

Treinta minutos más tarde, el autobús circulaba por la carretera. Sabía que el trayecto sería largo, por lo que me dispuse a leer mi libro empezado días atrás, con la intención de amenizar un poco el tiempo.

En Madrid, fue necesario realizar un enlace con otro autobús y este sí que me dejaría en Soria capital.

Había oscurecido cuando el autobús paraba en la estación. Al salir fuera, sentí el intenso frío de las tierras castellano—leonesas, tan cortante, tan semejante al de Transilvania. Debía tomar un taxi que me llevara hasta el hotel en el que había realizado una reserva el día anterior: el Hotel Alfonso VIII, en pleno centro de Soria. Deseaba llegar lo antes posible para darme una ducha caliente y cenar algo.

El Hotel Alfonso VIII en el que me alojaría durante mi estancia en Soria, estaba muy bien ubicado en la capital y parecía disponer de todo tipo de prestaciones, a razón de las cuatro estrellas otorgadas al mismo. En su interior era moderno y esplendoroso, de ambiente relajado y acogedor, decorado con buen gusto. Entraba en mi habitación, confortable y coqueta al mismo tiempo, en la tercera planta del edificio, con vistas a la avenida principal. Cerré la puerta y tras soltar el equipaje, me dejé caer sobre la cama, dura, con enormes cojines en la cabecera de la misma. Tomé aire y respiré profundo: me encontraba en las mágicas tierras de Castilla, la siempre medieval Castilla, escenario de grandes batallas, de milenarios castillos, de refinadas gentes. La vida me había traído a este lugar: había un motivo por el cual estaba ahí; la mujer que podría revelarme muchos secretos sobre Los Ángeles Olvidados había vivido en la región. No contaba con demasiados datos, tan sólo que estuvo recluida en un hospital psiquiátrico del lugar, y mi investigación acerca de esto me llevaría próximamente a Berlanga de Duero, una villa situada al sur de la provincia de Soria donde existía un hospital destinado a ayudar a personas con problemas mentales, y era donde, probablemente estuvo recluida Sonia González.

Me levanté de la cama y anduve hasta el baño de la habitación, majestuosamente bello en mármol gris, encontrando una enorme bañera en la que haría realidad mi deseo de relax.

Una hora más tarde y después de vestirme adecuadamente, con un traje de chaqueta gris medio, muy entallado, decidí bajar a cenar, sola, sin nadie con quien compartir mesa. Después visité el salón social, ambientado de forma clásica, muy espacioso, con grandes ventanales, cómodos sofás y una cálida chimenea capaz de suministrar una calidez suficiente a toda la estancia. Me senté un rato, dispuesta a gozar del ambiente, tranquilo, de conversaciones largas y apacibles, de risas efímeras y poco ruidosas... Y me retiré a mi habitación tras un buen rato en el salón. Saqué toda la información de la que disponía: Berlanga de Duero, el hospital psiquiátrico... mañana sería un día largo, muy largo y tal vez trascendental para todo.

Era muy temprano, pues apenas había comenzado a amanecer cuando un taxi me recogía en la puerta del hotel en el que me alojaba, para trasladarme a Berlanga de Duero, pequeño pueblo en donde se encontraba el único hospital psiquiátrico de la provincia de Soria. Si Sonia González estuvo en alguno, tuvo que ser en ese y allí podrían informarme.

El taxista conocía el lugar y tras casi una hora de trayecto, llegamos a nuestro destino. El taxi tendría que esperar el término de mi visita y cuando todo quedó aclarado con el conductor, me abroché los enormes botones de la chaqueta negra, abrigándome con su alto cuello de pelo y bajé del coche, colocándome el cinturón de la falda, ajustada y negra, protegiendo mis manos del frío con unos guantes de cuero del mismo color. Me encontraba frente a una bella construcción de dos plantas, pintada su fachada de un color claro, contrastando con la oscuridad de las vigas de su techo e intuyéndose, en el interior, bellos y frondosos jardines. Comencé a andar, encaminándome hacia la puerta de entrada, haciendo sonar los tacones de mis altas botas, contoneando mis caderas a cada paso. Ante aquella oscura y rústica puerta de madera, golpeé un par de veces, pero el grosor de la misma apenas hacía distinguir mi llamar. Entré entonces, pues nada me lo impedía; el recibidor era muy espacioso y fue cuando escuché pasos que se acercaban. Apareció una mujer; vestía con unos pantalones oscuros, de gran caída y camisa clara, adornando su cuello con un bonito pañuelo.

—Buenos días —me saludó, risueña y amable.

—Hola, buenos días —respondí, acercándome con pasos decididos a ella.

—¿En qué puedo ayudarla? —quiso saber.

—Bueno... yo... necesito una información —respondí, mientras aquella mujer esperaba curiosa saber de qué se trataba— es sobre una mujer; me dijeron que estuvo ingresada en este centro; querría confirmarlo —expliqué.

—Bueno, veremos qué podemos hacer; ¿me acompaña, por favor? —me pidió.

Y caminamos juntas por los espaciosos pasillos, decorados con enormes macetas y paisajísticos cuadros sobre el entorno de Berlanga de Duero, el pueblo más cercano al hospital.

—Soy Mercedes, la directora del Centro —se presentó.

—Es un placer —respondí con cortesía, brindándole mi mano mientras caminábamos— yo me llamo Alejandra.

—Bien, Alejandra; he de decirle que algunos datos son confidenciales, aunque se trate de antiguos pacientes; me entiende ¿verdad? —aclaró, cuando entrábamos en su despacho y ella ocupaba el lugar preferente, justo detrás de la mesa sobre la cual se hallaba el ordenador.

—Entiendo —respondí.

—Siéntese, por favor —me invitó— ¿cuál es el nombre de esa mujer? —quiso saber.

—Se llamaba Sonia González —contesté.

Ella introdujo el nombre en el ordenador.

—Habrà que esperar unos segundos —me hizo saber— ¿es algún familiar suyo? —me preguntó.

—Pues... sí, si: es mi tía. Yo... quisiera saber de ella; es el único familiar que me queda —le expliqué con tristeza.

—Bien, aquí la tenemos: Sonia González. Según dice su expediente, fue dada de alta hace

años —me dijo.

—¿Y a dónde fue? —quise saber.

—No lo sé. Realmente yo no llegué a conocerla; llevo trabajando en este lugar tres años y Sonia salió del hospital en 2004. Es posible que haya vuelto a casa, aunque aquí no consta ninguna dirección —me contó.

—A casa —repetí pensativa— Mire, Mercedes, es muy importante que localice a Sonia —la alarmé.

—Pero ¿qué podemos hacer? En menos de dos años se ha renovado todo el personal sanitario del hospital; ninguno hemos conocido a Sonia González y esta mujer tiene el alta definitiva: consiguió recuperarse de su enfermedad —me explicaba.

—Por Dios, debe haber alguien que la conociera, no sé, alguien que... —traté de decir.

—Sí, tal vez haya alguien que la conoció —habló inesperadamente Mercedes.

Y juntas salimos del despacho, recorriendo nuevamente el pasillo y accediendo después, por una de las puertas, al jardín. En él se entremezclaban el aroma de las flores con el de árboles frutales; las fuentes, con sus chorros, humedecían encantadoramente el ambiente y los bancos de piedra invitaban a sentarse y a pensar introspectivamente. Andábamos a paso ligero por los marcados senderos del jardín y entonces vi a una mujer sentada en uno de los bancos; era una monja, vestida con largos hábitos en marrón y blanco, con gafas, bajita y más bien regordeta. Leía un libro muy concentrada, tanto que no se percató de nuestra presencia hasta que Mercedes no llamó su atención.

—Hermana Lourdes —la nombró.

Ella levantó la cabeza y al vernos sonrió dulcemente. Sus mejillas se mostraban sonrosadas en medio de la blancura de su piel; no debía tener más de setenta años y parecía simpática y bonachona.

—Hola Mercedes —respondió.

—Siento interrumpir su lectura —se disculpó la directora— ella es Alejandra y viene preguntando por una paciente que tal vez usted conoció —le explicó.

—En ese caso, Alejandra, será mejor que te sientes, aunque he de decirte que el banco está un poco frío —bromeó simpática.

—No me importará —respondí, acomodándome a su lado y posando el bolso sobre mis rodillas, cubiertas por unos gruesos pantalones.

—Bien, hermana: yo me retiro; he de resolver algunos asuntos —se despidió Mercedes.

Y allí quedamos solas la monja y yo.

—Entonces, hija, dime cómo puedo ayudarte —solicitó saber, cerrando el libro que leía.

—En este hospital estuvo ingresada una tía mía y la estoy buscando; es muy importante, hermana: se llamaba Sonia González —le revelé.

Sus ojos se abrieron de par en par tras aquellas redondas gafas.

—Usted tuvo que conocerla, por favor —le pedí, impaciente por escuchar su respuesta.

Por la expresión de su cara, supe que la conoció. Tomó una de mis manos entre las suyas; estaban tan calientes...

—Hija, dime ¿por qué buscas a esa mujer? —quiso saber.

—Ella está sola, está enferma y ... es mi tía —inventé.

Sor Lourdes afirmaba con la cabeza una y otra vez.

—Sí, hija mía, conocí a Sonia González; una extraña enfermedad la poseyó y casi la volvió loca. Pero no es tu tía, no: Sonia no tiene hermanas, ni madre, ni marido... no tiene a nadie en este mundo; sólo un bebé perdido, tal vez vivo o tal vez no ¿quién puede saberlo? Y una triste historia

pasada —me contó, estremeciéndome ante su relato.

—¿Qué le sucedió? —le pregunté, pues intuí que la Hermana Lourdes mantuvo una estrecha relación con Sonia, quizás mi madre.

—Cosas extrañas, paranormales. Hablaba de Los Ángeles Olvidados, habitando todos ellos un castillo en Rumania, alimentándose de sangre... pobrecilla, tenía dos enormes agujeros en su cuello y afirmaba que la habían mordido para hacérselos —contaba.

—Hermana, intuyo que usted pasaba mucho tiempo con ella y la conoció bien —imaginé.

—Así era —afirmó.

—¿Y qué sucedió? —pregunté.

—Le dieron el alta y se marchó —respondió.

—¿A dónde? —quise saber.

—No lo sé, hija —contestó.

—Hermana, es muy importante para mí encontrarla. Si tuvo tanta confianza con usted, tuvo que decirle a dónde iría —insistí.

—Pues, fíjese, no dijo nada; se marchó y ya está —continuó negando.

—Ella corre peligro y yo también. Necesito encontrarla o Los Ángeles Olvidados lo harán antes —le aseguré.

La Hermana Lourdes sabía perfectamente de lo que hablaba, me lo revelaron sus ojos.

—Hija, por Dios, no sé de qué estás hablando. Quizás Sonia se retiró a un lugar lejano o tal vez murió —trató de despistar.

—Imposible y usted lo sabe. Hace más o menos un año, alguien vino a verla: la descubrió viviendo en la provincia de Soria. Saben que está aquí, al igual que yo lo he sabido. Hermana Lourdes, por favor, ayúdeme a encontrarla antes de que sea demasiado tarde. Sonia sabe cosas importantes, secretos por los que algunas personas llegarían a matar —la intimidé.

—¿Quién es usted? —trató de averiguar.

—Alguien que desea salvar su vida y la de otros —respondí sin dar más detalles.

Ella se mantuvo pensativa y preocupada al mismo tiempo.

—Por favor, confíe en mí, Hermana: no es mi intención hacer daño a Sonia, ni muchísimo menos, pero es necesario que la encuentre. Yo podría estar muy relacionada con su hija perdida, es muy importante —insistí.

—¿Con su hija perdida? ¿qué le hace pensar que Sonia tuvo una hija? —planteó, tratando de crear la duda— Oh, hija mía, no sé, no sé. Sonia González se retiró a vivir en una bella casita de Berlanga de Duero. Después de mucho tiempo en este lugar, sólo buscaba un poco de paz, sólo eso; ha sufrido mucho en la vida y creo que se lo merece. Además, está enferma y cualquier preocupación podría hacerla empeorar fatídicamente. Todos la abandonaron, así es que, por favor, déjela en paz —me contó.

—¿Usted la ve habitualmente? —quise saber.

—De vez en cuando la visito, aunque yo ya no estoy para muchos trotes y los enfermos de este lugar me necesitan. Y dime, hija ¿qué sabes tú de Los Ángeles Olvidados? —se atrevió a preguntar.

—No más que usted, Hermana —respondí.

Pero no contestó a esto. Conseguí que Sor Lourdes me diera la dirección de Sonia y luego nos despedimos.

—Ha sido un placer conocerla, Hermana —le dije.

—Sólo le voy a pedir una cosa: no la visite para dañarla ni para hacer sangrar viejas heridas y horribles recuerdos; Sonia está enferma, muy enferma, usted misma lo comprobará y necesita

descanso hasta el último de sus días —volvió a recordarme.

—No se preocupe: lo recordaré. Ahora he de irme: el taxi me espera en la puerta. Adiós Hermana y gracias por todo —me despedí.

—Que Dios la bendiga, hija —respondió.

Entonces me alejé por el jardín rumbo al hospital. Cuando salí de él, el taxi aún estaba ahí. Monté y le indiqué al conductor la dirección concreta en Berlanga de Duero. Poco más de quince kilómetros nos separaban de ese pueblo, en una de las zonas más bonitas de la provincia de Soria. Pronto un cartel a un lado de la carretera nos daba la bienvenida a la villa, tranquila y soleada en aquella mañana de febrero, aunque fría en extremo. Hizo falta atravesar todo Berlanga de Duero, pero llegamos a nuestro destino. Era una casa de estrecha fachada, con dos plantas y techos a dos aguas. Cuatro ventanas se imponían: dos arriba y dos abajo, protegiendo su interior cortinas claras.

Cuando bajé del taxi y llegué hasta la puerta, grande, de madera oscura, llamé enérgicamente. Escuché pasos al otro lado que, sin lugar a dudas, venían a abrirme. Y así sucedió; se trataba de una mujer de unos cuarenta y cinco años, morena, con el pelo rizado y corto, grandes y expresivos ojos oscuros y gruesos labios. Vestía con un pantalón vaquero marrón y un jersey de lana beige. Sonrió al verme.

—Hola: ¿querías algo? —quiso saber muy concisa.

—Pues... vengo a ver a Sonia —respondí segura.

—¡Ah! Nunca te había visto: ¿sois amigas? —se preocupó.

—Bueno, ella es ... somos familia y muy allegada —le dije.

—Entra —me invitó, abriendo un poco más la puerta y dejándome paso— verás, no sé si sabrás que Sonia está muy enferma: padece una importante anemia aplásica y no es recomendable que se le moleste demasiado —me explicó.

—Entiendo, pero sólo será un momento; ella se alegrará de verme —traté de convencerla.

—Bueno, en ese caso espera un momento; le diré que ha venido... —entonces reparó en que no nos habíamos presentado— perdona ¿cuál es tu nombre? —quiso saber.

—Alejandra Ivanov —me atreví a reconocer, buscando la manera de hablar con Sonia.

—De acuerdo; no tardaré demasiado —dijo, desapareciendo de la estancia en la que yo me encontraba.

Imperaba, en la decoración, un estilo puramente castellano, con hermosas vitrinas, grandes sillas con apoya—brazos que intercalaban el cuero con la madera tallada y una mesa rectangular en medio del salón. Comprobé la ausencia de cualquier foto que pudiera mostrarme el rostro de Sonia, pero no tardó en volver su asistente, haciéndome saber que Sonia estaba dispuesta a recibirme. Seguí a la mujer hasta la habitación en la que ella se hallaba, y cuando entramos, Sonia se encontraba metida en la cama, sentada y arropada, apoyando su espalda en el enorme cabecero forrado de tela, con sus delgadas manos entrelazadas y el cabello suelto y recién peinado.

—Buenos días —la saludé, tímida y retraída.

—Pero no te quedes ahí: entra, por favor —me invitó, utilizando ahora sus manos al hablar.

Era una auténtica desconocida para mí; ¿cómo podría, entonces, ser mi madre? Pensaba en todo esto mientras avanzaba en la habitación y ocupaba una silla situada junto a su cama.

—Siento molestarla —me disculpé.

—No es ninguna molestia; no recibo visitas todos los días precisamente... —bromeó, sonriendo entonces.

Su piel, extremadamente pálida, me recordaba tanto a la pobre Petrica.

—Pero dime ¿cómo me has encontrado? —se interesó.

—Sor Lourdes me indicó... Sonia, tenemos que hablar —le dije mucho más seria y bajando un poco el tono de voz— sé que estás enferma, por lo que mi visita será corta e intentaré molestarte lo menos posible, pero debo saber cosas y sólo tú puedes desvelármelas —le expliqué.

Sonia me miraba con sus pequeños ojos claros, incorporándose un poco más.

—No te conozco de nada, amiga mía; ¿cómo podría ayudarte entonces? —se preocupó.

—Sabes que no es verdad lo que dices; tal vez no me conocieras a mí, pero sí a parte de mi familia: los Ivanov —le recordé.

Calló entonces.

—¿De dónde has salido tú? —preguntó afligida, sintiéndose descubierta nuevamente por ellos.

—No tienes nada que temer, Sonia, tienes que creerme —traté de tranquilizarla.

—Con sólo escuchar ese apellido podría temblar —afirmó.

—¿Y si te dijera que tal vez yo podría ser tu hija? —traté de sorprenderla.

Pero no se mostró conmovida ante esta posibilidad. Entonces sonrió despreocupada y me preguntó:

—Dime ¿a qué has venido desde tan lejos? ¿qué quieres saber? —se ofreció sumisa.

—Quiero que me hables de Los Ángeles Olvidados —respondí sin más preámbulo.

—¿De verdad quieres que te hable de ellos?! —exclamó, mostrándome dos monstruosas cicatrices en su cuello— porque de sobra conoces esto ¿no es así? —continuó su reproché.

No fue necesario responder; Sonia entendió que así era y entonces comenzó a narrar su historia:

—Yo era muy joven cuando conocí a Ion; era rumano y acababa de llegar a España. Sus padres se habían instalado en Asturias y aunque me ofrecieron vivir con ellos, Ion nunca lo permitió. No nos veíamos demasiado, por lejanía y cuando nos casamos, las cosas entre mi marido y sus padres se pusieron muy tensas. Ion sólo quería huir, siempre estábamos de un lado para otro y le asustaba la idea de que yo me quedara embarazada. Comencé a denotar en él un comportamiento extraño: demasiada irritabilidad, cambios de personalidad y una tarde, mientras dormía plácidamente en el sillón, descubrí unas cicatrices en su cuello. Le pregunté por ellas, respondiéndome entonces con gran agresividad. Me dijo que no era asunto mío y que si no quería tener problemas era mejor no preguntar. Teníamos un perro, un Pastor Alemán llamado Urco; aquella noche me desperté y estaba sola en la cama. Fui a buscar a Ion y lo encontré en el jardín, abalanzado sobre Urco, bebiendo su sangre, dejando al animal muerto. Me asusté, me asusté muchísimo y no supe qué hacer. Al sentirse descubierto, Ion dudó entre matarme o ... bueno, dejarme vivir. Me quería demasiado; su amor por mí podía más que esa secta, y fue entonces cuando me lo contó todo —relató Sonia, rememorando en un abrir y cerrar de ojos aquel pasado.

Yo me mostraba muy interesada. Desabotoné mi chaqueta y me la quité, cruzando entonces las piernas, dispuesta a seguir escuchando todo lo que Sonia me habría de contar.

—Él me habló de Los Ángeles Olvidados, una Secta a la que sus padres pertenecían desde hacía muchos años. Todos sus miembros se alimentaban de sangre, utilizando para eso a otras personas. Mi marido fue mordido durante muchos años de su vida, adquiriendo una grave enfermedad que desencadenó una extraña necesidad de consumir sangre para poder vivir. Me advirtió que debíamos mantenernos alejados de su familia. El líder se escondía en un antiguo castillo de Transilvania, perdido entre bosques, rodeado de lobos. Cuando, al poco tiempo, yo supe que estaba embarazada, hui; desconfiaba de Ion, pero su familia no tardó en encontrarme. Cuando di a luz se llevaron a mi bebé a Transilvania, a un tétrico castillo en las cercanías de Bram: lo había perdido y a Ion también —me contaba nostálgica.

—Sonia, alguien me dijo que, tal vez, tú podrías ser mi verdadera madre —sugerí con timidez.

—No, Alejandra, tú no eres mi hija, aunque sé muchas cosas sobre ti. Quizás tú podrías ayudarme —me dijo ante mi sorpresa.

—¿Yooo?! —respondí incrédula y sorprendida.

—Sí, tú: eres Alejandra y has estado algunos meses en Bram, muy cerca del castillo —acertó.

—Pero ¿cómo lo sabes? —me sorprendí.

—Alguien seguía tus pasos muy de cerca; bueno, en verdad fue ese alguien quien te envió allí, haciéndote heredera del testamento de Nicoleta Ivanov, cuando ella nada tiene que ver contigo —me explicó.

—Sonia, pero ¿cómo puedes estar tan segura de lo que dices? Quien me habló de ti, de tu paradero, aseguraba que tú eras mi madre. Quizás yo fui el bebé que te arrebataron —sugerí insegura y confusa.

Pero ella sonría, indudable de su siguiente afirmación:

—No, tesoro, no; yo no di a luz una niña, sino un niño varón. Me lo arrebataron al nacer, aunque, finalmente estuvo más cerca de mí de lo que yo podía imaginar —narró— Te diré algo: tal vez todo esto me ayude a morir en paz. Te arrastrarán una y mil veces a ese castillo, con el único propósito de destruirte finalmente; tu pesadilla terminará cuando todos y cada uno de ellos estén muertos. Una vieja leyenda te mantendrá unida a ese sitio por siempre: tienes que esconderte o acabar con ellos. Debes viajar a Burdeos, a una dirección que yo ahora te proporcionaré: allí encontrarás datos importantes sobre la secta o lo que quieren que sea y tal vez la manera de terminar con ellos. Pero has de tener cuidado: el lugar que te indicaré podría ser peligroso; si él te descubriera... —sugirió.

—¿Quién es él? —traté de descubrir, conteniendo mi angustia ante aquel enigma.

—El te utilizaría como moneda de cambio en sus propósitos. También me utilizó a mí y finalmente me abandonó con mi enfermedad —respondió ella, inespecífica.

—Pero ¿quién es él? Por favor, Sonia, tienes que decírmelo —le exigí nerviosa.

—Mi hijo no sabe quién soy yo realmente para él, pero eso ya no importa: desde el primer momento en el que nació, lo perdí para siempre —refirió apenada.

Yo, alarmada, me cubrí los labios con una de mis manos; estaba aterrada.

—¿Tu hijo?! Pero ¿qué tiene él que ver en todo esto? muchos piensan que tú tuviste una niña, ¿qué significa todo esto? —interrogué más confusa que nunca.

—Mi hijo, debido a sus amplios conocimientos en medicina científica, tratará de detenerlos a todos y con ello sólo encontrará la muerte. Esa secta oculta un importante tesoro, escondido durante siglos en el castillo: todos hemos perseguido alguna vez un sueño de riqueza —habló, cada vez más cansada.

—¿Cómo puedes saber tantas cosas? ¿quién es tu hijo? —le pregunté.

—El estuvo aquí hace un año: sabía que yo fui un eslabón importante en la secta y quería conocer detalles; deseaba ampliar sus conocimientos para no cometer errores —me decía.

—No, no puede ser. Sólo Nacho estuvo aquí hace un año, a verte y descubrió que tú eras mi madre. Tiene que haber un error, una confusión —opiné desconcertada.

—No hay ningún error, te lo aseguro: Nacho es mi hijo, el único que tuve con Ion y que me arrebataron nada más nacer. El rey de Los Ángeles Olvidados continúa en Bram, esperando a su sucesor, engañando a todos. Nacho sabe cómo destruirlos, pero acabarán con él mucho antes. Por favor, trata de protegerle; toda esa gente está loca; se revelarían si descubriesen que Dominic Holzhausen... —trataba de avisarme.

Era el abuelo de Andrei. El mundo parecía desvanecerse por momentos para mí, tal vez por la imposibilidad de entenderlo, o tal vez por el miedo y la incertidumbre que me causaba ser

conocedora de todo esto. Sonia sabía mucho más de lo que yo creía, y trataba de proteger a Nacho a toda costa.

—Estuve con Nacho hace poco más de un mes; en el orfanato fuimos grandes amigos y ahora, en Transilvania... Fue adoptado por una familia francesa, lo sé —dije pensativa, reflexionando sobre muchas cosas.

—Alejandra, Nacho pretende acabar con siglos de historia; no lo conseguirá y te arrastrará a ti a los abismos. Los Ángeles Olvidados te necesitaban: debes ser cauta. Todos los niños de ese orfanato murieron: sólo hubo algunas excepciones y vosotros tres fuisteis una de ellas —me explicaba, dejándome atónita.

—¿Nosotros tres? ¿qué tres? ¿quién más sobrevivió a tal pesadilla? ¡Oh, Dios mío! —objeté.

—Nachó conoce todos los secretos de esa secta: tienes que detenerle, Alejandra, o acabarán con vosotros y con muchos más, como ya lo hizo Dominic —se precipitó Sonia— Los Ángeles Olvidados sólo son la tapadera de una macabra leyenda ¡Dios mío, todo es tan complicado...! —se lamentó.

—Pero Dominic Holzhausen tiene un nieto: Andrei. ¿Por qué no trató de manipularle a él? Al fin y al cabo, era de su sangre —quise saber.

—Sus padres protegieron muy bien a ese muchacho, alejándolo de Transilvania, enviándolo a Inglaterra, donde vivió siempre. Era difícil manipular a alguien que no se había criado bajo la filosofía de la secta. Sin embargo, Dominic tenía un hijo ilegítimo: Vladimir. Este siempre fue ambicioso y con constantes amenazas a su padre, consiguió entrar en la secta, introduciendo también a su hijo, el pequeño cuidador de los lobos —me contaba.

—¿Un niño haciéndose cargo de esos feroces lobos? —me sorprendí.

—Pues así era: el pequeño Leonard se encargaba de darles de comer y... —trataba de decir.

—Yo conocí a un Leonard en Bram; su apellido era Stephenson, aunque no hablamos de la misma persona: este es un periodista americano —la informé.

—Rubio, ojos muy azules, piel blanca, delgado y con cicatrices en el cuello; si tiene todo esto, entonces no hay duda: es él —aseguró Sonia.

Mi corazón palpitaba con desenfreno, porque sin duda el Leonard que yo conocí, casi siempre en las inmediaciones del castillo, tan interesado en él y con las cicatrices en el cuello, era el pequeño cuidador de lobos que Sonia recordaba.

—¿Quién es Bret Antonov? —pregunté específica.

—¡Oh! Bret Antonov es el supuesto hijo de Dominic e Ileana Antonov; decidió mantener como primer apellido el de su madre; Bret era el gran elegido —me hizo saber.

Por un momento no me pronuncié. Estaba muy asustada y la cabeza a punto de estallarme. Me había levantado de la silla y caminaba de un lado para otro de la habitación, bajo la supervisora mirada de Sonia. Comenzaba a entender cosas, sobre todo la obsesión de Nacho por su investigación y por la posesión del anillo de la piedra verde. Dominic tuvo dos hijos con Ileana Antonov: Carol, el padre de Andrei, y Bret. Vladimir fue un hijo ilegítimo, tal vez de M^a Magdalena, su amante.

—Alejandra, debes ir a Burdeos. En esta dirección te documentarás y tal vez así consigas salvar tu vida, la de Nacho y la de alguien más, una persona importante para mí y que también lo fue para ti. Debes acabar de una maldita vez con esos demonios de personas que habitan el Castillo de Bram —me indicó, entregándome un trozo de papel con unas señas— Hay un anillo, simbólico y muy importante para esos adeptos; sólo el Rey o el futuro sucesor pueden poseerlo: matarían por él. Si Nacho consiguiera el enigmático anillo de la secta, sé que entraría en ese castillo y ese sería su fin —me explicaba.

—Pero creo que el anillo ya lo tiene —recordé preocupada— Y tal vez sepa dónde encontrar al líder: ese hombre es muy mayor y parece estar mal de salud —opiné recordándolo en aquel ataúd, dormido profundamente— Antes de irme, quisiera saber algo más: ¿quién fue M^a Magdalena? —me interesé.

—¡Uf! El diablo en persona. Creo que aún vive, aunque no estoy segura. ¿Dónde escuchaste hablar de ella? —quiso saber.

—Bueno, no recuerdo bien: alguien me contó que fue amante de Dominic Holzhausen —disimulé.

—Es la madre de Vladimir. Cuando Ileana heredó el Castillo de Bram, Dominic trató de deshacerse de ella; la fortaleza y todas sus pertenencias le esperaban a él y a M^a Magdalena —me hizo saber— aunque hubo muchas sorpresas después, circunstancias imprevistas que a todos nos impactaron bastante —insinuó.

Pero debía marcharme ya: llevábamos más de una hora conversando y Sonia se mostraba cansada. Me despedí de ella, agradeciéndole su amabilidad. Su cuidadora me acompañó hasta la puerta frente a la cual aguardaba pacientemente el taxista. Debía regresar a Soria: después de tanta información, era necesario poner todo en orden en mi cabeza y pensar en mi siguiente plan.

Una vez en el hotel y tras ducharme, me tumbé en la cama pensativa y atando cabos. Leonard el cuidador de lobos: él y su padre Vladimir consiguieron introducirse en la secta, tal vez persiguiendo el liderazgo, algo difícil siendo un bastardo.

Por otro lado, estaba Ileana, la abuela de Andrei y esposa de Dominic; ella era una auténtica Antonov, la verdadera heredera del Castillo de Bram pues había pertenecido a su familia siglos atrás. En él se había forjado la cúpula de una sanguinaria y peligrosa secta, con no demasiados adeptos, pero sí muchas víctimas. Seguiría las instrucciones de Sonia, pues alguien estaba a punto de convertirse en el líder y yo podría suponer eslabón idóneo para ello.

Sonia González me había proporcionado una dirección: la misma que constaba en la tarjeta que yo cogí del maletín de Nacho; era el mismo lugar y tal vez la llave que la acompañaba podría abrir alguna importante puerta.

A la mañana siguiente, muy temprano, tomé un autobús que me llevaría a Burdeos, una de las ciudades más importantes de Francia. Dos personas, en distintos momentos, me habían hablado de este lugar, relacionándolo en cierto modo con Los Ángeles Olvidados. Dos direcciones dadas por diferentes personas, pero que coincidían; sí, estaba segura de que allí encontraría datos de interés que me ayudarían a comprender y a descifrar muchas cosas.

Tras varios cientos de kilómetros, el trayecto había finalizado. Me encontraba en una bellísima ciudad de Francia, con fama mundial como capital del vino. El clima era más húmedo que en Soria, aunque no tan frío, tal vez por su cercanía con el Océano Atlántico.

En la misma estación de autobuses tomé un taxi, proporcionándole la dirección a la que deseaba llegar.

—Mademoiselle, esto se encuentra a casi cien kilómetros de Burdeos —me informó el taxista.

—¡Cien kilómetros! Vaya, no creí que estuviera tan lejos —comenté.

—Conozco esa zona; por allí abundan los bosques de pinos y los lagos; le aseguro que es un lugar con encanto especial. Hay algunas casas, grandes mansiones en su mayoría: le encantará —aseguró el taxista.

Y pusimos rumbo a aquel lugar. Sí, tenía razón: el paisaje era de una belleza inigualable, con sus espesos bosques, tan verdes, bajo un resplandeciente cielo azul en aquel frío mes de febrero. Me distraía mirando todo esto a través de la ventanilla del coche, un Citroën C5, grande, espacioso y cómodo en su interior. Nos desviamos de la carretera, circulando ahora por senderos que dejaban a un lado y a otro la máxima belleza vista hasta el momento. Y al llegar junto a un recinto privado, vallado todo él y protegido por una enorme puerta de hierro, el taxi se detuvo. Habíamos llegado a la dirección indicada: el coche no podía avanzar más. Aboné la tarifa y el taxista se marchó, dejándome sola ante aquella despampanante puerta, inmensa y celosamente cerrada. Sólo tenía una llave, sólo una y debía abrirme alguna de las puertas de ese lugar. La saqué y lo intenté con aquella cancela: no conseguí mi objetivo. Sabía que no tendría más remedio que saltar. Despojándome del abrigo y lanzándolo al otro lado, subí por las rejas de la puerta y conseguí acceder.

—¡Auhhh! —exclamé, trabándome con un hierro algo sobresaliente, que rasgó mi blusa y arañó la piel de uno de mis brazos.

Era un arañazo no demasiado profundo, pero sangraba levemente y me escocía. Tomé mi abrigo negro y volví a ponérmelo; la maleta había quedado fuera: ahora yo debía avanzar por aquel bello sendero, rodeado de altos árboles y hierba muy verde. Escuché el canto de los pájaros y el sonido del agua, y al llegar a un claro, divisé la gran mansión, posiblemente una construcción en piedra del siglo XVIII, a orillas de un pequeño lago. Pero ¿cómo podía pertenecer aquello a Nacho? Me fui acercando, bordeándolo, mirando por cada una de sus ventanas, sin cortinas, al descubierto todo en su interior; pero estaba muy oscuro. Llegué a la puerta principal, grande y acristalada en su parte superior; utilicé la llave que encontré en el maletín de Nacho y: voilà!: la puerta estaba abierta para mí. Entré en la mansión, rezagada, encontrándome con un amplio vestíbulo, gustosamente decorado en tonos rosados, con paredes en piedra, sustentando grandes obras de arte en pintura, reflejo de épocas pasadas. Los ventanales, de inmensas proporciones, permitían la entrada de luz exterior, embelleciendo aún más el lugar y permitiendo la vida de

algunas plantas en pequeñas macetas. Armas decorativas y antiguos candelabros con velas completaban la decoración de sus empedradas paredes. Descubrí dos pequeñas puertas, con terminación en forma de arcos de medio punto y decidí avanzar por ahí. Se trataba de un largo pasillo, con techos abovedados, ventanales a la derecha y puertas a la izquierda. Las vistas de los jardines eran impresionantes y, puerta a puerta, fui descubriendo cada una de las dependencias. Un precioso salón, con paredes y suelos enmoquetados, intercalando azules y amarillos, se imponía ante mis ojos. A diferencia de todo lo visto hasta ahora, tan rústico y donde había imperado la piedra, descubría entonces la galantería y el gusto por el decoro y los colores claros, impresionándome su clásica chimenea con una enorme pintura sobre ella, prevaleciendo en todo el salón; la gran mesa redonda, cubierta por tradicionales manteles bordados a mano, los sofás de un delicado celeste, tras el cual se hallaba una lámpara de mesa en salmón y la vitrina albergando gran cantidad de libros, en su mayoría históricos y sobre medicina completaban el lugar. ¿Cómo un hombre solo podía vivir en un lugar así? Todo era de una belleza sin igual. Tras recrearme un poco, salí de allí, recorriendo nuevamente el pasillo en el que la piedra volvía a gobernar y abriendo otra de las puertas, encontrando ahora una habitación pequeña, con tan sólo una mesa redonda, de madera y cuatro sillas; todo estaba perfectamente iluminado gracias a un pequeño ventanal. Anduve por lo que quedaba de pasillo y llegué hasta unas escaleras que ascendían. Cuando llegué a la parte de arriba, encontré las habitaciones, al menos cinco, todas ellas dignas de una reina. Tras un buen rato indagando por cada una de las dependencias, volví al salón principal y me acomodé. ¿Para qué me habría enviado Sonia a aquel lugar? Además, en todo el recorrido, no había logrado encontrar nada que relacionara a Nacho con la mansión.

—Pero la llave de esta casa la encontré en su maletín —pensé confusa.

Todo era muy extraño. Al cabo de un rato, salí al exterior y regresé por el sendero hasta la gran puerta de hierro que marcaba los límites de aquellas tierras: debía saltar de nuevo a por mi maleta y así lo hice.

Paseé tranquilamente a orillas del lago y me recreé admirando y disfrutando de un jardín tan cuidado como aquel. En un lugar tan apartado ¿quién podía ocuparse de él?

Llegó la noche y debía prepararme; aquella era una mansión muy grande y desconocida para mí; sólo una parte había supervisado, el resto quedaría pendiente para el día siguiente. Ocupé una preciosa habitación del piso de arriba, forradas sus paredes de un amarillo mimoso y delicado, enmoquetado gran parte de su suelo, con preciosos muebles de madera al estilo clásico, siempre imperante la gran cama cubierta por una colcha fina y de color claro, con grandes almohadones y la enorme chimenea a un lado. No debía dejar rastro de mi estancia en esa mansión, pues al fin y al cabo no tardaría en irme: nadie debía saber que yo estuve ahí. Abrí la cama y me metí en ella, tapándome hasta la cabeza pues el frío se hacía notar. Sólo estaría un día más en aquella casa, investigando, buscando esas pistas de las que Sonia me habló: después me marcharía en busca de Andrei, mi gran amor. Mi último pensamiento fue para él: debía demostrarle cosas; tenía que recuperarlo. Él me quería, yo estaba segura; no podíamos renunciar a un amor tan grande, por eso, el último suspiro de mi vida lo dedicaría a recuperarlo; Andrei sólo debía esperar un poco más porque, si las cosas no cambiaban, mi siguiente destino sería Londres.

Eran las nueve y diez de la mañana cuando desperté. Había dormido mal, tal vez por la incomodidad del colchón, demasiado blando para mi gusto, o quizás por el frío que me había mantenido encogida durante toda la madrugada; lo cierto era que me dolía todo el cuerpo. Salí de la cama y me estiré un poco: tenía la nariz fría y temblaba; necesitaba un reconfortante baño caliente o ese frío no saldría de mi cuerpo en todo el día.

Entré en el baño, de accesorios clásicos y antiguos, pero perfectamente cuidados. La bañera era grande y abrí los grifos intentando obtener agua caliente. Aquellas tuberías emitían un ensordecedor ruido, como si llevaran décadas sin ser usadas.

—No, no pude ser —me lamenté, temiéndome lo peor.

Pero después de un buen rato, el agua comenzó a templarse un poco hasta llegar a ser caliente. Llené la bañera y me metí en ella: fue una experiencia única. Pasé largo rato allí, en silencio, con los ojos cerrados y la mente en blanco, pero de pronto algo sonó. Lo que escuché había sido un golpe seco en algún lugar lejano de la casa, quizás algún cacharro cayéndose... no estaba segura, pero yo estaba sola en aquel lugar, sola en un bello y perdido paraje.

Rápidamente salí de la bañera y me sequé: no estaba tranquila. Utilizando para cubrirme una toalla, llegué hasta la habitación, accediendo entonces a mi maleta y abriéndola para sacar la ropa que me pondría: un pantalón vaquero, desgastado y cómodo y un jersey de lana rojo. Cuando hube terminado y aún con el pelo humedecido, salí de la alcoba, no sin antes colgarme la pequeña mochila de cuero en la que solía guardar el teléfono móvil, mis tarjetas y la documentación: la luz del celular podría sacarme de apuros en muchos momentos. Por supuesto, mi cámara de fotos no podía faltar. Bajé las escaleras despacio, intentando no hacer ruido: todo estaba en silencio. Recorrí el largo pasillo de piedra y llegué al hall y fue cuando volví a escuchar golpes. Me quedé quieta por un momento, pero ¿qué había sido eso? La mansión era muy grande y algunas partes de la misma no estaban conectadas. Había inspeccionado toda aquella zona, y no encontré puerta alguna que diera acceso a otros lugares, por lo que decidí salir fuera. Fotografiaba todo cuanto encontraba a mi paso. El día se presentaba tan soleado y frío como el anterior; había olvidado el abrigo, pero ya no era momento de volver atrás. Sí, tomé una manta, pequeña y de lana, colocada bajo una mesita de madera, en el vestíbulo; me serviría para protegerme de las bajas temperaturas a esas horas de la mañana. Recorría toda su fachada de piedra, mirando a través de los cristales, tratando de hallar alguna otra puerta. Frente a la parte de atrás de la mansión se encontraba el jardín, verde y florido, cuidado con gran esmero. Los arbustos habían sido recortados con sumo cuidado, imitando extrañas formas, intercalándose las flores de distintos colores, en su mayoría rosas blancas. Caminé y caminé por todo el jardín, recorriendo las extensiones de aquella casa, pero no pude encontrar ni una sola puerta más. ¿Cómo era posible que una mansión tan grande no tuviera otras vías de acceso? ¿cómo se accedía a las otras zonas de la casa?

Al cabo de un buen rato, regresé. Me dirigí al salón principal y me acomodé en el precioso sillón color celeste, soltando sobre uno de sus brazos la manta de lana que antes me sirvió para cubrirme; me hallaba sentada justo al fondo de la estancia, y el clásico sillón se ubicaba sobre moqueta, muy cercano a la chimenea apagada. De pronto la intensa luz que atravesaba los cristales de las ventanas se hizo más débil y oscura: se había nublado y posiblemente llovería. Me giré dispuesta a encender una lamparita de mesa justo detrás del sofá y me fijé en una extraña

construcción de madera, con unos puntiagudos acabados en su parte superior y por más que la miraba, no conseguía adivinar qué significaba su peculiar forma. Entonces fue cuando, casi por casualidad, descubrí una puerta en su fondo más oscuro.

—¡Pero bueno! —objeté, levantándome del sofá y dirigiéndome hacia allí.

Al acercarme, asomé cauta la cabeza: efectivamente aquello era una puerta; casi se confundía con la pared, pues en aquella parte del salón prevalecía la madera por encima de la moqueta. Me metí un poco más dentro de aquel lugar, hasta alcanzar el pomo de la puerta: estaba cerrada.

—Me lo temía —me dije volviendo atrás entonces.

Debía abrirla fuera como fuese. Yo estaba en esa mansión por algún motivo: tenía que descubrir porqué. Recorrí las distintas dependencias de la mansión, buscando algo que me pudiera servir para abrir la puerta; en la cocina encontré grandes cuchillos, aunque lo más efectivo era un hacha y así fue como, golpeando con fuerza y forzando el pomo hasta el punto de destrozarlo, logré abrirla. Sin deshacerme del hacha, entré dispuesta a explorar lugares desconocidos de la mansión, tal vez peligrosos o quizás los que darían respuestas a mis preguntas, a mi pasado y a mi presente.

Algo sonó al atravesar la puerta y entonces miré al techo: una cámara había comenzado a grabar. Me sentí descubierta pues alguien sabría que yo había estado ahí. Algunas luces se encendieron, facilitándome el camino a través del largo pasillo, enmoquetado en un principio, sin puertas ni ventanas a los lados: sólo pared y suelo. Al poco, otra puerta se imponía, pero ésta estaba abierta para mí. Encontré un salón vacío y en él, unas escaleras que daban la opción de subir o bajar. Subir suponía no meterme en líos, o al menos eso pensaba y cuando me disponía a hacerlo, algo se escuchó bajo las escaleras. Estaba muy asustada, tanto que casi no podía ni moverme. Sin embargo, todo volvió a la calma y yo ascendí las escaleras, tratando de alejarme un poco del posible peligro de ahí abajo. Al llegar, al término de las mismas, un espacio amplio albergaba tres grandes puertas; las dos primeras estaban abiertas y vacías, pero la tercera...otra vez se interponía una puerta cerrada con llave.

—¡Maldita sea! —maldije nerviosa.

No podía dudar ahora: empuñé bien el hacha y golpeé repetidas veces aquel pomo que, con su cerradura, me imposibilitaba el paso a la habitación. Una vez dentro, encontré algunas cajas cerradas con papel de pegar; curioseé en ellas, hallando fotografías, cartas y otros papeles de interés, todo ello relacionado con Nacho, con su vida pasada y con su presente más inmediato. Permanecí allí durante un rato, descubriendo fotos en las que yo aparecía; era mi época de estudiante, en Granada, cuando vivía con Antón Cruz. Otros tiempos de mi vida también fueron espiados por él, pero ¿por qué? Las cartas parecían interesantes; algunas procedían del mismísimo Castillo de Bram, remitidas por el intrigante y extraño abogado de Nicoleta Ivanov; sí, Vasilií Dutu escribía una de las cartas, la cual dirigía a Antón Cruz. Pero ¿qué relación podía haber entre ellos? Del modesto manojó, rescaté dos que se hallaban juntas, unidas por un enorme clip, comprobando que habían sido escritas hacía menos de dos años. Deseaba conocer su contenido, anhelaba descubrir qué pretendían esos hombres con respecto al Castillo de Bram.

Bram, 24 de abril de 2006

Estimado Antón:

Hace ya algunos meses que visité personalmente a Alejandra, esperando su llegada a Bram próximamente. Después de lo sucedido con el ataque de los lobos, todo podría venirse abajo. Ese Bret Antonov amenaza con desmantelarlo todo y eso sería acabar con la leyenda y perder el tesoro.

Las gentes de este pueblo deben ver pronto a la princesa: es la única forma de mantenerles

alejados del castillo: Alejandra, con su presencia, se hace imprescindible en este lugar.

Por otro lado, mi querido amigo, he de contarte que un abogado alemán investiga sobre Bram y su relación con los Antonov: ella está viva, y quiere lo que le pertenece. Con Alejandra cerca, podremos mantenerla a salvo hasta que llegue el momento del intercambio. Habrá que esperar un poco todavía, aunque estamos cada vez más cerca del tesoro.

Siempre: Vasiliu Dutu

Era una carta impactante; la doblé nuevamente y la introduje en el mismo sobre. Había tantas cosas que escapaban a mi entendimiento... ¿De qué leyenda y de qué tesoro hablaban? Yo me convertía en imprescindible para ellos y, por otro lado, alguien permanecía viviendo y amenazando con ello. Estaba desconcertada ante tanto enigma. ¿Quién era Bret Antonov realmente? El supuesto heredero del castillo era todo un misterio.

Obtuve la otra carta, aquella que Antón Cruz escribió seguramente al recibir la de Vasiliu Dutu y que después decidió no enviar: ¿por qué? Antón Cruz: murió años atrás. ¿Qué hacía una carta suya en este lugar? Era inimaginable; sin embargo y en efecto, era su letra y su firma al final.

Burdeos, 7 de mayo de 2006

Querido amigo:

Continúo en la mansión, escondido. Sonia enfermó gravemente, ya lo sabías y no hubo más remedio que abandonarla. Sigo custodiando el sótano, y he conseguido algunos informes de Nacho. Pronto te los enviaré, pues son interesantes. Ha descubierto la verdadera enfermedad de Los Ángeles Olvidados y ahora debe rondar por Transilvania, dispuesto a tomar el castillo ante nuestro descuido: tenemos que estar alerta.

Alejandra no tardará en viajar a Rumania: esa herencia supone una tentación para alguien con pocos recursos, como ella. Transmítele a la vieja que, si respeta nuestra parte, seguiremos adelante con el plan; de lo contrario, todos nos quedaremos sin nada.

Ese Bret Antonov podría suponer un buen aliciente en todo esto; deberías invitarle al castillo para conocer sus propuestas: tal vez nos sea útil.

Y sin más, se despide atentamente y esperando viajar pronto a Transilvania: Antón Cruz.

Llevaba mucho tiempo en aquella habitación; había muchas más cartas, pero no era momento de leerlas todas, por lo que decidí salir ya; continué subiendo las escaleras, hasta la última planta. A su término, un largo y estrecho pasillo, con ventanas en su lado derecho y al fondo una sola puerta, de madera oscura, labrada como las demás. Anduve hasta ella, pensando en que lo mejor sería encontrarla abierta y vacía, pero no fue así. Estaba destrozando algunas puertas con aquella hacha, pero ¿qué otra opción tenía? Empuñé nuevamente y di un golpe seco en el pomo: este cayó y pude abrir la puerta con facilidad. La habitación, en su interior, no estaba demasiado iluminada; las gruesas cortinas conseguían mantener aquel lugar casi en penumbra, pero algo podía vislumbrarse: una cama, con no más de noventa centímetros de anchura y alguien sobre ella. Aquella silueta allí tumbada me hizo retroceder presa del pánico. Mi respiración se agitaba y la sangre era bombeada por mi corazón con más fuerza que nunca. Quería salir corriendo, pero era tal mi miedo que me mantuvo paralizada en el mismo lugar. Comencé a sudar, un sudor frío que se acentuaba, principalmente en mi espalda. Mis ojos se iban acostumbrando a la oscuridad y comencé a visualizar más claramente el cuerpo que yacía sobre la cama. Era un hombre, mayor, con pelo blanco y barba corta. Parecía dormido y en su nariz tenía puesta una mascarilla de oxígeno. Anduve despacio por la habitación, en dirección a la ventana; necesitaba correr un poco aquellas cortinas para ver mejor, y así lo hice. Cuando todo quedó mucho más iluminado, me giré y volví a mirar al individuo; no, mis ojos me estaban engañando: no podía tratarse de él, de Antón Cruz, el hombre que me sacó del orfanato y que me cuidó durante muchos años. Acababa de leer

una carta suya, desconcertante para mí. Recordé entonces que era asmático; a eso se debía aquella mascarilla de oxígeno. Me quedé boquiabierto mirándole, tan pálido, tan envejecido y deteriorado. Habían pasado años desde la última vez. Estaba vivo pues podía sentir su respiración; Me dijeron que había muerto y no era así. De alguna manera, él también estuvo involucrado con Los Ángeles Olvidados. Quizás Sonia González se refería a él cuando me prevenía contra alguien. Pensaba en todo esto mientras lo miraba, con la mandíbula muy pronunciada y la boca hundida. Entonces abrió los ojos. Grité ante esto y retrocedí inmediatamente hacia atrás: estaba asustada, tanto, que tropecé y caí de culo al suelo. Él intentaba decirme algo, haciendo grandes esfuerzos para hablar. Me levanté deprisa, llegando hasta la puerta y manteniéndome junto a ella, mirándole, pero sin acercarme.

—¡Chussss, chussss, chussss! —exclamaba desde su lecho— no debes hacer ruido: podría escucharte —conseguí entenderle.

Pero no respondí en un principio. Volví la cabeza y desconfiada, miré todo el largo del pasillo: allí no había nadie.

—Vete, vete, vete —repetía una y otra vez, aún recostado, sin poder incorporar la cabeza para verme mejor.

Y caminé hacia su cama, muy despacio. Era Antón Cruz, pero desconocía el estado en el que se encontraba; tal vez tenía más fuerza de la que yo creía, y podría hacerme daño, pero cuando me aproximé lo suficiente, él me reconoció, escapándose unas lágrimas de sus celestes ojos.

—¡Alejandra, mi niña! —objetó en voz baja y con gran esfuerzo.

Entonces me acerqué aún más, entendiendo que era inofensivo y que necesitaba ayuda porque estaba enfermo, o al menos así parecía.

—Antón, pero... ¿qué significa todo esto? ¿qué estás haciendo aquí? —quise saber desconcertada y más confusa que nunca.

—No debes permanecer ni un minuto más en este lugar: Nacho te cazará igual que a todos y te convertirá en su conejillo de indias —me previno.

—Nacho no está ahora —respondí confusa.

—Pero volverá y antes de lo que crees. En la puerta de entrada a esta zona de la casa, hay una cámara: está conectada con su móvil y él ya debe saber que estás aquí, en la zona prohibida; todo el que entra debe morir —me explicó, asustándome aún más.

Yo había visto la cámara y por lo que me decía Antón, quizás por videoconferencia Nacho me había visto entrar aquí. Pero ¿trataba de engañarme una vez más? Encontré informes de Nacho, pero nada nuevo que lo involucrara. Sin embargo, Antón Cruz parecía muy relacionado con el Castillo de Bram y con Vasili Dutu, el abogado que me hizo viajar hasta Transilvania, haciéndome heredera de una extraña herencia, de una extraña mujer a la que, por su carta, Antón conocía.

—Antón, creí que estabas muerto —recordé.

—Es una larga historia y ya es tarde para contarla —opinó.

Me mantenía alerta con respecto a él; desconfiaba. Sin embargo, parecía estar enfermo y su aparente debilidad me hacía permanecer allí.

—Tal vez debiera verte un médico —opiné temerosa.

—¡No! estoy enfermo, Alejandra, tú ya lo sabes —habló.

—¡Pero no puedo dejarte aquí! —exclamé con gran agobio.

—Baja la voz —me ordenó— y ahora escúchame, maldita sea: vuelve por donde viniste y sin hacer demasiado ruido; por nada del mundo bajas las escaleras en dirección al sótano. Tienes que salir de la mansión: Nacho ya sabe que estás aquí, que descubriste la puerta y debe estar en

camino —me informaba.

—Me asustas —le dije.

—Quiero que te vayas, Alejandra; Los Ángeles Olvidados te necesitan y deben estar buscándote —me avisó.

—¿Qué tienes tú que ver con ellos? Y ¿qué hay en el sótano? —pregunté curiosa.

—La muerte —respondió.

—¿La muerte? —me sorprendí.

—Sí, como lo oyes. Tienes que irte. Tu vida será complicada y tendrás que vivir oculta siempre, porque si te cogieran... —habló.

—He vivido cerca del Castillo de Bram durante meses, y nadie me hizo nada —le dije.

—Nacho te necesita para él, a su debido momento. Primero debe obtener el anillo y después acabar con el Rey y con su heredero. Lo siguiente serás tú. Ese muchacho está loco y es muy peligroso —me advirtió— y ahora huye de una vez —insistió.

Escuchamos unos fuertes golpes procedentes de algún lugar de la casa. Nos miramos aterrorizados.

—No puede ser Nacho: está en Transilvania —dije.

—Posiblemente llegue mañana, por eso tienes que irte lo antes posible: ¡vamos, corre! —exclamó.

¿Cuál era su propósito haciéndome huir de ese lugar? Antón ocultaba un gran secreto, de eso estaba segura, y en esos momentos, junto a él, tal vez corría peligro. Y salí de la habitación asegurándole a Antón que regresaría a por él. Recorrí el pasillo y casi de dos en dos bajé las escaleras. Los golpes procedían del sótano, estaba segura; no podía irme de allí sin conocer ese lugar y la naturaleza de esos golpes. Sólo fueron unos segundos de reflexión e inicié el descenso hacia el infierno. Aquello estaba mucho más oscuro y pronto llegué abajo, encontrando una puerta cerrada. Pegué la oreja a ella, pero no oía absolutamente nada; era gruesa, de madera maciza. Aún tenía el hacha en mi poder y sin pensarlo más, elevé mi brazo y aticé al primer golpe. Un grito desgarrador escuché, tal vez no al otro lado de la puerta, pero sí muy cerca; aquel sonido, como el lamento de un animal, me hizo detenerme por un momento, pero, tras unos segundos de escucha, continué con mi labor, ensañándome con aquella puerta, con su cerradura, tratando de destrozarla sin piedad. Había conseguido mi objetivo y ahora sólo debía empujarla con fuerza. En el interior, todo estaba a oscuras.

—Tiene que haber algún interruptor de luz por aquí —me dije, palpando la pared en un exagerado estado de nervios.

Pronto lo encontré y al accionarlo, todo quedó alumbrado. Aquel lugar parecía un laboratorio, con microscopios y otros aparatos relacionados con la investigación científica. A un lado, en una enorme estantería, se hallaban colocados los archivadores; tomé uno de ellos y depositándolo sobre una mesa, inspeccioné sus hojas.

—*Porfiria Eritropoyética Congénita o Enfermedad de Günther: enfermedad metabólica, hereditaria por deficiencia en las enzimas que intervienen en la biosíntesis del grupo hemo, un componente de la hemoglobina, parte esencial de los glóbulos rojos* —leí— enfermedad relacionada con la sangre —pensé a continuación, aún con aquel documento en mis manos.

Y continué leyendo:

—*Signos: orina roja, sensibilidad extrema a la luz, eritrodoncia o coloración marrón oscuro de los dientes, enrojecimiento de los ojos, anemia hemolítica...Una posible solución para esta anemia son las transfusiones, ante una posible necesidad de sangre.*

Todo esto me hacía pensar; sí, Nacho había tratado de dar una explicación científica a lo

relacionado con Los Ángeles Olvidados, pero ¿por qué, si él era uno de ellos?

En aquellos informes se argumentaba y se trataba de justificar la actuación de estas extrañas personas siempre durante la noche: eran sensibles a la luz solar y su sola exposición podría provocarles serias lesiones cutáneas, cicatrices importantes y un envejecimiento prematuro de la piel.

—¡Claro! —comprendí— por eso permanecen en ese sótano, el lugar más oscuro de todo el castillo; duermen en ataúdes para evitar riesgos y su piel es pálida quizás por la anemia que padecen —me decía.

Pero aquello sólo era una hipótesis desde el punto de vista de Nacho. La carpeta contenía muchos más datos sobre esta importante enfermedad, la Porfiria: ¿trataba de demostrarse con esto que Los Ángeles Olvidados sólo eran un grupo de enfermos, condenados irremediablemente a esta forma de vida?

Tomé otro archivador de la estantería y obtuve lo que contenía.

“Vampirismo relacionado con algunas patologías reales como la rabia o la porfiria, aunque este tema siempre estuvo envuelto en supersticiones. También ha de destacarse aquellas personas atraídas de forma obsesiva por la sangre humana, con una necesidad obsesiva por sentirla o ingerirla, dejando entrever una auténtica patología psiquiátrica”.

“Podría tratarse de esquizofrénicos o psicóticos, aunque en psiquiatría, este tipo de enfermedad se encuadra dentro del Vampirismo Clínico o Síndrome de Renfield”.

Más de veinte folios componían el archivador que tras ojear brevemente, coloqué en su sitio, cogiendo uno más.

Este otro, referido extensamente a la rabia como enfermedad producida por el virus RNA, subrayaba la transmisión de la misma de animales a humanos.

“Un único animal relacionado de forma directa con la secta desde hace más de un siglo: el lobo. Este animal podría ser portador de la rabia y transmisor de la misma a través de la mordedura a un humano” —se leía en aquel extenso informe.

“Tras varios estudios y ensayos clínicos, he llegado a la conclusión de que los síntomas del vampirismo se asemejan a los síntomas de la rabia cuando una persona la padece” —se afirmaba.

“El individuo afectado por ella, podría transmitirla a otro humano mediante una profunda mordedura, siendo el periodo de incubación de uno a tres meses”.

Al leer esto, me sobrecogí: en mi cuello aparecieron dos cicatrices aparentemente de colmillo; quizás yo estaba infectada, aunque aún no lo sabía. Si la persona que me había mordido tenía la rabia, yo moriría presa de esta enfermedad también.

Estaba muy preocupada por ello, aunque en ningún momento abandoné mi lectura.

—*“Sintomatología vampírica por contagio de la rabia: encefalitis y afectación del sistema límbico, tan relacionado en el control de emociones, agitación, agresividad, hipersexualidad...emisión de sonidos roncós y ahogados debido a espasmos musculares”* —leía — *“En estos enfermos se da una retracción de los labios, asomando entonces los dientes de forma exagerada”.*

Al leer esto pensé en Yelena: esa niña debía tener los dientes bastante sobresalientes como para succionar sangre del cuello de Petrica.

“Gran exaltación de los reflejos, mostrándose sensibles a ciertos ruidos, a la luz, olores...Hidrofobia o rechazo al agua, incluso a tragarla. Las pesadillas y las alucinaciones cursan también con esta grave enfermedad”.

El resto de archivadores no aportaba datos mucho más reveladores. Estaba sorprendida;

Nacho siempre me dijo que vivió en Burdeos y dedicó muchos años de su vida a investigar sobre Los Ángeles Olvidados que en cierto modo vivían como vampiros: no me había engañado. Entonces ¿por qué ahora descubría que pertenecía a ellos?

—Quizás todos están enfermos y han terminado volviéndose locos —me dije, tratando de ser lo más racional posible ante lo leído.

Algo sentí en algún lugar cercano al laboratorio. Me mantuve inmóvil por un momento: debía salir de allí lo antes posible Escuché nuevamente aquel sonido extraño, como una respiración intensa, ahogada, ronca; se oía al otro lado de la pared, pero estaba tan asustada que no me atrevía ni a moverme.

—¡Sácame de aquí! —dijo, casi en un profundo susurro, una voz.

Estaba bloqueada, tremendamente aterrorizada. En el laboratorio no había ninguna otra puerta, pero al otro lado de la pared, alguien me pedía ayuda.

—¡Grrrrrr! ¡sácame de aquí! ¡me estoy muriendo! —escuché otra vez.

—¿Quién eres? —pregunté con voz clara, aunque temblorosa.

Entonces aquella persona comenzó a golpear la pared con todas sus fuerzas. Parecía muy alterada y nerviosa.

—¡Te lo suplico, ayúdame a salir de aquí! Volverán en cualquier momento y si no te das prisa, te meterán aquí conmigo —aseguró, ahora mucho más concisa en sus explicaciones.

—No sé dónde estás; además, aquí no hay nadie, sólo tú y yo —le hice saber.

—No, te equivocas: ese viejo está arriba —decía muy alterada.

Se refería a Antón de forma despectiva.

—El dueño de la casa no está: tranquilízate —traté de calmarla.

—¡El dueño de la casa es el viejo Antón! —exclamó con desconcierto.

Comencé a asustarme. Hacía un rato había estado con Antón: me había alegrado tanto de verlo. Lo encontré enfermo, muy enfermo. Además, me constaba que el dueño de la mansión era Nacho; esa mujer, por algún motivo trataba de confundirme.

—Te cogerán, te van a coger y te encerrarán, ya lo verás —repetía una y otra vez.

Por su forma de hablar, parecía algo trastornada. De pronto reparé en un detalle: esa mujer hablaba en castellano.

—¡¿A qué esperas, maldita estúpida?! Ese viejo está a punto de atraparte —trataba de intimidarme.

Conseguía asustarme. Se refería a Antón, como si el pobre hombre pudiera moverse, ¿o quizás sí podía hacerlo? Me estaba poniendo muy nerviosa; me advirtieron que no visitara el sótano y había permanecido demasiado tiempo en ese lugar. Miré a un lado y a otro del laboratorio; no sabía cómo ayudar a esa mujer. Al mismo tiempo, tampoco estaba segura de querer hacerlo: tal vez era un monstruo quien me hablaba desde el otro lado.

—No hay puertas para acceder a donde tú estás —le dije ante su insistencia.

—Te equivocas: mueve la estantería y la encontrarás —me indicó.

Y así lo hice. Tuve que esforzarme para ello, pero, en efecto, tras ella hallé una pequeña puerta, de no más de metro y medio. Estaba hecha de una madera maciza en color oscuro y toda su seguridad pendía de un candado algo oxidado. Golpeé la puerta; aquella mujer parecía volverse loca ante la sola idea de escapar de aquel lugar. Miré el hacha y miré el candado; de un solo golpe podría liberarla para siempre, pero ¿debía hacerlo? ¿y si era alguien peligroso? De pronto escuché algo.

—¡Vamos, abre de una vez! —exigía con desesperación.

—Se escuchan pasos —le hice saber.

—Debe de ser Antón: ya viene a por ti —continuó atemorizándome.

—Eso es absurdo —respondí.

Pero en el fondo de mí se creaba la duda. ¿Confiar o no confiar en aquella extraña? Y el candado cayó partido ante el zarpazo dado con el hacha. Caminé unos pasos hacia atrás, alejándome un poco de la puerta, esperando la inminente salida de aquella mujer, y en cuestión de segundos, la puerta se abrió muy despacio y alguien asomó la cabeza. ¡Oh Dios! era horrible; su pelo, sucio, enredado, sin forma aparente en ellos, hacían juego con el rostro, extremadamente pálido, con acentuadas ojeras, ojos rojizos y desorbitados. Sus ropas, viejas y harapientas, dibujaban una silueta extremadamente delgada y por su gesto, parecía que la luz del laboratorio la deslumbraba. Entonces me miró; yo estaba muy asustada e impresionada.

—¡Quédate ahí! —le ordené, haciéndole un gesto de stop con la mano— no des un paso más —insistí.

—Pero tienes que ayudarme: por favor, no me dejes aquí —me pidió de forma suplicante.

—Ya veremos —respondí cerca de la puerta de salida.

Aquella muchacha parecía tener más o menos mi edad y aunque parecía increíble pensar que hubiera estado en ese lugar encerrada demasiado tiempo, por su aspecto así lo parecía.

—Antón puede aparecer en cualquier momento: yo podría ayudarte a escapar de aquí, pero tienes que llevarme contigo —trató de negociar.

—Antón no puede moverse, así es que deja de decir tonterías —le dije.

—¡No, te equivocas! —exclamó alarmada.

La miré confusa; realmente no sabía qué hacer con ella; llevarla conmigo podría suponer un peligro, pero ¿cómo iba a abandonarla en semejante estado? Esa chica estaba enferma, y de manera grave; no, debía venir conmigo.

—Está bien, está bien, te sacaré de aquí, pero antes quiero que sepas una cosa: sólo un movimiento extraño, cualquier cosa que me haga pensar que atentas contra mí y te aseguro que no dudaré en utilizar esta hacha contigo, ¿te ha quedado claro?! —la amenacé seriamente.

Ella asintió con la cabeza.

—En ese caso, vamos —decidí, indicándole que caminara delante de mí.

Subimos las escaleras y llegamos a la planta principal. Debíamos ser cautas pues un rato antes yo había escuchado pasos. Estaba decidida a abandonar la mansión, pero no sin Antón. Señalé a la chica el ascenso de las escaleras y ella obedeció; intuí que desconocía la casa, que jamás había andado por ella. Lo miraba todo con gran detenimiento. Cuando hubimos llegado, una ventana llamó su atención; corrió hacia ella y se asomó, girándose después bruscamente al quedar completamente deslumbrada por la luz que por ella entraba. Cayó al suelo y permaneció allí sentada, cubriéndose el rostro con ambas manos, balanceándose una y otra vez hacia delante y hacia atrás, sin parar.

—Bueno, quédate ahí y no te muevas ¿me has entendido?! —le dije en esta ocasión, permaneciendo siempre alejada de ella— vuelvo ahora mismo.

Entonces recorrí el pasillo en dirección a la habitación en la que se encontraba Antón; me lo llevaría de allí arrastras si era necesario, pero cuando llegué al lugar, su cama estaba vacía. Sentí como las piernas me temblaban y el corazón parecía salirse, por un momento de mi pecho. La cama ya no era ocupada por nadie.

—No está, ya te lo dije —habló una voz a mi espalda.

Era la muchacha del sótano, mucho más tranquila, con su inquietante apariencia, pero inofensiva al parecer. Estaba aterrada ante la desaparición de Antón.

—Pero.... si no podía moverse —recordé incrédula.

—Me temo que te equivocaste y ahora no nos dejará escapar —aseguró.

Sonreía irónica, mostrando sus marrones dientes que confería a su cara un aspecto mucho más siniestro. Tal vez ella tenía razón, y si así era, no podíamos volver por donde entré. Mi mente trataba de maquinarse un plan. Entonces salí de la habitación a toda prisa; me dirigía a la ventana por la que la chica se había asomado momentos antes, quedando deslumbrada. Ella me seguía, aunque incapaz de avanzar con tanta rapidez. Llegué y entonces me asomé: tres pisos se imponían ante mí, pero era la única salida por la que escapar. La desaparición de Antón era un misterio, pero si esa muchacha tenía razón, nos estaría esperando en la puerta donde se ubicaba la cámara. Con gran nerviosismo trataba de abrir la ventana, tan atrancada quizás por los años pasados sin ser abierta. Con gran esfuerzo conseguí mi objetivo: estaba exhausta y me subía con gran agilidad al alféizar del gran ventanal, estudiando a fondo la mejor forma de saltar.

—Te matarás —aseguró la muchacha aún en el pasillo.

—Cállate; tú puedes hacer lo que quieras: yo me largo —le dije atrevida, desafiando la gran altura que me separaba del suelo.

—Pero... llevo años encerrada en ese sótano y si me dejas aquí, moriré pronto —se lamentaba.

—Y si trato de llevarte conmigo, moriremos las dos —respondí algo agobiada por su presencia.

—¡Dios mío! mi único delito fue haber sido recogida en ese maldito orfanato de Asturias, nada más —me reveló.

—¿Cómo dices? —le pregunté, volviendo la cabeza hacia ella, quien aún se encontraba al otro lado de la ventana.

Estaba sorprendida ante su comentario.

—¿Estuviste en el orfanato de Asturias? —quise saber sentada sobre el alféizar, con las piernas colgando hacia fuera.

—En él comenzó toda esta pesadilla. Ese lugar era monstruoso, con tantos lobos acechando al anochecer... —recordó.

—Pero ¿quién eres tú? —pregunté ahora, perpleja ante todo lo escuchado.

—Melisa; mi nombre es Melisa —se presentó.

Mi mirada mostraba la confusión más absoluta.

—No, eso es imposible; la única Melisa que allí vivió, murió siendo una niña; yo misma lo vi con mis propios ojos —le expliqué con una seguridad inquebrantable.

—¡¿Túuuuu?! pero ... —trataba de comprender.

Alguien subía las escaleras.

—Debe ser Antón —anunció.

—¡No hay tiempo que perder! —me precipité— hay que avanzar por la rama de ese árbol hasta llegar al tronco, es la única alternativa —expliqué al tiempo en que comenzaba mi colgamiento por él, cual simio.

—Pero es peligroso: yo estoy muy débil y podría... —me decía.

—¡Deja de quejarte de una maldita vez y cuélgate ya! ¡por Dios, se trata de esto o morir! —le reproché.

Después de hacer grandes esfuerzos con mis brazos, conseguí alcanzar el tronco del árbol. Ayudé a aquella chica que decía llamarse Melisa: la pobre parecía agotada. Entonces escuchamos un golpe fuerte procedente de la ventana por la que habíamos escapado: alguien acababa de cerrarla.

—¡Vamos! —objeté.

Y nos deslizamos por el tronco de aquel árbol, grueso, alto... habíamos tocado tierra, en una de las zonas más arboladas del jardín y corrimos a través de él hasta que nos hubimos alejado de la mansión. La muchacha se había quedado atrás: su gran debilidad le impedía continuar con aquella huida. Retrocedí hasta ella y noté su respiración entrecortada. Se sentó entonces, apoyando la espalda en el tronco de un árbol.

—Sigue tú: yo no puedo más —habló casi sin aliento.

—No, no voy abandonarte ahora: hay muchas cosas que tienes que contarme —respondí.

—Conmigo te atraparán. Yo estoy enferma, no sé cómo he conseguido llegar hasta aquí, pero ha sido un milagro. Esto es lo más lejos que he llegado nunca: gracias —me dijo.

—Nada de gracias. Mira, no sé quién eres, pero ... no sé, me siento comprometida contigo —le hice saber.

—¿Conmigo? pero ¿por qué? —se extrañó.

—Bueno, yo también crecí en un orfanato asturiano y de niña tuve una buenísima amiga: se llamaba Melisa —le conté, sentándome junto a ella.

De sus ojos emergieron unas lágrimas. Me miraba muy fijamente: estaba a punto de decirme algo:

—Dime, Alejandra ¿quién te dijo que yo había muerto? —me planteó.

—No, esto es una locura: tú nada tienes que ver con... —traté de hablar.

—Soy yo, enferma, muy enferma, pero yo. Nos separaron cuando sólo éramos unas niñas; tú también has cambiado mucho. Simplemente no lo puedo creer —me explicó.

Me quedé pensativa: no sabía qué responder. El frío nos helaba hasta los huesos y estábamos desprotegidas ante él, sin abrigo y sin nada con lo que taparnos. Habíamos permanecido sentadas más de dos minutos: no podíamos perder más tiempo. A pesar de su negativa, conseguí que se pusiera en pie y retomamos la marcha, a paso ligero pues estaba segura de que nos seguían. No podríamos aproximarnos hasta la puerta principal, aquella de hierro que yo salté el día anterior: nos estarían esperando. Nos acercamos a los confines del jardín, alejadas de la entrada, llegando al grueso muro que delimitaba aquellos terrenos: debíamos saltarlo. Ayudé a Melisa a hacerlo; junté las palmas de mis manos y ella depositó la planta de uno de sus pies. La impulsé con todas mis fuerzas y ella, torpemente, logró alcanzar lo más alto del muro. Después lo hice yo, valiéndome de grandes piedras por allí existentes. Lo habíamos logrado: estábamos fuera de la mansión y de sus alrededores. No obstante, debíamos ser prudentes, por lo que anduvimos cautas hasta la carretera principal y tras un buen rato, conseguimos que un coche parara y nos recogiera, llevándonos a Burdeos, donde estaríamos a salvo.

Horas más tarde, Melisa se encontraba ingresada en un hospital de la capital francesa: su estado era muy delicado. Un médico se acercó a mí.

—¿Es usted familiar de la paciente? —se interesó.

—Pues... no —respondí sin dar más explicaciones.

—Ya —objetó secamente el doctor— Bueno, vamos a aislarla, pero antes de eso, ella quiere hablar con usted —me informó.

—Pero ¿qué es lo que tiene? —quise saber.

—Aún no lo sabemos; está muy enferma, con una severa anemia, desnutrida, hipotérmica...se podría hablar de anorexia tal vez, aunque habrá que hacerle algunas pruebas para llegar a un diagnóstico concluyente —me decía.

—Por lo que me dice, intuyo que será un proceso largo —intuí.

—No crea: no tenemos mucho tiempo —aseguró.

—Vaya —objeté.

—¿Sabe si consume algún tipo de droga? —me preguntó.

—No lo sé —respondí.

—Bueno, ella la está esperando. Sea breve, por favor —me pidió, indicándome con una de sus manos por donde debía acceder.

—Claro —contesté.

Entonces anduve algunos pasos y entré en la habitación donde la habían instalado. Yacía sobre el lecho, con su extrema palidez y aquellas acentuadas ojeras. Parecía sonreír, aunque su debilidad la imposibilitaba esforzarse demasiado en ello. ¿Cómo podría ser aquel esqueleto humano mi pequeña amiga Melisa? Me senté sobre su cama y sonreí cariñosa. Le habían tomado una vía en el brazo derecho y su mascarilla de oxígeno estaba preparada.

—Alex, escúchame bien —me pidió, tomando mi mano.

Sabía mi nombre: tenía que ser ella. La miré fijamente, ahora mucho más seria: era toda oídos.

—Antón Cruz me sacó de ese orfanato cuando solo era una niña y me llevó lejos, muy lejos de Asturias. Me metió en un extraño lugar, una especie de laboratorio y allí experimentó conmigo: analíticas y más analíticas... Yo era muy pequeña y comencé a encontrarme cada vez más débil. Un día llegó una mujer: se llamaba Nicoleta y al parecer ella y Antón mantenían una relación. Ella era mucho más joven y aunque decía ser rumana, hablaba un perfecto castellano. Traía nuevas propuestas, entre ellas, llevarme a Transilvania y cuidar de mí; no entendía su instinto protector conmigo. Cuando llegamos a ese Castillo, en Bram, todo salió mal. Logré escapar de aquel lugar, no sin antes descubrir muchas cosas —me contaba, al tiempo en que estiraba un poco su cuello.

Fue entonces cuando distinguí las cicatrices. Debían ser de mucho tiempo atrás, pero indudablemente fueron dos colmillos los que marcaron su cuello. Me sobrecogí entonces.

—Estuviste en el Castillo de Bram —descubrí segura.

—Sí, durante un tiempo. Viajé con Nicoleta Ivanov, aunque permanecí poco tiempo en ese lugar: había muchos enfermos, enfermos como yo. Aún lo recuerdo: tenía dieciséis años. El líder de la secta era un tal Dominc Holzhausen, aunque yo creo que este hombre llevaba muerto bastantes años —me decía.

—Melissa, ¿qué pretendían? —me interesé.

—Querían riquezas. Hablaban de una secta, sacrificando a personas y bebiendo su sangre. Los adeptos dejaban importantes posesiones y dinero en aquel castillo, en manos del líder, como dicen que antiguamente sucedió. Una única ideología les movía: ser inmortales como en su día lo fue la dueña de ese castillo... —me explicaba.

—¿La dueña de ese castillo? Pero pertenece a los Antonov —la interrumpí.

—Quizás en épocas pasadas no fuera así —dedujo— Toda secta ha de tener un líder, un rey que los guíe y en este caso, su líder estaba muerto, aunque ellos no lo sabían. Pero esos adeptos, que no eran otra cosa que enfermos, sólo eran una tapadera para que Antón y Nicoleta se hicieran con el tesoro, manteniendo al pueblo alejado del Castillo. Pero estaba muerto, Alex, Dominic Holzhausen debía tener un sucesor lo antes posible, o aquel imperio se desmoronaría —me explicaba.

—¿Qué sabes de Nacho? He encontrado informes suyos en ese sótano —quise saber.

—Nacho —repitió— de alguna manera está involucrado; conoce muchos datos. Antón Cruz descubrió que investigaba y robaron todos sus informes. Esperaban su visita al castillo para atraparle, aunque, inexplicablemente, Nicoleta Ivanov trataba de protegerle —me contó.

—Pero ¿cómo es posible? ¿qué podría tener ella que ver con Nacho? —me extrañé.

—Posiblemente nada: yo tampoco lo entiendo. Nicoleta acabó desapareciendo; no sé, tuvo que sucederle algo. Con respecto a Nacho, él desconoce mi existencia, aunque yo escuché muchas

cosas de él ... ¿cómo salió del orfanato? —se interesó.

—Fue adoptado por una familia francesa cuando tenía once o doce años, ya no recuerdo bien. Abandonó el orfanato y nunca se supo de él —le expliqué— Inició una investigación y ésta lo llevó hasta Transilvania: nuestro orfanato y esa región de Rumanía estuvieron relacionados hace años —le conté, mordiendo nerviosa las uñas de mis dedos— No sé, Melissa: algo hay confuso en toda esta historia; Nacho es bueno —decidí.

—Te equivocas Alex: Nacho es un profesional de la medicina científica. Desde siempre supo que esa secta estaba formada por una pandilla de locos, pero deseaba, con todas sus fuerzas pertenecer a ella y ejercer el control absoluto sobre todos; buscaba venganza y eso podría destruirle a él ... —narraba.

—Pero hay que detenerle —sugerí.

—Imposible: acabará con el líder y su descendencia; recuperará el valioso anillo tan simbólico para la secta y posiblemente morirá —me contó.

La miré extrañada:

—¿Cómo puedes tener tanta información? —le pregunté confusa.

—Es lo que viví, Alex. Antón Cruz y Nicoleta Ivanov siempre me manipularon; ellos deseaban las riquezas de ese castillo y tal vez, manipulando a aquellos adeptos y haciéndoles creer que yo fui alimentada con sangre fuera la manera. Pero cuando enfermé, eso acabó con sus planes. Creían que yo me había infectado con la Rabia. Entonces Antón Cruz me recluyó en la mansión de Burdeos, aislada por miedo a que les contagiara. Pero no era esa mi enfermedad, no, lo mío es distinto —me contaba.

Ella suspiró. Debía tomar aire para continuar su relato:

—Antón Cruz descubrió mi dolencia gracias a los informes que le robó a Nacho: se trataba de Porfiria, una enfermedad hereditaria que promovió en mí otras enfermedades importantes que acortarían mi vida irremediablemente —me contó.

—Porfiria —repetí pensativa— ¿cómo puedes saber lo que tienes si ni siquiera los médicos lo saben? —planteé.

—Claro que lo sé —afirmó segura, continuando con la historia— Nicoleta y Antón tenían negocios turbios con los habitantes de ese castillo; podrían casarme con uno de los miembros de la familia Antonov y hacerme dueña del lugar; pero enfermé y todo se acabó —recordó, entristeciéndose entonces.

—Ese miembro de la familia Antonov, podría ser Bret —descubrí.

—Sí, sí: así se llamaba. Decía ser el hijo pequeño de Dominic que reclamaba su futuro trono. El viejo había fingido su muerte años atrás, pero Bret lo había descubierto y amenazaba con desvelar el secreto. Además, Los Ángeles Olvidados querían a Bret Antonov como sucesor de su padre, y este muchacho, que apareció de la nada, sólo buscaba lo que todos: poder y riquezas. Pero algo inesperado sucedió con Dominic Holzhausen y entonces Antón y Nicoleta controlaron todo, respaldados por alguien poderoso —me hizo saber.

—Pero ¿quién? —me interesé.

—No lo sé, pero te aseguro que alguien importante está interesado en mantener a esos enfermos ahí dentro, protegiendo en cierto modo el castillo, sembrando el terror en sus alrededores —refería— Alguien ideó todo el plan para hacerte viajar hasta Transilvania y que creyeras que tu abuela era Nicoleta; la pequeña herencia y aquella casa en Bram te llevarían hasta ellos y no se equivocaron ¿no es así? —adivinó.

—Yo nada tengo que ver —hablé.

—Tal vez estés equivocada, Alex; ten cuidado. De todas maneras, hay algo más en todo este

entramado: una serie de Princesas de Transilvania, verdaderas dueñas de ese Castillo y un tesoro escondido —me informó, bajando un poco el volumen de su voz— Para conocer la verdad sobre todo esto, hay que ir a Bram, a ese castillo: Los Ángeles Olvidados sólo son una tapadera para mantener a las gentes de ese pueblo alejadas del tesoro —me dijo.

—¿Qué?! —objeté confusa.

—Alguien está detrás de todo esto y no es Dominic Holzhausen. Quien quiera que sea, mueve los hilos y todos los demás sólo somos marionetas en sus manos —me explicó ante mi asombro.

—Esto es una locura. Melisa, yo vi como unos lobos te devoraban en el orfanato y ahora... bueno, no sé ni quién eres ni a donde quieres llegar con todo este rollo, pero nada de esto me gusta —le hice saber.

—Pues acaba con ellos o acabarán contigo. La mayoría de esa gente padecen la rabia, ya sabes, ese tipo de enfermedad que transmiten los animales por medio de mordeduras. En Transilvania muchos lobos están infectados y con sus mordeduras han conseguido transmitir la enfermedad a humanos. Esa gente vive obsesionada por la sangre y se alimenta de ella. Viven como auténticos vampiros, ocupando los lugares más oscuros del castillo, durmiendo en ataúdes y valiéndose de los lobos para traer víctimas y dejarlas secas, sin sangre —me contaba.

—¡Cállate ya, por favor! —le grité.

Pero no debí hacerlo; aquella desconocida Melisa parecía tan enferma...

—Lo siento, no pretendí... —traté de disculparme.

—No te preocupes; en verdad fuimos buenas amigas en la infancia, pero han pasado muchos años —reconoció.

—Melisa, yo no fui por casualidad a esa mansión en la que te encontré: alguien me indicó que así lo hiciera, para proteger a Nacho y para liberar a alguien. ¿Has escuchado hablar de Sonia González? —la interrogué.

—No —negó.

—Es la madre de Nacho, aunque él no lo sabe.

—Todos están enfermos en ese castillo: Porfiria, Rabia... esa obsesión por la sangre les arrastra y los condena a la soledad y al olvido. Contagiarán a más gente: el pueblo de Bram es de ellos; todo lo controlan y esa gente se deja manipular; saben que antes o después formarán parte de Los Ángeles Olvidados, unos como cadáveres y otros como miembros de la Secta. Están convencidos de que se harán inmortales: pobres ilusos —se compadeció Melisa.

Entonces una enfermera entró en la habitación. Preparaba unos monitores a los que conectaría a Melisa; debía marcharme.

—Melisa, yo... —quise decirle.

—Alex, amiga, gracias a ti moriré con dignidad —auguró.

—Tú no vas a morir —me atreví a asegurar.

Pero ella rió irónica, convencida del final más evidente.

—Ellos se creen vampiros, pero no son más que enfermos somáticos y psicológicos, obsesionados por la sangre, nada más. Si le contaras a alguien todo esto, no te creerían, así es que te tocará a ti sola terminar con ellos —me recordó.

—Pero... —objeté.

—No permitas que Antón te encuentre antes de que termines con el viejo: si los adeptos ven al líder muerto, su convencimiento de inmortalidad y vida eterna se acabará y la secta quizás llegue a su fin. Descubre la historia oculta de ese castillo, su leyenda: tal vez te ayude a comprender muchas cosas —me informó.

—Señorita, por favor, tiene que marcharse ya —me sugirió la enfermera.

—Sí, sí, por supuesto —respondí.

Entonces me acerqué a Melisa y tomé una de sus manos, apretándola muy fuerte:

—Volveré y para entonces todo habrá terminado —le aseguré.

Ella sonrió. Besé delicadamente una de sus mejillas y luego me marché.

Pensativa, solitaria... así caminaba por las calles de Burdeos; mi cabeza buscaba la forma de salvar mi vida y sólo hallaba una manera entre tanto pensamiento: acabar con Los Ángeles Olvidados.

Habían transcurrido cuatro días. Refugiada en un hotel de Burdeos, había telefoneado un centenar de veces a Andrei, sin obtener respuesta alguna. En el mundo o en la vida, no tenía absolutamente a nadie a quien recurrir; todos me habían engañado, utilizándome, manipulándome, poniendo mi vida en peligro: Andrei no. En esos cuatro días, allí, encerrada en aquella bonita habitación con vistas a un precioso parque de la ciudad, había pensado mucho en él.

Me faltaban fuerzas para enfrentarme a Los Ángeles Olvidados. Antón Cruz ya debió informar a Vasiliu Dutu de mi visita a la mansión y era muy probable que Nacho también lo supiese. Quizás todos me seguían la pista. Pero ¿en verdad era cierto todo lo que Antón Cruz me dijo sobre Nacho? Cuando estuve en el Castillo de Bram, con Bret, fui mordida: ¿sería portadora yo de la rabia? Al pensar en ello, todo mi cuerpo se estremeció y sentí como un miedo aterrador me envolvía. Me levanté del sillón en el que me sentaba y anduve de un lado para otro de la habitación, preocupada pues una gran duda se cernía sobre mí.

—Pero... todos no pueden estar infectados —me dije con cierta ofuscación.

El móvil sonó de repente y yo me sobresalté, dirigiéndome hacia la mesa en la que se encontraba depositado. Vibraba vigoroso y entonces leí en la pantalla el nombre de Andrei.

—¡Oh, Dios mío! —exclamé alegre, pulsando el botón verde para hablar con él.

—¿Cómo estás, Alejandra? —preguntó su voz, siempre dulce y varonil.

—Andrei yo... —traté de responder.

—Tengo tantas llamadas tuyas que conseguiste preocuparme —me hizo saber.

—Si —afirmé— lo siento —me disculpé después.

—No te preocupes —contestó— y dime ¿qué es lo que sucede? —me preguntó ahora.

—Bueno... han pasado muchos días desde la última vez que nos vimos y deseaba hablar contigo —le dije— ¿dónde estás ahora? —me interesé.

—En Londres —respondió algo evasivo.

—Vaya, continúas ahí —hablé.

—Sí, y me temo que por mucho tiempo —afirmó.

—¿Y Transilvania? te encanta Sinaia y allí está nuestra cabaña secreta ¿recuerdas? —le dije.

Pero el silencio reinó entonces y sólo distinguí, al otro lado del auricular, un efímero suspiro.

—Mi trabajo está en Londres y mi vida también —respondió.

Todas y cada una de sus palabras sonaban tan distantes...

—Andrei, en el aeropuerto me prometiste que te pondrías en contacto conmigo —le recordé.

—Sí, es cierto —reconoció— pero tú también podrías haberlo hecho ¿no? —planteó.

Algo extraño sucedía; no parecía el mismo, quizás sus sentimientos hacia mí cambiaron. Sólo sus ojos podrían decirme la verdad, pero a través del teléfono era difícil averiguar nada. Sin embargo, yo deseaba decirle muchas cosas, sobre todo que lo necesitaba más que nunca: sus besos, sus abrazos.

—He pensado que, tal vez, sería maravilloso que nos viéramos; yo podría viajar hasta Londres: te he echado tanto de menos... —le hice saber.

—Alejandra, no es buena idea —contestó ante mi asombro y decepción— mira, no te lo tomes a mal, pero estoy muy liado: la bolsa de Londres es tan intensa... —trató de eludir.

—Bueno, podrías pedir unos días y viajar a Transilvania: yo te estaría esperando en la cabaña

y... —insistí.

—No Alejandra, no puede ser: lo siento —decidió rotundo.

—Pero... Andrei, compartimos mucho y sentimos más aún. Yo no lo he olvidado ¿es que tú sí? —traté de averiguar— por favor, respóndeme porque no puedo creer que algo tan bello y tan intenso pueda desvanecerse así. ¡Qué demostraciones quieres! ¡dime! Cuando te conocí, mi vida no era la más idónea, pero aun así, te amé con locura, sin límites y de verdad. En el aeropuerto de Bucarest dejamos la puerta abierta a nuestro amor; sólo necesitábamos tiempo, sólo eso, y tiempo nos hemos dado ¿qué sucede ahora entonces? ¿es que ya no me quieres? —le pregunté confusa y melancólica.

Pero no escuché una respuesta inmediata. Comprendía entonces que todo en su corazón se había desvanecido y el mío estaba al borde del precipicio.

—Alejandra, nada ya puede ser: me he rendido ante tus desprecios y tu indiferencia. He conocido a alguien y le debo respeto, pues me quiere de verdad —se atrevió a revelarme.

—¿Quéeee? —objeté no dando crédito a lo que a oía.

Y casi sin querer, unas lágrimas se deslizaron por mis mejillas.

—No quería decírtelo: no pretendo hacerte daño. Nunca me había enamorado de nadie como lo hice de ti, pero nuestras vidas son divergentes y me temo que tardamos en darnos cuenta —me explicó.

—No creí que fueras así —hablé.

—¿Así cómo? no te equivoques, Alejandra: jugar con los sentimientos de las personas no va conmigo. Todo lo que vivimos fue auténtico, irrepetible: no sé si volveré a sentir algo así por alguien, pero tengo que darme una oportunidad: lo nuestro estaba acabado ¿o es que no te das cuenta? —aseguró.

—No Andrei, nunca pensé que lo nuestro estuviera acabado. He cometido errores, lo sé, supongo que a todos nos pasa, pero si de verdad me amabas tanto como dices ¿por qué me negaste la oportunidad de enmendar mis errores? —le reproché.

—No se trata de dar oportunidades —opinó él.

—¡Por supuesto que se trata de eso! ¡¿Cómo voy a demostrarte entonces todo lo que siento por ti?! —continué con el reproche.

—Déjalo ya; supongo que los dos cometimos fallos en esta relación —sugirió.

—Piensas que te engañé con Bret Antonov ¿no es así? —planteé.

Andrei callaba.

—Pues no lo hice y por tres motivos: en primer lugar, tú eres el hombre al que amo, por encima de todos y no soy persona de traicionar mis sentimientos; en segundo lugar, entre Bret Antonov y yo sólo existía una relación de negocios, sólo eso, Andrei: cuadro y dinero, ya está —lo informé.

—Falta el tercer motivo —me recordó.

—Tal vez ese no te convenga saberlo —contesté sagaz.

Quizás no sabía que Bret Antonov era su tío; sí, debía desconocerlo pues la noche de la fiesta en Bram, ambos se saludaron como auténticos desconocidos.

—Te equivocas: quiero saber cuál es ese otro motivo —exigió.

Las lágrimas de mis ojos ya se habían secado. aunque una intensa pena seguía invadiendo mi corazón.

—Te lo diré sólo si tú eres sincero conmigo —le propuse.

—Lo seré —respondió.

—¿Amas a esa mujer tanto como dices, me amas a mí? —le planteé.

—Vamos, Alejandra ¿qué pretendes? —quiso saber.

—Sólo quiero que respondas —le dije.

—Ahora estoy con ella y la respeto, eso es todo; se lo debo —contestó.

—Eso no responde a mi pregunta —hablé, haciendo de todo esto un juego.

—Y tú ¿a dónde quieres llegar? —trató de averiguar.

—Yo... te necesito, Andrei. Dime ¿qué podría hacer para demostrarte todo lo que siento por ti? —le pregunté.

Escuchaba su respiración.

—Tomaré un vuelo a Rumania mañana mismo; por la noche estaré en la cabaña... esperándote. Vamos a darnos una oportunidad los dos, porque quizás, si nuestros corazones vuelven a encontrarse podrían decirse cosas que antes quedaron en el aire, preciosos sentimientos que vagan y vagan y vagan muy cerca del lago, de la cabaña, de ese mágico lugar sólo nuestro —decidió ante mi asombro.

—Allí estaré, Andrei, te lo prometo —juré.

—De acuerdo Alejandra y no, no amo a esa mujer ni la mitad de lo que te amo a ti —me respondió finalmente.

Tomé aire y después lo dejé escapar en forma de suspiro. La llamada telefónica había llegado a su fin y en poco más de veinticuatro horas nos encontraríamos en la cabaña junto al lago.

No más secretos, no más misterios; estaba decidida: le contaría todo a Andrei y después nos marcharíamos lejos, muy lejos de Transilvania y de Bram; Los Ángeles Olvidados jamás me encontrarían y mi amado y yo seríamos felices el resto de nuestras vidas.

Esa tarde estaba dichosa. Preparaba ilusionada el regreso a Rumania. Estaba segura de que, a partir de entonces mi vida sería diferente; sólo quería estar con él, nada más me importaba y sabía que Andrei sentía lo mismo por mí.

Eran las once de la mañana cuando, montada en un taxi, me dirigía al hospital para ver por última vez a Melisa antes de partir hacia Rumania. Sólo portaba la mochila con todos mis documentos y una pequeña bolsa de deporte donde metía algo de ropa que me había comprado en los últimos días, ya que todo mi equipaje se quedó en la mansión de Burdeos.

Pensaba, mientras el taxi circulaba por las anchas avenidas de la ciudad francesa, en Antón Cruz y su macabro plan. También pensaba en Nacho; había conseguido engañarme a mí para hacerse con el anillo y para lograr entrar en una fortaleza infranqueable, como era el Castillo de Bram. Se había convertido en un científico loco, experimentando con las personas y manipulando virus que podrían generar toda una epidemia en el mundo.

—¡Es monstruoso! —pensé, al tiempo en que el taxi paraba frente a la puerta del hospital— ¿est combien? —le pregunté al taxista, rebuscando en mi monedero un billete.

Cuando bajé del auto, me coloqué bien la chaqueta, subiendo entonces las escaleras que me permitirían el acceso al interior del hospital. El día anterior me había comprado el precioso traje que entonces lucía: pantalón blanco tobillero y chaqueta entallada a la altura de las caderas; unos finos zapatos de tacón hermo seaban en mis pies. Vestía elegante, muy elegante y sólo pensaba en mostrarme lo más bella posible en mi encuentro con Andrei. Subí hasta la segunda planta del hospital, aquella misma en la que se encontraba Melisa la última vez que la vi. Todo el pasillo se mostraba desértico y solitario. Una enfermera leía un libro tras una mesa.

—Perdone —irrupí en su lectura— Hace unos días ingresó una chica en la zona de aislamiento —le expliqué.

—¿Cómo se llama? —me preguntó, mirándome entonces por encima de sus gafas.

—Melisa; desconozco los apellidos —dije.

Ella buscó en la lista.

—No, lo siento: en aislamiento no hay nadie con ese nombre —respondió.

—Pero... ¿es que le han dado el alta? Estaba muy mal —le hice saber.

—Es posible. De todas maneras, yo me he incorporado hoy al trabajo, así es que no sabría decirle —habló.

Me quedé callada. No era posible que Melisa hubiera sido dada de alta. Casualmente el médico que habló conmigo cuando la ingresaron, salió de una habitación, iniciando su marcha ligera a lo largo del pasillo.

—¡Disculpe! —exclamé, corriendo tras él.

El doctor se volvió, con su bata blanca desabrochada, mostrando su vestimenta. Por su cara, al verme, parecía acordarse de mi.

—Ha ocurrido algo muy extraño —me dijo cuando hube llegado junto a él— se trata de su amiga: desapareció al día siguiente de su ingreso.

—¿Cómo?! —me sorprendí.

—Como lo oye. Nosotros también estamos muy sorprendidos, porque lo cierto es que Melisa está muy enferma y necesita tratamiento urgente —explicaba aquel doctor.

—Pero si casi no podía andar —hablé.

—Eso es lo raro. Pensamos que alguien pudo sacarla de aquí, no sabemos si en contra de su voluntad. Hemos dado parte a la policía y la están buscando, aunque hasta ahora no hay pistas —

contaba.

—Es increíble. ¿Quién querría llevarse a una enferma? —planteé ante la ilógica situación.

Entonces entendí que, con Melisa libre la Secta peligraba. Ella conocía datos importantes sobre Los Ángeles Olvidados. Mientras estuvo encerrada en el sótano de la mansión, el secreto estaba a salvo, pero tras su liberación, todo podría desmoronarse en un abrir y cerrar de ojos, acabando con casi un siglo de vampirismo.

—Es absurdo, pero ella sola no pudo irse, se lo aseguro. Una enfermera cree recordar a un hombre alto, con el pelo canoso al igual que su barba y, bueno, no está muy segura; por el hospital pasa tanta gente... —me decía.

Un hombre alto, cano, con barba y relacionado con Melisa sólo podría ser Antón Cruz; vino a Burdeos para terminar con todos aquellos obstáculos que podrían interponerse en su plan, y entre ellos estaba yo. Me despedí del doctor y me marché del hospital. Tomé un taxi que me conduciría hasta el aeropuerto, a unos doce kilómetros de la ciudad.

—Dios mío, si Antón se ha llevado a Melisa, la matará sin lugar a dudas —pensé, con la mirada perdida a través de la ventanilla del coche.

O quizás fue Nacho quien la descubrió, porque mi amigo no era realmente quien decía ser, y tal vez Antón Cruz y él actuaban juntos; pero ¡¿cómo?! Mil preguntas daban vueltas en mi cabeza. Si él había sido capaz de seguirla...

—...es por el localizador —pensé ahora, girando la cabeza al frente, comprendiendo todo— Claro, ¡qué estúpida he sido! Nacho, en una de sus cintas habla de una mujer a la que estudió a fondo; introduciéndole un localizador en su cuerpo, pudo llegar hasta Bram: ¡esa mujer podría haber sido Melisa! —deduje, todo desde mi interior, en el más absoluto silencio.

Cuando llegué al aeropuerto, me senté a esperar el embarque; no tenía nada que facturar, sólo debía esperar la salida del vuelo. Deseaba con todas mis fuerzas coger ese avión que me llevaría hacia la felicidad, hacia el ser que más amaba en la tierra: Andrei Holzhausen.

Pensé una y otra vez en sus palabras durante nuestra última conversación telefónica: ¿cómo había sido capaz de comprometerse? Y ¿quién sería ella?

—Pero todo cambiará cuando nos veamos y hablemos: estoy dispuesta a pasar con él el resto de mi vida; es lo que los dos queremos —reflexionaba.

Y todo mi interior se emocionaba al pensar que en cuestión de horas estaría en sus brazos, junto a la calidez de su cuerpo, impregnada de su aroma, hipnotizada por sus ojos profundos como el universo y enamorada de cada una de sus palabras hacia mi.

En mi corazón sólo habitaba él, nadie más.

Había llegado a la bella capital de Rumania: Bucarest. A las cinco de la tarde sus termómetros marcaban dos grados escasos y una fina llovizna empañaba los cristales del lugar. Caminé hacia el sitio donde, un mes antes, había dejado aparcado mi coche, el fabuloso Land Rover Freelander, y allí continuaba. Me aferraba bien a mi abrigo, pues la fría llovizna pareciera querer calar hasta los huesos. Abrí la puerta y monté en él; introduje la llave y acto seguido, tras accionar un par de veces el contacto, arranqué, pisando el acelerador y comprobando entonces que todo estaba en orden. Durante casi dos minutos el coche permaneció con el motor en marcha, incrementándose poco a poco su temperatura y comenzando a echar aire caliente la calefacción. Me despojé del abrigo, pues me estorbaría durante la conducción y tras activar las luces, me puse el cinturón y comencé a circular. Llovía con cierta intensidad y en poco tiempo oscurecería. Sabía que debía ser prudente pues, en cuanto me internara en Transilvania, la lluvia se tornaría nieve y el frío sería aún más severo que el experimentado hasta ahora. Sin embargo, sólo dos horas me separaban de Sinaia y un poco más allá se encontraba la pequeña cabaña de madera, testigo mudo de mis encuentros con Andrei, mi amor.

A medida que me alejaba de la capital, la circulación era menos intensa, hasta llegar a ser casi nula; ni un coche por la carretera y poco a poco la oscuridad lo iba invadiendo todo.

De pronto y a través del espejo retrovisor divisé las luces de un coche. Se hallaba lejano, pero, a pesar de atravesar muchos pueblos, las luces de ese coche continuaban reflejadas en mi espejo, potentes y cada vez más cercanas. Tras casi una hora, el auto se había aproximado tanto que conseguía deslumbrarme con sus luces; entonces me aparté un poco, invadiendo ligeramente el arcén con el propósito de darle espacio para que adelantara; pero no lo hacía.

—Pero ¿qué le pasa a ese tío?! —exclamé algo nerviosa, mientras recorría aquella solitaria carretera en medio de Los Cárpatos.

E inesperadamente adelantó a toda velocidad, colocándose delante de mi todoterreno y aminorando ahora su marcha, provocando la reducción de la mía. Me asusté tanto, que tragar saliva suponía un gran esfuerzo para mí. Parecía un mal sueño, más bien una pesadilla; había muchos iguales, pero no, aquel era el Rolls Royce que en varias ocasiones me llevó al Castillo de Bram. Accionó sus luces de emergencia, disminuyendo aún más la velocidad; entonces el coche se detuvo, obligándome a hacer lo mismo. No me atrevía a moverme y el motor de mi Land Rover seguía en marcha. Esperaba asustada acontecimientos; las piernas me temblaban y mi mano derecha sujetaba la palanca de cambio, dispuesta a meter la primera en caso de emergencia. Unos segundos después, una de las puertas delanteras del Rolls Royce se abrió y de él descendió un hombre alto, moreno, con un largo abrigo negro y de paso firme al caminar. Se acercaba a mi coche y muy pronto pude reconocerle; se trataba de Vasiliu Dutu, el supuesto abogado de Nicoleta Ivanov que hizo efectivo el testamento de la misma. Se aproximó a la ventanilla y golpeó suavemente el cristal, indicándome que lo bajara. Lo miré desafiante y temerosa a la vez, sin despegar mis manos del volante, aferradas con fuerza a él. Tenía pocas alternativas: meter la primera, acelerar y huir o bien obedecerle. El que ese hombre estuviera ahí, junto a mi coche no podía ser una casualidad: me había seguido porque de alguna manera conocía mis pasos; pero ¿cómo?! Desde que me marchara de Transilvania había pasado un mes y nadie supo localizarme. Sin embargo, nada más llegar a Rumania Vasiliu Dutu me había descubierto.

—Es el coche —pensé.

En todo este tiempo, mi Land Rover había permanecido aparcado en Bucarest; cabía la posibilidad de que ellos lo hubieran localizado, colocando entonces algún aparato de seguimiento para conocer en todo momento la trayectoria del mismo. Si esta idea era acertada, huyendo no conseguiría escapar de ellos, por lo que decidí bajar la ventanilla.

—Alejandra, qué maravillosa casualidad —habló Vasili, sonriente en todo momento.

—No es maravillosa ni una casualidad, pero dime ¿qué quieres? —pretendí saber.

—¿Había de querer algo? —planteó sarcástico.

—Oye, Vasili, me haces parar en mitad de una carretera, en plena noche, a menos tres grados, ¿y se supone que no es por nada? Tengo prisa y no puedo entretenerme —le dije.

—Veo que no te alegras mucho de verme —apreció.

—Nunca me ha agradado tu presencia: ahora no iba a ser una excepción —me atreví a asegurar.

Bajó un poco la cabeza, aunque continuó sonriendo, irónico siempre.

—Siento que pienses así. De todas maneras, he de decirte que no deberías circular de noche por estas carreteras; como habrás observado son muy solitarias, oscuras y estrechas y te aseguro que en todos esos bosques de los Cárpatos abundan los lobos y los osos —me avisó.

—El lugar al que me hiciste viajar para cobrar una herencia tampoco está exento de lobos —le recordé.

—Yo sólo soy un simple abogado que cumple órdenes —se defendió.

—¿Órdenes?! ¿de quién, Vasili? —quise saber.

—De quien me contrata y me paga —respondió locuaz.

Pese a todo su atractivo, por Vasili sólo podía sentir desprecio. Siempre supe que no era de fiar: su tono de voz y sus palabras me causaban gran desconfianza.

—Debes acompañarme al coche, Alejandra: no puedo permitir que te suceda nada y créeme: estas carreteras son peligrosas a estas horas —me dijo, abriendo la puerta de mi vehículo.

—No iré a ningún sitio contigo. Vuelve a cerrar la puerta o pondré el coche en marcha sin importarme las consecuencias —lo amenacé.

—No lo harás —aseguró, introduciendo parte de su cuerpo en él y parando el motor.

—Pero ¿qué haces?! —exclamé enfadada, tratando de recuperar mis llaves.

—Acompáñame, por favor: es por tu bien —insistió educadamente, guardando la compostura en todo momento.

—¿Quién te has creído que eres?! ¿eh?! —le reproché.

Pero él desabrochó mi cinturón de seguridad y cogiéndome del brazo, me sacó del coche, haciéndome caminar hacia el Rolls Royce.

—¡Suéltame, imbécil! —gritaba muy alterada, tratando de liberarme.

Pese a todos mis esfuerzos y entre forcejeos llegamos al elegante coche. Estaba asustada pues ese hombre iba en serio en sus propósitos. Abrió la puerta y me obligó a entrar.

—¡No te saldrás con la tuya! ¡me oyes?! —exclamé ya en el interior, al tiempo en que Vasili cerraba de un portazo.

Todo estaba oscuro, pero entonces, junto a mí, alguien encendió una luz.

—¡Bret! — objeté sin dar crédito a lo que mis ojos veían.

—Hola Alejandra —me saludó dulce.

Mientras tanto, Vasili introducía algo en el maletero, algo que supuse serían mis cosas y poco tiempo después subía al coche, poniéndose al volante del mismo.

—Bret, qué significa todo esto —quise saber con desconcierto.

—Alejandra, no te asustes por favor —me pidió, acomodado en la parte derecha del coche, vistiendo de forma bastante informal y con su larga cabellera suelta, cubriendo su frente con un pañuelo.

—¿Qué no me asuste dices?! ¿ese tío me ha sacado de mi coche a la fuerza y ahora me lleváis sólo Dios sabe dónde! —le reproché.

—No tienes nada que temer —trató de tranquilizarme.

—¿Y una mierda, Bret! —contesté de malos modos.

—Tenemos que hablar, quieras o no —me dijo.

—Mira, he quedado con alguien esta noche; he dado mi palabra y no puedo faltar a ella, por favor —traté de hacerle entender.

—Pues...lo siento por ese alguien, pero esta noche tú y yo tendremos una larga conversación —decidió.

—No tienes derecho a hacerme esto: me estás reteniendo en contra de mi voluntad —lo informé.

—Es por tu bien —respondió.

Su rostro se mostraba serio, como preocupado. Esos ojos celestes, de un brillo sin igual habían logrado engatusarme más de una vez: no permitiría que volviera a suceder, por lo que volví la cabeza.

—Bret, por favor, no me lleves a Bram y mucho menos al castillo: te lo suplico —le pedí cabizbaja.

Pero él no respondió. El coche circulaba a toda velocidad por una carretera en la que imperaban las curvas. Mi corazón se afligía por momentos, pensando en que Andrei me estaría esperando en la cabaña, sin que yo apareciera; iba a fallarle otra vez y ya jamás me perdonaría.

Habíamos pasado la ciudad de Brasov y ahora, después de muchos kilómetros, llegamos a Sighisoara. Creí que, pese al peligro que conllevaba conducir hasta Bram en plena noche, lo haríamos, pero me equivoqué. Nos internábamos cada vez más en la bella ciudad medieval, muy alumbrada, resplandeciente de vida. En las afueras nuevamente, Vasiliu detuvo el coche frente a un hermoso hotel. Era pequeño; más bien parecía una casa de época, de fachada salmón y con un encanto especial. Vasiliu abandonó el Rolls Royce y Bret salió también de él; hablaban en el exterior, mientras que yo permanecía aún dentro, presa de mi frustración y de mis temores. Había perdido a Andrei y tal vez Bret me matara o me encerrara para siempre en su castillo. Marqué el número de Andrei, pero estaba apagado. No podría avisarle de que llegaría tarde a nuestra cita.

—Vamos Alejandra: hemos llegado —me hizo saber, abriendo inesperadamente la puerta y ofreciéndome su mano para ayudarme a bajar.

No la acepté y de mala gana, salí del coche.

—Sólo quiero hablar contigo, nada más —me aclaró.

—¿En algún momento te ha preocupado saber si yo quería hablar contigo? —le reproché.

—Pero es necesario, Alejandra, créeme —aseguró.

Lo miré con desestimación; no me fiaba de él pues desconocía sus intenciones. Juntos entramos en el hotel y su interior me fascinó. Las puertas, de madera de pino, contrastaban con el inmobiliario de la recepción y con los suelos. Los techos eran bajos y recubiertos por gruesas vigas de madera que daban una sensación mucho más acogedora del lugar. Unas escaleras revestidas en madera se imponían ante nosotros y Bret comenzó a subir las. Yo me agarré al pasamanos, construido con gruesos troncos: no estaba convencida de querer continuar.

—¿Dónde está Vasiliu? —le pregunté desconfiada.

Bret se volvió: sólo había subido tres escalones. Vestía con unos anchos pantalones vaqueros,

de grandes bolsillos en la parte de atrás y una camisa color gris, portando en su mano el grueso abrigo de piel que en el exterior le había protegido del frío.

—Ha tomado un taxi y se ha ido —respondió sin más explicación.

—¿Y ya está? —me revelé.

—Así es —afirmó.

—¿Qué quieres realmente de mí, Bret? —le pregunté aún en el mismo lugar.

—Necesito explicarte cosas; sólo quiero que me escuches, por favor —me pidió.

Entonces inicié mi ascenso hacia lo que supuse sería una habitación. Llegamos y él abrió la puerta; entramos dentro y admiré el buen gusto por la decoración: madera, colores intensos y una nítida iluminación acorde con el lugar, íntima y envolvente. Tras cerrar muy despacio, Bret depositó su abrigo sobre una silla y mientras se encaminaba hacia el fondo de la alcoba, yo fui desabrochando el mío, quitándomelo después.

—Ponte cómoda, por favor —me indicó, señalando los dos grandes sillones de madera expuestos frente a una pequeña mesa redonda.

Y ocupé uno de ellos, observando en cada momento cada paso de Bret.

—En la habitación sólo hay whisky... y agua —me informó.

—No quiero nada, gracias —respondí.

Él cogió un vaso de cristal, ancho, con dos hielos en su interior; destapó la botella de buen whisky escocés y se sirvió. Entonces caminó hacia mí, girando el otro sillón hasta enfrentarlo con el mío y ocupándolo después. Yo lo miré; ya no estaba tan enfadada, pero noté en su mirada cierta evasión; no parecía el hombre seguro que siempre conocí. Había apoyado sus codos en las rodillas y sujetaba con ambas manos el vaso de whisky: sus ojos lo miraban y yo comprendí entonces que algo importante iba a decirme.

—Alejandra yo... siento lo sucedido esta noche —se disculpó.

Pero no respondí. Miraba sus manos, portadoras de ese vaso y no encontré anillo alguno en sus dedos. Luego, tuvo que ser Nacho quien se lo llevara.

—Dime, Bret ¿quién es Vasilii Dutu? —le pregunté con mucho interés.

—Es un ... un... bueno, conozco poco de él. Creo que es abogado. Siempre ha llevado todos los asuntos relacionados con el Castillo de Bram; es muy eficiente —me explicó.

—Sí, y muy listo, demasiado diría yo —afirmé— Lo que no entiendo es que asuntos pude llevar en ese castillo, habitado sólo por un grupo de locos, dementes y enfermos ¿¿a esos asuntos te refieres?! ¡vamos, contesta! —le exigí elevando bastante el tono de voz.

Pero Bret, ante mi indignación, permanecía cabizbajo, tomando un trago más seguidamente de lo normal; sin duda estaba nervioso.

—Mi madre se llamaba Ileana Antonov y estaba casada con Dominic Holzhausen, el poderoso habitante del Palacio de Peles. Ese viejo siempre le fue infiel, burlándose tantas veces de ella... Mi madre tuvo un amante y ... bueno, al quedarse embarazada, se marchó una larga temporada fuera de Transilvania, concretamente a Berlín, donde yo nací. Dominic Holzhausen no quería que nadie se enterara de la infidelidad de su mujer y de las consecuencias de todo esto. Si alguien sabía de mi existencia, pensaría que era el hijo menor de Dominic. Sin embargo, él sólo tenía un hijo legítimo: Carol Holzhausen. Vladimir era un bastardo y yo, ni eso. Al cabo de algunos años, mi madre regresó a Rumania: deseaba habitar el castillo que, muchos años antes sus padres le dejaron en herencia: el Castillo de Bram; entonces le perdí la pista. Yo continuaba en Berlín, estudiando: sólo tenía quince años; no podía imaginar que mi madre me hubiera abandonado de esa manera. La escribí varias veces y después de casi dos años, recibí una carta, breve y escueta, en la que me hacía saber que se había instalado en su castillo, junto a su marido y que estaba bien;

trataba de convencerme de que yo hiciera mi vida y que la dejara en paz —me contaba Bret muy pensativo.

Se levantó entonces del sillón y anduvo, con pasos largos pero firmes, a lo ancho de la habitación. Su vaso estaba casi vacío, pero él aún lo tenía entre sus manos.

—Su carta me convenció, al fin y al cabo, mi vida estaba en Berlín, siempre había sido así, pero después de quince años sin rastro de mi madre, puse a mis abogados a investigar y el resultado fue sorprendente e inesperado para mí; Ileana nunca había sido vista por el pueblo de Bram, ni siquiera habitaba el castillo. En Peles nos confirmaron su muerte, hacía años ya, algo que me intrigaba bastante —narraba.

—¿Por qué había de intrigarte? La gente muere y tal vez tu madre lo hizo al poco tiempo de llegar a Transilvania —razoné.

—Sin embargo, los resultados de la investigación fueron mucho más desconcertantes: según el acta de defunción de mi madre, ella murió en noviembre de 1988 ¿cómo es posible si en esas fechas aún estaba en Berlín conmigo? Ileana se marchó el 9 de diciembre del 88. Nada tiene sentido —contaba.

—Debe haber un error —intervine.

—Nada de errores: el Palacio de Peles había sido comprado por Andrei Holzhausen, nieto de Dominic; al parecer el viejo llevaba algunos años muerto y Andrei, al haber sido desheredado, decidió comprar el Palacio que siempre perteneció a su familia. Algunos cuentan que mi madre fue enterrada en un lugar secreto y Dominic... bueno, había vivido los últimos años de su vida en Peles, enterrándose en la zona más aislada del jardín; todo esto sólo eran habladorías, porque la realidad era mucho más monstruosa —me adelantaba.

Sin embargo, yo ya conocía el gran secreto, pero deseaba que él me diera más datos; sobre todo necesitaba saber quién era exactamente Bret Antonov en el Castillo de Bram.

—Lo siento Bret —le dije, mirándolo una vez más, al tiempo en el que se servía otro whisky y despachaba uno para mí, pese a mi negación de no beber.

—El Castillo de Bram llevaba años deshabitado, ¿quién podría vivir en un lugar como ese, ahí, olvidado en lo alto de una montaña? Pero no desistiría: si esa fortaleza fue de mi madre, ahora sería mía y mis abogados comenzaron a remover papeles. Entonces recibí una carta; era de Vasiliu Dutu. Me hacía saber que el dueño del castillo me invitaba a Bram para llegar a acuerdos importantes. Pero ¿qué dueño podría tener Bram? Estaba tan intrigado que decidí viajar hasta esa vieja fortaleza para descubrir el verdadero paradero de mi madre —continuó con la narración.

—Es... increíble —reconocí.

—Sí. En Bram Vasiliu Dutu me recibió, contándome entonces una extraña historia y haciéndome una excéntrica propuesta. La realidad de todo era que ese castillo albergaba la cuna de una poderosa secta. Sin entrar mucho en detalle, Vasiliu me explicaba que necesitarían próximamente un nuevo líder. Dominic Holzhausen creó la secta y ahora todos creían que yo era su único hijo legítimo. Ser el sucesor significaba poder en los aspectos más absolutos de la palabra y aunque yo no necesitaba nada de eso, pensé que introduciéndome en ella sería la única manera de conocer el paradero de mi madre —me explicó.

No podía creer todo lo que Bret me contaba. Había entrado a formar parte de Los Ángeles Olvidados sólo por encontrar a su madre Ileana Antonov.

—Pero ¡por Dios! ¿eras consciente de dónde te metías? —le reproché.

—Consciente plenamente. Creí que eran cuatro fanáticos jugando a vampiros, con rituales absurdos, etc., pero la realidad iba mucho más allá. En el sótano habitaban personas que dormían en ataúdes, pálidos, demacrados, con largos colmillos y sed de sangre. Cuando descubrí las

primeras matanzas me alarmé, aunque ya era tarde para salir de ahí. Todos estaban convencidos de que yo era hijo de Dominic Holzhausen; él era el líder de la secta y yo debía ser su sucesor. Lo que comenzó como un juego para mí, se tornó la más horrible de las pesadillas. Debía mostrar mi fidelidad a la secta, bebiendo sangre humana en algunos casos y no saliendo jamás, durante el día del castillo. Y lo peor fue descubrir que Dominic Holzhausen estaba vivo, porque quizás él acabó con mi madre para apoderarse del castillo, ocultándose para siempre allí —narraba escalofriantemente.

Me levanté del sillón en el que había permanecido durante todo su relato; estaba desconcertada. ¿Debía creerle o era otra artimaña para engañarme, como todos habían hecho conmigo?

—Si es cierto todo lo que me cuentas ¿qué pinto yo en esta historia? —quise saber.

—¿Tú? Bueno, ellos te necesitan y lo antes posible: eres la elegida ya que fuiste alimentada con sangre desde tu nacimiento, aunque yo creo que hay otro motivo mucho más oculto. Te hicieron venir hasta Bram; yo sólo esperaba acontecimientos. Vasili Dutu planificó nuestro primer encuentro: era fundamental que tu entrada a la secta fuera grata y consentidora por tu parte, por ese motivo yo debía enamorarte. Lo del cuadro sólo fue un plan —me reveló.

—¿No estabas interesado en mi pintura? —le interrogué.

—No tengo ni idea de pintura: yo soy neurólogo en Berlín —se descubrió.

—¡Neurólogo! —repetí sorprendida— pues nadie lo diría —pensé ahora.

—Mira, Alejandra, se trataba de atraparte en la secta —abrevió.

—Ya —objeté.

—No, por favor, no pongas esa cara —me pidió, acercándose a mí y tomando mis hombros con cada una de sus manos— yo me enamoré de ti desde el primer momento, en el despacho del castillo, mientras negociábamos el precio del cuadro ¿te acuerdas? —rememoró.

—Sí —afirmé ruborizada, continuando él aún frente a mí.

Me miraba con gran fijeza, convencido de que sus sentimientos seguirían aflorando.

—Cuando te vi, con tu largo cabello ondulado, esos ojos celestes tan intensos y tan inteligente, comprendí que todo se complicaría y mucho. Deseaba salir de ese lugar, pero ahora estabas tú, en peligro también y debía protegerte. En tu casa de Bram no estabas a salvo de ellos, por eso deseaba tenerte en el castillo, junto a mí el mayor tiempo posible; yo podía controlarlos a todos y conmigo nada podía sucederte —me explicó.

—Te equivocas, Bret: las dos noches que dormí en tu castillo fui drogada y mordida. ¿Sabes tú algo de eso? —quise saber.

Él soltó mis hombros, permaneciendo todavía muy cerca de mí. Bajó un poco la cabeza y echó su cabello para atrás.

—Sí, yo te drogué —reconoció— en el castillo yo podía protegerte: fuera no —trató de justificar.

Entonces le mostré mis cicatrices, ya bastante secas. Y las tocó con las yemas de sus dedos, con la más absoluta suavidad. Después tomó todo mi cuello con la misma mano y lo acarició, sonriendo entonces de forma triste.

—¡Oh, Alejandra! —objetó, atrayéndome hacia él y abrazándome fuerte, muy fuerte— han pasado tantos días... tuve miedo por ti —me decía mientras pasaba su mano por mi pelo una y otra vez.

Me aferré a su cuerpo, sintiéndome segura entonces. Su aroma me embriagaba, transportándome a esas noches en el tétrico Castillo de Bram.

—No imaginas todo lo que siento por ti, mi bella Alejandra —me confesó.

Me separé bruscamente de él: debía avisarle.

—Bret ¿cómo puedo confiar en ti? —le pregunté.

—Invades mi cabeza y mi corazón; eres la mujer de mi vida, estoy seguro ¿cómo quieres que te lo demuestre? —planteó.

—Estás en peligro y yo también —le dije.

—Sí, en ese lugar todos estamos en peligro —afirmó.

—No lo entiendes Bret; dime ¿dónde está el anillo de la piedra verde? —quise saber ante su asombro.

—¿Qué sabes de él? —preguntó ahora.

—Todo y sé quién lo tiene, por eso estás en peligro. Alguien intenta boicotear los planes de la secta, matándote, por supuesto y haciéndose con el poder; por eso te robaron el anillo. Ahora sólo le queda matar al líder y acabar también con el sucesor. Vasiliu Dutu te está utilizando: ten cuidado —le avisé, dando un pequeño sorbo a mi whisky.

Él me miraba incrédulo.

—¿Qué sabes tú, Alejandra? Yo estoy aquí para protegerte; mientras esos piraos piensen que yo soy el hijo de Dominic Holzhausen, no permitirán que nada suceda —aseguró.

—Te equivocas: ¿has escuchado hablar de Nacho? —le pregunté.

—Es posible, pero ese ya es un asunto zanjado: no tiene posibilidades de dirigir la secta mientras esté yo —explicó.

—Tú lo has dicho: mientras tú estés, vivo, por supuesto. Ese es el problema: él, junto con Nicoleta Ivanov, Antón Cruz y Vasiliu Dutu planean matarte —lo informé.

Pero no se mostraba nervioso al respecto.

—Mira, Alejandra, en la vida ha habido pocas cosas que me hayan dado miedo y esto no va a ser una excepción. Esa gente se creen vampiros; es de risa, pero así es y no es que vivan como tales, sino que las enfermedades que padecen los condenan a vivir así —me explicaba conocedor de todo.

—Sí Bret, pero ahora debes esconderte —le sugerí.

—Si tú vienes conmigo, lo haré. Los dos corremos peligro y yo deseo volver a Berlín, a mi ciudad, pero no solo. Por favor, ven conmigo; seríamos muy felices —aseguró.

—No puedo —respondí.

—Vamos Alejandra —habló, levantando suavemente mi barbilla con una de sus manos— no dudo de mis sentimientos: sé que te quiero y me gustaría intentarlo —planteó.

—Pero yo... Bret, yo amo a otro hombre —le confesé.

—Andrei Holzhausen ¿no es así? —acertó.

—¿Cómo lo sabes? —me sorprendí.

—La noche de la cena vi cómo os mirabais; estaba claro que no era la primera vez que os encontrabais y ... bueno, después os vi hablar en el jardín. Sin embargo, siento decirte que Andrei está a punto de casarse en Londres —me anunció, noticia que yo desconocía.

—Quizás no lo haga —dudé nerviosa e insegura, consultando mi reloj y comprobando que era casi media noche.

—O quizás sí... no sé. Dime una cosa, Alejandra ¿estás completamente segura de sus sentimientos hacia ti? —planteó.

—Sí Bret, sé que me quiere —reconocí.

—Entonces ¿cómo es que está comprometido ya? —insinuó.

—Por favor, no me mortifiques con eso, pues no es más que un posible rumor; además, tengo que marcharme —recordé.

Él se acercó a mí. Tomaba mi vaso ya vacío y mostraba un talante serio y desconforme con mi decisión.

—Alejandra, te diré algo: en el mundo de los sentimientos, del amor, el tiempo y la distancia son grandes enemigos, enormes barreras que se interponen con el único propósito de hacer demostrar muchas cosas. Quienes la rebasan, aquellos que consiguen sobrepasarlas, estarán juntos para siempre; pero sólo unos pocos lo conseguirán, los eternos triunfadores —me contaba.

—Y los que no ¿se supone que serán desgraciados el resto de sus vidas? —me interesé incrédula.

—No, por supuesto que no: esos habrán aprendido que cuando se quiere a alguien se debe acortar la distancia y estar junto a esa persona lo antes posible. Serán felices también, como los triunfadores, pero con otras personas, porque con aquellos a los que tardaron en aferrarse, los habrán perdido irremediablemente —explicó con suma coherencia.

Caminé hacia la silla en la que había dejado mi abrigo; Bret me siguió, tomando mi brazo con fuerza y con su otra mano, cogiendo el abrigo.

—No voy a permitir que te marches a estas horas: mañana, cuando amanezca, podrás hacer lo que quieras —me dijo con total rotundidad.

—Pero tengo que hacerlo —respondí.

—Si Andrei te ama de verdad, sabrá entenderlo. En la vida se dan situaciones que nos obligan a faltar a nuestra palabra y sólo quien quiere de verdad es capaz de comprender —me decía, tratando de convencerme.

Entonces desistí. Realmente era una locura viajar a esas horas de la madrugada. Al amanecer partiría: Andrei estaría todavía allí y si me quería de verdad, tendría que entenderlo.

En la calidez de la habitación, conseguí quedarme dormida, sobre la gran cama, mientras Bret permaneció sentado durante toda la noche en el incómodo sillón de madera. Había sido todo un galán conmigo, manteniéndose a mi lado en todo momento. Estaba segura de que él había reflexionado mucho sobre todo lo conversado durante la noche. Ni él era el elegido, ni yo la elegida; por circunstancias de la vida nos habíamos visto inmersos en toda esta paranoia, y como suele suceder en estos casos, la salida es complicada y difícil.

Volví a intentar comunicarme con Andrei, pero su teléfono móvil continuaba desconectado.

Al amanecer, cuando me desperté, Bret continuaba en el sillón, con la cabeza torcida hacia un lado y los ojos cerrados: se había quedado dormido al fin. Me levanté sigilosa para ponerme los zapatos, despertándose entonces. Abandonó el sillón y se acercó a mí.

—Buenos días —me saludó con su sensual sonrisa, adornada por unos gruesos labios y unas pequeñas arrugas a los lados.

—Buenos días, Bret: supongo que habrás dormido fatal en ese sillón —acerté.

Pero él no respondió.

—Bueno, yo debo marcharme ya —le hice saber.

—Pediremos un taxi desde la recepción. Toma, esta es mi tarjeta; regresaré a Berlín muy pronto y me encantaría que vinieras a visitarme —me dijo, entregándomela.

—Escucha, tal vez hubiera sido maravilloso que las cosas fueran de otra manera —me lamenté.

—Sí, quizás, pero en la vida las cosas cambian mucho y quizás la distancia entre tú y yo no sea tan larga ni el tiempo suficiente motivo —habló aún con esperanzas.

Lo miré entonces. Palpitaba mi corazón fuerte y sentí ganas de abrazarlo y besarlo y él supo ver todo eso en mis ojos.

—¿De verdad sientes todo eso que dices? —le pregunté.

—No hablo yo: habla mi corazón. Tú has sido lo único bueno de este maldito lugar, aunque me entristece saber que me marcharé sin ti; es una pena, Alejandra, porque juntos podríamos tener la luna si quisiéramos —poetizó.

Entonces lo abracé con todas mis fuerzas, rodeando toda su anchura con mis brazos, sintiendo el calor de su cuerpo, notando cada músculo de su pecho rozando el mío y acariciando mi mejilla un mechón de su suave pelo rubio.

—Quiero protegerte y no me dejas: ¿qué harás? —se interesó.

—Tu protección no me hace falta, ni la de nadie —aseguré— Hay que acabar con esa gente o ellos acabarán con nosotros —respondí.

—En ese caso, permaneceré dos días más en este hotel, aguardando tu regreso, porque sé que lo harás —decidió.

—No —contesté, separándome de él— Bret, aquí no puedes estar: Vasilii Dutu sabría donde localizarte y no les sería fácil acabar contigo —le expliqué.

—¿De verdad te importaría que me sucediera algo? —dudó.

—Por supuesto. Me importas, claro que me importas. Tú y yo estamos solos en esto y quizás juntos consigamos algo más. Permanece un par de días en Transilvania, esperándome, por favor —le pedí.

—Esperándote ¿para qué? —se extrañó— Si Andrei Holzhausen te está esperando, no creo que debas volver atrás —opinó.

—Es necesario acabar con ellos: ni tú eres el hijo de Dominic Holzhausen, ni yo soy la amamantada con sangre desde el nacimiento —le hice saber.

—Pero... —trató de hablar muy confundido.

—Es una larga historia, pero ninguno de los dos tenemos motivos para formar parte de Los Ángeles Olvidados —opiné— Por favor, busca un lugar seguro y házmelo saber: yo volveré, te lo prometo —le dije, acariciando su mejilla.

Y se atrevió a acercarse más, besando fugazmente mis labios. Sólo fue un roce, tierno, maravilloso que me hizo estremecer. Andrei se interponía en la más bella de las ensoñaciones: vivir con Bret una historia de amor lejos de Rumania, en Berlín.

—Haré lo que me dices: no tardes en regresar, por favor. No permitas que la distancia sea infinita y el tiempo eterno entre nosotros, porque recuerda, entonces no triunfarás —habló.

Yo sonreí ante sus palabras, entrañables nuevamente.

—Pero yo soy una triunfadora, Bret y te lo demostraré —aseguré.

Él me ayudó a ponerme el abrigo y me acompañó hasta la recepción del pequeño hotel. Un hombre se encargó de pedir el taxi y tras despedirnos efusivamente, yo monté en él, alejándonos del lugar por las empedradas callejuelas de la siempre medieval Sighisoara.

Realizaba una marcación al número de Andrei cuando, sin aún haber salido de la larga calle del hotel, pude reconocer un coche que circulaba en sentido contrario al nuestro y con el que en pocos segundos nos cruzamos. Conducía Vasilii Dutu y a su lado se sentaba Antón Cruz. Alarmada, me llevé las manos a la boca, y pensé:

—¡Dios mío, ya están aquí!

Con suma rapidez, busqué la tarjeta que hacía unos minutos Bret me había entregado; en ella constaba el número de su móvil: debía llamarlo; tenía que avisarle de que Vasilii y Antón se dirigían al hotel, tal vez para librarse de uno de los obstáculos en sus propósitos. Tras seis toques, saltó el buzón de voz y aunque volví a intentarlo, no conseguí hablar con Bret. Sabía que, si le apresaban, sería el fin. A él lo matarían sin vacilar y después vendrían a por mí, para hacerme ocupar un trono que no me correspondía.

El taxi se alejaba de Sighisoara a gran velocidad. Debíamos llegar lo antes posible a la cabaña, en la bella Sinaia; era muy temprano y quizás Andrei estuviera aún en ella.

En mitad del trayecto, recibí una llamada: era Bret, o al menos sí su número. Dudé en aceptarla pues, tal vez le apresaron y se apoderaron de su móvil, pero no tenía opción.

—¿Diga? —pregunté con tímida voz.

—Alejandra, mi amor, soy Bret —respondió.

Y suspiré aliviada y feliz, pues reconocí su voz. Era él, no había duda.

—Bret ¿estás a salvo? —me interesé muy preocupada.

—Completamente, no te preocupes —contestó tranquilo.

—Vasilii Dutu y Antón Cruz se dirigen al hotel: yo pude verlos desde el taxi —le conté.

—Lo sé, pero pude escapar a tiempo. Mira, Alejandra, acabo de hacer dos reservas en un vuelo hacia Berlín. Saldrá esta noche a las diez; una hora antes, te estaré esperando en el aeropuerto de Bucarest, si deseas venir conmigo, por supuesto —me propuso.

Permanecí callada mientras continuaba con el móvil pegado a mi oreja.

—No tienes que responderme; sólo tienes que decidir si deseas abandonar esta pesadilla de una vez y comenzar una nueva vida —me dijo.

—Bret, no es tan sencillo escapar de esa gente: acabarán encontrándonos —aseguré.

—Hay otras formas de terminar con una secta: nosotros solos no podemos. La policía rumana nos ayudará; mis abogados, desde Alemania, se encargarán de todo y por lo demás no debemos preocuparnos: en Berlín estaremos a salvo —garantizó.

—Yo... bueno, ya sabes que voy a encontrarme con Andrei y... —traté de explicarle.

—No es necesario que me expliques nada: si para el embarque no has llegado, me iré solo sabiendo que el amor de tu vida supo esperarte y entenderte; en ese caso, te deseo mucha suerte, Alejandra, y toda la felicidad que te mereces —habló.

—Gracias Bret; tú ponte a salvo porque supongo que algún día no muy lejano esto acabará de una vez —deseé agradecida.

Y tras una breve despedida, nuestra conversación finalizó. Pensaba en las palabras de Bret, en el sentimiento que al pronunciarlas transmitía, en su sinceridad. Pero nadie podría desterrar a Andrei de mi corazón y estaba decidida a luchar por nuestro amor.

Guie al conductor hasta las proximidades de la cabaña. Cuando llegamos, un desolador panorama me sobrecogió: toda la cabaña se había reducido a cenizas y ni un alma por los alrededores. Bajé del taxi aterrada: ¿quién podría haber hecho eso? ¿y Andrei?

—¡Dios mío, Andrei me esperaba dentro! —me dije, corriendo hacia el lugar.

El horror se apoderó de todo mi ser y perdiendo el control sobre mí misma, rebusqué por entre los palos chamuscados.

—Señorita, por favor, tranquilícese —me pidió el taxista, llegando hasta mí y tomándome de un brazo para levantarme.

Pero yo lloraba de dolor, de impotencia, de rabia.

—Vamos, mujer, esta cabaña se quemó hace días —me dijo.

—¡¿Días?! —me sorprendí, más tranquila ahora y secándome las lágrimas con la yema de los dedos.

—Si, ¿o es que no lo ve? La madera recién quemada se nota y a esta le ha dado tiempo a criar moho —observó.

Y tenía razón. Entonces ¿dónde estaba Andrei?

—Será mejor que volvamos al coche: hace mucho frío y usted está sin abrigo —apreció el hombre, sencillo y amable donde los haya.

Efectivamente, después de remover todas aquellas cenizas, mi elegante traje blanco había adquirido otro tono y los zapatos parecieran irreconocibles. Al montar en el taxi, le indiqué nuestro siguiente destino: el Palacio de Peles. Si la cabaña había sido destruida, Andrei debía encontrarse en su Palacio, pero al llegar, mi sorpresa fue mayúscula al encontrar un cartel de “se vende” justo a la entrada del recinto. No obstante, accedimos; no había mucho movimiento, pero un coche se hallaba estacionado cerca de la puerta. El taxista paró y yo bajé del auto a toda prisa. Caminé veloz por el empedrado suelo, dejando a un lado las impresionantes estatuas de piedra que se imponían majestuosas y desafiantes ante el castillo. La puerta principal, de grandes dimensiones y de hierro forjado, cobijada en una portada románica, se sustentaba por dos columnas a cada lado y estaba abierta. Entré entonces, encontrando dos maletas dispuestas en el hall.

—¿Hola?! ¿hay alguien? —voceé.

Pero nadie respondió. Entonces escuché unos pasos bajando las escaleras y la voz de un hombre hablando quizás por el móvil; la reconocí: era Andrei y permanecí expectante hasta verlo aparecer. Cuando terminó de bajar y llegó al hall, sólo me miró, sin dejar de hablar a través del teléfono.

—Sí, estaré en Londres a las siete de la tarde, así es que, por favor, no me falles: será una sorpresa —comunicaba— de acuerdo entonces. Chao —se despidió.

Guardaba su móvil tranquilamente, como si mi presencia no fuera motivo suficiente para dejar eso ahora. Pero no.

—¿Andrei! —le llamé eufórica, esperándole, viendo cómo se iba acercando poco a poco, aun manipulando su celular.

—¿Qué haces aquí?! —me preguntó en tono desagradable— ¡Oh! vaya... ahora llegan los mensajes de todas tus llamadas, para comunicarme que me dejas tirado nuevamente: un poco tarde ¿no crees? —ironizó.

—Sucedió algo inesperado que te explicaré: tienes que escucharme, por favor —le pedí.

—No, por favor: me duele la cabeza —se burló sin dejar de clavar sus ojos en mí, enfadado, frustrado y de muy mal humor.

—Un coche me asaltó en mitad de la carretera y... —traté de explicarle nerviosa.

—Cállate, Alejandra: no quiero ni escucharte. Nadie había jugado tan cruelmente conmigo como lo haces tú, aunque no habrá una próxima vez, te lo aseguro —garantizó amenazante.

—Andrei, déjame que te explique todo lo que me está sucediendo; es muy grave y tú... —intentaba contarle.

—¿Basta! —exclamó no dándome opción— Mi cabaña está quemada, pero aun así, te esperé durante toda la noche en el interior del coche; ¡recorrí miles de kilómetros en avión sólo por estar contigo, por verte, porque todo pudiera ser real entre nosotros! Te he querido de verdad, Alejandra: no merezco que me trates así; ¿cómo, entonces, lo haces? —planteó con sentimiento melancólico.

Mis ojos se inundaron de lágrimas que se resistían a resbalar.

—Alguien me espera en Londres y yo, iluso, he estado a punto de jugar con sus sentimientos y todo por un capricho, un capricho tuyo —explicó.

—Tú no eres un capricho para mí: lo eres todo. Mi vida es muy complicada: tú tienes que saber cosas y...

Pero Andrei no me permitía terminar las frases.

—Mira, huerfanita: a otro idiota con tus penas, porque yo ya me cansé ¿te has enterado? —me dijo ante mi asombro.

—No hablas en serio —dudé.

—Te aseguro que sí: si fuiste huérfana, ese no es mi problema y si vagas sola por el mundo, tal vez debieras pensar a qué se debe ¿no crees? —me humilló— así es que, lárgate por donde viniste, quítate de mi vista y no me molestes nunca más, porque a diferencia tuya, yo sí tengo una vida y si algo he aprendido de todo esto es que debo respetar a quien me ama, porque lo hace de corazón. Me casaré muy pronto, porque entre tú y yo todo se acabó —decidió, acompañándome hasta la puerta.

—Nos arrepentiremos siempre, Andrei —opiné nostálgica, comprendiendo que nada fue un rumor.

—Pues habrá que hacer frente a ese arrepentimiento ¿no crees? —contestó despreocupado.

—Sí, tienes razón. Me encantaría decirte tantas cosas, contarte secretos que desconoces y que te sorprenderían —le adelanté.

—Tú siempre tan misteriosa —se burló— por cierto, estás muy guapa: ese traje te sienta muy bien, aunque está algo sucio ¿no crees?

Parecía muy seguro de cuanto decía sentir y ante todo me demostraba el más absoluto desprecio, como si jamás me hubiera querido, como si olvidarme sólo fuera un juego de niños. Lo miré por última vez antes de salir por la puerta: nunca olvidaría aquel semblante varonil, pero al mismo tiempo tierno y encantador.

—Lo siento mucho, Andrei; espero que algún día descubras la verdad y puedas perdonarme —deseé.

—Es una molestia que, sin duda no me tomaré —aseguró.

—Alguien quemó tu cabaña; debería preocuparte eso —le avisé.

—Mi cabaña se esfumó, así como sucede con nuestro amor: todo se lo llevó ella, Alejandra; toda huella de lo que hubo entre nosotros se borró; el viento se encargará de esparcir las cenizas, imposibles de volverse a unir jamás —habló.

—Pero con las personas no sucede igual; el viento, por muy huracanado que fuera, jamás podría borrar de mi memoria ni de mi corazón todo lo que yo pude sentir junto a ti y estoy segura de que tú tampoco —me atreví a decir.

No hubo respuesta ante esto; mis palabras eran ciertas, decían la verdad, hablaban de sentimientos: de los suyos y de los míos. Nos amábamos por encima de muchas cosas, ambos lo sabíamos, pero tantos acontecimientos nos habían ido separando poco a poco y ahora se hacía difícil remontar todo eso.

—Mi único error fue enamorarme de ti y amarte —me dijo convencido, apoyando uno de sus brazos en la puerta.

—¿Eso fui para ti? ¿un error? —le reproché en cierto modo.

—Un amor no correspondido es siempre un error —aseguró, reafirmandose en sus palabras.

—¿Así te sientes, no correspondido por mí? —quise saber decepcionada.

—Así me siento, Alejandra, pero eso ya da igual —se resignó.

—¡No, no da igual! Siento que pienses así, porque no fue mi intención herirte; te he querido de verdad, pero veo lo poco que has valorado mis sentimientos —le dije.

—Si a eso llamas tú sentimientos, para mí no lo son. Cuando se quiere de verdad se da todo, Alejandra y se arriesga, porque es la única manera de obtener algo bueno de una relación; tú ni lo has dado todo ni has arriesgado nada por nosotros, así es que, nada obtuviste. Ahora lo mejor es que cada uno siga su camino; quizás el tiempo, algún día, ponga cada cosa en su sitio y nos haga recapacitar sobre nuestros errores para no volver a cometerlos nunca más, al fin y al cabo, es lo mejor que podremos sacar de esto: una enseñanza —opinó sincero y mucho más calmado que al

principio.

—En ese caso, no hay nada más que hablar: gracias por recibirme, Andrei y, bueno, te deseo felicidad junto a tu futura esposa —le dije, sintiéndome destrozada por dentro.

Entonces me marché. El taxi aún esperaba cerca de la puerta. Contemplé por última vez el bello entorno en el que se ubicaba semejante palacio construido de piedra en su mayor parte, revestidas sus ventanas y balcones en oscura madera maciza, de altas torres con terminación en punta y sustentado por elegantes columnas blancas en algunas zonas. Monté en el coche y miré por última vez hacia la puerta del palacio y allí continuaba él, en pie, con su brazo apoyado en la puerta y mirando incrédulo e impotente como me marchaba de su lado, quizás para siempre.

El automóvil abandonaba el Palacio de Peles y sus bellos parajes rodeados de altos pinos, bajo un cielo azul impregnado de nubes blancas como algodones. Dos lágrimas rodaron por mis mejillas: la tristeza me invadía; una profunda melancolía se iba apoderando de mí en aquellos duros momentos en los que entendía que había perdido para siempre al amor de mi vida, al único hombre al que había amado y al que, quizás nunca olvidaría: Andrei Holzhausen. Todo pudo ser un sueño entre nosotros, la más bella ensoñación jamás imaginada junto a él, pero nada se hizo realidad y nuestro amor terminó para siempre.

—Señorita, ¿a dónde la llevo? —preguntó el taxista, parando el coche y volviendo la cabeza hacia atrás.

—Pues... a Bucarest —decidí sin pensarlo mucho más, secando mis lágrimas con un pañuelo —debo estar en el aeropuerto antes de las nueve.

—Llegaremos antes de esa hora —aseguró el hombre.

Me acomodé un poco más en el asiento trasero, recostando mi cabeza y girándola un poco en dirección a la ventanilla. Atravesábamos Los Montes Cárpatos: belleza inigualable, con sus exuberantes cumbres aún nevadas, esplendorosas y mágicas, pero misteriosas, como todo lo relacionado con Transilvania. En este lugar conocí el verdadero amor y también el horror. Ahora me marchaba lejos, muy lejos, dispuesta a empezar de nuevo, aunque en lo más profundo de mí sabía que, mientras Los Ángeles Olvidados existiesen, viviría entre dos mundos.

Pensaba en Andrei, en su dolor: yo se lo provoqué inconscientemente. De pronto, recordé las palabras de Bret la última vez que estuvimos juntos: *el amor de mi vida no supo esperar ni entender, porque sólo quien quiere de verdad es capaz de ello*. Suspiraba profundamente, con el alma herida, con el corazón destrozado. Me dirigía hacia Bucarest con la intención de reunirme con Bret y viajar a Berlín con él. Sin embargo, estaba convencida de que regresaría a Transilvania; las sombras más oscuras de mi niñez, aquellas que trastornaron mi infancia y me aterrorizaron durante años residían allí; y las había descubierto, había hallado su guarida, el lugar más oscuro y sombrío del mundo, un lugar olvidado en los confines de la tierra llamado Bram. Sólo había una manera de salvarme y ser feliz por siempre jamás y era acabando con ellos.

Aunque supusiese perderle para siempre, porque pertenecería a otra, algo me aliviaba y era el hecho de que Andrei se marchara de Transilvania; aquí podría correr peligro si Nacho lo consideraba un obstáculo para sus planes; él estaría a salvo en Inglaterra y yo viviría tranquila sabiendo que Andrei está bien.

Llegamos al aeropuerto: eran las ocho y cuarto de la tarde. La temperatura en la capital de Rumania era muy baja a esas horas y el descenso sería más acusado entrada más la noche. Pagué al taxista y le agradecí su amabilidad conmigo. Entonces me puse el abrigo y caminé hacia el interior del aeropuerto, portando la mochila de mano y un bolso como discreto equipaje. Anduve a través del mismo, buscando en los paneles informativos el vuelo con destino Berlín y pronto obtuve toda la información, encaminándome hacia allí. Debía localizar a Bret: estaba decidida a

marcharme con él. Algunas cosas me unían a este hombre, pero por encima de todo, nuestra directa implicación con la secta de Los Ángeles Olvidados. Bret era un hombre influyente y podría ayudarme a acabar con ellos.

Llegué a la zona de facturación, pero él no estaba.

—Aún es temprano —pensé.

Pero el tiempo pasaba y Bret no aparecía. Le había telefoneado varias veces, pero su móvil se mantenía apagado. A medida que se acercaba la hora, mi nerviosismo aumentaba. ¿Es que lo habían apresado finalmente? Mi corazón se estremecía sólo de pensarlo. Él había puesto el mundo a mis pies y aunque me sería difícil olvidar a Andrei, con Bret podría conocer la felicidad también, aunque no era el motivo prioritario por el que viajaría a Berlín; deseaba terminar con Los Ángeles Olvidados y sólo él podía ayudarme.

Eran las nueve y diez. Esperaba impaciente en la puerta de embarque, imaginando lo peor. Miraba de un lado para otro, deseosa de verle, aunque una parte de mí sabía el error que estaba a punto de cometer; yo no amaba a Bret, sólo me sentía atraída por todo lo que me ofrecía: comodidades, amor. Me gustaba ese hombre, su atractivo físico me fascinaba, pero ¿era motivo suficiente como para marcharme con él? Andrei era el hombre de mis sueños, el único capaz de hacerme feliz. Nos amábamos, estaba segura y aunque fue capaz de humillarme con sus palabras, sus ojos expresaban el verdadero sentimiento hacia mí.

—Alejandra, has venido —habló una voz detrás, rodeando con sus brazos toda mi cintura.

Era Bret, susurrando esas palabras en mi oído. Me apretaba fuerte contra él y yo comencé a sentirme un poco más segura ahora. Entonces me volví y lo miré; su cara mostraba el cansancio de un día agitado.

—Estamos a punto de ponernos a salvo; cuando abandonemos Rumania nuestra vida cambiará —me decía emocionado, mirándome fijo a los ojos.

Su sonrisa denotaba felicidad.

—Bret, es maravilloso que estés aquí. Tu vida ha corrido peligro y la mía también —le dije con ganas de llorar.

El cogió mi barbilla con una de sus manos y me miró ahora mucho más serio.

—Alejandra ¿qué pasa? Andrei no supo entender tu tardanza ¿no es así? —adivinó.

Pero sólo pude romper a llorar.

—Vamos, vamos —objetó abrazándome ahora— debemos embarcar lo antes posible o perderemos el vuelo —me recordó.

—Yo... Bret, no estoy segura de nada —le dije.

—Pues yo creo que estás segura de muchas más cosas de las que crees —aseguró.

Callé ante esto.

—Mira, Alejandra, puedes venir conmigo y tratar de olvidar: yo sabría hacerte feliz. Por otro lado, puedes optar por permanecer en Rumania y jugarle el cuello con esos locos. Andrei no te quiere, porque si así fuera no te dejaría marchar; lleva comprometido algunos años con una chica de buena familia; no sé cómo fue capaz de engañarte de esa manera —me contaba.

En lo más profundo de mi pecho, mi corazón se estremeció.

—Sí, tienes razón: deseo ir contigo y tratar de olvidar; lo necesito Bret —decidí segura.

Entonces nos abrazamos fuerte y acto seguido atravesamos la puerta de embarque. Bret me tomaba de la cintura y juntos tomamos asiento en una zona muy concurrida. Aún quedaban más de treinta minutos para subir al avión y él decidió ir al servicio; al levantarse y echar a andar, algo se cayó del bolsillo de su cazadora: era su móvil, un Nokia.

—¡Bret!;Bret! —lo llamé.

Pero se alejaba a grandes zancadas pasillo adelante y no me escuchó, por lo que me levanté y recogí el teléfono del suelo. Lo revisé superficialmente: ni un rozón. Volví a mi asiento y justo al sentarme, el teléfono vibró en mi mano; se trataba de una llamada: se trataba de Nacho. Al visualizar su nombre en la pantalla sentí como el aire me faltaba; mi respiración se dificultaba y por un momento toda mi mente se bloqueó. ¿Cómo podía Bret tener el número de teléfono de Nacho metido en la memoria de su móvil? Tras seis toques, la vibración finalizó. Tomé mi mochila y mi bolso de mano; me guardé en el bolsillo del abrigo aquel móvil y observé la posible vía de escape. No había tiempo que perder: tenía que marcharme de allí antes de que Bret volviese del aseo. Todo comenzaba a desmoronarse en mi interior, como en un mal sueño, como en la pesadilla más absurda jamás tenida.

Salí de la zona de embarque como alma que lleva el diablo y corrí veloz por todo el aeropuerto, desorientada, sin conocer mi destino, chocando con cuantas personas se interponían en mi camino, buscando la salida y el lugar más seguro para refugiarme. Alguien me cogió bruscamente del brazo, tratando de detenerme en la huida, sujetándome con fuerza para evitar la caída ante el impacto de frenar en seco.

—¡Suéltame, suéltame, suéltame! —grité una y otra vez, dando manotazos a aquellas manos que aprisionaban mi brazo y me impedían escapar.

—Tranquila Alejandra —me habló su voz.

Levanté la cabeza y traté de apartar parte de mis cabellos de la cara y entonces le vi; era él, era Andrei. Me miraba sorprendido y al mismo tiempo preocupado por el gran estado de nervios en el que me encontraba.

—Suéltame, por favor —le pedí tratando de guardar la compostura.

Él así lo hizo, sin dejar de mirarme, sujetando el asa de una pequeña maleta negra con ruedas, vistiendo sofisticadamente de negro.

—No puedo entretenerme ni un minuto más: tengo que irme —le hice saber.

—¡Espera Alejandra! —me pidió— ¿se puede saber qué te pasa? Corres como si te fueran a matar —trató de averiguar.

—Sí, y quizás lo consigan —afirmé, aunque para él no supuso nada más que un comentario bromista.

—Ya he facturado y mi vuelo no saldrá hasta las once; se me ocurre que podríamos tomar un café y hablar —sugirió.

—Te lo agradezco, pero créeme: tengo que marcharme ya —respondí, mirando inquieta de un lado para otro.

Estaba segura de que, en cualquier momento Bret abandonaría la zona de embarque y aparecería por los pasillos del aeropuerto.

—Alejandra, vamos, no parece estar bien —observó.

Y era cierto; llevaba muchas horas sin dormir y mi rostro manifestaba un cansancio extremo. Desde que salí de Burdeos no me había dado una ducha y llevaba aún la misma ropa, pero ahora lo importante era librarme de Bret y esconderme.

—Estoy bien, de verdad —respondí ante su preocupación.

—No lo creo —insistió.

—Oye, Andrei, no puedo creer que ahora, de repente, te importe cómo se encuentre esta huerfanita —objeté agobiada por el tiempo que me estaba haciendo perder.

—Qué rencorosa eres, Alejandra —opinó con voz serena.

—No necesito tu lástima, Holzhausen, ni tu apoyo, ni nada. Siempre estuve sola en el mundo y me fue bien. Ahora...bueno, tengo que irme. Adiós —me despedí, iniciando mi marcha a paso

ligero.

Pero él no se daba por vencido y andaba detrás de mí.

—¡Párate, Alejandra! —le escuché decir.

Sin embargo, debía salir de aquel lugar sin más vacilación y con gran dificultad debido a los tacones, comencé a correr por aquella zona del aeropuerto mucho menos concurrida de gente, más oscura y por donde, seguro, estaba a punto de alcanzar la salida. Escuché también sus pasos, un taconeo incesante y veloz pisándome los talones, voceando una y otra vez que me detuviese. Yo trataba de escapar, pero entonces me alcanzó. Sentí su mano aferrada de nuevo a mi brazo, obligándome a parar y ante mi resistencia, me acorraló contra la pared, sujetando contra ella mis manos y pegando su cuerpo al mío. Trataba de inmovilizarme quizás para averiguar el motivo de mi reacción. Yo respiraba con gran sofoco, debido a la carrera y a la ansiedad que todo aquello me generaba; Andrei me miraba desconcertado, desconocedor de semejante estado. Era demasiado y entonces rompí a llorar; con gran debilidad, me deslicé a lo largo de la pared hasta sentarme en el suelo; todo aquello había superado mis posibilidades; no había nadie en quien pudiera confiar y ya no existía un sitio a donde ir.

—Por favor, cariño, no llores —trataba de consolarme, con una mano sobre una de mis rodillas, agachado junto a mí.

Pero no había consuelo para tanto dolor. Mi pelo suelto, cubría parte de mi rostro y yo continuaba con la mirada fija en el suelo, sin que nada de lo que me dijera pudiera importarme ya. Retiraba los mechones de mi cara y después acariciaba suavemente mi mejilla con su dedo índice, con tanta delicadeza que no tuve más opción que levantar la cabeza y mirarle. Y ahí estaba él, mostrando inquietud y desvelo en cada una de sus facciones. No había palabras: ninguno se atrevía a decir nada; sólo nos mirábamos con gran firmeza, recorriendo aún su dedo mi mejilla.

—Por favor, no me mires así —le pedí avergonzada.

—Alejandra ¿qué te está pasando? —trató de averiguar.

—No es asunto tuyo; Andrei, sólo quiero irme: por favor, déjame —le pedí.

—¿Es que no te das cuenta de que trato de ayudarte? —me dijo.

—¡Pero es que no quiero que me ayudes! —exclamé alterándome.

—Vamos —dijo levantándose y ofreciéndome su mano para ayudarme— voy a anular el billete: esta noche tú y yo hablaremos —decidió ante mi asombro.

—No, no es necesario —me negué— Andrei, tal vez algún día no sea demasiado tarde y podamos estar juntos. Caminaríamos sin miedo, viviendo sin temores, siguiéndonos el uno al otro; ahora mismo, para mí eso sólo forma parte de un sueño —hablé.

—Yo ni siquiera sé de qué forma parte —intervino aún con mi mano agarrada y echando su cabello moreno para atrás.

—En la vida, cuando se quiere, algunas veces hay que aprender a esperar —le dije.

—Alejandra... ya no puedo esperar más. Desconozco en qué andas metida, pero debe tratarse de algo importante, porque lo antepones a todo. Estoy a punto de comenzar una nueva vida, lejos de aquí y eso de que quizás algún día no sea demasiado tarde, yo creo que lo será para nosotros —opinó él.

—Sí, tienes razón —reconocí— aunque yo, seguramente te buscaré cuando todo esto termine —decidí.

—Pero ¿qué es lo que tiene que terminar? ¿quién eres tú, Alejandra? —quiso saber confuso.

—Ni yo misma lo sé —respondí cabizbaja.

Andrei se acercó un poco más y me abrazó muy fuerte. Conocía aquel aroma y su calor... todo había sucedido en aquella cabaña, ahora destruida.

—¡Oh Andrei, cuánto siento todo esto! —le dije aún entre sus brazos.

Pero no respondió.

—Todo se ha desvanecido como por arte de magia, ¡todo! ¿cómo es posible que llegáramos a sentir tanto en aquel maravilloso lugar junto al lago? Todo mi ser te perteneció y ahora, dime ¿qué es lo que nos queda? ¿dónde quedaron nuestros sentimientos? —le planteé separándome un poco de él, perdiéndome en la profundidad de sus ojos, oscuros y misteriosos como la noche.

Él cogió mi mano y la apretó contra su pecho:

—Aquí Alejandra, aquí quedan los míos. Todo lo que sentí en la magia de una noche eterna, contigo, lo guardo con mucho cariño en lo más profundo de mi corazón y sé que por mucho tiempo será así —me contaba.

Yo escuchaba emocionada, con lágrimas a punto de aflorar de mis ojos, con mi mano aún en su pecho, junto a su corazón latiendo con rabia, con un poderío que sólo el amor verdadero podría provocar.

—Sin embargo, es tanto mi dolor, tan grande mi decepción que... —trataba de explicar, sin encontrar las palabras más certeras.

—Si en algún momento yo te he provocado todo eso, si yo he sido capaz de hacerte sentir algo así, perdóname Andrei, te lo ruego —le pedí frustrada y con un sinfín de lágrimas recorriendo mis mejillas.

—Escucha, preciosa: tú me has hecho sentir eso y los sentimientos más bellos también —me decía limpiando mi rostro, con una tierna sonrisa en sus labios.

—Querría contarte tantas cosas —hablé muy emocionada— aunque, primero debo entenderlas yo misma.

—Debes poner orden en esa cabecita; sólo así entenderás los hechos y acertarás en tus decisiones —me aconsejó.

—Sí, tienes razón; tal vez así pueda recuperar algunos de mis sueños —respondí más calmada.

—Estoy seguro de ello —me dijo seguro— yo ahora tengo que marcharme —me recordó.

—Claro, tu vuelo está a punto de salir —le dije consultando mi reloj.

—Toma mi tarjeta; aquí vivo, en Londres —me ofreció.

—Andrei, no pretendo causar pena. Yo siempre he vivido así, de un lado para otro y sola; es mi vida —le expliqué.

—Sé que esta mañana te ofendí y lo siento. No, no me das pena ni nada parecido; mis sentimientos hacia ti son otros mucho más diferentes. Supongo que ahora debemos aclarar nuestras ideas y con el paso del tiempo quizás las cosas cambien y sean más propicias —me decía.

—Aquella cabaña del lago fue un sueño: nunca olvidaré todo lo que en ella viví. Con ella se quemaron muchas cosas que quizás jamás vuelvan; un lugar entrañable para siempre en mi recuerdo, sólo ahí, Andrei, porque se quemó y el viento esparció sus cenizas por Los bellos Cárpatos de Transilvania —le contaba, nostálgica.

—¿Volverías a ese lugar frío, entre bosques, perdido en las montañas, junto al lago? —planteó explicativo.

—Volvería, pero contigo y me quedaría para siempre. Es un lugar perdido y olvidado como no existe otro en la tierra, pero esto sólo es una ilusión, el más bello de todos los sueños que tengo y que permanecerá en mi mente el resto de mi vida —aseguré.

Él volvió a sonreír dulce.

—Los sueños, a veces, se hacen realidad —afirmó— y ese sueño tuyo es lindo de verdad: por él, merece la pena seguir soñando —opinó ahora.

Andrei debía marcharse. Nos despedimos nostálgicos, conscientes de que muchas cosas quedaban en el aire y sabiendo que, quizás, nunca más nos encontraríamos. Después de besar con ternura una de mis mejillas, se alejó de aquel apartado lugar del aeropuerto. Volvía a estar sola y pronto recordé el motivo por el cual estaba ahí.

—¡Ah, vaya! Estás aquí —habló una voz detrás de mí.

Era Bret; su sola presencia me hizo temblar.

—Alejandra, hemos perdido el vuelo —me dijo sarcástico, acercándose poco a poco a mí.

—No voy, Bret —le hice saber, retrocediendo un poco y observando su cara, turbado, sin saber qué significaba todo aquello.

—Claro que no vas: el avión salió hace diez minutos —me informó— cambias de idea demasiado deprisa y así es difícil seguirte —habló más cerca aún de mí.

—Lo siento: ha...ha sido un error... —traté de explicar casi tartamudeando.

—¿Qué ha sido un error, Alejandra?! Quedarte sí es un error y tú lo sabes —aseguraba inquieto.

La tensión se mascaba entre nosotros. Bret había vivido en ese castillo durante meses, ¿cómo había podido confiar en él?

—Déjame, por favor: no quiero ir contigo a Berlín —le hice saber.

—¿Que te deje? sólo quiero protegerte de ellos —respondió, acariciando mi mejilla ahora.

—Ya no sé quiénes son ellos, Bret. El mundo se ha oscurecido a mi alrededor y yo no veo nada —le expliqué.

—Algo te hizo cambiar de idea, no sé qué pudo ser, pero si tú decisión es quedarte, haz lo que quieras; sólo te diré una cosa: esa gente anda muy cerca, más de lo que crees y si no tienes cuidado, te cogerán, ya lo sabes —me advirtió.

—Ir a Berlín contigo no es lo que quiero —contesté.

—Pero es lo que debes —intervino Bret— Vamos preciosa, confía en mí; sabes que no permitiría que nada te pasara, sabes que...

Entonces sonó su móvil que aún permanecía en el interior de mi bolsillo; Bret reconoció rápidamente la melodía y descubrió que yo tenía su móvil perdido.

—¡Me has quitado el teléfono! ¡has sido una estúpida! —se atrevió a insultarme, dando unos pasos hacia mí.

Me asusté ante su elevado tono de voz. Retrocedí unos pasos, pero él me siguió: estaba muy enfadado. Pretendía quitarme el móvil ¿o tal vez acabar conmigo allí mismo? Me alcanzó e incomprensiblemente forcejeamos. En aquella zona solitaria, nadie podría escuchar mis desesperados gritos de socorro. Bret parecía muy alterado; rodeó con una de sus manos parte de mi cuello y yo comencé a perder fuerza por momentos.

—¡Suéltame! ¡eres uno de ellos! ¡me estás ahogando! —exclamaba casi asfixiada.

—Dame el móvil, Alejandra, te lo digo en serio —exigía.

—Está bien, está bien, pero suéltame, por favor —le pedí temerosa.

Un extintor se hallaba colgado en la pared, justo detrás de mí. Mis movimientos eran lentos, tratando de coger el móvil del interior de mi bolsillo e intentando ganar un poco de tiempo para recuperar el aliento. Bret permanecía frente a mí, mirándome fijamente, con gran necesidad de ese teléfono y fue entonces cuando no lo pensé demasiado: me volví y en un movimiento rápido descolgué el extintor, sujetándolo con ambas manos e impulsándolo con todas mis fuerzas contra Bret; le golpeé bruscamente en la cabeza y entonces cayó al suelo, inconsciente ¿o tal vez muerto?

—¡Oh, Dios mío! —exclamé presa del pánico, dejando caer el extintor y mirando el cuerpo tendido de Bret.

Debía huir; si alguien me descubría podría tener serios problemas con la policía. Entonces me fijé bien; algo se hallaba junto al cuerpo de Bret; me agaché y lo cogí: era su cartera que, ante el impacto contra el suelo, había salido despedida de su bolsillo. La guardé junto a su móvil y tomando el resto de mis cosas, hui del lugar, saliendo finalmente al exterior del aeropuerto, sin ser vista por nadie.

Eran casi las ocho de la mañana. Había pasado la noche en un hotel de Bucarest próximo al aeropuerto. Durante toda la madrugada pensé una y otra vez en todo lo acontecido horas antes. Si había matado a Bret, eso podría convertirme en una asesina, con una condena de cárcel para el resto de mi vida: era horrible. Sentada frente a aquel escritorio, saqué la cartera de Bret y comencé a curiosear entre sus papeles; encontré mil doscientos euros en efectivo y algunas monedas sueltas en Leus. Y entre algunas tarjetas bancarias se hallaba su documentación. Todo parecía normal: dinero, tarjetas, documentación... nada especial parecía haber en esa cartera. Encontré un pequeño descosido en una zona poco utilizada de la cartera; no le di ninguna importancia en principio, hasta que noté cómo, tras el forro, algo se escondía. Metiendo uno de mis dedos en aquel descosido, tiré muy despacio hasta lograr rajar gran parte y busqué en el interior, obteniendo un papel pequeño, de color blanco, varias veces doblado. Lo abrí: estaba ansiosa por conocer su contenido. Mientras lo hacía, pensé que era demasiado pequeño para contener algo importante, pero, por otro lado, Bret se había tomado muchas molestias a la hora de esconderlo.

—Ya está —objeté, extendiéndolo por completo y descubriendo entonces una dirección en Bucarest y un número de cuatro cifras— 2201 —enumeré en voz alta, pensativa sin poder hallar una lógica con respecto a él.

Todo aquello no me decía gran cosa. En el silencio de la habitación, algo cayó al suelo.

—¡Oh, vaya! —exclamé.

Había empujado, sin querer con el codo el móvil de Bret, colocado sobre uno de los extremos de la mesa escritorio. En su impacto contra el suelo, la tapa que cubre y protege la batería y la tarjeta de memoria se había abierto, encontrándose por el suelo estas cosas y algo más.

—Pero ¿qué es esto?! —me pregunté extrañada ante el diminuto objeto.

De pronto, tuve la necesidad de asomarme a la ventana de la habitación: tenía una corazonada. Desde ella podía ver gran parte de la avenida y entonces conocí el coche de Vasilii Dutu, aguardando frente a la puerta del hotel. Ahora lo entendía todo: aquel objeto tan pequeño que había encontrado en el suelo, al caer el móvil, era una especie de localizador que por algún motivo esa gente había colocado en el móvil de Bret. Y ahora estaban ahí, aguardando mi salida. Entonces Vasilii, muy nervioso, bajó del coche, acompañado de otro hombre: del viejo Antón Cruz. Cruzaban la avenida en dirección a la puerta del hotel.

—¡Mierda! —exclamé nerviosa.

Debía darme prisa en salir de allí. Sin duda, aquellos hombres habían perdido la señal del localizador y se disponían a visitar el último lugar donde se halló el móvil de Bret. Recogí todo lo que me pertenecía y salí de la habitación. Tomé las escaleras, hacia abajo; tenía la esperanza de que ellos hubieran optado por el ascensor y no me equivoqué. Llegué al hall y muy precavida, salí a la calle, confundíendome entonces con la muchedumbre. Caminaba rápida por aquella concurrida avenida de Bucarest, con una ropa mucho más cómoda que la del día anterior, portando mi pequeña bolsa de viaje y la mochila colgada en mi espalda.

—¡Taxi! —grité, levantando el brazo ante uno de ellos.

Y tras subir en él, le indiqué la dirección a la que deseaba llegar. Tenía el nombre de una calle y un código numérico; para algo debía servir. En aquella avenida con mucho tráfico, el taxi paró a

las puertas de un gran edificio: era un banco.

—Hemos llegado —me hizo saber el taxista.

—Ah, sí; ¿cuánto le debo? —le pregunté.

Y tras abonar la tarifa, bajé del coche, situándome ante una impresionante construcción no sólo por su belleza, sino también por sus dimensiones. “Bucarest Secret Bank”, pude leer, recordando entonces haber visto una tarjeta con ese nombre en la cartera de Bret. Algo rezagada, entré en el lugar silencioso en el que, grandes mostradores se imponían. Obtuve la tarjeta perteneciente a ese banco, portándola en mi mano momentáneamente. Pero ¿qué se suponía que hacía yo ahí? Me acerqué a una de las mesas y un señor mayor, muy elegantemente vestido me atendió.

—Dígame ¿en qué puedo ayudarla? —me preguntó.

Y ante esa interrogante, sólo pude responder una cosa:

—2201 —contesté absurdamente.

Me sentía ridícula, pero mi respuesta parecía mucho más lógica de lo que yo imaginé.

—¿Me permite la tarjeta, por favor? —solicitó el hombre.

—Oh, sí claro: qué despiste —disimulé, riendo entonces y entregando la tarjeta que aún mantenía en mi mano.

—Gracias —respondió el hombre, tomándola.

Y tras introducirla en un ordenador, tecleó unos números; fueron cuatro toques y no había duda: esos números fueron el 2201. Un sonido discreto anunciaba la activación de la tarjeta.

—Bien, todo es correcto —afirmó el hombre— aquí la tiene— me dijo, entregándome la tarjeta junto a un sobre cerrado— siga todo el pasillo hacia delante; ya sabe que la tarjeta abre todas las puertas que se encontrará. En el interior del sobre consta la ubicación concreta de su caja; para abrirla bastará con introducir las diecinueve letras que usted misma determinó como código y recuerde que para salir, una vez haya terminado, necesitará nuevamente la tarjeta para abrir las puertas; tras la última, su tarjeta se desactivará nuevamente y sólo por medios informáticos podremos validarla otra vez, transcurridos tres meses desde la última visita —me explicó amable, el elegante señor.

—Perfecto —respondí.

Y entonces caminé por el pasillo hasta llegar a la primera de las puertas, de acero blindado, con un receptor de tarjetas a la izquierda de la misma. Al introducirla, escuché un sonido y pude abrirla, entrando entonces y encontrándome en un lugar amplio, oscuro, estructurado en pasillos y pequeñas puertas blindadas a ambos lados. Despegué la solapa del sobre y obtuve la carta informativa, escueta pero concreta: C—3—312. Un pequeño panel eléctrico, sobre la puerta de entrada, indicaba una letra: la A. Comprendí que yo debía llegar hasta la C, por lo que recorrí la solitaria estancia, no demasiado iluminada hasta llegar a otra puerta de las mismas características de la anterior. Introduje nuevamente mi tarjeta en el lector y éste me indicaba que estaba a punto de acceder a la sala B; ésta era semejante a la anterior y la siguiente puerta de acero blindado supondría la llegada a mi destino.

—C—3—312 —leí una vez en el interior de la sala— claro, el 3 hace referencia al pasillo: este es y el 312... es la caja —deduje, caminando despacio, atenta a la numeración de cada caja.

Y ahí estaba: la 312. Su puerta, como todas las demás, medía poco más de metro y medio de altura. La revisé: no había lector de tarjetas, sólo un monitor con muchas letras a uno de los lados. Era como un minúsculo ordenador, esperando impaciente la introducción de la clave de acceso.

—¡Esto es increíble! —exclamé decepcionada.

Pulsé una tecla verde y una voz robotizada me informaba de que eran necesarias diecinueve letras para que la puerta se abriera. Era el colmo: había llegado tan lejos para nada. Solté mis

cosas en el suelo y me apoyé en ella, frustrada y cansada al mismo tiempo.

—Diecinueve letras son muchas letras —me dije pensativa— pero no pueden ser letras al azar o de lo contrario Bret nunca las recordaría a no ser que las tuviera apuntadas —pensaba.

Los minutos pasaban mientras yo permanecía en el mismo lugar, rodeada de acero, con la mirada fija en aquel suelo oscuro y tan brillante...Bret fue incapaz de retener en su mente el número de activación de la tarjeta; de hecho, tuvo que apuntarlo en aquel papel que yo encontré en su cartera...

—No, sería incapaz de recordar diecinueve letras al azar —pensaba una y otra vez— vamos Bret ¿qué hubieras puesto tú como único código inolvidable? —planteé decidida a no darme por vencida.

Algo se iluminaba en mi cabeza; sí, tenía diecinueve letras.

—“Los Ángeles Olvidados” es la clave —me dije segura de aquello.

Las letras sueltas podrían llegar olvidarse con el paso del tiempo, pero una frase así... eso nunca podría borrarse de la memoria de Bret. Con gran nerviosismo me giré y comencé a teclear las letras; debía tener cuidado: no me podía permitir fallar.

—Los Ángeles Olvidados: ya está —pronuncié a su término.

Y aquel monitor me comunicaba que la clave había sido introducida correctamente. En cuestión de segundos la puerta se desbloqueaba y con sumo cuidado la empujé para abrirla. Nunca había estado en un lugar como ese, pero debían guardarse cosas importantes a juzgar por las medidas de seguridad. Era una caja blindada en la que pude entrar, no demasiado grande, pero sí con cabida para una persona. Estaba perfectamente iluminada por dentro y al fondo de la misma, una caja con la llave puesta se imponía. Me acerqué a ella y la abrí: algunas cosas la ocupaban. Primero saqué algo pesado, muy liado en trapos y atado con cuerdas; lo desembalé y encontré tres lingotes de oro macizo.

—Pero ¡qué barbaridad! —exclamé asombrada ante el hallazgo.

Los miré con detenimiento y algo parecía grabarse en uno de sus lados: “Bram Castle”. Sin duda esos lingotes habían formado parte de las pertenencias más valiosas del castillo. En la caja, más profundamente guardado había una especie de libro, o al menos eso me pareció al principio, pero cuando lo saqué comprobé que se trataba de un diario. No podía leerlo en aquel lugar, por lo que decidí llevarme todo aquello para así esclarecer un poco algunas de mis dudas. Introduje primero los lingotes de oro en la bolsa donde portaba mi ropa y al tratar de hacer lo mismo con el diario, algo cayó de entre sus hojas. Se trataba de una documentación: *Nicola Müller, nacido el 29 de enero de 1973 en Berlín (Alemania)*. Sin embargo, y ante mi estupefacción, la fotografía que constaba en aquella documentación reflejaba el rostro de Bret Antonov.

—¡Bret Antonov! Pero ¿quién eres en realidad? —me pregunté pensativa y confusa.

Un hombre con una identidad y una documentación completamente diferente. Había guardado en aquella caja blindada, de uno de los bancos más seguros de Rumania, tres lingotes de oro pertenecientes al Castillo de Bram, un diario, una documentación y una pistola. Todo era muy extraño para mí, pero no debía dejar nada en la caja; estaba segura de que ese diario me aclararía muchas dudas con respecto a Bret y su misteriosa vida.

Cerré la caja y después fui saliendo por cada una de las puertas, hasta llegar al hall del banco. Todo permanecía silencioso. Las personas que allí trabajaban se mostraban muy centrados en sus mesas, manipulando ordenadores o atendiendo llamadas telefónicas. Abandoné el lugar de forma discreta, tratando de no levantar sospechas, con todo el material guardado entre mi equipaje.

Tomé un taxi que me dejó en una de las zonas más céntricas de Bucarest. Allí busqué un buen hotel, pues gracias a la herencia de Nicoleta Ivanov, aún podía permitírmelo; estaba decidida:

llegaría al fondo de todo aquello y terminaría con Los Ángeles Olvidados. Mi investigación no había hecho nada más que empezar.

Aquella preciosa suite, con vistas a un parque encantado de la capital de Rumanía, me ofrecía unas grandes comodidades. En el pequeño pero acogedor despacho del que constaba, deposité sobre su mesa los lingotes de oro, el diario y la pistola; nunca había tenido un arma en mis manos y la observaba con gran curiosidad. La manipulé un poco y apretando el mango, el cargador se deslizó, mostrándome un cargamento de seis balas: ¡seis balas! Siempre escuché que los cargadores de pistolas, en su mayoría constaban de siete; quizás en la recámara se encontrara la que supuestamente faltaba, pero no era así. Extrañada, decidí dejarla tal y como estaba; sin embargo, comprendí que entender el funcionamiento de un arma no era tan complicado, aunque el propósito de la misma sí podría serlo.

Acababa de darme un baño y me sentía tranquila en la confortable habitación de aquel hotel de época, donde sus grandes ventanales me mostraban unas vistas entrañablemente bellas.

Antes de decidirme a abrirlo, observé el cuaderno en el que había sido escrito el diario, con la pasta en cuero negro y un pequeño candado cerrado, protegiendo algo que tal vez sería mejor no saber jamás.

Me había acomodado en aquel sofisticado sillón, amplio y con apoyabrazos. Había llegado el momento de averiguar quién era el dueño de aquel diario y su relación con Los Angeles Olvidados.

“Sinaia, 1945. Ileana Antonov”.

En aquella primera hoja se leía eso. Tenía ante mí el diario de Ileana Antonov, la esposa de Dominic Holzhausen, un poderoso hombre en el pasado y mucho más ahora, en el presente. Accedí a la primera de las páginas escritas extensamente por Ileana, y esta decía así:

“Mi nombre es Ileana Antonov y nací en Austria en 1923. Fui la mayor de tres hermanas y tras pasar los primeros años de mi infancia en este país, mis padres se trasladaron a Transilvania, concretamente al Castillo de Bram en la hermosa primavera de 1931. Este castillo había pertenecido a mi familia muchos años atrás; siempre fue el deseo de mi padre volver a habitarlo, pero los lobos procedentes de las altas montañas invadían sus jardines todas las noches de invierno y después de un tiempo de extraños sucesos, mi familia decidió regresar a Austria, a la seguridad de sus bosques... Pero yo había cumplido veinte años y estaba comprometida con Dominic Holzhausen; no podía irme ahora de Transilvania; teníamos planes de boda y aunque finalmente nos convertimos en marido y mujer, mi vida junto a Dominic no sería precisamente un camino de rosas. Es por eso que decidí escribir este diario, porque tal vez, resulte una conmovedora historia digna de contar”.

A lo largo de la madrugada leí muchas de las hojas de aquel libro, escrito con una femenina letra, en tinta de pluma, plasmados en él grandes sentimientos. Ileana comenzaba su narración hablando de los primeros años de su matrimonio, frustrados por el descubrimiento de que su marido, Dominic Holzhausen amaba a otra mujer. Vivían en el Palacio de Peles, en Sinaia y allí fue donde, en 1947 nació Carol Holzhausen, único hijo de la pareja, el padre de Andrei. Ileana se esforzó mucho para que su hijo recibiera una educación diferente y alejada de los tradicionalismos rumanos y mientras ella se preocupaba de todo esto, Dominic Holzhausen y M^a Magdalena, su amante, continuaban viéndose en la cabaña existente junto al lago, aquella misma que Dominic construyó y que sirvió de refugio al amor de Andrei y al mío.

Pasaban las horas en el reloj, y yo había optado por continuar mi lectura sobre la cama, extensa y cómoda. Una narración marcada por la soledad de Ileana frente a su marido, con el único consuelo de su hijo Carol, a quien se dedicaba en cuerpo y alma.

“He descubierto algo espeluznante en mi marido: el vino que suele tomar todas las mañanas es sangre; Dominic bebe sangre como si de cualquier otra bebida se tratara” —decía en uno de sus párrafos Ileana, algo que me llevaba a pensar en una obsesión de Dominic por este fluido.

Efectivamente la preocupación de ella aumentaba a medida que pasaban los días. Descubrió una matanza desconsiderada de animales con el único propósito de extraerles la sangre para beberla; sólo esta macabra práctica y M^a Magdalena le interesaban en el mundo. Fue entonces cuando sus padres murieron, haciéndola heredera del emblemático Castillo de Bram y fue el motivo perfecto para poner a Dominic entre la espada y la pared; sólo su hijo Carol tendría derecho a heredar esta propiedad tras su muerte, algo que se hacía intolerable para Dominic, un hombre ambicioso que había ansiado ese castillo durante años.

“Dominic ha de entender que será el último en la escala de sucesión con respecto al Castillo de Bram: Carol será el verdadero dueño de la fortaleza tras mi muerte y sé que hará buen uso de ella” —se leía en sus letras.

Interesantes relatos que dejaban al descubierto la cabaña secreta en donde tenían lugar los encuentros amorosos de Dominic y M^a Magdalena.

Eran casi las cuatro de la madrugada y el sueño comenzaba a vencerme. No obstante, deseaba leer un poco más antes de dejarme invadir por el letargo.

Ileana había conducido en varias ocasiones hasta la cabaña del lago, siendo testigo directo de uno de los engaños más dolorosos que alguien puede sufrir cuando ama de verdad. Había permanecido en Transilvania, alejada de su familia y de su país, Austria, con un único propósito: el amor hacia su marido. Sin embargo, era consciente de que todo eso lo había perdido ya y más aún al descubrir que Dominic y M^a Magdalena tenían un hijo en común; esto la hundió por completo. Una severa depresión se apoderó de ella durante tiempo, años en los cuales tuvo que enviar a Carol a un internado en Londres, pues la enfermedad psicológica no le permitía hacerse cargo de él.

“Me encuentro en un pozo sin fondo del que parece imposible salir. Mi hijo Carol, el único motivo que tengo por el que vivir se encuentra lejos, muy lejos de mí, mientras que yo sufro cada día su ausencia. De esta manera es imposible seguir viviendo; mi mente ha enfermado de una manera cruel y tal vez irreversible. Dominic nunca me quiso; su único interés, con respecto a mí es el Castillo de Bram, esa vieja fortaleza habitada por lobos rabiosos en sus montañas, capaces de infectar de rabia a todos los habitantes de Bram” —narraban sus memorias.

Ileana hablaba de una terrible enfermedad, la rabia, contagiosa entre mamíferos y frecuente en los lobos de los alrededores de Bram. Ella sabía todo eso tal vez porque vivió algunos años, con su familia en aquel remoto lugar.

Los días pasaban y ella permanecía en aquella solitaria habitación del Palacio de Peles, medicada con antidepresivos y desahogando todas y cada una de sus penas con el diario que años antes había comenzado a escribir. Su hijo Carol había terminado sus estudios en Londres, trasladándose entonces a Moscú, donde conoció a Giorgiana, una mujer rusa con la que contrajo matrimonio al poco tiempo, instalándose en el Palacio de Peles y teniendo un hijo al poco tiempo, al que pusieron de nombre Andrei. Sin embargo, el matrimonio, junto con el pequeño Andrei, vivían a caballo entre Transilvania y Moscú, por lo que habitaban Peles sólo por temporadas, permaneciendo Ileana sola gran parte del año. Su debilidad era considerable y una medicación y

un vaso de agua siempre a la misma hora la llevaron a pensar que Dominic la estaba envenenando poco a poco. Él seguía obsesionado con la idea de poseer el Castillo de Bram. ¡Ileana debía darse prisa! Era necesario cambiar el testamento con respecto a su herencia, lo único que realmente le pertenecía por derecho legítimo, pues así había sido durante generaciones: El Castillo de Bram. Un abogado, en el más absoluto secreto la visitó una tarde en la que se encontraba sola en la habitación: tras su muerte, la fortaleza pertenecería sólo a Carol Holzhausen, su hijo y únicamente su descendencia más directa podría seguir heredándolo en un futuro. Una fascinante decisión que me llevó al razonamiento más lógico:

—El verdadero dueño del Castillo de Bram es Andrei Holzhausen —me dije.

Y así era. Ileana Antonov dejó muy bien atados todos los cabos: no permitiría que su marido tuviera ningún derecho sobre su propiedad. Y al poco tiempo fingió su muerte, ayudada por este abogado que un día la visitó en secreto en el Palacio de Peles.

“Ni en mis peores pesadillas imaginé que llegara a ver mi propia tumba, pero no sólo la vi, sino que estuve en ella, sintiendo la humedad de la tierra, su olor, el horror de permanecer sepultada durante horas que se hicieron una eternidad” —leí sobrecogida.

Ileana había planificado su muerte, con la ayuda del abogado, un tal Jean Müller, quien, tras ser enterrada, tendría que desenterrarla del propio jardín del Palacio de Peles.

—Pero ¿quién haría una cosa así? Es macabro —pensé.

Un simple abogado no llegaría a comprometerse tanto con su cliente, a no ser que se le prometieran grandes beneficios. Ileana Antonov le había ofrecido tres de los siete lingotes de oro existentes en el Castillo de Bram.

—¡Dios mío! ¡siete! —me dije sorprendida.

Eso era toda una fortuna, en aquellos tiempos y en los actuales. Ileana fue profundamente sedada y el médico que generalmente asistía a los Holzhausen certificó su muerte; todos pensaban que así era; todos llegaron a creer que verdaderamente Ileana había muerto. Para su marido no había tiempo que perder: debía enterrarla lo antes posible o de lo contrario se sabría que él la envenenó. En los confines del jardín de Peles cavaron la tumba, una fría mañana de enero de 1974. Horas más tarde, en mitad de la noche, el abogado Jean Müller volvía a remover la tierra con el único propósito de sacar de allí a Ileana, obteniendo como recompensa los tres lingotes de oro con los que, la rica heredera del castillo de Bram se había enterrado para evitar los riesgos de ser abandonada y olvidada en aquella profunda sepultura.

Con la ayuda de este hombre, Ileana se fue de Transilvania, abandonando Rumanía para siempre y estableciéndose en Alemania. Nadie debía saber que estaba viva, ¡nadie! y su única responsabilidad ahora era proteger a su hijo Carol de la manipulación de Dominic.

Inteligentemente, Ileana había contratado fuentes fiables que la mantenían informada en todo momento de lo que iba ocurriendo con su herencia. El Castillo de Bram era una misteriosa fortaleza que parecía estar habitada durante la noche, aunque nada probaba esta hipótesis.

Dominic montó en cólera al descubrir la última voluntad de Ileana con respecto al castillo. Sin embargo, poco después ocurrió algo inesperado y desgarrador.

“Mi hijo Carol y su esposa Giorgiana han muerto cuando volvían de su viaje a Moscú; nada en el mundo podrían aliviar el dolor que siente mi corazón ante esta pérdida” —decían aquellas palabras que parecían rasgar el alma de cualquiera.

La alarma de mi móvil sonando me anunciaba que eran las ocho de la mañana. Me había quedado dormida sobre la cama, con el diario de Ileana abierto por la última página que leí, entrando la luz del día por el gran ventanal. Estaba cansada pues, prácticamente hacía un rato que me había dormido y ahora, incorporándome un poco, estiraba los brazos y bostezaba repetidas

veces. Caminé hasta el baño y una vez allí, me despejaba lavándome la cara y enjuagándome la boca.

—¡Oh, Dios! Tengo un aspecto horrible —me dije frente al espejo.

Entonces escuché sonar un móvil. No, estaba segura de que no era el mío, sino el que le quité a Bret. Anduve despacio hacia él, pues estaba sobre la mesa del despacho de la habitación. Miré el número en la pantalla y no había sido metido en memoria. Estaba nerviosa ante la indecisión de cogerlo o no.

—¿Diga? —pregunté aceptando la llamada finalmente.

—Alejandra, soy Bret; tienes que escucharme: van a por ti; esos locos te atraparán. No debiste dejar escapar ese vuelo a Berlín, porque allí hubieras estado a salvo —aseguraba a través del auricular.

Fue entonces cuando recordé algo importante que la noche anterior, tal vez debido al cansancio, me pasó desapercibido: Berlín estaba en Alemania, justo el país que Ileana había escogido para ponerse a salvo y Bret Antonov no se llamaba así realmente, sino Nicolás Müller, un apellido que coincidía con el del abogado de Ileana, ese mismo que la desenterró y la ayudó a escapar.

—Alejandra, dime ¿dónde estás? Sólo quiero ayudarte —me decía.

—Me encuentro lejos, muy lejos de Rumanía, así es que olvídate de mí porque nunca más volverás a verme —le mentí, tratando de despistar.

—Sé que eso no es verdad: ayer estuviste en el Bucarest Secret Bank, un error por tu parte —opinó, sorprendiéndome su descubrimiento.

—¿Qué quieres Bret? ¿o debería llamarte Nicolás? —le pregunté irónica.

—Vamos Alejandra, no me vengas con esas ahora, aunque debo reconocer que eres muy lista —afirmó.

—Sí, lo soy y lo peor de todo es que en este embrollo, yo me juego el cuello, motivo suficiente para llegar hasta el fondo del asunto —le dije— ¿Qué hace el número de móvil de Nacho metido en la memoria del tuyo? —le interrogué ahora.

—Ese muchacho es objetivo prioritario para eliminarlo; conseguí su móvil por seguridad, nada más —explicó poco convincente— Abandona antes de que sea demasiado tarde. En ese castillo sólo hay enfermos terminales, sedientos de sangre fresca y deseos de transmitir su enfermedad, nada más —me explicó.

—Yo no buscaba otra cosa, ¿la buscabas tú? —le pregunté refiriéndome a los lingotes de oro.

Y entonces puse fin a la llamada, apagando el móvil acto seguido: no podía arriesgarme. Me senté pensativa sobre el sillón de cuero y de pronto comprendí algunas cosas importantes: encontré en ese banco tres lingotes de oro y estaba claro que todo lo que Bret perseguía eran los cuatro lingotes restantes de los que Ileana hacía mención en su diario.

Había tomado una decisión: permanecería en aquel hotel de Bucarest hasta terminar de leer las memorias de Ileana Antonov y después viajaría a Peles, en Sinaia: deseaba conocer su supuesta tumba.

Recordé el dolor de Ileana, traducido en palabras, por la muerte de su hijo Carol y a partir de ahí todo se tornaba diferente para ella. Hablaban de un accidente de coche, siendo devorados después por los lobos; pero la realidad descubierta por los investigadores secretos de Ileana era otra: Dominic era el responsable directo de la muerte de Carol y Giorgiana, ayudado en todo momento por su amante, M^a Magdalena, pues era la única manera de apoderarse de ese castillo y de todo lo que en él se ocultaba.

La oscura vida de Dominic sólo había sido conocida en parte por Ileana; lo que, a partir de

entonces comenzó a desmembrar la aterró. Su obsesión por la sangre durante tantos años no había sido una simple manía, sino que formaba parte de su macabra vida en las profundidades del Castillo de Bram. Durante años, había mantenido ocultos en ese lugar a personas, con distintos tipos de enfermedades, pero con un rasgo en común: la obsesión por alimentarse de sangre como si de vampiros se tratase. Enfermos de rabia, porfiria o dementes habían encontrado cabida en el castillo, bajo las órdenes de Dominic, quien se hacía llamar el Rey, el cual les aseguraba la curación absoluta y la inmortalidad mediante una alimentación a base de sangre humana.

Ileana hacía una especial referencia a Andrei, su nieto quien, por expreso deseo de sus padres, vivió gran parte de su niñez y adolescencia en Londres, lejos de las enfermizas ideologías de su abuelo Dominic, estudiando en colegios de élite, esos mismos que después le convirtieron en un brillante adulto y un maravilloso ser humano.

Supervisado desde lejos por su abuelo, Andrei se proponía como primer candidato en la sucesión de la secta que Dominic lideraba y que solían llamar Los Ángeles Olvidados. Este fue el motivo por el cual Nicoleta Ivanov, uno de los miembros más poderosos de la congregación, trató de enlazar de alguna manera a su hija Ekaterina con Andrei; los dos podrían llegar a ser los líderes de la secta en un futuro próximo. Pero dos grandes obstáculos se imponían: Andrei había sido educado lejos de Rumania; sus ideas no coincidían con las de Dominic y sería difícil inculcarle, a un muchacho tan culto ideas tan descabelladas como las de Los Ángeles Olvidados.

—Todos creen que Bret es hijo de Dominic; pero ¿de dónde han sacado esa creencia? —me pregunté.

Sin embargo, Ileana Antonov hacía hincapié en una prioritaria idea: el Castillo de Bram siempre perteneció a los Antonov, y protegería ese lugar con la vida.

Ante mi sorpresa y con poco más de la mitad de páginas escritas, el diario llegaba a su fin, mostrándose el resto de hojas en blanco. No podía creerlo, pues tantas cosas habían quedado en el aire. Ileana ¿seguiría viva?

—Si así fuera, ahora tendría 85 años —pensé.

Todo lo leído en el diario eran narraciones en las cuales aparecían pocas fechas; no se podría precisar cuándo escribió esta mujer sus últimas páginas, pero a juzgar por las referencias a Andrei como adulto brillante, quizás no fueran tan lejanas en el tiempo.

Tenía mucho que investigar, demasiado que descubrir, aunque lo más importante era no ser descubierta y mantenerme viva, pues en todo esto cualquier cosa podría suceder.

Antes de cerrar el diario, observé algo que llamó mi atención: una tarjeta caía de entre sus últimas hojas: Jean Müller (Abogado); Avda. Rhin, 3 — Berlín.

—Vaya, esto sí que es interesante —me dije observándola con detenimiento.

Ileana, en ningún momento hacía mención de haber tenido un hijo; quizás Bret Antonov nunca existió y si así fuese, ¿es que tenía la edad de Andrei Holzhausen, su nieto?

Pasé dos días en aquel hotel de época de Bucarest. Viajaba de camino a Sinaia, en un cómodo tren que atravesaba bellos parajes de los Montes Cárpatos. El Palacio de Peles estaba puesto a la venta y en internet pude obtener el número de teléfono de la persona que abriría sus puertas para mí; no había otra manera de entrar en ese lugar.

Llegué temprano a la estación y un taxi me llevaría hasta el hermoso Palacio, cerrado a cal y canto desde hacía varios días, impaciente por recibir mi visita para poner en pie de guerra secretos celosamente guardados durante años.

A las once y media de la mañana había quedado con Elena, la mujer que me esperaba para mostrarme los encantos del Palacio, convencida de que yo podría ser una posible compradora.

Aún faltaban algunos kilómetros para llegar. Las últimas noches había pensado mucho en Andrei: en nuestro último encuentro, una puerta quedó abierta al amor. Entonces decidí telefonarle. Marqué su número mientras el taxi avanzaba por entre las montañas, sólo nevadas para entonces sus cumbres, y esperé pacientemente mientras varios toques sonaron. De pronto una voz femenina contestó al teléfono.

—¿Dígame? —preguntó en inglés.

No esperaba algo así, pero debía reaccionar pues tal vez se trataba de su secretaria.

—Buenos días —saludé educadamente— yo... desearía hablar con Andrei —le dije.

—¿Quién es usted? —quiso saber curiosa.

Incómoda ante su pregunta, respondí pues mi único fin era hablar con él.

—Soy Alejandra, una amiga.

—Ah, vaya, tú no te das por vencida ¿eh? —me reprochó.

—Perdón ¿cómo dice? —le pregunté ahora, sorprendida ante su comentario.

—Mira, Alejandra, creo que Andrei fue muy claro contigo: vuestra aventurita terminó, como no podía ser de otra manera. Es mi prometido, estamos ultimando los preparativos de nuestra boda, así es que, por favor, déjanos vivir en paz —me dijo dejándome atónita.

—No estaba segura de que Andrei estuviera prometido —hablé.

—Pues ya ves. Los nuestros son muchos años de amor. En una fuerte crisis de nuestra relación, te conoció, pero en realidad no significaste nada para él, porque como verás, Andrei volvió junto a mí. Así es que, ya sabes lo que tienes que hacer: desaparecer para siempre ¿de acuerdo? —me decía con soberbia y prepotencia extrema.

—Ekaterina, ¿con quién hablas? —escuché a través del auricular.

Era la voz de Andrei, pero Ekaterina fue más rápida y pronto cortó la llamada. Frustrada, guardaba el móvil lentamente en mi mochila mientras recordaba que Ekaterina Ivanov fue una antigua novia de Andrei. Estuvo presionado por su abuelo Dominic a un compromiso que él no deseaba y finalmente supo renunciar a todo para escapar de un destino marcado por la infelicidad.

Ivanov, un apellido que había sellado parte de mi vida y que ahora volvía a imponerse transcendental para mí, separándome de lo que más quería: Andrei Holzhausen.

Llegábamos a Peles. Sus enormes estatuas de piedra parecieran darme la bienvenida, bellas esculturas de una grandeza sin igual. Un coche se hallaba aparcado en la puerta; debía ser el de Elena, la mujer que me mostraría cada rincón del lugar.

—Espere aquí, por favor —le pedí al taxista, mientras me colocaba el abrigo y descendía del

coche.

Anduve con paso firme hacia la puerta de entrada, taconeando enérgica, apareciendo entonces una mujer no demasiado alta, rubia, con el pelo liso y cortado por encima del hombro, de ojos azules y sonrisa amplia.

—Buenos días: soy Elena —se presentó, recibíendome en la puerta y tendiéndome su mano.

—Hola; me llamo Alejandra —respondí.

—Adelante, por favor —me invitó haciéndose a un lado para que yo entrase— Este es un palacio muy hermoso; tal vez tenga referencias de él por alguna revista o quizás reportajes —trataba de averiguar.

—Pues... sí —afirmé sin argumentar más— Deseo hacer una inversión en esta parte de Rumanía y el Palacio de Peles me pareció una maravillosa idea; conozco Transilvania y la adoro —le expliqué, quitándome el abrigo y portándolo en uno de mis brazos, exhibiendo mi elegante traje de chaqueta negro con finas rayas beige.

Entre la solapa de la chaqueta, asomaba tímidamente un precioso jersey de licra en tono claro, con el cuello alto y muy ajustado.

—Transilvania es un lugar especial y este Palacio está situado en uno de los rincones más lindos del país... pero bueno, lo mejor será que se lo enseñe ¿no le parece? —propuso, aún de pie en el hall.

—Sí, creo que tiene razón —admití.

Entonces Elena inició la marcha y yo la seguí. Visitábamos cada estancia, perdiéndonos en la magia de sus salones o en la intimidad de sus alcobas. Y mientras la mujer hablaba y hablaba, explicando mil cosas referentes al Palacio, yo sólo pensaba en aquella parte del jardín olvidada, allá, donde Ileana Antonov había sido enterrada en vida hacía ya muchos años.

—Este es el despacho, el más utilizado del Palacio. Ha sido usado por generaciones y generaciones de Holzhausen para llevar a cabo sus gestiones. Son muebles de una gran calidad y clasicismo que han sido perfectamente cuidados para evitar su deterioro —me explicaba Elena, conocedora de los detalles más insignificantes.

Sin embargo, en ese momento centraba mi atención en un enorme cajetín que se exponía a un lado de la pared, con la exposición de una bella pintura en su parte frontal. Sin duda, no podía contener otra cosa que no fueran llaves.

—¡Llaves! —pensé.

Ahí podrían estar todas las pertenecientes al Palacio y si yo consiguiera sólo una de ellas, tal vez podría tener acceso a Peles cuando nadie estuviese ahí. Sí, en ese despacho irrumpí una vez para hablar con Andrei; su lugar de gestiones y sólo cerca de él podrían encontrarse las llaves del Palacio.

Habían transcurrido casi cuarenta y cinco minutos. Accedíamos al jardín por la puerta de uno de los salones, caminando entonces por sus senderos, entre bellas flores y arbustos recortados de manera particular. La vegetación se hacía más abrupta por los lugares más recónditos y alejados del jardín, allá, por donde los senderos se borraban y sus limitaciones se perdían sin más.

—Y todo aquello ¿no forma parte del jardín? —quise saber señalando el lugar en cuestión.

—Pertenece a Peles, pero nada parecido al jardín. Es una zona donde la vegetación crece por sí misma, entre la espesura de los árboles. La verdad es que es un lugar oscuro; nunca fue utilizado para nada porque está alejado y sus bosques son muy espesos. Además, el jardín de Peles es lo suficientemente extenso como para no tener que disponer de esa parte de terreno —me informaba Elena.

Tenía que ser ahí, el lugar donde la tumba de Ileana todavía existiera.

Después de un buen rato, la visita acabó. Había regresado al hall, el lugar donde se recibía a la gente, espacioso y bien decorado.

—¿Qué le ha parecido? —quiso saber Elena.

—Un lugar espléndido; me ha encantado, la verdad, y desearía quedarme con él, pero aún debo consultarlo y tomar decisiones —respondí.

—Por supuesto —reconoció ella.

—De todas maneras, el primer paso ya está dado, que era venir a visitarlo —hablé.

—Desde que el señor Andrei Holzhausen lo puso a la venta, aún no ha recibido demasiadas visitas —me dijo, estremeciéndome el corazón aquel nombre.

—¿Y sabe usted por qué lo vende? ¿quién querría deshacerse de un lugar así? —traté de averiguar.

—Unos hablan de negocios, pero las personas más allegadas al joven Holzhausen aseguran que le partieron el corazón en Peles y al no poder soportarlo, decidió acabar con todo, vendiéndolo —me contó.

Me quedé pensativa. Yo no podía ser quien le rompiera el corazón: ¡lo amaba! Pero tal vez fue así como Andrei se sintió.

—¿Y usted que piensa, Elena? —le pregunté.

—Bueno, hay quienes afirman que se casará muy pronto con una rica rumana en Londres, pero esto son sólo habladurías —contestó.

Unas habladurías muy crueles para mí. Debía marcharme ya: Elena abría la puerta de la calle. Pero ese cajetín de llaves en el despacho del Palacio había permanecido en mi mente durante toda la visita. No, debía acceder a él por todos los medios y bajo el pretexto que fuera.

—Elena, discúlpeme, pero necesitaría pasar al baño un momento —solicité sin levantar sospecha.

—Por supuesto —objetó, explicándome entonces el camino hacia él.

Caminé a paso lento a lo largo de todo el pasillo, alejándome del hall donde la mujer permanecería esperándome para despedirme. Pocos metros más adelante encontraría el despacho, con sus puertas corredizas cerradas otra vez. Traté de hacer el menor ruido posible y muy pronto estaba dentro. Alcancé el cajetín y abriéndolo, observé la exposición de llaves que contenía: ¿cuál coger entonces?

—“Puerta del reloj” —leí en uno de los llaveros— ésta —pensé— no me será muy difícil encontrar un reloj en la fachada del palacio.

Volví a cerrar el cajetín y salí del despacho, dejando las puertas tal y como estaban. Cuando llegué al hall, Elena aún me esperaba en él.

—Disculpe la demora —le dije.

Pero ella sólo sonrió. La despedida fue breve; le agradecí su amabilidad y le dije que, en caso de decidirme, la telefonaría. Elena creyó en todo momento mi interés por Peles, pero la realidad era que yo estaba muy lejos de poseer nunca tan emblemático palacio: sólo la curiosidad me había movido.

Había llegado. El hotel en el que me alojaba se encontraba muy cerca de unas estaciones de esquí en Sinaia, a unos veinte kilómetros del Palacio de Peles. Se trataba de un bello lugar, aún nevado y en el que el sol brillaba con intensos destellos. Me tumbé en la cama de la habitación, moderna y equipada con todos los detalles; estaba satisfecha: había conseguido una de las llaves del Palacio de Peles y aguardaría el momento oportuno para volver a él y descubrir la tumba de Ileana.

Había decidido tomarme lo que quedaba de día con tranquilidad. Pensé en mucha gente entonces. Petrica; le hice una promesa a esa pequeña niña: volver a por ella para llevarla conmigo; pero había transcurrido casi un mes y medio desde la última vez que la vi: ¿permanecería viva aún? Una gran pena ahogaba mi corazón por momentos al recordarla, tan débil, tan solitaria y tan utilizada por esa inhumana secta, capaz de terminar con la vida de cualquiera que tuviera una sola gota de sangre en sus venas.

A la mañana siguiente, bien temprano, bajé a la recepción del hotel para recoger las llaves del coche que había alquilado, un precioso XC 90 color rojo diablo; había llegado el momento de visitar Peles otra vez.

El potente Volvo avanzaba a una velocidad de noventa kilómetros por hora por unas carreteras aún humedecidas por la fría noche, estrechas y en las cuales las curvas abundaban. Había pensado en Andrei durante gran parte de la mañana, pero de nuevo mis pensamientos se centraban en Petrica, mi pequeña amiga de Bram. La culpé injustamente de guiar a los lobos hasta el sótano de mi casa, pero no era ella la que lo hacía, sino Leonard. Éste era hijo de Vladimir, el bastardo de Dominic y todos ellos colaboraban con Los Ángeles Olvidados, Sonia me lo contó.

Ya estaba cerca del Palacio. Aminoré la velocidad: me proponía que el coche hiciera el menor ruido posible, aunque todo parecía estar tranquilo y solitario. Aparqué alejada del camino, entre los altos árboles que daban cobijo al Palacio y entonces bajé del coche, escuchándose sólo las hojas de los árboles, movidas por el viento y el canto de algún pájaro tímidamente rezagado. Hacía mucho frío, aunque la nieve había desaparecido casi en su totalidad. Completamente vestida de negro, con altas botas de tacón y un cómodo abrigo por debajo de la cadera, me dirigía rumbo al Palacio, cauta y precavida en todo momento. Portaba mi cámara de fotos, profesional y sofisticada: todo debía quedar fotografiado; cada detalle suponía una prueba difícil de verificar en un futuro. Tampoco podía olvidar la pistola, esa que encontré en el banco de Bucarest, seguramente propiedad de Nicolas Muller, el falso Bret, la misma que podría salvarme la vida dadas las circunstancias que ahora me rodeaban. Debía acceder al puente de piedra y una vez alcanzado, corrí a través de él, mirando cada torre del Palacio, buscando un posible reloj que siempre había pasado desapercibido para mí, pese a formar parte de la fachada. Sí, ahí estaba, en lo más alto, señalizando una de las puertas principales. Tenía la llave en la mano y no me resultó difícil abrir, aunque estaba demasiado nerviosa.

—¡Bien! —me dije al conseguirlo.

Entré sigilosa, accediendo al hall, un lugar conocido para mí. Todo quedaba perfectamente iluminado por la luz que entraba a través de los grandes ventanales. En silencio y con la pistola sujeta en la parte de atrás de mi pantalón, comencé a avanzar por el interior del Palacio, aunque mi gran interés se centraba en sus jardines, en la zona más abrupta y olvidada del mismo y ese fue

el motivo por el cual hacia allí me dirigí. Accedí a él por la gran puerta del salón y anduve hasta alejarme de la zona más cuidada, donde las flores habían abundado y ahora... los espesos pinos parecían abarcarlo todo; eran tan altos y gigantescos que casi no permitían la entrada de luz. Comenzaba a pensar que allí no encontraría nada y que lo único que obtendría serían magulladuras al intentar caminar por tan espesas zonas. Había avanzado bastante y entonces tropecé. Caí al suelo bruscamente, golpeándome en la rodilla y quejándome ante el dolor. Sólo había tierra humedecida en el suelo ¿con qué había tropezado entonces? Aún sentada, palpé con mis manos el terreno junto al que había caído y pronto, al escarbar, descubrí la piedra labrada sobre la que resaltaba un nombre: Ileana Antonov. Era esa, su tumba, cavada muchos años atrás y de la que ella consiguió escapar.

—Era cierto; todo lo que cuenta en su diario es verdad —reconocí asombrada.

Era probable que Andrei desconociera la existencia de aquello. Él había vivido muy desvinculado de sus abuelos y todos mis descubrimientos podrían suponer un duro golpe para él.

Aparté todo lo que pude el barro de la piedra y entonces leí: “Ileana Antonov, 1923—1974”.

Pensé en lo siniestro de todo aquello. Ileana se había enterrado con tres lingotes de oro para asegurarse de que Jean Müller volvería a por ella; su inteligencia le salvó la vida en un momento tan delicado como aquel. Pero faltaban cuatro lingotes más y estos se encontraban en el Castillo de Bram: Nicolás Müller, el mismo que decía llamarse Bret Antonov los había buscado con desesperación, cambiando de identidad incluso.

—Llegó a instalarse en el castillo: ¿cómo es que no encontró el oro entonces? —me planteé pensativa.

Entonces se me ocurrió algo: quizás esos lingotes no estaban en el Castillo de Bram finalmente; tal vez ni siquiera existían o estaban escondidos en cualquier otro sitio. Si Ileana era tan lista, todo podría ocurrir.

Comencé a sacar fotos del lugar, sobre todo de la piedra que tan deteriorada, daba fe de un nombre oculto y misterioso en el tiempo: Ileana Antonov. Retrocedía un poco, para sacar un buen plano cuando, de pronto tropecé con algo. Caí encima de ese obstáculo duro, muy duro, tanto como una piedra: ¡es que era una piedra! Cuadrada y labrada, cubierta de tierra en gran parte, tan plana que podría confundirse con el propio suelo. Desconcertada, palpé sus letras, deletreando un nombre: Dominic Holzhausen. La tumba del viejo líder de Los Ángeles Olvidados había sido cavada en los confines de aquel jardín. Muchos conocerían la existencia de la misma, convencidos de que él yacía en ella; pero yo conocía la verdad, la única verdad sobre esto: Dominic Holzhausen vivía aún en el tétrico y oscuro sótano del Castillo de Bram. Fue enterrado en ese lugar, o al menos todos lo creían así, incluso Andrei.

—¿Sabrá Andrei que la tumba de sus abuelos está en el jardín de su Palacio? —me pregunté aún sorprendida por tal hallazgo.

Pero esas tumbas debían estar vacías. Tanto Dominic como Ileana no yacían en ellas; entonces ¿para qué tomarse tantas molestias? Estaba sola en aquel lugar y, dejándome llevar por una macabra curiosidad, encontré cerca una pala y, utilizándola, con gran esfuerzo logré remover la tierra de los lados, suficiente para levantar la piedra tallada que descansaba pesadamente sobre aquel suelo. Deseaba descubrir qué había sepultado bajo aquel nombre; Dominic Holzhausen no podía encontrarse allí: yo lo descubrí lejos, concretamente en Bram, vivo o tal vez no, en el interior de un ataúd, en el rincón más perdido de un castillo. Me sentí acalorada ante tanto esfuerzo, por lo que decidí desprenderme de mi abrigo. Retiraba la tierra a toda prisa, con el deseo de que la caja no hubiera sido enterrada demasiado profunda y pronto, el hierro de la pala chocó con la madera. Sí, lo había conseguido, había logrado llegar hasta el ataúd y minutos

después accedía a sus cerrojos, completamente tumbada sobre la tierra y con medio cuerpo casi en el interior de la fosa. Debía estar loca para hacer algo así, pero ¿qué otra opción tenía? Deseaba conocer la verdad sobre todo y en toda esta locura, Dominic Holzhausen tenía mucho que ver.

—¡Lo sabía! —exclamé, al abrir el ataúd y hallarlo vacío.

Nada ni nadie había en su interior. El señor Holzhausen había logrado engañar a todos e Ileana también. Ahora era su turno; su tumba debía ser profanada de igual manera, aunque sabía que nada encontraría en su interior. Pensaba en ello mientras descansaba sentada en el suelo, con la pala junto a mí, con las manos manchadas de barro y reflexionando sobre mi absurda hazaña ¿para comprobar qué? Estaba cansada pero no podía desistir ahora. Me puse en pie y cogí nuevamente la pala. Inicié la labor y levantar aquella piedra me costó bastante menos. Sacaba tierra deseosa de alcanzar la verdad; el hoyo era más profundo que el anterior, pero ya escuchaba los golpes que la pala daba contra la caja. Una vez descubierta al completo, tuve que saltar sobre ella para poder alcanzar los cerrojos y cuando pude hacerlo, la abrí.

—¡Aaaaahhhh! —grité, saliendo casi de un salto y arrastrándome por el barro, tratando de huir despavorida— ¡Dios, Dios, Dios! —exclamaba una y otra vez, desconcertada porque lo que había en el interior del ataúd era un cuerpo.

Estaba putrefacto y un olor infrahumano se apoderaba del ambiente. Vomité asqueada y después, unos metros retirada de la tumba, traté de pensar. Un cadáver relativamente reciente en la antigua tumba de Ileana Antonov; era descabellado.

Algo más recuperada, volví al lugar y observé recatada a aquella persona. Por su aspecto, podría llevar algunos meses enterrada allí. Sus ropas parecían las de un hombre, aunque su rostro mostraba prácticamente el esqueleto. Aun así, el cuerpo conservaba un olor desagradable e intenso y de pronto observé algo abultado en el bolsillo de su camisa. Debía alcanzarlo para averiguar de qué se trataba; quizás me desvelara la identidad del individuo. Cogí un palo cercano y removí un poco la zona en cuestión; pequeños insectos comenzaban a revolotear y yo tosía una y otra vez asqueada ante aquello.

—No, no puedo hacerlo —me decía, reconociendo que la única manera de hacerme con lo que albergaba el bolsillo era accediendo a la tumba nuevamente.

Y así lo hice. Con gran valor bajé a ella y tratando de respirar a grandes intervalos, introduje mis dedos en el bolsillo de la camisa, muy despacio, intentando no palpar lo que quedaba del cuerpo del difunto, consiguiendo al fin mi objetivo: una cartera. Miré detenidamente su cráneo: tenía un agujero en el lado izquierdo y justo al lado, sobre el deteriorado tapiz del interior del ataúd, una pequeña bala se dejaba ver. Sin duda, esa persona había recibido un tiro en la cabeza, tal vez desde lejos, pues la bala quedó en su interior, alojada durante meses, hasta que la carne se descompuso, permitiendo la salida de la misma. Ahora yo la había encontrado, comprendiendo el motivo de su muerte. Cogí la bala, pequeña pero fulminante, capaz de arrebatar la vida de cualquiera en fracción de segundos y cerré mi puño con fuerza.

Entonces salí de allí rápidamente, con el botín en mis manos y, sentándome junto a la tumba, abrí la cartera, encontrando en su interior la documentación de aquella persona que descansaría para siempre en aquel lugar. “Bret Antonov”, decían aquellos papeles.

—Pero ¿qué significa esto? —me extrañé.

Ese hombre nacía en Berlín en el año 1969.

—Entonces... realmente existió un tal Bret Antonov —me dije.

Sin embargo, yacía allí enterrado. Había sido asesinado mediante un tiro en la cabeza.

—¡Es horrible! —me dije convencida.

Abrí mi puño y allí estaba la causante de aquella muerte: una pequeña bala. La observé y

sacando la pistola de la parte de atrás de mi cinturilla, comprobé que sus balas eran del mismo calibre. El corazón parecía salirse de mi pecho ante aquello. La pistola que yo tenía pertenecía a Nicolás Müller... ¿es que él había matado a Bret Antonov?!

—Tengo que salir de aquí lo antes posible —pensé, cogiendo la pala, dispuesta a dejarlo todo tal y como estaba.

Pero a punto de comenzar con mi labor, la pala se me cayó al interior de la fosa, partiendo por un lado el ataúd y atravesándolo, hundiéndose más profundo, más allá de aquella caja, donde todo parecía estar hueco ahí abajo.

Yo miraba ensimismada; ¿es que aquel ataúd no descansaba sobre tierra firme? La respuesta era no. Había perdido la pala en los abismos de aquella fosa y ahora debía buscar otro utensilio que me sirviera. Y encontré la azada perfecta para llegar hasta el final de todo aquello. Cavé la tierra que se encontraba junto a la caja y comprobé entonces que toda aquella parte estaba hueca, tanto, que el ataúd acabó por hundirse, y yo con él. Sólo fueron unos metros más abajo, suficientes para provocar magulladuras en mis brazos, piernas e incluso en mi rostro. Asustada y algo desorientada por la inesperada caída, miré hacia arriba, comprobando entonces que no me sería difícil salir de allí. El ataúd se hallaba junto a mí, con el cadáver movido bruscamente en su interior, visualizándose larvas por las zonas del cuerpo que habían permanecido más ocultas hasta ahora. Paralizada, miraba con agonía todo lo que me rodeaba, incapaz de levantarme, dolorida y al mismo tiempo algo traumatizada por todo lo que estaba viviendo: sola, metida en una profunda fosa y con un cadáver junto a mí. Traté de levantarme: quería salir de allí a toda prisa y al apoyar mi mano en una gran piedra inserta en la pared de tierra, ésta cayó, dejando al descubierto un pequeño agujero oscuro, pero con algo en su interior. Me incorporé despacio y miré cautelosa, introduciendo entonces una de mis manos y tocando un trapo; sí, éste envolvía algo pesado que logré sacar y desenvolver, descubriendo entonces el tesoro entre todos los tesoros: los cuatro lingotes de oro tan anhelados por los Müller. Estaba desenfadadamente nerviosa: un oro que podría garantizarme una cómoda vida, o complicármela de sobremanera.

Con grandes dificultades, salí del lugar, portando los lingotes y dejando allá abajo a Bret Antonov, cubriendo toda la tumba de tierra y colocando la piedra con el nombre de Ileana Antonov sobre ella, tal y como estaba.

Abandoné el Palacio de Peles a toda velocidad, conduciendo el enorme Volvo por sus estrechas y serpenteantes carreteras; había encontrado nuevas pistas sobre Ileana Antonov pues, tal vez sí existió un hijo de ésta que nada tenía que ver con Dominic Holzhausen.

Llegaba a la habitación del hotel, a su calidez y a su seguridad momentánea. Me había despojado de parte de mis ropas y curaba cuidadosa y con gran delicadeza las heridas que la caída a lo más profundo de aquella tumba, me habían provocado. Escocían, sobre todo las del rostro, justo en la frente. A continuación, me metería en la bañera: necesitaba relajarme y pensar, pensar mucho pues todo parecía complicarse cada vez más.

Un rato después regresaba a la habitación, sentándome sobre la cama donde había depositado la pistola, la cartera y los lingotes; con sólo mirarlos todo mi cuerpo se estremecía.

En la tumba de Ileana, en lo más abrupto del Palacio de Peles, había un hombre enterrado; una documentación junto a él desvelaba su nombre: Bret Antonov. Yo tenía el diario de Ileana y en ninguna de sus páginas hacía mención de que tuviera un hijo y si realmente así fuera, Andrei debió saberlo.

—Ileana... si esa mujer aún estuviera viva... —me dije pensativa, cogiendo entonces uno de los periódicos que habían dejado en mi habitación.

Las noticias sobre la crisis económica que envolvía al mundo parecían apoderarse de él. En la crónica social, la fotografía en blanco y negro de un bello palacio llamaba mi atención; se trataba de Peles, y las escasas líneas que se redactaban bajo la foto decían así:

“Después de algunos meses, el Palacio de Peles parece querer escapar de nuevo de los dominios de los poderosos Holzhausen. Su actual propietario, Andrei Holzhausen, lo pone a la venta por una millonaria suma de dinero. El que fuera nieto de Dominic Holzhausen, fija su residencia en Londres y anuncia su próxima boda con Ekaterina Ivanov”

Mi corazón parecía haber frenado en seco tras leer esta noticia. Aquel periódico rumano se hacía eco de la noticia que ahora difundía.

—Andrei Holzhausen y Ekaterina Ivanov... no, eso no puede ser —negaba ante la evidencia— Es mi Andrei, mi amor verdadero, ¿cómo va a casarse con otra?! —trataba de entender.

Pero así era. Entendía entonces que, si Andrei alguna vez me había querido, fue un amor pasajero que pronto se olvida. Yo no lograba borrarlo de mi mente y mi corazón sólo latía por él: así sería siempre.

Mi vida nunca fue fácil; aún desconocía mis raíces y desconocía el verdadero motivo de todo lo que me estaba sucediendo, acontecimientos que imposibilitaron todo lo bonito que pudo haber entre Andrei y yo.

Él se casaría con Ekaterina Ivanov, tal vez bajo un plan prediseñado ya por esta poderosa familia, o quizás por amor... pero yo le amaría siempre, el resto de mis días... y derramaría lágrimas de sangre por él, y mi corazón seguiría anhelándolo, con su bello rostro en mi pensamiento y sus dulces palabras en mi recuerdo, un recuerdo eterno que no permitiría que jamás se borrara. Sólo amé una vez, sí, así fue, pero de verdad y a ese hombre: Andrei Holzhausen.

Me tumbé en la cama y lloré desconsolada, ante la impotencia de un amor imposible ya. Esos monstruos, llamados Los Ángeles Olvidados acababan poco a poco con mi vida sin necesidad de beber mi sangre. Esos seres despreciables, destructivamente enfermos, habían terminado con lo único bonito que en mi existencia hubo: Andrei y nuestro amor. Todo se desvanecía en mi interior, todo parecía tan oscuro y frío...

Eran las once de la mañana.

—Pero ¿cuántas horas he dormido?! —exclamé incorporándome de golpe y reconociendo la habitación en la que me encontraba.

Todo parecía diferente aquella bella mañana de primeros de marzo. Me sentía descansada y algo más fuerte quizás; tal vez eso me hacía tener pensamientos positivos; no debía rendirme ahora: en la vida hay que luchar por lo que se quiere y si era necesario, esa lucha tendría que ser a vida o muerte.

Recogía todo lo que había dejado sobre la cama y pensaba en lo importante que era descubrir el paradero de Ileana Antonov. Nicolás Müller y su padre Jean eran claves en todo esto. Recordaba que Jean, el abogado de Ileana, la ayudó a escapar de aquella tumba y Nicolás se había hecho pasar por Bret Antonov ¿con qué propósito? Sin duda padre e hijo buscaban los lingotes de oro y por ellos habían sido capaces de cualquier cosa, incluso de matar.

—A Bret Antonov le volaron la cabeza ellos: yo tengo la pistola con la que se cometió el crimen; ¡Oh Dios! todo esto es una locura —trataba de reflexionar.

Recogía todas mis cosas pues regresaba a Bram, una valiente decisión que podría terminar con mi vida de una vez o permitirme vivir en paz para siempre.

Conducía por aquellas carreteras ya conocidas para mí en el cómodo XC90, potente y seguro. La primavera aún tardaría en llegar a Transilvania, aunque las nieves habían remitido ya, divisándose sólo nevadas las cumbres más altas de Los Montes Cárpatos.

—Qué bello lugar —pensé admirando desde la ventanilla del coche un paisaje ensoñador.

Sí, pocos lugares existían en el mundo de naturaleza tan majestuosa como aquel; pero sus lobos, habitantes infernales de la Transilvania más profunda, podrían llegar a apoderarse de ella de la manera más sanguinaria.

Un cartel anunciaba mi proximidad a Sighisoara. Ante él, mi corazón se aceleró y una inconsciente necesidad me hizo tragar saliva. Estaba cerca, muy cerca del solitario pueblo de Bram. Sólo por un motivo ansiaba llegar: Petrica. Dudaba en que hubiera podido sobrevivir a semejante barbarie. Miré por un momento la guantera situada delante del asiento del copiloto; en ella había guardado la pistola, cargada con seis balas; sólo una faltaba y quizás fuera la utilizada para arrebatarse la vida a Bret Antonov.

Inmersa en pensamientos, comencé a divisar la torre de la pequeña iglesia de Bram. Escalofríos recorrieron mi cuerpo de pies a cabeza. Ya no había retroceso, no había marcha atrás; aquellas carreteras atravesaban sus oscuros y peligrosos bosques, desembocando en “la villa de la muerte”. Todos en ella vivían bajo el influjo de un vampírico castillo, donde los rituales sangrientos acontecían noche tras noche sin que nadie hubiera podido pararlos en el tiempo.

Me adentraba en sus callejones, con las manos sudorosas y una intensa sensación de calor en mis mejillas; aquel jersey de lana oprimía mi cuello y tanto nerviosismo comenzaba a asfixiarme. Tenía miedo, mucho miedo, pues quizás todos allí me esperaban para acabar de una vez conmigo.

Al llegar a la puerta de la casa, aparqué el coche y tras unos segundos de reflexión, tomando aire con el propósito de relajarme un poco, abrí la guantera y cogí la pistola, escondiéndola en el bolsillo de mi abrigo; acto seguido descendí, portando mi equipaje y los lingotes ocultos en él. La calle estaba solitaria, como de costumbre. Me acerqué a la puerta e introduje la llave en la cerradura, despacio; entonces esta se abrió y yo entré sin pensarlo demasiado. Recorrí el pasillo, cautelosa en dirección al salón; todo estaba en penumbra y olía a cerrado; habían transcurrido muchos días desde que me fui y al parecer todo permanecía igual. Aquella casa... cómo había sido capaz de volver a ella.

Después de revisarla, salí nuevamente a la calle y anduve por el callejón rumbo a la casa de Petrica. Al llegar llamé; esperé unos segundos y volví a golpear aquella puerta enérgicamente, con mi mano en el interior del bolsillo, acariciando la pistola una y otra vez. Parecía no haber nadie, pero entonces escuché pasos al otro lado.

—¡Sé que están ahí! ¡por favor, abran la puerta! —exclamé, golpeándola nuevamente.

—¡Váyase! —contestó una voz, ronca y susurrante.

—¡Ábrame, por favor! Sólo quiero ver a Petrica; se lo suplico —insistí en un ruego.

Escuché un cerrojazo y en una apertura de una cuarta, una mujer asomaba parte de su rostro. Era su madre, la reconocí y ella me miró de arriba abajo.

—¿Qué quiere? —me preguntó en un tono desagradable, aún sabiendo que el motivo de mi visita era ver a la niña.

—Petrica; la última vez que la vi estaba muy enferma: ¿cómo está ahora? —me preocupé.

—Murió —respondió con absoluta frialdad.

—¿Que murió?! —exclamé confusa— pero... ¿cómo va a morir una niña? —trataba de entender, invadiendo una gran pena mi corazón.

—Oiga, señorita, los niños también mueren ¿o es que en su país no es así? —se burló, seria y despiadada.

La miré ante su respuesta.

—Tengo que cerrar: entra frío —decidió.

—Un momento, por favor: ¿cuándo? ¿cuándo murió y por qué? —traté de averiguar.

—Hace usted demasiadas preguntas —objetó.

Y de un portazo, cerró la puerta, asegurándola con su cerrojo desde el interior.

—¡Abra, por favor! —le pedí elevando el tono de voz.

Pero era inútil: aquella mujer no lo haría. Con paso lento, regresaba a mi casa, abatida y frustrada. Le prometí a Petrica que volvería a por ella y le fallé; ahora estaba muerta y yo ya no podría hacer nada por ella. Mil lágrimas comenzaron a caer de mis ojos y noté cómo todo mi cuerpo se afligía ante esta trágica noticia. ¿Y si la mujer mentía? ¿podría Petrica continuar enferma en el interior de su casa? Arrastrada por la corazonada más absurda, di media vuelta en la misma dirección y al llegar a la puerta, la golpeé con rabia, una vez, y otra, y otra... hasta que se escuchó nuevamente el cerrojo y la cara de aquella mujer asomó de nuevo por la pequeña apertura.

—Tiene que contarme algunas cosas; por favor, necesito saber... — intenté explicar con rapidez.

—¡No hay nada que contar! —decidió tajante la mujer.

—¡Sí lo hay! —afirmé, empujando con fuerza la puerta y abriéndola en su totalidad, dando unos pasos atrás la mujer, sorprendida ante mi reacción.

Sus ojos desvelaban un temor absoluto y los míos una inexplicable rabia capaz de llegar hasta las últimas consecuencias si no me atendían debidamente.

—Usted, señora, me va a explicar qué está sucediendo en Bram, dónde está Petrica y el poder del castillo con respecto al pueblo —le exigí, entrando en la casa y cerrando la puerta.

—¡Márchese de mi casa! —me ordenó con desprecio.

—No me lo ponga más difícil, por favor —le referí, sacando la pistola del bolsillo y apuntándola directamente.

Ella la miró incrédula, pero fue quizás la expresión de mi cara la que garantizaba una seriedad absoluta en todo esto.

—Se lo preguntaré por última vez ¿dónde está Petrica?! —quise saber, aproximando un poco más la pistola a su cuerpo.

—¡Muerta, ya se lo dije! —respondió asustada.

—¡Miente! —grité enfurecida, zarandeándola entonces, intimidándola con el arma.

—No, no miento. Si piensa que Petrica está en esta casa, se equivoca; se convirtió en uno de ellos y eso es peor que morir —me dijo ante mi asombro.

—Petrica estaba enferma. Usted es su madre: debía cuidarla —le hice entender algo más calmada.

—Qué sabrá usted —contestó, caminando despacio hacia una silla y sentándose en ella.

—Mire, en ese castillo hacen cosas monstruosas con la gente y debemos acabar con todo esto o nos costará la vida —le expliqué— Usted puede hacer lo que quiera, pero, por favor, permita que Petrica se salve; no la entregue a ese lugar: sólo es una niña —hablé, bajando el arma y mirándola.

—Ya es tarde; hace mucho tiempo que mi hija desapareció y en un lugar como Bram sólo hay una manera de desaparecer para siempre: convirtiéndose en parte de ese castillo —me contaba.

—No, Petrica me prometió que no volvería al castillo —le dije, recordando aquella promesa, momentos antes de marcharme del pueblo.

—Óigame bien, señorita Alejandra: en este lugar todos estamos condenados a morir pronto. Pero quizás usted tenga una oportunidad —me habló.

—¿Quiénes son? —le pregunté, agachándome junto a ella.

—Monstruos. Cada noche envían al pueblo a sus lobos para capturar víctimas; los llevan al castillo, beben su sangre y el cuerpo lo entregan a los lobos para que lo devoren —narró.

—Pero usted... entregó a su propia madre: yo la vi desde mi ventana —recordé.

Ella bajó la mirada, pensativa y con los ojos bañados en lágrimas.

—Los lobos eligieron mi casa para cazar; se llevarían a cualquiera. Mi madre era la más vieja, ¿qué podíamos hacer? —respondió.

Me sorprendía su relato; ¿cómo los miembros de una familia podían decidir quién moriría esa noche?

—¿Recuerda a Ruslana? Ya sabe, la mujer que vivió en mi casa, junto a su madre y a su hija Yelena.

—Ruslana —la nombró pensativa— pobre mujer; pero la vieja no era su madre, sino su suegra —me desveló.

—¿Su suegra? —repetí confusa.

—Así es: M^a Magdalena se llamaba; creo que aún vive —me informé.

—¡M^a Magdalena! —exclamé sorprendida— No puede ser una casualidad —hablé entonces poniéndome en pie y pensando en que el complicado rompecabezas comenzaba a encajar.

—Vivieron poco tiempo en Bram. Petrica contaba cosas extrañas sobre esa mujer, aunque yo a veces no la creía: ya sabe cómo es la imaginación de los niños —insinuó.

—Pues debió escucharla: Petrica tenía razón en muchas cosas y no solía mentir —le dije.

Y tras aquellas palabras, salí de la casa a paso ligero, escuchando la puerta cerrarse tras de mí.

—Es ella; es M^a Magdalena —pensaba una y otra vez.

Ahora entendía el papel de Leonard en todo esto. La anciana era su abuela y Ruslana su madre, la mujer de Vladimir Holzhausen, el hijo bastardo de Dominic.

—Leonard Stephenson... ahora comprendo por qué las protegías tanto —entendí, entrando en mi casa y cerrando la puerta.

Pronto oscurecería y debía prepararme; estaba dispuesta a recorrer el túnel que conectaba mi casa con el castillo. Si Petrica estaba en él, la encontraría, aunque quizás su pista se perdió muchos días atrás.

Tras comprobar que el acceso al sótano estaba bien precintado, me tumbé un poco en el sofá: debía descansar. Cerré los ojos y cubriendo mi cuerpo con una manta, me quedé dormida.

Escuché golpes en la puerta, insistentes y muy asustada me incorporé, cogiendo la pistola y recorriendo el pasillo rumbo a la salida, tratando de hacer el menor ruido posible con mis pasos. Me coloqué detrás de la puerta, con la pistola en alto, casi sin respirar; aquella persona había dejado de llamar y ahora intentaba echar la puerta abajo. Estaba aterrada y en cuestión de minutos oscurecería totalmente. Quité la llave y corrí a esconderme en la cocina; al comprobar la puerta abierta, el misterioso visitante dejó de golpearla, entrando despacio, muy despacio. Una gran ansiedad se apoderaba de todo mi cuerpo y cuando lo sentí cerca, salí de mi escondite, apuntando sin piedad a su cabeza.

—¡Un paso más y te vuelo el cráneo! —le grité, nerviosa pero decidida.

—Tranquila, tranquila por favor: he venido a ayudarte; ya fue suficiente con el extintor —me decía desde su inmovilidad.

Era Nicolás Müller, el falso Bret Antonov. Dios mío, pero ¿qué hacía ahí?

—Alejandra, tienes que creerme: estoy de tu parte; por favor, aparta el arma de mi cabeza —me pidió, aún con las manos en alto.

—¿Cómo has sabido que estaba aquí? ¡vamos, contesta! ¿y qué hacía el número de Nacho en la agenda de tu móvil?! —le grité.

—Ese tío quiere acabar conmigo; Alejandra, en mi móvil habían colocado un localizador y tú te lo llevaste. Además, sabía que, si permanecías en Rumania, regresarías a Bram —respondió.

—Pues hiciste mal por seguirme: ahora tendré que matarte —lo intimidé.

—No, no lo harás —aseguró.

—¡¿Qué te hace pensar eso?! Todos me habéis fallado: sois unos... ¡enfermos! —exclamé nerviosa, sujetando fuertemente el arma, con cierto temblor en mi mano.

—Tú no eres así —habló, atreviéndose a girar la cabeza para mirarme.

Sus ojos, azules e hipnóticos, parecían sinceros.

—No se te ocurra moverte, Nicolás, por favor —le pedí— Eres un asesino: mataste a un hombre con esta pistola y ahora yo debería hacer lo mismo contigo —le dije.

Entonces, tras un brusco, pero rápido movimiento, se echó sobre mí, arrebatándome el arma e inmovilizándome contra una pared. Traté de luchar, pero sus manos aprisionaban mis muñecas y todo su cuerpo atrapaba el mío. La pistola estaba en sus manos, aunque su única misión era tranquilizarme de una vez.

—¡No me mates, por favor! —le pedí desesperada.

—No voy a matarte, no voy a matarte —repetió, mirándome con fijeza, manteniendo un talante serio en todo momento— Ahora voy a soltarte, pero tienes que prometerme que me escucharás, sin hacer ninguna tontería —propuso.

—Te escucharé, de verdad —le aseguré.

Pero aún seguía atrapada entre la pared y su cuerpo. Su corazón latía veloz, al igual que el mío: ambos estábamos asustados, podía intuirlo.

—Todo esto es muy grave, Alejandra: nos jugamos la vida, créeme —me informé.

Entonces me sentí liberada. Nicolás había dado unos pasos atrás y yo pude bajar mis brazos, acariciando mis muñecas, algo doloridas por la presión de sus manos. El silencio invadió el pasillo en el que todo había sucedido.

—Yo no he matado a nadie, por si te interesa saberlo —me aclaró, volviéndose hacia mí.

—Tú no eres Bret Antonov: el verdadero está muerto, con un tiro en la cabeza y enterrado en los jardines del Palacio de Peles; ¿de qué va todo esto? ¡¿eh?! —exigí saber.

Nicolás se echó el cabello para atrás, despejando aún más su rostro.

—Alejandra, es una historia de locos —opinó.

—Quiero conocerla —decidí.

—Bret Antonov era hijo de Ileana y Dominic. Nació en Berlín y creció con su madre siempre y aunque ella trató de mantenerlo alejado de Bram, él acabó enterándose de quien era su padre y anheló su poder con respecto a Los Ángeles Olvidados. Se puso en contacto con Dominic Holzhausen: quería dirigir a la secta tras su muerte. Los adeptos así lo querían, pero cuando Ileana se enteró, ella misma acabó con él —me contó, dejándome estupefacta.

—Ileana... pero ¡era su madre! ¡estás mintiendo! —exclamé confusa.

—No, Alejandra, no te miento: mi padre me lo contó antes de morir —respondió.

—Yo he leído su diario: Ileana no habla de ningún hijo en él —recordé.

—Bret Antonov existió, te lo aseguro: incluso tú tienes constancia de ello —habló.

Entonces me acerqué más a él, mirándole enfurecida, deseosa de conocer la verdad de todo.

—¿Qué pintas tú en todo esto? —quise saber, golpeando con un manotazo su hombro.

—Mi padre dejó sus memorias escritas antes de morir, y también los tres lingotes de oro. Pero Ileana aún le debía cuatro; el trato fue tres al sacarla de la tumba y el resto después de salir de Transilvania: ella jamás cumplió su promesa. Mi padre fue su abogado y confidente durante muchos años y cuando él murió, encontré entre sus cosas el diario de Ileana Antonov y la pistola, un arma que ella misma le envió por correo con una carta, en donde narraba lo que había hecho con su propio hijo y lo que haría con todo aquel que se acercase al Castillo de Bram —me contaba.

—Pero... no entiendo nada. ¿Dónde está Ileana ahora? —le pregunté.

—No lo sé. Yo nunca había escuchado hablar de esta mujer, hasta que mi padre murió y su abogado me entregó todo lo que él dejó para mí, de esto hace ya siete meses —respondió conciso — Decidí averiguar qué pasaba; mi padre estaba convencido de que los cuatro lingotes de oro que faltaban se escondían en ese castillo y tras investigar un poco comprendí que la única manera de acercarme a ese lugar era haciéndome pasar por Bret Antonov, el hijo de Ileana —me explicaba.

—Estás loco y eres una mala persona: en todo esto sólo te ha movido el oro —opiné.

—No creas; esa mujer engañó a mi padre: yo sólo quiero lo que me pertenece —me dijo.

Parecíamos más calmados. La oscuridad al fin se había apoderado de Bram y los lobos aullaban más rabiosos que nunca. Hicimos café y nos sentamos en el salón, al calor del fuego que acabábamos de encender. Mi casa no era segura, los dos lo sabíamos, pero debíamos permanecer en ella hasta la llegada del alba o en el exterior no viviríamos para contarlo.

—Cuando contacté con la gente de ese castillo, por carta, y les conté que era el hijo de Dominic y de Ileana, recibí una invitación para vivir en el castillo por una temporada; el verdadero Bret ya había llegado a acuerdos con ellos, acuerdos y asuntos que yo desconocía. Sin embargo, mi padre había pasado media vida investigando sobre Los Ángeles Olvidados; yo desconocía todas estas investigaciones: viajé a Transilvania con el único propósito de apoderarme de ese oro. Me llevé todos los documentos de mi padre; desconocía la naturaleza de aquella investigación, centrada en ese castillo, el de Bram. Cuando llegué a él, en lo alto de la montaña, pensé que estaría deshabitado, pero me equivoqué: Vasiliu Dutu me recibió, convencido de que yo era el verdadero Bret Antonov. Me entregó un extraño anillo, con una piedra verde y me dijo que ya sabía lo que había que hacer; esa misma noche descubrí toda la barbarie de aquel lugar y hasta qué punto estaba en peligro. En la seguridad de mi habitación, leía todos los informes de mi padre, toda su investigación, centrada en una poderosa secta que se asentaba en ese castillo. Me había equivocado: cuatro lingotes de oro no valían todo eso. Si hubiera leído antes los escritos de mi padre... —recordó.

—Nada de esto tiene sentido —intervine.

—A los pocos días de mi llegada te conocí, Alejandra. Vasiliu Dutu me informaba de que eras la elegida para ocupar el trono junto a mí; debías entrar en el castillo y quedarte para siempre en él. A mí no me dejarían salir de aquel lugar, pero a ti... tú corrías serio peligro: debía protegerte. Sabía que en el sótano de tu casa entraban lobos; en el castillo, junto a mí estarías más segura. No sé: de esa gente es difícil escapar —opinó.

—Están enfermos —hablé.

—Sí, mi padre lo dice en sus informes: la mayoría de ellos padecen la rabia. Es una enfermedad, en nuestros tiempos, casi extinguida, pero ya ves, ellos se la han ido transmitiendo de

unos a otros, año tras año, a través de mordeduras —me explicaba muy informado.

—La rabia —repetí contrastando su explicación con todo lo que descubrí en la mansión de Nacho, allá, en Burdeos.

—Así es. Como en todas las sectas, lo importante es convencer a los adeptos de su inmortalidad, para así mantenerlos alejados del mundo. Los dirigentes obtienen de esa gente la sumisión incondicional. Es increíble que en pleno siglo XXI haya personas que aún se crean vampiros —opinó.

—Pero es esa enfermedad: también les afecta psicológicamente —hablé.

—Es mucho más que eso: creen necesitar la sangre para vivir, y cada noche mueren personas para que ellos puedan saciar sus instintos animales; son auténticos monstruos y el sótano es el agujero de los horrores: ataúdes y ataúdes se... —trataba de explicarme.

—He estado en ese sótano y lo he visto todo —le desvelé.

Él me miró incrédulo; entonces le conté aquella espeluznante noche en la que él ofreció una fiesta en mi honor y yo descubrí ese macabro lugar: el sótano del Castillo de Bram. Le hablé de Nacho, un misterioso hombre en cuyos planes entraba la idea de asesinar a Bret para ocupar el trono él.

La madrugada transcurría. Parecíamos estar a salvo en la casa y el fuego de la chimenea daba la impresión de no querer consumirse nunca. Me levanté del sillón, colocándome delante de ella: mis manos se habían quedado frías y exponiéndolas más cerca de las llamas podrían adquirir un poco de calor. Nicolás se levantó también; ahora se encontraba a mi lado, aunque de espaldas a la chimenea, mirándome mientras sus manos, en la parte de atrás de su cadera, buscaban el fuego.

—¿En qué piensas? —me preguntó con una dulzura extrema en su voz, permaneciendo en la misma postura.

—En tantas cosas... —respondí inespecífica, mirando las llamas, percibiendo un calor embriagador.

—Alejandra, por favor, marchémonos de aquí; huyamos de esta pesadilla antes de que nos maten —propuso encantadoramente, acercándose un poco más a mí y tomando con delicadeza una de mis manos.

Volví la cara y encontré sus ojos, convencidos de que lejos podríamos ser felices. Sonreí.

—Significas mucho para mí, de lo contrario ahora no estaría aquí —me dijo.

—Las cosas no son tan sencillas: huir no es la solución —opiné.

—En este caso es lo único que podemos hacer; ¡son una secta! ¿no te das cuenta? —se preocupó— Tal vez mi padre nunca lo supo, pero esos lingotes de oro no son lo suficientemente valiosos como para vivir una locura así por ellos. Mi avaricia me condujo hasta aquí; ahora necesito escapar, pero no me iré sin ti —me dijo seguro.

Su mano apretaba con más fuerza la mía y muy pronto sentí una caricia en mi rostro. La calidez de su piel me transportaba y quizás por ello cerré los ojos.

—Dime que vendrás conmigo, por favor. Desde el primer día que te conocí sólo he querido protegerte, sólo he querido tenerte para siempre conmigo; es verdad lo que siento, Alejandra —me reveló, haciéndome abrir los ojos ante sus palabras.

—Aunque yo así lo quisiera, nadie puede tenerme, te lo aseguro. Nicolás, yo...bueno, ya sabes lo que siento por Andrei Holzhausen —traté de explicar.

—Andrei Holzhausen... he escuchado que se casará pronto. Vamos Alejandra, abre los ojos: si ese hombre te quisiera, ahora no estarías sola aquí —me hizo entender.

Solté su mano y bajé la cabeza; quería llorar ante las evidentes palabras de Nicolás. Sentí como se aproximaba a mí y me abrazaba, estrechándome cada vez más fuerte entre sus brazos.

Apoyé mi cabeza en su hombro y unas lágrimas se deslizaron por mis mejillas. Permanecimos así durante varios minutos, hasta que nos separamos, mirándonos de nuevo; las llamas, reflejadas en sus ojos, los hacían brillar aún más.

—Tenemos que dar parte a la policía —opiné.

—No harán nada —aseguró— pero quizás lejos de aquí ... —refirió nuevamente.

—Yo no puedo marcharme ahora; debo encontrar a Petrica, mi pequeña amiga —le dije.

—¿No pensarás entrar al castillo? —preguntó incrédulo.

—Debo hacerlo —respondí.

—Estás loca ¡estás completamente loca! —aseguró.

—Cuando amanezca iré por el túnel del sótano: durante el día todos duermen en el castillo; si Petrica está allí, debo sacarla... —planeé.

Nicolas se aproximó a mí, apoyando sus manos en mis hombros.

—Alejandra, despierta; mi padre hablaba de esos lingotes pertenecientes a ese castillo y que podrían significar algo ¿y sabes lo que yo pienso? que esos lingotes de oro nunca han existido. Ileana lo engañó para salvarse ella de todo esto: sólo fingiendo su propia muerte y convenciendo a todos de ello podría liberarse para siempre —argumentó.

Pero yo sabía que esos lingotes existían, ocultos en mi equipaje ahora.

Había amanecido. Desperté recostada sobre el pecho de Nicolás, acurrucada entre sus brazos. Las llamas de la chimenea ya se habían consumado. Muy despacio traté de incorporarme, pero él se despertó. Sonreía mientras se estiraba.

—Buenos días: ¿te apetece café? —le ofrecí.

—Pues... sí —afirmó levantándose entonces y acercándose a mí, besó una de mis mejillas—
vaya, me duele todo —se quejó.

—Sí, el sofá no es muy cómodo —reconocí.

Desayunamos entonces y después me comunicó que me acompañaría al Castillo de Bram.

—No tienes porqué hacerlo —le dije.

—No voy a dejarte sola, pero después, vendrás conmigo a Berlín —planeó.

—Nicolás, no te prometo nada; si somos sus objetivos, esa gente no parará hasta apresarnos —opiné.

Mientras Nicolás se preparaba, yo decidí dejar mi equipaje en el coche: sin duda esos lingotes estarían más seguros ahí que en la casa. Estábamos listos: ir con Nicolás supondría ventajas para mí, pues él conocía otras entradas al castillo quizás más fáciles de franquear.

Una vez en el aseo, movíamos la bañera con el propósito de desbloquear la secreta entrada al sótano: eran las ocho cuarenta y cinco de la mañana. Íbamos bien abrigados y en nuestras manos portábamos unas linternas, única luz en aquel oscuro túnel el cual debíamos recorrer. Todo estaba listo, pero antes de bajar nos miramos.

—Alejandra ¿estás segura de todo esto? —me preguntó, con la intención de hacerme recapacitar.

—Se lo debo a esa niña: se lo debo —me responsabilicé.

—Expondremos nuestras vidas y todo para nada; Petrica puede que ya esté muerta... —intuyó.

—¡No digas eso! —le pedí.

—Lo siento —se disculpó— No voy a dejarte sola y sólo deseo que todo esto salga bien para que podamos marcharnos lejos para siempre.

Yo cogí su mano y la apreté con fuerza.

—Yo deseo lo mismo, Nicolás —respondí.

—Toma —me dijo, haciéndome entrega de la pistola nuevamente— es posible que tengas que utilizarla —opinó.

—¿Y tú? —me preocupé.

—Sabré arreglármelas —respondió.

Entonces nos abrazamos muy fuerte. Comenzamos el descenso, alumbrando con nuestras linternas. Ambos cargábamos con discretas mochilas: ¿qué portaría Nicolás en la suya? Yo llevaba mi cámara, con una memoria cargada de imágenes que desvelarían al mundo una cruel realidad en los abismos de un castillo olvidado en Transilvania.

Todo estaba oscuro y el frío y la humedad parecieran invadirlo todo. Aquel silencio era aterrador. Caminábamos cautos, alumbrando a un lado y a otro un túnel interminable que no parecía tener fin. Al cabo de un buen rato divisamos una luz: estábamos cerca de la boca del pozo y al llegar hasta ella, ascendimos, accediendo entonces a una zona poco transitada del jardín, muy cerca del castillo.

—Estamos dentro —me dijo Nicolás.

El cielo se mostraba completamente nublado y en cada rincón de aquel bello lugar reinaba un absoluto silencio, quebrantado sólo por el viento de las altas montañas.

—Vamos, conozco una puerta por la que podremos entrar al castillo sin ser vistos por nadie —me informó Nicolás, ayudándome a salir del pozo.

—¿Por nadie? Pero ¿quién puede haber ahora por aquí? —me extrañé.

—Leonard: él cuida de los lobos, dándoles de comer y entrenándolos para la captura —me explicó— Aquel día, en el castillo, cuando viste cómo los lobos devoraban a aquella mujer... no fue una alucinación, sino real; Leonard utiliza a personas de carne y hueso para sus entrenamientos —me contó.

—No es posible. Ese hombre... es un maldito embustero: se hace pasar por un periodista americano —le dije.

—Todo eso lo sé. Alejandra, escúchame muy bien; si sucede algo y yo... bueno, ya sabes, no logro salir de ahí, vuelve a Bucarest, al Secret Bank; en la misma caja blindada donde encontraste la pistola, los lingotes y el diario de Ileana, he dejado las memorias de mi padre; tal vez te sirvan de mucho para entender —me explicó.

—¿Entender qué?! Vamos, Nicolás, no me vengas ahora con esas. Tú has leído esas memorias —le reproché.

—No del todo: no tuve tiempo, pero si logramos salir de aquí, las leeremos juntos —decidió.

No podríamos entretenernos más. Nicolás no dejaba de sorprenderme ¿tan enamorado estaba de mí que era capaz de arriesgar su propia vida?

Caminamos a paso ligero por parte del jardín, cobijados entre los arbustos, pisando aquella tierra humedecida por las nevadas y llegando entonces a la parte trasera del castillo, donde la austeridad en su fachada se imponía; había una puerta, pequeña, de madera, pintada en un color rojizo que destacaba en aquel torreón de piedra. Sólo hizo falta empujarla un poco para abrirla. Nicolás parecía conocer aquella entrada.

—Espera —le pedí antes de rebasarla.

Él se volvió. Su pelo, suelto, era removido por el viento; lo mantenía fuera de su rostro por medio de un pañuelo atado a su frente. Sus ojos se preocupaban ante mi parada y sus labios, gruesos, se mantenían pegados el uno al otro.

—Nicolás ¿por qué haces esto? —quise saber antes de continuar.

Él se colocó justo frente a mí; parecía convencido de la respuesta que segundos después me daría:

—Por ti, Alejandra, sabes que todo esto lo hago por ti. Nadie ama por amar, sino porque de verdad lo siente así; yo quiero mostrarte un mundo más allá de todo esto, donde es posible que tú y yo estemos juntos y necesito demostrarte cuánto me importas, porque sólo las demostraciones abrirán un camino nuevo, porque sólo el que demuestra gana cosas, sólo el que demuestra es complacido en su deseo de amar y yo quiero ganar tu corazón —me dijo, tomándome ahora de la cintura, pegada su frente a la mía.

—Buscaremos a Petrica, sólo eso; después nos marcharemos —decidí, anhelando un final feliz.

Pero él no respondió. Volvió a abrazarme y acto seguido entramos por la puerta, una zona oscura en donde tuvimos que hacer uso de nuestras linternas otra vez. Avanzábamos por el pasillo, amplio, con rústicos suelos en piedra y al fondo, una puerta de hierro se imponía. Nicolás se detuvo y descolgó la mochila de su espalda para abrirla.

—¿Qué haces? —le pregunté, atenta a cada uno de sus movimientos.

—Debemos entrar por esta puerta —respondió, rebuscando en su mochila.

—Pero el candado es enorme y está cerrado —observé.

—Lo abriremos —contestó seguro, mostrándome unas llaves.

—Pero... —me sorprendí.

—Alejandra, para esta secta, en estos momentos, yo soy el futuro líder. Ellos saben que Bret Antonov fue un descendiente directo de Dominic: no quieren a ningún otro como líder, ni siquiera a Nacho por poseer el anillo ¡nunca lo aceptarían! Me quieren a mí —explicó.

Entonces abrió el candado; fue tan fácil...Lo tomé fuerte de su abrigo, aterrada ante la idea que acababa de sobrevenir a mi mente.

—Pero si Bret Antonov está muerto ¿quién sería el siguiente sucesor? —planteé.

Él me miró, tomando mis manos tensas, tratando de relajarlas.

—Los Ángeles Olvidados creen que yo soy Bret Antonov; nadie conocía a ese hombre en persona, ni siquiera Dominic Holzhausen; tan sólo Ileana Antonov y esa mujer es posible que a estas alturas esté muerta —me dijo.

Pero yo conocía la realidad de esa macabra escala de sucesión: Andrei sería el siguiente y en caso de faltar Bret, Los Ángeles Olvidados se apoderarían de Andrei para siempre, arrastrándolo a los abismos del Castillo de Bram.

—Alejandra, por esta puerta se accede a la zona de rituales de la secta: no te despistes; mantén preparada tu pistola y no dudes en utilizarla en caso de amenaza —me previno.

Era consciente del peligro que corriamos y sabía que morir en aquel lugar era una factible posibilidad más.

Entrábamos ya. Tras unos metros de pasillo, unas gruesas cortinas de terciopelo rojo daban acceso a un amplio salón, enmoquetados sus suelos y parte de sus paredes con un amplio diván en mitad de la estancia; también, copas de plata sobre una mesa de madera, junto a la chimenea apagada. Pero nadie había allí.

—Todos duermen —me dijo Nicolás.

—Petrica debe estar en el sótano —sugerí.

—Todos están en el sótano. Ese lugar es muy peligroso: hay que tener mucho cuidado —habló.

Al fondo del salón había una puerta de madera maciza; toda su seguridad se basaba en un pestillo; tratando de hacer el menor ruido, logramos abrirlo. Atrás quedaron los candelabros cargados de velas que habían imperado en el salón de rituales; ahora nos enfrentábamos a la penumbra más absoluta, por donde, posiblemente accederíamos al sótano.

Nicolás alumbraba con su linterna, caminando muy despacio. Yo lo hacía tras él, con la pistola en la mano, con el corazón acelerado y mi cámara de fotos colgada al cuello; sería mi prueba, aquella que confirmaría que yo estuve ahí, lo más cerca del infierno que un ser humano podría estar. Después bajamos unas escaleras que me parecieron eternas y al fin estábamos allí, entre ataúdes, todos ellos cerrados. Era una visión imponente, capaz de desbordar psicológicamente a cualquiera. Debía buscar a Petrica: lo demás no importaba. Abrimos varios ataúdes; era costoso: pesaban demasiado; mujeres, hombres, algunos niños... todos mostraban el mismo aspecto: dormían casi al borde del coma, envueltos en una palidez extrema, con unas pronunciadas ojeras ennegrecidas, los pómulos hundidos y la mandíbula prominente, mostrando algunos de ellos monstruosos colmillos impregnados de sangre. Nicolás insistía una y otra vez en que no debíamos hacer ningún ruido: si despertaran... sería nuestro fin. Pero ni rastro de Petrica. Volví a ver a Yelena, mucho más demacrada, delgada, casi al borde de la anorexia, acostada en su pequeño ataúd, con el pelo enmarañado y sus manos entrelazadas sobre su pecho. Era escalofriante; ¿cómo se podía volver la vista a algo así? Pero ¿qué estaban haciendo con toda esa gente? Sentí ganas de

llorar; Petrica, mi pequeña Petrica: si la hubiera llevado conmigo desde el primer momento...

—Vamos, Alejandra; esa niña aquí no está —me susurró Nicolás, a mi lado en todo momento.

—Pero, entonces ¿qué han hecho con ella? —quise saber con gran impotencia.

—Es difícil saberlo, pero aquí no podemos permanecer ni un minuto más. Ven, te llevaré a otro sitio y si no está allí, se acabó: nos marcharemos —decidió.

Entonces atravesamos el gran sótano y bajando unas escaleras, accedimos a un lugar más profundo y frío si cabe; pude reconocerlo rápidamente. Nicolás tiraba de mí, tomándome de la mano, pero yo intentaba parar: ahí mismo se encontraba el ataúd de Dominic Holzhausen, el líder.

—Vamos, no te pares, no te pares Alejandra: ese ahora no importa —me dijo, intuyendo lo que trataba de mostrarle.

—Entonces ¿a dónde vamos? —le pregunté desorientada.

—¿Ves aquella puerta? Tras ella mantienen a sus víctimas, ya sabes, su alimento hasta que las dejan sin sangre en el cuerpo —me dijo.

Y tras atravesar la amplia habitación, llegamos hasta la puerta, abriéndola muy despacio y una vez dentro, cerrándola de nuevo. Era un pasillo corto y oscuro; nuestros zapatos retumbaban en él. Era claustrofóbico, pero de la mano de Nicolás me sentía en cierto modo segura. Abrió otra puerta y llegamos entonces; quizás Petrica estuviera aún ahí, con vida... aunque no fue así. Nicolás alumbró con su linterna; en aquella pequeña parte del sótano no parecía haber nadie... ¿o tal vez sí? Alguien emitía unos sonidos roncós. Ambos permanecimos inmóviles mientras Nicolás alumbraba cada parte de aquel rincón; y allí estaba el ataúd, sólo uno, con alguien dentro, sin duda. Miré a Nicolás: él también parecía alarmado.

—Puede ser Petrica —le dije esperanzada.

—Nos acercaremos con cuidado; quien quiera que sea, está despierto y eso agrava las cosas —me explicó.

Efectivamente una de las características de esa enfermedad, la rabia, era la gran agitación y agresividad por parte de quien la padecía; debíamos ser sagaces. Caminamos despacio hacia el sarcófago, escuchando la respiración entrecortada de quién se hallaba encerrado en él. Nicolás se disponía a abrir el ataúd y entonces yo preparé mi arma, asustada, convencida de que no dudaría en utilizarla si la situación lo exigiese. Nicolás, con gran rapidez, desplazó la tapa hacia un lado, sacando una pistola de detrás de sus pantalones, apuntando sin piedad al interior de la caja, dejando al descubierto al siniestro personaje que ocupaba aquel lugar.

—¡Oh, no, no! —exclamé desconcertada.

Pero Nicolás continuaba con su brazo firme, apuntando a aquel individuo que no era otro que Nacho.

—¿Qué pasa?! Alejandra ¿quién es? —exigió saber Nicolás.

—Dios mío, es Nacho —respondí.

—¿Nacho? ¿tu amigo? —se sorprendió.

—Así es —afirmé.

Mostraba el aspecto de todos ellos: palidez, ojeras, delgadez extrema... pero estaba consciente en aquellos momentos, aunque muy nervioso y agitado. Tenía las manos atadas a la altura de su pelvis y se removía con gran exaltación cuando Nicolás le alumbró con la linterna.

—No soportan la luz —habló el muchacho.

—¡Basta, Nicolás! —exclamé, apartando hacia otro lado la luz de aquella linterna.

Los ojos de Nacho nos miraban desorbitados. Entonces me habló:

—Alex, has tardado mucho en venir: demasiado tarde —me dijo.

—¿Quéeee?! —objeté confusa, con lágrimas en los ojos e inmensos deseos de comprender

algo de toda aquella historia.

—Alejandra, no le escuches —intervino Nicolás— Este tío te traicionó y ahora sirve de alimento a todos ellos; debemos marcharnos —sugirió entonces.

—¡No! Jamás podría traicionarte, Alex: eres mi amiga y sabes cuánto te quiero —me dijo con gran esfuerzo.

—Pero ¡me drogaste y te llevaste el anillo! ¡casi me matas con esa droga! —le reproché, acercándome un poco más al ataúd, deteniéndome entonces Nicolás, consciente de que me exponía.

—Sólo quería protegerte, sólo eso. Con ese anillo acabaría para siempre con el líder, con Dominic Holzhausen; ya todo acabó, porque lo conseguí y ahora debéis marcharos —nos explicó.

Nicolás y yo nos miramos; nada parecía tener sentido.

—Hay que sacarle de aquí —decidí.

—Estás loca; ese hombre está enfermo y si nos muerde, podríamos contraer también la enfermedad —me previno Nicolás, negándose a ello.

—Pero... ¡yo fui mordida las noches que dormí aquí! Tal vez esté incubando la rabia —le revelé algo alterada.

—Tranquila —habló— nadie te mordió; fui yo, Alejandra; cuando te drogué y te quedaste dormida, te provoqué esas cicatrices sangrantes en el cuello; no podía levantar sospechas: ambos nos jugábamos la vida —me explicó ante mi asombro.

—No lo puedo creer —objeté.

Nacho se removía ansioso en el interior de aquel ataúd. Nos ordenaba una y otra vez que nos marcháramos y aunque Nicolás así lo hubiera querido, no podíamos dejarle allí; aún estaba vivo: no podíamos mirar para atrás como si nada importase.

—Pronto vendrán; potencian sus rituales con víctimas a las que chupan la sangre delante de todos los adeptos. Día tras día es lo que hacen conmigo. No son muchos, pero suficientes para mantener viva esta pesadilla, aunque esta secta ya no existe como tal —trataba de explicarnos Nacho, con voz ronca y entrecortada.

—¿Qué quieres decir? —le pregunté.

—Alex, nada es lo que parece, créeme —aseguró, intrigándonos aún más.

—Siendo aún un niño, estuve en este castillo, con Dominic Holzhausen, formándote para ser el futuro líder; lo sé todo: encontré vuestras cartas en la mansión de Burdeos y también a Melissa —le revelé.

—Melisa murió devorada por unos lobos: nosotros mismos lo vimos y yo jamás había estado en este castillo. Ahora iros de una vez, por favor —nos pidió.

—¿Por qué sigues mintiendo? Así no podré ayudarte —le dije llorando.

—Venga, hay que largarse —recordó Nicolás, incorporando bruscamente a Nacho.

—Pero ¿qué haces? —le pregunté sorprendida.

—Nos lo llevamos; tal vez nos sirva de algo para sensibilizar un poco a la policía —decidió el apuesto rubio.

Y lo cargó sobre sus hombros como si de un saco se tratase. Nacho se quejaba: estaba enfermo y la postura no era precisamente la más cómoda. Sin embargo, al atravesar el sótano, había que guardar el máximo silencio o podríamos ser descubiertos. Los ataúdes continuaban cerrados y tras subir unas escaleras con pocos peldaños, accedimos nuevamente al salón de rituales. Minutos después salíamos al exterior y después de asegurarnos de que todo estaba despejado, anduvimos a través de los matorrales de vuelta al pozo. Bajamos a través de él y una vez en el túnel, aceleramos mucho más la marcha, temerosos de poder toparnos con los lobos de Leonard.

Estábamos cerca del final y entonces fue cuando recordé que en esos momentos pasaba próxima a un lugar especial.

—¡Espera! —exclamé.

Nicolás se volvió, aun portando a Nacho sobre sus hombros.

—¿Ves este agujero en la pared? —le indiqué— al otro lado se encuentra el escondite secreto de Yelena y Petrica. Desde él las niñas podían ver la entrada de los lobos en el sótano. Ojalá algún día todo esto termine para ellas —deseé.

—Tenemos que llegar a la casa: Nacho parece estar mareado —observó Nicolás.

—Sí, es verdad —reconocí— por cierto, la rejilla de la alcantarilla está quitada: qué raro —me extrañé.

Entonces fue cuando decidí deslizarme por ella: mi destino sería el escondite secreto, metros más allá. Escuchaba la voz de Nicolás reprochándome aquella pérdida de tiempo, pero cuando llegué al lugar, encontré algo espeluznante: el cuerpo de la pequeña Petrica yacía en el frío suelo.

—¡Oh, no! —grité desconcertada, arrodillándome junto a ella y tratando de levantarla.

Pero estaba rígida y fría, más que un témpano de hielo. Sus ojos se habían quedado entre abiertos, al igual que su boca; parecía desfigurada, consumida por aquella enfermedad que finalmente la había matado. A través de sus venas dejó de correr la sangre necesaria para poder vivir; su corazón se debilitó y cada uno de sus órganos decidió descansar de una vez. Pese a la escalofriante situación, la abracé contra mi pecho, y lloré con rabia, con coraje pues no había llegado a tiempo para salvar su vida. Ella me rogó una y otra vez que la llevara conmigo, que la sacara de su horrenda realidad, que le diera una oportunidad para seguir viviendo... Nicolás aparecía en el escondite secreto y al ver la escena, se acercó y apoyó sus manos en mis hombros.

—Es Petrica —le dije entre lágrimas, volviéndome hacia él, aún con la niña entre mis brazos.

—Lo sé —respondió, agachándose junto a mí y observándola un poco más de cerca.

—¡Le fallé, Nicolás, como he fallado a tanta gente! —me lamenté en un mar de lágrimas.

—No, nada de eso —trataba de consolarme, secando mis lágrimas— Petrica estaba enferma —me recordaba.

—Le prometí que, si no volvía al castillo, regresaría a por ella; Petrica cumplió su promesa: no fue más a ese lugar; se refugió aquí, en su escondite secreto, el único lugar en el mundo en el que se sentía segura, en el que nunca sería descubierta porque pocos conocíamos este sitio... y aquí murió, sola, esperando mi regreso, esperando el cumplimiento de una promesa que le hice antes de partir —narré, con los ojos enrojecidos.

Nicolás se hacía cargo del cuerpo, separándola de mis brazos y depositándola nuevamente en el suelo; entonces me ayudó a incorporarme y me abrazó muy fuerte, conocedor de mi agonía, una angustia poderosa capaz de partirme en mil pedazos por dentro.

—Cumpliste tu promesa, Alejandra —le escuché decir, mientras mi cabeza descansaba en uno de sus hombros— volviste a por ella y tuviste el valor de entrar en ese castillo con el único propósito de salvarla, aun exponiendo tu propia vida —explicaba.

—Pero... —traté de hablar, inmersa en una profunda pena.

—Petrica lo sabía: se estaba muriendo y cuando alguien está en ese estado, sabe su destino. Se quedó en este lugar, quizás porque sabía que tú aquí la encontrarías, tú y nadie más; ella te esperaba y tú cumpliste tu promesa —argumentó con suma sensibilidad Nicolás— Ahora tenemos que llegar a la casa: Nacho está inconsciente; su estado es muy delicado y es probable que su destino sea el mismo que el de Petrica —intuyó.

Y separándonos un poco, caminamos hacia la salida. Volví la cabeza para contemplarla una vez más: su deterioro físico estremecía. Aquella preciosa niña de cabellos rubios ahora

descansaba en paz.

Habían pasado días, varios días. Me había instalado con Nicolás en un hotel de Bucarest, la capital de Rumania, alejada de Bram, alejada de todo. Nacho permanecía ingresado en uno de los hospitales de la ciudad, en coma: su estado era muy delicado. Nicolás me había entregado las memorias de Jean Müller, su padre y durante todos estos días en Bucarest, no había hecho otra cosa que leer.

Jean Müller fue un abogado de prestigio en toda Alemania. Cuando Ileana Antonov heredó el Castillo de Bram, buscó el mejor de los letrados, esa persona capaz de manejar bien sus intereses económicos; y entonces apareció Müller. Este hombre se convirtió en mucho más que su abogado: era su confidente. El gran interés que ese castillo, en lo alto de una montaña, había despertado en determinadas personas y la obsesión por protegerlo que Ileana mostraba, llevaron a Müller a investigar sobre él. En el pasado, una de las más poderosas sectas existentes en el mundo se asentó en él; se hacían llamar Los Ángeles Olvidados, adeptos enriquecidos que depositaron todas sus pertenencias en este lugar. Pocos conocían los tesoros ocultos del Castillo de Bram y entre sus muchas posesiones destacaban sobre todo siete lingotes de oro y la pequeña escultura del busto de una princesa rumana de incalculable valor. La tradición hablaba de la inmortalidad de esta princesa y efectivamente en seis generaciones diferentes aparecieron mujeres con rostros semejantes al de la escultura. La secta se mantenía viva gracias a esta creencia: la princesa volvería otra vez a Bram. Sus rituales eran sangrientos, pues la sangre era la vida, pero años después, estas personas obsesionadas por la sangre se convirtieron en enfermos, encerrados en el sótano del castillo, agonizando y esperando la muerte, aunque ni ellos mismos lo supieran.

—Te he subido algo para picar —dijo Nicolás, entrando por la puerta de la habitación y portando una bandeja de pasteles.

—Estupendo, porque estoy hambrienta —reconocí.

Entonces se aproximó a mí y me besó en la frente. Nicolás se había convertido en mi gran aliado, en mi amigo, en mi protector. Ese hombre era capaz de dar la vida por mí y mi corazón cada día apartaba un poco más a Andrei para dejar sitio a Nicolás.

—¿Habías leído todo esto? —le pregunté, señalando las memorias de su padre.

—Ya te dije que no, pero, déjame ver... mi padre hablaba mucho de esa princesa esculpida en oro: Catalina se llamaba —recordó, leyendo por encima la página por la que me hallaba— Catalina de Transilvania —completó.

—En esa mujer está la clave de todo esto —sospeché.

—Mi padre investigó mucho sobre ese castillo; sus memorias son muy extensas y tal vez tantos datos lleven a algún sitio —opinó.

—Sí; por otro lado, está Nacho. Si logra salir de ese coma, quizás nos desvele muchas cosas —hablé.

Pero lo cierto era que los días iban pasando y Nacho continuaba inmerso en la profundidad de su sueño.

Nicolás y yo habíamos convertido aquella habitación de hotel en un auténtico buffet de detectives; las memorias de su padre se esparcían por mesas, sillas y cama del cuarto. Y los resultados eran sorprendentes: lo que en la antigüedad había sido una secta sangrienta ahora era un grupo de oportunistas, tratando de encontrar un tesoro y manipulando a un grupo de enfermos de

rabia, con el único propósito de mantener aislado ese lugar que aún se cobraba vidas humanas para causar más realismo y temor entre los habitantes del pueblo.

Ambos nos mirábamos estupefactos.

—¡Tesoros, Nicolás! ¡¿cómo puede la gente estar buscando tesoros entre vampiros?! —planteé alarmada.

—Alejandra, mi padre decidió trabajar como abogado de Ileana Antonov con el único propósito de desempeñar su trabajo; él había llevado siempre asuntos de herencias, bienes, economía... ella era una cliente más. Pero cuando comenzaron los problemas con Dominic, sus infidelidades y la confirmación de que estaba embarazada, fue cuando tramó su plan y ofreció a mi padre los siete lingotes de oro si la ayudaba en todo, ya sabes, certificando su muerte y sacándola de la tumba. Sin embargo, esa mujer no cumplió del todo el trato: sólo entregó a mi padre tres de los siete lingotes; ¿dónde estaba el resto? Eso le llevó a investigar: ¿existirían realmente esos cuatro lingotes de oro? y ¿por qué ese desmesurado interés por el Castillo? Mi padre supo que Dominic Holzhausen habitaba ese lugar; él y su amante, M^a Magdalena, sabían que siglos atrás una secta se asentó ahí mismo, enriqueciendo el castillo, enriqueciéndose ellos mismos. Aquella secta del pasado utilizaba a los lobos para capturar a las víctimas que sacrificarían y ellos, cegados por esta macabra ilusión, quisieron construir de nuevo el imperio de la sangre. Propagaron su filosofía y los adeptos fueron llegando en busca de la inmortalidad que la princesa Catalina consiguió una vez —me contaba Nicolás.

Aquellos documentos del señor Müller notificaban todo esto y más. Efectivamente, algunos siglos atrás, una princesa habitó el Castillo de Bram; se trataba de Catalina de Transilvania. Fue mordida por un lobo mientras paseaba por el jardín y debido a esto, instintos animales afloraron en ella. Llegó a devorar a uno de los sirvientes del castillo y fue entonces cuando toda su familia huyó de allí, abandonándola en ese inhóspito lugar a su suerte.

Sus averiguaciones le habían llevado a saber cómo Catalina de Transilvania bajaba cada noche al pueblo para saciar su sed de sangre, entregando los cuerpos secos a los lobos que habitaban los bosques cercanos al castillo.

—*“Una bella mujer, cuyo rostro fue esculpido un día en oro macizo, envidia de todas las Casas Reales de Europa, y que ahora vagaba en las penumbrosas tinieblas, con ojos exaltados y pronunciados colmillos, buscando sangre fresca para poder vivir”* —leía en una de las páginas.

—El rostro de esa princesa es el tesoro más preciado del Castillo y quizás de toda Rumania —intervino Nicolás.

—Catalina infectó a todos cuantos mordía; ese lobo le transmitió la rabia, pero en aquellos tiempos era una enfermedad desconocida —expliqué, entendiendo cosas.

Jean Müller contaba en sus escritos como las víctimas de Catalina, esas que no llegaban a morir, iban al Castillo, escondiéndose en el sótano, un lugar oscuro donde podrían estar seguros durante el día, hasta la llegada de la noche.

Pero lo que comenzó siendo un trágico accidente, el ataque de un lobo a una muchacha, se convirtió durante siglos en toda una leyenda entre las gentes de Bram. Todos estaban convencidos de la inmortalidad de Catalina: estaban seguros de haberla visto siglos después. Se alimentaba con sangre y eso la hacía eterna.

—*“Catalina fue vista por última vez en el Castillo de Bram en la primavera de 1983”* —afirmaba Müller— *o al menos una mujer semejante a ella. Tres detectives viajaron desde Berlín a Bram. Cuando regresaron, este fue el rostro de la mujer que los habitantes del pueblo describían como Catalina de Transilvania”*.

Entonces pasamos la página y en el siguiente folio encontramos un dibujo hecho a carboncillo. Por un momento creí que me desvanecería y la misma mirada agónica pude intuir en los ojos de Nicolás ante el dibujo.

—Pero... sí soy yo —reconocí en voz muy baja, casi sin fuerzas para comprender más.

Nicolás tomó el dibujo en sus manos: deseaba contemplarlo con atención.

—Alejandra, tranquilicémonos: es un dibujo en blanco y negro, antiguo y hecho en base a descripciones: podría ser cualquiera —habló.

—¡Vamos Nicolás, por Dios! ¿es que estás ciego?! Es igual que yo: el pelo, los ojos, la boca... para tratarse de aproximaciones está muy logrado —opiné desconcertada.

—Todo esto es una locura —reconoció Nicolás— yo sólo quería recuperar lo que le debían a mi padre, pero veo que él llegó mucho más lejos en sus descubrimientos —me dijo.

—Existió una mujer semejante a mí y habitó el Castillo de Bram en la primavera de 1983; ¿sabías que, casualmente, yo nací en mayo de ese mismo año? —le revelé, dejándole atónito.

—En el mundo hay mucha gente parecida y nada tienen que ver —opinó, tratando de dar calma a la situación.

—Sí, pero ¿tan parecida? —planteé.

Sin embargo, era necesario seguir leyendo; aún quedaban algunas páginas por desvelar.

—*“Catalina de Transilvania habitó el Castillo en el año 1713. Tuvo una corta vida y murió de manera cruel y agónica: consumida por la enfermedad de la rabia. Nunca se descartó que tuviera descendencia: podría haber sido una hija, inexplicablemente sana. Así fue como, en los años ochenta, un grupo de oportunistas españoles, conocedores de esta historia transilvana sobre Catalina y sobre Los Ángeles Olvidados, pues así llamaron a todos aquellos que vivieron con la princesa en el sótano del castillo, encontraron a una mujer cuyo rostro era ese mismo, cuya hermosura, un gran escultor labró en oro macizo. Siguiendo pistas, dieron con ella, semejante a Catalina. Se llamaba Amalia Vivas y vivió en España hasta ser encontrada por estas personas. La Secta de Dominic Holzhausen se desmoronaba y quizás el hallazgo de esta mujer pondría en auge otra vez a Los Ángeles Olvidados. Este grupo de españoles negociaron con Dominic la participación en la Secta; los adeptos volverían a creer en la inmortalidad de Catalina de Transilvania cuando vieran a Amalia Vivas: ambas eran idénticas. Tras dar a luz, Amalia fue raptada y enviada al Castillo de Bram, con un trágico desenlace: los lobos hambrientos de aquellas montañas atacaron un día la fortaleza, devorando sin piedad a muchos de los adeptos y contagiando la rabia a aquellos que hirieron. Sólo una persona escapó al feroz ataque: M^a Magdalena, la amante de Dominic Holzhausen. Amalia Vivas murió y es posible que sus restos descansen en el cementerio del castillo”* —indicaban aquellas letras.

—Tu padre sabía demasiadas cosas —le dije a Nicolás.

Pero él solo asintió con la cabeza, accediendo a una página más para leerla.

—*“Muchos adeptos sobrevivieron a aquella matanza de los lobos, aunque enfermos. Sin embargo, habían creído toda aquella mentira sobre Catalina y su inmortalidad y ahora deseaban vivir como ella, bebiendo sangre de otras personas con la convicción de que vivirían para siempre. Holzhausen continuaba siendo el líder, el Rey de Los Ángeles Olvidados. Descansaba en su ataúd y jamás se levantaba. Todos le adoraban y sabían que antes o después llegaría el sucesor, mucho más fuerte y de su misma sangre, o al menos eso proclamaban esos oportunistas españoles. Lo que no sabían los adeptos es que Dominic murió en ese ataque de los lobos, siendo embalsamado después”* —leyó Nicolás.

Era un relato asombroso.

—No puedo creer que esos españoles se tomaran la molestia de embalsamarle —intervine.

—Fueron muy listos —opinó Nicolás.

—Pero ¿por qué? —quise saber.

—Muy sencillo, Alejandra: habían descubierto que en ese castillo se ocultaban grandes riquezas; pero toda una secta lo habitaba. Deshacerse de todos ellos era demasiado complicado; mejor engañarles mientras ellos trataban de hacerse con el poder y rebuscaban el oro —argumentó Nicolás.

—¡Mira lo que dice aquí! —señalé— Antón Cruz y Sonia González regentaban un orfanato mucho antes de contactar con Los Ángeles Olvidados... pero ¡qué es esto! ese hombre me sacó del orfanato y Sonia González... ¡Dios mío, no entiendo nada! —me desesperé.

—¿De qué orfanato estás hablando? —se sorprendió él.

—De ese mismo que refiere tu padre. Nicolás, yo soy huérfana. Me crié en un orfanato del norte de España en el que se cometían atrocidades con los niños casi todas las noches. Antón Cruz me sacó de allí cuando cumplí los quince años, instalándonos entonces en Granada, donde estudié y viví hasta que decidí viajar a Rumania. No sé porqué lo hizo; permitió la matanza de muchos niños; sin embargo, a mí me salvó y nunca he sabido porqué —le conté.

—Me sorprendes: no sabía nada de esto. Alejandra, esa gente vió una mina de oro en Bram y se deshizo entonces del orfanato, acabando con todos esos niños que no fueron adoptados. Leí algunas de estas páginas que mi padre escribió y sé que Antón Cruz y Sonia González eran pareja, de hecho, tienen dos hijas en común. Observa, aquí lo dice *“una de las hijas enfermó gravemente: quizás muriera pues no descubrí nada más de ella. La otra vive, ideando el plan más macabro para apoderarse del Castillo de Bram”* —leyó.

—¿Quién querría apoderarse de ese castillo? ¿cómo? Pertenece a Ileana Antonov y ella dejó claras especificaciones en su testamento. Nicolás, todo esto es muy extraño; yo conocí a Sonia. Vive en un pequeño pueblo de España y está muy enferma: una extraña anemia está acabando con ella. Si todo lo que cuenta tu padre es cierto, esa mujer me mintió —le conté.

—Es lo más probable; seguramente ella también contrajo la rabia —opinó Nicolás, permaneciendo serio y pensativo.

—¿Qué pasa? estás muy callado —observé, acariciando levemente su mano sobre la mesa.

—No, no es nada —negó.

—Sí, algo pasa por tu cabeza —traté de descubrir.

—Me preocupa saber que has estado en ese orfanato. De alguna manera estás relacionada con esa gente; Alejandra, dime una cosa ¿a qué viniste a Transilvania? —quiso averiguar, con una profunda mirada.

Entonces le conté todo, como inesperadamente había heredado una casa en Bram y una modesta cantidad de dinero. Nicoleta Ivanov se proclamaba mi difunta abuela y Vasilii Dutu se encargó de gestionarlo todo, haciéndose pasar por su abogado.

—Vaya, vaya; Nicoleta Ivanov ¿sabes que esa mujer no existe? —me informé.

—¿Cómo lo sabes? —lo interrogué.

—Recuerda que he vivido en ese castillo una temporada, haciéndome pasar por Bret Antonov, el hijo de Dominic e Ileana; Nicoleta Ivanov es el nombre que Sonia González utilizaba en Rumania —desveló.

—¿Insinúas que son la misma persona? —me sorprendí.

—Tú lo has dicho —reconoció.

Me levanté de aquella silla muy nerviosa, con mis manos a la altura de los labios y andando de un lado para otro sin poder parar.

—Pero ¿qué quieren de mí? —pregunté con absoluta impotencia.

Nicolás se levantó también, dirigiéndose hacia donde yo estaba y al llegar a mi lado me abrazó muy fuerte.

—Tranquilízate; poco a poco todo se irá descubriendo —me dijo.

—¿Te das cuenta de que no sé ni quién soy? —me lamenté.

Él entonces tomó mi rostro entre sus manos y sonrió con dulzura:

—Yo sí sé quién eres: Alejandra, la reina de mi corazón —aseguró.

Y aproximándose un poco más, rozó mis labios con los suyos. Sus dedos, suaves, acariciaban parte de mi rostro y mi cuello mientras él me besaba apasionadamente. Segundos después volvimos a mirarnos y tras una sonrisa de complicidad, nos abrazamos.

—Dime que todo esto terminará pronto, por favor, Nicolás —le pedí.

—Nada te va a suceder, Alejandra, porque yo voy a estar contigo; y cuando todo esto termine, te llevaré muy lejos de aquí; nadie nos encontrará jamás, te lo prometo —me dijo con embriagador romanticismo.

Pero había algo que yo no le había contado aún: en mi poder estaban los cuatro lingotes de oro que Ileana prometió a su padre y nunca se los entregó.

A la mañana siguiente, antes de que amaneciera, me levanté. Nicolás dormía profundamente en la cama supletoria de la habitación, bocabajo, desarropado, con aquellos boxes grises y una camiseta de manga corta azul marino. El perfil de su rostro mostraba serenidad y sosiego en su sueño y en ese momento deseé que todo saliera bien para muy pronto poderme marchar con él.

Intentando no hacer ruido alguno, salí de la habitación, vestida con unos pantalones vaqueros muy ajustados, unas altas botas negras y un grueso jersey de lana blanco y turquesa. Portaba el pluma rojo en mi brazo izquierdo, llevando un bolso de tela con los lingotes en la mano derecha y la mochila con toda la documentación colgada a la espalda.

En el parking del hotel se hallaba aparcado el Volvo y tras montar en él, me preparé para viajar; mi destino era Brasov: Ruslana recibiría mi inesperada visita.

Durante el viaje, podría pensar en muchas cosas. Una abismal pesadilla envolvía toda mi vida y si no ponía fin a ella, acabaría destrozándome. De pronto mi teléfono móvil sonó; mientras conducía, traté de alcanzarlo y cuando lo tuve, comprobé que quien me llamaba era Andrei.

—¡Hola! —saludé al descolgar, pero circulaba entre montañas y la cobertura se había ido.

Andrei Holzhausen... no, en todo este tiempo no me había olvidado de él, aunque antes o después tendría que hacerlo. Ese hombre había sido como un bonito sueño en mi vida que pronto se esfumó; sí, porque él se fue, aunque su recuerdo perduraría para siempre en mí. Noté un cosquilleo extraño en el estómago al pensar en él: ¿por qué tenía que casarse con otra? Pero de pronto, los remordimientos me invadieron.

—No, es Nicolás quien está a mi lado, quien me demuestra cuanto le importo y quien estaría dispuesto a cualquier cosa por mí. Andrei está muy lejos de ser todo eso —trataba de convencerme a mí misma.

Pero el sentimiento más puro y sincero de mi corazón era que amaba a ese hombre por encima de todo.

—Brasov, cinco kilómetros —leí.

Estaba cerca, muy cerca. Miré entonces mi mochila: en ella guardaba la pistola, cargada con todas las balas, menos una: esa que Ileana utilizó para matar a su propio hijo.

—Ileana ¿cómo pudo hacer algo así? —me pregunté ante su atroz acción.

Callejeaba por la ciudad cuando el móvil volvió a sonar. Ilusionada corrí a cogerlo, pues pensé que se trataría de Andrei; sin embargo, la pantalla mostraba el nombre de Nicolás. No quería cogerlo, pero si no lo hacía, él se preocuparía.

—¿Sí? —respondí.

—Alejandra ¿se puede saber dónde estás? —exigió saber con cierta inquietud.

—No te lo puedo decir —contesté.

—¿Cómo que no me lo puedes decir? —me reprochó.

—Nicolás, debo saber algunas cosas y no quiero embrollarte más a ti —le dije.

—Vas a cometer una locura, lo sé —aseguró alarmado.

—No, te equivocas; esta misma noche estaré de regreso, junto a ti —hablé entregada.

Escuché un suspiro al otro lado del auricular y entonces su voz me habló de nuevo.

—¿Por qué has tenido que irte sola? En fin, te estaré esperando. Por favor, ten cuidado Alejandra —me previno, conformándose ante mi decisión.

—Lo haré: chao —me despedí.

Para entonces ya había llegado a mi destino. Estacionaba el coche frente a la casa de Ruslana y tras ponerme el pluma, oculté la pistola en la cinturilla del pantalón: tomé mi mochila y bajé del coche. Andaba a paso ligero, con mi larga melena suelta, agitándose en mi caminar. Llegué y golpeé la puerta dos veces; una voz anunciaba que estaban a punto de abrir. Acto seguido lo hicieron: era Ruslana, cuya cara de sorpresa era difícil de disimular.

—Tú otra vez —confirmó en un bajo tono de voz— ¿qué quieres ahora? —se atrevió a preguntar.

—Respuestas, Ruslana y no me iré sin ellas —le aseguré— ¿me dejas pasar, por favor? —le pedí amablemente, aunque en mi tono podía denotarse una exigencia más que cualquier otra cosa.

Ella me miró, quizás deliberando en su decisión; finalmente se apartó y yo entré. Esperé en aquel pequeño hall a que Ruslana cerrara la puerta. Cuando lo hubo hecho, se situó frente a mí, molesta y asustada.

—¿A qué has venido? —exigió saber.

—Si conoces tan bien todo lo que sucede en el Castillo de Bram, debes saber entonces que esa anciana a la que cuidas forma parte de ello —le revelé.

—Mira, Alejandra, sólo queremos vivir en paz. Mi madre es muy mayor y está enferma... —trataba de repetir.

—¡Deja de mentir! Sé muy bien que esa vieja no es tu madre, sino tu suegra ¿o me equivoco? —le hice saber ante su estupor.

Parecía muy sorprendida, tanto que no hubo palabras por su parte.

—Se llama M^a Magdalena y fue amante de Dominic Holzhausen, el líder de la Secta que habita en ese castillo desde hace muchos años —la informé.

—Pero ¿cómo has sabido eso? —se sorprendió.

—Sé eso y mucho más. Esa anciana y Dominic, basados en una antigua tragedia del S.XVIII, decidieron manipular a los habitantes de Bram con el único propósito de apoderarse del castillo y de todas sus riquezas. Pero algo salió mal y en un ataque de los lobos, casi todos los que en el castillo se encontraban se infectaron de rabia; otros murieron devorados por esos animales y sólo una persona logró escapar con vida —le conté.

—¿Por qué me cuentas todo eso? —me preguntó.

Yo sonreí con cierta ironía.

—Ruslana, ese único superviviente fue M^a Magdalena —le revelé.

Ella parecía confusa. Se mostraba nerviosa, inquieta; pasaba una y otra vez la mano por sus labios.

—¿Dónde está tu marido Vladimir? —le pregunté atrevida.

—No lo sé —respondió mucho más sumisa, con lágrimas en los ojos.

—Yelena está en el Castillo de Bram; la última vez que la vi parecía estar en coma, al borde de la muerte, metida en un ataúd, en un estado lamentable —le describí.

—¿Por qué? ¿eh? ¿por qué tratas de herirme aún más? —se lamentó rompiendo a llorar.

—Yo también estoy sufriendo y sin comprender aún muy bien el porqué, mi vida está en peligro constante —respondí sin piedad— ¿dónde está M^a Magdalena? —quise saber.

—Acostada: está muy enferma —contestó.

—Esa mujer entregó a tu hija a los lobos ¿cómo puedes volver la cabeza ante un hecho tan grave? Se trataba de tu propia hija y sólo era una niña —le recordé.

—Por favor, no sigas. Mi vida siempre fue un infierno debido a ella. Siempre anheló los tesoros de ese castillo y se preocupó en inculcarle todo eso a Vladimir, mi marido. *“Tú eres hijo*

de Dominic: ese castillo te pertenece” le decía una y otra vez. Finalmente consiguió que Vladimir se marchase a ese siniestro lugar, llevándose a Leonard, nuestro hijo —me contaba entre sollozos— Me quedé sola, sufriendo día tras día por las personas que más quería. Desde entonces, el rastro de mi marido se perdió y después de algunos años Leonard apareció —narraba.

Escuchamos como alguien introducía una llave en la puerta de la calle y segundos después entraba Leonard, distraído, sin percatarse de mi presencia. Pero no tardó en hacerlo.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó con malos modales— y tú ¿por qué lloras? —quiso saber refiriéndose a Ruslana.

—Leonard, cariño, esta muchacha lo sabe todo —relató entre lágrimas.

Él me miró desconcertado.

—¿Qué es lo que sabes?! —exigió saber, tomando mi rostro entre una de sus manos y apretándolo con todas sus fuerzas.

—Suéltame, por favor —le pedí, pues me hacía daño.

Pero estaba muy alterado y consiguió empotrarme contra la pared, cogiéndome ahora del cuello.

—Te dije que nos dejaras en paz, que no metieras las narices en donde no te llaman, pero no me hiciste caso, ¡maldita estúpida! —me insultó, al tiempo en que Ruslana le pedía que me soltara.

Casi no podía respirar y comenzaba a asfixiarme. Leonard había perdido el control, no dejándome opción a explicar nada. Con un movimiento desesperado, logré alcanzar la pistola, apuntando directamente a su estómago, único lugar al que tenía acceso. Al sentir el arma, noté cómo sus manos dejaban de aprisionar mi garganta, separándose un poco más. Me miraba consciente de que, ante cualquier movimiento podría suceder lo peor. Yo no podía parar de toser mientras con ambas manos sustentaba la pistola, estirando los brazos y apuntando directamente a su cabeza, ahora que la distancia entre nosotros era sensiblemente más amplia.

—Te lo juro, Leonard: si vuelves a acercarte a mí, te mato sin vacilaciones —aseguré.

Él me miraba y miraba el arma con cierto temor.

—Vete de nuestra casa: bastantes problemas tenemos ya —me hizo saber.

—¿Qué pretendes con esos lobos? —le pregunté.

La inesperada pregunta le sorprendió. Miró a Ruslana, su madre y ella con un gesto le confirmó que yo conocía cada detalle.

—¿De verdad Vladimir buscaba ser el líder de una secta de enfermos? No, por supuesto que no; él buscaba lo que todos: siete lingotes de oro y la valiosa escultura de Catalina de Transilvania ¿o me equivoco? —descubrí.

Pero ellos callaban.

—Aunque M^a Magdalena así lo creyese, Vladimir nunca podría heredar ese castillo, puesto que no era de su padre. Os equivocasteis todos, acercándoos a un lugar donde la muerte es segura —les explicaba, captando la atención de ambos— En Bram no hay nada, tan solo un grupo de enfermos de rabia a punto de morir, como Yelena. Se alimentan de sangre rindiendo culto a la princesa Catalina, pero de nada les valdrá pues a todos les espera un mismo fin: la agónica muerte —les hice saber.

—He cuidado de esa anciana con el único propósito de encontrar a mi marido y a mi hija: ¡tú me convenciste para ello! —le reprochó Ruslana a Leonard.

Pero él continuaba callado y atento a la pistola. Había adelgazado mucho y su aspecto no era demasiado bueno.

—Bájala, por favor —me pidió, refiriéndose a la pistola— Cuando, siendo aún un niño mi

padre me llevó al castillo, me convertí en el cuidador de los lobos; era el único que podía acercarse a ellos; para mí se convirtió en un juego, pero para ellos era mucho más; logramos que esas fieras cazaran sin devorar a sus víctimas. Mi padre me protegía, hasta que él se convirtió en un ser extraño y yo entonces hui. Viví en EEUU hasta que decidí regresar, pues Yelena había desaparecido. Logré hacerme con una manada de lobos y fue así como volví al castillo; esos eran los que solían invadir el sótano de tu casa, sin más propósito que ese. Yo sólo quería recuperar a mi hermana y la única vez que intenté entrar al castillo, fui mordido —nos reveló.

—¿Que fuiste mordido?! —se preocupó Ruslana, acercándose a Leonard y revisando su cuello.

Y ahí estaban las cicatrices, secas ya, aunque el virus de la rabia podría estar incubado irremediablemente.

—¿Qué podemos hacer? —se precipitó Ruslana.

—Nada mamá. Todos aquellos que anhelaron ese castillo, enfermaron y murieron. La abuela y Dominic Holzhausen crearon esta pesadilla, arrastrando con ella a mucha gente, víctimas inocentes que al final perecieron. Papá murió buscando un tesoro inexistente y Yelena... —trataba de desvelar.

—Tu abuela... ¡maldita vieja de los demonios! —gritó Ruslana fuera de sí— Mi hija desapareció estando con ella —recordó.

—Petrica vio como la entrega a los lobos que entraban en el sótano de tu casa —le contó.

—Nunca supe que en mi casa hubiera sótano; pero ¿qué hacían esas niñas ahí abajo? —planteó confusa.

—Jugaban en el escondite secreto. M^a Magdalena alimentaba a los lobos ¿por qué razón lo haría? —me pregunté.

—Cuando regresé de EEUU, ella me mostró ese lugar, un largo túnel que conectaba directamente con el Castillo de Bram. Yo era el hijo varón de Vladimir y nieto de Dominic Holzhausen: aún podríamos ser los dueños de la fortaleza, estaba obsesionada —me contaba Leonard en un arrebato de sinceridad.

—Es una locura; el castillo pertenece a Ileana Antonov y ella desheredó a su marido, o al menos así consta en su testamento —les informé.

De pronto, un ruido se escuchó al otro lado de la puerta; algo se acercaba rodando; todos callamos.

—¿Hay alguien en la casa? —pregunté asustada.

—Sólo la vieja —respondió Ruslana, aproximándose a la puerta y girando el pomo muy despacio.

Y al abrirla, ahí estaba ella, M^a Magdalena, sobre su silla de ruedas. Me sobresaltó su mirada, fija, imperturbable, con su pelo cano recogido en una larga trenza, nariz aguileña y unos labios hundidos, destacando en su rostro una barbilla prominente.

—¡Dios Santo! —escuché susurrar a Ruslana, retrocediendo sobre sus pasos.

Pero esa anciana sonreía endiabladamente, haciéndonos temblar a todos. ¿Cómo era posible que hubiera llevado su silla hasta el hall? Según Ruslana, llevaba muchos días sin moverse.

—Abuela, debe volver a la cama —decidió Leonard, acercándose un poco.

—¡Es ella! ¡es ella! —exclamaba una y otra vez, señalándome con su dedo índice— ¡Es Catalina de Transilvania! Volviste a por tu oro ¡maldita! —me reprochó ante mi asombro.

—No, no es ella: te equivocas, abuela. Catalina existió hace siglos —le explicaba Leonard junto a su silla.

Sin embargo, ella parecía ajena a las palabras del muchacho y clavando sus ojos en mí,

continuaba su avalancha de amenazas.

—Pero no te apoderarás del castillo; ¡ella está viva y te matará! —exclamaba poderosa.

—¡Basta! ¡cállate ya, vieja loca, o te callo yo para siempre! —la amenacé, apuntando nuevamente con mi arma.

Mi móvil comenzó a sonar y asustada, rebusqué en mi mochila, sin perder a ninguno de vista. Era Nicolás de nuevo. Debía estar preocupado, pero no podía hablar con él en esos momentos y entonces desconecté el móvil. Ruslana había vuelto a cerrar la puerta del hall, dejando a la anciana fuera de él.

Les dirigí la última de mis miradas y mis últimas palabras, pues me marchaba:

—Leonard, estás enfermo y seguramente morirás, como todos los que contrajeron la rabia; de todas formas, deberías acudir a un médico y también a la policía, a contar todo lo que en ese lugar ocurre: todas las noches mueren personas ¿crees que es justo? —traté de hacerle comprender.

Pero él no respondió.

—Adiós a los dos —me despedí.

—¡Espera! —me pidió Ruslana— ¿cómo voy a recuperar a mi hija? —planteó impotente.

—Yelena murió desde el mismo momento en que se la llevaron los lobos; pero no se fue sola: allá donde haya ido, su amiga Petrica está con ella. Ambos fuisteis cómplices de una ideología macabra y pagasteis un alto precio por ello. M^a Magdalena os utilizó. Ahora lo habéis perdido todo, pero si aún os queda un poco de dignidad, deberíais poner esto en conocimiento de la policía —opiné mirando a ambos.

Ruslana no paraba de llorar; tantos años viviendo esa pesadilla...

Abrí la puerta y sin volver la vista atrás, salí de la casa, cerrando después. Llegaba al coche y subía a él: todo el cuerpo me temblaba y entendí que aquellas personas se habían convertido en desgraciadas marionetas de M^a Magdalena. Arranqué y acelerando profundamente, salí del aparcamiento, alejándome de la casa y tratando de tranquilizarme después de tanto sobresalto. Recordé que mi móvil continuaba apagado; Nicolás debía estar desesperado sin saber nada de mí. Introduje la clave y a los pocos segundos conseguí activarlo. Dos mensajes llegaron a mi móvil: eran las llamadas perdidas de Nicolás, por lo que decidí ponerme en contacto con él.

—Hola, soy yo —le hice saber.

—Alejandra ¿qué pasa con tu móvil? te he llamado un centenar de veces —me reprochó.

—Lo siento —me disculpé.

—Escúchame: han llamado del hospital y es posible que a Nacho le queden horas de vida —me informó.

—Pero... no puede ser —respondí.

—Tal vez quieras verlo antes de que esto suceda —sugirió.

—Por supuesto. Ahora salgo de Brasov, pero en menos de dos horas estaré en el hospital —calculé.

—¿En Brasov?! ¿y puedo saber a qué has ido ahí? —trató de averiguar.

—Luego te cuento; nos vemos en el hospital. Adiós —me despedí.

En plena carretera, pisaba a fondo el acelerador; debía llegar a tiempo para ver a Nacho. Deseaba escuchar sus últimas palabras para encontrar una explicación lógica a todo lo que vivimos durante nuestra infancia y ahora, como adultos.

Había llegado al hospital y antes de bajarme del coche, comprobé que la bolsa con los lingotes continuaba bajo mi asiento. También dejé junto a ellos la pistola y entonces descendí.

Después de caminar por el parking, entraba en el hospital y subía a uno de los ascensores: Nacho estaba en una zona de aislamiento y deseaba con todas mis ganas haber llegado a tiempo para hablar con él por última vez.

Justo antes de llegar a la puerta, un médico me detuvo.

—Señorita, ¿a dónde va? —me preguntó.

—Venía a ver a Ignacio —respondí.

—Debo hablar con usted. Acompañeme, si es tan amable —me pidió.

Y tras andar hasta el final del pasillo, entramos en un despacho.

—Siéntese, por favor —me indicó.

—Gracias.

Comenzaba a temerme lo peor. Aquel hombre alto, de unos cincuenta años, me miraba con sus enormes y saltones ojos azules. Tenía papeles sobre la mesa que no dejaba de remover; tal vez referentes a Nacho.

—¿Sabía que su amigo padece de Rabia? —me hizo saber.

—Pues... sí, algo imaginaba —afirmé.

—¿Cómo que algo imaginaba? ¿dónde lo encontró en ese estado? —trató de averiguar, introduciendo una de las patillas de las gafas en su boca, esperando una respuesta.

Su aspecto era desaliñado: barba de varios días, bata algo arrugada... su interrogatorio me ponía nerviosa.

—Lo encontré cerca de Bram —respondí.

—¿Bram? Eso es un pueblo ¿no? —dudó.

—Sí —afirmé— oiga, nos han llamado del hospital diciéndonos que a Nacho le quedan pocas horas de vida; sólo quiero verle, por favor —le pedí.

Él me miró serio e intimidante.

—¿Sabía que esa enfermedad está prácticamente extinguida en nuestros días? —me dijo— su amigo la tiene y está a punto de morir por ello. Tiene mordeduras en el cuello... cualquiera diría que le atacaron vampiros —habló.

Yo bajé la cabeza.

—Mire, donde encontró a su amigo podría haber más gente infectada: habrá que dar parte a la policía antes de que cunda el pánico. Estamos hablando de una enfermedad casi erradicada en animales, ¿cómo es posible que un humano la padezca? —se sorprendió.

—Oiga, no lo sé: yo no sé nada —le dije.

—Está bien, dejaré que lo vea: tal vez no resista a esta noche. Después deberá esperar a la policía: les hemos avisado —me informó.

—De acuerdo —contesté preocupada.

Y acto seguido, él mismo me acompañó hasta la habitación en la que se encontraba Nacho. Sabía que no podría estar demasiado tiempo. Y cuando entré, ahí estaba él, profundamente demacrado y débil, aunque consciente.

—Alex, ven, acércate —me pidió, sonriendo al verme.

Tímidamente me encaminé hacia él. Estiraba uno de sus brazos con el propósito de que le diera la mano, y así lo hice: estaba frío, pero mi calor le reconfortó.

—Escúchame —me pedía con grandes esfuerzos— esos monstruos me han infectado de rabia y muy pronto moriré —reconoció, sabiendo que la muerte le rondaba.

—No, tal vez haya una cura —le dije, no asumiendo la realidad.

—Nada de curas: se acabó para mí, pero también para ellos si tú me escuchas bien y confías en mí. Esos enfermos que habitan en el sótano del castillo son el menor de los peligros. Tres personas mueven los hilos de todo en ese lugar: Antón Cruz, y Vasilii Dutu —me informó.

—Dijiste tres personas: ¿quién es la tercera? —trate de averiguar

—No lo sé, Alex, pero hay alguien más con ellos, y es quien manda. Buscan siete lingotes de oro y una escultura valiosísima. Están seguros de que todo eso está en el castillo y no pararán hasta que lo encuentren. No debes fiarte de nadie, ¿me oyes? absolutamente de nadie —me explicaba.

—Pero... —traté de decir.

—Escúchame. Antón y Nicoleta compraron aquel caserón y crearon el orfanato. Alguien los visitó un día; era un rumano, Vasilii Dutu quien, siguiendo una serie de pistas sobre Catalina de Transilvania y su tesoro, había terminado en España —continuaba su relato.

—Lo sé Nacho; habían encontrado a una mujer semejante a Catalina: Amalia Vivas —le dije.

—Ese rumano era Vasilii Dutu, enviado de Dominic. Hicieron tratos con Antón y Nicoleta para que se quedaran con la niña de Amalia porque a ella se la llevarían al castillo: debían convencer al pueblo de Bram de la inmortalidad de Catalina, pues era la única forma de mantenerlos alejados del tesoro —me contaba.

—Te entiendo Nacho, te entiendo —le decía.

—Antón y Nicoleta adiestraron a los lobos en España para después llevarlos a Rumania: ¡esos lobos acabaron con todos y cada uno de los niños del orfanato! —exclamó, tratando de incorporar la cabeza.

—No, no debes moverte —le recordé.

Él suspiró cansado.

—Nicoleta Ivanov es en verdad Sonia González. Está enferma de Porfiria —me dijo.

—¿Porfiria?! —repetí, recordando que aquella era la misma enfermedad que padecía Melissa cuando la encontré en la mansión de Burdeos.

—Antón y Sonia tuvieron dos hijas. El trato con Dominic era que la mayor de las hijas liderara la secta junto a un hijo de aquel: Bret Antonov —me explicaba— pero la muchacha enfermó gravemente y creo que murió —me hizo saber.

—¿De porfiria? —quise saber.

—Sí, creo que sí; Sonia González padece la misma enfermedad que padeció su hija —respondió.

Un sudor frío recorrió mi cuerpo.

—Nacho, escúchame, por favor: estuve en tu mansión de Burdeos y encontré a Antón Cruz y a Melissa. Esta última padecía esta enfermedad, estoy segura —le conté.

—Alex, te equivocas: no sé de qué mansión me hablas; yo nunca he vivido en una mansión y sabes que Melissa murió delante de nuestras narices, ¿por qué te empeñas en lo contrario? —me debatió.

—¿Porque la vi, maldita sea! —me exalté, soltando bruscamente su mano y levantándome de la silla.

—No era ella. Alex; es imposible: Melissa no existe —me hizo comprender.

—Entonces ¿quién era? —quise saber confusa.

Él apoyó sus manos en la cama y con gran esfuerzo se sentó en ella; me miraba temeroso, pero la verdad estaba ante nuestros ojos:

—Posiblemente la hija mayor de Antón y Sonia —respondió, dejándome atónita.

—Pero... Dios mío —traté de hablar— Nacho, tienes que saber algo; debes conocer tu propia verdad antes de que todo termine —me precipité viendo que el tiempo se nos acababa— Sonia González era tu madre; tú no lo sabías, pero ella trató de protegerte siempre. Por eso me envió a Burdeos, a esa misma dirección que tú tenías impresa en una tarjeta, en el interior del maletín; pretendía que yo te detuviera; deseaba que salvara a Melissa de su cautiverio —le expliqué, observando su gesto de incredulidad y sorpresa.

—Pero ¡¿qué disparate estás diciendo, Alex?! —objetó confuso.

—Tú y Melissa sois hermanos. No era ella la que vimos morir aquella noche en el orfanato: quizás otra niña; ella también está enferma, de Porfiria y es posible que muera pronto —relaté.

Observé su rostro: se había entristecido por momentos. En un momento de su vida y casi sin saber, conoció a su madre: Sonia González. Fue una mala mujer, pero quiso morir en paz con todos, dejando las cosas bien hechas.

—Vamos Nacho, ámate. Hemos llegado muy lejos en esta locura —opiné, aproximándome a él y acariciando una de sus manos.

—Una locura que está a punto de terminar, pero sólo depende de ti —me dijo, tendiéndome nuevamente su mano y mirándome con dulce gesto.

—Nacho... —lo nombré.

—Pero debes saber que tu gran problema es la segunda de sus hijas: Ekaterina, y alguien más —me desveló.

—¿¿Cómo?! ¿Ekaterina Ivanov? —me sorprendí.

—Sí. Siempre intentaron casarla con Andrei Holzhausen, tu verdadero amor ¿no es cierto? —descubrió.

Pero el brillo de mis ojos indicaba que no se había equivocado.

—Aunque no lo sepa, él podría ser el heredero de ese castillo, y si ella se convirtiera en su esposa, el tesoro ansiado durante décadas estaría ganado ¿lo entiendes? Pero hay más gente detrás de ese tesoro y si no eres precavida, quien menos te esperas, podría traicionarte, conduciéndote a la muerte —me explicó.

—No, no entiendo nada —contesté malhumorada— Nacho ¿qué hiciste con el anillo? —quise saber ahora.

—Uno de esos monstruos me lo arrebató. Alex, sé que Andrei está en Londres y ella también. Por Rumania se ha propagado la noticia de que se casarán muy pronto: no dejes escapar lo que es tuyo, lo que por derecho te pertenece y olvídate de todos los demás; en este lugar, no existen los amigos, y menos para ti —me aconsejó.

—¿Qué quieres decir? —traté de averiguar.

—Ya sabes muchas cosas y cuando acabes con ellos descubrirás muchas más que te sorprenderán. Yo ya no cuento con más tiempo para desvelártelas, pero confío en ti —me dijo, recostándose nuevamente sobre su almohada.

Parecía tan cansado. Sus ojos seguían mirándome, con un brillo extraordinario. Sus labios, de bella forma, dibujaban una leve sonrisa. Me sorprendía su quietud; de pronto se hallaba inmerso en un sosiego difícil de describir.

—Me voy a dormir pronto y seguramente ya no despertaré —me habló con voz dificultosa.

Me arrodillé junto a su cama, aún con su mano entre la mía y la besé.

—Salva a Andrei, Alex, y sálvate tú —dijo— sigue las pistas y descubrirás los secretos de un lugar que, aunque no lo creas, podría darte la felicidad —aseguró ahora.

—Espera Nacho, no puedes dejarme ahora —le pedí con lágrimas en los ojos.

—Me quedaría para siempre, si pudiera, aunque no podría tenerte nunca; pero te prometo que allá donde esté, cuidaré de ti, mi amiga... mi Alex —me nombraba, ya casi en un hilo de voz.

Entonces volvió la cabeza y mirando al techo, dejó de respirar. Unos monitores, con sus pitidos anunciaban la inminente muerte de Nacho y sobrecogida, me puse en pie, soltando su mano, la cual cayó al vacío, resbalando unas lágrimas incesantes por mis mejillas. Rápidamente entraron unas enfermeras: intentarían reanimarle, aunque todo sería en vano.

—Tiene que marcharse —me sugirió una de ellas.

Y lo miré por última vez; sus ojos quedaron abiertos de par en par, quizás libres ahora de toda la pesadilla que vieron en aquel sótano. La barbarie se cebó con él y yo no pude ayudarlo. La sonrisa también perduraba, dulce y sensual como era él... sabía que recordaría para siempre ese rostro.

Salí de la habitación y choqué con el médico que minutos antes me había atendido en su despacho; entraba precipitadamente pero aun así me recordó que la policía estaba entrando en el hospital para interrogarme.

Nicolás estaba fuera, en el pasillo.

—¿Qué ha pasado? —se preocupó.

—Vamos, no hay tiempo que perder —le dije, tomándolo del brazo e indicándole que debíamos marcharnos lo antes posible del hospital.

—Pero ... —objetaba.

—Luego te cuento; tenemos que salir de aquí ahora mismo —decidí, mientras ambos bajábamos por las escaleras con gran aceleración.

Llegamos al parking y montamos en el Volvo. Debíamos regresar pronto al hotel.

—Nacho ha muerto —le anuncié.

Él se quedó pensativo, mientras se abrochaba el cinturón de seguridad.

—Lo siento, Alejandra —respondió.

Y mirando con gran fijeza la calzada, mis ojos comenzaron a inundarse de lágrimas otra vez. Trataba de recordar cosas, esa infancia vivenciada junto a él, pero en mi mente sólo prevalecía una imagen: ese rostro justo en el momento de morir.

—La policía estaba en el hospital: querían hablar conmigo —le conté a Nicolás.

—¿Hablar de qué? —quiso saber.

—Nacho murió de rabia; querrán saber dónde fue encontrado y si existen más casos como el suyo —le expliqué.

—¡Dios! —objetó.

—Nicolás, todo puede estar llegando a su fin —opiné.

—Deberías haber hablado con ellos: es hora de acabar con esta pesadilla —sugirió.

—Aún no; Petrica murió, Nacho también: aún quedan cosas por hacer y las memorias de tu padre serán importantes para un remate final —decidí.

Ya era de noche cuando llegamos a nuestra habitación de hotel. Continuaba portando los lingotes en aquel bolso de tela, y aunque Nicolás sabía que yo tenía los tres que se guardaban en el banco de Bucarest, jamás me preguntó por ellos.

Habíamos cenado unos bocadillos y después Nicolás se metió en la cama: parecía cansado. Yo me senté frente al escritorio: esa misma noche terminaría de leer las memorias de Jean Müller. Algo cambiaba con respecto a las anteriores páginas: la letra. Traté de compararlas y sí, diferían

ligeramente, aunque a lo largo del tiempo, las personas cambiamos la letra y es posible que esto le sucediera al Señor Müller. No obstante, retomé mi lectura:

“Desde algún país lejano, recibí un día una carta de Ileana Antonov: perdí su pista pocos meses después de sacarla de Transilvania y llevarla a Berlín. Me contaba que tenía un hijo legítimo, un Holzhausen, aunque siempre se apellidaría Antonov, Bret Antonov. Había logrado contactar con su padre, Dominic y estaba dispuesto a formar parte de Los Ángeles Olvidados; pero ella lo detuvo de la peor manera: matándolo. Lo había hecho con una pistola y ahora la enviaba como prueba de su atrocidad. Aseguraba que nada volvería a ser ya igual, pero que, si había sido capaz de matar a su propio hijo para evitar su acercamiento a Bram, haría lo mismo con cualquiera”.

Las memorias de Jean Müller desvelaban datos interesantes y pensé esto cuando aún me faltaban dos folios por leer, dos folios exentos de particularidades para mí, salvo el último párrafo, donde Müller dejaba una puerta abierta a la investigación postrera:

“...sabía que Ileana vivía y que se escondía en cualquier lugar del mundo; quizás permaneció en Alemania, o tal vez regresó a Austria, su país natal... pensé así durante años, hasta hoy. No tengo pruebas, jamás la vi... aunque sé que regresó a cuidar de lo suyo, a ese maldito lugar que la llevó a deshacerse hasta de su propio hijo: Ileana Antonov habita el Castillo de Bram”.

Mi asombro ante esta afirmación no tenía límites. Pensativa y preocupada solté el folio sobre el escritorio: el manuscrito del Señor Müller había llegado a su fin. No, Ileana no podía estar en ese castillo: la habrían matado; pero ¿por qué entonces Müller aseguraba algo así? ¿Y dónde quedaba Andrei en todo esto? Su abuela había sido la dueña de Bram...

—Claro —me dije reflexionando— la primera vez que nos vimos fue en el camino que conduce al castillo: ¡Andrei iba al castillo! —exclamé, levantándome de la silla.

Quizás Andrei Holzhausen sabía más cosas de las que yo imaginaba y ese día se dirigía al castillo para negociar la herencia.

—¡Maldito! —exclamé.

Aunque de nada de esto tenía pruebas.

De pronto volví a pensar en Petrica: esa niña se consumiría bajo aquel sótano, sin que nadie le diera sepultura como es debido. La avaricia de Antón Cruz y Sonia González habían destruido la vida de un pueblo entero, creando una pesadilla cuyas secuelas perdurarían en el tiempo. Sólo yo conocía la verdad de todo, pero ¿cómo podría hacer algo?

También pensé en Leonard: había sido mordido por esos monstruos y ahora le tocaría morir irremediamente, como todos los que corrieron su suerte.

—¡M^a Magdalena! —pensé— esa vieja gritaba que “ella estaba viva”; ¡claro! Ahora lo entiendo. Dios mío, se refería a Ileana Antonov. Sí, eso es; Jean Müller estaba seguro y ella lo confirmó: Ileana Antonov vive y se encuentra en el Castillo de Bram, en su casa, junto a sus riquezas.

Todos estos pensamientos me invadían al tiempo en el que volvía a tomar asiento frente al escritorio. Estaba nerviosa y por momentos comenzaba a vislumbrar la luz en mitad del camino.

—Son las dos de la madrugada —dijo una voz, enlazando sus brazos delicadamente alrededor de mi cuello y apoyando su rostro en mi hombro.

—Nicolás... ¿te he despertado? —me preocupé.

—No —negó— pero debes descansar —opinó a continuación.

—Tu padre descubrió muchas cosas; es formidable —me alegré, tomando sus manos aún junto a mi cuello.

—Deberíamos hablar con la policía: esto es trabajo de ellos —sugirió.

—Años de matanzas y ¿crees que ahora harán algo? Bram casi no aparece en los mapas: es un lugar olvidado en el tiempo —relaté.

—Ahora lo considerarán —aseguró, haciéndome levantar de la silla y colocándome frente a él, tomándome de la cintura, fuerte— Y nosotros deberíamos viajar a Alemania: te encantaría vivir allí, de verdad —me dijo, cuando ambos nos encontrábamos muy cerca el uno del otro.

Me miraba con sus ojos, siempre seductores y su sonrisa, perpetua, podría hacerme cambiar de idea mil veces.

—Has sido tan bueno conmigo... —hablé.

—¿Sólo eso? —se burló.

—No: eso y mucho más. Nicolás, me gustaste desde el primer día, ¿lo recuerdas? Negociábamos mi cuadro —le dije.

—Ya lo creo; cuando te vi entrar pensé: intentaré no llegar a un acuerdo hoy para que vuelva mañana —bromeó— y volviste —recordó.

—Sí, volví —afirmé.

Otra vez me miraba con gran intensidad, buscando respuestas o una decisión por mi parte. La habitación estaba casi en penumbra; sólo una pequeña lamparita de noche permitía vislumbrar nuestros rostros.

—Podríamos tomar un vuelo mañana mismo y tratar de olvidar —proponía con absoluta franqueza.

Pero mis respuestas seguían brillando por su ausencia.

—Vamos Alejandra ¿qué pasa? —trató de averiguar— la policía entrará en el castillo y detendrá a los culpables. Sacarán de allí a todos los enfermos: algunos tal vez sobrevivan y puedan contar la barbarie que aconteció en ese lugar. Tú ya no puedes hacer más —trataba de convencerme.

—Sí, tienes razón —reconocí.

—Vámonos juntos, por favor; nuestra vida será maravillosa en Berlín y te juro que jamás volverás a estar sola —prometió enérgicamente.

Yo sonreí ante aquello y muy pronto unas lágrimas emergieron de mis ojos. Él también sonrió, limpiando con sus dedos aquellas lágrimas que comenzaban a resbalar y abrazándome entonces, permitiéndome descansar con mi cabeza en su ancho pecho.

—Yo voy a cuidar de ti siempre, mi vida. En ese maldito castillo no hay riquezas suficientes para pagar todo lo que estamos viviendo; se acabó —determinó.

Dejamos de abrazarnos y entonces repitió lo mismo, con mucha más rotundidad.

—Esto se acabó —me susurró, acariciando con una de sus manos mi rostro y besándome en los labios después.

Era cálido, muy cálido ese beso y debido a ello, deseé que no terminara. Tras él volvimos a abrazarnos, y entonces decidimos echarnos a dormir: ya era muy tarde y si al día siguiente queríamos mover los decisivos hilos en todo esto, debíamos estar descansados.

Después de horas dando vueltas en la cama, decidí levantarme, encerrándome en el baño e incomprensiblemente rompiendo a llorar.

—Pero ¡qué me pasa! —traté de averiguar, viendo mi rostro reflejado en el espejo.

Tenía los ojos rojos, humedecidos por acción de las lágrimas y unas leves ojeras que endurecían mis facciones. Quizás todo podría terminar de una vez si hablábamos con la policía, pero había tantas incógnitas aún por resolver... ¿con qué propósito me hicieron viajar hasta Transilvania? Mi única relación con Antón Cruz y Sonia González fue el hecho de haber vivido en el orfanato español.

—No, algo no cuadra —me dije.

Refresqué mi cara con un poco de agua: estaba muy fría, pero me ayudó a calmarme. Después me senté sobre la tapa del W.C. Debía pensar sobre muchas cosas: era necesario reflexionar sobre mis sentimientos con respecto a Nicolás; no podía cometer fallos ahora, no con él que tanto me había demostrado.

Salí del servicio y anduve despacio, casi de puntillas, aproximándome poco a poco a su cama donde él dormía; parecía descansar en la más absoluta serenidad, quizás convencido de que al día siguiente nos iríamos a Berlín, pero no era tan sencillo para mí; la sombra de Andrei Holzhausen revoloteaba en mi cabeza una y otra vez.

Me senté sobre la cama y ensimismada lo contemplé, analizando cada una de sus facciones, tan perfectas... podía distinguirlas pues la luz del amanecer comenzaba a entrar por la ventana. Nicolás respiraba profundo, inmerso en un sueño aletargado, tranquilo ante la convicción de que nos marcharíamos juntos. No me cansaba de mirarlo: todo en él me gustaba, pero no era suficiente o al menos en lo más profundo de mi corazón sentía que no debía tomar esa decisión: acabaría haciéndole daño y eso jamás podría perdonármelo.

Al cabo de un buen rato él abrió los ojos. Me miró desorientado: no esperaba encontrarme tan cerca, pero aun así, sonrió maravillosamente.

—Creí que eras un sueño, pero no, eres real —confirmó, incorporándose despacio sobre la cama y tras tomar una de mis manos, tiró ligeramente y me aproximó más a él, besándome entonces.

—Buenos días —lo saludé al final de nuestro dulce beso, cuando aún nuestros labios casi se rozaban.

—Hola —respondió complacido, sin dejar de acariciar un mechón de mi largo cabello oscuro.

—Dormías tan tranquilo que... —traté de hablar, separándome un poco de él.

—Soñaba contigo —me hizo saber.

—Pues... espero no haberte decepcionado como protagonista de tu sueño —bromeé.

—En absoluto —respondió, dirigiéndome una peligrosa sonrisa.

—Yo he dormido fatal —le hice saber, levantándome entonces de su cama y caminando nerviosa por la habitación.

—Son momentos duros para tí, pero todo se va a solucionar, estoy seguro. Recogeremos todas nuestras cosas e iremos a hablar con la policía; después, no dudo en que dormirás mucho más tranquila —aseguró.

Sí, tal vez tuviera razón.

Una hora más tarde atravesábamos Bucarest a bordo del XC90; conducía Nicolás, con el pelo recogido en una coleta y muy pendiente de la carretera. Mientras tanto yo pensaba y pensaba en tantas cosas... Pero Nacho y sus últimas palabras habían confundido todos y cada uno de mis pensamientos. Ekaterina y Andrei; Andrei y Ekaterina... Según Nacho, él podría ser el único heredero superviviente del Castillo de Bram y Ekaterina y su familia ansiaban la fortuna existente en él: llegarían hasta el final para la consecución de sus objetivos: Andrei podría estar corriendo serio peligro sin saberlo.

El señor Jean Müller en sus memorias aseguraba que Ileana había vuelto al Castillo; pero si esto era así, ¿por qué Nacho no lo sabía? Él estuvo dentro, debió verla; sin embargo, no lo mencionó.

—¿En qué piensas? —se interesó Nicolás, apoyando una de sus manos en mi rodilla.

—Bueno, ya sabes, es darle vueltas y más vueltas a lo mismo —respondí risueña.

—Sabemos cosas; la policía investigará y es posible que todo termine después de tanto tiempo —me dijo.

—Ojalá —deseé.

—¿Qué harás entonces? —quiso saber.

—Tengo tantas ideas en la cabeza relacionadas con la pintura y la fotografía... deseo que el mundo entero conozca todo lo que se vivió en ese castillo; mis lienzos hablarán por si mismos, estoy segura —le expliqué con ensoñación.

Parados ante aquel semáforo, Nicolás me miraba pensativo.

—Y nosotros qué —habló.

—¿Nosotros? Pues... tenemos toda una vida por delante para ser felices —respondí no demasiado convencida.

El semáforo cambió de color y Nicolás metió la primera marcha, haciendo avanzar el auto y mirando al frente, con fijeza y entristecido. Su rostro me mostraba todo esto y más.

—¿He dicho algo malo? —le pregunté mirándole.

—No, nada, no te preocupes —contestó sin apartar su mirada de la calzada.

Pero no era verdad; Nicolás dudaba de mis sentimientos hacia él y yo... bueno, estaba confusa. Jamás hubiera querido hacerle daño, pero sin querer se lo estaba haciendo. Estaba segura de que sería el hombre que podría hacerme feliz, por siempre... si Andrei no hubiera aparecido antes en mi vida. Él era mi verdadero amor y Nicolás sabía hasta qué punto mi corazón pertenecía al señor Holzhausen.

Había retirado su mano de mi rodilla y su talante serio me apenaba.

—Mira, ya hemos llegado —me hizo saber.

Aparcábamos frente a la Jefatura de Policía de Bucarest y tras bajar del coche, entramos en ella. Era grande, muy grande y estaba situada en una de las avenidas más importantes de la capital, junto a ministerios y bancos. Habíamos llegado al primer control y un policía se interesaba por el motivo de nuestra visita.

—Desearíamos hablar con algún Inspector: el tema es bastante delicado —explicó Nicolás.

—Pues... acaban de salir y si deseaban hablar con ellos, deberán esperar un rato —nos informó aquel policía.

—Está bien, en ese caso, esperaremos —decidió Nicolás.

Y decidimos marcharnos a una cafetería cercana. Tomamos asiento al aire libre, pidiendo unos cafés calientes y maravillándonos ante un sol que después de algunos días, estaba dispuesto a brillar con fuerza. Nicolás continuaba mostrándose conmigo serio y distante. Tomaba su café sin pronunciar una palabra, llevando su cabeza de un lado para otro, mirando cualquier cosa menos a

mí. Me incomodaba aquella situación, por lo que cogí un periódico que había depositado en nuestra mesa y me puse a ojearlo. Entonces lo leí:

“La familia de Ekaterina Ivanov anuncian la boda de ésta con Andrei Holzhausen, el rico dueño del Palacio de Peles afincado en Inglaterra desde hace muchos años”.

Cerré lentamente el periódico y lo deposité sobre la mesa. Mi mirada se hallaba perdida en ningún lugar y quizás el desenfreno de mi corazón provocaban aquellas incontrolables lágrimas que comenzaban a caer. Nicolás me miraba confuso y más tarde, sus palabras de acercamiento me hicieron volver.

—¿Por qué lloras, Alejandra? —se preocupó.

—No lloro —negué, limpiando enérgicamente mis lágrimas y tratando de sonreír.

Pero no era cierto y solo bastó que cogiera cálidamente mi mano sobre la mesa para romper a llorar.

—Vamos preciosa, no hay motivo para llorar —me dijo, acercándose a mí y abrazándome entonces.

Recostada mi cabeza sobre su pecho, escuchaba latir su corazón; tragó saliva y después habló, sin dejar de abrazarme, sin dejar de acariciar una y otra vez mis brazos con sus manos.

—Estás confusa, lo sé, pero encontrarás el camino, tu propio camino, ese que sólo tú sabes que puede llevarte a ser feliz. Transilvania no es tu sitio; tampoco lo es España o Berlín; no Alejandra, en ninguno de estos lugares encontrarás la felicidad... si Andrei Holzhausen no está contigo —se atrevió a decirme.

Me sorprendí ante sus palabras y, respirando hondo, me incorporé un poco, escapando de sus brazos, mirándole a los ojos:

—Pero Nicolás ¿qué estás diciendo? —le pregunté— Viajaremos juntos a Berlín, olvidaremos todo esto y trataremos de ser felices, tú y yo —le dije dispuesta.

—No nena, nada de eso va a poder ser —aseguró, retirando un mechón de pelo de mi cara y sonriendo —Podrás olvidar muchas cosas en tu vida, pero no lo que sientes por ese hombre, y tú lo sabes... vamos, Alejandra, no nos vamos a engañar ¿verdad? Sé que te quiero; en todo esto yo tenía unos propósitos y los dejé por ti, pero eso no te compromete a nada. No puedo hacer como si tal cosa, cuando tu corazón late con frenesí ante Holzhausen. Llevarte conmigo a Berlín sería como meter a un pájaro en una jaula; aunque lo cuidara con mimo y lo colmara de ternura, acabaría muriéndose de pena, pues él desea volar junto a los suyos, igual que tú deseas estar con Andrei por encima de todo —me explicó ante mi asombro.

Lo miraba entre lágrimas, sin poder entender aún porqué me decía todo aquello, sin comprender el motivo de renunciar a todo lo que estábamos a punto de conseguir juntos. Sin embargo, tenía razón: yo amaba a Andrei Holzhausen y esto no sería distinto en Berlín. Nicolás Müller, el ambicioso hombre que había viajado a Transilvania, apropiándose de la identidad de otra persona con el único propósito de apoderarse de unos lingotes de oro; y pese a todo esto, fue capaz de abandonarlo todo por una ilusión, asumiendo su derrota, una derrota que lo dejaba sin riqueza y sin amor.

Ensimismada ante sus palabras, no podía hacer otra cosa que reír y llorar a la vez. Tomó mi rostro entre sus manos, como tantas veces lo había hecho y me besó delicadamente. Después lo abracé, apoyando mi cabeza en sus hombros y cerrando los ojos.

—No estoy segura de nada; no sé lo que quiero —le hice saber.

Pero entonces él me tomó de los hombros y me habló:

—Quizás algunas cosas te confundan, te creen dudas... a todos nos pasa. Sólo tu corazón te dice la verdad, te habla de sentimientos sinceros, y ese corazón tuyo se niega a ser feliz en Berlín,

junto a mí.

—No digas eso, por favor —le pedí dolida.

—Alejandra, todo esto a mí me duele mucho más que a ti, créeme y tú sabes muy bien que cometerías un error viniendo a Alemania conmigo; no podrías quererme como le quieres a él, ni podrías olvidarle pese a la distancia, porque creemos que el tiempo y la distancia no saben de amor, pero sí saben y mucho —aseguró.

—El tiempo cura muchas heridas... y borra recuerdos —hablé.

—Nada más lejos de la realidad; el tiempo, con respecto a las heridas, sólo puede cicatrizarlas, cuidándolas para que no vuelvan a abrirse nunca más y los recuerdos... bueno, eso es más complicado: forman parte de cada persona y de su historia; te aseguro que jamás podrías borrarlos de tu memoria —me explicaba.

—Lo intentaría —insistí.

Pero él no respondió. Sus ojos brillaban otra vez y sus labios estaban a punto de decirme algo más:

—Andrei Holzhausen se encuentra a miles de kilómetros de aquí, pero sólo ha bastado leer su nombre en ese periódico para derrumbarte como lo ha hecho. De verdad Alejandra, aunque lo intentases, no lograrías olvidarle nunca; lo quieres de verdad y eso complica las cosas —me dijo.

Entendí que él ya había leído la noticia del periódico sobre su boda.

—Ahora vamos a terminar con todo esto y sólo cuando tú estés a salvo, yo me marcharé, desapareciendo para siempre de tu vida —decidió.

—Nicolás, no quiero que te vayas de mi vida ¿es que no lo entiendes? —decidí aún entre lágrimas.

Pero no debíamos entretenernos más. Había que informar a la policía; quizás así liberasen a las gentes de Bram del influjo del castillo y pudieran dar sepultura a Petrica como es debido.

En la Jefatura de Policía, un Inspector y dos Subinspectores nos recibieron en un despacho donde, tras acomodarnos, relatamos los sucesos acontecidos en ese lugar. El sudor humedecía mis manos al recordar todo lo vivido en Bram, el imponente Castillo en lo alto de la montaña y los lobos que habitaban en él.

Uno de los policías tomaba nota ante nuestras declaraciones, recogiendo con auténtico sobrecogimiento las descripciones de aquellos rostros encontrados en el interior de los ataúdes, blancos, ojerosos, delgados ... personas que enfermaron, convirtiéndose en monstruos ocultos en las tinieblas. Una bella fortaleza que en el pasado alimentó una vampírica leyenda, haciéndola realidad.

Todo había terminado. Tras dos largas horas en aquel despacho, Nicolás y yo salíamos de la Jefatura tranquilos, silenciosos, como si acabáramos de despertar de un sueño, no porque todo fuera a acabar repentinamente, sino porque ahora no éramos los únicos que conocíamos esta historia, la del Castillo de Bram y sus Ángeles Olvidados.

Montamos en el coche. Mirábamos al frente; el motor continuaba parado. De pronto sentí que tomaba mi mano: yo estaba helada y él lo notó.

—Ya pasó —me dijo tranquilizándome.

—Sí —afirmé— La policía lo sabe: ahora hay que cogerles —opiné.

—Los cogerán, ya verás —aseguró— ¿A dónde irás? —se interesó.

—Nicolás, me iría contigo —respondí.

—Alejandra, recuerda todo lo que hablamos antes. Tus sentimientos sólo los conoces tú: no te engañes. Yo tomaré un avión esta misma tarde a Alemania; si de verdad deseas venirte, no haría objeción, aunque quizás prefieras viajar a Londres ... —insinuó.

Lo miré, apretando muy fuerte su mano.

—No puedo permitir que Andrei se case con Ekaterina; yo lo quiero de verdad y ella solo quiere hacerle daño —le expliqué— En cuanto a ti, Nicolás, no tendría dudas si las cosas hubieran sido diferentes. Pese a amar tanto a Andrei, también he sentido cosas maravillosas a tu lado, sentimientos que me sorprendieron por su profundidad y grandeza. De una cosa estoy segura: ni el tiempo ni la distancia podrán hacerte desaparecer de mi memoria y de mi corazón, recordándote siempre como alguien que me quiso y me salvó la vida, guiándome después hacia la felicidad —le dije.

—No Alejandra; serás tú quien coja ese camino; yo sólo te di un consejo —respondió.

—Gracias por todo —agradecí sincera.

Y tras un eterno abrazo que jamás olvidaría, Nicolás puso en marcha el coche; nuestro siguiente destino sería el aeropuerto.

Al llegar, él compró su billete a Berlín: saldría antes de lo previsto. Yo debía pasar una noche más en Bucarest antes de viajar a Londres, mi destino.

Aún quedaba casi media hora para el embarque, por lo que le pedí que regresáramos al coche. Estaba aparcado en una de las zonas del parking más cercanas al aeropuerto y cuando llegamos a él, ambos montamos.

—No puedo entretenerme demasiado, o el avión saldrá sin mí —me recordó.

—Lo sé —contesté— pero sólo serán unos minutos —le dije, rebuscando bajo mi asiento, manipulándolo un poco para poder acceder mejor a lo que deseaba coger.

Entonces saqué la bolsa de tela, aquella en la que guardé los siete lingotes de oro. La puse sobre mis rodillas y abrí la cremallera ruidosamente.

—¿Qué es eso? ¿qué guardas ahí? —se interesó impaciente.

Y se lo mostré, modificándose completamente la expresión de su cara.

—Pero... —trataba de hablar, mientras cogía uno para cerciorarse de que eran auténticos— Alejandra, son los lingotes del Castillo de Bram —reconoció.

—Te equivocas; tres de ellos los encontré en un banco de esta ciudad: creo que sabes de cuál te hablo —le recordé.

—Sí, sí —afirmó.

—Los otros cuatro, desconozco si alguna vez estuvieron en ese castillo, pero yo no los encontré allí —le dije.

—Es...increíble —afirmaba sorprendido, observándolos con detenimiento aún— Mi padre pasó muchos años buscándolos: murió por ellos —me reveló.

—¿Cómo es eso? —me alarmé— ¿es que le sucedió algo? —pregunté a continuación.

Él soltó el lingote que había cogido en la bolsa, junto al resto y entonces me miró.

—Buscaba ese oro y en uno de sus viajes a Transilvania, no regresó más; un accidente con el coche cerca de Brasov. Enviaron el cuerpo a Berlín: estaba completamente calcinado, irreconocible. Dimos sepultura a lo que quedaba de él; una tragedia —opinó.

—Nunca me contaste esto —le reproché.

—¿Para qué? Te dije que murió y de una manera u otra así fue —argumentó— Las riquezas de ese castillo han acabado con muchas vidas; también mataron a mi padre. Todo este oro no vale la vida de una persona —me dijo.

—Lo siento Nicolás, lo siento mucho —hablé cogiendo su mano.

Pero él no dejaba de revisarlos, como si buscara algo.

—Tú me salvaste, Alejandra; abandoné esa obsesión cuando te conocí y ahora... —trató de decir, volviéndolos a mirar— ¿dónde los encontraste? —quería saber.

—Eso no importa: quiero que te los quedes —decidí, entregándole la bolsa, con los siete lingotes dentro.

—Ni hablar —se negó con un gesto de rechazo.

—Por favor, Nicolás, tu padre murió por ellos; era su recompensa por el trabajo que hizo: ahora te pertenecen —determiné con total seguridad.

—No puedo aceptarlos, Alejandra. Esto es una fortuna: te garantizarían una vida cómoda para siempre. No importa lo que en el pasado sucediera; son tuyos en el presente y debes aprovecharte de ello —insistía.

—Por favor, Nicolás —le pedí otra vez.

—No —contestó rotundo, devolviéndome la bolsa— y ahora escúchame bien: no puedes andar por el mundo cargando con todo esto: es demasiado peligroso. Si alguien supiera que tienes esos lingotes... —me asustó.

—Entonces ¿qué hago? —le pregunté.

—Tienes que depositarlos en una caja de seguridad. En las grandes capitales hay bancos con ese tipo de cajas. Son muy discretos y seguros: no puedes arriesgarte, Alejandra; la gente mata por mucho menos —me informaba.

Preocupada, mi mente trataba de pensar.

—Los bancos suizos son los más seguros; dirígete allí y guárdalos: nunca se sabe cuándo podrán hacerte falta —me sugirió— pero recuerda: nada de aviones; no podrás embarcar con ellos pues la policía los descubriría y te detendrían ¿has entendido? —finalizó.

—¿Insinúas que debo viajar hasta Suiza en coche? —entendí.

—Bueno, sería una opción. Ese oro es ilegal, pero al mismo tiempo, cada lingote vale una fortuna; pesan más de un kilo cada uno; debes guardarlos en lugar seguro cuanto antes —me aconsejó.

—Y después ¿qué haré con ellos? —pregunté confusa.

—Siempre hay joyeros que compran oro ilegal a buen precio —respondió— Bien Alejandra, no puedo entretenerme más. Ya sabes donde estaré en caso de que me necesites: las puertas de mi casa, si decides viajar a Alemania, siempre estarán abiertas para ti —me dijo.

—Gracias Nicolás —respondí— quizás volvamos a encontrarnos, quién sabe —hablé.

—Sí; tal vez tus pinturas o tus fotografías lleguen a Alemania y entonces nos veremos otra vez —anheló.

Y nos fundimos en un abrazo, quizás el último. Nicolás abrió la puerta del coche, pero antes de bajar, volvió la cabeza y me miró; entonces me dijo:

—Ha sido un generoso gesto el tuyo; soy consciente de que dejo escapar a una gran persona, a la mejor de las mujeres. Sé que permanecerás en mi corazón durante mucho tiempo, pero me conformaré sabiendo que hiciste lo correcto para ser feliz; sería injusto traicionar nuestros propios sentimientos ¿no crees?

Y tenía razón. Tras guiñar uno de sus ojos, bajó del coche, cerrando de un portazo. Lo vi alejarse y después entrar en el aeropuerto y entonces me pregunté hasta qué punto había sido acertada mi decisión de no irme con él. Nicolás podría haber sido el único hombre de mi vida, de no haber aparecido Andrei...

Marzo. Ya era primavera, pero ¿dónde se notaba? Las temperaturas continuaban siendo frías por la Europa del Este. Acababa de despertar: el cuello se me había tensado en aquel autobús rumbo a Budapest, la capital de Hungría. Sí, en mi recorrido hasta Suiza, atravesaría muchos países de Europa, como Eslovenia o el Sur de Austria, soltando un autobús, cogiendo otro e incluso recorriendo tramos en tren, un viaje de locos con el único propósito de poner a salvo aquellos lingotes de oro. Aún faltaban muchos kilómetros, casi dos días para llegar a mi destino. Viajar en coche suponía una aventura demasiado arriesgada.

—¿Me deja el periódico, por favor? —pedí a la persona que viajaba en un asiento junto al mío, un hombre de unos cincuenta años, rubio, muy rubio y con bigote.

Él, amablemente así lo hizo. Se trataba de un periódico rumano. Pasaba cada una de sus páginas, leyendo los titulares más llamativos; de pronto, una de las noticias llamaba poderosamente mi atención. Se realizaba, hegemónica, en una de las páginas principales del noticiero:

—*“Una información privilegiada lleva a la policía rumana hasta Bram, un olvidado pueblo de la Transilvania más austera; en su enigmático castillo se descubren a muchas personas, achacadas por una extraña enfermedad, habitando el oscuro sótano y durmiendo en ataúdes. El tamaño de sus mandíbulas y sus bocas ensangrentadas hacían presagiar una sanguinaria alimentación, quizás rememorando la oscura leyenda de Catalina de Transilvania”*.

Todo mi cuerpo se estremeció ante la noticia. Habían transcurrido tres días desde que Nicolás y yo estuvimos en la Jefatura contando todo el horror; la policía ya había intervenido y sacarían a todas aquellas personas de allí para siempre.

Esperaba en la estación de tren de Viena, la capital de Austria, cargada con el equipaje y aquellos pesados lingotes que tantos quebraderos de cabeza me daban. Tomaba un café en la cafetería mientras miraba el televisor, una inmensa tele de plasma colocada al fondo, en alto. De pronto, imágenes sobre el Castillo de Bram interceptaban toda mi atención; un reportero retransmitía desde las inmediaciones:

—*“La espeluznante noticia sobre este lugar llegaba, hace unos días, a todos los hogares de Rumania y quizás del mundo. Más de treinta personas habían vivido en condiciones infrahumanas, enfermos, devorándose unos a otros como auténticos animales y utilizando a los lobos como sus cazadores nocturnos. Pero ¿quién movía semejante horror? ¿dónde se encuentran, hoy por hoy, los responsables de tal barbarie? Médicos especialistas han certificado que, ninguna de las personas encontradas podría mantener algo así. La enfermedad los tenía deteriorados y al borde de la muerte”*.

Todos los allí presentes murmuraban sobre la noticia y yo me sobrecogía al recordar aquello. Buscaban a los responsables: buscaban a Antón Cruz, Nicoleta Ivanov y Vasiliu Dutu.

Los altavoces anunciaban la próxima salida del tren rápido desde Viena a Berna, la capital de Suiza. Atravesaría el sur de Alemania y ante ello no pude hacer otra cosa que pensar en Nicolás. Renunció a mí ¿por qué lo hizo? Quizás si hubiera insistido, tal vez si no se hubiera rendido tan pronto... Pero tenía razón: no se pueden traicionar los sentimientos de uno mismo.

Debía darme prisa: el tren saldría en un cuarto de hora.

Las diez y veintisiete en Berna. La temperatura en la capital de Suiza era de dos grados en aquellos momentos y una sensación de seguridad relativa me invadió. Había llegado a uno de mis destinos: era maravilloso.

—¡Taxi! —grité al salir al exterior de la estación.

Y tras tomar uno, pusimos rumbo al lujoso Hotel Bellevue Palace, en el cual había hecho la reserva desde Bucarest, días atrás. Nos dirigíamos a Kochergasse, la avenida en la cual se encontraba el monumental hotel. Berna era una bella ciudad suiza.

Después de un rato, llegamos. Cuando bajé del taxi y miré a mi alrededor, todo me parecía tan diferente... La gente se movía con rapidez en el centro de la capital y el olor a bosques se había esfumado al llegar allí.

En la recepción del hotel me dieron la llave de la habitación, espaciosa y con una enorme terraza con vistas a un hermoso parque.

—¡Oh, vaya, es precioso! —opiné al asomarme.

Al poco rato volví al interior de la habitación y rebusqué la tarjeta que Andrei me dio el último día en el aeropuerto de Bucarest, justo antes de volar a Londres. Tenía que hablar con él; muchas incógnitas se cernían sobre su familia y al mismo tiempo debía advertirle sobre Ekaterina Ivanov. Los toques se sucedían y después de cuatro, alguien contestó.

—¿Sí? —preguntó una voz de mujer, la misma que semanas antes respondió también en el móvil de Andrei.

Era ella: Ekaterina.

—Desearía hablar con Andrei Holzhausen —solicité.

No podía fingir con ella: mi número y mi nombre se especificaban en la pantalla del celular. Supuse que se dirigiría a mí de forma despectiva, pero ante mi asombro no fue así:

—Pues... Andrei salió y volverá tarde; olvidó el móvil, fíjate que despiste —se burló.

—¡Ah! —objeté.

—Eres Alejandra ¿no es así? —trató de confirmar.

—Sí —afirmé.

—Debo decirte que me siento avergonzada por cómo te traté la vez que hablamos por teléfono: lo siento —se disculpó— sé que Andrei se enamoró de ti y quizás fue eso lo que me puso un poco celosa —me explicó.

No entendía su reacción.

—No te preocupes; al fin y al cabo, él se casará contigo ¿no es así? —quise reafirmar.

—Andrei y yo llevamos juntos muchos años. Yo no deseo guardarte rencor y espero que tú tampoco lo hagas —propuso— por cierto ¿dónde estás ahora? Me encantaría que nos conociéramos y pudiéramos hablar cara a cara —sugirió ante mi más absoluto asombro.

—Pues estoy en... —traté de decirle.

Pero ante mi asombro, quizás en la radio o la televisión alguien hablaba en español, informando de que sería una mañana fresca en Asturias. Me quedé muda por un momento y entonces, de manera inmediata, finalicé la llamada, horrorizándome al pensar que Ekaterina no estaba en Londres, junto a Andrei, sino en España.

—Dios mío, me ha engañado —reconocí confusa y asustada.

Comprendía que debía deshacerme de aquellos lingotes lo antes posible, guardándolos alguna caja de seguridad; después debía viajar a Londres, pues Andrei podría correr peligro.

Me di una ducha rápida y sofisticadamente vestida, como si de una alta ejecutiva se tratara, salí del hotel, cogiendo de nuevo un taxi rumbo a uno de los bancos más seguros del mundo: Le Berna Banque. Cargaba con casi diez kilos de peso en oro y la pistola con la que presuntamente asesinaron a Bret Antonov.

Todo terminaba en menos de una hora desde mi llegada al gran banco suizo: el gran tesoro permanecería oculto por mucho tiempo.

Anohecía en Berna. Sus calles se iluminaban por infinidad de farolas, aunque sólo algunos coches invadían sus avenidas a aquellas horas.

Pensaba en Ekaterina; si le hubiera dicho dónde me encontraba...

—Por poco —me dije, reconociendo mi rápida decisión.

Pero ¿qué hacía esa mujer con el móvil de Andrei? Me temía lo peor. Ekaterina estaba en España, concretamente en Asturias, la misma región donde se ubicó el orfanato en el que me crie.

—La policía rumana encontró a todos esos enfermos en el sótano del castillo, pero ni rastro de Antón Cruz, Vasiliu Dutu e Ileana; ellos ignoran que Nicoleta Ivanov y Sonia González son la misma persona —pensé mientras manipulaba los botones del mando de la tele— y si Ekaterina se encuentra en Asturias... ¿quizás todos volvieron a ese lugar! —me dije preocupada.

Sí, cabía esa posibilidad. Y entonces me dormí, visualizando, como si fuera ayer, aquellos largos y oscuros pasillos, donde las noches se eternizaban, distinguiéndose el aullido de los lobos cercanos, tanto, que casi podían olerse. Dormía profunda, inmersa en la soledad de una vida que me había tocado vivir, en la que recordaría para siempre el orfanato y un castillo: el de Bram, allá en la antigua Transilvania.

Un taxi negro, de esos tan típicos en Londres, me llevaba a la dirección convenida. Abandonábamos las ruidosas avenidas para circular por zonas donde se ubicaban los apartamentos más caros del mundo; estaba en el barrio de Belgravia y la elegancia en el diseño de sus fachadas lo invadían todo. Era una barriada selecta, no me cabía duda, de la alta sociedad británica y Andrei no se merecía menos: era un Holzhausen.

—Hemos llegado —anunció el taxista desde su asiento, uniformado con elegancia como si del chofer de un palacio se tratase.

—¿Me dice cuánto es, por favor? —pedí educadamente.

—Son... 23 libras —respondió.

Tras pagar mi deuda, bajé del taxi y este se alejó de allí. Admiraba un lugar donde los grandes y lujosos edificios de apartamentos se disponían uno tras otro, sustentados por imponentes columnas de color claro y llamando mi atención los inmensos ventanales, descubiertos de cortinas en su gran mayoría, exhibiendo sus interiores, decorados con el gusto que sólo los británicos podrían tener, así como unas vallas en hierro negro rodeando las inmediaciones del edificio.

—Número 50: sí, aquí es —reconocí, cruzando entonces la calle en dirección al portal.

Entré en el interior. El portero leía el periódico, uniformado. Al verme, me hizo una elegante reverencia con la cabeza, saludándome entonces.

—Buenos días —respondí con mi abrigo blanco abotonado hasta el cuello— ¿Sabe si el señor Holzhausen se encuentra en su apartamento? —le interrogué.

—Casualmente acaba de llegar hace un momento de viaje, como usted —matizó, fijándose en mi maleta.

Sonreí divertida.

—Gracias señor —respondí, dirigiéndome entonces por el pasillo hacia los ascensores.

Monté en uno de ellos y di al uno. Cuando hube llegado, salí de él, encaminándome hacia el número de puerta que constaba en la tarjeta y una vez frente a ella, toqué el timbre. Esperé durante unos segundos, nerviosa, deseando que la maldita puerta se abriese y que Andrei apareciera tras ella.

—Ya voy —se escuchó una voz, mientras el sonido de unos zapatos me anunciaba que esos pasos se acercaban cada vez más.

Sentí cómo giraban una llave y entonces la puerta se abrió, apareciendo ante mi Andrei Holzhausen. El corazón me dio un vuelco al verle, portando unas cartas en una de sus manos, vistiendo unos finos pantalones en gris marengo y una camisa beige que escapaba algunas zonas de su cintura. Llevaba el pelo suelto, marcándose sus oscuras ondulaciones y la perilla, elegantemente recortada lo convertían en el ejecutivo más atractivo de cuántos había visto. Al verme, una sonrisa se dibujó en su rostro:

—Alejandra. ¿qué haces aquí? —me preguntó sorprendido ante mi inesperada visita.

—Pues... Andrei, tenía que verte —le hice saber.

Pero no respondió, sólo me tendió su mano y entonces me arrastró hacia él, rodeándome con sus brazos y estrechándome contra su pecho. El aroma de su cuerpo, arrastraba tantos recuerdos.

—Ha sido maravillosa tu decisión de venir —reconoció, separándonos un poco y mirándonos ensimismados —Vamos dentro —decidió.

Y tomando del asa mi maleta, entramos en su apartamento, decorado con muebles al puro estilo inglés en madera clara, con suelos enmoquetados y paredes forradas de madera a media altura.

—Pareces cansada —observó mientras me conducía al salón, espacioso y poco recargado.

—Lo estoy un poco —reconocí algo seria— Andrei, no puedes casarte —le dije de pronto.

—¿Cómo dices? ¿casarme? —se sorprendió confuso— ¿con quién? —preguntó irónico ahora, mostrando en su rostro una expresión de absoluto desconocimiento.

—Con Ekaterina Ivanov, por supuesto —respondí algo avergonzada por mi reacción.

Había tomado asiento en uno de los sillones, mientras que yo permanecía de pie, pendiente de cada uno de sus movimientos. Me miraba, sin parar de sonreír.

—¿Qué te resulta tan gracioso? —le reproché.

—Tú —contestó rápido— oye ¿de dónde has sacado semejante estupidez? —quiso averiguar a continuación.

—Andrei, en Rumania todos los periódicos se han hecho eco de la noticia: Holzhausen y Ekaterina Ivanov... parece muy lógico ¿no crees? —opiné.

—No lo es —negó ahora más serio— Sin embargo, tú pareces preocupada ante la noticia; ¿tanto te importa que me case? —me planteó desafiante.

Pensaba en la respuesta más rápida y acertada:

—No si fuera con otra, pero Ekaterina Ivanov... esa mujer es muy peligrosa —le adelanté.

—Todas las mujeres sois peligrosas —se burló— Hace tiempo conocí a alguien y sí, me lo planteé, pero todo acabó; hay sentimientos que no se pueden eludir —me dijo— Vamos, Alejandra ¿a qué has venido? —quiso saber levantándose de su asiento.

—A verte —respondí.

—¿De verdad? ¿desde Transilvania sólo para verme? —dudó.

—Han sucedido muchas cosas en ese lugar; la mayoría de ellas me afectan y yo necesito respuestas que tal vez sólo tú puedes darme —le expliqué.

—¿Qué cosas han pasado? —se interesó aún no muy convencido.

—Se trata de ese castillo, el de Bram; ¡me ocultaste que pertenecía a tu abuela! —le grité exaltada.

—Te dije que era de la familia Antonov —me recordó tranquilo, dirigiéndose a la vitrina del mueble donde guardaba la bebida y sirviéndose un whisky.

—¡Olvidaste decirme que tu abuela Ileana era una Antonov! —descubrí en un tono maléficamente susurrante.

Andrei daba un trago a su bebida mientras me miraba por encima del vaso. Permanecía callado, saboreando el whisky; su tranquilidad me desconcertaba.

—¿Qué sabes de tu abuela? —le pregunté aún atacante.

—No llegué a conocerla: murió antes de que yo naciera —respondió.

—Pero sabías que era la heredera del Castillo de Bram; por eso, el primer día que nos conocimos te dirigías a él; ¿qué cosas extrañas habías escuchado para andar por allí? —traté de investigar.

—Alejandra ¿qué quieres? —me preguntó cansado.

—Quiero la verdad, Andrei. En ese castillo se forjaba una secta; sus miembros se hacían llamar Los Ángeles Olvidados, la mayoría de ellos son enfermos de rabia, una enfermedad casi extinguida pero mortal. Todas las noticias nacionales e internacionales hablan de ello: deberías ver más la tele —le reproché.

—He escuchado algo, pero no entiendo que tiene eso que ver conmigo —planteó.

—Sabías que ese castillo era de tu abuela y no me dijiste nada —continuó el reproche.

—¿Tenía que decírtelo? ¿tan importante era para ti? —me respondió desagradable— nada de eso es asunto tuyo y tampoco mío —opinó.

—No sabes cuánto te equivocas. Por alguna extraña cuestión, gentes de ese castillo me hicieron viajar a Bram mediante mentiras; tal vez querían matarme o qué se yo —le expliqué.

—De qué estás hablando —trató de averiguar aproximándose más a mí.

—¡Hablo de que, en todo este tiempo he conocido a mucha gente! Y nadie es quien dice ser, ni siquiera tú —le reproché.

—He vivido lejos de Transilvania toda la vida, ¿qué quieres que te diga?! —respondió inespecífico.

—Fuiste a la fiesta de Bret Antonov ¿recuerdas? en Bram; sabías que era tu tío, pero disimulaste muy bien —le referí.

—Mi tío —repitió con risa irónica— ese sólo era un impostor, como muchos de los que han entrado en Bram, atraídos por su historia, por sus relatos del pasado, por sus supuestos tesoros. Ese Bret Antonov que trataba de engatusarte no es mi tío, ni nada que se le parezca. Mi abuela sólo tuvo un hijo y ese fue mi padre, Carol Holzhausen ¿me has oído?! —me informó incómodo por la conversación.

—Quizás no fue así, y Bret Antonov existió como hijo de Ileana —insistí.

—Pero ¿de qué hablas, por Dios?! las tumbas de mis abuelos están en Peles —me hizo saber.

—Vacías —hablé.

—¿Qué? —preguntó casi en un susurro, con mirada enojada, esperando una explicación por mi parte.

—Dominic Holzhausen se encuentra en los sótanos más profundos del Castillo de Bram, embalsamado: yo misma lo vi —le expliqué.

—¡Ya basta, Alejandra, por favor! —me pidió, colocándose de espaldas a mí.

—¡No, no basta! Vengo desde muy lejos sólo para contarte todo esto. En la tumba de tu abuela tampoco está ella, sino un hombre: Bret Antonov —le revelé.

—Si no paras de contarme disparates, tendré que pedirte que te vayas de mi casa —me amenazó.

—Me marcharé de todas maneras, pero antes te diré que hay quienes aseguran que tu abuela Ileana está vivita y coleando, quizás en el castillo, protegiendo un gran tesoro —desvelé misteriosa.

—Alejandra, no sabes lo que dices; no conoces las tumbas de mis abuelos ¿cómo puedes hablar así entonces? ¿qué tienes tú que ver en todo esto? —quiso averiguar.

—Ni yo misma lo sé, pero mataron a un buen amigo mío, Nacho, y también a Petrica. M^a Magdalena, la amante de tu abuelo vive en Brasov y sí, conozco de sobra las tumbas de tus abuelos —le dije, lanzando la llave del Palacio de Peles sobre una mesa.

Andrei las reconoció pronto, y me miró desafiante.

—Tranquilo, no me he llevado nada —me burlé, tomando el asa de mi maleta, dispuesta a salir de aquel apartamento.

—¿¿Que no te has llevado nada, maldita sea?! ¿de dónde has sacado estas llaves? —refunfuñó — ¡Espera Alejandra! ¿dónde crees que vas? —quiso saber, sujetándome del brazo.

—Quieren matarme, Andrei: tengo que esconderme —respondí con dureza.

—Pero... —trató de hablar.

—Escúchame; debes tener cuidado: Ekaterina tiene tu móvil. Según dice tu abuela en este diario —le mostré entonces— tú podrías ser el heredero del Castillo de Bram y tu futura esposa la

heredera. Ekaterina y toda su familia ansían ese lugar y harán lo que sea para conseguirlo. Por toda Rumania está difundida la noticia de que muy pronto Ekaterina y tú os casaréis: no cometes un error que podría costarte la vida —le expliqué.

—Nada de lo que cuentas tiene sentido. Yo vivo aquí, en Londres; he puesto a la venta el Palacio de Peles porque es posible que no vuelva nunca más a Transilvania. Tú eras el único motivo por el que permanecer allí; no imaginas las veces que he soñado con aquella cabaña, con nosotros... te he amado de verdad, Alejandra, por eso ¿qué pueden importarme los rumores que haya? —planteó.

—Cuando leas el diario de Ileana Antonov, descubrirás muchas cosas, aunque lo más importante quizás tardemos en averiguarlo —opiné.

—¿Y qué se supone que es lo más importante? —me preguntó con el diario en sus manos.

—Si Ileana habita el Castillo de Bram —respondí.

—Eso es un disparate, pero te aseguro que pienso llegar al fondo de todo este asunto —decidió.

Y me coloqué junto a la puerta de salida, tratando de abrirla.

—No tienes porqué marcharte —sugirió.

—Pero quiero hacerlo —contesté.

—¿Por qué? —trató de averiguar.

—Porque no crees nada de lo que te he contado: no confías en mí. No sé qué pude ver en ti para ilusionarme tanto contigo —le dije.

Él permanecía de pie, frente a mí. Su gesto reflejaba paz; estaba tranquilo.

—¿Qué sucedió con Bret? —se interesó cambiando de tema.

—Su verdadero nombre es Nicolás Müller y regresó a Alemania. Me ha ayudado mucho, pero, aunque hubiera querido que así fuera, no estoy enamorada de él y cuando puso el mundo a mis pies, comprendí que nunca lo tendría —le expliqué.

Dio un paso adelante, acercándose un poco más a mí. Tomó aire elevando un poco la cabeza; luego me miró otra vez.

—Alejandra, pareces frustrada conmigo y lo único cierto es que estuve danzando de un lado para otro, a tu capricho, durante mucho tiempo. Nos enamoramos, me consta que así fue para los dos, pero algo se interponía, algo que limitaba cada uno de nuestros pasos por estar juntos: al final acabó con nuestra relación —me explicaba— Como siempre, has vuelto a aparecer para irte de nuevo ¿hasta cuándo?... sólo tú marcas el ritmo, un ritmo que me es muy difícil de seguir —hablaba con una de sus manos en un bolsillo del pantalón, portando en la otra el diario.

—Lo siento: quizás no debí venir, pero tenía que avisarte —respondí.

—¿De veras es esa la única razón que te hizo venir hasta aquí? Porque cuando yo abrí esa puerta y te vi, no podría describir todas las sensaciones que me invadieron: la mujer de mi vida regresó quizás para quedarse —me decía.

Lo miraba fijamente mientras él se centraba en su relato, apasionado y cargado de sentimiento. Sentía unas inmensas ganas de llorar y él se percató de ello.

—No sé si hay algo que te hace dudar de mí o son tal vez tus propias dudas sobre lo que sientes lo que nos aleja —planteó.

—Yo... —hablé, notando como unas lágrimas escapaban de mis ojos— estoy aquí por ti, y sólo por ti —le confesé.

Sus ojos oscuros se clavaban en los míos, expectantes, anhelando más palabras que le revelaran cuánto sentía por él; mientras tanto, yo me afanaba en limpiar mis húmedas mejillas, tratando de controlar mi angustia reprimida durante tanto tiempo.

—Lo que siento por ti es verdadero, Andrei y aunque hubiera deseado empezar una nueva vida junto a Nicolás Müller, no pude. Y aquí estoy; mil excusas me hubieran servido para venir a buscarte y rompería todas las barreras por estar junto a ti; la distancia no es motivo suficiente cuando se ama a alguien tanto como yo te amo, pero sólo quería que me escucharas, sólo y que me creyeras —le relaté.

Aún permanecía en la misma posición: sabía que le diría algo más.

—Estoy metida en un lío, Andrei, en un buen lío; no sé cómo ocurrió, pero así fue. Todos los horrores que viví durante mi infancia en el orfanato de Asturias tienen que ver con el Castillo de Bram: los lobos, los asesinatos, la obsesión por la sangre... como si de una película de vampiros se tratase. Pero esto es real y peligroso. Fueron las circunstancias las que se interpusieron entre nosotros ¡y aún lo hacen!... hasta que todo acabe, no dejaremos de correr peligro —le conté.

—Todo esto es... increíble —opinó, acercándose a mí y apoyando una mano en mi hombro.

—Cuando esto termine, quizás no sea demasiado tarde para que tú y yo tengamos otra oportunidad —deseé.

Entonces, sin darme tiempo a reaccionar, me rodeó con sus brazos, poniendo su boca tan próxima a mi oreja que casi podía sentir su aliento en ella.

—No te vayas, por favor, Alejandra —me susurró, acariciando con una de sus manos mi pelo mientras continuaba entre sus brazos— tal vez yo no he sabido comprenderte, ni escucharte... quizás debí prestarte toda mi ayuda y no lo hice, pero nada de eso podrá borrar nunca todo lo que sentimos un día y seguimos sintiendo. Dime qué debo hacer para que te quedes ahora conmigo, y lo haré —me propuso al oído.

Me separé un poco de él, aunque mis manos se aferraban a sus fuertes brazos. Necesitaba mirarle para expresar mis últimas palabras:

—Intenta comprenderme en este último tramo, por favor —le dije.

—Pero ¿cómo? —quiso saber confuso.

—Dejándome ir —respondí melancólica.

—Ni hablar —se negó— Alejandra, mañana mismo hablaré con mis abogados y ellos averiguarán qué está pasando en ese castillo y todo lo relacionado con Ileana, pero no puedo dejarte marchar otra vez, entiéndelo —me explicó.

—¿Qué debo entender? —le pregunté.

Y deslizó una de sus manos por mi mejilla:

—Cuánto te quiero, eso debes entender —me confesó.

—Yo también a ti, sólo a ti —respondí.

Nos mirábamos y poco a poco nuestros labios se rozaron, despacio, acariciándose mientras se sonreían. Toda su mano recorría ahora mi cuello, atrayéndome un poco más hacia él, fundiéndonos en un apasionado beso que nos devolvía la esperanza de ser felices juntos.

Decidí quedarme a pasar la noche: había tantas cosas de las que hablar... Acomodados en el amplio sofá del salón, frente a la chimenea, le relaté paso a paso cómo fue mi infancia en aquel orfanato, una niñez de horrores que después de muchos años aún no había acabado. Le conté, avergonzada, el motivo de mi estancia en Bram, cómo heredé la fortuna de una desconocida, una tal Nicoleta Ivanov que decía ser mi abuela, aprovechándome de ello y viviendo, a partir de ahí, la pesadilla entre las pesadillas. Le mencioné a Ekaterina; ella trataría de engañarle para casarse con él. Andrei podría llegar a ser el heredero del Castillo de Bram; parecía tan confuso ante mi relato... Pero lo que realmente le sobrecogió fue la trágica historia de Catalina de Transilvania, la verdadera dueña de la fortaleza allá, en el siglo XVIII.

No podía involucrarle más; yo debía averiguar por qué Antón Cruz me sacó del orfanato,

poniéndome a salvo y qué se proponían haciéndome ir a Transilvania. ¿Qué había de cierto en toda la historia de Nacho? Él lo pagó con su propia vida y otras muchas personas lo pagarían también si esto no paraba. ¿Había, realmente, tantas riquezas en ese castillo? ¿tan valiosa era la supuesta escultura en oro de Catalina de Transilvania? ¿existiría de verdad? Tantas y tantas incógnitas se cernían sobre mí... Sin embargo, era la verdad sobre Amalia Vivas la que me motivaría a continuar investigando sobre un pasado macabro que se cobró la vida de muchos niños, removiéndome una grave enfermedad casi extinguida y que acabaría con casi un pueblo entero.

Me desperté. Eran las seis de la mañana y aún no había amanecido. La chimenea casi se había apagado y me encontraba recostada sobre Andrei, aún en el sofá, con una manta de lana protegiéndonos del frío. Me incorporé despacio; debía impedir que él se despertara o no me dejaría marchar. Pero nos habíamos dormido tarde y estaba cansado, tanto que, con respiración profunda, ni se inmutó de que salía del salón y avanzaba por el pasillo rumbo a la puerta. Abrí, con mi maleta levantada a pulso para no hacer sonar sus ruedas y después cerré. Bajé las escaleras bien abrigada y al salir al exterior, una intensa bofetada de frío me sacudió, haciendo saltar mis lágrimas y enrojeciendo mi nariz. Aún el cielo estaba oscuro y la calle desértica. Todo permanecía en silencio y tranquilo, todo y todos... menos yo.

Volé de Londres a Oviedo; necesitaba volver al origen de todo el horror: deseaba visitar el orfanato otra vez. Me instalé en un hotel céntrico de la bella capital asturiana y aquella misma mañana, tras soltar todas mis cosas, decidí visitar la biblioteca de la ciudad; siempre escuché hablar de ella, pero nunca tuve el privilegio de conocerla; su decoración me transportaba en el tiempo. Sus amplias salas, con bellas estanterías en madera incrustadas en las paredes y albergando todo tipo de libros, acogiendo cada género... Las mesas rectangulares, con luminosas lamparitas que facilitaban la luz sobre el papel, podían ser ocupadas hasta por cuatro personas. El enmoquetado suelo, como si de países nórdicos se tratase, hacían casi inaudibles cada uno de los pasos y sus lámparas de araña le conferían un aspecto tan inglés y palaciego que invitaba a permanecer un rato más. En una sala contigua, separada sólo por una enorme puerta corrediza, se encontraban varios ordenadores con acceso a internet; estaba maravillada ante un lugar tan bello y encantador, donde el aroma a universitario y a docente podía olerse a la legua.

Ese mismo día, tras salir de la biblioteca y cuando caminaba por la calle rumbo al hotel, recibí una llamada desde Londres: era Andrei.

—Lo siento —fue lo único que pude decir al descolgarle.

—Alejandra, intento comprenderte, pero yo así no puedo —reconoció.

—Te conté todo, sabes la gravedad de este asunto: no podía arriesgarme poniéndote en peligro —le expliqué.

—La policía ha clausurado el Castillo de Bram: mis abogados me acaban de informar. Todos los enfermos rescatados han sido ingresados en distintos hospitales de Rumania: todo acabó —opinó.

—Te equivocas; aún quedan algunos cabos sueltos —le dije.

—¿Y piensas atarlos tú sola? ¿qué te propones, Alejandra? —quiso saber.

—Quiero salvar mi vida, pero sobre todo la tuya —contesté.

—Yo, estoy bien y estaré bien, pero si no vuelves... —insinuó.

—¿Qué sucederá? ¿eh? —traté de averiguar.

—Todo se habrá acabado, para siempre. Nos querremos para toda la vida, pero en el recuerdo, nada más —decidió.

Callé por unos segundos, preocupada.

—No, no digas eso —hablé.

—Esto va en serio; quiero una vida normal contigo. No más monstruos, no más leyendas lejanas en el tiempo; sólo tú y yo, Alejandra, en Londres o donde sea. Te ayudaré a superar tu pasado: juntos lo conseguiremos. Sé que es posible todo eso y más cuando dos personas se quieren, y yo te quiero de verdad —aseguró.

—Sólo necesito un poco más de tiempo; esto es importante, por favor —le pedí.

—Sí, para ti todo es más importante que nosotros, me doy cuenta de ello —afirmó con frialdad — No te preocupes: te daré todo el tiempo que necesitas; te dejaré en paz para siempre. Nunca tuve demasiado claro cuál era ese extraño sentimiento que tenías hacia mí; ahora lo sé: jamás te importé lo más mínimo; es absurdo seguir perdiendo el tiempo con algo que no nos conducirá a ningún sitio —me dijo con total convicción.

—¡Te equivocas! —exclamé con preocupación— Andrei, no imaginas lo equivocado que

estás.

—¡No! Tú eres quien se equivoca si piensas que estaré aquí eternamente; lo siento, Alejandra, pero todo tiene un límite en la vida y me temo que el mío ha sido rebasado ya. Tú tienes tus prioridades y yo sólo soy para ti algo más —opinó.

—¿Algo más dices?! Por Dios, Andrei, eres todo cuánto quiero en la vida y... —traté de explicarle.

—Ya no te esperaré más, ya no pensaré que pudieras volver de nuevo, porque no lo harás; porque, en verdad, prefiero que no lo hagas: me haces daño, Alejandra. Quizás ni siquiera te des cuenta de ello, pero querer a alguien con el alma y ver como se esfuma sin más... es duro, muy duro, así es que, sólo me queda desearte mucha suerte en todo esto. Si llegas a conseguir tus fines, habrá merecido la pena todo lo que dejaste en el camino, aunque supongo que siempre recordarás que en ese largo recorrido se quedaron cosas importantes, bellos sentimientos que quizás ni el paso del tiempo puedan borrar —me decía con nostalgia.

Allí, en mitad de aquella calle, sentí una angustia desaforada que obstruía mi garganta e inundaba mis ojos de lágrimas, sumiendo un solitario corazón en la más absoluta pena. Escuché un suspiro al otro lado del auricular y tras un “adiós” entristecido y apagado, Andrei colgó. Comencé a llorar incontrolablemente, andando a paso ligero al tiempo en que las lágrimas caían por acción del movimiento, echando a volar y después, esfumándose en el aire o chocando efímeras contra el suelo.

Y el tiempo pasó, imparabile. El mes de mayo estaba a punto de darnos la bienvenida, con su olor a flores frescas, a primavera tardía, a sol. Me había instalado en Oviedo, alquilando un típico apartamento en la famosa Plaza de la Fontán. En todo ese tiempo traté de evadirme, pintando lindos lugares de esta ciudad, tratando de olvidar un poco, intentando superar la ruptura de Andrei. Cada vez que pensaba en él, la nostalgia invadía mi corazón y pasaba largas horas sentada en el pequeño balcón de mi apartamento, mirando ensimismada el ir y venir de las gentes por aquella rectangular plaza que debía su nombre a la fuente de un manantial. Fontán, fontán...

Habían transcurrido casi dos meses. Era una soleada mañana del mes de mayo. Como otras muchas, bajé a una cafetería a desayunar; ocupé uno de los veladores al aire libre; el gentío era abrumador, pero al mismo tiempo, conferían tanta vida a aquel lugar...

—Café, por favor —pedí.

Y mientras esperaba mi pedido, pasaba las hojas de un periódico local. Entonces vi la fotografía de uno de los lugares más monstruosos y tétricos en mi mente.

—“Orfanato, con más de un siglo de historia, puesto a la venta” —leí.

No, no podía ser. Vendían el orfanato, pero ¿quién podía ser el dueño? Sentí mi boca reseca con sólo mirar aquella fotografía sobre el lugar. Entendí entonces cuánto había sacrificado por llegar hasta el final del asunto; no podía detenerme ahora. Pero ¿qué estaba haciendo entonces en Oviedo?

Me tomé el café de forma precipitada y después me dirigí al aparcamiento donde tenía el coche, un Peugeot 407 ranchera. Desde el primer día de mi llegada, no había vuelto a ir, pero deseaba visitar la biblioteca de Oviedo. Di vueltas y vueltas hasta encontrar aparcamiento y una vez en ella, busqué libros sobre sectas a lo largo del tiempo, aquellas que se configuraron de tipo vampírica; eran las únicas que podrían ayudarme a comprender todo lo relacionado con Los Ángeles Olvidados. Tomé asiento; compartía aquella mesa de madera maciza con dos personas más. Abrí el libro e indagué en él, pero no me aportaba demasiado. Me levanté nuevamente a depositarlo en su sitio, subiéndome en unas escaleras para poder alcanzar otro libro que quizás pudiese saciar mi interés. Ya en mi asiento, pasaba las hojas de manera precipitada.

—“La historia más oscura de Rumania” —leí.

Y entonces, tras una introducción y un desarrollo del relato histórico del país, el nombre de Catalina de Transilvania se imponía en unas páginas amarillentas, afianzando mi interés por aquellas letras de pequeño tamaño, impresas en el papel.

“Catalina de Transilvania había nacido en el seno de una familia Real, acomodada en el Castillo de Bram desde todos los tiempos. En el siglo XVIII, época en la que vivió, heredó la fortaleza, permaneciendo en ella para siempre. En aquellos tiempos, Bram era un lugar asolado por los lobos, enfermos de Rabia: uno de ellos mordió a Catalina, condenándola a padecer la enfermedad hasta el último de sus días. Su familia la abandonó en penosas circunstancias y durante mucho tiempo, ella se dedicó a sobrevivir con la enfermedad, mordiendo incontrolablemente a personas del pueblo, llevándoselas al Castillo y encerrándolas en el sótano para chuparles la sangre. Su obsesión por ésta hizo que todos aquellos que habían sido mordidos sin llegar a morir, se dedicaran a propagar la rabia por todo Bram. Todos esos enfermos deseaban esconderse en aquel sótano, llevando consigo sus más valiosas

pertenencias, sobre todo el oro. Alrededor de esto se creó una leyenda: la inmortalidad de Catalina de Transilvania debido a la sangre de la que se alimentaba”.

Comprendí que aquel era el mismo relato que Jean Müller había descrito en sus memorias.

No había nada más sobre este tema. Me levanté entonces, devolviendo el libro a su estantería y accediendo a la otra sala, donde se encontraban los ordenadores. Me conecté a internet: Catalina de Transilvania formaba parte de la historia de ese país; fue hija de un Rey, debía haber algo más.

El navegador buscaba. Aparecieron muchas Catalinas, pero sólo una era de Transilvania.

El relato que Adolfo Rey hacía sobre Catalina de Transilvania difería en algunos puntos con respecto a la historia rumana sobre ella. Según estos escritos y así lo reflejaba el escritor en aquella página de internet, no fue abandonada por su familia en el castillo cuando fue mordida por un lobo rabioso, sino cuando se quedó embarazada de uno de los soldados de la fortaleza.

—¡Embarazada! —me dije sorprendida.

Adolfo Rey afirmaba que Catalina de Transilvania tuvo descendencia, algo que aseguraba la hegemonía de esta familia en Bram.

Pero entonces ¿cómo pudo pasar ese castillo a manos de los Antonov?

Busqué la biografía de Adolfo Rey y ¡sorpresa! Era un escritor asturiano afincado en la ciudad de Oviedo. Tenía casi setenta años y estaba casado con Pilar Fuentes. Ese hombre escribió sobre Catalina de Transilvania, una mujer que habitó un país lejano, cuya historia se relacionaba con Los Ángeles Olvidados ¿por qué?

Abandoné el ordenador y me marché de la biblioteca. Una vez en el interior del coche, telefoneaba desde mi móvil a los distintos servicios de información: tenía que averiguar la dirección de ese escritor. Él sabía cosas: podría ayudarme a conocer la verdad. En mi búsqueda no tuve suerte: no me facilitarían información privada sobre este hombre.

Arranqué el coche; debía regresar a casa, aunque antes tenía que pasar por el supermercado.

—Están a punto de cerrar —me dije mirando el reloj del coche y saliendo a toda velocidad del aparcamiento.

Circulaba veloz: tenía prisa. Entré en una de las calles y algo había sucedido, pues la policía la había cortado. Un hombre joven, con una mano en alto me pedía que detuviera el coche. Paré junto a él y bajé un poco más la ventanilla.

—Tendrá que dar la vuelta: la calle está cortada —me informó, inclinándose un poco sobre la ventanilla.

—Pero... vivo en la Plaza de la Fontán y este es el único camino que conozco —respondí preocupada.

Él me miró desde sus gafas de sol. Tenía el pelo rubio, muy rubio y corto, peinado de manera que... parecía estar despeinado. Sus labios eran gruesos y aquella oscura camiseta de manga corta insinuaba la musculatura de sus brazos.

—En ese caso, me temo que tiene un problema —respondió de manera vacilante, masticando chicle ante mi mirada atónita.

Metí la marcha atrás entonces, dispuesta a dar la vuelta. Pero él continuaba con sus brazos apoyados en mi ventanilla.

—Era broma —se disculpó, levantándose las gafas de sol y mostrando sus pequeños pero cristalinos ojos azules— Si vuelve por donde ha venido y sigue recto, tomará una avenida que la llevará directa a la Plaza de la Fontán —me explicó entonces.

—Gracias —contesté educada.

—De nada —respondió él ahora, incorporándose, apartándose de mi coche.

Di la vuelta e hice lo que ese policía de paisano me había indicado. Pensaba en lo atractivo

que me había resultado y como, en medio de un servicio, me había gastado una broma, a mí, una civil que transitaba por una calle.

—Qué atrevimiento el suyo —pensé.

Y llegué a mi apartamento, donde traté de buscar, en la guía de teléfonos, algún dato que me pudiera llevar hasta ese hombre: Adolfo Rey.

Durante los siguientes cuatro días continué visitando la biblioteca. Encontré una interesante página escrita por ese escritor: Catalina de Transilvania y Los Ángeles Olvidados.

“La dueña del Castillo de Bram consiguió formar, después de muerta, una de las sectas más poderosas que actuó en Rumania; se hacían llamar Los Ángeles Olvidados. Eran enfermos de rabia que, siguiendo las prácticas de Catalina, continuaron matando a gente para beber su sangre, con la creencia de que serían inmortales, como la Princesa.

Catalina de Transilvania murió deteriorada por la enfermedad; sin embargo, un siglo después, Los Ángeles Olvidados aseguraban haber visto a Catalina muy cerca del Castillo de Bram. Varias generaciones diferentes reconocieron esto. Sin embargo, permanecieron ocultos en aquel oscuro lugar, aislados de todo, hasta que Los Ángeles Olvidados cayeron en el olvido, quizás porque murieron, aunque no la extinción de la enfermedad. Pero salieron a la luz de las tinieblas, regresaron de nuevo, en nuestros días: Catalina de Transilvania vivía lejos del Castillo de Bram; debían hacerla regresar para recuperar su fortaleza, ahora en manos de los Antonov. Una historia de locos para locos que sólo persiguen el poder y el tesoro, por el que acabarán muertos si no paran”.

Y así concluía este último relato de Adolfo Rey. Describía una pesadilla en forma de cuento, un horror que quizás aún se forjaba en Bram.

Había tomado algunos apuntes y guardaba todas mis cosas para marcharme ya. Sin embargo y antes de hacerlo, pensé en llevarme un interesante libro sobre los Reyes en la Historia de Rumania. Estaba tan alto en la estantería que me fue necesario utilizar las escaleras.

—Aquí está —me dije, descendiendo despacio.

Con una de mis manos sujetaba el libro y con la otra me agarraba fuertemente a las escaleras; no obstante, tropecé y alguien desde abajo dijo:

—¡Cuidado! —sujetándome entonces.

—Dios mío, casi me mato —reconocí, volviéndome hacia la persona que me había ayudado.

Nos miramos.

—Yo... yo te conozco; nos hemos visto antes ¿no es así? —sugirió.

—Pues... es posible, aunque ahora mismo... —trataba de recordar.

Pero entonces regresó a mi mente el atractivo policía que hacía algunas mañanas me había hecho dar marcha atrás en mi trayecto.

—Tú eres la chica perdida del otro día, la de la Plaza Fontán —recordó.

Sonreí entonces.

—Vaya, vaya... si no te pierdes por Oviedo, te caes de unas escaleras en la biblioteca —se burló, cruzado de brazos y mirándome risueño.

—Soy un desastre —reconocí.

—Bueno, no tanto: hay que reconocer que ponen los libros muy altos y a veces puede resultar peligroso —opinó.

—Sí, bueno; gracias de todos modos —le dije.

Pero no respondió. Continuaba mirándome, pensativo; tal vez estaba a punto de decirme algo.

—No eres de Oviedo —intuyó.

—Bueno, de Oviedo, Oviedo no —contesté.

—Lo digo por lo del otro día: estabas tan perdida —recordó.

—Llevo dos meses aquí y si me cortan la única calle que conozco bien, te aseguro que no llego a mi casa —bromeé.

Él rio sonoramente. Parecía simpático.

—Soy Marcos —se presentó, tendiéndome su mano.

—Alejandra —respondí.

—Bien Alejandra, pues ha sido un placer volver a ayudarte otra vez —me dijo.

—Y no sabes cuánto te lo agradezco. Ahora debo marcharme: es casi mediodía y si vuelven a cortar cualquier otra calle, no llegaré a casa hasta esta noche —exageré.

—Es posible que hoy no tengas tan mala suerte —contestó.

Y acto seguido introdujo ambas manos en los bolsillos de su pantalón.

—Bueno, gracias otra vez —repetí, estrechando el libro contra mi pecho, dispuesta a marcharme de una vez.

—No hay de qué —respondió— Nos vemos —se despidió.

Caminaba rumbo al coche y pensaba en mi casual encuentro con Marcos. Era un tipo muy atractivo y simpático.

Semanas más tarde y ya entrados en el mes de junio, el calor húmedo se dejaba notar en la capital de Asturias. Circulaba con mi coche por estrechas carreteras, desde las cuales se podía avistar un paisaje único. Las altas montañas de aquella zona acorralaban los extensos bosques y aterrada, con la mirada fija en la carretera, pensaba en mi atrevida decisión de visitar el orfanato en el que crecí, después de tantos años.

Mi móvil sonaba: el Bluetooth instalado en el caset del coche me lo anunciaba. Era un número desconocido y pronto pulsé el botón, dispuesta a descubrir de quién se trataba.

—¿Diga? —pregunté.

—Hola Alejandra ¿cómo estás? —me saluda aquella voz.

—¡Nicolás! —exclamé eufórica— estoy bien ¿y tú? —me interesé.

—Bien, bien. Tengo noticias sobre Transilvania: la policía sacó del sótano a todos los enfermos, incluidos los que ya estaban muertos, como Yelena o Dominic Holzhausen. Por cierto, tengo entendido que Andrei está allí —me informó.

—¿En Transilvania?! —le pregunté preocupada.

—Sí: tuvo que reconocer el cuerpo de su abuelo. Llevaba muchos años muerto y embalsamado. Todos los adeptos pensaban que vivía, que era inmortal: pobrecillos —me contó— Una buena noticia: también encontraron a Petrica en el sótano de tu casa —me informó.

—Menos mal —suspiré.

—Sí, pero la policía ha abandonado el caso: sacaron a los enfermos y se atajó la epidemia de rabia, por lo que asunto concluido —me contó.

—Pero ¡eso no puede ser! Antón Cruz y Vasiliu Dutu siguen sueltos, y con ellos así, esto no terminará —me preocupé.

—Pues tengo entendido que la policía archivará el caso por falta de pruebas —me dijo.

—No lo puedo creer. ¿Qué hay de Ileana Antonov? —me interesé.

—Ni rastro de ella. Esa mujer no estaba en el castillo; Alejandra, quizás mi padre se equivocó al afirmar algo así; que Ileana Antonov estuviera en el castillo es una idea descabellada; incluso los propios enfermos desconocían la existencia de esta mujer en el lugar. Sin embargo, las menciones sobre Catalina de Transilvania fueron frecuentes: esperaban la llegada de ésta al Castillo —relató.

—Por Dios, esa mujer lleva muerta tres siglos —hablé.

—Sí, pero en el pueblo hay quienes aseguran que existieron mujeres semejantes a ella —comentó.

—Catalina tuvo descendencia: ¿y si fue una niña de rasgos parecidos a ella? —planteé.

—Alejandra, esa gente habla de una Catalina de Transilvania reciente, vagando por el pueblo en pleno día —me explicó.

—Y tú ¿cómo sabes tantas cosas? —quise saber.

—No descansaré hasta ver todo esto terminado: tengo mis propios informadores —respondió misterioso.

—¿E Ileana? ¿dónde está esa mujer, por Dios? —me impacienté.

—Quizás muerta —opinó Nicolás.

Pensaba confusa al tiempo en que tomaba un camino con el coche.

—Entonces ¿quién heredará la fortaleza? —pregunté temerosa.

—Sólo hay una respuesta a esa pregunta: Andrei Holzhausen. Es el único heredero de Ileana vivo —afirmó.

—Dios mío, Andrei corre peligro —opiné.

—Ese hombre sabrá cómo defenderse. De momento el castillo permanece cerrado: ni un alma por los alrededores, aunque los lobos siguen bajando al pueblo —me contó.

—Y lo seguirán haciendo mientras Leonard continúe con vida —insinué.

—Alejandra, he pensado mucho en ti en todo este tiempo. ¿Qué sucedió con Andrei? —se interesó.

—Salió mal —respondí sin entrar en detalle.

—Tu pasado te esclaviza, negándote todo e intenta hacerlo con quienes se acercan a ti para quererte —opinó.

—Estoy destinada a estar sola para el resto de mi vida —me lamenté.

—No; cada uno marcamos nuestro propio destino y ¿de veras es eso lo que quieres para ti? ¿estar sola siempre? —me planteó.

—No es lo que quiero, pero es lo que tengo y lo que tendré ¿o es que no te das cuenta? Esos horrores me persiguen allá donde voy; acabaré recluida en un psiquiátrico si todo esto continua —exageré.

—Yo quise estar a tu lado, y me echaste; hiciste lo mismo con Andrei; tú decides, Alejandra. Ese destino del que hablas aún no está marcado en tu vida: podrías cambiarlo, si quisieras, si tus preferencias estuvieran dedicadas a querer a las personas y no a descubrir orígenes que ya de nada te servirán. Piénsalo, porque tienes toda una vida por delante para ser feliz —sugirió convencido.

—Ya no sé si quiero ser feliz —contesté derrotada moralmente, sobre todo al recordar aquellos caminos.

—Vamos, no hables así —trataba de animarme.

—Tienes razón: no debo hablar así. Oye Nicolás, ahora debo dejarte; ha sido maravilloso volver a hablar contigo —le dije.

—Sí, para mí también —reconoció— hablaremos en otro momento: disfruta de Oviedo —decidió.

Después nos despedimos sin más. Pensé entonces: ¿por qué supo que yo estaba en Oviedo?

—Quizás se lo dije y no lo recordaba —me respondí.

Conducía despacio; los caminos eran muy estrechos e inclinados por algunas zonas. Estaba cerca, podía adivinarlo; viví en ese lugar durante quince años, ¿cómo podía olvidar el aroma de sus alrededores? Altas montañas repletas de pinos... y lobos hambrientos durante las noches de invierno. Y de pronto divisé el enorme caserón; continuaba igual que la última vez que estuve ahí, un lugar imponente, de fachada color tierra y ventanales con marcos en madera oscura. La gran puerta de hierro se imponía; no podría entrar más allá de sus límites y el cartel colocado en un sitio preferente de la valla me informaba de su venta, mostrando un número de teléfono. Paré el motor y bajé del coche. Me apoyé en el capó del mismo y contemplé todo lo que se exponía ante mí. A mi mente regresaron lejanos recuerdos que creí ya superados, entendiendo entonces que no lo estaban, pues sentí escalofríos ante ellos. Tantos niños murieron en aquel lugar... Sólo los que fueron adoptados se salvaron... y yo.

Marqué el número que constaba en aquel cartel y, ocultando el mío, llamé. Esperé y tras unos toques, una mujer contestó.

—¿Dígame?

—Buenos días, llamaba con respecto al orfanato que venden —contesté.

—¿Llama de una inmobiliaria? —se interesó la señora, tal vez por la ocultación del número.

—No; llamo de forma particular. Estoy muy interesada: deseo convertir ese lugar en un hotel rural —mentí.

—Entiendo —respondió ella.

Entonces me habló de cantidades y me informó de que el orfanato se encontraba en perfecto estado.

—¿Podría decirme quiénes son los propietarios? —traté de averiguar.

—Pues sí: pasó a manos de Ekaterina Ivanov hace pocos meses —me dijo.

Sentí cómo se me cortaba la respiración. Ekaterina Ivanov era la dueña de ese lugar y ahora lo vendía, pero ¿por qué?

—Si estuviera interesada, en pocos días recogerían las cosas que quedan y usted podría empezar a trabajar. Está en un lugar emblemático, privilegiado, perfecto para un hotel rural —trataba de convencerme aquella mujer.

—Sí, claro. ¿Y dice que aún quedan cosas dentro? —pregunté curiosa.

—Bueno... papeles y algunas pertenencias más; nada importante —respondió.

—Bien. Hablaré con el banco y volveré a llamarla en caso de continuar con la idea: gracias por todo —decidí.

—No hay de qué —contestó ella.

Y corté.

—No puedo creer que en ese lugar aún queden papeles —pensé mientras mordía nerviosa mis uñas.

No podía perder más tiempo: debía entrar ahí. Miré a un lado y a otro: ni un alma por los alrededores, por lo que, trepé por las rejas de la puerta de hierro y muy pronto pude saltar al otro lado. Anduve hacia la puerta principal y en el corto recorrido comprobé el abandono en el que había caído el orfanato de mis horrores; sus árboles y arbustos crecían de forma asimétrica y mientras caminaba, podía sentir el temblar de mis piernas. Frente a la fachada me detuve; cuatro escalones de piedra se imponían, inquebrantables y el pasamanos a ambos lados, del mismo material. Su enorme puerta en madera oscura, cerrada a cal y canto, marcaba el límite. Observé su forma, sobre todo en su parte más alta: ¿a qué estilo arquitectónico pertenecería? Entonces fue cuando alcé la vista un poco más y descubrí una heráldica. Aquel escudo de armas, con su blasón, me hablaba del honor y la gloria de un apellido. Estaba muy ennegrecido, quizás por el paso del tiempo, pero me constaba que aquel lugar perteneció, tiempo atrás, a una noble e importante familia. Saqué mi cámara y realicé algunas fotos; también utilicé mi móvil para tal menester. A ambos lados de la puerta había dos almenas, con estrechas y alargadas ventanas; cogí una gran piedra del suelo y la lancé contra una de ellas: debía entrar por ahí. Los cristales cayeron, unos al exterior y otros al interior del orfanato. Y entrando de lado, conseguí mi propósito. Estaba dentro, al fin. El silencio y las sombras invadían cada rincón. Aún podía olerse a niños, a sangre... En la parte de abajo, la cocina se mantenía tal como yo la recordaba y las distintas salas de aquella planta aún conservaban algunos muebles. Había una puerta cerrada con llave: era el despacho de la directora del centro, pero no podría entrar en ese lugar, aún. Continué recordando la que fue una de las etapas más tristes de mi vida y cuando llegué a las habitaciones, en la parte de arriba, lloré con tristeza ante aquellas literas de hierro ahora vacías. Traté de calmarme, secando mis lágrimas con un pañuelo y así durante un buen rato, caminando por los oscuros pasillos que, de niña, tanto miedo me daba. Sí, era cierto que todo permanecía casi igual que la última vez. Había recorrido cada uno de sus rincones, hasta la enfermería, donde aún se conservaban sin abrir algunos frascos

de medicamentos caducados años atrás. Volví a la planta baja. Había un lugar que aún no había visitado: era el sótano. La puerta estaba en el hueco de la escalera y al girar el pomo, el chirrido del mismo me sobrecogió. Debía descender por los estrechos y oscuros peldaños; conocía el camino pues había bajado por ellas tantas veces... Al llegar abajo y como ya me dijo Nacho, había restos del incendio. Entre las cenizas encontró el libro de Nicoleta Ivanov sobre Los Ángeles Olvidados. Todo era una tapadera: a ellos sólo les interesaban las riquezas del castillo. Reconocí la pequeña puertecita y tras abrirla, me arrastré por el túnel hasta llegar a la trampilla: lo había hecho tantas veces de niña... A cada paso que daba, todo eran tenebrosos recuerdos que me frustraban.

Regresé al sótano y salí de él, subiendo las escaleras y cerrando después la puerta: allí no quedaba nada. Me encaminaba hacia el ventanal roto para salir, pero, al mirar atrás una vez más, me fijé en aquel despacho cerrado. Todas las puertas del orfanato las había encontrado abiertas: ¿por qué aquella no? Fui hacia allí y forcé su pomo, inmóvil por la llave que lo aseguraba. La empujé con fuerza varias veces; no era una puerta maciza, pero me sería difícil abrirla a empujones. No podía rendirme, y tras algunas enfurecidas patadas, la puerta se abrió. Entré dentro: estaba perfectamente iluminado por la luz procedente del exterior. En aquel lugar sólo había una mesa con dos cajones, un sillón y estanterías vacías. Abrí uno de los cajones; sólo encontré papeles sueltos y facturas sin importancia alguna. El otro cajón estaba cerrado; un simple cajón no podría detenerme ahora.

—¡Ábrete, maldito! —exclamé golpeándolo con rabia.

No era una llave la que me lo impedía, sino un grueso tornillo, casi imperceptible, que atravesaba uno de los extremos del cajón. Fue fácil descubrirlo pues Antón Cruz cerraba así sus cajones, cuando viví con él en Granada. Saqué el tornillo y lo abrí; dos carpetas se disponían en su interior. Curioseé un poco en ellas y lo que portaban no eran facturas precisamente. Decidí llevármelas; debía estudiarlas detenidamente, pero aquel no era el mejor sitio. Había fotografiado cada detalle del siniestro lugar; ahora debía marcharme. Salí del orfanato por el mismo ventanal y pronto, tras saltar la valla, me alejé de él por los sinuosos senderos que me guiaban.

Cuando llegué a mi apartamento eran más de las cuatro de la tarde. Solté las carpetas sobre la mesa y me preparé un sandwich en la cocina office, lugar desde el cual podía verlas. Cuando hube finalizado, me senté frente a ellas, dispuesta a abrirlas y a descubrir qué información portaban realmente. Hacía calor; dejé la puerta de la terraza un poco abierta; el aire que dejaba entrar me reconfortaba. Abrí la primera carpeta y lo primero que encontré fue una fotografía. Me estremecí al pensar que podría ser yo, pero en el reverso de la misma leí un nombre: Amalia Vivas. ¿Cómo era posible que existiera en el mundo una mujer tan semejante a mí? ¿Quién era ella? Había muchos folios sueltos, cada uno con dibujos: el Castillo de Bram, lobos y siete folios diferentes con un lingote dibujado en cada uno de ellos; era una réplica perfecta a la realidad, con una salvedad: en los dibujos estaban grabados unos nombres y unas fechas:

*“Catalina de Transilvania, 1713 — Federica de Transilvania, 1732
Elizabeth de Transilvania, 1801 — Eleonor de Transilvania, 1850
Ana de Transilvania, 1922 — Amalia de Transilvania, 1959
Alejandra de Transilvania, 1980”*

—Pero ¿quiénes son estas mujeres?! ¿y por qué estoy yo entre ellas? —me pregunté confusa y sin entender absolutamente nada de esas inscripciones.

Yo tenía esos lingotes ¿es que no había visto las inscripciones? Seguí revolviendo los papeles y el siguiente dibujo era el mismo que encontré en las memorias de Jean Müller, el padre de Nicolás. Reflejaba la supuesta escultura sobre Catalina de Transilvania, labrada en oro siglos atrás y que se había convertido en el tesoro máspreciado del Castillo de Bram. Ese dibujo mostraba mi viva imagen y sin embargo no era yo. Con aquel dibujo en la mano, me dejé caer contra el respaldo de la silla, ahora más abatida si cabe. Una saga de mujeres relacionadas con la fortaleza transilvana. Aún era temprano: la biblioteca no cerraría hasta las nueve, por lo que me dí una ducha rápida y tras vestirme con unos vaqueros claros, una camiseta blanca de tirantes y unas sandalias, salí de mi apartamento, llegando hasta mi coche y conduciendo rumbo a la biblioteca; debía buscar en internet alguna información sobre esas mujeres y la heráldica que vi en la fachada del orfanato.

Cuando llegué, los sitios estaban prácticamente vacíos: ya era tarde. Tomé asiento frente al ordenador y me puse a navegar. Mi paciencia se agotaba cuando la búsqueda no me aportaba nada.

—Necesito más datos, apellidos... ¡algo! —me dije nerviosa.

En cuanto a los escudos de armas españoles... revisé todos y cada uno de ellos, un estudio que me llevó más de dos horas, comparándolos con la fotografía que tenía guardada en las imágenes de mi móvil sobre el que vi en el orfanato: no podía ser un apellido español el presentado con aquel. En esto pensaba mientras salía de la biblioteca, después de horas en ella. Aún era de día. Caminaba por la calle en dirección al coche, distraída, reflexionando sobre tantas cosas... Debía llamar a Andrei para avisarle; tenía que marcharse de Transilvania lo antes posible. Choqué con alguien, codo con codo.

—Perdone —me disculpé levantando la vista.

—¡No! —objetó aquella persona, que no era otro que Marcos, el policía.

—¡Oh, vaya! otra vez tú —aprecié, deteniéndome y sonriendo.

—No, eres tú la que no dejas de cruzarte en mi camino —se burló simpático, cargando con

unas bolsas de plástico— Deberías mirar por donde caminas —me sugirió.

—Iba pensando en mis cosas y... —traté de explicar.

—Ya —objetó.

Nos miramos con cierta sonrisa en nuestros labios y sentí cómo un ángel pasaba entre nosotros.

—Alejandra, así te llamas ¿no? —recordó.

Asentí con la cabeza.

—Demasiados encuentros circunstanciales —opinó.

—Venía de la biblioteca —le dije.

—Y yo vivo frente a ella —me informó— ¿te gusta leer? —se interesó ahora.

—Sí —afirmé.

—A mí también —reconoció aun cargando con aquellas bolsas.

Volvimos a permanecer callados por un instante.

—Oye, justo ahí a la vuelta hay una cafetería estupenda; quizás te apetezca tomar algo —me invitó.

—Pues... bueno... no sé; me iba ya a casa —respondí.

—Claro, tienes prisa —intuyó.

—No, no tengo prisa —negué— ¿dónde dices que está esa cafetería?

Y juntos caminamos hacia ella. Ocupamos una de las mesas del exterior. Marcos depositó sus bolsas en el suelo y yo coloqué la mochila sobre mis rodillas. Estaba muy cortada: Marcos era un hombre muy atractivo.

—Yo vivo en ese edificio —me informó señalando el que estaba sobre la cafetería— y también visito con frecuencia la biblioteca —me contó.

—Está muy bien decorada —opiné.

—Sí —reconoció— ¿estás en Oviedo por cuestiones de trabajo? —quiso saber.

—Más o menos: soy fotógrafa —le dije.

—Fotógrafa... ¿trabajas para alguna revista? —se interesó.

—Ahora no. He pasado algunos meses en Rumania y acabo de llegar —le expliqué.

Fue una apacible charla. Marcos era natural de Oviedo y trabajaba como Policía Nacional en la capital. Parecía muy interesado en mis andaduras por la Europa del Este, aunque no le revelé el verdadero motivo de mi estancia en Transilvania. Los minutos transcurrían sin que nosotros pudiéramos darnos cuenta y cuando quisimos hacerlo, la noche se había echado sobre la ciudad, cálida en aquel mes de junio. Marcos me acompañó gentil hasta mi coche y antes de despedirnos, intercambiamos números de teléfono; teniéndolos, ya no harían falta más encuentros casuales para vernos.

Después de algunos días, había revisado aquellas dos carpetas pertenecientes al orfanato, encontrando en ellas datos sobre Amalia Vivas y un mapa. Lo había comparado con el que yo encontré en la funda de un móvil, allá, cerca de la cabaña del lado y eran semejantes. Ahora no tenía dudas: se trataba de un mapa sobre el Castillo de Bram. Determinados lugares habían sido marcados con cruces: ¿qué significaría? Pero no sólo encontré esto; había más. Dos pasaportes habían sido fotocopiados; dos nombres distintos: Sonia González y Nicoleta Ivanov, pero ambos con una misma fotografía.

Descubrí, por medio de unos informes, que Melissa no fue la niña que Nacho y yo vimos como los lobos descuartizaban; la verdadera Melissa vivía, yo la encontré en la mansión de Burdeos, enferma de Porfiria. Era hija de Antón Cruz y Sonia González. Entendía muchas cosas ahora, quizás por eso, decidí volver a Berlanga de Duero, ese pequeño pueblo de la provincia de Soria donde Sonia González se debatía entre la vida y la muerte.

Cuando aparqué el coche frente a la puerta de la casa, observé el estado de la misma; todas las persianas estaban bajadas y no parecía habitada en aquellos momentos. No obstante, me bajé del Peugeot y llamé a la puerta repetidas veces. Dios mío, había venido desde tan lejos...

—Oiga, señorita, ahí ya no vive nadie —me informó una anciana que pasaba por allí en aquellos momentos.

—Pero ¿a dónde fue Sonia González? —le pregunté.

—Al cielo, mi niña, al cielo. Sonia murió hace algunos meses; una extraña enfermedad la consumió a la pobre —me contaba.

—Murió —dije— pero ¿de qué?

—De algo malo, hija mí, pero así fue —confirmó— Sufrió tanto... —detalló.

—¿A dónde la llevaron? —le pregunté curiosa.

—Pues ¿a dónde la van a llevar? Al cementerio, como a todos los que se mueren —respondió resuelta— ¡Ay, Dios mío! ¡qué juventud esta! —habló.

—¿Y sus hijas? —me atreví a interrogarla.

La anciana, vestida con ropas oscuras y recogido el cabello en un moño, se acercó más a mí, mirándome con sus pequeños y cansados ojos color miel. Agarró con su mano uno de mis brazos y casi en un susurro me habló.

—Yo conocí a su madre y también a su padre; eran unas buenas personas, pero Sonia... que Dios la tenga en su gloria, aunque no se lo merecía. Ella se marchó de este pueblo muy joven y cuando volvió, muchos años después, sus padres ya habían muerto y ella estaba muy enferma. Aquí, el tiempo que le quedó de vida lo pasó sola; ¿de qué hijas me hablas tú entonces? —me planteó ahora ella.

Callé ante la interrogación de la anciana. Entendí que Sonia no había sido una buena persona y en el pueblo de Berlanga de Duero quedó constancia de ello. Le di las gracias a la mujer y subí al coche. Pasaría muy cerca del desvío del psiquiátrico donde, meses atrás, Sor Lourdes me recibió: hoy me detendría de nuevo en aquel lugar en el que Sonia pasó algún tiempo.

Durante el trayecto pensé en Andrei y en las veces que le había llamado tratando de hablar con él, aunque en ningún momento contestó a mis llamadas. Sus últimas palabras fueron claras: todo terminó para siempre.

Por otro lado, algo importante se afianzaba entre Marcos y yo. Nos veíamos con frecuencia y comprendíamos ambos que nos gustaba estar juntos.

Había llegado al psiquiátrico. Un hombre me recibió. Pregunté por Sor Lourdes y me explicó dónde podía encontrarla. Anduve por el cuidado jardín del hospital, como ya hiciera la primera vez y allí estaba, en un banco a la sombra de un árbol, leyendo un libro con sus diminutas gafas y con los hábitos puestos pese al calor que aquel día hacía.

—Buenos días, Sor Lourdes; no sé si se acuerda de mí —le dije, dirigiéndome a ella.

La monja me miró, ajustándose un poco más las gafas, con sus mejillas sonrosadas y las típicas arrugas de la edad en su rostro. No, no se acordaba de mí, podía intuirlo. Entonces me senté junto a ella; sabía que estaba algo sorda y si no acertaba las distancias, no me entendería.

—Yo estuve en este lugar hace algunos meses, preguntando por Sonia González —le recordé.

La expresión de su cara cambió por completo, tornándose sombría y distante en aquel momento.

—Te recuerdo, hija mía, ahora te recuerdo —reconoció, cerrando su libro y mirando al frente.

—Sonia ha muerto —le revelé.

—Lo sé; esa enfermedad pudo con ella —habló sin mirarme aún, pensando sin más.

—Porfiria; esa es la enfermedad ¿no es así? —descubrí ante su asombro.

Ella volvió su mirada hacia mí.

—Sí, se trataba de Porfiria. Hay muy pocos casos en el mundo, pero ella tuvo tan mala suerte... —se compadeció Sor Lourdes.

—Hermana, Sonia tuvo dos hijas; una de ellas padece la misma enfermedad que padeció su madre; es posible que haya muerto ya —le conté.

—¿Dos hijas dices? —se sorprendió— No, no, estás equivocada: Sonia tuvo un bebé y se lo quitaron. Cuando yo la conocí se había vuelto loca; unas veces decía que fue un niño y otras una niña... —me decía.

—Le digo que tuvo dos niñas con un hombre llamado Antón Cruz —le revelé.

La monja se levantó del banco.

—Hija, Sonia es una difunta: le debemos respeto —opinó.

—Esa mujer era Sonia González en España y Nicoleta Ivanov en Rumania. Dirigía un orfanato en Asturias junto a Antón Cruz: ¡muchos niños murieron en él! —descubrí.

—¡Oh! Pero ¡qué espanto Señor! —objetó, santiguándose entonces.

—Aún no sé cómo, pero contactaron con una Secta en Transilvania; se hacían llamar Los Ángeles Olvidados y se asentaban en el Castillo de Bram: ¿le va sonando la historia? —le pregunté.

Pero ella sólo pudo bajar la cabeza y seguir escuchando cada una de mis palabras.

—Antón Cruz y Sonia conocían la leyenda de ese castillo; Catalina de Transilvania sustentó la secta durante siglos, aun estando muerta. Hubo mujeres semejantes a esta princesa a lo largo del tiempo y la última vivió en España. Se llamaba Amalia Vivas y ellos la descubrieron —le relataba.

Sor Lourdes continuaba callada, caminando de un lado para otro mientras escuchaba mi relato.

—Pero Antón y Sonia también eran conocedores de las muchas y valiosas riquezas de este castillo, por lo que contactaron con el líder de la secta, Dominic Holzhausen; ellos arrastrarían hasta allí a Amalia Vivas para mantener viva la creencia, entre las gentes del pueblo, de la inmortalidad de la Princesa Catalina y a cambio se beneficiarían de algunas riquezas del castillo. Pero algo salió mal y finalmente muchos en aquel lugar murieron de Rabia —le conté.

—¡Divino Señor de la Providencia! —objetó nuevamente, santiguándose otra vez.

—Adeptos de la secta se trasladaron al orfanato. Utilizaban lobos para realizar sus sacrificios; los niños que no fueron adoptados, murieron y Sonia González colaboró en todo esto, incluso estando enferma y a punto de morir, no desistió en sus intentos por conseguir las riquezas de ese castillo a costa de lo que fuera. Luchaba por que Ekaterina, una de sus hijas, se convirtiera en propietaria de la antigua fortaleza, pero para que esto ocurra, deberá morir mucha gente aún —le dije segura.

Tomó asiento entonces junto a mí, y tomando una de mis manos entre las suyas, me preguntó:

—Y tú, hija mía ¿cómo sabes tantas cosas?

—Porque viví en ese orfanato hasta los quince años y porque el rostro de Catalina de Transilvania es idéntico al mío; ¿debo morir, entonces, como murió Amalia Vivas? —planteé con dureza.

—La vida de Sonia fue un laberinto de secretos que ninguno llegamos a conocer nunca. Yo fui la que más traté con ella; acabó en este hospital porque se volvió loca; sólo hablaba de Los Ángeles Olvidados, de la sangre y de ese castillo en Transilvania. Constantemente hacía referencias a una hija robada... —me contaba.

—Podría ser la hija de Amalia Vivas; esa mujer estaba embarazada y cuando dio a luz, no sé qué hicieron con el bebé, pero a ella la llevaron al Castillo de Bram: allí moriría desangrada, estoy segura —le aclaré— ¿Nunca le habló Sonia del orfanato? —le pregunté.

—Pues... sí, bueno, alguna vez comentó que “la princesa” se encontraba en él... su mente estaba enferma y sólo decía disparates.

Horas más tarde llegaba a Oviedo, a mi apartamento. Estaba tan cansada... Tirada en el sofá y con la tele encendida, masticaba una manzana mientras pensaba en la escasa información que había podido obtener de Sor Lourdes.

—“La princesa” se encontraba en el orfanato —recordé una vez más.

De pronto sonó el móvil. Su timbre estaba tan alto que sobresaltada caí del sofá al cogerlo. Se trataba de Marcos:

—Hola —saludé al descolgar.

—Hola Alejandra; ¿estás muy liada esta noche? —me preguntó.

—No; en verdad acabo de llegar de Soria —le dije.

—¿De Soria?! —se sorprendió— Bueno, en realidad te llamaba porque he comprado unas doradas enormes y las iba a preparar. Será una reunión de amigos y quería saber si podría contar contigo —me invitó.

—Pues... iba a revelar unas fotos, pero lo dejaré para mañana: esas doradas suenan bien — decidí aceptando aquella invitación.

Tras la ducha, y aprovechando que era una noche no demasiado fresca en el reciente verano, opté por un corpiño negro con bordados en rosa y malva, en palabra de honor, entallado y una falda por encima de la rodilla, complementándolo con nos zapatos del mismo color, con tacón de cuña y un bolso.

Desde mi llegada a Oviedo, había revelado muchos de los carretes que utilicé en Transilvania, obteniendo fotos que sobrecogerían a cualquiera. Había habilitado una de las dos habitaciones de las que disponía el apartamento para tal fin; en ella trabajaba muchas horas, recordando vivencias que quedarían fotografiadas para siempre.

Conduje hasta el apartamento de Marcos y al llegar, él mismo me abrió.

—Hola —saludó risueño, con uno de sus brazos apoyados en el marco y la otra mano sujetando la puerta.

—Hola Marcos —respondí.

Y entramos dentro. Para ser un apartamento pequeño, el salón era bastante amplio. En él se hallaban acomodados dos chicos y una chica: Antonio, Frank y Carmen. Ellos dos eran policías como Marcos. Carmen era la novia de Frank. Todos fuimos presentados y momentos después degustábamos la deliciosa cena que Marcos había preparado para nosotros.

Conversábamos sobre temas triviales, pero sobre todo sentían curiosidad por conocer algo más de mí; yo era la gran desconocida aquella noche.

—... los fotógrafos viajan mucho —opinó Carmen.

—No creas todo lo que dicen; hay fotos buenas en cualquier sitio, depende de la profesionalidad del fotógrafo y de la calidad de su cámara —le expliqué.

—¿Te quedarás mucho por aquí? —se interesó Frank.

—Aún no lo sé; tengo trabajo pendiente y, bueno, todo dependerá de eso —respondí evasiva.

—Chicos, basta, dejad de atosigarla con preguntas: parecéis polis —se burló ahora Marcos, mirándome y dispuesto a salvarme de aquel interrogatorio.

Le sonreí. Estaba muy guapo esa noche, con aquellos vaqueros y una camiseta blanca con letras negras. Su original peinado resaltaba aún más su simpatía.

Y tras la cena, Marcos sacó algunas botellas de licor y todos nos acomodamos un poco más. Las conversaciones se sucedían una tras otra. De pronto, Frank hizo un comentario que dio pie a un tema inesperado y peligroso para mí.

—¿Cómo llevas el tema del orfanato? —preguntó el muchacho, dirigiéndose a Marcos.

—No sé; es un caso que me desconcierta porque, en cierto modo no tiene ni pies ni cabeza —respondió éste.

Un extraño calor recorrió todo mi cuerpo, alojándose en mi cuello, provocándome cierta ansiedad. Frank y Marcos hablaban del orfanato, mientras que los demás se mantenían ajenos al tema, como si careciera de importancia. Sin embargo, para mí fue la cruz que marcó mi vida y me hizo desgraciada, hasta ahora. Me levanté algo agobiada, dirigiéndome entonces a la terraza, donde ya comenzaba a soplar un viento algo más fresco que en horas anteriores. Respiré hondo: debía ventilar mis pulmones y debía tratar de tranquilizarme; nadie sabía nada de mi vida, ni siquiera Marcos.

—¿Qué te pasa? —preguntó su voz, apareciendo junto a mí en el balcón.

—Nada, no te preocupes —respondí tratando de disimular mi angustia.

—Estás pálida —observó, acariciando levemente uno de mis brazos con su mano.

—No es nada, de verdad —insistí, sonriendo, sacando fuerzas de flaqueza.

Él me miraba serio, entendiendo que algo sucedía inexplicablemente; pero sabía que no debía porfiar más. Desviaba mis ojos hacia otros puntos que nada tuvieran que ver con él: ocultaba cosas y estaba nerviosa.

—Me encuentro muy cansada: creo que voy a marcharme —decidí.

—Vamos, Alejandra: la fiesta acaba de empezar —respondió.

—Ha sido un día duro para mí. Tal vez mañana... —insinué.

—Esta gente quiere salir de marcha por la ciudad, pero nosotros podemos quedarnos aquí tranquilamente, viendo alguna peli o charlando, ¿qué te parece? —me propuso, alcanzando ahora mi mano y apretándola con la suya.

—No Marcos, te lo agradezco mucho, pero no me encuentro bien —respondí al respecto.

—Como quieras —habló, consciente de que no podría convencerme ya.

Entonces regresamos al salón y me despedí de sus amigos. Marcos salió conmigo hasta la puerta.

—Puedo acompañarte a casa —sugirió.

—No, ni pensarlo; tú diviértete: mañana es sábado y no tienes que madrugar. Yo sólo necesito dormir —contesté.

—Está bien: gracias por venir, Alejandra —me dijo.

—Gracias a ti por invitarme; he disfrutado mucho de la cena: eres un buen cocinero —lo elogí.

Y tras un adiós, tomé el ascensor y me marché.

Cuando llegué a mi apartamento, me puse el pijama y me metí en la cama. Tenía la ventana abierta y la persiana levantada; el bello reflejo de la luna se colaba a través de ella, iluminando toda la habitación y ayudándome a pensar. Pensar y buscar explicaciones; es lo único que había hecho durante casi un año, sin llegar a comprender nada aún.

Marcos era inspector de policía; a sus treinta y seis años llevaba el grupo de homicidios, formado por tres policías más. Sabía cosas del orfanato: había llevado ese caso. Pero ¿de qué iba todo esto? El estado de nervios que esa noche me invadía no me permitía pegar ojo. Cogí el móvil y de forma espontánea, marqué el número de Andrei: tenía que hablar con él, pero estaba apagado. Me deslicé por la pared, sentándome en el suelo y apoyando la cabeza en mis rodillas, comencé a llorar. El amor de mi vida y lo había perdido para siempre. Recordaba los bellos momentos vividos en aquel mágico lugar, junto al lago. Recordaba sus palabras, sus caricias... todo lo que llegó a ofrecerme: todo lo que dejé escapar. Nuestra cabaña fue destruida, pero ¿quién pudo hacer algo así? Reflexionaba sobre muchas cosas; como si de fotogramas se tratara, acudían a mi mente escenas misteriosas; encontré un móvil al otro lado del lago, el mismo en el que una noche recibí la llamada de Nicoleta Ivanov. Levanté la cabeza entonces; las lágrimas dejaron de caer. Una llamada de esa mujer en el móvil y un mensaje de Vasilií Dutu; por tanto, ese teléfono sólo podía ser de una persona:

—¡Antón Cruz! —me dije convencida.

Entré en la habitación de revelados y pasé toda la noche sacando las fotos de los carretes y de las tarjetas de memoria; cómo pude presenciar tanto horror, una atrocidad recogida para que otros la conocieran, aunque de mi mente jamás se borraría.

Un timbre sonaba y desorientada, levanté la cabeza y miré a mi alrededor.

—¡Oh, no! —exclamé, poniéndome en pie.

Me había quedado dormida en la habitación de revelados, sentada en la silla y con la cabeza apoyada sobre la mesa. Una intensa migraña me sacudía y el timbre no dejada de azotar mis oídos. Salí del lugar en dirección a la puerta y cuando abrí, me encontré con Marcos, sonriente y perfumado como solo él sabía hacerlo.

—¿Estabas durmiendo? —me preguntó preocupado.

Pero cómo ocultar la evidencia.

—He pasado una noche horrible, pero pasa, por favor —le pedí, abriendo un poco más la puerta.

—No, no quiero molestar. Te he llamado tantas veces que ... bueno, pensé que podrías estar enferma —me explicó.

—Estoy bien, pero gracias de todos modos —respondí, tratando de recogerme el pelo.

—Alejandra, anoche, bueno... he pensado que tal vez hubo algo que te molestara; quizás un comentario, no sé... te fuiste tan de prisa —recordó.

Me acomodé en una silla y lo invité a hacerlo a él, en este caso en el sofá.

—Tus amigos son estupendos y la noche fue maravillosa... yo sólo estaba cansada —expliqué poco convincente.

Marcos se incorporó un poco; su talante se tornó mucho más serio.

—Mira, Alejandra, no hace mucho que nos conocemos, pero como amigos creo que hemos congeniados; si tienes algún problema en el que yo te pueda ayudar, no dudes en pedírmelo —se ofreció.

Permanecí callada, con las piernas cruzadas y mis codos sobre las rodillas, sustentando con mis puños todo el peso de mi cabeza.

Marcos se levantó y se arrodilló junto a mí:

—Porque sé que algo te inquieta —se atrevió a insinuar.

Sonreí irónica, sintiéndome descubierta. Mis ojos comenzaban a empañarse; pese a mi sonrisa, estaba a punto de llorar, y Marcos lo descubrió. Se incorporó de pie y ofreciéndome una de sus manos, hizo que me levantara, situándome frente a él.

—Ven, quiero que veas algo —le pedí, tomándolo de la mano y llevándolo hasta la habitación de revelados, oscura hasta que di al interruptor y todo se iluminó.

Cientos de fotografías se exhibían en ella, sobre el castillo de Bram, sobre la mansión de Burdeos o sobre el Orfanato. Marcos soltó mi mano para mirarlas una a una con detenimiento, llamando su atención, en especial las del orfanato. No lograba entender todo aquello. Yo secaba mis lágrimas, observando cada uno de sus movimientos, los gestos de su cara: estaba confuso. Inspeccionaba cada rincón de fotografía, cada álbum... nada se escapaba a su estudio. Permanecía en silencio, revisándolo todo con detenimiento, y cuando, después de un buen rato, no quedaba nada, se dirigió a mí, más serio que nunca.

—Alejandra ¿de dónde has sacado todo esto? —quiso saber exigente.

—De los lugares que ves: Transilvania, Burdeos y Asturias —contesté resuelta, diciéndole la verdad.

—Pero... ¡Dios, no entiendo nada! —objetó, pasando su mano por toda la cabeza.

—Yo tampoco Marcos. Anoche, cuando os escuché hablar de ese orfanato... —traté de explicar.

—Fue eso ¿no? Pero ¿por qué? ¿qué tienes tú que ver con ese lugar? —me preguntó.

—Crecí ahí, con más niños: la mayoría murieron —le dije triste.

Y cubrí mi boca con una de mis manos; las lágrimas hacían acto de presencia otra vez: era tan doloroso recordar todo aquello. Marcos se acercó un poco más y me rodeó con sus brazos, abrazándome muy fuerte, permitiendo que mi cabeza descansara en su pecho, extenso y duro.

—Cuánto lo siento, Alejandra —lo escuché decir, mientras acariciaba mi pelo una y otra vez.

—No puedes hacerte una idea de todo lo que ocurrió ahí dentro; ¡nadie que no haya estado ahí podría imaginárselo! —exclamé horrorizada.

—Pero tú lo lograste: estás bien y eso es lo que importa —opinó, separándome un poco y mirándome, sujetando con una de sus manos mi barbilla.

—Te equivocas, Marcos: nada ha terminado aún —le hice saber ahora más calmada— tú eres policía; necesito información privilegiada: tienes que ayudarme, por favor —le pedí desesperada.

Èl me miro preocupado: ¿hasta dónde podría llegar el límite de su ayuda?

—Vamos, salgamos de aquí —me indicó, abandonando ambos la habitación y ocupando ahora el sofá del salón.

Me mostraba absorta y meditativa. Mi mirada se perdía más allá de los ventanales, abiertos de par en par en aquella calurosa mañana. Marcos permanecía callado, mirándome; algo inesperado había ocurrido y ese algo cambiaría el curso de las cosas, ambos lo sabíamos. Me volví hacia él, encontrando sus ojos, con la interrogante marcada en cada uno de ellos.

—Dime qué tienes tú que ver con ese orfanato —exigí saber.

Tomó aire: era necesario para poder continuar.

—Hace algunos años, cuando ascendí y decidí especializarme en homicidios, mi jefe me asignó un grupo y un caso muy concreto: ese orfanato. Todo era muy raro porque en ese lugar no quedaba nadie: fue abandonado tiempo atrás. Sin embargo, atroces sucesos tuvieron lugar en él en la década de los ochenta. Al parecer desaparecieron muchos niños en extrañas circunstancias —me contaba.

—Y tu jefe ¿cómo sabía todo eso? —me interesé.

—Bueno, adoptó a un niño en ese lugar; estaba traumatizado y sólo hablaba de lobos que cada noche iban a comerse a los huérfanos de ahí. Pese a su corta edad, nunca lo superó y con trece años, se suicidó finalmente —me relató.

—Pero ¿quién? ¿cómo se llamaba? Quizás le conociera... —me precipité, levantándome del sofá y moviéndome sin parar de un lado para otro de la estancia.

—Pedro: se llamaba Pedro —me informó.

—Síiii, Pedrito... ese niño fue adoptado estando yo aún en el orfanato. Dios mío, se suicidó —recordé apenada.

—La mujer de mi jefe enfermó, ambos enfermaron debido a esto y entonces fue cuando me asignaron este caso. Pero no encuentro nada, Alejandra; no puedo ayudar a esa gente a superarlo si no resuelvo qué fue lo que pasó en ese sitio —planteaba con cierta impotencia.

—Sé muchas cosas, Marcos: yo te ayudaré —le dije, agachándome junto a sus rodillas y apoyándome en ellas.

Permanecimos durante todo el día en mi apartamento, revisando las fotos y los documentos que encontré en el orfanato. Le hablé de Los Ángeles Olvidados y de la conexión existente entre el orfanato y el Castillo de Bram en Transilvania, sus tesoros... aunque en ningún momento le dije

que guardaba siete lingotes de oro en un Banco Suizo. Le conté cómo me engañaron para hacerme ir hasta Rumania y, por último, mencioné a Antón Cruz, Sonia González, Vasilii Dutu y Ekaterina Ivanov.

—Esa mujer es la actual dueña del orfanato —me informó, algo que yo ya sabía.

—¿La conoces? —me interesé.

—Sólo telefónicamente; ese orfanato está a la venta desde hace un tiempo —me dijo.

—Lo sé. Marcos, hay una leyenda sobre que el Castillo de Bram y que es la clave de todo esto —lo informé.

Entonces le hablé de la Princesa Catalina de Transilvania.

—Hay una persona que escribió sobre ella y sobre la secta que la veneró durante siglos; se llama Adolfo Rey, y es un historiador—escritor que, casualmente reside aquí, en Oviedo. He intentado localizarle, pero imposible: nadie me facilita datos —le expliqué.

—Eso podría tener solución —opinó.

Sí, Marcos era policía. Desde los ordenadores de la comisaría podría tener acceso a los datos personales de muchas personas. Pero algo más me intrigaba de sobremanera: aquella heráldica en la fachada del orfanato. ¿A quién perteneció, en la antigüedad, ese lugar? En el registro de la propiedad tampoco me dieron datos; tan sólo el actual propietario y las cargas del lugar.

A la mañana siguiente Marcos me telefoneó; quedamos en una dirección desconocida para mí, a las afueras de Oviedo. Cuando llegué hasta allí, él me esperaba junto a su vehículo, un A6, aparcado bajo la sombra de uno de los árboles de la avenida. Me bajé de mi coche y me dirigí a él.

—¿Qué hacemos aquí? —le pregunté confusa.

—En esa casa vive Adolfo Rey, el historiador del que me hablaste; le he llamado y está dispuesto a recibirnos —me informó.

—¿Así? ¿sin más? —me sorprendí.

—Bueno, no creas que fue tan fácil, hasta que le nombré a esa Catalina y el Castillo de Bram —me contaba— Accedió a recibirnos al momento —me decía triunfador.

—¿Le dijiste que eras poli? —quise saber.

—No —negó— no debe saberlo.

—De acuerdo —accedí.

Y entonces nos encaminamos juntos hacia la casa, unifamiliar de dos plantas y buhardilla. Llamamos al timbre ubicado fuera, junto a la puerta del jardín; se escucharon los ladridos de un enorme perro y pronto alguien contestó.

—¿Quién? —preguntó la voz de una mujer.

Marcos y yo nos miramos.

—Disculpe, pero el señor Adolfo Rey nos está esperando —respondió el policía, acercando su boca al porterillo.

La puerta se abrió automáticamente, y al acceder al interior, un Rottweiler se acercó a recibirnos, oliéndonos de pies a cabeza.

—Ya es suficiente, Hermione; vamos, ve a jugar con tu pelota —le ordenó un hombre, saliendo por la puerta principal de la casa.

Era alto, de unos cincuenta y cinco años. Portaba en una de sus manos unas gafas, señal de que había estado leyendo momentos antes.

Yo seguía pendiente de aquella enorme Rottweiler, mientras que Marcos y aquel hombre se daban la mano.

—Ella es Alejandra, una amiga —me presentó acto seguido.

Al mirarme, Adolfo Rey se quedó paralizado, descompuesto ante mí. Esperaba su mano para saludarle, pero no reaccionaba. Miré a Marcos: él también estaba preocupado ante la reacción de Adolfo.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó entonces.

—¿Quién has dicho que era ella? —quiso saber ahora.

—Me llamo Alejandra Expósito. Señor Rey, yo soy la interesada en hablar con usted; tiene que aclararme muchas cosas, por favor —le expliqué.

Tras darme su mano, nos invitó a pasar al interior de su vivienda, acomodándonos en un amplio despacho del que disponía en la planta baja. Lujosamente decorado con muebles en madera maciza, Adolfo Rey nos indicó un amplio sofá en el que sentarnos, de bajo respaldo y tapicería alegre, combinando los colores burdeos y beige en el estampado. Él posicionó correspondientemente el clásico sillón, y una vez acomodado, cruzó las piernas y nos miró.

—Alejandra, dime ¿qué sabes de ese Castillo en Transilvania? —me preguntó, mirándome directamente a los ojos, dispuesto a escuchar cada palabra que saliera de mi boca.

—Muchas cosas, Señor Rey; he vivido cerca de él durante meses. Los habitantes del castillo hicieron creer a las gentes del pueblo de Bram que allí se asentaban Los Ángeles Olvidados, una secta como la que siglos atrás lideró Catalina de Transilvania —expliqué perfectamente informada.

Él permanecía expectante ante mi relato. Entró una mujer: era su esposa, la cual portaba una enorme bandeja con unos cafés recién preparados. Tras presentarla, ella se marchó. Y volvimos a quedarnos solos, los tres.

—¿Quién es Marcos para ti? —quiso saber, dejándome atónita con la pregunta.

—¡¡Marcos?! —repliqué— es un amigo —respondí.

—Lo que tratas de averiguar es bastante delicado y peligroso —me advirtió— quizás no quieras involucrarlo en esto —sugirió.

—Ya lo estoy; quiero ayudar a Alejandra así es que cuente lo que sea, pero aclárenos un poco esto, por favor.

Adolfo Rey se acomodó un poco más en su sillón, recostándose en el respaldo, abandonando la tensión. Sus ojos se centraban en Marcos y en mí; nos contaría la historia de Catalina: lo contaría todo.

—Soy historiador y me gusta escribir sobre mis investigaciones. Hubo una época en la que me centré en las distintas monarquías del mundo; realmente, todas y cada una de ellas tienen una historia apasionante que marcó un antes y un después y a pesar de sus luchas, consiguieron mantenerse y afianzarse como tales. Sus miembros se convirtieron en Reyes, hegemónicos, obligados a tener descendencia: era preciso mantenerse... Con las casas reales siempre ocurre de la misma manera; pero no sucedió así con Transilvania. A lo largo de los siglos, fue una región dominada por distintos ejércitos, como el húngaro o el turco; todos luchaban por poseer ese trozo de tierra rumana que al final no consiguieron. Se convirtió en un principado que poco después de nacer la Princesa Catalina, dejó de ser independiente —nos contaba con conocimiento absoluto.

Marcos y yo degustábamos nuestros cafés, atendiendo, con gran interés, al relato del historiador.

—Desde mediados del S.XVI, en Transilvania hubo reyes. Catalina fue hija del Rey Leopoldo y de la Reina Isabel, quienes habitaron el Castillo de Bram, una soberbia fortaleza en lo alto de una montaña. Catalina crecía y sus padres deseaban casarla con el hijo de un poderoso rey húngaro, por lo que decidieron concederle Bram como herencia propia con una única salvedad en el testamento: si Catalina no lograba tener descendencia, tras su muerte, el castillo pasaría a

manos de la familia más noble de Rumania: los Antonov.

—Pero ¿por qué? ¿qué tenían que ver los Antonov con la herencia de Catalina? —irrupí, decepcionada ante la determinación.

—Bueno... el emblemático castillo podría pasar a manos de cualquiera si la futura Reina de Transilvania no tenía descendencia. Ella fue hija única, por tanto, de ella dependería la sucesión y sus padres sólo quisieron asegurar la futura nobleza del Castillo de Bram —me explicó Adolfo Rey— Pero Catalina estaba muy lejos de amar a ese Príncipe Húngaro con el que sus padres querían casarla, pues amaba a un muchacho que se ocupaba de los quehaceres de la fortaleza. Ocurrió entonces el ataque de los lobos; inesperadamente entraron en los dominios del castillo, procedentes de las montañas, mordiendo a Catalina despiadadamente. Portaban la enfermedad de la rabia, transmitiéndola a la Princesa, convirtiéndose ésta en un monstruo a partir de entonces —narró.

La cara de Marcos mostraba el entusiasmo típico de un niño ante un apasionante cuento. Pero aquello era más que todo esto: fue real y eso cambiaba muchas cosas.

—Los Reyes de Transilvania tuvieron que abandonar a su hija en aquel inhóspito lugar. Todos los habitantes del castillo se marcharon de allí, y el que no lo hizo, fue mordido por ella, condenándose a vivir para siempre oculto en los abismos de un oscuro sótano. Pero estuvo embarazada de ese muchacho al que tanto amaba; antes de enfermar tuvo una hija, a la que sus padres ocultaron por vergüenza. Se llamó Federica y se crió lejos de Bram —nos reveló ante nuestro asombro.

—Federica, 1732 —referí en voz muy baja, recordando los dibujos que cogí del orfanato; en aquellos lingotes se grababan unos nombres, entre ellos el de Federica.

Era increíble; Catalina de Transilvania tuvo una hija, pero pocos supieron de todo esto. Adolfo Rey deseaba seguir desvelando más misterios.

—Catalina infectó a mucha gente con su enfermedad. Abandonaba su castillo sólo durante la noche y vagaba por el pueblo hasta la llegada del alba, mordiendo y agrediendo a todo aquel que se cruzase en su camino. Los Reyes se ocuparon de la pequeña Federica, afianzándose así el dominio sobre el Castillo de Bram, pero cuando estos murieron, los Duque de Antonov jugaron sus cartas; contactaron con Federica para hacerla conocedora de su hegemonía como única heredera del Castillo de Bram. Mientras tanto, en este lugar, el miedo a la noche y a los lobos se había apoderado de cada rincón y siempre, oculta en las sombras, se hallaba Catalina. Ésta ya había muerto, consumida por una enfermedad que incluso en nuestros días sería incurable, apareciendo entonces los Antonov, dispuestos a ejercer el control y a presentar a Federica, una mujer de rasgos semejantes a los de Catalina; un rostro que parecía querer perpetuar aún más la pesadilla —nos explicaba Adolfo.

—Todos en Bram creyeron que Federica era Catalina —adiviné.

—Inventaron una macabra historia sobre la inmortalidad de la Princesa de Transilvania; su secreto para vivir toda la vida se basaba en beber sangre humana y todos podrían unirse a ella si se dejaban morder —reveló.

—No puedo creerlo: ¿se dejaron? —trató de averiguar Marcos.

—Más de la mitad del pueblo de Bram se infectó con aquella enfermedad, abandonando entonces sus casas y refugiándose en ese castillo, en el silencio de sus profundidades. Se hicieron llamar Los Ángeles Olvidados, convirtiéndose en una de las sectas más sanguinarias que han existido en el mundo —nos informó.

—Y Federica ¿qué sucedió con ella? —me interesé.

—Bueno... obviamente murió, igual que su madre. Los Antonov se deshicieron de todos

aquellos enfermos y se apoderaron del castillo; ante la falta de herederos por parte de Catalina, eran los siguientes —respondió.

Había sido una mañana entretenida en la casa de Adolfo Rey. No contó nada más, aunque yo sabía que sus conocimientos llegaban mucho más lejos.

Marcos y yo abandonamos su vivienda, pero antes, dejé mi número de teléfono al historiador, por si se decidía a contar algo más. Era hora de comer; así fue como paramos en un local de comida rápida y tomamos algo.

—¿Qué piensas de todo esto? —lo interrogué.

—Bueno, es interesante conocer los orígenes de esa secta, al fin y al cabo, son la causa de todo —opinó— Sin embargo, a mí lo que realmente me interesa conocer fue lo que pasó en ese orfanato —me dijo.

—Marcos, yo... bueno, hay una persona en mi vida que, que corre peligro —le comenté.

—¿Quién? —se interesó.

—Se llama Andrei Holzhausen; podría ser el actual heredero de ese castillo por parte de la familia Antonov. Quieren casarlo con Ekaterina Ivanov y si esto sucediera, ella se quedaría con todo, porque estoy segura de que mataría a Andrei —le conté.

—Mira —objetó, tomando una de mis manos sobre la mesa— voy a hacer algunas averiguaciones y te avisaré con lo que sea, aunque no te prometo nada, ¿de acuerdo? —decidió ahora, acariciando levemente con su dedo índice mi mejilla.

—De acuerdo —respondí.

Me miraba ensimismado, sin parar de acariciarme. Sus labios se mostraban entreabiertos y la expresión de sus ojos me revelaban que deseaba conocer mucho más sobre mí.

—Sólo te pido que estés tranquila, porque me tendrás a tu lado en todo esto —aseguró, hablando al fin.

Pero sólo podía dejarme acariciar por aquel dedo que, con suavidad, recorría una y otra vez todo mi rostro.

Salimos de aquel local; Marcos me guiaba con efímeros toques en mi cintura. Llegamos a mi coche, estacionado a la sombra de un aparcamiento; hacía calor a las cinco de la tarde. Abrí las puertas para ventilarlo un poco y solté mi bolso en el interior. Permanecí un poco más en pie, frente a Marcos, jugueteando con las llaves del auto entre mis manos.

—Pareces cansada —observó.

—Sí; este calor... —reconocí.

—Te llamaré en cuanto sepa algo —dijo, mientras yo montaba en el coche.

—Vale —respondí, introduciendo las llaves y accionando el contacto.

Y tras una interesante mirada, cerró mi puerta delicadamente. Activé el climatizador y dí marcha atrás mientras me despedía con la mano de Marcos. Volveríamos a vernos muy pronto, estaba segura.

En el sosiego del atardecer, sentada cómodamente en una de las butacas de mi terraza, contemplaba el ir y venir de unas gentes que paseaban por la tradicional Plaza de la Fontán, conversando o degustando sus consumiciones en las mesas ubicadas en la calle, al aire libre. De pronto, dos rostros se impusieron en mi pensamiento: Andrei y Marcos.

—Marcos —pronuncié casi en un susurro.

¿Por qué hacía ese hombre todo eso por mí? Ese día, sus miradas habían sido mucho más atrevidas; un policía del que no sabía apenas nada y que empezaba a ocupar una gran parte de mi vida.

El móvil vibró sobre la pequeña mesa; era una llamada desde un número desconocido para mí, pues no se incluía dentro de mis contactos.

—¿Diga? —pregunté, aceptando la llamada.

—Buenas tardes, Alejandra: soy Adolfo Rey —me reveló.

Sorprendida ante su llamada, amablemente le devolví el saludo, a la espera de que me revelara el motivo de esa llamada.

—He pensado que sería muy interesante que usted y yo habláramos a solas: debe saber algo —me adelantó.

—¿Saber qué? —pregunté intrigada.

—Bueno, preferiría no contárselo por teléfono; ¿conoce el Parque de San Francisco? —quiso saber.

—Sí, sí, lo conozco —afirmé.

—Bien, en ese caso y si no está demasiado ocupada, la espero allí en media hora —propuso.

—De acuerdo —contesté, aceptando la propuesta.

No tuve tiempo de acicalarme demasiado; debía darme prisa si no quería llegar tarde a mi cita. Y en el tiempo previsto, llegué al parque, uno de los lugares de retiro más bellos de toda la región, con sus árboles milenarios, sus senderos perfectamente asfaltados y sus flores, frescas y perfumadas. Encontré muy pronto a Adolfo, el historiador que tanto sabía sobre Catalina de Transilvania, aquella que habitó el Castillo de Bram, aquella que hizo patente su inmortalidad en el recuerdo de muchos.

—Gracias por venir, Alejandra —me dijo nada más verme.

—Es un placer, de verdad —respondí.

—Tengo que contarte cosas; son importantes que las sepas sólo tú, al menos de momento —me anticipó.

—Claro —acepté.

Entonces iniciamos la marcha, un paseo por rincones con encanto.

—Hace pocos años yo visité lugares cercanos a ese castillo, atraído por la historia de Catalina y por otras muchas coincidencias relacionadas con Asturias —me explicaba —Los Antonov acabaron siendo los únicos dueños de ese lugar, siglo tras siglo, en una cadena de sucesión que nunca acaba. Sin embargo, descubrí que hubo más descendientes de la Princesa Catalina de Transilvania, herederos legítimos de esa fortaleza. A lo largo del tiempo, varias mujeres de esa familia se asemejaron a la bella y sanguinaria Catalina; rasgos perfectamente idénticos... y la que creí que era la última de esas mujeres vivió aquí, muy cerca de Oviedo; se

llamaba Amalia Vivas y fue apresada por los últimos Ángeles Olvidados para mantener engañada a toda la población de Bram y de otros lugares —me reveló.

No pude evitar el quedar paralizada ante la relación que Adolfo Rey había hecho entre Catalina de Transilvania y Amalia Vivas.

—Sí, he oído hablar de ella. Yo sé que la llevaron a ese horrible Castillo y... —traté de explicar bastante implicada.

—Alejandra, los rasgos de esa mujer eran semejantes a los de Catalina de Transilvania; igual en rostro que Federica o que la biznieta de esta, Elizabeth, en 1801. Pero hubieron más mujeres iguales que dejaron prueba de ello mediante pinturas y demás: Eleonor, a mediados del s. XIX o Ana, madre de Amalia, nacida en 1922 en Bucarest, aunque emigró a España tras la Segunda Guerra Mundial —me relataba ante mi expectación— Ninguna de ellas supo jamás su procedencia Real, sus orígenes monárquicos... Podrían haber sido Reinas de Transilvania, pero debido a la ocultación de Federica, la hija del pecado, todas las demás cayeron en el olvido y el anonimato.

Aquella historia me ponía los pelos de punta; Reinas olvidadas...

—¿Cómo pudo suceder algo así? ¿por qué la historia de un país permitió tal crimen? —pregunté decepcionada.

—Un grave error que quizás pudiera subsanarse en nuestros días —insinuó Adolfo.

Pero mi mente vagaba alrededor de Amalia Vivas, una Reina Transilvana que acabó localizándose en España para, finalmente, morir en su tierra, en su Castillo, en Bram.

—No entiendo nada, señor Rey —le dije, al tiempo en que nos deteníamos, junto a una fuente.

—Alejandra, tienes que escuchar muy bien: los Antonov no abandonarán jamás ese castillo; los Reyes de Transilvania guardaron en él valiosas pertenencias a las que esa familia no estaría dispuesta a renunciar. La joya más importante, de incalculable valor es el rostro del la Princesa Catalina esculpido en oro —me informó.

—Pero no entiendo que tiene eso que ver conmigo —cuestioné.

—Mucho más de lo que crees. Creí que Amalia Vivas fue la última de las princesas de Transilvania, pero me equivoqué; hay una más, de idénticas facciones... —describía.

Me temía lo peor. En las memorias de Jean Müller encontré información sobre Amalia Vivas y el dibujo que los detectives de este hombre hicieron según las descripciones de las gentes del pueblo...

—Sé que Amalia tuvo un bebé, posiblemente una niña; a ella no se la llevaron a Transilvania; es posible que permaneciera cerca de Oviedo durante años —me explicaba, pues el inteligente historiador ya había atado sus cabos.

Recordé entonces su cara la primera vez que nos vimos, cuando nos recibió a Marcos y a mí en su casa; la confusión y el miedo se apoderó de ese hombre en aquel momento y comenzaba a entender porqué.

—Alejandra, tú eres igual que ellas, igual que Catalina, que Federica, que Elizabeth, que Eleonor, que Ana y que Amalia —nombró ante mi asombro.

—¿Yooooo? —objeté confusa.

—Sí —afirmó con rotundidad— En el Castillo de Bram, existieron siete lingotes de oro, que llevaban grabados los nombres de las Siete Reinas de Transilvania a lo largo de la historia: tú eres la última, Alejandra, la última Reina de Transilvania viva —me reveló.

—Eso... eso es absurdo: yo no tengo nada que ver con Transilvania y mucho menos con ese castillo de los horrores —opiné aterrada.

—Eres la hija de Amalia Vivas y la nieta de Ana Vacarescu, y aunque estos apellidos nada te digan, todas ellas fueron descendientes directas de Catalina de Transilvania, la Reina y la única

heredera del Castillo de Bram y de todas sus pertenencias —confirmó con total convicción.

Mi mirada parecía anclada en el suelo, desbordada mi mente, incapaz de poder asimilar nada más. Sin embargo, yo sabía que Adolfo estaba en lo cierto; días atrás encontré documentos en el orfanato que me confirmaban la posible grabación de esos lingotes de oro. Yo los tuve en mis manos y Nicolás también: ¿cómo no pudimos darnos cuenta de esto?

—¿Alguien ha visto alguna vez esos lingotes de oro? —pregunté confusa.

—Sólo Catalina y sus padres, los Reyes de Transilvania. Permanecen ocultos en ese castillo... de haber sido encontrados sus tesoros, los Antonov hubieran abandonado ese inhóspito lugar; el Castillo de Bram, en sí, no vale demasiado —me explicó.

—Pero... quizás esos lingotes ya fueron recuperados por los Antonov —insistí.

—No; los lingotes y la escultura siguen allí, en la fortaleza —dijo con absoluto convencimiento.

Estaba aturdida ante la revelación del historiador. Él se acercó un poco más, apoyando ampliamente sus manos en mis hombros desnudos, zarandeándome con suavidad. Me miró directo a los ojos: debía entender todo muy bien.

—Ese castillo sólo pasaría a manos de los Antonov si Catalina no tenía descendencia... los Antonov se apoderaron de algo que no les pertenecía por derecho; hubo muchos descendientes, pero sólo siete mujeres fueron idénticas a Catalina de Transilvania. Por tus venas corre Sangre Real: no puedes permitir que te quiten lo que fue tuyo y de los tuyos en la antigüedad —me dijo serio y conciso.

—¿Y qué hay de Ileana Antonov? —pregunté de forma imprevista.

—Ileana fue la última de las Antonov con derechos en ese lugar. Su único hijo murió, quizás asesinado; se llamaba Carol Holzhausen; Ileana Antonov regresó a su tierra, en Austria —me comunicó.

Era el padre de Andrei.

—No, se equivoca: Ileana tuvo un hijo más, un tal Bret Antonov —le informé.

—Mentiras, todo mentiras; esa impostora no sabía cómo perpetuar su hegemonía en ese castillo —me hizo saber.

Nuestro recorrido y la apasionante charla había llegado a su final; volvíamos al punto de partida, a la puerta de entrada y salida al Parque de San Francisco. Ya había oscurecido y la brisa de aquellas horas reconfortaba uno de los días más cálidos del año.

—Gracias por todo, señor Rey —le dije, cuando nos despedíamos pues cada uno tomaría caminos diferentes de regreso.

—Ahora ya lo sabes todo: debes encargarte de que las cosas sean como deben ser. Bram te pertenece, así lo decidieron tus antepasados, Los Reyes de Transilvania, cuando dieron ese lugar como herencia a su única hija, Catalina. Nunca existió una secta como tal, sino una época desafortunada donde los lobos rabiosos reinaron por un tiempo, haciendo enfermar a gente o matándola. Se creó un mito y se alimentó para proteger todos esos tesoros —me contaba— Si consigues pruebas de ADN, ellas te darán la razón pues seis de las siete Princesas de Transilvania yacen bajo las tierras del castillo —aseguró.

Conducía ligera por las calles de Oviedo en dirección a mi apartamento. Mil ideas se amontonaban en mi cabeza, tratando de hallar una explicación lógica para cada una de ellas.

—¡Yo hija de Amalia Vivas! —me repetía una y otra vez, cuando mi Peugeot 407 circulaba a una velocidad de sesenta kilómetros a la hora en aquellas avenidas.

Entendía ahora el motivo por el cual me hicieron ir a Transilvania:

—Si yo era la única heredera viva, la séptima de las Reinas, debían deshacerse de mí

también, como hicieron con todas las demás —reflexionaba— pero ¿qué hacía yo en el orfanato? —me planteé entonces.

Aparqué cerca de la Plaza de la Fontán. Caminaba deprisa en dirección a mi apartamento; las revelaciones de Adolfo Rey me habían puesto en alerta una vez más; Ileana Antonov podría seguir viva, en Austria y si no tuvo más hijos ¿a quién pertenecía el cadáver que yo encontré en Peles? Tenía una documentación que daba fe de su identidad: Bret Antonov.

Al llegar a mi apartamento, la busqué y ahí estaba, algo deteriorada, pero especificando ese nombre. Escuché mi móvil vibrar. Lo cogí: era Marcos.

—Tengo cosas que contarte —le hice saber.

—Sí, yo también —aseguró.

—¿Podríamos vernos ahora? —propuse nerviosa.

—Estoy muy ocupado, pero mañana a las nueve, te espero en comisaría: castillos inmensos están a punto de desmoronarse —habló.

Pero ¿de qué castillos me hablaba Marcos? Mi vida sí estaba a punto de desmoronarse, pues, después de casi veintisiete años, continuaba sin conocer mis orígenes, viviendo una pesadilla que me alejaba cada vez más y más de mi propia identidad.

Andrei Holzhausen, mi amado Andrei, era la única baza que le quedaba por jugar a Ileana Antonov en su propósito de quedarse para siempre con ese castillo y con todo lo que él contenía. Pero ¿hasta dónde sería capaz de llegar esa mujer? ¿tendría algo que ver con Antón Cruz, Vasilií Dutu y Ekaterina Ivanov? Y ¿qué sucedió con aquella muchacha que encontré en la mansión de Burdeos y que resultó ser Melissa? Al final se trataba de una de las hijas de Antón Cruz y Sonia González ¿por qué nunca lo supimos?

Tantas y tantas incógnitas envolvían mi cerebro... No podría aguantar mucho más. El entendimiento tiene un límite y el mío había sobrepasado barreras muy altas ¿en qué parte del camino encontraría la verdad? Sí, debía avanzar un poco más para llegar a ella.

A las nueve en punto de la mañana entraba por la puerta de la comisaría y un policía de uniforme me acompañó hasta el despacho de Marcos. Al entrar, lo encontré a él sentado sobre la mesa, revisando unos papeles.

—Buenos días —saludé tímida.

—Llegaste Alejandra —objetó Marcos, llegando hasta mí en cuatro pasos y besando una de mis mejillas.

Me sonrojé ante ello.

—Pero vamos, no te quedes ahí: siéntate —me indicó, ocupando él su lugar, al otro lado de la mesa— He averiguado cosas, datos importantes sobre el orfanato y que te involucran mucho con él —me adelantó misterioso.

—¿Qué cosas?! —me impacienté, despegando mi espalda del respaldo de la silla y echándome un poco más sobre la mesa.

Marcos me miraba: sabía que estaba nerviosa, deseando conocer cada una de sus averiguaciones. Debía comenzar cuanto antes su relato o no lograría saciar mi curiosidad.

—Alejandra, ya sabes que ese orfanato, en la actualidad, pertenece a Ekaterina Ivanov —refirió.

—Sí —afirmé conocedora de ello.

—Pero en el pasado, nada tuvo que ver con esa familia —me dijo.

—¿Qué quieres decir? —me impacienté.

—Investigué sobre ese escudo de armas ¿recuerdas? tú lo fotografiaste. Tenías razón al pensar que no pertenecía a ningún apellido español; no, sus orígenes son otros, más lejanos —trataba de informar.

—Se trata de un apellido rumano ¿verdad? —averigüé.

—Así es, un apellido rumano que nada tiene que ver con los Ivanov —aseguró, poniéndose en pie y aproximándose a mí— En el año 1933, una mujer de la nobleza rumana compró esas tierras y levantó el caserón; se llamaba Ana Vacaescu y se había casado con un alto mando del ejército español. Por temas políticos, él decidió que en el pórtico de la puerta sólo hubiera un único escudo de armas: el perteneciente a los Vacaescu de Transilvania —me contaba.

Enmudecí ante aquello, desorbitados mis ojos, fijos en la pared de enfrente, incapaces de pestañear durante segundos.

—Qué sucede —quiso saber preocupado, sentándose de nuevo en el borde de la mesa, muy cerca de mí.

—No es posible —negué.

Entonces acarició mi rostro con suavidad, haciéndome girar la cabeza, encontrando sus ojos.

—Sí, Alejandra, sí es posible. Ana Vacaescu y Fernando Vivas tuvieron una hija: Amalia, en 1959. Al poco tiempo Ana desapareció misteriosamente: nunca más se supo de ella —relataba.

—¡Oh, Dios! —exclamé horrorizada, conocedora de su destino.

—Cuando Amalia se casó con Alonso Molinari, ambos se quedaron a vivir en la casa, junto con Fernando Vivas, el padre de ella. Éste murió pronto y al poco tiempo, Amalia se quedó en estado, dando a luz una niña —me contaba— A partir de entonces, los acontecimientos se sucedieron muy deprisa; Alonso Molinari y su esposa Amalia desaparecieron sin dejar rastro. El

enorme caserón y sus tierras pasaron de un día para otro a los Ivanov, convirtiéndose en un hogar para niños huérfanos, donde tú creciste, donde tú viviste, sin saber entonces que te encontrabas en tu propia casa —me desveló ante mi estupor.

Unas lágrimas se agolpaban en mis ojos, sin atreverse a caer aún. Mi mente se bloqueaba por momentos; todo lo que Marcos me contaba era como si de un sueño se tratase. Él permanecía junto a mí y muy pronto se agachaba a mi lado para tomar mi rostro entre sus grandes y cálidas manos.

—Lo siento, Alejandra. Querías conocer la verdad; deseabas tanto como yo saber qué sucedió en ese lugar y a quién perteneció en la antigüedad. Los Vacaescu fueron los dueños; Ana Vacaescu fue tu abuela, una buena mujer, rumana, de familia acomodada que un buen día conoció a un español y decidió venirse con él hasta este lugar, construyendo una mansión encantada que más tarde se convirtió en la guarida de unos monstruos, destrozando la vida de unos inocentes niños —narraba— Sangre española y rumana corre por tus venas y si logramos demostrar todo esto, recuperarás la casa que un día fue de tus abuelos y después de tus padres —me dijo a continuación.

—¡No la quiero! —exclamé aún aturdida, levantándome precipitadamente de mi silla y caminando de un lado para otro de la habitación— En ese lugar sufrí. Esa casa marcó mi vida para siempre. No, no... nada de esto tiene sentido —me desconcerté.

—¡Alejandra! —objetó Marcos, tomándome de los hombros y zarandeándome ligeramente para hacerme reaccionar— es la verdad, aunque te duela; es tu verdad, la única que tienes, esa que siempre quisiste saber —me hizo comprender.

—Ya no estoy segura de nada —dije, echándome entonces a llorar.

—Vamos, vamos —objetaba Marcos, haciendo recostar mi cabeza sobre sus generosos hombros y acariciando mi espalda, tratando de calmarme— No estás sola; te dije que te ayudaría y lo haré; estaré contigo hasta el final —confirmó seguro.

Me incorporé un poco y lo miré, con los ojos bañados en lágrimas, esas mismas que habían humedecido parte de mis mejillas y que ahora trataba de secar con las manos. Aspiré fuerte pues mi nariz se congestionaba y entonces se lo pregunté:

—¿Por qué haces todo esto?

Marcos me miraba serio, con sus ojos color celeste, quizás reflexionando sobre la respuesta, con sus manos aún sobre mis hombros.

—Quiero ayudarte; yo... bueno... lo hago por ti, Alejandra —se atrevió a reconocer.

—Marcos, te estás tomando muchas molestias para conocerme tan poco —opiné de forma ingrata.

Entonces se apartó un poco de mí, dándose la vuelta.

—Lo siento, no quise decir eso —traté de disculparme.

—No te preocupes —me tranquilizó— Ya te dije que éste era un caso que tuve asignado hace tiempo; estuvimos a punto de darle carpetazo hasta que apareciste tú y entonces, fíjate la de cosas que hemos descubierto —me explicaba, girándose nuevamente hacia mí.

—Eres un buen poli y una buena persona —opiné convencida.

Él sonrió. Marcos era un atractivo muchacho de pelo rubio, ojos azules y unas marcadas facciones en su rostro. Medía más de uno ochenta y su espalda era ancha, predominado en su fibroso cuerpo el músculo.

—¿De verdad lo crees así? —me preguntó, sin renunciar a su sonrisa.

—Sí Marcos, claro que lo creo —afirmé segura.

—Bueno, me he sentido tan halado que quisiera invitarte a cenar —sugirió.

—¿Estarías dispuesto a cocinar otra vez para todos nosotros? —me burlé.

—No —negó, colocándose muy cerca, tanto que casi podía percibir su aliento— cocinaría para ti: solos tú y yo —insinuó.

Eran más de las diez de la mañana cuando abandonaba la comisaría. Había aceptado aquella invitación de Marcos; cenaríamos juntos esa misma noche, pero no en su casa, sino en un restaurante.

Cuando llegué a mi apartamento, me metí en la cocina dispuesta a prepararme un café: aún no había desayunado. Pensaba en Marcos y por momentos entendía que me sería muy fácil enamorarme de él. Pero Andrei Holzhausen continuaba anclado en mi mente, un amor verdadero ahora perdido para siempre. Cogí el teléfono móvil y cuando me quise dar cuenta estaba buscando su número en la agenda; necesitaba llamarle una vez más, pero, pese a estar encendido, él no contestó.

—¿Por qué?! ¡Andrei, dime ¿por qué?! —me preguntaba una y otra vez, entendiendo entonces que jamás volvería a verle.

Y ¿cómo se puede aceptar algo así? El único ser en la tierra que verdaderamente me había importado, al que amaba por encima de mis fuerzas, por quien daría todo... ¿cómo podría yo aceptar esto y seguir con mi vida? No, quizás no pudiera.

El día pasó rápido, entre recuerdos de nostálgicos momentos. Llamaban al timbre y sabía que se trataría de él.

—Hola Marcos —saludé al abrirle.

—Hola —respondió, vistiendo elegantemente con un traje de chaqueta color gris oscuro, con corbata en el mismo tono sobre camisa blanca.

—Estás muy bonita esta noche —reconoció mirándome.

—Gracias —respondí ante su objeción, bajándome un poco aquel ajustado vestido color crema.

—¿Nos vamos entonces? —me preguntó.

—Sí, cogeré el bolso y ya está —afirmé.

Y a los pocos minutos, montábamos en su coche, dirigiéndonos hacia un restaurante a las afueras de la capital. El intenso perfume de Marcos embriaga todo el espacio, de fragancia varonil y sensual. Circulábamos por la transitada autovía, mientras escuchábamos una emisora de música. Durante el corto trayecto, hablamos de cosas, aunque en ningún momento hicimos referencia al orfanato; sería una noche especial, y un tema así podría empañarla.

Llegamos al lugar, un lujoso restaurante apartado de la carretera, escondido en un bello paraje asturiano. Sus mesas se disponían en un ajardinado exterior, rodeado de flores y árboles, y aunque la iluminación era suficiente, en cada mesa se habían colocado unas velas que conferían un aspecto mucho más romántico al lugar. Caminábamos lentos hacia la nuestra, reservada desde la mañana por Marcos. Él me había tomado delicadamente de la cintura y tras retirarme la silla, me invitó a sentar.

—Gracias —respondí.

Pero él sólo sonrió atractivamente, ocupando su lugar frente a mí.

—¿Te gusta? —me preguntó entonces.

—Me encanta; es un lugar precioso —aprecié.

—Sí, y se cena muy bien en él —me informó.

Un rato después, todo transcurría apaciblemente. Cenábamos, acompañando el pescado con un espumoso vino blanco y conversando animadamente, mientras las miradas de complicidad se sucedían.

—Marcos, no te he contado algo —le dije.

—¿De qué se trata? —trató de averiguar.

—De Adolfo Rey; anoche me llamó; quería hablar conmigo, a solas y quedamos en El Parque de San Francisco —lo informé.

Marcos se mostraba expectante; deseaba conocer toda mi conversación con el historiador y muy pronto le hice conocedor de ello. Ya habíamos terminado el postre cuando mi explicación finalizó. Él estaba fascinado. Sin embargo, no refirió nada al respecto, tan sólo que no me preocupase.

—Es difícil no preocuparse en mi lugar; Ana Vacaescu y Amalia Vivas podrían haber sido asesinadas en el Castillo de Bram; quizás sus restos se encuentren sepultados allí —opiné.

—O quizás la investigación de ese historiador está exenta de fundamentos —objetó al respecto él.

—Marcos ¿por qué tendría que ser yo hija de esa Amalia Vivas? —planteé abatida.

—No tengo pruebas, Alejandra, pero descubrí que Amalia Vivas tuvo a su hija un 16 de mayo de 1983 en su casa, en el antiguo orfanato. Durante meses fue la única bebé, la única huérfana del lugar... tenía una mancha de nacimiento en el cuello en forma de nube... como tú —observó.

—¿Quién te dijo todo eso?! —le pregunté incómoda— Vamos, Marcos, tú solito no pudiste deducir todo eso —intuí.

Pero él permanecía callado.

—Marcos, quién habló contigo —le exigí saber.

—Está bien, está bien; sólo te diré que trabajó para tu familia en los quehaceres de la casa; después se convirtió en la limpiadora del orfanato. Tuvo miedo de todo lo que allí sucedía y un buen día desapareció —me informó.

—¿Cómo se llamaba? —le pregunté.

—Alejandra, eso no importa; esa mujer está protegida por la investigación: no puedo darte más datos, lo siento —decidió.

—Pero... ella sabía lo de mi marca en el cuello —hablé.

—Esa mujer te vió nacer, aunque no sabe que aún estás viva. Ya sabemos muchas cosas: todo a su debido tiempo —trató de calmarme.

—Pero Antón Cruz, Ekaterina y Vasilií Dutu aún están sueltos; si me encontraran... —me preocupé.

—No te encontrarán, te lo prometo —aseguró— te dije que te protegería y lo haré.

—¿Y Andrei Holzhausen? Esos locos piensan que él es el heredero de esa fortaleza; en un tiempo pasado, Ekaterina y Andrei tuvieron planes de boda; si esto sucediera él podría morir —volví a inquietarme.

Marcos no hizo comentario alguno. Minutos después nos dispusimos a pasear por el cuidado jardín que rodeaba todo el restaurante; hacía una agradable temperatura y en aquella noche de verano, ya se escuchaban a los grillos cantar. Ambos caminábamos en silencio. Sentí una de sus manos acomodarse en mi cadera mientras el sonido de nuestras pisadas y la suave brisa lo invadían todo.

—¿Has traído a muchas chicas a cenar a este lugar? —le pregunté, tratando de romper el hielo de aquel silencio.

Escuché su risa y después su voz.

—Aunque no lo creas, sólo a ti —me dijo.

—¿No! —objeté.

—Conozco este restaurante porque asistí a una boda aquí, nada más. Me gustó y pensé que, si alguna vez conocía a una mujer especial, la traería —insinuó.

Pude entender el significado emocional de aquella frase: yo le interesaba a Marcos, al igual que él me interesaba a mí. Debía olvidar a Andrei para siempre; él nunca me supo comprender; no tuvo paciencia para esperarme, una paciencia necesaria cuando se quiere de verdad a alguien.

Ante sus palabras, no supe qué contestar, pero noté cómo aminorábamos el paso, parándonos poco a poco frente a una enorme fuente de aguas cristalinas, de chorros generosos y gélidos. Sentí cómo aquella tímida mano que antes sólo palpaba mi cadera, ahora se aferraba a mi cintura, abarcando toda ella con su brazo. Nuestros cuerpos se rozaban, sólo por un costado, pero era suficiente para sentir muchas cosas.

—¿Sabes? —le escuché hablar— he notado que cada día me cuesta más separarme de ti y que cuando te vas, estoy deseando volver a verte otra vez —me explicó.

Bajé un poco la cabeza entonces, algo entrecortada.

—¿Habría posibilidad de que nos viéramos más frecuentemente? —me propuso ante mi asombro, situándose frente a mí, reluciendo sus ojos más que nunca.

—Yo... no tendría ningún inconveniente —respondí, tragando saliva después.

Deslizó dos de sus dedos por mi mejilla, despacio, con sumo cuidado. Me miraba tranquilo, con una seductora sonrisa dibujada en su rostro, en sus rosados labios, carnosos y sensuales como había visto pocos. Sus ojos, de un azul intenso, se rasgaban, marcándose bajo ellos unas leves arrugas que delineaban aún más la dulzura de su expresión. Su mano se había paralizado a la altura de mi barbilla y ahora sus ojos se habían tornado serios y decididos a la vez. Se aproximaba lento pero imparable; sentí un roce de sus labios en los míos, tan tiernos... Me mostraba tímida e insegura y cerré los ojos, permitiendo que su boca dominara la mía con suaves caricias, aferrada su mano aún a mi cuello, sintiendo como el viento fresco, revolvía mi cabello, transportándome a un lugar desconocido, guiándome libre al sitio seguro.

Segundos después nos separamos un poco, volviéndonos a mirar. Algo extraordinario se vislumbraba en nuestros ojos; el descubrimiento de un nuevo sentimiento, de una maravillosa emoción. Marcos deslizó suave su mano a lo largo de todo mi brazo, alcanzando entonces una de mis manos y tomándola, apretándola con delicadeza después. No hubo palabras, pues nuestras miradas lo revelaban todo.

Retomamos el paseo, agarrados de la mano; el silencio de la noche lo invadía todo. Mi corazón latía con frenesí, comprendiendo entonces que, tal vez aún había una oportunidad para mí, lejos de Andrei, pero siendo feliz.

Al cabo de un buen rato nos marchamos de aquel maravilloso restaurante. Marcos conducía pensativo, dirigiéndome fugaces miradas. Todo había ocurrido muy deprisa, ambos lo sabíamos; sin embargo, nadie nunca podría cambiar lo que sentí cuando Marcos me besó esa noche, ni siquiera Andrei Holzhausen.

—¿Lo has pasado bien? —me preguntó al fin, llevando sus ojos de la carretera hacia mí y viceversa.

—Muy bien; ha sido una noche maravillosa: nunca la olvidaré —respondí sincera.

—¿Por qué? —quiso saber, tratando de llegar al fondo de mis sentimientos.

—Pues... bueno Marcos, he sentido cosas hermosas —le dije tímida.

Él no respondió a mis palabras; continuaba conduciendo, mirando con fijeza la carretera, aunque sus labios mostraron una leve sonrisa y en su rostro se marcaba la expresión de una ilusión. Había escuchado lo que realmente quería: estaba satisfecho. Habíamos llegado a Oviedo y callejeábamos rumbo a la Plaza de la Fontán, donde estaba ubicado mi apartamento. Durante el trayecto, no hubo más palabras y al llegar, aparcó el coche muy cerca del portal, bajándose y dirigiéndose hacia el otro lado del vehículo para abrir galantemente mi puerta. Me ofrecía su

mano y tras tomarla, descendí; al hacerlo, lo encontré a él, de frente, muy próximo.

—Gracias, Marcos —fue lo único que se me ocurrió decirle.

—Dime Alejandra: ¿cuáles son esas cosas hermosas que has sentido? —se atrevió a pregunta.

Parecía muy interesado.

—¿Por qué quieres saberlo? —pregunté ahora yo.

—Es importante saber si algo podría comenzar entre nosotros y cuán duradero podría llegar a ser —respondió.

—Eso no depende sólo de las cosas hermosas que yo haya sentido —le dije.

—Sí, depende sólo de eso. Mira, Alejandra, yo quiero estar contigo; sé que las cosas podrían funcionar entre nosotros; esto podría salir bien, pero eso es lo que yo siento. ¿Y tú? ¿sientes lo mismo? —se interesó.

Giré la cabeza y mi mente se vio abarcada por una imagen: Andrei Holzhausen. Sin embargo, un interminable cosquilleo recorría mi estómago una y otra vez junto a Marcos. Entonces volví a mirarle y encontré sus ojos azules anclados en los míos.

—Sí, yo siento lo mismo —le revelé, haciendo resurgir una sonrisa en su rostro— Cuando esta noche me besaste en ese jardín, algo importante despertó en mí, lo sé y todo por ti; pero me da miedo: yo... —traté de explicar.

—Chussss! —susurró, acercando su rostro al mío, a menos de un centímetro su boca de la mía — yo me encargaré de apartar ese miedo de ti; el tiempo cura muchas heridas; no sé cuán profundas pueden ser las tuyas, pero sanarán, ya lo verás —me aseguró.

—Sí —reconocí.

Y eliminando la distancia que nos separaba, nuestros labios se unieron al fin y todo fue maravilloso en aquella Plaza de la Fontán, bajo la luz de la luna, envueltos en una magia especial.

Desde aquella romántica noche, pasaron algunos meses.

Marcos y yo habíamos iniciado una hermosa relación y poco a poco la sombra de Andrei Holzhausen se fue haciendo más pequeña con el tiempo, aunque no llegaba a desaparecer.

Mientras tanto, la Interpol había tomado cartas en el asunto con respecto a Los Ángeles Olvidados y todo lo acontecido en el Castillo de Bram; este lugar había quedado precintado por la policía, dictándose una orden de caza y captura contra Antón Cruz, Vasilii Dutu y Ekaterina Ivanov. Nadie sabía dónde se escondían estos tres oportunistas; incluso la mansión de Burdeos había sido revisada, sin poder obtenerse pistas sobre el paradero de estos.

La vida continuaba y la pesadilla parecía haber quedado lejana en el tiempo, aunque, hasta más tarde, no supe cuánto me equivocaba con respecto a esto.

Continuaba pintando, mi gran pasión. Habitando aún el pequeño pero coqueto apartamento de La Plaza de la Fontán, me había centrado únicamente en mi trabajo como fotógrafa y en mi relación con Marcos, ese inspector de policía que un buen día apareció, alejando de mí todos mis miedos y dando una oportunidad más a mi corazón, esa misma que un día Andrei me negó.

Era una mañana gris del mes de noviembre. Revelaba las últimas fotos realizadas en un bello jardín a las afueras de Oviedo cuando alguien apareció en mi casa con una carta certificada. Esta decía así:

Cluj—Napoca, 3 de noviembre de 2008

Estimada señorita Alejandra Expósito:

El motivo de esta carta es comunicarle que debe usted presentarse ante la policía rumana, en Cluj—Napoca, en un plazo máximo de tres días, con el fin de esclarecer algunos puntos relacionados con el Castillo de Bram.

Atentamente: George Lotringen (Jefe Superior de Policía).

Tras estas letras, me senté abatida en el sofá. Volver a Transilvania... ante esta idea, comenzaron a aflorar en mí aquellos terroríficos recuerdos que ya creí superados y olvidados. Comprendí entonces que hay cosas que jamás se olvidan.

Debía partir lo antes posible y lo peor de todo era que no podría avisar a Marcos, pues se encontraba en una misión especial en Marruecos. Después de tantos meses de felicidad, de olvido... la pesadilla se cernía sobre mí otra vez y ahora regresaba a ese país que, en cierto modo, formaba parte de mi vida.

Preparaba algo de ropa; no debía excederme, pues sería una visita corta, al menos eso pensaba yo. Dejé varios mensajes en el contestador de Marcos; cuando volviera, los escucharía; también telefoneé a Adolfo Rey, pero nadie respondió.

—Vaya, pero ¿qué tenemos aquí? —me dije, bajando de una de las estanterías una caja de cartón donde, tiempo atrás, decidí guardar todo lo relacionado con Transilvania.

El misterioso móvil que encontré en el bosque del lago, la tarjeta de memoria de Leonard y aquella extraña medalla con un pergamino y un nombre: M^a Magdalena. La encontré en un foso; alguien lo excavó con algún fin, pero ¿cuál? Todos esos hallazgos viajarían conmigo a Transilvania, pues serían mi guía, mi brújula en tan inhóspito lugar. No podía olvidar algo más: las llaves de la casa de Nicoleta Ivanov, esa extraña casa en el pueblo de Bram.

Era la hora prevista y no había marcha atrás. Estaba a punto de tomar un vuelo a Bucarest; una

poderosa tensión interna me invadía a medida que avanzaba a la zona de embarque: ¿volverían las cosas a ser iguales?

Cuando salí al exterior del aeropuerto, allá, en la capital de Rumania, y escuché a sus gentes hablar, el peculiar aroma de sus calles, algo en mí resurgió. Aún faltaban dos días para reunirme con la policía en Cluj—Napona, por lo que debía buscar alojamiento y descansar hasta entonces.

En la estación, tomé un tren directo a Cluj—Napona y desde ahí a Sighisoara, como ya hiciera la primera vez que visité Rumania. Era un mes frío aquel de noviembre y en aquella parte de Rumanía esto se hacía notar mucho más.

Pero ¿qué estaba haciendo? ¿hacia dónde me dirigía? Acababa de llegar a Sighisoara; era noche cerrada y aunque todavía no era demasiado tarde, las calles de esta bella ciudad se mostraban solitarias debido al frío. Bien abrigada, arrastraba mi maleta por toda la calle en dirección a uno de los hoteles más céntricos de Sighisoara. No podía evitarlo: el miedo me invadía; con sólo pensar que a treinta kilómetros se encontraba Bram y su imperioso castillo, podía temblar. Entré en el interior del hotel, de espaciosa recepción; el calor del lugar me invadió, desterrando el frío que todo mi cuerpo sentía. Pedí una habitación y tras acomodarme en ella, bajé al restaurante, no demasiado amplio, dispuesta a cenar algo. Estaba hambrienta. Conversé un poco con la camarera que me servía; estaba ansiosa por conocer las últimas noticias sobre Bram, ya que en los periódicos que había leído, no se decía nada al respecto.

—En realidad, me dirigía a Bram: tengo una casa allí, pero me dijeron que por las noches los lobos siguen bajando al pueblo —expliqué, tratando de indagar.

—Eso es inevitable; esos animales tienen hambre y durante el invierno, en las montañas es más difícil cazar —me contaba la camarera— De todas maneras, desde que ocurrió lo del castillo, hay muchos menos lobos —insinuó.

—¿Qué sucedió en el castillo? —me interesé, haciéndome la despistada.

—Una veintena de enfermos se escondían en el sótano de ese lugar. Padecían la rabia... esa noticia ha dado la vuelta al mundo —me informó.

—Pero ¿cómo es posible que hayan sobrevivido en esas condiciones? —le pregunté aun mostrándome ajena a todo.

—Al parecer se alimentaban de la sangre de otras personas, como ya hiciera Catalina de Transilvania hace siglos —me contaba— Bram es un pueblo muy supersticioso y sus gentes extrañas. Siempre vivieron bajo el influjo de ese castillo; ha muerto mucha gente... una auténtica tragedia —narraba aún afectada.

Supuse que aquella camarera desconocía la imagen de la Princesa Catalina de Transilvania.

A la mañana siguiente tomé el único autobús a Bram. Viajaba sola, como de costumbre; yo y el conductor. A medida que nos acercábamos, entendía que nada había cambiado en aquel lugar aún olvidado por todos, apartado del mundo, desterrado en los abismos de los bosques.

A lo largo de esos treinta kilómetros que separaban Sighisoara de Bram, el contraste de colores y la espectacularidad de sus montañas, todas cubiertas de altos y frondosos árboles, era único, de una belleza inigualable.

Acabábamos de llegar a la única parada del pueblo. Las puertas del autobús se abrieron y yo descendí, estremeciéndome ante la soledad de aquella calle y de todas las demás. Si todo en Bram había acabado, ¿por qué nada había cambiado? Mientras caminaba por sus callejones, sus gentes se asomaban tras los visillos de las ventanas, cerrándolas a cal y canto a mi paso. Y al torcer la

esquina, ahí estaba, la gran casa, imperiosa, abarcándolo todo con su fachada. Llegué hasta la puerta y me sorprendí al comprobar que la policía no la había precintado. En el sótano de esa casa encontré el cadáver de una niña: el de Petrica. Sin embargo, las cosas parecían no haber cambiado aún en ese pueblo. Miré la puerta; sus llaves se encontraban en las profundidades de mi bolso, pero un inexplicable temor me paralizaba ante ella. Escuché un portazo casaca más abajo y al mirar, recordé que allí vivía la madre de Petrica.

—Sí, debo hablar con ella —me dije, echando a andar hacia el lugar.

Al llegar, golpeé con fuerza la puerta; sabía que tendría que insistir para que aquella mujer me abriera.

—¡Márchese, por favor! —me pidió tras la puerta.

—Tengo que hablar con usted, se lo suplico —le rogué.

Sentí el cerrojo y pronto apareció Dafne, pues así se llamaba aquella mujer, la madre de Petrica.

—Tiene que marcharse de aquí: corre peligro, créame —me advirtió.

—Por favor Dafne, déjeme pasar —le pedí, insistente una vez más.

Y tras dudar unos segundos, abrió al completo la puerta, invitándome a entrar, cerrando rápidamente después. Olía a leña quemada: el fuego de la chimenea debía estar encendido.

—Dafne, dígame ¿qué ha sucedido? —le pregunté aún en el hall de la casa.

—La policía estuvo en el castillo hace meses y sacó a esos muertos vivientes que habitaban el sótano —me contó sin mirarme a los ojos.

Parecía ocultar algo: sin duda Dafne estaba asustada.

—Encontré a Petrica muerta en el sótano de mi casa, en el escondite secreto, como ella y Yelena llamaban a ese lugar —le expliqué— ¿por qué mi casa no está precintada? ¿es que la policía no la sacó de ahí? —me preocupé.

—No Alejandra, la policía no encontró jamás a mi hija; yo sé que ella está muerta, pero aún no sé dónde —me contaba con lágrimas de dolor en sus ojos— el castillo fue desalojado y durante un tiempo se intentó desviar a los lobos hacia otros lugares, montaña adentro; pero nada de eso ha podido impedir que esa fortaleza siga dominando Bram —me dijo.

—¿Qué quiere decir con eso? ¿Y Petrica? Yo misma di datos sobre donde se encontraba su cuerpo. No, por Dios, nada tiene sentido —objeté confusa.

—La leyenda de Catalina de Transilvania sigue viva; usted, con su llegada a este lugar la extendió, perpetuándola aún más. La policía acabó su trabajo y se marchó, pero en ese castillo sigue habiendo gente mala y los lobos están bajando otra vez al pueblo —me contó en voz baja.

—Pero ¿quiénes son? —quise saber desconcertada ante sus palabras.

—Los últimos Ángeles Olvidados... no lo sé, pero de una cosa estoy segura: la esperan —me dijo convencida.

Un intenso escalofrío recorrió todo mi cuerpo.

—No sé de qué habla —objeté.

—¿Por qué ha vuelto? —quiso saber Dafne.

Ahora sí me miraba directa a los ojos.

—Pues... recibí una carta de la policía rumana: debía venir —expliqué de forma abreviada.

—Son ellos y la engañaron otra vez —aseguró— La casa donde vivió permanece cerrada: nadie se acerca a ella... bueno, recuerdo que hace tiempo, un hombre estuvo viniendo día tras día. Aparcaba su coche y llamaba a la puerta varias veces; esperaba un rato y después se marchaba. Quizás era uno de esos monstruos... —me contó.

Temblaron mis piernas y por momentos creí que caería al suelo. El pánico comenzaba a

invadirme.

—Alejandra, su rostro es la viva imagen de la Princesa Catalina de Transilvania. Algunas personas se muestran muy interesadas en mantener viva esa leyenda sobre Los Ángeles Olvidados y mientras existan descendientes de ella tan parecidas, las gentes de este pueblo se dejarán manipular por el castillo y por esas personas cuyo único propósito es adueñarse de él y de todas sus pertenencias —me contaba, mientras que una intensa presión en mi pecho me impedía respirar sin dificultad.

—Pero ¿qué pertenencias? Dafne, tiene que ayudarme —le pedí en una frase desesperada.

Entonces esa mujer entró en una habitación y tras unos segundos, salió de ella, portando una pistola. Extendió su brazo, haciéndome entrega de la misma.

—Pero... —traté de responder.

—No hay peros que valgan; debe salir de este pueblo lo antes posible y tal vez la necesite —opinó— La policía terminó su trabajo aquí, aunque esto nunca terminará —aseguró.

Cuando salí de la casa de Dafne, estaba aterrada. Todas mis opciones quedaban reducidas a una sola: ir al Castillo de Bram. Volver a Transilvania fue un error, pero regresar a Bram había sido una locura casi mortal.

Anduve por las callejuelas y al salir del pueblo, tomé el camino que conducía al castillo, acechando siempre desde las alturas. Caminé durante un buen rato, cuesta arriba, haciendo frente a un frío extremo, expulsando vaho de mi boca y estremeciéndome una y otra vez al pensar que me dirigía al foco de la historia más macabra que jamás conocí. Al llegar a la cancela que daba paso a sus terrenos, la puerta estaba cerrada, como era habitual. Pero en aquellos momentos no había obstáculos para mí y al saltar la valla comprendí que me encontraba muy cerca del castillo. Agazapada entre los arbustos, me dirigía hacia la puerta principal de la fortaleza y aparcado en la misma se hallaba el elegante Rolls Royce que Nicolás solía utilizar para sus desplazamientos durante su estancia en el castillo. Pero no se escuchaba nada, tan sólo el frío viento procedente de las altas cumbres. Sin embargo, había vida en ese lugar, podía sentirlo y aun así, bordeé todo el castillo, llegando a la zona más apartada del mismo, justo en la parte de atrás. Una pequeña valla de madera, carcomida por el paso del tiempo, marcaba los límites con el bosque, oscuro debido a su espesor, pero decidí rebasar la valla y caminar por su estrecho sendero, llegando hasta el olvidado cementerio de las seis Princesas, aquellas que podrían haber sido Reinas de Transilvania y que, sin embargo, yacían olvidadas en aquel lugar. Catalina, Federica, Elizabeth, Eleanor, Ana y Amalia.

—Amalia —pronuncié— podría ser la tumba de mi madre —pensé apenada, arrodillada sobre ella.

Tras un buen rato observando cada una, con sus lápidas en piedra, labrados sus nombres, regresé por el sendero. Debía entrar en el castillo y dirigiéndome hacia una puerta trasera, logré hacerlo. La iluminación era escasa, basada únicamente en velas sobre candelabros y muy pronto accedía a zonas muchos más conocidas para mí. Al final del pasillo, justo donde se encontraba el salón donde, meses atrás, almorcé con Nicolás, ahora se escuchan voces de personas que conversaban. Me acerqué despacio, ocultándome tras los grandes macetones que adornaban el pasillo y pronto llegué hasta la puerta. Voces de mujeres y hombres se entremezclaban, pero reconocí una por encima de todas: la de Nicolas Müller. No, debía ser un error; él estaba en Alemania, regresó a Berlín; me ayudó a comprender cosas... no podía ser uno de ellos, pero algunas veces la realidad supera la ficción y aprovechando una pequeña apertura de la puerta, pude reconocer a todas y cada una de las personas que se disponían sentadas frente a aquella alargada mesa; Vasiliu Dutu, Antón Cruz, Nicolás Müller y dos mujeres que por sus aspectos

supuse quienes podrían ser: Ekaterina Ivanov e Ileana Antonov. No, quizás no era ella: Andrei aseguraba que murió. Comían plácidamente, mientras las gentes del pueblo sufrían con sus horrores.

Ileana era una mujer alta y más bien delgada, con el pelo teñido de rubio y corto; la elegancia y la sofisticación eran la nota predominante en ella y a pesar de su edad, se conservaba bastante bien. Ekaterina, la atractiva y malévola Ekaterina; tenía el cabello largo, teñido con mechas rubias, y con un alisado extremo. Estaba sentada junto a Nicolás y por los constantes mimos que se procesaban, intuí que algún tipo de relación había entre ellos.

—No debiste regresar otra vez: sabes de sobra que todos corremos peligro en este asunto. Tu padre lo hizo y murió: debería servirte de lección —hablaba la elegante anciana— Te haces mucho de rogar, Nicolás —opinó Ileana.

—Sabes muy bien porqué estoy aquí: tendréis a Alejandra cuando yo tenga mi oro y no me refiero a esa mierda que encontró ella —explicaba ante mi estupor.

—No tenemos mucho tiempo; si el pueblo descubriese la verdad, se nos echaría encima y todos perderíamos —habló ahora Antón.

—Deberías revelar su paradero de una vez, Nicolás o todos nos quedaremos sin el oro —se impacientó Vasilii Dutu.

—Todo a su debido tiempo. Continuaremos cavando en el sótano: debemos estar cerca —opinó Nicolás— esa escultura y los lingotes de oro de esas Princesas deben esconderse en algún lugar de este castillo —objetó ahora, tomando con delicadeza una de las manos de Ekaterina extendida sobre la mesa.

Ella sonrió y entonces se besaron.

—Nicolás, no seas estúpido: si conseguimos deshacernos de Alejandra y de mi nieto Andrei, tú serás el futuro heredero de este castillo —le recordó Ileana, poniéndole la miel en los labios.

—No me interesará un castillo sin tesoros y cuando encontremos todo lo que hay aquí oculto ¿qué sentido tendrá este lugar? A ninguno de vosotros os interesa Bram; tu familia, los Antonov permanecieron aquí con el único propósito de apoderarse del oro —planteó entonces él.

—Siglos atrás, los Reyes de Transilvania así lo decidieron: si Catalina no tenía herederos, los Antonov se establecerían en el Castillo —recordó Ileana a todos los allí presentes.

—Pero sí hubo herederos, Princesas descendientes de Catalina, y los Antonov eran conscientes de ello. Por eso, todas fueron encontradas y asesinadas a lo largo de los siglos. Las traían hasta Bram, para enterrarlas en las inmediaciones del Castillo —narró Nicolás— Mi padre te ayudó a escapar de ese foso en el que te enterraron: tendrás que darme a mí lo que le prometiste, así es que piensa si habrá para todos —recordó el apuesto muchacho.

—Bueno, puede que haya más de lo que creemos. Además, Ekaterina y tú podríais ser muy felices aquí; nadie os encontraría jamás: este es un lugar vetado —explicó Ileana insistente.

—Hay que encontrar los siete lingotes de oro y la escultura de Catalina de Transilvania —recordó Vasilii Dutu— esa es nuestra prioridad y lo antes posible; si no apresamos pronto a Alejandra, podría delatarnos: ella lo sabe todo —contaba el abogado.

—¡Maldito seas, Nicolás! No debiste dejarla marchar: tenías que traerla al castillo y acabar con ella —le reprochó Ileana.

—Demasiado sospechoso; no, es mejor así; ya habrá tiempo de todo eso. Vosotros me traicionasteis, por lo que ahora debéis esperar —opinó Nicolás.

—Eres un sentimental; te enamoraste de ella, no lo niegues —descubrió Antón Cruz.

—Sé bien lo que hago. Engañamos a la policía y a ella también —recordó Nicolás Müller.

—Ese inspector nos dio un plazo para encontrar todo eso; no podrá despistar mucho más a sus

compañeros y Alejandra podría acabar con nuestros planes en cualquier momento —habló Ileana Antonov.

—Si no lo ha hecho ya —intervino Ekaterina— Es posible que Andrei Holzhausen sepa muchas cosas; ella ha debido contárselas —imaginó la rubia muchacha.

—Bueno, el tiempo se nos acaba: si para el viernes no hemos encontrado nada... os aseguro que no sabréis de Alejandra en la vida y así es que, dejad de quejaros y a trabajar —ordenó déspota Nicolás.

Comenzaba a haber movimiento en el salón y yo, asustada, me escondí tras una columna de mármol en uno de los rincones del pasillo. Iban a salir y pasarían muy cerca de mí; debía contener la respiración y después tendría que marcharme de allí antes de que fuera demasiado tarde.

Uno a uno, iban pasando ante mis ojos y al llegar al hall, alguien entró precipitadamente en él procedente del exterior. Desde donde yo me encontraba no podía verle, pero escuchaba su voz, ronca, entrecortada, casi sin aliento.

—Señora Ileana, alguien ha entrado en el castillo —anunció, sintiéndome al borde de un ataque de pánico.

—¡Eso es imposible! —replicó alarmada la anciana.

—Sus huellas están por todas partes —informó sofocado.

—¡Suelta a los lobos! Ellos encontrarán a nuestro atrevido invitado —ordenó imperiosa Ileana, una mujer fría y calculadora, incapaz de apiadarse de nadie.

Si soltaban a los lobos, sería descubierta, no había duda.

—Está bien; buscaré a Leonard: él se encargará de todo —decidió aquel hombre, desconocido para mí.

—Esos lobos podrían bajar al pueblo y atacar en pleno día; no nos interesa perder adeptos de Bram —intervino Antón Cruz.

—Esto es una propiedad privada, ¡mi propiedad! y mataré a todo aquel que se acerque a este castillo sin ser invitado, como ya hice con mi propio marido y con tanta gente... —recordó siempre dura Ileana.

En pocos segundos el hall quedó vacío y el silencio reinaba en aquel lugar. Leonard continuaba siendo el encargado de los feroces lobos, esos mismos que cada noche continuaban bajando al pueblo, hambrientos. Sigilosa, salía de mi escondite, avanzando despacio por el pasillo en dirección al hall, con el único propósito de salir de allí. Podía sentir la tensión en cada parte de mi cuerpo y a medida que avanzaba más y más me convencía de que nunca saldría de ahí con vida. Sólo unos metros me separaban de la puerta principal y de pronto, mientras me aseguraba de que no quedaba nadie por allí, alguien me tapó bruscamente la boca, haciéndome retroceder unos pasos. Mi espalda chocaba contra alguien y ante mi desesperada lucha por soltarme y escapar, una voz susurró en mi oído:

—No temas, por favor: voy a ayudarte a escapar.

Pero yo estaba aterrada; el miedo me invadía y forcejeaba con aquel desconocido con el único propósito de huir.

—Debes calmarte; si no confías en mí, morirás —volvió a susurrarme.

Sus palabras me sobrecogieron; sin embargo, había reconocido aquella voz que me hablaba entre susurros: Leonard Stephenson. Cuando estuve más tranquila, él apartó su mano de mi boca y fue cuando me volví hacia él. Pese a la tenue luz, pude comprobar que su aspecto se había deteriorado aún más y sentí una gran pena, pues sus días estaban contados y ya eran escasos.

—¡Leonard! —exclamé en voz baja.

—Alejandra, has sido una imprudente viniendo a este lugar; si ellos te descubrieran, no lo

dudes, te matarían —me advirtió— Tienes que salir de aquí ahora mismo —se precipitó.

Estaba asustada. Mi respiración se entrecortaba y un incontrolable temblor se imponía en aquellos momentos.

—Tranquila. El Rolls Royce está aparcado justo en la puerta: debes subir a él y tratar de hacer el menor ruido posible —me indicó.

—No puedo hacer eso, me descubrirían —repliqué.

—No tienes elección; si sueltan a los lobos, tus minutos están contados —me explicó— Pero hoy estás de suerte, Alejandra: Nicolás Müller y Ekaterina viajarán a Sighisoara esta misma tarde; es tu única oportunidad de salir de aquí, así es que no la desperdicies —me decía.

Lo miré; su extrema palidez alarmaba, al igual que su delgadez.

—Leonard, creí que todo había acabado. Ha muerto mucha gente, entre ellos, tu padre y tu hermana; es hora de parar, por favor —le hice comprender.

—Todo terminará muy pronto, ya lo verás y ahora debes hacer lo que te he dicho —me recordó.

—¿Por qué me ayudas? —quería entender.

—Porque ni el más grande de los tesoros del mundo valen todo lo que aquí ha sucedido. Generación tras generación, todas las Princesas de Transilvania murieron a manos de desalmados como estos, buscando un tesoro que nunca fue encontrado; pero tú te salvarás y tal vez así, algún día, brille el sol en Bram para siempre —me explicaba, maravillándome con su relato.

—¡Dios mío! —objeté aturdida.

—En cuanto llegues a Sighisoara, escapa y no acudas mañana a esa cita en Cluj—Napon: todo es una trampa de Nicolás; quiere una parte del botín y tú eres su moneda de cambio pues sólo él conocía tu paradero —relataba conocedor de todo.

—Y tú ¿qué vas a hacer? —le pregunté.

—Lo que hace tiempo debí haber hecho: acabar con todo. Este castillo ha destruido a toda mi familia, mi padre, mi hermana... M^a Magdalena y su avaricia se llevaron todo por delante, hasta vidas: nadie escapó a su ansia de riquezas —me contaba pensativo— Yo ya no tengo nada que perder, pero no estoy dispuesto a irme de este mundo con este gran peso. Y ahora debes irte o será demasiado tarde: ¡vamos! —ordenó, tomándome del brazo y conduciéndome a paso ligero hasta la puerta.

Él salió primero y haciéndome una señal, me indicaba que debía montar en el Rolls Royce, en su parte trasera, y permanecer ahí el tiempo necesario. Y así lo hice; agazapada tras los asientos, trataba de respirar profundamente, con la intención de oxigenar mis pulmones cuando, de repente, sentí el aullido de los lobos muy cerca.

—¡No, por favor, no! —me decía una y otra vez, mientras aprisionaba mis oídos con las palmas mis manos.

La puerta del coche se abrió y alguien subió a la parte delantera. Arrancó el motor y el Rolls Royce echó a andar. Una gruesa mampara de cristal nos separaba, pero pude reconocerle incluso de espaldas; efectivamente se trataba de Nicolás, el único ocupante del vehículo a parte de mí, conduciendo el coche fuera de los dominios del castillo y tomando pronto la carretera que nos llevaría hasta Sighisoara, como bien me dijo Leonard. Permanecía inmóvil, sentada en la parte más baja de aquel coche, sobre la moqueta del suelo. Llevaba mi mochila junto a mí y en su interior, la pistola que Dafne me proporcionó para protegerme.

Casi cuarenta minutos después llegábamos a la ciudad; las luces de sus farolas ya estaban encendidas, aunque no había comenzado a oscurecer. Nicolás estacionó el coche y tras desabrocharse el cinturón, sacó su móvil y comenzó a teclear y segundos más tarde, mi teléfono

vibraba en el interior de la mochila. No; me negaba a creer que me estuviera llamando a mí y casi en un ataque de nervios, conseguí abrir cuidadosamente una de las puertas y salí del coche, cerrando después y permaneciendo agachada junto al vehículo, haciéndome con la pistola y abriendo después la puerta del copiloto, montando de nuevo, pero ahora a su lado: al de Nicolás. Empuñaba el arma y la pegué a su sien, dispuesta a disparar si se movía o se atrevía a respirar.

—Hola Nicolás, o Bret... bueno, eso da igual —lo saludé— veo que me estás llamando y no quiero causarte un gasto innecesario estando tan cerca de ti —le expliqué irónica, sacando fuerzas de flaqueza para todo esto.

Trataba de girar la cabeza para mirarme, pero se lo impedí bruscamente con la pistola.

—Si pestañas, apretaré el gatillo y tú habrás dejado de ser un problema para mí —lo amenacé.

—Alejandra, por favor, baja la pistola —me pidió aterrado.

—Confíe en ti, maldito embustero, incluso estuve a punto de marcharme contigo a Berlín: mi vida a cambio de un oro que quizás ni exista, ¿no es motivo suficiente para pegarte un tiro? —le planteé.

—No es lo que crees —respondió.

—La última parte de las memorias de tu padre la escribiste tú. Creaste la duda sobre Ileana Antonov para que yo volviera al castillo; fuiste tú quien mató a ese hombre, enterrándolo en Peles, despistándonos a todos ¿o me equivoco?! ¿eh?! —grité encolerizada.

—Por favor, tranquilízate; eso es un disparate. Estaba seguro de que Ileana estaba viva: tenía que volver. Intenté ponerte a salvo, pero eres demasiado entrometida —me dijo asustado por el arma que apuntaba directo a su sien.

—Hiciste que regresara de nuevo a Bram: ¿cómo has podido! Me has engañado demasiadas veces: mereces que te mate ahora mismo —le dije amenazante.

—Antes o después ellos te encontrarían; yo debía hacerlo primero: estarías a salvo. Ese fue el único motivo de la carta. ¡Por Dios, Alejandra! Soy incapaz de hacer daño a una mosca —se justificó— Juntos entramos en ese castillo: yo te ayudé a encontrar a tu amigo —me recordó, gesticulando lo menos posible.

—Nacho tenía razón; no debí fiarme de nadie; aquí no hay amigos y si no era precavida, quien menos me esperara me conduciría a la muerte. Hablaba de ti, Nicolás; él sabía que tú eras uno de ellos y trataba de advertirme... ¡Dios! ¿cómo he podido ser tan estúpida!

—Alejandra, baja la pistola y escúchame, por favor —me pidió sintiéndose intimidado.

—Ni lo sueñes —respondí.

—No estaba seguro de si Ileana vivía; ella se puso en contacto conmigo antes de que tú y yo habláramos con la policía: el oro a cambio de tu vida. Nunca tomé ese avión a Berlín, aunque me aseguré de que tú te marcharas de Rumania con los siete lingotes de oro. En Oviedo, ellos pronto te encontrarían, por eso te hice regresar, ¿es que no lo entiendes? Estuviste interesada en el orfanato: su venta sólo fue una trampa para atraerte y tú picaste. Sólo sería cuestión de tiempo que ellos te encontrarán: yo estaba dispuesto a protegerte aquí, y a recuperar mi oro, nada más —me contó.

—Eres avaricioso, Nicolas y ese desmesurado interés tuyo por el oro podría llevarte a la muerte —le avisé sin bajar la guardia.

—¡Sólo quiero el oro que Ileana prometió a mi padre, nada más! ¡Yo no he matado a nadie, te lo juro! —me hizo saber, girando la cabeza para mirarme.

Entonces me asusté y pensé que, si no actuaba pronto, Nicolás podría hacerse con mi arma y habría perdido la partida para siempre.

—¡Y yo sólo quiero que te vayas al infierno, maldito imbécil! —respondí, golpeándolo fuertemente con la pistola en la nuca, provocando su desmayo instantáneo.

Su cabeza cayó bruscamente sobre el volante: era momento de huir. Salí del coche, ocultando el arma de nuevo en la mochila y caminando a paso ligero, logré parar un taxi, el cual me transportó al hotel en el cual me había alojado la noche anterior.

Una vez en él, recogía todas mis cosas: debía salir de Transilvania lo antes posible. Comprobaba el móvil: en el transcurso del día habían llegado varios mensajes informándome de las llamadas perdidas, todas ellas de Marcos. Debía llamarle. Desde Sighisoara tenía cobertura y muy pronto aquellos toques me anunciaban que la llamada estaba teniendo lugar.

—¡Alejandra! ¡Dios! dime que estás bien —trataba de averiguar con auténtica preocupación Marcos.

—Sí —confirmé— estoy bien, de momento —insinué.

—Qué locura has cometido; llegué esta mañana de Marruecos y escuché tu mensaje en el contestador. He hablado con la policía rumana y me han confirmado que ellos no enviaron esa citación; el caso del Castillo de Bram está cerrado ya —me explicaba Marcos.

—Lo sé —respondí.

—Es una trampa, Alejandra, Adolfo Rey me lo ha confirmado. Harán contigo lo que hicieron con las demás: llevarlas hasta el castillo para deshacerse de ellas —continuaba informando.

—¡Estoy desesperada! —le dije entre lágrimas de impotencia.

—He intentado conseguir un vuelo urgente hasta Bucarest, pero las intensas nevadas han provocado el cierre de varios aeropuertos en Europa, entre ellos el de Bucarest. Viajaré a Rumania lo antes posible, pero mientras tanto, tienes que esconderte bien, ¿me has oído? debes aguantar hasta que yo llegue —me decía.

—Pero ¿cómo?! Antón Cruz, Vasiliu Dutu, Ekaterina... todos se esconden en ese castillo. Ileana Antonov está viva y lo maneja todo; no parará hasta verme muerta —le expliqué.

—Nada de eso va a suceder. La Interpol está avisada y pendiente: sobre esa gente pesa una orden de caza y captura —trataba de tranquilizarme.

—Marcos, hay un inspector rumano implicado; los encubre y por eso el caso se cerró; sólo evacuaron a los enfermos del sótano, pero los lobos siguen bajando al pueblo cada noche, atemorizando a sus habitantes y haciendo revivir otra vez el mito de Catalina —le contaba.

—Sólo tienes que aguantar un par de días más, cariño, por favor. Las nevadas están remitiendo; todo va a terminar de una vez —me animaba.

Pero yo estaba tan cansada.

—Tú viviste varios meses en Transilvania: debes huir a un lugar seguro, donde sepas que no te encontrarían y esperar a que yo llegue. Alejandra, es muy importante que lo hagas, por favor —me repetía una y otra vez.

—Sí Marcos, lo haré —aseguré, armándome nuevamente de valor para sobrevivir en Transilvania, la bella Transilvania unos días más.

—Sabes cuánto te quiero, Alejandra: no voy a permitir que te suceda nada —aseguró.

—Yo también te quiero, mi vida, aunque tengo miedo de no volver a verte nunca más —temí.

Pero todo debía salir bien; Marcos lo garantizaba: debía confiar.

Nos despedimos, colmándonos de palabras bellas, haciéndonos comprender cuán importantes éramos el uno para el otro; estábamos enamorados y nuestro amor lo superaría todo.

Había tomado un tren nocturno, el único que atravesaba parte de Los Cárpatos durante la oscura noche transilvana. Su destino era Brasov. No sería un viaje demasiado largo, aunque las sombras de Bram parecían seguirme a donde quiera que iba.

Era de madrugada cuando el tren estacionaba y entonces bajé de él, portando mi equipaje y siempre en la mochila la pistola que Dafne me dio. Al salir, el viento helado parecía cortar como cuchillos afilados y cubriéndome un poco más con mi bufanda, caminé por la solitaria calle en dirección a la parada de taxis que me habían indicado. Sólo el sonido de mis tacones al caminar. Avanzaba rápido: tenía miedo de esas desoladas calles y mientras arrastraba mi maleta, constantemente miraba atrás, temerosa de distinguir, entre las sombras, a alguien que me siguiera.

Pero ¿a dónde iba a ir? En los últimos días había nevado mucho en aquella parte de Transilvania y aún quedaban restos de nieve en las aceras de Brasov. Debía tener cuidado si no quería resbalar, pero eso sólo era el menor de mis problemas. No, comprendía que no había un sitio a donde ir. Mi vida siempre fue vagar de un lado para otro, en soledad y era como me encontraba esa noche. Paré entonces, refugiada en el portal de una casa y lloré con desconsuelo; la vida era injusta conmigo, tratándome con suma dureza. Fue cuando, entre lágrimas, saqué mi móvil y marqué el teléfono de Peles; quizás hubiera alguien en ese lugar que pudiese darme refugio durante unos días; tal vez aún no lo habían vendido y...

—¿Dígame? —preguntó la voz de una mujer, algo ronca, pues eran las cinco de la madrugada y la había despertado.

—Disculpe señora; este es el número del Palacio de Peles ¿verdad? —traté de confirmar, notando como mis lágrimas se cristalizaban en mi rostro por acción del frío.

—Sí, es la residencia de los Holzhausen, pero es un poco tarde para llamar ¿no cree? —me reprochó.

—Sí, lo sé —reconocí avergonzada— pero acabo de llegar a Brasov y ... bueno, soy amiga de Andrei Holzhausen y no sé a dónde ir a estas horas —le expliqué.

Aquella mujer permanecía en silencio; había sido una desfachatez por mi parte llamar a esas horas para pedir alojamiento.

—Perdone, no debí... yo... lo siento —traté de disculparme.

—¿Cuál es su nombre? —me preguntó ella.

—Alejandra, pero no se preocupe: le agradezco su amabilidad y siento haberla molestado a estas horas de la madrugada —intenté despedirme.

—¡No por favor! Alejandra, usted y yo nos conocemos: soy María, ¿me recuerda? la secretaria del Señor Holzhausen —me explicó.

—María, sí —reconocí, emergiendo una sonrisa de mis labios.

—Señorita Alejandra, lo mejor será que tome un taxi y venga a Peles: será un placer recibirla, de verdad —aseguró.

—¿Está segura? —dudé.

—Por supuesto —reafirmó— tenemos que hablar: han pasado tantos meses... —recordó.

Había tomado ese taxi que me llevaría al majestuoso Palacio de Peles, construido en el siglo XIX, residencia de los Holzhausen, una noble familia rumana, poderosa y hegemónica en Transilvania. Estábamos cerca; en medio de la oscuridad, el coche alumbraba con sus luces la

imponente belleza de sus bosques, incluso de noche. Cruzamos el puente de piedra y junto a una de las gigantescas estatuas, el taxi se detuvo, pues habíamos llegado. Bajaba de él y tomaba mi maleta cuando una de las ventanas de la planta baja se iluminó en su interior; correspondía al hall: alguien estaba a punto de abrir la puerta y allí estaba ella, María, con su esplendorosa sonrisa y una bata larga color celeste que la protegía del frío.

—Bienvenida —me saludó, ofreciéndome su mano.

—Gracias María —respondí, siendo invitada por ella a entrar.

El ambiente era cálido en el interior. Una extraña sensación recorría todo mi cuerpo; aquel aroma... yo lo conocía: correspondía a Andrei. No, a pesar del tiempo, no había podido olvidarle y estando ahí, sentí que me estremecía al pensar en él. Pero la última vez que estuve en Peles, el Palacio estaba en venta.

—¿Qué ha sucedido, María? ¿vendieron Peles? —me interesé.

—No, claro que no —negó sonriente, tomando mi abrigo y colgándolo en un perchero cercano — Este Palacio sigue siendo propiedad del Señor Andrei Holzhausen —me informó.

—Pero, creí que quería venderlo. Él está en Londres ¿no? —trataba de averiguar con impaciencia.

—Regresó de Londres hace algunos meses: encontraron el cuerpo de su abuelo en el Castillo de Bram; fue un duro golpe para él —me explicaba— pero venga, he encendido el fuego del salón: allí podremos hablar más cómodamente —propuso.

Y juntas caminamos hasta él, acogedor, como yo lo recordaba. Ciento sesenta habitaciones componían el impresionante castillo, quizás el más hermoso de toda Rumania, con su elevada torre, con sus bosques y montañas... la grandeza de su paisaje no tenía límites.

María y yo nos acomodamos en sendos sillones, a ambos lados de la chimenea. Ella se inclinó un poco más y sus oscuros ojos me miraron fijos.

—Señorita Alejandra, ustedes se aman por encima de todo ¿qué ha sucedido entonces? —me preguntó ante mi asombro.

Giré un poco la cabeza, dirigiendo mi mirada hacia las llamas de aquel fuego intenso y abrasador.

—No lo sé —respondí apenada.

—La ha buscado por cielo y tierra; dismanteló Rumanía en su búsqueda; después de lo ocurrido en ese lugar, imaginó lo peor... —me contaba.

No podía dar crédito a sus palabras.

—María, ¿qué me está contando? ¿se burla de mí? —objeté incrédula.

—Jamás me burlaría de algo así; las consecuencias de todo esto han sido duras, sobre todo para el señor Andrei Holzhausen —me explicaba.

—No sé de qué me habla. Hace cinco o seis meses que hablé por última vez con Andrei: él me telefoneó, dejándome muy claro que todo había terminado entre nosotros. Pero me resistía a creerlo; no, no podía resignarme a algo así: yo lo amaba de verdad y hubiera dado mi vida por él —le confesé entre lágrimas de dolor— Han sido incontables mis llamadas a su móvil: jamás respondió a ellas, nunca descolgó el maldito teléfono —recordé con rabia— y ¿sabe lo que yo sentía? cómo mi alma entera moría de dolor por no poderlo tener; eso sentí, María: hubiera querido morirme...

Ella bajó la cabeza.

—¿Dígame entonces, por dónde me buscó! —exclamé aún presa de mi dolor— sólo tenía que coger el teléfono, sólo eso María y no lo hizo.

La mujer se levantó de su sillón, acercándose más a mí; se había agachado y me miraba a los

ojos, apoyando una de sus manos en mi hombro y ofreciéndome un pañuelo para secar aquellas lágrimas.

—Al Señor Holzhausen le robaron su móvil en un centro comercial; su número no constaba en ninguna de sus agendas, sólo en la tarjeta de memoria del teléfono —me reveló.

—¿Qué?! —susurré incrédula.

—Es cierto, señorita Alejandra. Ocurrió justo unos días antes de saber lo de su abuelo, Dominic Holzhausen. Cuando regresó a Transilvania, Andrei removi6 todo el país buscándola; incluso reconoció a cada uno de los enfermos que sacaron de ese lugar, por si usted estaba entre ellos... Fue una locura. La ilusión de ese hombre se había desvanecido —me contaba.

Entonces recordé el breve relato de Dafne y el misterioso hombre que visitaba mi casa y después se marchaba; así día tras día. Era Andrei; iba a buscarme; quizás estaba escondida... ¿Cómo podían darse tantas casualidades en la vida! tantos infortunios. Me levanté del sillón: María se apartó un poco; anduve sobre mis pasos una y otra vez, meditando, pensando en todo lo que María me acababa de contar. No podía evitarlo, pero mi estado de nervios me hacía temblar; sí, ese amor que creí perdido estaba ahí, buscándome desesperado mientras yo rehacía mi vida lejos, muy lejos, junto a Marcos, un hombre que supo entenderme y apoyarme en aquellos momentos. Estaba sofocada: tenía calor y un sudor frío mojaba mi espalda y agobiaba mi cuello mientras mordía mis uñas, inquieta.

María se había situado de espaldas a la chimenea y me miraba. Esperaba mi reacción; realmente aguardaba la pregunta entre todas las preguntas. Me acerqué a ella; mi rostro se vislumbraba claramente frente al fuego.

—Dime María ¿dónde está Andrei ahora? —quise saber, mostrando cierta ansiedad.

Pero ella tardaba en responderme.

—¿No puede haberle pasado nada! —exclamé con desesperación, presa del pánico, presa del llanto.

—Tranquilícese, señorita Alejandra: el señor Holzhausen está bien —me confirmó— Al amanecer podrá verle —añadió.

—No: tengo que verle ahora —insistí.

Sin embargo, María se negó rotundamente a desvelar dónde se encontraba Andrei; aún era de noche: tendría que esperar. Pasamos todo lo que quedaba de madrugada sentadas junto al fuego, conversando y tomando un delicioso café. Las tumbas que yo encontré en el jardín de Peles y que, supuestamente pertenecían a Dominic Holzhausen e Ileana Antonov fueron descubiertas y los rescatados los únicos restos existentes en ellas; el de Bret Antonov.

—Nunca existió ese hombre como tal; la policía está analizando el cadáver en el Anatómico Forense —me contó.

—El inspector encargado de este caso lo tiene todo paralizado; colabora con el Castillo de Bram —le desvelé.

Sin embargo, en los momentos de silencio mi mente se perdía entre dos hombres: Andrei y Marcos. Marcos... con él inicié una relación meses atrás, bella, muy bella, pero sin el encanto especial que hubo entre Andrei y yo. Las cosas habían cambiado mucho: el tiempo cambia a las personas y nosotros ahora éramos diferentes; yo tenía una vida en Oviedo, junto a Marcos y era feliz; entonces ¿por qué mi corazón latía con desenfreno al pensar que vería pronto a Andrei?

Le conté a María el motivo de mi inesperada visita a Peles: mi vida corría peligro. Pero Marcos vendría a buscarme pronto, en cuanto abrieran los aeropuertos. Sólo fue una escueta alusión a Marcos, pero María supo desde el primer momento que ese hombre formaba parte de mi vida ya.

Abría los ojos despacio, muy despacio: tenía tanto sueño. Eché un breve vistazo a mi alrededor: estaba desorientada, pero pronto recordé que me encontraba en el salón de Peles. Me incorporé un poco sobre aquel sillón: el cansancio me podía. Aun así, descubrí luz tras las gruesas cortinas: había amanecido y las llamas de la chimenea estaban a punto de consumirse.

Tenía una suave manta de lana color verde sobre mi cuerpo: debió ser María quien me la echó. Sólo unos pocos minutos más tarde me levanté del sillón, doblando la manta y dejándola sobre él.

—Buenos días, señorita Alejandra —saludó María, entrando inesperadamente en el salón.

—María... —la nombré sobresaltada— buenos días —respondí— ¿dónde está Andrei? —pregunté a continuación.

—Si le digo que en ese lugar mágico donde él siempre la esperaría, sabría dónde es ¿verdad? —me reveló finalmente.

En mi interior resurgieron bellos y nostálgicos recuerdos, llenándose de lágrimas mis ojos por momentos.

—¡Oh, María! —exclamé emocionada— claro que sabría dónde es —afirmé entonces.

Nos dirigíamos al hall del Palacio; la amable mujer me ayudó a ponerme el abrigo, largo, de piel marrón, con un grueso cinturón que lo ceñía aún más a mi cintura y un cuello forrado de pelo oscuro.

—Bueno, el taxi espera —observé, corriendo los visillos y asomándome a través del gran ventanal— He de irme; gracias por todo, María, sobre todo por recibirme en mitad de la noche: nadie lo hubiera hecho —le dije.

—Antes de que se vaya, quiero decirle algo: cuando suba a ese taxi, piense muy bien el camino que quiere tomar; si decide ir hacia donde está Andrei, será porque sus ideas están claras, porque lo quiere de verdad y no desea hacerle daño. Es muy importante que entienda eso; ese hombre ha sufrido mucho ya: aun no entiendo cómo está en pie. Pero si nada de esto tiene claro, por favor, Alejandra, márchese por donde vino y no regrese nunca más a este lugar; usted tiene una vida lejos y un hombre que la ama de verdad: no es justo que machaque más el corazón de Andrei Holzhausen —sugirió.

Una absoluta seriedad se apoderó de mi rostro. María hablaba en serio; tal vez debiera barajar ambas posibilidades antes de actuar.

—Lo tendré en cuenta —fue lo único que pude responder.

Y tras despedirnos, salí del Palacio Peles y monté en el taxi.

—¿A dónde la llevo, señorita? —me preguntó el taxista.

—Pues...

Giré la cabeza y contemplé, a través de mi ventanilla, la belleza del paisaje de Peles. Habían transcurrido varios meses, y en todo ese tiempo los acontecimientos se habían sucedido, pero tenía que hablar con Andrei; debía verle una vez más y convencerme, ante él, de que ya no era el hombre de mi vida.

—Lléveme al Lago, por favor —decidí.

Y el taxi echó a andar, recorriendo el ancho sendero, entre bosques que nos alejarían de Peles. Esta sí podría ser la última vez que visitara tan hermoso castillo y sus lindos alrededores de montañas heladas y de árboles milenarios, conformándose muy cercanos unos de otros,

confiriéndole un espesor único a sus bosques.

Por un momento olvidaba mi triste realidad y los peligros que me acechaban permaneciendo en Transilvania. Pero ahora Andrei invadía mi mente por completo, dando más vida a mi corazón, más felicidad al pensar que lo volvería a ver.

Estábamos cerca. El taxi se desviaba por un camino que yo conocía muy bien y después de un par de kilómetros...

—Hemos llegado —me anunciaba el taxista, volviéndose de su asiento hacia mí.

Pero yo estaba ensimismada con lo que estaba viendo.

—¿Señorita? —me llamó.

—¡Oh! Perdone —me disculpé.

Y cuando hube pagado el trayecto, me bajé y el taxi regresó por el mismo lugar, alejándose entre la espesura de los árboles. Permanecí allí mismo varios minutos, contemplando una pequeña cabaña recién construida, justo donde estuvo la otra, aunque esta vez mucho más pequeña. Pero unos metros más allá, y algo adentrada en el bosque, habían comenzado la construcción de la que sería una enorme casa. Aún no se delineaban sus formas, ni sus detalles, pero sus cimientos mostraban ser los pilares de una noble y palaciega mansión.

Eché a caminar despacio, acompañada de mi maleta. Todo se regía por el más absoluto silencio y el gélido viento hacían regresar a mí recuerdos inolvidables, vividos en ese lugar junto a Andrei.

—No: todo ha cambiado. Sólo quiero asegurarme de que está bien; mañana es posible que Marcos llegue a Rumania y regresaré con él a España —trataba de convencerme a mí misma.

Pero lo cierto era que mi corazón latía deseoso de ver a ese hombre de largo cabello moreno y oscuros ojos como azabache. Cada mirada, cada gesto suyo habían quedado grabados en mi mente y ahora emergían a ella mientras yo caminaba hacia esa cabaña de los sueños. Llegué y golpeé la puerta con suavidad; mi boca se había secado; aun así, trataba de tragar saliva constantemente. Estaba nerviosa, pero nadie salió a abrir, por lo que decidí insistir otra vez. Dios mío, Andrei no estaba allí; mi decepción me frustraba y frente a aquella puerta de madera, sentí como algo dentro de mí se derrumbaba. Me di cuenta entonces, ante aquella embriagadora soledad, que no deseaba otra cosa en el mundo que ver a ese hombre. Me asusté ante este deseo, sintiéndome culpable por ello, pero los sentimientos no se pueden manipular y ese era el mío.

Cubrí todo mi rostro con ambas manos y rompí a llorar. Estaba sola, como siempre había sido. Nadie nunca se preocupó de secar mis lágrimas o de dar consuelo a ellas...Pero entonces, unas manos, grandes y cálidas se apoyaron en mis hombros, por detrás. Mi llanto cesó momentáneamente y de manera lenta, retiré las manos de mi rostro, mientras aquella persona continuaba allí, acariciando con ternura mis brazos y acercándose cada vez más, hasta que mi espalda quedó completamente pegada a su pecho. Su corazón latía con fuerza, pude sentirlo y ese aroma hablaba por sí solo. Temblé ante su calor. Poco a poco fui girándome y encontré un bello rostro de facciones muy marcadas, mirándome con un anhelo reprimido y sonriendo incrédulo ante la persona que tenía frente a él.

Sus ojos comenzaron a empañarse por las lágrimas, esas mismas que aún no habían desaparecido de los míos y muy pronto sentí cómo se acercaba más, abriendo de par en par sus brazos para envolverme en ellos, susurrando en un hilo de voz:

—Alejandra, volviste.

Una incontrolable emoción me impedía hablar. Cerré los ojos y dejé que mis lágrimas rodaran libremente hacia ninguna parte. Comprendía que no podría amar nunca a nadie como amaba a Andrei; ahora, entre sus brazos, estaba segura: él era mi vida y mi corazón le pertenecía por

completo.

Nos separamos un poco: necesitábamos mirarnos. Sus mejillas se impregnaban de lágrimas.

—Perdóname, por favor —me pidió muy emocionado.

—No es necesario que... —traté de decirle, cuando aún nos teníamos tomadas las manos.

—Sí es necesario, claro que lo es; cuando me contaste todo aquello en Londres, pensé que estabas loca, pero aun loca deseaba que te quedaras para siempre conmigo —me reveló.

—Yo quería quedarme ¡iiii! pero debía terminar con todo de una vez o ellos terminarían conmigo —le expliqué.

—¡Oh, Alejandra, Alejandra! —objetó, abrazándome con fuerza entonces, aprisionando mi cabeza contra su pecho y besándola una y mil veces.

Y entramos al interior de la cabaña. El fuego estaba encendido y el lugar era acogedor. Nos acomodamos frente a la pequeña chimenea, sentados en una gruesa alfombra en el suelo y entonces hablamos largo y tendido. Mientras lo hacíamos, observaba sus labios, sus gestos... estaba enamorada de Andrei Holzhausen y este bello sentimiento me hacía olvidar mi triste realidad. Le conté la historia de Catalina de Transilvania y la supuesta relación conmigo, pero todos en la región conocían la sangrienta leyenda de la bella Princesa, incluso él. Le revelé entonces mis descubrimientos: seis princesas yacían enterradas en los jardines del Castillo de Bram y en su interior, Ileana Antonov lo habitaba, junto a otras personas.

—Cuando me hablaste de las tumbas de Peles y me dijiste que mis abuelos no estaban en ellas, ordené abrirlas... tenías razón —reconoció— Encontramos a mi abuelo en ese castillo, pero de mi abuela ni rastro; ¿cómo es posible que tú me hables de ella? Alejandra, ni siquiera la conoces —me dijo.

—Algunos policías están encubriéndola, pero es cierto, Andrei, tu abuela está viva y quizás planee algo extremo contra ti para no perder la hegemonía del castillo —le conté.

—Esa antigua fortaleza no puede ser tan valiosa —opinó confuso— Debemos actuar y acabar de una vez con todo eso —opinó.

Pero en aquellos momentos ese era el menor de mis problemas. Marcos aparecía por momentos en mi pensamiento... Marcos. Le mencioné mi reciente estancia en Oviedo y se sorprendió; cuando nos vimos por última vez en Londres, él pensó que regresaría a Transilvania, pero no fue así.

—¿Te quedarás? —me preguntó inesperadamente— Este lugar ha significado mucho para ti y para mí; te he buscado durante muchos meses, Alejandra; he pensado mucho en todo este tiempo, en la importancia de las personas, sobre todo cuando las pierdes —me explicaba.

—Ha sido maravilloso volvernos a encontrar —reconocí, mirándole con una sonrisa— Andrei, yo también he pensado mucho en ti; sin embargo, han pasado tantos meses...

—No suficientes para borrar todo lo que sentimos —me dijo, acariciando con suavidad una de mis mejillas, dirigiéndome con sus oscuros ojos una apasionante mirada— No te vayas nunca más y seremos felices para siempre, aquí; esa casa estará terminada en un par de años. Era nuestro sueño, ¿recuerdas? Sinaia y sus parajes encantados —me recordó.

De pronto algo me entristecía.

—¿Qué pasa? —se preocupó.

—No, nada —negué confusa.

—Vamos, Alejandra, algo sucede —intuyó.

Entonces, me acerqué un poco más a él y lo abracé fuerte. Mis brazos abarcaban todo su cuello y con su silencio esperaba una inminente explicación. Pero no podía decirsele; la realidad era que yo sólo quería estar con él, pero ahora Marcos era mi presente.

—Hay otro ¿no es cierto? —descubrió, dejándose abrazar aún por mí.

Lágrimas comenzaron a caer de mis ojos: era duro reconocer la verdad.

—Dime, Alejandra ¿te has enamorado de otra persona? —volvió a preguntar, tomando mis brazos y apartándolos de su cuello, quizás para mirarme ahora a los ojos.

—Han pasado demasiados meses —respondí entre sollozos.

—Vamos, no llores —me pidió, acariciando con la yema de sus dedos el contorno de mis ojos — por favor, no llores más. Cuando estuve a tiempo, no supe entenderte; no quise escucharte y no tuve paciencia. Cuando se quiera a alguien, hay que saber esperar, y yo no lo hice —me explicó con nostalgia.

—Yo creí que habías desaparecido de mi vida, que te había olvidado, pero me equivoqué y ahora que estoy aquí, contigo, me quedaría para siempre en este lugar —le dije llorando, con gran dificultad.

—Bueno... nunca se sabe —respondió tranquilo, sonriendo entonces, tratando de reconfortarme— Piensa que hasta mí te trajo una casualidad: ¿qué te llevó hasta él? —planteó— tal vez algo más profundo, un motivo por el que merece la pena continuar juntos —argumentaba.

—Andrei, yo no sé si tú entiendes el alcance de mis sentimientos... por ti —trataba de hacerle entender.

Se levantó entonces de la alfombra; ambos nos pusimos en pie. Se volvió de espaldas, pero podía intuir la expresión de su cara, pensativa, cavilosa, acariciando una y otra vez su barbilla. Su cabello, largo y ondulado, caía sobre su extensa espalda. Vestía con un jersey de lana negro; llevaba el mismo la primera vez que le vi, allá, cerca del Castillo de Bram. El silencio era absoluto, pero yo me acerqué un poco más a él, permaneciendo detrás.

—No imaginas la de veces que te he llamado; necesitaba escuchar tu voz y decirte cuánto te quería y que esperaras sólo un poco más —le expliqué nostálgica— No me resignaba a perderte, pero tú tomaste la última decisión y yo... bueno, aquí estoy, junto a ti y en el lugar en el que siempre soñé estar —le decía emocionada.

Se volvió hacia mí; no parecía enfadado, pero sí dolido y frustrado.

—Por teléfono te dije que no te esperaría más, no estaría aquí eternamente...pero no pude hacerlo. Regresé a Transilvania, sólo para esperarte; lo nuestro ha sido hermoso, un sentimiento profundo... Me había equivocado y cuando desistí en mi búsqueda, decidí volver a este lugar y aguardar tu regreso, porque lo harías, Alejandra; tú no te resignarías a perderme y yo tampoco a ti —me contaba emotivo— Pero han pasado los meses y en la vida de las personas ocurren cosas que lo cambian todo —me dijo, tomando una de mis manos entre las suyas— No quiero que llores, cariño. Sólo me resignaría a perderte si tú eres feliz; sólo así, Alejandra.

—Pero ¿cómo puedo ser feliz sin ti?! —planteé, aferrándome a esas manos que me daban calor.

—Estas confusa y si no te alejas y piensas un poco, quizás nunca sepas qué es lo que realmente quieres. Si te quedas aquí, conmigo, podrías arrepentirte el resto de tu vida; podrías estar dejando escapar al único hombre que te haría feliz...al único que realmente habitó en tu corazón —me explicaba mientras mis lágrimas no paraban de emerger— No, para amar, hay que estar seguro de hacerlo; ahí no existen las dudas, porque si aparecieran, no estarías amando de verdad —me hacía entender con total comprensión.

—¿Quieres que me aleje de ti? —le pregunté, sintiendo un intenso escozor en mis ojos, quizás provocado por el llanto.

—No, jamás desearía eso, y lo sabes, Alejandra. Sólo pretendo que tomes la decisión adecuada, esa que te haga sufrir lo menos posible y que te permita amar de verdad, sin miedos, sin

dudas... un amor puro como hay pocos. Eso es lo que tú significas para mí —me hizo entender.

—¡Oh, Dios mío! —objeté, recostando mi cabeza en su pecho, apacible en aquellos momentos.

Él rodeó todo mi cuerpo con sus brazos y de lo más profundo de su interior, emergió un suspiro.

—Debes marcharte, Alejandra —me sugirió, tomándome de los hombros y mirándome muy fijamente— Regresa a España, junto a ese hombre...y piensa; piensa sobre lo que sientes, sobre lo que quieres. Debes escuchar a tu corazón; algunas veces, él habla despacio, casi en un susurro, por eso debes prestarle mucha atención; él te dirá el camino que has de tomar, el único para ser feliz; ya verás como no se equivoca. Yo permaneceré aquí durante un tiempo. Cada anochecer, anhelaré la llegada del alba, porque quizás con ella vuelvas tú también. Te esperaré cada mañana, cada tarde y cada noche, así durante días, hasta que el tiempo me hable a mí también; sólo cuando lo escuche, entenderé que te perdí para siempre, porque jamás regresarás. Comprenderé que tu corazón te llevó por el camino de tu felicidad, porque así será, aunque no estemos juntos y entonces yo... sí, entonces, me marcharé para siempre de este lugar, un lugar olvidado, Alejandra, pero en el que fuimos tan felices... —narró, expresándolo de la manera más romántica que jamás escuché.

Rompí a llorar y nos abrazamos con todas nuestras fuerzas. Andrei permanecía tranquilo, acariciando mi pelo, mi espalda durante el intenso abrazo. Podía presentir la que sería una agónica espera, esa misma que él había narrado; aguardaría día tras día una llegada que, tal vez, nunca tendría lugar. Volvimos a separarnos, sólo para mirarnos... sólo. Sabíamos que podría ser la última vez que estuviéramos juntos, porque quizás jamás en la vida volviéramos a encontrarnos. Esas cosas ocurren; el amor verdadero es así. Acaricié su rostro, varonil; él no apartaba sus ojos de los míos, entristecidos, cansados de soñar. Entonces me acerqué despacio y cerrando lentamente los ojos, rocé sus labios con los míos. Entendí que no había más felicidad que esa; estar con Andrei era lo único que quería: él era mi vida...Fue un beso apasionado, emisor de bellos sentimientos. Pero yo debía marcharme para escuchar a mi corazón y él, bueno, él tendría que esperar a que el tiempo le hablase y quizás así lograríamos ser felices de una vez.

Al fin estaba a salvo. Impaciente, miraba la fría decoración de aquella Jefatura de Policía en Bucarest; Marcos llegaría de un momento a otro y yo deseaba verle con todas mis fuerzas.

Mientras tanto, pensaba en que habían pasado tres días desde que estuve en la cabaña del Lago con Andrei y cuando me marché, permanecí oculta en un hotel de Brasov, tratando de salvar mi vida, intentando escuchar a mi corazón, un corazón que de momento se negaba a hablar de amor.

En todo ese tiempo, estuve en contacto constante con Marcos; él fue quien envió a la Interpol para protegerme: todo había terminado ya.

Cuando la policía llegó al Castillo de Bram, varias alas de la fortaleza ardían vivazmente en llamas; alguien quiso destruir el sanguinario castillo, no sin antes, dar muerte a tres lobos, cuyos cadáveres quedaron tirados en el jardín del lugar. Tras la extinción del fuego, fueron rescatadas dos personas con vida, aunque sus quemaduras, quizás no les permitirían vivir demasiado tiempo.

—¿Alejandra? soy el inspector Popesku —se presentó aquel hombre, de enorme barriga y bigote moreno.

—Encantada —respondí, estrechando su mano.

—Hemos identificado todos los cuerpos; Ekaterina Ivanov, Vasilii Dutu e Ileana Antonov: murieron quemados —me informó.

—¡Qué horror! —opiné.

—La Interpol sigue investigando; no entiendo cómo esto se nos ha ido de las manos —reconoció— Ese pueblo, Bram, vivía condenado al olvido y dominado por ese castillo y sus leyendas. Tantas incógnitas rodean este caso... —afirmó— La señora Ileana Antonov murió hace años, o al menos eso creíamos todos. Vaya, vaya, nos engañó bien —habló.

—Inspector Popesku ¿cuándo llegará Marcos? —me interesé.

—Pues... pronto, muy pronto. El avión ya ha aterrizado; será cuestión de minutos —me informó.

Y salió del despacho, quedando sola otra vez. Entendía entonces que eran Nicolás Müller y Antón Cruz quienes se debatían a vida o muerte en el hospital.

De pronto la puerta se abrió bruscamente y por ella apareció Marcos. Me levanté de mi asiento y corrí a abrazarlo, sintiendo pronto su calidez, sus besos y sus abrazos.

—Creí que no llegaría nunca este momento —le escuché decir.

—Marcos, yo... he pasado tanto miedo —le hice saber.

—Pero ya todo pasó. Mira quién ha venido conmigo —me dijo, señalando a alguien situado tras él.

Se trataba de Adolfo Rey, el historiador y escritor español que tanto se había interesado por la historia de la Princesa Catalina de Transilvania. Nos saludamos efusivamente también y pronto tomamos asiento.

—Tú cómo estás —se interesó Marcos, sin soltar aún mi mano, vistiendo con unos anchos pantalones color camel y un jersey de lana marrón.

—Ahora mucho mejor. Todo terminó, Marcos —le hice saber— y gracias a ti: pusiste el caso en manos de la Interpol y ellos lograron hacer en tres días lo que la policía rumana no había logrado en siglos —relaté con emoción.

—Ese inspector que colaboraba con Ileana Antonov, ha sido detenido. Buscaban un tesoro y

quería parte de él a cambio de su silencio. Cuando tú denunciaste todo, él paralizó el caso; sacaron a los enfermos y ya está —me explicaba Marcos.

—Todo fue una trampa y yo volví a caer en ella. Pero ¡¿cómo he podido ser tan estúpida?! —me reproché.

—Alejandra, esa gente no hubiera parado hasta acabar contigo, como ya hicieron con todas las demás —intervino Adolfo Rey— Ahora es necesario demostrar que hay un sitio en ese lugar que te corresponde: tú eres una de las Princesas de Transilvania, la séptima; todo Bram te pertenece —continuó explicando.

Ante estas palabras, Marcos y yo nos miramos, sonriéndonos entonces: él estaba conmigo.

El Inspector Popesku irrumpió otra vez en el despacho. Se dirigió con sus palabras a Marcos, en un imperfecto pero entendible español.

—El cuerpo de Ileana Antonov fue identificado esta mañana por su nieto, Andrei Holzhausen.

Al escuchar esto, me estremecí. Andrei había estado en el Anatómico Forense, identificando a su abuela; debió ser horrible para él; un acto de valentía por su parte.

Fue una intensa mañana en las dependencias policiales de Bucarest. Antes de marcharnos, la Interpol decidió hablar conmigo otra vez; era importante. Ya les había contado todo; la falsa herencia de Nicoleta Ivanov, mi primer contacto con el Castillo de Bram.. mis andaduras de todo un año habían quedado recogidas en mi declaración sobre los sucesos, extensa y al mismo tiempo estremecedora. No olvidé hablar del orfanato de Asturias, de Melissa o Nacho: ¿cómo el Castillo de Bram había logrado terminar con tantas personas?

—Hemos encontrado un cuerpo más —me comunicó uno de los policías.

—Pero ¿quién? —quise saber alarmada.

—Se llamaba Leonard. Lo encontramos ahorcado en la rama de uno de los árboles más altos del jardín, justo donde yacen las tumbas de las Princesas de Transilvania —me contaba.

—No lo puedo creer; ese chico se estaba muriendo. Fue mordido y tenía la Rabia —informé, levantándome de mi asiento, apenada por tan fatídico desenlace— Él me ayudó a escapar del castillo, hace cuatro días; de no haber sido por Leonard, yo no estaría aquí —les referí, con lágrimas en los ojos.

Ellos se miraron. Pronto retorné a mi asiento y entonces Marcos me abrazó.

—Sobre la tumba de Catalina de Transilvania, dejó una carta escrita por él. La hemos llevado a analizar, pero aquí tenemos una copia —mostró el policía.

Malditas torres, las de este castillo,

malditas piedras

bajo ellas,

sus tesoros escondidos;

a cambio de vidas

tal vez tengáis

un manojo de heridas

sin princesa esculpida

¡Ay!

Fue la única en sobrevivir a aquel infierno, cuando los lobos hambrientos bajaron de las montañas y mordieron a todos, infectándolos, desterrándolos a ese sótano de los horrores. Pero ella se salvó y entregó más vidas a ese lugar sediento de sangre. Sin embargo, los días fueron claros y bellos también en su vida y ahora yace donde debió quedarse para siempre. Descansa, M^a Magdalena, porque quizás en el cielo puedas llegar a ser Reina. Leonard S.

—Dios mío —objeté casi en un susurro, con aquel trozo de papel aún en mis manos.

Marcos y Adolfo Rey no apartaban sus ojos de mí, expectantes, al igual que los dos policías de la Interpol. Yo podría dar una explicación lógica a todo eso y ellos lo sabían.

—Fue él, Leonard... ¡oh, Dios! Él prendió fuego al castillo y después se suicidó —deduje pensativa y en cierto modo afectada por los hechos.

Los dos policías se miraron.

—Nosotros sospechamos lo mismo, pero ¿por qué cree que sucedió así? —me preguntó uno de ellos.

—Cuando hace unos días, él me ayudó a escapar del castillo, me dijo que acabaría con todo; sabía que iba a morir y no estaba dispuesto a irse dejando viva aún la llama de Los Ángeles Olvidados. Deseaba que en Bram volviera a brillar el sol pronto... él lo hizo, estoy segura —afirmé consciente de mis palabras.

—Y M^a Magdalena ¿dónde está? —quiso saber el otro policía.

—En su casa de Brasov, ya se lo dije todo. Esa anciana está muy enferma, en silla de ruedas... no podría ir a ningún sitio —les expliqué.

—Estuvimos en la dirección que nos dio y allí no había nadie; ni Ruslana ni M^a Magdalena —me informaba el policía.

Muy pensativa, volví a leer aquella carta de Leonard en silencio: *“los días fueron claros y bellos también en su vida”* *“yace donde debió quedarse para siempre”*.

—Claro, aquella era su tumba... M^a Magdalena está muerta —dije, sorprendiendo a todos los allí presentes.

—Pero... —trató de intervenir Marcos.

—Leonard deseaba encontrar a su hermana y a su padre en ese castillo; sólo M^a Magdalena conocía los pasadizos y otros muchos secretos. Leonard conocía la maldad de su abuela; le perdonó la vida con el único propósito de que lo ayudara... Sé dónde puede estar enterrada; es cierto, yo conocí la secreta historia de amor entre M^a Magdalena y Dominic Holzhausen y en verdad, en ese lugar, sus días fueron claros y bellos, aunque finalmente lo abandonó por avaricia y por poder: ella sería la Reina de Los Ángeles Olvidados —conté estremecida.

—¿Podría indicar la dirección exacta? —me pidió el policía.

Y así lo hice; confeccioné un mapa sobre el lugar en concreto, aunque con la nieve caída y lo abrupto del terreno, no les sería fácil llegar hasta allí.

Mientras tanto, Adolfo Rey entregaba todas y cada una de sus investigaciones históricas a la Interpol: una monarquía se perdió en Transilvania por falta de herederos: tal vez había llegado el momento de recuperar todo eso.

Nos despedimos de la Interpol con una última promesa: se realizaría un riguroso estudio del ADN de las seis princesas sepultadas en el Castillo de Bram, revelador quizás de muchas incógnitas a lo largo del tiempo.

Debíamos pasar la noche en un hotel de Bucarest: hasta el día siguiente por la tarde no tomaríamos un vuelo de regreso a España.

Adolfo Rey, Marcos y yo cenábamos apaciblemente en el restaurante del mismo; después de tanto tiempo, la pesadilla terminaba. ¿Cómo una epidemia de Rabia siglos atrás, había podido desencadenar un horror semejante?

—Estoy seguro, Alejandra: formas parte de ese lugar; Bram es tu origen más primitivo —refirió Adolfo.

—Pues no quiero nada de él —aseguré— sólo deseo saber si esas Princesas realmente tuvieron algo que ver conmigo, ya está —hablé, desechando cualquier idea de formar parte de ese castillo.

—Bueno, ya todo terminó: volvemos a casa, al fin —recordó Marcos, levantando su copa, dirigiéndola a mí.

—Sí, eso es lo más importante —afirmó Adolfo.

Sonreí ante eso. En ese preciso momento, el móvil de Marcos sonó. Rápidamente obtuvo el teléfono de uno de los bolsillos de su cazadora, atendiendo la llamada.

—Sí... sí soy yo... pues, aja... de acuerdo, se lo diré ahora mismo. Adiós.

Adolfo y yo lo mirábamos y pronto él se dirigió a mí.

—Era la policía: Antón Cruz está consciente y ha pedido hablar contigo —me comunicó.

Una escalofriante sensación invadió todo mi interior. Tomé un poco de agua y después, muy despacio, sequé mis labios; estaba nerviosa y sorprendida ante esto.

—Vamos Alejandra, no pasa nada; no tienes porqué ir; nada de lo que te diga puede importar ya. Ese hombre se está muriendo: no te tortures —me aconsejó.

—No Marcos, es mucho más importante que eso: él me sacó del orfanato y no hago otra cosa que preguntarme porqué lo hizo —le expliqué— tengo que ir, entiéndelo —decidí, levantándome precipitadamente de la silla y tomando mi abrigo.

Nos despedimos de Adolfo Rey y ambos salimos del hotel tomando un taxi; nos dirigíamos a uno de los hospitales de Bucarest.

Ya era de noche y en el hospital todo estaba en calma. El inspector Popesku aguardaba en la puerta nuestra llegada y fue quien nos condujo hasta la habitación.

—Estaremos aquí —decidió Marcos, soltando mi mano para que yo pudiera avanzar hacia el interior.

La luz era débil dentro, pero suficiente para distinguir el rostro de Antón. Me impresionó bastante su estado, con aquellas quemaduras de primer grado, mostrando la fuerza de un fuego descontrolado.

—Alejandra, acércate, por favor —me pidió con voz ronca y debilitada.

Y así lo hice. Me coloqué a un lado de la cama, junto a la cabecera para poder entender mejor aquello que me decía.

—No quiero morir sin contártelo todo y sin pedirte perdón —le escuché decir.

Viví con ese hombre algunos años; me trató como a una hija, sin embargo, no estaba segura de poder perdonarle después de todo.

—En uno de nuestros viajes a Transilvania, Sonia y yo conocimos a Dominic Holzhausen y M^a Magdalena; tras la supuesta muerte de Ileana Antonov, Dominic se había apoderado del Castillo de Bram y de sus leyendas. Habían seguido la pista de las Princesas de Transilvania a lo largo de la historia y la última de ellas se llamaba Amalia Vivas y vivía en España, en una noble casa que fue de su madre años atrás. Al igual que todas las demás, ella también era semejante a Catalina de Transilvania. Vasilii Dutu contactó con nosotros; nos prometieron parte de las riquezas del castillo si llevábamos a esa mujer hasta Bram. Al verla, todos en el pueblo seguirían creyendo en la inmortalidad de Catalina y la hegemonía de Los Ángeles Olvidados dominarían aquella zona aún. Así lo hicimos. Cuando llevamos a Amalia a Transilvania, obligamos a su marido, Alonso Molinari, a que nos vendiera aquella gran casa por una simbólica cantidad; después, nos deshicimos de él. Pero no debíamos levantar sospechas: esa mansión fue construida por los padres de Amalia y siempre perteneció a esta familia; ese fue el motivo por el cual la hicimos orfanato, albergando en ella a algunos huérfanos, entre ellos, a la hija de Amalia Vivas —me contaba con gran esfuerzo.

Al escuchar esto último, la tristeza me invadió.

—Era yo, ¿no es así? —le descubrí.

—Sí, Alejandra, tú eras, una niña que con el paso de los años se hizo semejante a su madre, igual a todas las Princesas de Transilvania —explicó, comenzando a toser un poco entonces— Pero algo terrorífico sucedió en ese castillo; un atroz ataque de los lobos y mucha gente se infectó con la Rabia, tal y como le sucedió a Catalina de Transilvania, casi tres siglos atrás. Dominic Holzhausen pereció en él y de entre los muertos, años después, resurgió una mujer: Ileana Antonov, la verdadera dueña del Castillo de Bram mientras no hubiera herederas directas de la Princesa Catalina. Con la muerte de Dominic nos habíamos quedado sin nuestra parte. Tú comenzabas a parecerte cada vez más a tu madre: era momento de hacer negocios con Ileana Antonov: una buena parte del oro a cambio de ti —me confesó.

—¡Malditos seáis! —exclamé, rompiendo a llorar de rabia.

—Nos pagaban por adiestrar lobos: M^a Magdalena y Dominic Holzhausen fueron generosos. Debían estar preparados para la caza humana. Por otro lado, había que empezar a deshacerse de todos esos huérfanos que no habían sido adoptados: ellos serían la recompensa de los lobos. Varias personas trabajaban en el orfanato, como educadores, en el mantenimiento del mismo... no suponían un problema, pues habían sido contratados por horas; sin embargo, había una limpiadora que pasaba mucho tiempo allí; había trabajado para tus padres y ahora lo hacía para nosotros; es posible que sospechara algo... un día desapareció sin dejar rastro —relataba.

Supuse que fue la mujer con la que Marcos contactó.

—¡Sólo eran niños, por Dios! —hablé recordando la más atroz de las pesadillas.

—Lo sé. Ellos pagaban estos servicios de los lobos, pero ¿qué pasaba con el oro? Tú eras nuestra única manera de hacernos con el tesoro; Ileana descubrió que existías, idéntica a las otras Princesas; si ella no te eliminaba, perdería el castillo... Ese fue el motivo por el que te saqué del orfanato; había que protegerte, Alejandra, o ella se encargaría de acabar contigo —me reveló finalmente.

—No puedo creerlo —le dije, resistiéndome a tal idea.

—Sonia se marchó a Bram; ahora Ileana no tenía más remedio que colaborar con nosotros; allí se cambió el nombre por el de Nicoleta Ivanov: debía pasar desapercibida y junto con Vasiliu Dutu, ideamos el plan —me contaba— Sin embargo, a Sonia le movía otro interés mucho más poderoso: conocer el verdadero paradero de su hijo, arrebatado de entre sus brazos al nacer —me desveló.

—¿Qué plan? Y ¿dónde estaba Ileana? —quise saber confusa.

—Escondida en Alemania: fingió su muerte años atrás. Nadie debía saber que vivía. Su única obsesión siempre fue mantener el apellido Antonov en ese castillo. Inventó tener un hijo legítimo de Dominic, al que apellidó Antonov; todos se creyeron esta mentira; sabía que con su nieto Andrei no podría mantener ese lugar. Este muchacho al que contrató, acabó no cumpliendo su parte del trato; sabía demasiadas cosas para retirarse: Ileana, sin dudar, lo mató —me dijo con frialdad.

—Matar por matar; entonces fue ella, enterrándolo en su propia tumba, allá, en el Palacio de Peles —hablé conmovida— Andrei siempre negó la existencia de este hijo de sus abuelos —recordé.

—Sí; Ileana sólo pretendía mantener ese castillo por siempre bajo el dominio de los Antonov; nosotros sólo buscábamos sus tesoros y tú eras nuestra garantía. Te hicimos viajar a Bram bajo la mentira de una herencia... debías estar cerca del castillo, que la gente te viera y que Ileana se sintiera amenazada. Pero todo se complicó: primero Nacho; ese chico apareció de la nada con sus investigaciones y después Nicolás, reclamando lo que Ileana prometió a su padre y nunca le entregó —recordó.

—¡Basta, Antón! No quiero seguir escuchándote: todo acabó; mi pesadilla acabó al fin —le dije muy nerviosa.

—No hay palabras para describir lo que hemos hecho. Sonia murió de Porfiria y la mayor de nuestras hijas... está agonizando por la misma enfermedad —me informó apenado.

—Nada de eso me importa, Antón —me despreocupé, despreciándolo una y mil veces con mis gestos— Yo la encontré en la mansión de Burdeos; ¡por Dios, era un cadáver andante! La manteníais encerrada, como a un animal... ¡¿qué clase de personas sois?! —objeté entonces.

—Alejandra, era tu mejor amiga, Melissa ¿la recuerdas? Ella estaba encerrada en la mansión de Burdeos porque el sol podía dañar su piel aún más... debíamos protegerla, aunque ya no habrá nadie que lo haga —me revelaba.

—Ella no sabía que tú eras su padre; sólo su carcelero, por miedo a que te contagiara su enfermedad; pensaba que la preparabais para entrar a formar parte de Los Ángeles Olvidados... y Nacho... ¡él y Melissa eran hermanos! ¿por qué había informes realizados por él en la mansión de Burdeos? Nacho jamás estuvo en ella —le hice saber, acercándome más a él.

—Obré mal en muchos aspectos. Cuando Sonia enfermó y después perdió la cabeza, la llevé al psiquiátrico que hay cerca de su pueblo natal, y la abandoné allí; un tiempo antes, comenzaron las divergencias entre nosotros. Nacho había aparecido con sus investigaciones y estaba a punto de acabar con nuestros planes; había que eliminarle, pero Sonia lo protegía: era su hijo y yo no podía comprender esto. Sólo quería apoderarme de ese tesoro a costa de lo que fuera. Melissa también estaba muy enferma; ella nunca supo que era nuestra hija. La sacamos del orfanato cuando aún era muy pequeña y viajamos a Bram con ella: podría ser, en un futuro, la compañera del líder, o al menos eso acordamos con Dominic; pero enfermó gravemente. Creíamos que era la Rabia: podría infectarnos a todos los demás. Por eso la encerré en el sótano de la mansión y estudié el curso de su enfermedad. Las investigaciones de Nacho me aportaron muchos datos importantes... no, mi hija no tenía la Rabia, sino Porfiria, una enfermedad que heredó de su madre y que, sin duda la llevaría a morir precozmente. Con respecto a Nacho... bueno ese muchacho perdió la partida. Su investigación le llevó hasta el Castillo de Bram; ese fue su fin —me hizo saber.

—Todo esto es una locura; Melissa era huérfana, igual que yo y murió devorada por los lobos frente a mis ojos: ¡Nacho también lo vio! —exclamé aturdida ante tanta revelación.

—No, no murió, jamás lo hubiera permitido: era mi hija. Hace poco la trasladé a Berlanga de Duero, a la casa de los padres de Sonia; una monja la cuidará hasta el último de sus días —me confirmó.

Se refería a Sor Lourdes.

—Por favor, visítala si puedes y dile que me perdone; allá donde va a ir, la estaré esperando; todo será diferente a partir de ahora —aseguró.

Permanecí en silencio, contemplando como Antón Cruz se apagaba por momentos. Melissa no era huérfana, pero creció pensando que sí. Nacho y yo siempre estuvimos convencidos de haberla visto morir; sin embargo, nos equivocamos.

Al cabo de un buen rato, salí de la habitación, cabizbaja. Marcos me esperaba sentado en una de las sillas de la sala, serio y preocupado. Se levantó al verme y avanzó a mi encuentro, abrazándome entonces, fuerte. Tras esto, salíamos del hospital; él había echado su brazo sobre mis hombros, mientras yo rodeaba su cintura. Casi no hablamos; ya era muy tarde y estábamos cansados.

Al llegar al hotel, me puse el pijama mientras él se metía en la cama con unos boxes y una camiseta. Recostada sobre un costado, de frente a él, la luz que entraba a través de la ventana me permitía distinguir todo su rostro; sus azules ojos me miraban brillantes y atentos, recostada su

cabeza sobre uno de sus brazos estirado hacia delante. ¿A qué estaba esperando? ¿qué deseaba escuchar?

—Te he echado de menos —le dije.

—Yo también; estoy deseando regresar a Oviedo: quiero que estemos juntos —me hizo saber. Entendí su propósito. Me asustaba pensarlo y de pronto en mi cabeza se creó la confusión.

—Toda mi vida he soñado con este momento: el final de una pesadilla que me había envuelto desde siempre. Marcos, yo también deseo llegar a Oviedo cuanto antes; quiero superar todo esto ¿sabes? Y aunque olvidar será difícil, sí terminar con esos miedos que me acorralaron desde niña —le relaté.

—Yo te ayudaré, Alejandra. Me tendrás ahí siempre y lo sabes —aseguró, acariciando mi mejilla— Has sido muy valiente; nada de esto es fácil —opinó.

—Y deseo seguir siéndolo; en la vida aún se me han de presentar retos y decisiones difíciles de afrontar; sólo deseo hacer lo correcto, sin dañar a nadie —hablé.

Sin embargo, Marcos estaba muy lejos de entender el sentido de mis palabras. Inclino un poco su cabeza y tras acercarse un poco más, me besó en los labios. Fue un beso dulce y delicado. Después nos abrazamos muy fuerte.

—No imaginas cuánto te quiero —le escuché susurrar muy cerca de mi oído.

Pero yo debía esperar un poco; tenía que escuchar a mi corazón hablar. Mientras tanto, Marcos sería el hombre que estuviera a mi lado, porque esa era mi voluntad. Lo quería, de eso estaba segura, pero, tras ese amor se escondía la sombra de Andrei Holzhausen. Comprendía pues que, sólo haciéndola desaparecer, yo y Marcos podríamos ser felices para siempre, sólo de esa manera.

—Yo te quiero también —respondí sincera, pasando suavemente uno de mis dedos por sus labios.

Y mirándonos, casi sin pestañear, nos quedamos dormidos, sumergiéndonos en la profundidad de un océano, pues así son los sueños, profundos e intensos como el mar, danzando en libertad sentimientos y emociones quizás contenidas fuera de ellos.

Miré por la ventana y la bella Plaza de la Fontán, allí, en Oviedo, parecía desértica aquel lluvioso día de enero. Ya habían pasado tres meses desde que regresamos de Transilvania; Antón Cruz murió días después en aquel hospital de Bucarest, solo, con su cuerpo quemado y una gran carga en su conciencia que arrastraría para siempre, incluso en el más allá.

Pero supe que Nicolas Müller logró vivir y ahora se recuperaba de sus profundas quemaduras, aquellas que dejarían secuelas graves para siempre.

El caso del Castillo de Bram había quedado en manos de la policía rumana, analizando cada zona, cada rincón, su oscuro sótano y aquella casa en la que viví durante meses, desde la que pinté uno de los cuadros más espectaculares sobre el castillo, en la que cada noche los lobos entraban, hambrientos y feroces... La imponente y antigua fortaleza permanecería cerrada hasta que la Interpol desvelase los resultados de aquellas pruebas de ADN. En caso de no haber herederos, el castillo pasaría a manos del gobierno rumano.

M^a Magdalena fue encontrada en lo más oscuro del bosque, allá, cerca del lago, enterrada en el mismo foso que yo un día encontré y donde hallé su pergamino. Era una señal: ese sitio sería su triste final, o quizás no... En el interior de la casa de Brasov, tirada en el suelo, fue encontrada Ruslana, con un frasco de pastillas vacío en sus manos; había decidido quitarse la vida; no había ningún motivo para seguir adelante. Durante años, cuidó a la asesina de su marido, de su propia hija; esa anciana, intentó hacer de los suyos parte de Los Ángeles Olvidados, arrastrándolos hacia la peor de las muertes. A Ruslana le fue imposible vivir con esta carga; jamás lo superaría, jamás...

El cuerpo de Petrica nunca fue hallado. Alguien se la llevó del escondite secreto, posiblemente Nicolás Müller: sólo él sabía dónde estaba el cadáver; nadie podría dar sepultura a la pequeña niña si no era encontrada.

Sin embargo, las pruebas de ADN, con respecto a los restos de las Princesas enterradas en la fortaleza, fueron llevados hasta Bruselas: la Interpol los analizaría y confirmaría, al fin, la naturaleza de los mismos: Princesas o Plebeyas.

La vida transcurría, porque, pese a acontecimientos tan duros que llegan a cambiar drásticamente la vida de las personas, el mundo continúa girando en mitad del abismal universo: nada se para por nada ni por nadie.

Seguía habitando aquel coqueto apartamento en La Plaza de la Fontán, sola, pues así lo decidí cuando Marcos me propuso vivir juntos. No, no podía aún; mi mente seguía confusa; debía dejarme pensar, debía dejarme llorar en mi intensa soledad. Nunca le di explicaciones, ni un porqué; sin darnos cuenta nos estábamos alejando y nuestra relación se volvió fría y distante.

Habría una exposición de fotografía en Oviedo y preparaba algunas de las realizadas allá, en Transilvania, esa bella región de Rumania aún sin descubrir por muchos. Deseaba mostrar todo eso, una vivencia que había marcado mi vida para siempre.

Eran las diez de la mañana. Salía de mi apartamento precipitadamente, vestida con una ajustada falda negra, justo por la rodilla, un jersey de cuello alto en lycra turquesa y unas botas altas de charol. Al bajar al portal y abrir la puerta, me abotoné un poco más el abrigo y utilicé el paraguas: aún llovía y tendría que caminar algunos metros hasta llegar al coche.

Conducía prudente bajo una intensa lluvia que, muchos kilómetros después, se tornó tan fría, que se hizo nieve. Dos horas después, un cartel me anunciaba que aún faltaban cinco kilómetros para Berlanga de Duero, aquel pequeño pueblo soriano donde Sonia González acabó sus días.

Antón me dijo que Melissa estaría ahí y si aún no había muerto, cumpliría la última voluntad del viejo Cruz, ese mismo que me sacó del orfanato para, más tarde, utilizarme como moneda de cambio en toda esta trama.

Aparqué en la misma puerta; aquí, la lluvia se tornaba mucho más gélida, en forma de copos de nieve. Al bajar del coche, sentí el frío, mucho más intenso que en Oviedo y cubriéndome bien parte del rostro con la bufanda, anduve unos pasos hasta la puerta, llamando con exigente golpe. Tardaban en abrir; quizás Melisa ya murió. Me giré para regresar al coche cuando alguien apareció en la puerta. Era Sor Lourdes, con sus hábitos y una fina bufanda alrededor de su cuello. Me miró fijamente y entonces me reconoció; parecía sorprendida y al mismo tiempo confusa: ¿qué hacía yo ahí?

—Pero pasa, hija mía: está nevando mucho —me invitó, abriendo aún más la puerta.

—Gracias —contesté, entrando rápida y limpiando la suela de mis botas en el felpudo.

Cerró con fuerza y entonces me preguntó.

—¿Qué te ha traído hasta aquí otra vez?

—Melissa: tengo un mensaje para ella —respondí aun temblando de frío.

Aunque en el interior de la casa el ambiente era cálido, todavía era pronto para deshacerme de mi abrigo.

—Estoy esperando su final: Alejandra, has hecho mal en venir desde tan lejos —opinó.

—Sólo será un momento, de verdad, hermana —insistí.

—Está bien —aceptó, guiándome hacia su habitación, la misma que su madre ocupó antes de morir.

Al entrar, encontré la habitación iluminada. Ella descansaba en la cama, arrojada hasta la barbilla, con los ojos cerrados. Su pelo, castaño y suelto, se esparcía por la almohada y al escuchar nuestros pasos, comenzó a reaccionar.

—Melissa, tienes una visita —la informó Sor Lourdes, ayudándola a incorporarse.

Al verme, sonrió. Me había reconocido, a pesar de los meses sucedidos desde que nos viéramos por última vez en el hospital de Burdeos.

—Hola Alejandra —me saludó, tendiéndome su mano.

—¿Cómo estás, Melissa? —me interesé.

—Bueno, creo que muy pronto terminará todo esto —se resignó.

Nada en sus rasgos había cambiado desde la última vez que la vi.

—¿Por qué has venido? ¿quién te dijo dónde encontrarme? —me preguntó.

—Antón Cruz, tu padre —le revelé.

Su mirada se tornó aún más triste.

—Yo no tengo padre, ni madre —negó sin conocer aún su verdadera historia.

Entonces le conté detalladamente. Hija de Antón Cruz y Nicoleta Ivanov, o lo que era lo mismo: Sonia González. Se mostraba confusa, incrédula ante mi revelación.

—Ellos no buscaban formar parte de esa secta, sino sus riquezas, tesoros posiblemente inexistentes —le dije.

—No, no es cierto —insistió tozuda.

—Lo es, Melissa, aunque te duela. Sonia murió hace unos meses, en esta misma casa, de tu misma enfermedad: Porfiria —le desvelé— Ellos te aislaron ignorantes, pues pensaban que eras portadora de la Rabia, la enfermedad que padecían casi todos en el Castillo de Bram. Es contagiosa y mortal: lo siento —hablé— Debes saber que tu madre nunca estuvo de acuerdo; fue ella quien me hizo viajar a Burdeos, a esa mansión, sólo para liberarte —le conté ahora.

Pero parecía haberse evadido con su mirada fija hacia la ventana.

—Tuviste una hermana: Ekaterina —la informé.

—¿Dónde está? —se interesó.

—Muerta, como todos —respondí contundente.

La miré; su rostro reflejaba la tristeza más absoluta.

—Hace unos meses estuve en esta misma casa y en tu cama descansaba Sonia González, tu madre. Me contó cosas importantes, que me ayudaron a encontrar pistas y que me llevaron hasta Burdeos, donde Antón Cruz me esperaba. Allí te encontré, Melissa, y siento que nadie lo hubiera hecho antes. Antón y Sonia, tus padres, fueron unas malas personas; mataron a mis padres y se apoderaron de su casa, convirtiéndola en un orfanato y colaborando entonces con Dominic Holzhausen y más tarde con Ileana Antonov, sólo por dinero. En toda esta historia, nadie es quien parecía ser y quienes tuvieron que ver con ellos, murieron irremediabilmente —le conté.

—¿Y Nacho? Él estaba involucrado en todo; formaba parte de todo este enredo —se interesó.

—Sólo buscaba la verdad y murió creyendo que aquella oscura noche, allá, en el orfanato, te vimos presa de los lobos. Se apoderó del anillo y entró en ese castillo por primera vez; cuando salió, sólo vivió un par de días más y se fue conociendo la verdad sobre su madre y sobre ti, Melissa: erais hermanos —respondí.

Melissa volvió a recostarse sobre su almohada; se notaba cansada y su mirada se perdía nuevamente por la ventana. Me acerqué hasta el cabecero y acaricié su rostro con suma suavidad. Distinguí unas lágrimas cayendo de sus ojos, finas, casi inapreciables. Entonces me agaché un poco y la besé en la frente.

—Gracias, Alex; ha sido maravilloso ver a alguien como tú antes de morir —me dijo de pronto.

—Quizás haya una solución... yo, no sé, la medicina tiene que haber avanzado un poco en este tipo de enfermedades —supuse.

Pero ella, con una sonrisa de resignación me hizo entender que ya no había una posibilidad de salvar su vida.

—Y si esta enfermedad no acaba conmigo, lo hará la pena. Todos los recuerdos, a lo largo de mi vida, me lastiman; no puedo vivir así, Alex; no quiero vivir de esa manera —me explicó.

—Piensa que el mundo es muy bello y que el tiempo nos hará superar todo esto —traté de animarla.

—Yo ya no tengo tiempo, amiga mía: todo va a acabar al fin para mí. Estoy deseando, ¿sabes? Ya no puedo más; demasiado sufrimiento, demasiado dolor. Mi vida no ha significado nada para nadie, ni siquiera para mí. Pero me alegra saber, al menos, quien soy, aunque allá, donde vaya, no necesitaré nada de eso.

Era momento de marcharme: Melissa cerraba los ojos constantemente; debía dormir un poco. La miré por última vez, porque sabía que esa sería la última que la vería con vida. Este pensamiento me apenó y con lágrimas en los ojos, salí de la habitación. Recorría el corto pasillo de la casa cuando, en el salón, encontré a Sor Lourdes, sentada en un sillón, al brasero. Entré entonces, silenciosa.

—Me marchó, hermana —le hice saber.

Pero ella continuaba sentada en aquel sillón.

—Siéntate, hija, por favor —me indicó.

Y así lo hice. Me arrojé con las enaguillas y sentí el ardor de aquel brasero, con sus dos resistencias, calentando todo el hueco de la mesa camilla. La monja me miraba seria; yo sabía que me hablaría de algo importante, y no me equivoqué.

—Conocí a Sonia González cuando fue internada en el hospital psiquiátrico; ciertamente

padecía Porfiria, al igual que Melissa, pero Sonia también había sido infectada de Rabia, y sus desajustes psiquiátricos se debían a esta enfermedad. No fue una buena mujer, pero la vida tampoco fue justa con ella. Toda la historia de amor que te contó entre ella y ese rumano llamado Ion, era cierta. Tuvieron un hijo, arrebatado de sus manos al nacer. Ella sabía que lo encontraría en Transilvania y sus objetivos siempre estuvieron en ese país. Más tarde la cegó el ansia de riqueza, sin darse cuenta de que su hijo había terminado junto a ella, en el orfanato, siendo adoptado más tarde por una familia francesa —me contaba ante mi asombro Sor Lourdes.

—¿Qué quiere decirme con todo eso? Sonia no fue, precisamente, un ángel —le dije despreocupada.

—Sonia supo tarde lo de su hijo, pero así fue —me comunicó.

Pensé por un momento, en la edad de Nacho y la de Melissa; sí, él era tres años mayor que nosotras. Era razonable pensar que Sonia pudo dar a luz a Nacho y años después, tras iniciar su relación con Antón, tener a Melissa.

—Cuando, hace casi un año, viniste a ver a Sonia, en ningún momento te mintió —me hizo saber la monja.

—Hermana, esas fueron verdades a medias —opiné.

—Pero, al fin y al cabo, verdades —respondió.

—Me envió a la mansión de Burdeos; ¿usted sabe lo que encontré allí? —planteé.

—A su hija. Deseaba que salvaras a Melissa —me desveló.

—Pero... ¡Antón Cruz estaba allí, con ella! —objeté sin entender nada.

—Antón Cruz decidió mantener encerrada a Melissa por miedo a contagiarse de Rabia, aunque ella no padecía la enfermedad. Sonia sufría mucho por su hija y por Nacho; los había perdido a los dos —narraba apenada.

—No hermana, esto es demasiado; ¿trata de hacerme creer que Sonia era una buena mujer? ¡junto con Antón Cruz y Vasiliu Dutu, raptó a Amalia Vivas y la llevaron a Transilvania, a ese castillo, condenándola a morir! No seguiré contándole la historia, porque usted la leyenda de Catalina de Transilvania y de todas las demás princesas se la sabe de memoria. Sólo le recordaré, hermana Lourdes, que Sonia regentó un orfanato en Asturias donde murieron muchos niños, así es que, por favor, no me justifique lo injustificable —expliqué bastante alterada.

—Sonia sólo quería morir en paz —comentó.

—Y así murió, y ahora debo marcharme; el trayecto hasta Oviedo es largo y podría cogerme la noche —traté de despedirme.

La monja me acompañó hasta la puerta, despidiéndome con un cariñoso abrazo. Aún nevaba en aquel pequeño pueblo soriano. Monté en mi Peugeot 407 ranchera y tras arrancar el motor, me alejé. Nunca más volvería, estaba segura.

Conducía pensativa. Meditaba sobre todo lo que me había dicho Sor Lourdes; Sonia me envió a Burdeos para salvar a Melissa y así lo hice. Tuvo dos hijos: Nacho, hijo de un rumano llamado Ion y Melissa, cuyo padre era el viejo Antón. Pero no conseguía encuadrar a Ekaterina Ivanov, la despiadada Ekaterina que siempre actuó bajo la supervisión de su viejo padre Antón.

Eran casi las siete de la tarde. En Oviedo, continuaba lloviendo intensamente. Desde donde aparqué el coche hasta el portal de mi apartamento, corrí para no mojarme y al abrir la puerta y encender la luz, encontré a Marcos sentado en los escalones, serio, con una cazadora de cuero negra adaptada a su cuerpo y unos pantalones oscuros.

—Marcos, pero ¿qué haces aquí? —le pregunté sorprendida, permaneciendo parada en el mismo sitio, cerrando despacio el paraguas.

—Te he llamado, pero tu móvil estaba apagado —respondió.

—¡Oh! Posiblemente se quedó sin batería. Llevo todo el día fuera ¿sabes? —le expliqué preocupada por su talante.

—Alejandra, quería comentarte algunas cosas, noticias que esperábamos y que finalmente llegaron —me adelantó, levantándose de los escalones y metiendo sus manos en los bolsillos del pantalón.

—¡Qué bien! —me alegré, caminando hacia él.

Entonces subimos hasta el apartamento. Entramos: todo estaba frío y oscuro. Pronto encendí las luces y activé los calefactores.

—Marcos, por favor, siéntate —le indiqué.

—No te quitaré mucho tiempo —objetó aún esquivo.

—No me importa el tiempo: tenemos todo el que queramos —respondí al respecto.

—Yo tengo prisa... —me anunció con frialdad— en fin, Alejandra, esta mañana llegaron las pruebas de ADN de cada una de las Princesas de Transilvania; la Interpol las envió y ... coinciden con el tuyo. Amalia Vivas era tu madre. Abogados del gobierno rumano se pondrán en contacto contigo para arreglarlo todo: el Castillo de Bram te pertenece: eres la única heredera directa de Catalina de Transilvania —me informó.

Mis ojos se abrieron de par en par al escuchar sus palabras.

—El orfanato, la que fue casa de Ana Vacarescu y Fernando Vivas, te pertenece: ellos fueron tus abuelos y en esa casa también vivieron tus padres, Amalia Vivas y Alonso Molinari —me explicó ahora— Debes cambiar tus documentos; ahora eres Alejandra Molinari Vivas en España, pero Princesa de Transilvania —elogió.

—¿Hacía falta sufrir tanto para llegar hasta aquí? —planteé.

—Tal vez sí —respondió retraído aún— Sólo deseo que ahora encuentres tu paz interior y tu propia felicidad —me dijo.

—Continuaré aquí, Marcos. Esta noticia sólo me ha hecho conocer mis raíces, quiénes fueron mis familiares, mis padres, pero seguiré siendo la misma y mi vida no va a cambiar. Siempre fui una mujer humilde y así quiero morir —le hice saber.

—Entiendo. Yo tengo que marcharme —trató de despedirse.

—¿Por qué tan pronto? —quise saber.

—Porque juntos ya no hacemos nada, sólo incomodarnos —argumentó ante mi asombro.

—No Marcos, nada de eso... jamás me incomodarías y lo sabes —le aclaré.

—Ya no sé nada. Volviste cambiada de Transilvania y no he logrado comprender porqué; ¿qué sucedió allí, Alejandra? Antes de marcharte, teníamos una preciosa historia de amor, nos queríamos, nos deseábamos... ¿cómo ha podido tornarse todo tan gris? —trataba de comprender.

—Nunca di por finalizada nuestra relación: sólo te pedí un poco de tiempo, sólo eso, Marcos —le recordé.

—Tiempo para qué; ¿qué es lo que tienes que aclarar en esa cabecita? ¿si me quieres o no? Tal vez no has sido sincera con tus sentimientos; no has sido sincera conmigo, Alejandra —descubrió.

Me volví hacia la ventana; desde ella podía verse toda la Plaza de la Fontán iluminada con sus bellas farolas; la lluvia mojaba su suelo, confiriéndole un aspecto bohemio. Me giré nuevamente, acercándome a él.

—Marcos, yo no quiero perderte —le hice saber.

—Tú no me quieres, Alejandra, puedo leerlo en tus ojos; pero yo a ti sí, y esto me hiere mucho —me comunicó.

—¡Claro que te quiero! Marcos, te quiero de verdad —exclamé afectada.

—Si es cierto lo que dices, si me quieres de verdad, termina con esto de una vez, por favor —me pidió.

Sentí que mis piernas se derrumbarían en cualquier momento.

—¿Por qué me pides algo así? —le pregunté casi entre sollozos.

—Porque nada de esto tiene sentido ya, ¿no te das cuenta? Han pasado tres meses desde que volvimos de Transilvania y en todo ese tiempo no has podido mirarme a los ojos. Sólo quiero conocer la verdad; después de todo, creo que tengo derecho —opinó razonablemente.

Nos sentamos en el sofá y mirándole fijamente a los ojos, con sus manos entre las mías, comencé una historia, la más maravillosa de cuantas viví. Andrei Holzhausen y su cabaña de los sueños... creí que podría superarlo, que podría mandarlo al olvido para siempre, pero ni siquiera el amor que sentía por Marcos lograron esto. Él siempre se había refugiado en mi corazón: no podía echarle.

—Cuando estuve en Transilvania, volvimos a encontrarnos. Hubiera deseado quedarme para siempre junto a él, en ese lugar... pero mi corazón tampoco me permitía hacer algo así. Estabas tú, Marcos y si verdaderamente no te quisiera, me hubiera quedado; sin embargo, no pude —le expliqué después.

Él permanecía callado. Sus ojos no me miraban; su mente trataba de asimilar todo aquello.

—Hasta él me llevó la casualidad, pero ¿qué me llevó hasta ti? —expuse, recordando aquel argumento que Andrei trazó— En estos tres últimos meses me he planteado esto una y otra vez y ahora he encontrado la respuesta, estoy segura: hacia ti me llevó algo profundo, un motivo por el que merecía la pena estar juntos; no sé si fue una casualidad o una necesidad, pero quería estar contigo Marcos y lo que sentí fue verdadero —le expliqué.

—Ese sentimiento desapareció —intervino.

—¡Noooo! —exclamé.

—Deja de engañarte, Alejandra; así sólo sufrirás. No se puede amar a dos hombres por igual; quizás tu cabeza no lo tenga claro, pero tu corazón sí. Sólo tienes que interpretar sus señales y ellas te guiarán —habló.

Contenía mis deseos de llorar; mis lágrimas aflorarían de un momento a otro. Mientras tanto, Marcos parecía mucho más relajado. Apretaba mis manos entre las suyas y de pronto sonrió.

—Escúchame, Alejandra: yo ya no puedo más. La magia se pierde ¿sabes? Sucede en muchas relaciones y en la nuestra ocurrió. Aunque tú aún no lo sepas, nos corresponden caminos diferentes; nosotros no seríamos felices juntos; Andrei anidaría en tu corazón para siempre ¿por qué negarte a un amor tan verdadero? La lejanía jamás podría con un sentimiento así; pensaste que todo murió entre él y tú, pero te equivocaste; las circunstancias os unieron un día y el destino os volverá a unir otra vez, ahora ya para siempre —narraba emotivamente, secando cuidadosamente

mis lágrimas con sus propias manos— Yo también derramaré muchas lágrimas, Alejandra, pero acabaré superándolo, lo sé, porque por muy frío que sea el viento en estos momentos, no llegará a helar.

—Todo esto es tan duro... —me lamenté.

—Necesitabas tiempo para pensar y lo tuviste; creo que tomaste tu decisión hace ya mucho tiempo, aunque, tal vez, ni tú misma lo supieras. A mí te llevó una casualidad ¿recuerdas? Te habías perdido por las calles de Oviedo con tu coche —bromeó, sonriéndonos ambos— pero ¿sabes qué te llevó a él? El sentimiento más profundo de cuantos has tenido: el verdadero amor. No hay otro como ese y es inconfundible, porque algo tan profundo y tan verdadero no se puede eludir —aseguró.

Ante sus palabras, comencé a sentirme mucho mejor. Mi corazón me había hablado, pero no quise escucharlo. Me dijo que debía regresar a Transilvania, pues allí Andrei me esperaba; nadie podría interponerse nunca: él era mi destino, sólo él.

—Ahora sí me marchó. Ya sabes donde estaré si me necesitas, pero si no volvemos a vernos, deseo que encuentras la felicidad, Alejandra. Las leyendas sólo son leyendas, y los monstruos de la noche sólo existen en las mentes de los niños. Debes superar todo eso, porque la vida es mucho más sencilla y más bella: sólo tienes que dejarte llevar —me aconsejó— ¡Ah! Y sigue pintando: esos cuadros son auténticas joyas —admiró, señalando los allí expuestos.

—Gracias Marcos, aunque yo creo que volveremos a vernos, algún día —afirmé.

Y tras abrazarnos afablemente, él se marchó.

Un lluvioso mes de abril acababa de darnos la bienvenida. Era de madrugada cuando llegué a mi apartamento de la Plaza de la Fontán, en Oviedo, donde seguía residiendo. Me sentía dichosa: aquella exposición de fotografía había sido todo un éxito. En esa galería, junto a consagrados fotógrafos, expuse mis mejores fotos; se remontaban a Transilvania y la belleza de ese lugar hablaba por sí sola. Sinaia y sus montañas heladas, Los Cárpatos conformado por espesos bosques y sus prematuros atardeceres en la medieval Sighisoara... todo el esplendor de esta región rumana había quedado reflejado en mis fotos y en la exposición que de ellas hice.

Me quitaba los zapatos de tacón; tenía los pies doloridos debido a ellos. Sin embargo y pese al éxito de esa primera exposición fotográfica, algo me apenaba por dentro: Marcos no había ido. Desde que nos despediéramos en mi apartamento, aquella lluviosa noche dos meses atrás, no habíamos vuelto a encontrarnos. Pensaba mucho en él... y también en Andrei.

—Andrei, mi amor —me dije, recordándole.

Deseaba partir lo antes posible hacia Transilvania: quería reunirme con Andrei al fin, pero la policía encontró cadáveres en los terrenos del orfanato, circunstancia que retrasó aún más mi partida. Niños enterrados que jamás podrían ser identificados porque eran huérfanos. De aquellas tierras también sacaron a un hombre: se llamaba Alonso Molinari y fue mi padre. Antón Cruz y Sonia González lo mataron, enterrándolo en ese lugar, llevándose después a mi madre a Transilvania, entregándola a los horrores de un castillo endemoniado.

Supe que Marcos se había hecho cargo del caso hasta el final, pero no volvimos a vernos.

A la mañana siguiente, algunas revistas hacían referencia a la exposición de fotografía que la noche anterior se había celebrado y comentaban, con fascinación, sobre unas románticas imágenes que hablaban de un país encantado. Transilvania, una región perdida en los Cárpatos, deseada por tantos países a lo largo de su historia... Pero fue mía desde siempre; mis antepasados fueron reyes allá y yo, ahora, preparaba mi regreso a casa, no como Princesa de Transilvania, sino como la mujer enamorada que al final escuchó las palabras de su corazón.

Recogía todas y cada una de mis cosas pues, no regresaría a Oviedo. El antiguo orfanato seguía levantándose en el mismo lugar, lejano y solitario; su heráldica exhibiría para siempre un poderoso apellido en el tiempo: los Vacaescu de Transilvania. Comprendí que siempre había vivido en mi propia casa, el lugar del mundo donde más sufrí. Volvía a pertenecerme y sus llaves fueron guardadas en la cajita de los recuerdos, junto al pergamino de M^a Magdalena y el extraño móvil en el interior de su funda, junto a un mapa inespecífico aún.

Estaba preparada. Días antes, envié mis cuadros a Transilvania, concretamente al Palacio de Peles; deseaba reencontrarme pronto con Andrei, cerca de nuestro lago, en nuestra cabaña y mientras pasaba la vida junto a él, pintaría cada día los lugares más bellos.

Miré por última vez la Plaza de la Fontán desde mi ventana: rebosaba vida. Después salí, cerrando la puerta y dejando la llave en el buzón.

Salí a la calle con mi maleta: aquella débil llovizna podría llegar a calar. Mientras esperaba un taxi, deseé telefonear a Marcos; hubiera querido verle por última vez antes de marcharme a Transilvania, pero quizás fuese mejor así. Estuvo ahí hasta el último momento; su caso sobre el orfanato había terminado y con él todo entre nosotros.

—¡Al fin! —objeté, haciendo una señal con la mano para que el taxi parase.

—Menudo día —comentó el taxista, bajándose del coche y tomando mi maleta para introducirla en el maletero.

Y monté en el SEAT Altea.

—¿A dónde vamos? —me preguntó, hombre mayor y campechano.

—Al aeropuerto, por favor —respondí.

Y el taxista, tras activar su taxímetro, puso en marcha el coche. Limpié los cristales empañados y entonces le vi. Montado en su coche y aparcado justo frente a mi portal, distinguí a Marcos. Nos habíamos visto, pero él sólo observaba cómo el taxi iba saliendo de la estrecha calle.

—¡Pare, por favor! —pedí con exigencia.

—Pero... —se extrañó el taxista.

Absurdamente me bajé del Altea, pero el Audi A6 de Marcos ya había desaparecido calle abajo.

—Disculpe, creí conocer a una persona —dije, montando nuevamente, removiendo un poco mis largos cabellos, algo mojados por la lluvia.

Sabía que, tras aquella exposición me marcharía y estuvo ahí. Nos vimos por última vez porque ahora sí estaba segura: ya no nos encontraríamos más.

¿Cuál fue la razón que me llevó hasta Marcos? Continuaba preguntándome esto porque, esa casualidad que nos unió un maravilloso día, se convirtió después en un sentimiento profundo y un amor de verdad que podría haber perdurado de no aparecer Andrei. Hacia Marcos me llevaron las ganas de vivir, la ilusión y la esperanza de amarle por encima de Andrei...pero no lo conseguí. Acababa de encontrar la respuesta, la única y verdadera razón; al fin supe el motivo que nos llevó a estar juntos.

Había sido un largo viaje desde España. Había atardecido. En pleno mes de abril, las cimas de las montañas continuaban con un fino manto blanco sobre sus cumbres, aunque sus bosques ya olían a primavera.

Antes de tomar el abrupto trayecto que me haría penetrar en Transilvania, visité el hospital de Bucarest, donde sabía que Nicolas Müller aún se recuperaba en la planta de quemados. Quería verle; sabía que muy pronto sería juzgado y tal vez regresara pronto a Berlín, de donde nunca debió salir.

Me indicaron el número de habitación y llegué hasta allí, dando dos suaves toques con los nudillos de mis dedos en la puerta.

—Adelante —respondió su voz.

Entré despacio, con cierta timidez. Se encontraba sentado en un sillón pequeño, de frente a la ventana, de espaldas a todos. Desconocía la visita que acaba de entrar en su habitación, pues ni siquiera se inmutó. Caminé un poco más y me coloqué justo detrás. Ya no tenía el pelo tan largo, aunque lo recogía en una coleta. Vestía con un ancho pijama azul claro y pude ver sus pies descalzos sobre el suelo, mientras continuaba ensimismado, mirando a través de la ventana.

—Hola Nicolás —me atreví a saludar.

Por un momento su respiración parecía haber cesado y un profundo silencio lo invadió todo. Continuaba en la misma posición, aunque, desde el primer momento supe que había reconocido mi voz. Se incorporó un poco y trató de ponerse de pie, con gran esfuerzo; parecía estar muy débil. Entonces se giró sobre sus pies y me mostró su rostro, deteriorado por efecto del fuego. Sus celestes ojos seguían brillando con igual intensidad, rodeados de quemaduras que daban una variada tonalidad a su cara.

—Hola Alejandra —respondió finalmente, manteniendo un inflexible rostro, incapaz de sonreír por no estirar aún más sus heridas.

Sentí tanta lástima por él, que bajé mi cabeza y con discreción, sequé unas lágrimas que fortuitas escaparon.

—Me alegro de verte —dijo ahora, acercándose un poco más.

—Yo también —contesté, levantando la cabeza y mirándole.

—Vaya, veo que te ha sorprendido mi aspecto, pero al menos yo no morí —opinó.

Pero no contesté al respecto.

—Siéntate, por favor —me invitó, indicándome la cama.

—Gracias Nicolás, aunque no estaré mucho tiempo —le hice saber— Sólo quería interesarme por cómo estabas y preguntarte el porqué de todo; no lo comprendo —quise saber.

—Ni yo mismo lo sé. Esa gente te necesitaba a ti, y sabían que yo conocía tu paradero. Se pusieron en contacto conmigo y trataron de negociar: el oro por ti. Acepté el trato, aunque jamás te hubiera entregado, lo creas o no; siempre estuve enamorado de ti, lo sabes, y cuando te hice volver a Transilvania, con aquella carta, sólo pretendía ponerte a salvo. Te seguían la pista y muy pronto darían con tu paradero en Oviedo. Sólo pretendía coger mi parte del oro y llevarte lejos, conmigo... un plan estúpido, lo sé, pero era el único que tenía —me contó.

—Sabes que esos lingotes de oro los tengo yo. Te los ofrecí: debiste aceptarlos si los ansiabas tanto como para arriesgar tu vida. La avaricia rompe el saco, Nicolás, debiste aplicarte el refrán

—le recordé.

—Esos lingotes son lo menospreciado del castillo, aunque ya nada tiene sentido —habló.

—¿Y el anillo de la piedra verde? desapareció —le hice saber.

—Desde la fiesta del Castillo, jamás lo volví a ver. Es muy valioso, aunque nada comparado con esa escultura de la que hablan y que, en el fondo, nadie ha visto jamás —me decía.

—Es absurdo; ¿cómo podíais estar tan seguros de que en un lugar así hubiera riquezas? Generaciones y generaciones de Antonov han pasado por ese lugar y nunca las encontraron; era hora de parar, Nicolás, porque tanto fue el cántaro a la fuente que al final se rompió —le recordé, valiéndome de un refrán.

—El ansia de mi padre me cegó, pero ya todo acabó. Quiero olvidarlo todo y volver a empezar cuando salga de la cárcel —me dijo.

—Te engañaron, igual que a todos. En el juicio, yo testificaré en tu favor y de corazón deseo que todo salga bien para que puedas regresar pronto a Berlín —le hice saber.

Él tomó mis manos entre las suyas y con gran esfuerzo, sonrió.

—Gracias Alejandra. Vine a estas tierras en busca de un oro tal vez inexistente y encontré a una maravillosa mujer que, en cierto modo, cambió muchas cosas en mí. Lástima que Andrei Holzhausen apareciese antes —se lamentó.

—Creo que, aunque hubiese aparecido después, se habría instalado como único heredero de mi corazón. Es así, Nicolás. Quise enamorarme de ti, traté de imaginar una vida contigo... pero no pude y es que no es posible amar profundamente a dos personas a la vez; en estas cosas, el corazón no puede dividirse en dos: lo siento —le expliqué con sinceridad— Necesito saber algo, Nicolás; Petrica, esa niña... su cuerpo jamás apareció: ¿qué hiciste con él? —le pregunté decidida.

—¿Qué podría hacer yo con el cadáver de una niña? —respondió con otra interrogante.

—Sólo tú y yo sabíamos dónde estaba; nadie más podía haberla encontrado —le expliqué.

—Alejandra, la policía revisó esa casa de arriba abajo —recordó.

—Pero no encontraron el cadáver de ninguna niña... pensé que tú te encargaste de ello, tal vez enterrándola en algún lugar, deshaciéndote de su cuerpo —planteaba.

—¡Por supuesto que no! Mis visitas a ese castillo se basaron únicamente en negocios relacionados con el oro, pero tal vez alguien más conocía ese escondite —sugirió.

—Nadie, Nicolás, sólo tú y yo sabíamos que Petrica estaba ahí. Era una alcantarilla la que conducía al escondite secreto donde las niñas jugaban...

Y al decir esto, callé. *“Las niñas”*. Sólo cuatro personas conocíamos ese diminuto refugio en el sótano: Nicolás, Petrica, Yelena y yo.

Debía marcharme ya; debía seguir mi camino, un nuevo sendero en busca de mi felicidad. Ambos nos pusimos en pie y nos abrazamos; esa musculatura antes prevaeciente en Nicolás, parecía inexistente ahora, después de meses de recuperación en aquel hospital.

—Deseo que todo te vaya bien y que las sombras de ese horror acaben muy ocultas en nuestras memorias —le dije con cierta nostalgia.

—Yo sólo deseo que tú seas feliz, siempre, porque te lo mereces. Te convertirás en Reina de Transilvania y pasarás a la historia. Encuentra a tu Rey: él lleva esperándote tanto tiempo... mientras tanto, en mi corazón vivirás eternamente, Alejandra —aseguró, exaltándose unas lágrimas de sus ojos.

Y besó mis manos con una dulzura que me hizo estremecer.

Nicolás se recuperaría y era posible que la justicia rumana no fuera demasiado dura con él, al fin y al cabo, lo suyo no fue más que un ajuste de cuentas, una deuda pendiente durante años.

A la salida del hospital tomé un taxi, sin más paradas que Sinaia.

Dejando atrás el desvío que me hubiera conducido al Palacio de Peles, el taxi se dirigía a toda velocidad hacia la cabaña del lago. El trayecto se hacía eterno y en mi mente, mil palabras de amor se agolpaban en ella. Todo había terminado y ahora sólo deseaba vivir para estar con él.

Llegamos. Le pedí al taxista que esperara un poco y él decidió parar el motor. Me bajé del coche y observé con frustración. La cabaña estaba cerrada y por la apertura de su chimenea no salía humo. Ningún coche aparcado en la puerta y al volver la mirada, encontré aquellos cimientos tal y como los vi la última vez.

Caminé rápida hacia la cabaña, pisando un suelo húmedo y frío en aquella zona, tan cercana al lago y al llegar, golpeé con fuerza su puerta.

—¡Andrei, soy yo! —exclamé.

Pero nadie respondía.

—Abre, por favor; soy Alejandra. He vuelto, cariño —le hice saber con presión en mi garganta, intuyendo que nadie contestaría.

Aporreaba aquella puerta con todas mis fuerzas, desesperada.

—¡Escuché a mi corazón! ¡tú eres mi verdadero amor! por eso he vuelto ¡estoy aquí! —dije en un tono elevado de voz.

Comencé a secar las lágrimas que con fuerza derramaban mis ojos mientras, insistente y desilusionada, seguía golpeando bruscamente la gruesa madera de esa puerta.

—¡Abre, maldita sea! ¡¿no ves que estoy aquí?! ¡¿es que no te das cuenta de cuánto te quiero?! —grité completamente fuera mí.

—Vamos señorita, en esa cabaña no hay nadie —me hizo ver el taxista, sujetando mis manos e impidiendo que siguiera dando golpes.

—¡¿Es que no te das cuenta?! —repetí casi en un susurro, rompiendo a llorar, y siendo arropada por los brazos de aquel hombre que con resignación me consolaba.

—Venga; hay que marcharse de aquí: pronto oscurecerá —decidió, haciéndome caminar hacia el coche y ayudándome a subir.

El coche echó a andar y al alejarnos, yo me sentí morir por dentro. Andrei no me esperó esos días eternos. Dijo que yo debía escuchar a mi corazón, y así lo hice; con sus palabras él me trajo hasta aquí. ¿Es que a él le habló el tiempo? ¿éste le dijo, acaso que yo no volvería más?

—Por favor, diríjase al Palacio de Peles —le indiqué al taxista, leyendo el cartel que así lo anunciaba a un lado de la carretera.

Y algunos kilómetros después, podía ver sus altas torres. Me incorporé un poco más en el asiento trasero, apoyando mis manos en el de delante, aún con los ojos enrojecidos de llorar. Tras cruzar el puente de piedra, el taxi paraba muy cerca de la puerta de hierro, la más principal del Palacio de Peles, con sus columnas sustentando aquel pórtico: sólo había un coche a uno de los lados del castillo, pero no era el de Andrei. El taxi aguardaría mientras yo me encaminaba hacia el lugar, decidida, pero al mismo tiempo frustrada y preocupada por no haber encontrado a Andrei en la cabaña del lago.

La puerta de hierro estaba cerrada, por lo que llamé con fuerza a ella. Cuando ésta fue abierta, encontré el rostro de María, aquella que fuera secretaria de Andrei y que, de una manera u otra, siempre encontré en ese castillo.

—Señorita Alejandra, ¡qué sorpresa! —se alegró, al tiempo en que ambas nos tomábamos de las manos, apretándolas con fuerza.

—María —pronuncié con emoción contenida— Estoy buscando a Andrei: ¿sabes tú dónde puede estar? —le pregunté, notando como en mis ojos se instalaban unas lágrimas a punto de caer.

Sus labios no se pronunciaron, pero su mirada me decía tantas cosas...Y entonces la abracé con todas mis fuerzas, llorando con desconsuelo, entendiendo que algo no funcionaba bien. Al separarnos, descubrí los ojos de María emocionados también. Apretaba sus labios, tratando de contener su llanto y fue cuando me invitó a pasar.

—¿Qué ha sucedido? —quise saber alarmada, secando mis lágrimas, mirándola con desesperación— Dijo que me esperaría en la cabaña del lago; que esperaría días enteros y noches... durante un tiempo... —le explicaba, pronunciando cada palabra con gran esfuerzo.

—Y esperó, Alejandra; Andrei la esperó hasta que ya no pudo más... y se marchó, lejos y solo —me dijo con auténtica melancolía.

Junté mis manos y las acerqué a mi boca, confusa, impotente...

—¿Por qué? —pregunté aún sin poder asimilar todo eso.

—Porque estaba enfermo —respondió concisa— cada día y cada noche, él sufría por su ausencia, hasta que al final su corazón se partió, sin que usted llegara —me contó.

—Pero ¡aquí estoy! por Dios, María, él sabía que volvería en cuanto resolviera unos asuntos; sólo él habitaba en mi corazón; quise quedarme a su lado, pero él prefirió que pensara durante un tiempo...y lejos —le expliqué en voz alta— ¿Es que no pudo esperar un poco más? La construcción de la casa tardaría dos años —recordaba.

—No fue posible, Alejandra, créame: el señor Andrei se encontraba muy mal —aseguró María.

—¿Dónde está ahora? Yo... tengo que encontrarle... iré a donde haga falta... por favor —le pedí.

—No lo sé; nadie lo sabe. Abandonó Peles hace muchos días ya. El señor Holzhausen perdió la ilusión por todo, hasta por la vida. Y todas esas atrocidades, con respecto a sus abuelos ... algo así es difícil de superar —me contaba.

Me acerqué hasta una de las sillas del hall y me senté en ella, con la mirada fija en el suelo, con los ojos inundados de lágrimas. María se acercó a mí, agachándose entonces, haciendo levantar mi rostro con una de sus manos. Su mirada denotaba un encanto especial y entonces me habló:

—Usted era todo cuanto él quería —me dijo.

—¿Qué dices, María; si eso es cierto, por qué no me esperó; porqué se fue sin decir a nadie donde iba. Él sabía que yo le amaba, más que a nadie en este mundo... él lo sabía —repetí susurrando, dirigiendo mi mirada de nuevo al suelo.

—Quizás dudó —opinó ella, apoyando una de sus manos en mi rodilla— Alejandra, me consta que Andrei la quiso mucho; para él, Peles y otras muchas pertenencias no tenían ningún sentido, no si suponían renunciar a usted. He trabajado con ese hombre durante años y jamás le vi tan ilusionado, hasta que se conocieron; su vida cambió, hasta su forma de ver las cosas. De pronto deseaba una vida estable, lejos de la Bolsa para la que siempre trabajó, lejos de todo —me contaba, mientras que yo sólo podía escucharla al tiempo en que mis lágrimas resbalaban y caían desde la punta de mi nariz, en forma de goteo— Comenzó esa obra, junto al lago, con tanta ilusión... él estaba seguro de que usted regresaría: haría realidad ese sueño que ambos compartían sobre vivir en ese maravilloso lugar. Sin embargo, cuando hace ya días decidió abandonarlo todo y marcharse... —insinuó.

Yo levanté la cabeza y la miré.

—¿Por qué razón tomó esa decisión? —quise saber apenada, con sólo un hilo de voz en mis palabras.

—Andrei se fue consumiendo día tras día, desde que usted se marchara a pensar. No aguantó y

una inmensa tristeza se apoderó de todo su ser —relataba— Sí, días y noches esperándola, con la paciencia de aquel que ama de verdad y con los ojos cansados de llorar. Se debilitaba por momentos... hasta que su mente enfermó... pobrecillo —se compadecía.

—María, necesito encontrarle. Él cree que yo le olvidé, pero es el único ser en este mundo al que he querido de verdad: no hay nadie más en esta vida para mí. Tiene que ayudarme, se lo suplico —le pedí con desesperación, poniéndome en pie y tomándola de los hombros.

—Alejandra, trate de tranquilizarse, por favor. Andrei se marchó y nadie sabe a dónde fue. Ahora está enfermo, pero le conozco; es fuerte y sé que superará esa horrible depresión que sufre y cuando lo haga... estoy segura, la buscará sin tregua y su tenacidad no cesará hasta encontrarla —aseguró María.

—¡Oh, Dios mío! —me lamenté, acercándome más a ella, buscando refugio entre sus brazos, buscando un hombro sobre el que llorar.

—Debe ser fuerte —me decía mientras daba palmaditas en mi espalda— ahora le tocará a usted esperar, igual que tantas veces la esperó él; en este caso, la espera merecerá la pena, ya verá —aseguró, reafirmandose en sus planteamientos.

Cuando salí al exterior, el taxi aún aguardaba. Monté en él y nos fuimos alejando de Peles y de toda la magia que envolvía al bello Palacio de Sinaia. Mi angustia no cesaba, al igual que mis lágrimas, intensas, impregnadas de dolor, un dolor que me hería en lo más profundo del alma y de mi corazón.

“Amor como no hay ninguno, ese era él”

Durante meses lo busqué por toda Rumanía, por parte de Inglaterra, por medio mundo... una búsqueda incesante, desesperada que no me llevó a él.

El paso del tiempo no consiguió aliviar mi dolor, ni borrar de mi recuerdo al ser que más había amado. Y tras una incansable y eterna búsqueda, decidí parar y descansar, agotada, triste y con el corazón envejecido. Pocas cosas podrían ya alimentar mis ilusiones, si no estaba él. Sin embargo, la pintura y la fotografía se convirtieron en el centro de mi vida y mis cuadros dieron la vuelta al mundo mostrando los más bellos paisajes de una Transilvania desconocida hasta ahora, con sus montañas, Palacios y Castillos.

Aquellas fotografías que tiempo atrás realicé, concienciaron al mundo de la barbarie en la que Bram estuvo sumida durante siglos; una leyenda que acabó en enfermedades y con ellas, la muerte de muchas personas que, a partir de entonces, formarían parte de la historia más trágica de Transilvania. Fueron expuestas en varias exposiciones: nadie quedó exento a tanto sufrimiento.

Me convertí en la única heredera legítima del Castillo de Bram, séptima Princesa de Transilvania, única superviviente de una saga que jamás alcanzó el reinado y que acabó con la monarquía en esta bella región de los Cárpatos. Pero no me sucedió lo mismo a mí; un reinado, el de Transilvania, que se extinguió siglos atrás y que ahora, con el descubrimiento de los restos de las Princesas y los estudios de ADN, se imponía, hegemónico, en aquella región. Sí, hubo herederos, aunque todos murieron sin saber que eran reyes de unas hermosas y lejanas tierras. Pero yo aún estaba viva, única descendiente de Catalina de Transilvania y las gentes de esta región, reclamaban exigentes el establecimiento de la monarquía otra vez. Sería una decisión sometida a referéndum por el pueblo. Mientras tanto, se me concedió el honorable título que un día tuviera Catalina; Alejandra, aquella huérfana asturiana, se convirtió de la noche a la mañana en una Princesa: la de Transilvania.

El castillo, allá, en lo alto de la montaña, ese mismo que un día pintara desde la ventana de una buhardilla, fue restaurado en sus zonas más abruptas, acabando así con la oscuridad de aquel sótano de los horrores, y convirtiendo parte de la emblemática fortaleza en un bello rincón donde, a través de fotografías, relatos y pinturas, se narraba la trágica leyenda que envolvió al castillo y a su pueblo siglos atrás. Algún día abriría las puertas de ese lugar, para mostrar al mundo todo esto, para dar a conocer todo lo que aquí ocurrió una vez en la historia.

Todos aquellos recuerdos de las experiencias vividas y mis miedos, me imposibilitaron a instalarme en él, transcurriendo muchos de mis días en un ir y venir a distintos países del mundo, mostrando unas fotos que contarían la verdadera leyenda de Bram. A pesar de ello, me afané por mantener la fortaleza con el esplendor de antaño, dedicándome en cuerpo y alma a ella y a las obras allí expuestas.

Los lobos desaparecieron; se ocultaron en las montañas, escondidos en sus bosques, respetando y siendo respetados. En Bram volvió a brillar el sol, como tanto deseó Leonard antes de morir. Sus callejones rebosaban vida y sus gentes, joviales, paseaban sin miedo por ellos.

Y la antigua mansión Văcarescu, aquella que perteneciera a mis abuelos y a mi madre, la que fuera un orfanato en mi triste infancia, permaneció cerrada hasta que decidí donarla a unas monjas de clausura, convirtiéndose aquel lugar en un apacible y bello convento, un lugar de retiro que invitaba a la meditación y a la exploración personal de cada uno, borrando las huellas de unos

lobos sanguinarios, insonorizando al fin los gritos aterradores de unos niños asesinados de la manera más atroz, los cuales aún, después de tantos años, seguían rezumbando en mi cabeza en las noches frías de invierno.

Petrica seguía en mi pensamiento: el paradero de su cuerpo era todo un enigma, porque su alma, posiblemente, vagaba libre al fin por los bellos parajes de Transilvania. ¿Quién pudo llevársela de ese recóndito lugar? Durante mucho tiempo tuve un presentimiento; si sólo yo y Nicolás conocíamos ese escondite y él aseguraba no saber nada de Petrica, sólo me quedaba una duda. Un día me puse en contacto con la policía rumana de Bucarest: necesitaba conocer la lista de personas que fueron rescatadas de ese sótano y ante mi estupor, Yelena no estaba entre ellas. Sólo la pequeña podía haber sido; sí, fue Yelena quien regresó al escondite, encontrando el cuerpo de su mejor amiga, esa que le ofrecía su sangre como fuente de vida, llevándosela entonces a cualquier otro escondite, secreto sólo para ellas. En cierto modo, mi corazón latía en paz y armonía porque sabía que, estando juntas, nada podría pasarles ya.

Supe que Melissa murió, en paz al fin, descansando de esa enfermedad que la sometió a un eterno calvario.

De Marcos, alguien me contó que hizo su vida y era feliz. Continuaba en Oviedo, como policía en la sección de homicidios, resolviendo interesantes casos y quizás recordando, como yo, la bonita e imposible historia de amor que un día vivimos.

De todos ellos tuve alguna vez noticias, de todos menos de Andrei. Habían transcurrido casi tres años desde aquella tarde que estuve hablando con María, su secretaria, en el Palacio de Peles. Me dijo que debía esperar: se lo debía... pero Andrei nunca apareció y nadie supo nunca más de él.

No regresé más a Peles, aunque escuché que todos se marcharon y el Palacio había sido cerrado. Nuestra cabaña de los sueños quizás continuara en el mismo lugar, junto al lago y al lado de ella, aquellos cimientos de una casa aún por terminar, de una ilusión quizás ya nunca hecha realidad. Sólo podía imaginar todo eso, porque jamás volví: no hubiera podido soportarlo.

Durante esos años, cerca de mi gran Castillo de Bram o quizás en otros lejanos lugares, no hubo una noche en la que Andrei no invadiera mi pensamiento. Tal vez hizo su vida en algún lugar perdido, o quizás murió sin más; es posible que nunca superara su depresión: tantas conjeturas invadían mi mente...

María se equivocó al decirme que él me buscaría, que él regresaría a mí otra vez... No, Andrei no regresó, aunque yo seguiría esperándole eternamente. Y ante su recuerdo, mis ojos se impregnaban de lágrimas y al anochecer volvía a derrumbarme, al comprobar que había vivido un día más sin él, soñando con la esperanza de encontrarle al amanecer.

Aquella mañana, después de meses de ausencia, había regresado a la imponente fortaleza y leía algunas cartas cómodamente en mi despacho del Castillo de Bram. Me levanté y abrí uno de los armarios; tal vez buscaba un sitio donde guardar aquellos papeles que me habían enviado y entonces encontré aquella antigua caja, con el pergamino de M^a Magdalena, el misterioso móvil y un mapa... Había pasado tanto tiempo que casi había olvidado por completo que aún guardaba todo aquello. El mapa era lo que más llamaba mi atención. Lo estudié con detenimiento: sí, no había duda, por su distribución se trataba del Castillo de Bram. Cada una de las cruces marcadas, indicaban una parte de la fortaleza. No acababa de entenderlo, por lo que decidí buscar a Philips, un hombre mayor, de unos setenta años, quien habitaba el castillo junto a su esposa. Había vivido toda la vida en Bram: conocía todos y cada uno de los secretos del lugar. Ahora residía en la fortaleza, ocupándose del mantenimiento del mismo junto a otras personas, mientras yo sólo lo visitaba por temporadas, dedicándome por completo a mi profesión, conquistando el mundo con mis fotografías.

Lo encontré colocando unos enormes tiestos en el hall del castillo, silencioso como era él.

—Philips, discúlpeme si le interrumpo —hablé nada más llegar a su lado.

Él se incorporó lentamente, volviéndose entonces y mirándome. No hacía falta que contestase: sabía que esperaba mi petición.

—Mire —le dije mostrándolo— esto es un mapa; lo encontré hace años y sé que pertenece al castillo —aseguré, mientras Philips se hacía con él y lo estudiaba, valiéndose de sus lentes, guardadas en uno de los bolsillos de su camisa hasta ahora.

—Falta una torre —me dijo ante mi incompreensión.

—¿Cómo dice? —me extrañé.

—Cada una de estas cruces señala las torres del castillo: pero una no ha sido marcada —explicó.

Y situándome a su lado, observé nuevamente el mapa. Él indicaba cada una de ellas con su dedo índice.

—¿Ve? La más pequeña no aparece —insistió.

—¿A qué torre se refiere? —quise saber.

—Se trata de la más antigua de todas y la más pequeña. Se encuentra en la parte de atrás del castillo, una zona colindante con los bosques. Esa torre está en muy mal estado: tal vez por eso no se señaló en este mapa —opinó.

—No entiendo por qué esa parte no ha sido restaurada al igual que todo lo demás —hablé.

—Está aislada y carece de importancia en la actualidad, aunque, antiguamente, dicen que Catalina de Transilvania la ocupaba —insinuó.

Al escuchar esto, me quedé pensativa. Tomé de nuevo el mapa y, despidiéndome de Philips, regresé a mi despacho y tomé todas y cada una de las llaves del castillo: entraría en esa torre, aunque fuera lo último que hiciera.

Y una vez en el exterior de la fortaleza, la bordeé hasta llegar a la parte de atrás, desolada y olvidada durante siglos. Su deterioro, como bien me dijo Philips, era más que evidente; su fachada se vendría abajo pronto, quizás llevándose con ella siglos de historia: la historia de una mujer.

En la pequeña puerta que daba acceso, había una cadena con un candado, viejo, tanto que,

después de encontrar la llave, fue difícil introducirla y hacerla girar. Y al abrir, los escombros del abandono me daban la bienvenida. Unas escaleras de caracol, construidas en piedra, me llevarían hasta lo alto del torreón, alumbrándome la luz que se colaba por las pequeñas y rectangulares ventanas, exentas de cristal, dispuestas en todo el ascenso. Y al final de las interminables escaleras, me hallaba ante la puerta de acceso a la torre. Sólo fue necesario empujarla levemente; su madera, carcomida por el paso del tiempo, se abrió, cayendo entonces trozos de piedra que hacían presagiar que en cualquier momento todo aquello se derrumbaría. Era un pequeño rincón, redondo, con sus techos terminados en pico y vacío, a excepción de un baúl, grande, justo en mitad de la estancia. Relucía como jamás vi brillar joya alguna y cuando ensimismada, me acerqué y lo toqué, comprobé que era oro todo él.

—¡Dios mío! —exclamé sorprendida.

Lo miraba incrédula, acariciándolo una y otra vez. Parecía antiguo, demasiado, aunque se conservaba como sólo el oro puede conservarse a lo largo de los siglos. Me arrodillé junto a él y lo estudié con mayor detenimiento: sólo unas presillas custodiaban su contenido y muy temerosa, me aventuré a descubrir qué se escondía en su interior. Con gran esfuerzo, logré desprender las presillas y levanté la pesada tapa del sarcófago; la profundidad de su interior deslumbraba por su contenido y ante aquello sólo pude emitir un:

—¡Oooohh!

Y allí, en el fondo el baúl encontré aquello que tantas generaciones habían buscado, matando incluso por ello; introduje mis manos y traté de alcanzarlo, impresionada ante el hallazgo más codiciado de Bram: la escultura sobre el rostro de Catalina de Transilvania. Siempre dudé sobre su existencia y ahora la tenía entre mis manos, soportando más de cinco kilos de peso en oro, adornado con diamantes y rubíes, exaltando una belleza sin igual.

En el interior del baúl también hallé una hoja de papel; había sido enrollada con un lazo de tela a su alrededor; cuando lo descubrí, comprobé que se trataba de un poema, escrito en latín sobre un papel amarillento y deteriorado por el paso del tiempo. Data de 1731 y fue escrito por Francesco De Angelis.

*“Siete Princesas visitarán Bram y seis de ellas nunca se marcharán,
pues sepultadas bajo sus tierras, frías pero bellas... descansarán.
Sólo una, siguiendo las huellas, llegará a reinar
sabiendo que hubo seis como ella, princesas, pero no reinas
muertas ya.
No busquéis el oro, pues en Bram tesoros no existirán,
sólo leyendas, sobre lobos
que, el rostro de Catalina custodiará.
Seis princesas y una reina, a ésta habrá que esperar,
pues bella y hegemónica, la paz a sus tierras traerá.*

Francesco de Angelis, 1731

Depositando con mucho cuidado, la escultura en el baúl de oro, cogí el poema y salí de allí a duras penas, por aquellas escaleras que a cada paso mío provocaban el derrumbe de más partes de los escalones.

Y sentada en el despacho, lo leí y lo volví a leer, esperando que aquellas letras, con rima entre ellas, me dijeran algo.

Hice llamar a Philips y el anciano acudió a mi llamada, ocupando una de las sillas frente a la mesa y poniéndose nuevamente sus gafas, dispuesto a leer aquello que yo le entregaba.

—¿Dónde lo encontró? —quiso saber.

—En la... bueno, estaba en el castillo —respondí poco específica— Philips, ¿quién fue FrancESCO de Angelis? —me interesé ahora.

—Un escultor italiano, y un profeta. Atraído por la belleza de la Princesa Catalina, hizo una escultura en oro sobre su rostro, adornándola con diamantes y rubíes. Pero auguró algo; avisó a los Reyes de Transilvania de muertes y desgracias alrededor del Castillo de Bram: *“todos aquellos que buscaran la escultura, morirían”*; y así sucedió. Dijo al pueblo y a la región de Transilvania que debían ser pacientes, porque, aunque siete Princesas pasarían por estas tierras, sólo la última lograría ocupar el trono —me contaba ante mi estupor.

—¿Cómo puede un hombre conocer un futuro tan lejano? —me extrañé.

—Era un Profeta —respondió con voz encantadora, sonriendo con una dulzura abismal, mirándome desde sus pequeños ojos azules— Siglo tras siglo, generación tras generación, todos en Transilvania conocían la leyenda y la profecía de FrancESCO, y hemos esperado pacientes ese día; no se equivocó, Alteza: la séptima de las Princesas, reinaría en Transilvania, junto a un hombre, de apellido noble... no entiendo cómo entonces usted está sola —se sorprendió.

—¿Con un hombre?! —repetí, sonriendo agradada por el relato— Bueno, tal vez la profecía de ese hombre no se cumplió en su totalidad —opiné ahora.

Philips calló pensativo ante mis palabras.

—En Transilvania, la Princesa vivirá junto a su Príncipe, gobernando este lugar para siempre —aseguró— FrancESCO de Ángelis así lo dijo, y se cumplirá.

Me recosté cómodamente en el amplio respaldo del sillón, mirándolo fijamente, acariciando con mi dedo índice los labios. Parecía muy seguro, aunque tenía que recocer que Philips era un tradicional hombre de Bram, con las leyendas de este lugar muy arraigadas en él.

—Ese profeta debió conocer muy bien a Catalina —intuí.

—Sí, hasta el punto de augurar su futuro más lejano —respondió.

—Una vida marcada por la soledad —opiné.

—No crea: la Princesa Catalina tuvo hijas: dos —refirió ante mi sorpresa.

—¿Dos hijas?! Pero, no es posible; sólo tenemos constancia de Federica... ¿cómo sabe usted todo eso? Y ¿quién fue esa otra hija de la que nada sabemos? —traté de averiguar confusa.

—Era melliza de Federica y murió muy pequeña. Casi todos desconocieron este hecho, pero el profeta así lo hizo saber. Dicen que Catalina le regaló un extraño anillo con una piedra verde... es raro, Alteza, porque el cuerpo de esa niña nunca apareció —me contó.

—Pero el anillo sí —afirmé— Philips, tiene que ser el mismo anillo que el líder de Los Ángeles Olvidados utilizaba como símbolo de poder —le expliqué, no entendiendo demasiado todo aquello.

—Para Catalina ese anillo significaría otra cosa: protegería siempre a su hija, débil y enferma, incluso después de la muerte, sólo con él en su dedo abriría las puertas del cielo y alcanzaría el más allá. Sin él, nunca sería libre —me relató.

—Pero... Dios mío, no entiendo nada —me desesperé.

—*“...y aparecerá una niña muerta, con el grandioso anillo de la piedra verde, el único capaz de hacerla escapar para siempre del infierno, abriéndole las puertas del cielo, de donde no regresará más”* dijo aquel profeta.

—¿Eso dijo FrancESCO de Ángelis? —pregunté incrédula.

—Si llevó el anillo, esa niña alcanzó los cielos y la paz —especificó.

—Bueno, bueno, todo eso está muy bien... Esta Catalina de Transilvania nunca dejará de sorprenderme —ironicé, removiendo algunos papeles que se hallaban dispersos sobre mi mesa, tratando de ocultar mi inquietud.

—Estamos encantados de que haya vuelto al Castillo, Alteza —me hizo saber.

—Gracias Philips, yo también lo estoy, aunque sólo me quedaré un par de días. Ya sabe que mañana se abrirán nuevamente las puertas del castillo para una exposición especial. Pintores, artistas, políticos e incluso miembros de casas reales acudirán... quiero que todo esté preparado para entonces; deseo que todos conozcan la historia pasada de esta fortaleza, su presente y su futuro —le hice saber.

—Todo será dispuesto como mande, Alteza.

Y tras estas palabras, se levantó despacio de la silla y con una leve inclinación de cabeza, se despidió, marchándose al momento.

Me quedé sola en el despacho, pensando en todo lo que Philips me había revelado con respecto a esa profecía de Francesco de Ángelis, ese profeta que esculpió la belleza de Catalina en oro. Tuvo dos hijas, aunque de una, nada de supo; sólo que portaba el valiosísimo anillo de la piedra verde: tenía que ser el mismo, ese que yo recuperé y que, poco después, perdí. Yo estaría junto a mi príncipe, reinando en Transilvania por siempre jamás...

—Pero eso no puede ser: yo no tengo príncipe —me dije cabizbaja, apareciendo la imagen de Andrei en mi mente, su largo cabello oscuro, sus ojos sinceros y enamorados, sus labios embriagándose con sus bellas palabras de amor...

Mi corazón no acababa de serenarse. Después de escuchar a Philips, algo me decía que el Castillo de Bram aún ocultaba cosas para mí; debía descubrirlas, sólo así la fortaleza se libraría de las ataduras que la mantuvieron prisionera durante siglos. Y regresé a la torre pequeña del castillo, la misma en la que había encontrado la escultura en oro sobre Catalina. Nada extraño, nada anormal... pero algo me decía que... que ese anillo no podía haber desaparecido como por arte de magia. Las escaleras estaban en muy mal estado, anteriormente ya pude percatarme de ello. Acababa de torcerme el tobillo al desprenderse el filo de uno de los escalones, y grité ante el dolor. Entonces, un ave grande salió volando de la parte posterior de las escaleras, asustándome por ello.

—¡Qué susto! —exclamé, aún encogida, con la palma de mis manos aprisionando el corazón, latiendo con premura ante el sobresalto— Pero ¿de dónde ha salido ese pájaro? —me pregunté entonces, andando cauta hacia aquella parte oscura de las escaleras.

Y al llegar, en donde creí que no habría nada más, encontré un enorme agujero cuadrado, justo entre la pared y el suelo; tal vez lo que pudo haber sido una ventana en la antigüedad, única ventilación de otra de las zonas profundas y oscuras del castillo. Me arrodillé en el suelo y bajando la cabeza, me asomé: todo estaba en la más absoluta penumbra y al pronunciar un “¡Hola, ¿hay alguien ahí?!”—el eco de aquel rincón, ante su propio vacío, me devolvió las palabras.

Quizás los pájaros anidaron en tan oscuro y solitario lugar del castillo, la zona más apartada, más antigua, más fría y solitaria. Pero deseaba conocer qué albergaba esa estancia, cuya única vía de acceso era una pequeña ventana casi pegada al suelo.

Tras conseguir una linterna en el castillo, regresé al lugar y con gran valor, me metí por aquel agujero, saltando después para poder alcanzar el suelo. Estaba asustada. Alumbré entonces con la linterna, encontrando una pequeña habitación con forma redonda, como la torre, húmeda y oscura. La creía vacía... pero no: un ataúd se imponía alejado de la ventana, con algunas palabras grabadas en su madera.

“Dejadla, pues descansa...”

Su madre la protege en el castillo. Aquí debe permanecer siempre su pequeña, con el anillo que le abra las puertas del más allá. Nadie debe perturbarla, pues ya no despertará; respetadla y marchaos, por favor”.

Pero abrí aquel ataúd, sabiendo que las encontraría, segura de que estarían ahí las dos, en su nuevo escondite secreto... Sí, Yelena y Petrica yacían en aquella deteriorada caja de madera, algo descompuestas, sobre los restos de la que fuera la hija muerta de Catalina de Transilvania. Ella escondió el cuerpo de su hija en un lugar seguro, junto a la escultura, el gran tesoro, sabiendo que generaciones de personas pasarían por el castillo, sin descubrir ninguna de ellas lo que ocultaba la más pequeña de las torres. Quizás Yelena sí descubrió este solitario lugar, ideal para descansar toda la eternidad y regresó a por Petrica, para viajar juntas al cielo. Sí, ambas estaban allí ya; el anillo de la piedra verde les abrió las puertas; Petrica lo tenía en uno de sus dedos, enigmático, bello e impresionante. Estaban como dormidas, una al lado de la otra, con una de sus manos entrelazadas y una leve sonrisa en sus rostros pálidos. Me arrodillé ante ellas y lloré con desconsuelo; dos amigas, siempre unidas por un mismo destino. Allá donde hubieran ido, no estarían solas.

Recordé las palabras de Philips un rato antes, sentado en mi despacho, rememorando la profecía de Francesco de Ágelis:

“...y aparecerá una niña muerta, con el grandioso anillo de la piedra verde, el único capaz de hacerla escapar para siempre del infierno, abriéndole las puertas del cielo, de donde no regresará más”

Pero algo más añadió el escultor, dejándolo escrito en un antiguo pergamino, dentro del sarcófago, junto a las niñas:

“Y cuando llegue la que reinará, sólo entonces, una hermosa estrella fugaz caerá del cielo, deslumbrante, más que la misma luna, acompañada en su recorrido por dos luceros, en una oscura noche de invierno...y sabremos entonces que la niña muerta encontró su sitio, lejos, más allá del firmamento, junto a sus dos pequeños luceros: ese anillo, con su llave, les abrió la puerta del cielo”.

Depositó el pergamino en el mismo lugar, junto a ellas y tras contemplarlas una vez más, entendí que era momento de marcharme para siempre de ahí, para que ellas pudieran seguir descansando, seguras y olvidadas, sólo protegidas por una leyenda, un secreto que ahora yo me llevaría a la tumba.

Tres niñas yacían en la torre más pequeña de Bram, ocultas en el agujero más oscuro, pero el lugar que Catalina eligió para su propia hija, el que garantizaría su letargo eterno. Jamás revelaría mi hallazgo; respetaría la voluntad de Catalina y al mismo tiempo, se lo debía a Petrica.

Aquella profecía lanzada siglos atrás era verdadera y nada ni nadie cambiaría nunca el curso de la misma. Comprendí que debía respetar la inscripción de aquel sarcófago; debía dejarlas, pues descansaban. Yo encontré el tesoro más ansiado y preciado de Bram y también, el secreto mejor guardado de Catalina de Transilvania: los restos de una de sus hijas. Todo estuvo, durante siglos, en la pequeña torre del castillo. Esos cuerpos descansarían eternamente en ese lugar, ocultos de todos y protegidos.

—Descansa, mi pequeña amiga pues, si Catalina protegió a su hija en el castillo, ahora yo te protegeré a ti. Mis labios permanecerán sellados para siempre y esperaré esa mágica noche en la que te veré caer del cielo más oscuro, en forma de lucero; y entonces, como bien predijo el profeta, habrás encontrado tu sitio y descansarás en paz —relaté, impregnados mis ojos de lágrimas, aún arrodillada junto al sarcófago de las tres niñas muertas de Bram.

A los pocos días, ordené tapiar la única puerta de entrada a la torre pequeña de la fortaleza; nadie nunca debía entrar en ella; no permitiría que se quebrantara la quietud de esas niñas, ahora reposando en la perpetuidad de su sueño.

Sí, en verdad fue así como lo decidió Catalina de Transilvania y ya nadie descubriría los

tesoros ocultos de ese inhóspito y antiguo lugar.

Era una hermosa mañana de mayo. El sol se elevaba por entre las montañas, brillando con deslumbrante luz. El día había llegado, ese en el que todos conocerían la verdad sobre mi castillo; la apasionante historia de Catalina de Transilvania y sus herederas, desconocidas y olvidadas para siempre por su pueblo. Dentro de mi propio vacío existencial, de mi absoluta soledad, sentía que ese día algo podría cambiar; yo no deseaba ser reina; tampoco deseaba poseer la fortaleza y sus tesoros; sólo una cosa hubiera deseado en el mundo para ser feliz: el amor de Andrei. Ahora ya nunca lo tendría; habían pasado tres años y nadie jamás supo de él.

Había escogido para la ocasión un primaveral traje en color blanco, compuesto de falda y chaqueta entallada. Había alisado mi cabello, dando un poco de color a mi rostro con el maquillaje, tratando de ocultar una angustia y un dolor que, en el fondo de mi corazón seguía consumiéndome.

Una hora más tarde, las enormes puertas del castillo se abrieron, permitiendo la entrada a todo aquel que deseara descubrir un horror anclado en el tiempo. Distintas casas reales acudieron al evento, saludándome con protocolarias reverencias, reconociendo el talento escondido en cada fotografía, en cada pintura... reveladores de un miedo sin límite, de una ansiedad contenida durante años. Aquellos frescos sobre el Castillo de Bram, el primer cuadro pintado en Transilvania, o quizás el romanticismo de aquella cabaña junto al lago de los sueños, evocadores de momentos apasionados y únicos en mi vida; cada obra... todo era evocado como merecía, y sólo en mi recuerdo perduraría siempre la imagen de aquel baúl de oro macizo, fiel guardián de la escultura de Catalina de Transilvania que hubiera sobrecogido a cualquiera por su incalculable valor. Sí, allí estaba ella, en lo más alto de la torre más pequeña del castillo, esculpida por el gran profeta italiano, representando un rostro de una belleza sin igual, mostrando el más grande de los tesoros que en Bram siempre se escondió y por el que tantos dieron su vida: la escultura; el misterio no se desvelaría, pues así lo decidí. Formaría parte de la historia más oscura y trágica del castillo; nadie contemplaría jamás aquella que fue la primera de sus princesas, esa que, siendo mordida por un lobo rabioso, enfermó sanguinariamente, no sin antes poner a salvo a una de sus hijas ya muerta, dejando una heredera. Nada más existía ya en Bram, sólo sus seis tumbas en un lugar olvidado y su leyenda en el interior de la torre.

Todo acababa. Pronto caería la tarde. Y entre grandes halagos y palabras de admiración, mucha gente comenzó a retirarse. Ya no quedaban demasiados: había sido un día grande y mientras algunos aún se recreaban contemplando algunas obras, yo, parada frente a un hermoso cuadro, lo miraba con detenimiento al tiempo en que saboreaba una copa de champagne. Las puertas del castillo todavía permanecerían abiertas una hora más, aunque, a punto de caer la noche, nadie más pasaría por allí. Pinté aquel cuadro en Oviedo; en él se exhibía un precioso lago de aguas verdinas, vivo reflejo de sus espesos bosques a lo largo y alto de las montañas, con sus imponentes cumbres donde las nubes siempre bajan a descansar. Y aquella vieja barca, varada en la orilla: mi más profundo interior anhelaría siempre ese lugar, y entonces, unas discretas lágrimas comenzaron a escapar de mis ojos. Estaba casi sola, frente a uno de los más bellos cuadros: podría llorar si quisiera... podría llorar. Escuché unos pasos acercarse; alguien caminaba despacio, mientras contemplaba cada obra, situándose muy pronto detrás de mí, parándose entonces y complaciéndose ante la más bella ensoñación, fruto de una realidad vivida. Su

perfume, intenso, me hizo estremecer por alguna extraña razón. Comencé a sentirme incómoda pues, esperé que esa persona continuara el recorrido de la exposición, pero se mantenía detrás, respirando profundamente y no permitiéndome llorar en paz. Sentí cómo se aproximaba, permaneciendo aún detrás, mientras yo secaba despacio mis lágrimas, tratando de no deteriorar demasiado el maquillaje.

—Cerca de ese lago, el paisaje ha cambiado ya —me dijo entonces su voz.

Permanecí inmóvil, paralizada, manteniendo una de mis manos junto a mis labios, estremecido mi corazón ante aquellas palabras, oscureciéndose mis ojos de nuevo. Conocía aquella voz; sus labios se habían acercado tanto a mi oreja...

—Conozco ese sitio; es un lugar mágico; en él viví los momentos más bellos de mi vida, un recuerdo que no he conseguido borrar de mi mente jamás, porque allí amé de verdad a alguien y la esperé siempre, aunque ella no regresó a tiempo —contaba en voz muy baja, cerca de mi oído, mientras todo mi cuerpo temblaba ante tales palabras.

Era su perfume, era su voz ... era él. Ya no podría detenerlas: mis lágrimas rodaban veloces por mis mejillas, al tiempo en que mi corazón, latiendo con gran desenfreno, podría estallar en el interior de mi pecho en cualquier momento. Entonces me volví despacio, y lo encontré; su cabello estaba suelto, aún más largo que la última vez, marcando aquellas ondulaciones inmersas en la oscuridad y sus ojos se mostraban tan brillantes y cansados... quizás de tanto llorar. Mantenía los labios pegados y ocultos en aquella corta barba que había dejado crecer. Su mirada era profunda, intensa, seria, permaneciendo en pie, inmóvil, dispuesto a cortar mi paso, como si de un muro se tratase, a juzgar por la considerable anchura de sus hombros, marcados por aquella blusa blanca de manga larga, de aspecto informal.

—Quien pintara ese cuadro, debió conocer muy bien ese lago y el sentimiento que transmite, habla de alguien que amó de verdad allí —habló, acercando despacio una de sus manos a mi rostro y dibujando con su dedo el recorrido de mis lágrimas a través de él.

Tomé aquella mano que con tanta dulzura me acariciaba y cerré los ojos, incapaz de pronunciar palabras.

—Es el más bello de cuantos hay aquí, Alteza —se atrevió a reconocer.

Y poco a poco sentí como esa mano alcanzaba mi cuello y me atraía muy despacio hacia él, haciendo descansar mi rostro sobre su pecho, extenso y endurecido como yo lo recordaba. Sentí su corazón latir fuerte y mil suspiros emergían desde el interior. Tras algunos segundos, separé mi cabeza de su pecho y lo miré: sus ojos se habían enrojecido y una lágrima había caído al vacío.

—Lo siento —dijo entonces, mientras sus manos se aferraban a mis hombros— No pude soportar tu ausencia y tuve que marcharme lejos de todo —explicaba con agónica voz.

—¡Oh, Andrei! ¡te he buscado tanto! —exclamé emocionada— Volví a Sinaia, regresé a la cabaña, a nuestro lugar mágico y secreto... pero ya no estabas; te habías ido sin saber que mi corazón me había hablado, diciéndome que tú eras mi amor, que no habría nunca nadie en el mundo para mí, nadie que pudiera hacerme feliz. Llegué tarde, cariño y te busqué desesperada —le contaba llena de dolor.

—¿Creías que no volvería a buscarte? ¿de veras pensaste eso? —planteaba con sus ojos en lágrimas de emoción— Aquí estoy, Alejandra, y he venido para llevarte conmigo, para que estemos siempre juntos... si tú quieres —reveló desde su corazón— ¡Alejandra, mi vida! —objetó abrazándome entonces muy fuerte, refugiándome entre unos brazos protectores y seguros— Perdóname, por favor —me pidió apasionado.

Pero no había nada que perdonar; estábamos juntos y sólo eso importaba en aquellos momentos.

Todos se habían marchado ya; nadie quedaba en el castillo. Fue una noche eterna y maravillosa en el salón de Bram, donde las explicaciones se hicieron un reclamo, entre palabras de amor y delicadas caricias.

Andrei padeció una dura depresión que le llevó al retiro y al aislamiento en una remota aldea del Tibet. Se aisló del mundo y de todos:

—Debía superarlo porque estaba seguro: si lo conseguía, iría a buscarte. Sólo esta ilusión me animaba a seguir vivo y a no rendirme. Me curaría, Alejandra: por ti lo haría —me explicaba en un relato conmovedor.

Estábamos enamorados y nadie jamás podría cambiar este sentimiento. Andrei superó su enfermedad y como bien me dijo María, volvió a buscarme para que pudiéramos estar juntos.

A la mañana siguiente, bien temprano, partimos a Sinaia. Fue un largo recorrido a través de Los Cárpatos, siempre imperantes en Transilvania. Pasamos el desvío de Peles y continuamos. Sabía a dónde me llevaría: nuestro lugar secreto, nuestra pequeña cabaña, tan cerca del lago... Pero cuando llegamos, encontré junto a ella la más bella creación en piedra. Era una casa encantada, allá, donde comenzaba el bosque de altos pinos, escondida entre montañas y acariciada por su viento al pasar. Y ese lago, a orillas del cual se podría meditar... sí, a ese lugar siempre quise volver, pero con Andrei.

Muy pronto nos casamos, siendo testigo del enlace el Castillo de Bram. Fue una boda muy sonada en todo el país y como en siglos atrás, la antigua fortaleza volvió a recuperar todo su esplendor de antaño, convirtiéndose en uno de los museos más importantes de Rumanía, mostrando siempre la historia de Transilvania y su antigua monarquía en Bram.

La escultura de Catalina de Transilvania continuó oculta en su sarcófago de oro, y así sería por los siglos de los siglos... siendo ella, por siempre, la única habitante del castillo a lo largo de los tiempos, la Princesa entre todas las Princesas, siempre imperiosa en su fortaleza.

Andrei y yo nos instalamos en la bella casita junto al lago, utilizando el Castillo de Peles sólo para actos oficiales y al poco tiempo, en la Región de Transilvania se estableció, por referéndum, la Monarquía después de tres siglos extinguida. En un acto oficial, en el Castillo de Bram y ante todo su pueblo, me coronaron Reina de Transilvania y reinaría junto a mi Rey por los siglos de los siglos.

Entendía entonces que la profecía de Francesco de Ángelis se había cumplido tal y como Philips me la contó: *“la séptima de las Princesas reinaría junto a su Rey”*. Pero Philips no me dijo algo que años más tarde yo descubrí: según este profeta, yo sería la última de las Reinas y conmigo, la Monarquía en Transilvania se extinguiría para siempre. Sólo la Reina de una saga de princesas gobernaría, pues ningún descendiente varón podría hacerlo. *“Sólo siete Princesas, sólo, y de entre ellas, una Reina”*.

Acabaron mis miedos, mis pesadillas infernales: junto a Andrei podría superarlo todo y sabía que ya nunca nos separaríamos. La vida nos había enseñado cosas a ambos: es importante saber esperar, pero al mismo tiempo, toda paciencia tiene un límite y nosotros fuimos capaces de rebasarlo, sufriendo por ello en silencio y en soledad.

Se acercaba el invierno, frío y largo en aquella parte del país. Las montañas se mostraban completamente nevadas, al igual que los bosques, aunque jamás podría invadir el gélido viento nuestra cálida morada.

Recostada sobre el pecho de Andrei, mientras él dormía plácidamente, pensaba en mi felicidad y mi dicha; él era todo cuanto quería y ahora ya, nada ni nadie podría separarnos. De pronto, escuché como si alguien llorara en el exterior. Me levanté muy despacio, tratando de hacer el menor ruido y bajando las escaleras, llegué al hall: desde aquí se podía oír más claramente

como alguien al otro lado de la puerta, en el exterior, lloraba. Ajustándome un poco más la bata, me aventuré a abrir. La noche era oscura, debido a una luna nueva y entonces encontré al emisor de aquellos lamentos; justo en la nieve, a escasos metros de donde me encontraba, lo vi y me estremecí: era un lobezno, pequeño, tanto que casi no podía andar. Lloraba y aullaba a la vez y aunque se me ocurrió cerrar la puerta y dejarlo allí, no podía abandonar a un cachorro que, sin mi ayuda, se congelaría irremediablemente. Avancé despacio hacia él, temerosa, recordando cuánto había temido a estos animales a lo largo de mi vida, cuánta barbarie me habían hecho presenciar; pero ¿qué podía hacer? Debía superar esto y era el momento. Me aseguré de que otros lobos no se hallaran cerca y con sumo cuidado, me fui acercando hasta que llegué junto a él; el pequeño lobezno, al percatarse de mi presencia, comenzó a olfatear intensamente hasta dar con mis pies, inmersos en aquellas gruesas zapatillas; trataba de refugiarse entre mis piernas, comenzando su llanto otra vez. Sentí pena y entonces lo cogí; su pelo era suave, pero estaba frío. Lo cubrí con mi bata y dejó de llorar; sentía su calor en mi costado; aquel animalito había esto al borde de la congelación. Cuando me volví, dispuesta a regresar a la casa, encontré a Andrei en la puerta, sonriente, mirándome con orgullo ante mi propia superación. Al llegar junto a él, y aún en el exterior, le mostré al cachorro y él acarició su pelaje, besándome después en una de las mejillas.

—Vamos dentro: hace mucho frío para todos —opinó.

Pero de repente, un deslumbrante destello me hizo girar la cabeza y mirar al horizonte, oscuro en principio pero que, por segundos, se iba encendiendo hasta quedar completamente iluminado. Y allí mismo, en esa oscura noche de invierno, una hermosa estrella fugaz cayó desde el cielo, despacio, recreándose en la magia de las sombras, dando color, por momentos, a los bosques, al lago... acompañándose de dos pequeños luceros que seguían su rastro, y que parecían pasear felices por el firmamento, perdiéndose después tras las montañas, invadiendo la oscuridad todo de nuevo. Permanecí sin pestañear varios segundos; mil lágrimas se preparaban para caer.

—¡Vaya! Nunca había visto nada igual —se sorprendió Andrei, ensimismado ante aquel fascinante espectáculo de la naturaleza más sobrenatural.

—Ni volverás a verlo —aseguré, mirando aún el firmamento y abrazando con todas mis fuerzas aquel cachorro de lobo que tenía entre mis brazos.

—¡Ey! Vamos preciosa, ¿por qué lloras? Sólo ha sido una estrella fugaz —me dijo Andrei, ajeno a toda la verdad sobre ella.

—Bueno, creo que ha sido más que eso; estrellas así, con esa luz, llevarían a casa a cualquier niña perdida; sí, podría guiarlas hasta su hogar y ya no tendrían que llorar más por estar perdidas u olvidadas en algún lugar —hablé, argumento ilógico para Andrei.

Sin embargo, el señor Holzhausen, ahora Rey de Transilvania, no hizo preguntas, y juntos regresamos al interior de nuestro hogar. Todo terminó para Petrica, Yelena y la hija de Catalina; el anillo las condujo y ahora podrían descansar para siempre en el lugar más seguro de todos, aunque sus cuerpos permanecerían sepultados eternamente en la torre más pequeña del Castillo de Bram, junto al sarcófago de oro y a la ansiada escultura de la Princesa Catalina de Transilvania.

Esa noche me hizo superar el miedo más ancestral de mi persona: los lobos. Cuidé a aquella pequeña lobezna, llamándola Tara, mi amiga, mi compañera... en las noches de luna llena aullaba imperiosa junto al lago y mi recuerdo de aquellos feroces lobos del orfanato o los de Bram, comenzaron a anidar muy dentro de mi inconsciente, tanto, que parecieron olvidados durante los restantes años de mi vida.

Mis días estaban escritos; mi destino marcado siglos atrás:

“La Reina Alejandra de Transilvania gozará de una larga vida junto a su marido, el Rey Andrei. Vivirán siempre enamorados el uno del otro, pues mientras lata, el corazón de ambos

así lo expresará. Esta bella región de Los Cárpatos vivirá una eterna primavera durante el reinado de Alejandra, donde el miedo y el terror generados siglos atrás quedarán desterrados. No habrá más Princesas en Transilvania: con la Reina Alejandra, el legado de mujeres terminará para siempre en este recóndito lugar de La Europa del Este. Junto a su Rey Andrei, tendrá dos hijos varones y aunque serán Duques en sus tierras, jamás reinarán en ellas. El fin de la Monarquía en Transilvania llegará a mediados del s. XXI, tras la muerte de la reina, la cual será enterrada en el Castillo de Bram, en “un lugar olvidado”, junto a sus seis princesas. Su mandato rebasó fronteras, por su bondad, su cercanía y el amor a su pueblo. Por siempre quedarán sus obras en el museo del castillo, retrato único de una época de terror, de misterios, de leyendas... aunque también prevalecerá el reflejo de su amor, siempre hacia su Rey, escondidos junto al lago del amor”. Francesco de Angelis 1731.

Reina de la muerte, reina del amor; dime,
¿por qué tu rostro expresa tanto dolor?
Quizás la pérdida de tu pueblo te hace sufrir,
y sólo un Rey, lejano en el tiempo
regresó para hacerte vivir.
Llora sin consuelo una dama en su torre,
y al divisar águilas al vuelo
escapa confusa del horror, corre.
Y después de tantos siglos,
tú, Reina transilvana fuiste aparecer,
abandonando tu castillo, hacia Sinaia...
para descansar después en él.
Reina y señora siempre de las noches de invierno eternas,
del bello atardecer;
regresó contigo la primavera
y ya, para siempre en Bram, un claro amanecer.

FIN

Ana Belén Ortega Mena (mayo 2008—04/01/09)

SOBRE LA AUTORA. Ana Belén Ortega Mena

Nació en Mérida, el 4 de junio 1974, licenciándose en Psicología por la Universidad de Sevilla en 1998. Casada y madre de sus dos niños, de su preciosa niña: para siempre ELLOS tres.

“*Un Sueño entre Castillos*” (2007) se torna la primera novela perteneciente a esa etapa encantadora y mágica de la vida de la escritora en la que un caudal de ensoñación iba fluyendo en cada letra y que al final conformó una historia de ficción.

“*Un Lugar Olvidado*” le sigue, recorriendo Transilvania y sus Montes Cárpatos envuelta en intriga, suspense y romanticismo, consolidando ese momento idílico y encantador en escritura y tornándose el segundo libro, con otra trama que comienza a cimentarse una primavera de 2008 y que concluye en la hermosura de un invierno: el de 2009.

Otros títulos, otras novelas bajo el mismo género; “*Tierras de Silencio*” (2010) continúa bajo la línea de las anteriores, hasta que en 2010 el antes y el después acontece, cuando un recorrido profundo por el alma guía su cuarto libro, “*Melodía de Invierno*” (2014), abarcando cuatro largos años de vivencias extremas que van forjando un hermoso argumento: la realidad siempre superará la ficción y, aun así, se descubre la melodía capaz de acariciar con sus letras.

“*El Bosque Lluvioso*” (2018) se convierte en su última novela, un libro que, sin obviar la trama de suspense, romanticismo y emoción que caracteriza las demás, recoge años de supervivencia psicológica y situaciones que harán pensar.

Rápidas, pasionales, introspectivas, capaces de emocionar... novelas donde una intriga lleva a otra y así hasta el final mientras tiene lugar un hermoso paseo por el mundo.